

JUAN BOSCH

OBRAS COMPLETAS

XIV
HISTORIA DEL CARIBE

GPEP
COMISIÓN PERMANENTE
DE EFEMÉRIDES PATRIAS
2009

OBRAS COMPLETAS DE JUAN BOSCH
Edición dirigida por
Guillermo PIÑA-CONTRERAS

COLABORADORES

Arq. Eduardo SELMAN HASBÚN
Secretario de Estado sin Cartera

Lic. Juan Daniel BALCÁ CER
Presidente de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias

© Herederos de Juan Bosch, 2009

Edición al cuidado de
José Chez Checo

Diseño de la cubierta y arte final
Eric Simó

Publicación de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias
en ocasión del Centenario de Juan Bosch, 2009

Impresión
Serigraf S.A.

ISBN: 978-9945-462-14-2 (T. XIV)
ISBN: 978-9945-462-00-5 (O. C.)

República Dominicana

CONTENIDO

Continuidad y ruptura en el pensamiento político
de Juan Bosch

Pablo Maríñez VII

APUNTES PARA UNA INTERPRETACIÓN DE LA HISTORIA COSTARRICENSE

Introducción	3
I El carácter nacional	7
II El peligro disipado	15
III De la Independencia a Morazán	21
IV Agricultores y comerciantes	27
V Aparece el capital financiero	31
VI La etapa industrial	37
Final	43

CAPITALISMO, DEMOCRACIA Y LIBERACIÓN NACIONAL

Capitalismo, democracia y liberación nacional	47
Capitalismo y democracia	59
¿Qué es un partido de liberación nacional?	95
Liberación nacional y socialismo	125

PÓKER DE ESPANTO EN EL CARIBE

Historia de este libro	191
Introducción	199

Rafael Leonidas Trujillo, la carta dominicana	213
Anastasio Somoza, la carta nicaragüense	255
Marcos Pérez Jiménez, la carta de Venezuela	293
Fulgencio Batista, la carta de Cuba	335
La otra faz	377
Índice onomástico	401

CONTINUIDAD Y RUPTURA EN EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE JUAN BOSCH

Pablo MARÍÑEZ

En la vida de Juan Bosch se produjeron al menos dos acontecimientos que le impactaron profundamente e incidieron en la transformación de su pensamiento. El primero, en 1938, al conocer en Puerto Rico la obra de Eugenio María de Hostos, durante su primer año de exilio, cuando apenas tenía 29 años de edad. A partir de ese momento se abre una nueva etapa en su pensamiento —ampliamente productiva—, que se prolongaría hasta la última parte de la década de 1960; es la etapa conocida como hostosiana. El segundo acontecimiento se produciría 27 años después, en 1965, con la ocupación militar estadounidense en República Dominicana, a finales de abril del mismo año, para impedirle que retornara a la Presidencia de su país, bajo la acusación de que el movimiento cívico-militar que lo proponía era de carácter comunista; en ese momento Bosch tenía 56 años de edad, 55 años y diez meses, para ser más precisos. Dicha ocupación militar —pero sobre todo las falacias que utilizó el imperio del norte para justificarla— condujo a Juan Bosch a un período de reflexión, y replanteamiento de su pensamiento político, que lo llevaría a declararse marxista —pero no leninista— a partir de 1969, a la vez que a plantear que dejaba de creer en la “democracia representativa”, sistema político al cual había entregado su vida, por lo menos desde 1939, en que funda en

Cuba —junto a otros exiliados políticos— el Partido Revolucionario Dominicano, PRD. Esa última etapa no fue menos productiva que la hostosiana, sobre todo si consideramos sus obras realizadas entre 1967 y 1969, que en rigor tendríamos que considerar como una etapa de transición. A esta última, pertenecen libros claves, clásicos y emblemáticos, como *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, de 1967; *Composición social dominicana*, de 1968, y *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, de 1969.

No obstante la división planteada en el pensamiento de Juan Bosch, como dos etapas diferentes —no sólo porque él mismo así lo ha manifestado, en más de una ocasión—, y obviando la que acabamos de llamar de transición, desde nuestra perspectiva el gran pensador dominicano nunca dejó de ser hostosiano —al menos en lo ético, en lo pedagógico y en la sensibilidad social, entre otras dimensiones— aunque asumiera el marxismo como forma de pensar, como lo declaró en un acto realizado el 7 de febrero de 1976: “El marxismo no es un dogma. El marxismo es un método de pensar; un método para analizar la realidad social e incluso la no social”¹. Bosch nunca lo planteó —hasta donde sabemos— que así fuera durante su etapa hostosiana, pero tenemos la convicción, a partir del estudio de su obra, que también el hostosianismo —si se nos permite la expresión— fue para él, un “método de pensar; un método para analizar”. Lo que queremos plantear, en síntesis, es que su pensamiento crítico perteneciente a la etapa hostosiana mantiene cierta continuidad —en muchos aspectos, dimensiones y disciplinas— durante su etapa marxista. Es sólo en algunas disciplinas y dimensiones, como son

¹ Cfr. BOSCH, Juan, “Juan Bosch: habla sobre el presente y futuro de *Composición social dominicana*”, en *Camino Real*, Año 4, Núm. 12, octubre-diciembre de 2008, p.29.

la “democracia representativa”, y el “partido político”, en las que hemos identificado, para los fines del presente trabajo, una clara e interesante ruptura en su pensamiento. Además de lo que acabamos de señalar —que puede ser muy discutible y que amerita un análisis amplio y profundo a posteriori— queremos agregar otra consideración no menos polémica. En su etapa hostosiana, Bosch realizó varios planteamientos y utilizó categorías que se podrían inscribir perfectamente dentro de la teoría marxista, independientemente de que el mismo autor confesara que él no era marxista, y no conocía el marxismo sino hasta finales de la década de 1960. Al respecto podemos ofrecer varias referencias ilustrativas, lo que haremos más adelante.

Los tres libros que componen este Tomo XIV de las *Obras completas*, fueron escritos en épocas y contextos políticos internacionales diferentes, así como con objetivos distintos, en etapas diferentes de su pensamiento, lo mismo que en condiciones de producción y recepción peculiares. El primero de ellos, *Póker de espanto en el Caribe*, es un ensayo político escrito en el exilio en Chile, en 1955, aunque publicado por primera vez en 1988, pues los originales se habían extraviado durante 33 años. El segundo, *Una interpretación de la historia costarricense*, es un ensayo socio-histórico —basado en una conferencia impartida en 1961— que fue publicado como libro por primera vez en San José de Costa Rica, en 1963, y sólo 21 años después en República Dominicana, en 1984. Ambos textos pertenecen a su etapa hostosiana, y fueron realizados en plena Guerra Fría. El tercer libro, *Capitalismo, democracia y liberación nacional*, es un ensayo político, publicado en 1983 —aunque recoge ensayos (“Capitalismo y democracia”), que habían sido escritos y publicados en 1978 y 1979, así como en 1982 (“¿Qué es un partido de liberación nacional?”) y en 1983 (“Liberación nacional y socialismo”)— correspondiente a la

etapa marxista de su pensamiento, y producido también durante la Guerra Fría, aunque en sus últimos años. Por último, debemos subrayar que los dos primeros libros, pertenecen no sólo a un Juan Bosch hostosiano, sino también miembro y dirigente del PRD; el tercero, en cambio, corresponde a un Bosch marxista, y máximo líder del Partido de la Liberación Dominicana (PLD), que había sido fundado en diciembre de 1973.

No obstante las diferencias señaladas entre dichos libros, en lo que a objetivos, épocas, contextos internacionales y a disciplinas abordadas se refiere, existe una articulación entre los mismos —que el autor no se la pudo proponer, pues nunca pudo sospechar que dichos ensayos algún día formarían parte de un mismo tomo de sus *Obras completas*— que se establece por el tema central que atraviesa estos diferentes textos, y que constituye la gran preocupación del proyecto boschiano: el sistema político y, dentro de este, la democracia, aun cuando analiza las dictaduras de la región, o la historia de Costa Rica. Con anterioridad señalamos que Bosch siempre fue hostosiano, incluso en su etapa marxista, lo que significa, desde nuestra perspectiva, que a lo largo de su pensamiento podemos encontrar líneas de continuidad en una serie de dimensiones y disciplinas, con las que nunca rompió, aunque haya introducido matices, replanteamientos o cambios en el lenguaje epistemológico. Sin embargo, es justamente en el tercero de los libros de este tomo, *Capitalismo, democracia y liberación nacional*, 1983, donde encontramos que se produce una clara ruptura en su pensamiento, tanto el concepto de democracia, así como sobre la organización política —es decir, el partido— a través de la cual se alcanzaría y se desarrollaría este sistema.

La primer línea de continuidad en su pensamiento la encontramos —tanto en su etapa hostosiana como marxista, en estos textos y en muchos otros— en la contradicción existente entre

los intereses nacionales y los intereses imperiales, bien en lo económico, bien en lo social y político. Esta diferencia de intereses —que en ocasiones coincidirían, según el carácter de la clase social que sustentara el poder, le permitió dar el peso necesario a las luchas internas, para analizar los procesos sociales y políticos; o en su defecto saber apreciar el énfasis que tenía el contexto internacional—en particular la injerencia del imperio del norte, que ya en *Póker de espanto en el Caribe* denominó muy claramente como imperialismo, e incluso lo definió (Cfr. pp.159-160)². Además, es interesante destacar que en un texto tan temprano como “Un pueblo en un libro”, de 1940, —un prólogo, a la obra de Juan Isidro Jimenes Grullón, *La República Dominicana. Análisis de su pasado y su presente*— ya Bosch empleaba dicha categoría, y lo hacía correctamente.

La segunda línea de continuidad en su pensamiento está muy relacionada con la anterior. Bosch entendió que la oligarquía, como clase social —a la que supo distinguir muy tempranamente de la burguesía— representaba los intereses más atrasados, y que la misma además era proclive a coincidir con los intereses del imperio, en lo que él denominaría más tarde como “frente oligárquico”; de ahí que buscara en la burguesía la clase social llamada a impulsar el desarrollo económico y el progreso de las naciones de la región, como países capitalistas, pero con justicia social.

Y cuando hablamos de líneas de continuidad en su pensamiento, queremos proponer que —contrario a lo que muchos puedan creer—, esa convicción señalada, Bosch la había desarrollado muy tempranamente. En 1955 lo plantea con mucha claridad en *Póker de espanto en el Caribe*, en un párrafo

² Todas las citas en las que sólo figura el número de página, corresponden a la presente edición.

donde analiza los movimientos sociales que se habían producido en el Caribe a partir de la década de 1930 y la de 1940, que nos permitimos transcribir *in extenso*: “Es fácil hallar el denominador común en todos esos movimientos del Caribe. Se trata de facilitar el desarrollo económico de los pueblos favoreciendo la formación de burguesías nacionales, a fin de que éstas pasen a ocupar el lugar que tienen los capitales extranjeros; pero esas burguesías no pueden —ni deben, por tanto— formarse a expensas de campesinos y trabajadores, como sucedió en Francia a raíz de la gran revolución; sino que las tres clases tienen que participar, a un mismo tiempo y dentro de un criterio de justicia común, en los beneficios de la riqueza naciente. El ambiente político para esa convivencia de los tres grandes núcleos tiene por fuerza que ser el de la democracia” (pp.309-310). En los tres libros que estamos prologando, esta tesis aparece presente, con mayor o menor grado de desarrollo, aunque en *Capitalismo, democracia y liberación nacional*, nos encontramos con una variante, que da lugar a que podamos considerarla como parte de la ruptura que se produciría, como veremos más adelante.

La tercera línea de continuidad en su pensamiento —desde su etapa hostosiana a la marxista, tenemos que reiterarlo— es su posición crítica a la política imperialista en la región del Caribe. En *Póker de espanto en el Caribe* hay planteamientos muy claros, lúcidos, precisos y radicales al respecto. Pero es bueno precisar que ya esa posición la venía expresando Bosch en algunos de sus escritos publicados años antes, en la década de 1940. El artículo “Errores de la política norteamericana en el Caribe” —publicado en la revista *Bohemia*, en octubre de 1949—, por ejemplo, es bien ilustrativo al respecto. Pone-mos énfasis en esta continuidad porque para muchos lectores, incluyendo a buena parte —si no es que a la gran mayoría— de la intelectualidad, e incluso de la misma clase política

dominicana, cree que esta posición crítica de Bosch se inicia con *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, de 1967, y otros escritos de esos años, como “Viaje a los antípodas”³, de 1970, después de la ocupación militar de abril de 1965, o en todo caso después del golpe de Estado de septiembre de 1963; y lo atribuyen a estos últimos acontecimientos —los cuales sin duda contribuyeron a radicalizar su posición crítica, en ciertas áreas muy específicas, pero que de ninguna manera son el origen de dicha posición—, con lo cual no hacen más que expresar el desconocimiento de la verdadera trayectoria y profundidad del pensamiento político de este ilustre dominicano.

Además, es necesario y bueno precisar que antiimperialismo no es equivalente a una perspectiva anticapitalista, como lo ha expresado el mismo Bosch, en *Capitalismo, democracia y liberación nacional*, y como lo veremos más adelante. Pero además, antiimperialismo tampoco es, necesariamente, equivalente a tener una posición marxista o socialista, o a asumir una postura anti-norteamericana. Durante la ocupación militar de Estados Unidos a República Dominicana, en 1965, en una entrevista hecha a Bosch se le preguntó si él era anti-norteamericano y su respuesta fue muy clara y contundente: Nadie que haya leído al gran poeta Mark Twain puede ser anti-norteamericano. Y en efecto, desde nuestra perspectiva el antiimperialismo, que hoy día puede parecer algo obsoleto, ha sido estigmatizado y satanizado por los sectores de poder, tanto de las oligarquías, de las mismas burguesías, como, por supuesto, por el imperio del norte. Sin embargo, a un habitante de la frontera imperial del Caribe —que ha sufrido, históricamente, agresiones, ocupaciones armadas, y todo tipo

³ Nos referimos al ensayo publicado en la revista *¡Abora!*, N° 326, del 9 de febrero de 1970, el mismo que daría título al libro publicado en 1978, *Viaje a los antípodas*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1978, y que incluye otros ensayos y análisis sobre política internacional.

de vejaciones e injerencias, en lo político, en lo económico, en lo cultural—, lo mínimo que se le puede pedir, o al menos admitir, es que tenga una posición antiimperial, lo que es mucho más explicable en un político nacionalista, honesto, con dignidad, sensible a los problemas sociales y que aboga por la justicia social, como lo fue Juan Bosch y otros ilustres dominicanos, comenzando por nuestro prócer Gregorio Luperón para no extendernos con otras figuras célebres de la región, dentro de las que no podemos omitir a José Martí, Augusto César Sandino y Pedro Albizu Campos. Pedirle a un habitante del Caribe que simpatice con la política imperialista —o si se prefiere, imperial, para referirnos a los diferentes imperios que se lanzaron sobre la región— sería lo mismo que pedirle a un esclavo que defienda el régimen esclavista, que lo aplasta y denigra. Por supuesto que los imperios, a través de siglos actuando en la región, han logrado a través de los aparatos ideológicos del Estado, como los denominaba Louis Althusser, que muchos no superen la mentalidad del colonizado de las que nos habló Frantz Fanon⁴, y Albert Memmi⁵.

La ruptura en su pensamiento —pero sólo y únicamente en algunas dimensiones, pues en otras hay continuidad, como lo hemos venido planteando con anterioridad—, se produce cuando Bosch deja de creer en la “democracia representativa” —que es diferente a tener una posición crítica antiimperialista, pues esta data de décadas anteriores—, después de 1965, a raíz de la ocupación militar estadounidense del mismo año. En estos momentos es cuando plantea que la burguesía nacional tiene una serie de limitaciones por las propias condiciones nacionales e internacionales en que surge y se desarrolla en los países de la región, son las que no le permiten tener claridad

⁴ Nos referimos a *Los condenados de la tierra*, primera edición en español de 1963.

⁵ Hablamos de *Retrato del colonizado*, primera edición en francés de 1966.

en su conciencia política, al asumir posturas propias de la oligarquía, y se deja arrastrar por los intereses del imperio. De ahí que para Bosch los males de la democracia en América Latina radiquen en el desarrollo de un capitalismo tardío, con todas sus implicaciones en la estructura e intereses de clases, por lo que será más fácil que “la conciencia anticapitalista o proletaria se desarrolla en los países dependientes más entre los pequeños burgueses que entre los obreros”⁶. Por todas estas circunstancias, Bosch hizo su planteamiento de desarrollar un proceso de liberación nacional, el cual demanda la construcción de nuevas organizaciones políticas, que no pueden ser los partidos, al menos los tradicionales, ni siquiera el partido comunista, sino un frente amplio de clases, pues lo que se requiere es una nueva independencia nacional, del nuevo imperio que domina la región; una independencia en lo político y en lo económico, que le permita a los Estados nacionales el libre ejercicio de su soberanía nacional. Pero donde encontramos una mayor ruptura en su pensamiento —en relación a la democracia—, es cuando Bosch llega a cuestionar la democracia representativa, no sólo en los países dependientes, sino al interior de los propios Estados Unidos, país al que le reconoce todas las virtudes y condiciones para desarrollar la democracia representativa, pero aún así le encuentra una serie de debilidades y limitaciones, en cuanto a beneficiar al conjunto de la población nacional, como veremos más adelante. En otras palabras, la democracia representativa en Estados Unidos —según Bosch—, siempre ha sido excluyente, en determinados momentos y condiciones, de *jure*, en otros, de *facto*. Estos aspectos lo desarrolla muy bien el autor en *Capitalismo, democracia, y liberación nacional*.

⁶ Cfr. BOSCH, Juan, *Capitalismo, democracia y liberación nacional*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1983, p.65.

Por último, decíamos que la ruptura en su pensamiento también la encontramos en lo político, en lo referente a la organización política —el partido— llamada a lograr esa liberación nacional. Aunque este aspecto no lo vamos a desarrollar en este trabajo, pues no es el propósito del mismo, debemos señalar que es en este punto donde hay que buscar las causas más profundas de su renuncia del Partido Revolucionario Dominicano (PRD), en noviembre de 1973, y la fundación, un mes más tarde, en diciembre del mismo año, del Partido de la Liberación Dominicana (PLD), como un partido nuevo en América, tal y como él mismo lo planteó⁷.

Hechas estas consideraciones, a manera de introducción, tratando de rastrear la evolución del pensamiento político de Bosch, con sus líneas de continuidad y de ruptura, ya que las obras analizadas así nos lo permiten, pues abarcan un período de cerca de tres décadas —28 años, para ser más precisos— de 1955 a 1983, pasemos a analizar cada uno de los textos.

Póker de espanto en el Caribe

Este libro, escrito en el exilio en Santiago de Chile, en 1955, es el primero de una serie de tres⁸ que sobre las dictaduras en la región escribiera el destacado político, intelectual y humanista

⁷ Cfr. BOSCH, Juan, *El PLD, un partido nuevo en América*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1989, y *El partido. Concepción, organización y desarrollo*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1983.

⁸ En rigor, Juan Bosch publicó varios textos más —entre ensayos, artículos, discursos, prólogos y capítulos de libros— sobre dictaduras. Dichos textos son los siguientes: a) “Juan Vicente Gómez: retrato de un aspirante a tirano”, es un ensayo publicado junto a Luis CORDERO VELAZQUEZ en *Juan Vicente Gómez. Caminos del poder*, Editorial Humboldt, Caracas. Venezuela, 1982; este ensayo también fue publicado en Juan BOSCH, *Temas históricos*, Tomo I, 1961, Santo Domingo Editorial Alfa y Omega, pp.129-157; b) *La fortuna de Trujillo*, Santo Domingo, 1985, Editorial Alfa y Omega. Sobre este último es necesario aclarar, como lo hace el propio autor en las “Palabras de Introducción”, que en realidad este libro se compone de siete capítulos tomados de la obra *Trujillo. Causas de una tiranía sin ejemplo*, y siete capítulos más, que fueron unos

dominicano, Juan Bosch; el segundo, *Trujillo. Causas de una tiranía sin ejemplo*, fue escrito en Caracas, Venezuela, en febrero de 1959, también en el exilio, dos años y tres meses antes de que el tirano cayera ajusticiado, en mayo de 1961; el tercero, *Las dictaduras dominicanas*, en 1988, veintisiete años después de haber retornado a su país, República Dominicana, de su primer y largo exilio (1938-1961), a los dieciocho años de regresar de su tercer y último exilio (1966-1970), y a los veintisiete de la muerte de Trujillo.

Sin embargo, aunque ahora presentamos estas obras como una trilogía, ese no fue el proyecto del autor, pues cada texto tuvo su propia dinámica, y diríamos que hasta cierto punto corresponden a condiciones de producción diferentes, si bien es cierto que los tres libros se inscriben dentro de los mismos objetivos y perspectivas teórico-metodológicas que fueron trazadas en el primero de ellos: analizar las causas —nacionales e internacionales— económicas, sociales, políticas, e incluso

artículos publicados bajo el título “La fortuna de Trujillo”, en el periódico quincenal *Vanguardia del Pueblo*, durante 1977; c) “Hablando del fascismo”, en *Nueva Política*, N° 1, México, Enero-Marzo, 1976: 49-53 ; d) “Bosch denuncia ultrajes del Gobierno de Duvalier”, discurso pronunciado en su calidad de Presidente de la República, a finales de abril de 1963, *Discursos Políticos: 1961-1966*, Tomo I, Santo Domingo, 1998, pp.191-197; e) “Bosch denuncia supuesta trama de Petán Trujillo”, otro discurso, 22 de julio de 1963, siendo Presidente de la República, *op. cit.*, pp.337-348; f) “Los conflictos con Haití”, capítulo XVII del libro *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, México, Centro de Estudios y Documentación Sociales, 1964: 170-181; g) “Trujillo, el jefe militar del golpe”, capítulo XIX del libro *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, *op. cit.* 191-200; h) “Haití, Duvalier y América”, prólogo al libro de Gérard PIERRE-CHARLES, *Haití. Radiografía de una dictadura*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1969, pp-3-19; i) “Presentación de un libro sobre Haití”, prólogo al libro de Marcia RODRÍGUEZ, *Haití, un pueblo rebelado*, 1982, pp.7-11; J) “Trujillo, o el paso de la pequeña burguesía a la burguesía”, capítulo XXV del libro *Composición social dominicana. Historia e interpretación*, 3ra. edición, Santo Domingo, Editorial Tele-3, 1971, pp. 299-310; k) “La composición social a la muerte de Trujillo”, capítulo XXVI de *Composición social dominicana. Historia e interpretación*, *op. cit.*, pp.311-321.

psicológicas (la psicología social) que producen las dictaduras. En dichos libros, el autor deja a un lado su militancia política antitrujillista, para lograr mayor objetividad en sus estudios, tal y como lo señaló en el segundo de ellos, *Trujillo, causas de una tiranía sin ejemplo*: “En la larga lucha por las libertades públicas de su país, el autor hace un alto para comportarse no como militante antitrujillista, sino como investigador de la historia dominicana, a quien le interesa sobre todo dar con los orígenes del mal de su pueblo, a fin de que otros puedan evitar que el porvenir vea su repetición”⁹.

O como lo había planteado cuatro años antes, en *Póker de espanto en el Caribe*, que con éste no se pretendía “hacer propaganda política ni difamar a los tiranos. Ellos se han difamado solos. Lo que se pretende con él es exponer honestamente los orígenes de esas tiranías, las causas que las sostienen y su manera de actuar” (p.211).

Dentro de esta trilogía, es en *Póker de espanto en el Caribe*, por ser un análisis multicausal, de carácter comparativo de las cuatro tiranías de la región en la década de los cincuenta durante el siglo XX —las de Trujillo, Somoza, Pérez Jiménez y Batista— donde el lector puede llegar, entre otras, a las siguientes conclusiones, que: a) No existen dictaduras iguales, por muy parecidas que sean, aunque se desarrollen en contextos geográficos, geopolíticos, históricos, sociales y culturales semejantes; b) Cada una tiene sus peculiaridades, que en no pocas ocasiones suelen ser mitificadas; c) Sus orígenes, consolidación y sus propios derribes, aunque en parte respondan a raíces comunes, también son distintos; d) Incluso la represión, es decir su aparato represivo, —o más bien de terror, como lo denomina Juan Bosch— que se podría considerar el elemento común de todas

⁹ Cfr. BOSCH, Juan, *Trujillo. Causas de una tiranía sin ejemplo*, 7ma. edición, Santo Domingo, Editorial Alfa y Omega, 1998, p.16.

las dictaduras, el que las homogeneiza, también suele manifestar diferencias significativas; e) De todas maneras, pocas regiones en el Continente americano han sido escenario de períodos tan prolongados, y de una diversidad tan amplia de sangrientas dictaduras, como el Caribe.

Principales dictaduras en el Caribe

Dictador	Edad	País	Civil/Militar	Años en el poder	Ascenso	Caida
Porfirio Díaz	1830/1915	México	Militar	1877/1910	Elección	Huye del país
Ulises Heureaux	1845/1899	República Dominicana	Militar	1882/1884 1887/1899	Nombramiento	Tiranicidio
J. Santos Zelaya	1853/1919	Nicaragua	Militar	1893/1909	Golpe Militar	Huye del país
Manuel Estrada	1857/1924	Guatemala	Civil	1898/1920	Nombramiento	El Congreso lo declara "insano de mente"
Cipriano Castro	1858/1924	Venezuela	Militar	1899/1908	Guerra civil	Golpe de Estado
J. Vicente Gómez	1857/1935	Venezuela	Militar	1908/1935	Golpe Militar	Muerte natural
Gerardo Machado	1871/1939	Cuba	Militar	1925/1933	Elección	Huye del país
Rafael L. Trujillo	1891/1961	República Dominicana	Militar	1930/1961	Golpe/elecciones	Tiranicidio
Jorge Ubico	1878/1946	Guatemala	Civil	1931/1944	Elecciones	Renuncia
Hernández Martínez	1882/1966	El Salvador	Militar	1931/1944	Golpe Militar	Golpe Militar
Tiburcio Carias	1876/1969	Honduras	Militar	1933/1949	Elecciones	Pierde elección
Fulgencio Batista*	1901/1973	Cuba	Militar	1952/1958	Golpe Militar	Huye del país
Anastasio Somoza**	1896/1956 1922/1967 1925/1980	Nicaragua	Militar	1937/1979	Elecciones	Huye del país
Paul Magloire	1907/2001	Haití	Militar	1950/1956	Golpe Militar	Huye del país
Pérez Jiménez	1914/2000	Venezuela	Militar	1952/1958	Golpe Militar	Huye del país
Rojas Pinilla	1900/1975	Colombia	Militar	1953/1957	Golpe Militar	Renuncia
Castillo Armas	1914/1957	Guatemala	Militar	1954/1957	Expedición armada	Tiranicidio
François Duvalier***	1907/1971 1951/	Haití	Civil	1957/1986	Elecciones	Huye del país
Joaquín Balaguer****	1906/2002	República Dominicana	Civil	1966/1978	Elecciones	Pierde elecciones
Lucas García	1924/2006	Guatemala	Militar	1978/1982	Elecciones	Golpe Militar
Ríos Montt	1926/	Guatemala	Militar	1982/1983	Golpe Militar	Golpe Militar

* Fue Presidente Constitucional de 1940 a 1944.

** En realidad se trata de una dinastía, integrada por los siguientes miembros: a) Anastasio Somoza García (Tacho) (1896-1956), quien gobernó de 1937 a 1956, en que fue abatido a tiros, en el mes de septiembre de ese último año; b) Luis Somoza Debayle (1922-1967), hermano mayor de Tachito, gobernó de 1956 a 1963; c) Anastasio Somoza Debayle (Tachito) (1925-1980), gobernó de 1963 a 1979; tras el triunfo de la revolución armada sandinista en julio de 1979, huye del país, y durante su exilio en Paraguay, bajo la protección del dictador Alfredo Stroessner, muere en 1980 a causa de un atentado armado.

*** Se trata también de una dinastía familiar, aunque más corta que la de los Somoza; a) François Duvalier, Papa Doc (1907-1971), gobernó de 1957 a 1971, en que fallece, de muerte natural; se había declarado Presidente

En el cuadro que hemos elaborado se podrán observar algunas diferencias entre las dictaduras de la región, tanto por el número de años que han permanecido en el poder, como por la forma en que lo han alcanzado, y la manera como han culminado sus gestiones, en su mayoría huyendo del país, a causa de revueltas, revoluciones armadas, o por movilizaciones sociales de protestas; muy pocos han fallecido en el poder de muerte natural, o han podido permanecer en el país, con toda tranquilidad, como un caudillo patriarcal, como fue el caso de Tiburcio Carías¹⁰ en Honduras; aunque también es cierto,

Vitalicio en 1964; b) su hijo, Jean-Claude Duvalier, Baby Doc (1951), gobernó de 1971 a 1986, en que es derrocado por un movimiento popular, y se refugia en Francia, país que le concedió asilo. En el año 2005 se anuncia que pretendía regresar a Haití, para participar en las elecciones presidenciales de 2006, pero no le fue posible.

**** Durante la dictadura de Trujillo, dentro de los diversos cargos que ocupó, el Dr. Balaguer fue Vicepresidente de la República, de 1957 a 1960, acompañando al Presidente Héctor Bienvenido Trujillo Molina, hermano del dictador; Héctor Bienvenido tuvo que renunciar a la Presidencia del país en 1960, a raíz de las sanciones que impondría la VI Conferencia de Cancilleres de la OEA, en agosto de ese último año, en San José de Costa Rica, al descubrirse que el atentado contra el Presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, era obra de Trujillo; como consecuencia de ello, Balaguer asume la Presidencia del país, de 1960 a 1962, en que, después de asilarse en una representación diplomática, sale al exilio en Estados Unidos, donde permanecería hasta 1965, cuando se produce la ocupación militar estadounidense y se le permite el regreso a República Dominicana. Durante sus primeros doce años de gobierno (1966-1978), en que murieron asesinados más de tres mil dominicanos, trató de legitimarse en el poder bajo elecciones muy cuestionadas, o simplemente fraudulentas, como acusaba la oposición, e interpretaban los analistas políticos de la época. En 1978, presionado por diversos organismos extranjeros, tuvo que reconocer su derrota electoral; en 1986 vuelve a la Presidencia, para reelegirse en 1990 y en 1994, año en que la oposición demostró que se había cometido un serio fraude electoral, y tuvo que negociar para acortar su periodo de gobierno a dos años, hasta 1996, en que se celebran nuevas elecciones, sin la posibilidad de participar en las mismas.

¹⁰ “Carías pasó los últimos años de su vida en una casona de piedra rosada de cantera en el centro de Tegucigalpa. Todos los jueves, hasta el día de su muerte, solía sentarse en el vestíbulo de su residencia, y frente a la puerta abierta saludaba a las personas. Durante veinte años, después del fin de su presidencia, al igual que antes, se rigió por un estricto y rígido horario. Los

son muy pocos los que han caído producto de un tiranicidio; no obstante sabemos que otros —paradojas de la historia, como parte de la complejidad y el atraso político latinoamericano y caribeño— después de haber perdido el poder como dictadores, han logrado volver, años después, por medio de elecciones, en algunos casos libres y limpias, en otros, muy cuestionables, o claramente fraudulentas. Cabe destacar, a su vez, que sólo dos de estas dictaduras, la de Somoza en Nicaragua, y la de Duvalier en Haití, lograron perpetuarse como dinastías, y únicamente esta última —aunque no es objeto de estudio en este libro de Bosch, pues la misma todavía no se había instalado— optó por legitimarse en el poder, declarándose vitalicia, como lo hizo François Duvalier, en 1963, cuando apenas tenía seis años en la Presidencia.

Las tiranías analizadas por Bosch —Trujillo, Somoza, Pérez Jiménez y Batista— intentaban legitimarse en el poder por medio de elecciones, independientemente de que estas fueran farsas electorales, bien porque no habían verdaderos partidos de oposición, y por lo tanto competencia política, bien porque no había libertad de expresión para realizar campañas electorales, bien, porque en no pocas ocasiones los resultados electorales eran impresos, aún antes de realizarse los comicios, como lo hacía Trujillo. De todas maneras, dichas dictaduras no se reconocían como tales, sino todo lo contrario, se proclamaban como bastiones de la democracia, en contra del “comunismo totalitario e internacional” —acusación política de la que eran objeto todos sus opositores, independientemente de que dentro de aquellos se encontraran los verdaderos

incondicionales del Partido, jóvenes y viejos, continuaron llamándole para solicitar su consejo, lo que por supuesto era muy halagador. Tanto allegados como críticos, Juan Manuel Gálvez y Abraham Williams, le visitaban”, *Cfr.* Dodd, Thomas J., Tiburcio Carías. *Retrato de un líder político hondureño*, Tegucigalpa, Instituto Hondureño de Antropología e Historia, 2008, p.266.

representantes y defensores de la democracia— en particular después del inicio de la Guerra Fría, en 1947; en *Capitalismo, democracia y liberación nacional* Bosch señala que esa práctica se había iniciado décadas antes¹¹. Esa inversión de la realidad, que sólo constituye un botón de muestra de las falacias y barbaridades de dichas tiranías, fue lo que llevó a William Krehm a plantear¹² que “Si figurara en una novela un personaje como Trujillo, habría sido desechado por los críticos por su improbabilidad”¹³. Cerca de medio siglo después, Mario Vargas Llosa, al escribir su célebre novela *La fiesta del Chivo*, (2004), tuvo que enfrentarse a esta premonición de Krehm. Ante las críticas recibidas, Vargas Llosa respondió, muy inteligentemente, que “había tenido que investigar mucho para mentir con conocimiento”, pero también tuvo que señalar que esa novela había sido una de las obras que más trabajo le había costado, “pues la realidad superaba la ficción”.

¹¹ 1917, año en que Estados Unidos entró, como aliado de Francia, Inglaterra e Italia en la Primera Guerra Mundial, fueron apresados líderes y miembros de la Organización Obrera Mundial, acusados de ser bolcheviques, por haber “denunciado esa guerra como un negocio sangriento de los monopolios capitalistas [...] a partir de entonces se convirtió en hábito llamar comunista a todo el que reclamaba derechos sindicales” (pp.88-89).

¹² Cerca de dos décadas después, Pablo González Casanova apuntaría lo siguiente: “Cardoza y Aragón le dijo un día a Carpentier que la realidad supera a las novelas de los dictadores. Carpentier contestó que si los novelistas narraran la realidad, sus novelas serían ‘inverosímiles’. La realidad es inverosímil’ —replicó Cardoza, añadiendo en reflexión impersonal—: ‘Hay algo más... Tu imaginación no puede inventar un Somoza’. En el conocimiento se plantean problemas similares. Si el novelista se ve en la necesidad de decir menos de lo que ocurre en realidad para que su novela parezca verdad, o si su imaginación, por grande que sea, no puede alcanzar esa realidad, el historiador, el político o el revolucionario, encuentran enormes dificultades para conocerla y cambiarla. También para denunciarlas. Hay denuncias inverosímiles, que nadie cree”, GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo, “Dictadura y democracias en América Latina”, en Labastida Martín del Campo, Julio, (coord.), *Dictaduras y dictadores*, México, Siglo XXI editores, 1986.

¹³ KREHM, William, *Democracia y tiranías en el Caribe*, Buenos Aires, Editorial Parnaso, 1957, p.251.

Es importante aclarar, como puede observarse en el cuadro, que en abril de 1955, cuando Bosch terminó de escribir el libro que estamos prologando, en la región del Caribe ya existían tres dictaduras más, la de Paul Magloire (1950-1956), en Haití; la de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957), en Colombia; y la de Carlos Castillo Armas (1954-1957), en Guatemala. Desconocemos las razones por las cuales las mismas no fueron incluidas en el estudio, pues el autor no lo señala, al menos en la introducción —ni tampoco en parte alguna de la obra—, que es donde expone una serie de razones metodológicas y conceptuales para realizar el análisis comparativo. Sólo en uno de los párrafos del último capítulo, “La otra faz”, encontramos un planteamiento que nos aproxima a una delimitación conceptual de tiranía, y que nos daría pistas para entender el por qué de la exclusión de los dictadores antes señalados. Dice así: “Por otra parte las tiranías del Caribe son unipersonales por cuanto los tiranos han asumido en ellas todos los Poderes, el ejecutivo, el legislativo y el judicial. [...] En el fondo de los hechos, y a pesar de esas apariencias, las tiranías de Nicaragua y de Cuba son tan unipersonales como las de Santo Domingo y Venezuela” (p.379). Este es, sin lugar a duda, un planteamiento conceptual que nos ayuda a salir de la duda que nos ha asaltado, y que hemos expuesto. De todas maneras, no todo queda despejado, porque Bosch usa de manera indistinta tanto el término de tiranía, como el de dictadura, para referirse a dichos sistemas despóticos. Y ambos términos, aunque en la actualidad se usan casi indiferentemente, tienen orígenes históricos distintos (la tiranía, de origen griego, de la Grecia antigua, del siglo VI a.C.; la dictadura, de origen romano, de la Antigua Roma) y en su época conceptualmente eran diferentes, lo que aún hoy día de alguna manera se conserva. Lo que sí encontramos, analizando con mucho detenimiento el estudio de Bosch, como acabamos de

señalar, es que el autor emplea el término de tiranía para el “gobernante que ejerce un poder total o absoluto, sin ser limitado por las leyes”, que vendría a ser equivalente al de “dictadura totalitaria”, que es distinto al de “dictadura autoritaria”. Quizás aquí radique la explicación del por qué Paul Magloire, Carlos Rojas Pinilla y Carlos Castillo Armas no hayan sido incluidos en el estudio de Bosch, pues estos últimos, desde nuestra perspectiva más bien respondían a la categoría de “dictadura autoritaria”, que en ningún caso es equivalente al de tiranía, en su acepción del “uso unipersonal de todos los poderes”.

Existe otra obra, por esas casualidades de la vida, la de William Krehm, *Democracia y tiranías en el Caribe*, (publicada en español en enero de 1957 por la Editorial Parnaso, Buenos Aires, dos años después de Bosch haber escrito el suyo), que es un verdadero clásico en su género —con la ventaja de que fue dada a conocer en español 31 años antes que la obra de Bosch—, y aunque tiene objetivos diferentes a *Póker de espanto en el Caribe* —que es muy precisa y sistemática en la búsqueda de las causas por las que se originaron tales tiranías—, es curioso que en ambos textos sus autores emplean el mismo concepto de la región del Caribe —que incluye tanto a la parte insular, el istmo centroamericano y el resto de la parte continental, como Venezuela y Colombia—, y usan también el mismo término de tiranía, como equivalente al de dictadura, sin precisar conceptualmente la posible diferencia entre dichos conceptos; por último, tenemos que subrayar la coincidencia de que ambos textos realizan estudios de las tiranías, a nivel regional, a diferencia de lo que solía hacerse en la época, que eran estudios de caso, en su mayoría como denuncias.

De todas maneras, en contraste con *Póker de espanto en el Caribe*, que es un texto analítico, la obra de William Krehm es más bien descriptiva, aunque maneja mucha información,

procedente de diversas fuentes —incluyendo la que recogió en los recorridos que hizo por algunos países de la región—, pero con la gravedad de que tiene una serie de errores e imprecisiones, muy acertadamente identificadas por Gregorio Selser¹⁴, ese argentino latinoamericanista y especialista en el Caribe, que cuando escribe ese texto tenía 35 años de edad, por lo que impresiona el conocimiento que tenía de la región, así como de la política estadounidense; en el prólogo del libro, destaca tanto los méritos y aciertos del autor, como sus deficiencias y errores.

Para Selser, *Democracia y tiranías en el Caribe*, tiene al menos tres méritos: a) describe “cómo operó en nuestra América la manifestación postrera de la política de “buena vecindad”; b) probó como durante dicho período los tiranos trataban de mimetizarse, para poder sobrevivir; c) demostró de qué modo los embajadores estadounidenses “tradicionalmente interventores en la política interna de esos países”, cambiaron su comportamiento¹⁵. Por otro lado, Selser plantea en su prólogo que Krehm manifiesta “desconocimiento de la historia y la sociología latinoamericanas [...]”. Más aún, pasa por alto lo evidente, recalca lo innecesario, no descubre lo obvio y gusta, muy a lo periodista norteamericano, de incidir más en lo superficial

¹⁴ Fue gracias a este notable investigador, que la nueva generación de nicaragüenses antisomocista pudo descubrir a Sandino, a través de su ya clásico libro *Sandino, general de hombres libres*, de 1952; siempre preocupado por los problemas de la región escribió, además, entre otras, las siguientes obras, *El pequeño ejército loco*, México, Bruguera Mexicana de Ediciones, 1980; *Nicaragua de Walker a Somoza*, México, Mex Sur Editorial S.A., 1984; *¡Aquí, Santo Domingo! La tercera guerra sucia* (compilación, introducción y notas por Gregorio SELSER), s/f. s/e. Después de la caída de Somoza, el gobierno Sandinista condecoró a Gregorio Selser, quien al momento de su muerte, en 1991, en México, donde residió sus últimos años de vida, como profesor de la UNAM, y editorialista de diversos medios de comunicación, dejó decenas de obras publicadas.

¹⁵ KREHM, William, *op. cit.* p.14.

y anecdótico, que en lo preponderante y profundo. De este modo, sólo logra la verdad del 'clima' de tragicomedia centroamericana"¹⁶.

No obstante lo señalado, para Krehm —corresponsal viajero de la revista estadounidense *Time*, oriundo de Canadá, y quien se había hecho ciudadano norteamericano—, la publicación de dicha obra “le costó la pérdida de la ciudadanía de adopción”, según manifiesta Selser, pues el libro fue considerado muy crítico de la administración estadounidense.

Conociendo ambas obras, sobre todo por su carácter crítico —la de Bosch y la de Krehm— sólo nos cabe preguntarnos, sin pretender dar respuesta alguna, ¿qué le hubiera ocurrido a Bosch —que no era canadiense, ni ciudadano norteamericano, sino un exiliado político de la frontera imperial del Caribe—, si los originales de la misma no se hubieran extraviado y hubiera sido publicada en 1955, año en que fue escrita?

Toda la población de los países del Caribe, desde los sectores rurales y urbanos más humildes, campesinos y obreros, pasando por las capas medias, profesionales, intelectuales y artistas, hasta las mismas capas altas, en ocasiones —y aunque parezca extraño— incluso las mismas oligarquías y burguesías, o al menos parte de éstas, han sido víctimas de dichos regímenes dictatoriales. La dictadura de Rafael Leonidas Trujillo en República Dominicana es un caso bastante ilustrativo al respecto; pero lo mismo podemos decir de las otras tres, aunque en distintos grados. Una de las pocas maneras de tratar de evitar ser víctima de las dictaduras ha sido plegándose como incondicionales a los tiranos, o en su defecto, emigrando al extranjero, en calidad de exiliados; pero ni siquiera esta última medida siempre lo ha garantizado, pues

¹⁶ *Ibid.*, p.13.

difícilmente el exiliado ha logrado retomar y desarrollar su proyecto de vida profesional, junto a su familia y demás seres queridos. En muchas ocasiones, los exiliados se han organizado para combatir las dictaduras, de diferente manera, incluyendo la vía armada, para realizar actos públicos, o para publicaciones de denuncia. El caso más sobresaliente y de mayor impacto fue el de la Legión Caribe, en 1948, así como las expediciones armadas de Cayo Confites, en 1947, la de Luperón en 1949, y las del 14 y 20 de junio, en 1959, las tres últimas contra la tiranía de Trujillo. También otras dictaduras de la región, en mayor o menor grado, tuvieron que enfrentar expediciones armadas organizadas por los exiliados en países vecinos, aunque en la mayoría de los casos dichas expediciones fracasaban. Tal fue el caso de François Duvalier, quien a principios de la década de 1960 tuvo que hacer frente a grupos armados de haitianos, procedentes de Cuba, de República Dominicana e incluso de Estados Unidos; situaciones semejantes tuvieron que enfrentar Somoza en Nicaragua y Batista en Cuba. En otras oportunidades, las dictaduras tuvieron que sofocar, en ocasiones ahogándolos en sangre, movimientos de resistencia internos, como lo hizo en El Salvador la tiranía del general Maximiliano Hernández Martínez¹⁷, en enero de 1932, que en pocos días masacró a más de treinta mil trabajadores salvadoreños¹⁸; Fulgencio Batista en Cuba, en julio de 1953, a raíz del asalto al Cuartel Moncada, bajo la dirección de Fidel Castro, desató una fuerte represión, con encarcelamientos y asesinatos; para señalar sólo dos de los casos que tuvieron mayor impacto en sus respectivos

¹⁷ Cfr. CARRILLO CORLETO, Hugo Roberto, *El ejército y el partido único en la dictadura de Martínez*, Tesis de licenciatura en Ciencias Políticas, Universidad Central Centroamericana José Simeón Cañas, El Salvador, 1980.

¹⁸ Cfr. DALTON, Roque, Miguel MÁRMOL. *Los sucesos de 1932 en El Salvador*, La Habana, Casa de las Américas, 1983.

países, El Salvador y Cuba, así como a nivel internacional. Pero de todas las expediciones armadas que se han producido en la región, sólo encontramos una victoriosa; nos referimos a la del Granma, el 2 de diciembre de 1956, precisamente contra la dictadura de Batista, y bajo el liderazgo de Fidel Castro, como es bien conocido; expedición que se transforma en movimiento guerrillero, desde diciembre de 1956 hasta el 1º de enero de 1959, día en que Batista abandona Cuba para refugiarse donde Trujillo, en República Dominicana.

Pero las expediciones armadas de exiliados políticos no sólo se han producido en la región para derrocar a los dictadores, sino también para derribar a los gobiernos democráticos. En estos casos, las iniciativas no siempre han sido de los propios exiliados, sino más bien de los regímenes dictatoriales existentes en el área, o del imperio del norte; cuando la iniciativa ha sido de este último, ha sabido buscar la alianza y apoyo de las dictaduras, como ocurrió en el caso de Guatemala, contra el presidente Jacobo Arbenz, en 1954, en que la expedición salió desde Honduras, bajo la dirección del coronel Castillo Armas, y quien tomaría el poder hasta 1957, en que fue abatido a tiros, en el mismo Palacio Presidencial, al parecer por órdenes de Trujillo; y en Cuba —la conocida expedición de Playa Girón o Bahía de Cochinos—, en 1961, para derrocar el gobierno popular de Fidel Castro —que todavía no se había declarado socialista. En ambos casos, la CIA tuvo una participación activa, como es bien conocido, lo que ha sido demostrado en varias investigaciones académicas que han sido publicadas. El apoyo total que han recibido estos últimos exiliados —en muchas ocasiones simples mercenarios o aventureros— de parte de Estados Unidos para derrocar gobiernos democráticos y revolucionarios, contrasta mucho con la situación en la que se encontró el exilio antidictatorial, acosado, en la mayoría de las veces, por el poderoso imperio del norte.

Bosch es bien enfático al respecto, en uno de sus artículos desde el exilio, “Errores de la política norteamericana en el Caribe” (*Bohemia*, La Habana, 16 de octubre, 1949, p.57/ p.62), cuando critica las declaraciones del Secretario de Estado, Dean Acheson (1893-1971), en 1949. Dean Acheson fue el Secretario de Estado que reemplazó al general George C. Marshall, célebre por el papel que le tocó jugar como Jefe del Estado Mayor del Ejército durante la Segunda Guerra Mundial, y posteriormente como el Secretario de Estado que impulsa el denominado Plan Marshall para la cooperación a la reconstrucción de Europa, lo cual le permitiría ser acreedor del Premio Nobel de la Paz en 1953. Al declarar Acheson que “los Estados Unidos usarán todos sus poderosos medios para evitar que sean atacados los Gobiernos constituidos en el Caribe”, Bosch de inmediato entendió que tal declaración no era más que una defensa a los gobiernos dictatoriales, particularmente a Trujillo y a Somoza. Por ello le respondió a Dean Acheson, en el artículo que acabamos de citar, que “a ellos a los dictadores y no a los demócratas que los combaten, les hubiera caído bien oír decir que los Estados Unidos usarán todos los poderosos medios ‘para demandar de los Gobiernos que cumplan los pactos internacionales en que se han comprometido a mantener la democracia representativa como sistema de Gobierno’”. Para agregar que “nosotros, los desterrados de hoy, podemos ser los gobernantes de mañana; esto, por lo menos, ha ocurrido con frecuencia en América”. Como efectivamente ocurriría catorce años después, en que Bosch alcanzaría la Presidencia de la República Dominicana. Sin embargo, cuando Bosch fue derrocado, en septiembre de 1963, el imperio del norte tuvo un comportamiento muy diferente al que proclamó en 1949 a través de Dean Acheson. En Abril de 1965, cuando un movimiento cívico-militar intentó reponer a Bosch en el poder, entonces sí Estados Unidos supo usar

todos los poderosos medios del imperio —con 42 mil infantes de marina, con los armamentos más poderosos, modernos y sofisticados de la época, en un país de 48 mil kilómetros cuadrados y 3.5 millones de habitantes, que era la población de esos años, y un pueblo pobremente armado—, pero no para defender a un gobierno democrático y constitucional, sino a un gobierno de facto, que incluso ya había sido derrocado por un movimiento eminentemente popular, que defendía la Constitución que se había establecido dos años antes: el gobierno de Juan Bosch. La Constitución de 1963, que sigue siendo —aunque derogada desde aquel entonces, por supuesto— hoy en día, 46 años después de tan trágicos acontecimientos, la Carta Magna más moderna y avanzada que ha conocido República Dominicana en su historia contemporánea.

En situaciones como la que señalábamos, en que los exiliados se organizaban contra las dictaduras, la mano del tirano ha sabido caer sobre sus opositores (e incluso sobre sus familiares), para silenciarlos, aun en los lugares más remotos; arrancándoles la vida, secuestrándolos, reduciéndolos a prisión, o logrando que el exiliado sea perseguido y expulsado a otro país.

La vida de Juan Bosch es una fiel representación de estos procesos del exilio. En 1938, ocho años después de haberse instaurado en República Dominicana la dictadura de Rafael Leonidas Trujillo Molina (1891-1961), que gobernaría el país con mano férrea de 1930 a 1961, y después de pasar varias semanas en prisión, Bosch sale del país rumbo a Puerto Rico, pues su vocación era la de escritor, por lo que quería dedicarse a la narrativa, escribiendo cuentos, género con el que ya había alcanzado reconocimiento en la región, particularmente en Puerto Rico y en Cuba. Pero sobre todo, Bosch no quería participar en política —así lo ha expresado en múltiples

ocasiones—, pues sabía que de haberse quedado en el país no lo hubiera podido eludir, al menos sin sufrir serias consecuencias para su vida, pues ya Trujillo le había propuesto el cargo de diputado. Y en efecto, aunque logró destacarse como cuentista, no logró escapar a la persecución y difamación de sus familiares, incluso de sus padres, quienes se vieron en la necesidad de abandonar el país, para refugiarse, primero en Puerto Rico, y después en Costa Rica. Desde el exilio Juan Bosch no pudo escapar a la tentación de incursionar activamente en la vida política, la que décadas más tarde eclipsaría al cuentista, al literato¹⁹, para abrirle paso, con gran creatividad, al sa-gaz analista, pero sobre todo al audaz organizador, líder político y estadista que llevaba dentro.

En 1939, ya en Cuba, junto a otros exiliados políticos funda el Partido Revolucionario Dominicano (PRD), para luchar contra la dictadura de Trujillo. De esta manera su proyecto de vida se transforma, y no obstante que logra seguir escribiendo cuentos y algunos ensayos, el eje fundamental de sus acciones sería la política. Justamente como representante del PRD, en las décadas de 1940 y 1950 le tocaría recorrer los países de la región, sosteniendo encuentros al más alto nivel político, para denunciar y combatir la dictadura dominicana.

Dentro de sus primeras giras políticas, podemos destacar sus estadías en México (1941, 1944-45, 1948, 1949, 1950), Guatemala (1945), Haití (1945), Panamá (1945), El Salvador (1945), Venezuela (1945, 1946, 1948, 1958-59), Costa Rica (1948, 1954, 1961), Bolivia (1954), Chile, (1955) y Brasil (1956). Es este periplo —salpicado de detenciones, encarcelamientos, expulsiones y huelgas de hambre por nuestra

¹⁹ Aunque desde su retorno a República Dominicana en octubre de 1961, prácticamente no volvió a escribir ningún cuento, en junio de 1972 Bosch declara formalmente que abandonaría la literatura para dedicar todo su tiempo a la política, hasta el último día de su vida, como en efecto lo hizo.

América—, lo que le permitirá ir conociendo de cerca, en la práctica, en voz de sus propios protagonistas, dirigentes, líderes políticos y sindicales los valores democráticos al que aspiraban nuestros pueblos, y que a costa de muchos sacrificios, se comenzaban a construir en la región. Dentro de dichos países destacan las experiencias del México post-revolucionario, en la década de 1940; de Guatemala con Juan José Arévalo (1945-1951) y Jacobo Arbenz (1951-1954); de Costa Rica, a partir de 1948, bajo el liderazgo de José Figueres; de Venezuela, primero con el efímero gobierno del presidente Rómulo Gallegos, en 1948, y posteriormente con el presidente Rómulo Betancourt (1959-1964); de Bolivia, con Paz Estensoro, en 1954; y de Chile, con Salvador Allende —en ese momento Senador de la República—, con quien Juan Bosch estableció una estrecha amistad en 1955.

Fue a lo largo de estos cerca de 24 años de vida errante como exiliado —23 años y nueve mes, para ser más preciso—, en una América Latina convulsionada —con golpes de Estado, tiranidios, guerras civiles y revoluciones armadas— que Juan Bosch fue desarrollando su formación y convicciones democráticas, a la vez que iba estableciendo excelentes relaciones de amistad, de trabajo, y de lucha política con los más destacados líderes e intelectuales de la época. En esos años, Juan Bosch también se nutrió de las aportaciones de los más grandes pensadores y luchadores políticos de nuestra América, como lo fueron el puertorriqueño Eugenio María de Hostos, el venezolano Simón Bolívar, y el cubano José Martí; así como de las aportaciones de los teóricos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), que tanta influencia tuvieron en el proyecto desarrollista de finales de la década de 1940 y 1950.

Sin embargo, durante su primer período de exilio (1938-1961), Bosch no escribió sobre la democracia —al menos de una manera sistemática, como sí lo hizo sobre las

dictaduras—, pues prefirió, asumimos nosotros, guardar sus conocimientos, que eran sumamente amplios y profundos sobre dicho sistema político²⁰, en espera de que le tocara la oportunidad de llegar al poder en su país, para ponerlos en práctica, como efectivamente lo hizo, o más bien intentó hacerlo, cuando asumió la Presidencia de República Dominicana, en 1963. Decimos que intentó hacerlo, pues dicho experimento democrático —que no se limitaba a la dimensión política, sino que incluía la económica y la social, es muy importante subrayar estas dos últimas— fue abortado a los siete meses de haberse iniciado, por fuerzas oscurantistas, tanto internas como externas. Pero su gobierno, aunque efímero, se constituyó en paradigma de la democracia, de la ética y de la dignidad nacional, con la Constitución más progresista que hasta el momento haya conocido la historia dominicana²¹, como ya lo hemos señalado.

En realidad, y aunque resulte extraño, su primera obra sobre la democracia, *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, la escribe durante su segundo período de exilio (1963-1965), en Puerto Rico, en 1964, pocos meses después de haber sido derrocado del gobierno. Y la segunda obra, aunque tenga un título distante de su verdadero contenido —pues evoca un sistema político totalmente opuesto al

²⁰ De ese período apenas se conoce un ensayo: “Problemas de la democracia en nuestra América”, escrito en Madrid en enero de 1957, pero que vendría a ser publicado en español, por primera vez, treinta y tres años más tarde, en 1990, en *Política, teoría y acción*, N° 122, Santo Domingo, Órgano del Comité Central del PLD, mayo, 1990, pp.1-29; Cfr. Max Puig, “Un texto inédito de Juan Bosch sobre la democracia en América Latina”, *Política, teoría y acción*, N° 121, Santo Domingo, Órgano del Comité Central del PLD, abril, 1990, pp.10-13.

²¹ Cfr. *Constitución de la Nación Dominicana de 1963*, edición a cargo de Aura Celeste FERNÁNDEZ, Santo Domingo, 2003; *Constitución de 1963, 40 años después: Vigencia y Perspectivas*. Ponencias del panel realizado en UNIBE, el 29 de abril de 2003, Santo Domingo, Universidad Iberoamericana, 2004.

democrático—, *Dictadura con respaldo popular*, la escribe en Europa, en 1969, durante su estancia en España, después que había fracasado, a causa de la ocupación militar de Estados Unidos, en su último intento, en 1965, de establecer un sistema democrático representativo en el país. En esta última obra, que es una tesis política de gobierno, y que generó una amplia y seria polémica en República Dominicana, hay un cuestionamiento, es cierto, a la “democracia representativa”, por el fracaso de la misma en la historia contemporánea de América Latina, a causa de la ausencia de una burguesía que pudiera impulsarla, pues esta clase social había sido suplantada por regímenes oligárquicos. En ausencia de tal burguesía —y por lo tanto de un proletariado— el autor recurre a las singularidades de la estructura de clase de los países latinoamericanos, y en particular de República Dominicana, para diseñar su modelo político que lo condujera a establecer una verdadera democracia, en términos de libertades, justicia e igualdad social.

Por ello, entendemos que en realidad lo que hace Juan Bosch, en su polémica tesis, es plantear una revolución antioligárquica, a la vez que fundamentar las dimensiones económicas y sociales de la democracia, ausentes en dicho sistema político —al menos en la mayor parte de los países de la región— pues cuando se intentó incorporarlas, los líderes y partidos políticos que así lo hicieron fueron acusados de comunistas y derrocados del gobierno, como le había ocurrido a Rómulo Gallegos en Venezuela, a Jacobo Arbenz en Guatemala, y al mismo Juan Bosch en su país. Práctica nada extraña en el marco de la Guerra Fría. De todas maneras, lo que podría llamar la atención es que Bosch, quien había entregado su vida a la lucha por la democracia, prefiriera titular a dicha tesis política, “Dictadura” —régimen contra el que él había luchado tanto— y no “Democracia

con respaldo popular”, quizás por el descrédito que él entendía que tenía dicho sistema político; pero más que nada, entre otras muchas razones, como lo explica el mismo Bosch en un discurso de abril de 1970, fue para que no se confundiera con el término de “democracia popular”, que es como se autodenominaban muchos de los países socialistas o comunistas de la época²².

No obstante, habría que aclarar que el concepto de dictadura que permea la tesis de Bosch, dista mucho de ser la de los regímenes dictatoriales de América Latina, e incluso de la *dictadura* como institución jurídico-política de la Antigua Roma, así como de las tesis del *Cesarismo democrático* que sustentara Laureano Vallenilla Lanz a principios del siglo XX. Dictadura con respaldo popular es más bien un concepto novedoso de gobierno, pues entraña una revolución antioligárquica, impulsada por un frente de clases y sectores sociales populares, que lograra un desarrollo económico con justicia social.

Sin embargo, el líder político dominicano explica muy bien, en su ensayo *Viaje a los antípodas*, de 1970, el desengaño político que había sufrido cuando la gran potencia del norte, violando los más elementales principios del marco jurídico internacional, y pisoteando la soberanía y la autodeterminación de los pueblos, y bajo acusaciones falsas, invade el país en 1965, supuestamente en defensa de la “democracia”, paradójicamente para impedir que se estableciera un verdadero gobierno democrático, como lo era el suyo, que había sido elegido libre y constitucionalmente por el pueblo. En el caso dominicano, en la coyuntura a la que estamos haciendo referencia, es oportuno hacerse la misma pregunta que se hizo Edelberto Torres Rivas sobre Guatemala a principios de la década de 1980:

²² Cfr. BOSCH, Juan, *Discursos políticos: 1970*, Tomo III, pp.66-67, Santo Domingo, Presidencia de la República, 1999.

“¿Qué clase de sistema es este que para defender la democracia tiene que liquidarla?”²³.

De todas maneras, desde su llegada al país, tras la caída de la tiranía de Trujillo, en 1961, Juan Bosch se dedica a educar y a organizar al pueblo dominicano con el fin de que lograra desarrollar un sistema político democrático, pero además, que asumiera la misma manera de vivir, en cuanto a tolerancia y respeto entre los seres humanos, entre los partidos y entre los grupos sociales. Y lo hizo, fundamentalmente, en su calidad de extraordinario orador, a través de la radio, en el programa Tribuna Democrática, que era una especie de cátedra impartida diariamente sobre los problemas más acuciantes que vivía el país, o que se producían a nivel internacional. Esas y otras alocuciones suyas han sido recogidas en cuatro volúmenes, *Discursos políticos, 1961-1966*²⁴, *Discursos políticos: 1970*²⁵ y *Discursos políticos: 1971*²⁶. Esta era, sin lugar a duda, la vía más efectiva de llegar a las grandes mayorías nacionales, sobre todo a la población rural y urbana analfabeta y semianalfabeta. La otra modalidad fue por medio de la publicación de artículos y ensayos cortos, algunos de los cuales serían compilados como libros. *Capitalismo, democracia y liberación nacional*²⁷, es uno de ellos.

No obstante, fue a través de los partidos políticos que Juan Bosch encontró el verdadero camino para organizar al pueblo, para que éste pudiera contar con los canales propios para hacer la transición o, más precisamente, la construcción necesaria hacia la democracia, y posteriormente lograr la consolidación de la misma. Primero, lo hizo por medio del PRD, una verdadera

²³ Cfr. “Guatemala: medio siglo de historia política”, en Pablo González Casanova (coordinación), *América Latina: Historia de medio siglo*, tomo 2, México, Siglo XXI editores, 1981, p.171.

²⁴ Santo Domingo, Presidencia de la República, 1998, Tomo I, y Tomo II.

²⁵ Santo Domingo, Presidencia de la República, 1999, Tomo III.

²⁶ Santo Domingo, Presidencia de la República, 1999, Tomo IV.

²⁷ Santo Domingo, Ed. Alfa y Omega, 1983.

maquinaria política, con la que llegó al gobierno en 1963²⁸; después renunció a dicho partido, para fundar, en el mismo año, en 1973, el Partido de la Liberación Dominicana (PLD)²⁹, acorde a los nuevos requerimientos políticos, económicos y sociales del país³⁰, y en el que fundó una revista: *Política, teoría y acción*³¹, como órgano de reflexión y debate; y un periódico quincenal, *Vanguardia del Pueblo*, de amplia circulación en todo el país³². Actualmente, aunque con significativas diferencias de proyectos, así como del ejercicio del poder, estos dos son los principales partidos políticos del país, siendo un caso único en América Latina que dos partidos fundados por un mismo líder político, logren acaparar, en los últimos años, el noventa por ciento de las preferencias electorales. En las elecciones presidenciales de 2004, el candidato del PLD, Dr. Leonel Fernández, obtuvo el 57% de la votación, y el Agrónomo Hipólito Mejía, candidato del PRD, tuvo el 33%. A su vez, en las elecciones presidenciales de 2008, el candidato del PLD, Dr. Leonel Fernández, alcanzó el 54%, y el candidato del PRD, Ing. Miguel Vargas Maldonado, el 40%. En suma, en estos últimos 46 años —desde febrero de 1963 a la actualidad, 2009— ambos partidos han gobernado el país durante 21

²⁸ El PRD ha ejercido el gobierno en tres oportunidades más, en 1978-1982, 1982-1986, y 2000-2004.

²⁹ El PLD ha ejercido el gobierno en tres ocasiones, en 1996-2000, 2004-2008, y nuevamente de 2008-2012.

³⁰ Cfr. BOSCH, Juan, *El Partido, concepción, organización y desarrollo*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1983; BOSCH, Juan, *El PLD. Un partido nuevo en América*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1989.

³¹ En realidad, dicha revista fue fundada por Bosch el 15 de marzo de 1972, como órgano de difusión teórica del Partido Revolucionario Dominicano; en enero de 1980, ocho años más tarde de aquella fundación, y siete después de haber creado el PLD, es fundada, lo que tendríamos que denominar la nueva revista *Política, teoría y acción*, como órgano teórico de dicho partido.

³² Cfr. BOSCH, Juan, *El periódico del Partido y la comunicación con las masas*, Santo Domingo, 1998, Colección de Vanguardia.

años y siete meses, sin perder de vista las diferencias existentes entre ambas organizaciones políticas. Por lo demás, son los dos únicos partidos mayoritarios en el país que han trascendido a la muerte de su fundador.

En 1947 Juan Bosch participa en Cuba, en Cayo Confites, al norte de Camagüey, en la preparación y entrenamiento de una expedición armada, con la dirección militar y política de la misma, con la que se proponía derrocar la dictadura de Trujillo. En Cayo Confites se entrenaban mil doscientos hombres, bien armados —que además poseían barcos y aviones—, de los cuales la mayoría eran cubanos y dominicanos; también participaban decenas de combatientes de otras nacionalidades³³. Sin embargo, la expedición fue abortada por los hábiles manejos del dictador dominicano —quien sobornó a altos funcionarios militares y civiles del gobierno cubano—, y los errores cometidos por los propios expedicionarios, que fueron interceptados por la Marina de Guerra cubana, y hecho prisioneros; pero sobre todo la expedición fracasó por la presión de Estados Unidos al gobierno cubano. En dicha expedición participaba un joven cubano de apenas 21 años de edad, que luego adquiriría notoriedad internacional: Fidel Castro, uno de los pocos que no entregó las armas, y se lanzó al mar para escapar, lo cual consiguió. Doce años más tarde, tras la caída del dictador Fulgencio Batista —quien precisamente huye de Cuba para refugiarse bajo la protección de Trujillo—, y con Castro en el poder, sale desde Cuba, en junio de 1959, una nueva expedición armada, que el dictador dominicano no pudo impedir³⁴, aunque logró derrotar a

³³ Cfr. GRULLÓN, José Diego, *Cayo Confites. La revolución traicionada*, Santo Domingo, Editora. Alfa y Omega, 1989.

³⁴ Vale la pena recordar que, durante su exilio en México, el joven Fidel Castro declaró públicamente que si llegaba al poder en Cuba, daría todo su apoyo para el derrocamiento de las dictaduras de la región.

los expedicionarios, pues contrario a lo que ocurría en 1947, durante esos doce años la dictadura había modernizado y equipado a las fuerzas armadas dominicanas, como no lo había hecho ningún otro país de la región. Incluso Trujillo había instalado una fábrica de armas, conocida como *La Armería*, que abastecía el país y le permitía apoyar a sus aliados, o conspirar contra los gobernantes opositores a su régimen. No obstante, el impacto político de la expedición de junio de 1959, se constituiría en el principio del fin de la más cruel y sangrienta dictadura en la región.

Fueron años difíciles, sumamente complejos, sobre todo por los cambios internacionales que se habían producido a raíz de la Segunda Guerra Mundial, en el marco de la Guerra Fría, que calificamos, en términos políticos, de democracias *versus* dictaduras. En ese contexto, estas últimas contaban con el apoyo de Estados Unidos —como ya lo hemos sostenido—, pues los tiranos se asumían como luchadores contra el comunismo internacional, y por lo tanto como aliados del poder hegemónico del norte. Trujillo, para tratar de jugar un papel protagónico, como siempre se lo propuso, se autoproclamó “Campeón del anticomunismo en América, desde Alaska hasta Tierra del Fuego”. Por otro lado actuaba la Izquierda democrática, entre los que se destacaban José Figueres, de Costa Rica; Luís Muñoz Marín, de Puerto Rico; Rómulo Betancourt, de Venezuela, y Juan Bosch, de República Dominicana. En dicho contexto surge la conocida Legión Caribe, la que logró brindar su apoyo para realizar, en 1948, a la revolución democrática de Costa Rica, bajo el liderazgo de José Figueres.

Eran tiempos de acción, de lucha política y combates armados. Había muy poco espacio para la reflexión teórica, y para la producción literaria. Sin embargo, Juan Bosch había logrado, aunque con muchas dificultades —incluso perdiendo al menos dos bibliotecas, así como algunos de sus archivos

y manuscritos, como el libro de cuentos, *Callejón Pontón*—, encontrar espacio para continuar estudiando, reflexionando, analizando, escribiendo y publicando sus cuentos, además de diversos artículos y algunos libros de ensayos, como expresión de sus inquietudes políticas e intelectuales. No obstante, su obra era escrita de salto en salto, de país en país, de exilio en exilio, por la gran capacidad de trabajo y dominio del lenguaje que tenía. En efecto, en ocasiones Bosch planeaba o iniciaba una obra en un país, la continuaba o concluía en otro, y la venía a publicar en un tercer país. Tales fueron los casos de *Cuba, la isla fascinante*, escrita en Cuba, actualizada y publicada³⁵ por primera vez en Santiago de Chile, en 1955; *Judas Iscariote, el calumniado*, planeada a finales de la década de los cuarenta en Cuba —pero sobre la cual le había surgido la idea en República Dominicana, años antes de salir al exilio—, y redactada en Santiago de Chile, en agosto de 1954, donde también fue publicada³⁶ al año siguiente, en enero de 1955; o la novela *El oro y la paz*, cuya temática se desarrolla en Bolivia, a partir de su exilio en este país andino en 1954, pero cuyo esquema elaboró en 1957 en La Habana, y vino a ser redactada durante su segundo exilio, en 1964, en Puerto Rico, en tanto que los manuscritos se traspapelaron, hasta reaparecer años después en República Dominicana, y publicada en 1976.

Pero de todos sus libros, el que conoció una vida más azarosa fue precisamente *Póker de espanto en el Caribe*, redactado en Santiago de Chile, y concluido en abril de 1955; enviado por su autor a Venezuela en el mismo año, donde los manuscritos permanecieron extraviados durante mucho tiempo, hasta reaparecer, décadas después, en Santo Domingo, en

³⁵ Algunos de sus capítulos, como “Cuba, en el umbral de sí misma”, fueron publicados como artículos en revistas en México.

³⁶ Algunos avances de este libro fueron publicados como artículos en revistas cubanas.

1988, año en que conoció su primera edición. Este libro es, a nuestro parecer, el que mejor refleja el *vía crucis* al que se veía sometido el exiliado político, perseguido por los regímenes dictatoriales de la región.

Consideramos que a *Póker de espanto en el Caribe*, no se le ha dado el debido reconocimiento por parte de los estudiosos de los países de la región del Caribe y de América Latina; quizás por la poca difusión que este texto ha tenido en el extranjero, ya que apenas conoce su primera edición fuera del país, hecha en México por la Coordinación de Humanidades de la UNAM, en enero del presente año, 2009. No obstante que existe una amplia producción bibliográfica sobre las dictaduras en la región, entendemos que dicha obra ocupa un lugar muy especial, por varias razones.

En primer lugar, porque no siempre los líderes políticos de la época —los que combatieron las tiranías, y que incluso llegaron a ser políticos exitosos, pues les tocó derrocarlas e iniciar el proceso de transición y construcción de la democracia— se dedicaron al estudio de aquellas, o al menos no dejaron una obra escrita sobre las mismas, que fuera significativa. El ejemplo más ilustrativo al respecto es precisamente el de los integrantes de la llamada Izquierda democrática, a la que pertenecía Juan Bosch. Rómulo Betancourt, por ejemplo, combatió las dictaduras de Juan Vicente Gómez (1908-1935), y la de Marcos Pérez Jiménez (1952-1958), a quien le tocó reemplazar en 1959, y sin embargo apenas dejó dos textos conocidos, *Dos meses en las cárceles de Gómez*, de 1928, y *En las buellas de la pezuña* (escrito en colaboración con Miguel Otero Silva), de 1929, que distan mucho de ser análisis explicativos de la dictadura de Juan Vicente Gómez, si bien aborda la segunda, la de Pérez Jiménez, con mayor rigurosidad en la parte inicial de su libro *Venezuela: política y petróleo*, de 1956. Lo mismo podríamos decir de Juan José Arévalo, quien dejó

una amplia producción bibliográfica, pero, hasta donde conocemos, ninguna sobre la dictadura de Jorge Ubico (1931-1944), a quien reemplazó después de la llamada “Revolución de octubre”, en 1944, en que fue derrocado el tirano.

Los casos de José Figueres en Costa Rica, y Luís Muñoz Marín en Puerto Rico son diferentes, pues no obstante que lucharon contra los regímenes dictatoriales de la región, sobre todo apoyando a los exiliados, no tuvieron que enfrentar a tirano alguno en sus respectivos países, aunque Figueres fue el líder de la guerra civil, o Guerra de Liberación Nacional, de 1948, como la denominan los vencedores, que transformó a Costa Rica, y le permitió el desarrollo institucional y democrático de que ha gozado este país durante mucho tiempo. Igual ocurre con Víctor Raúl Haya de la Torre, el fundador del APRA, quien conoció una larga vida de exilio, incluyendo el más prolongado asilo político que se conozca en una Embajada, la de Colombia en Lima, que duró cinco años y tres meses (1949-1954), durante la dictadura militar de Manuel Odría (1948-1956) en el Perú. Lo que sí hizo Haya de la Torre, durante su largo asilo en la Embajada de Colombia, fue escribir el libro *Treinta años de Aprismo*, publicado en México, en 1956, por el Fondo de Cultura Económica, con el cual ampliaría su extensa producción bibliográfica. Por último, tampoco encontramos en Fidel Castro una obra sobre la dictadura de Fulgencio Batista, más allá de su célebre y exhaustivo discurso, que fue su autodefensa como abogado, ante el Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba, en octubre de 1953, conocido como *La historia me absolverá*, así como otros artículos y cartas para defenderse de las acusaciones y calumnias de la dictadura de Batista³⁷.

³⁷ Cfr. CASTRO, Fidel, *La Revolución Cubana* (Selección y notas de Adolfo Sánchez Rebolledo), México, Ediciones Era, 1975, pp.20-97.

En segundo lugar, porque a diferencia de la gran mayoría de los textos sobre las dictaduras —que suelen ser descriptivos, en muchos casos testimonios, y en no pocas ocasiones denuncias sobre el carácter represivo y de los crímenes cometidos por los tiranos, como estudios de caso—, *Póker de espanto en el Caribe*, en cambio, es un análisis comparativo multicausal de cuatro dictaduras, donde se pone énfasis en las causas —internas o externas, económicas, políticas, sociales y psicológicas—, que dieron origen a las mismas; estos aspectos constituyen una aportación teórico-metodológica importante para el estudio de las dictaduras.

En tercer lugar, por la profundidad de análisis que le permite, de manera muy especial, integrar una de estas dimensiones disciplinarias generalmente ausente en los estudios sobre las dictaduras en la región, la psicología social. En el caso de Trujillo, por ejemplo, Bosch señala que: “Dada su psicología de resentido, se explica que al erigirse tirano destruyera ese Club Unión y lo sustituyera con uno que lleva su nombre; y dado su temperamento se explica que su odio creciera en vez de disminuir, así como dada su incultura se explica que midiera con ese odio a todo el que estuviera por encima del común” (p.228). Por su origen social y su psicología, Bosch explica las diferencias entre Trujillo y Somoza. “Nótese que ciertas características de Trujillo no las tiene Somoza, lo que se debe a que éste se crió en otro ambiente” (p.230), para más adelante agregar: “Somoza no padece los complejos de inferioridad de Trujillo, porque el ambiente en que creció no fue propicio a que se le formaran” (p.231). La diferencia entre ambos tiranos era tal, que cuando Anastasio Somoza, Tacho, visitó República Dominicana en 1952, llegó a pensar “que su compañero de aventura dictatorial estaba mentalmente enfermo” (p.292).

Recurriendo al mismo método de análisis, Bosch compara a los cuatro tiranos, “Fulgencio Batista no tiene el alma

insensible de Marcos Pérez Jiménez ni la soberbia incontrolable de Trujillo. Su psicología se asemeja bastante a la de Somoza; como Somoza, es farsante y capaz de llegar a cualquier extremo con tal de conquistar el poder” (p.352). Luego continúa: “Como Somoza, Batista es negociante; como el nicaragüense, el cubano es una alma colonialista. Ni el uno ni el otro toman en cuenta lo que piensan sus pueblos, pero viven atentos a lo que de ellos se diga en los Estados Unidos. Comparados con Trujillo o con Pérez Jiménez, ambos son tolerantes y los dos preferirían no tener que abusar del poder” (pp.352-353).

En cuarto lugar, por la importancia que el autor atribuye a la corrupción en las tiranías para lograr sostener dichos sistemas políticos, lo que introduce una interesante línea de investigación, para poder rastrear los orígenes, al menos contemporáneos, de la corrupción que sigue gravitando en la región, y que constituye una de las mayores trabas al desarrollo democrático de nuestros países. Nueve años después, en 1964, en *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana* Bosch retomaría el tema de la corrupción, como una de las variables explicativas del golpe de Estado que lo derrocó en septiembre de 1963. Esa corrupción se había arraigado e institucionalizado durante los treinta años de la dictadura de Trujillo, y la construcción de la democracia, entre otros muchos retos, tenía que enfrentarla. Para Bosch, una de las peores consecuencias de la corrupción es que “mata la fe de los que desearían tener fe en la democracia, especialmente entre los jóvenes; y esto es mucho más cierto en la América Latina, donde tal vez por esa misma tradición de fraude o por la necesidad de compensación para establecer el equilibrio que demanda la vida, la juventud tiene una necesidad vehemente de que la moralidad pública gobierne los actos de los que están en el poder”³⁸.

³⁸ BOSCH, Juan, *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, 3ra. edición, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1999, p.190.

En quinto y último lugar, por el carácter predictivo de la obra, como expresión de su sagacidad analítica, como podrá observarse en los estudios realizados sobre cada uno de los dictadores. Queremos destacar de una manera muy particular este acierto de Juan Bosch, pues el libro fue realizado en pleno desarrollo de dichas tiranías, es decir, en el momento más difícil de la coyuntura dictatorial de la región. *Póker de espanto en el Caribe* fue escrito en 1955, y en 1956 caería abatido a tiros, Anastasio Somoza, Tacho; Pérez Jiménez sería derrocado a principios de 1958, y el 1° de enero de 1959 Fulgencio Batista huye de Cuba, a causa del triunfo armado del Movimiento 26 de Julio, bajo el liderazgo de Fidel Castro. Dos años y medio después, caería Rafael Leonidas Trujillo, un 30 de mayo de 1961. De las cuatro tiranías, la única que sobreviviría dos décadas y media a la redacción del análisis de Juan Bosch, fue la nicaragüense, y lo logró como una dinastía, hasta julio de 1979, en que Tachito Somoza tuvo que ceder al movimiento revolucionario del Frente Sandinista de Liberación Nacional, huyendo hacia Paraguay, bajo la protección de su homólogo, el dictador Alfredo Stroessner, uno de los pocos tiranos de viejo cuño que sobrevivía en esa época. Decimos de viejo cuño, para diferenciarlo de las dictaduras de seguridad nacional —que se habían establecido en algunos países del Cono Sur, específicamente en Brasil, Uruguay, Argentina y Chile—, pues estos últimos respondían a otros objetivos, y tenían estructuras organizativas distintas, pero más que nada respondían a sociedades con un mayor desarrollo capitalista, un aparato de Estado mucho más avanzado y moderno, lo mismo que sus instituciones, y una estructura de clase, y organizaciones políticas y sindicales diferentes a las existentes en los regímenes de los tiranos de los que se ocupa el libro de Bosch. Más adelante, por la importancia que consideramos que tiene en el Bosch analista, retomaremos el carácter de predicción en su obra.

Un libro como *Póker de espanto en el Caribe* es una tarea pendiente de ser realizada por los investigadores de la región del Cono Sur sobre las dictaduras de seguridad nacional. Todo el que haya estudiado esas dictaduras sabe muy bien que las mismas fueron diferentes, que surgieron en condiciones internas distintas, y que por más alianza que establecieron entre sí, sobre todo en el aparato represivo —como lo demuestra la conocida Operación Cóndor— impulsaron modelos de desarrollo diferentes, y más que nada, tuvieron que dar paso a la transición democrática por causas internas o externas distintas, y la misma transición a la democracia ha sido muy diferente en cada uno de dichos países. Un estudio comparativo como el de Bosch, para dichas dictaduras de seguridad nacional, contribuiría a una mejor comprensión de las mismas, de los matices que las diferenciaban, no obstante que compartieron casi el mismo espacio-tiempo, en términos de la coyuntura dictatorial.

Son estas cualidades las que han hecho de *Póker de espanto en el Caribe* una obra clásica en su género, porque después de más de medio siglo de haber sido escrita y no obstante haber desaparecido los regímenes dictatoriales analizados, el libro sigue teniendo vigencia, tanto por su contribución a la historia contemporánea del Caribe, como por su aportación teórica y metodológica a las ciencias políticas.

Estructura de la obra

Póker de espanto en el Caribe está compuesto por seis capítulos, cuatro de los cuales están destinados al análisis de las diferentes dictaduras —Trujillo, Somoza, Pérez Jiménez y Batista— su objeto de estudio. El primero, es de “Introducción”, donde Bosch explica los objetivos, la metodología a emplear, a la vez que realiza una serie de planteamientos comparativos entre los referidos tiranos. El sexto y último capítulo, “La otra

faz”, está dedicado a reflexionar sobre los sectores sociales rescatables políticamente de dichos países; de las esperanzas que le aguardaban a la región; en síntesis, de las alternativas políticas y sociales que tenía el Caribe en la década de 1950, o más bien a partir de la misma. Y esas alternativas, por difícil y dolorosa que fuera la lucha, debían hacerse realidad con el establecimiento de un sistema democrático —así lo entendía Bosch—, pues “el dictador podrá matar a todos sus adversarios, pero jamás podrá matar al que está llamado a sucederle” (p.381). Sólo este último capítulo, lo mismo que el primero, tienen una extensión y estructura diferentes a los anteriores. Los cuatro restantes capítulos de la obra tienen aproximadamente la misma extensión³⁹. A su vez, cada uno de ellos se encuentra subdividido en tres apartados, los cuales, de la misma manera, tienen una extensión similar.

En los diferentes capítulos —a excepción del que está dedicado a la tiranía de Batista en Cuba—, en su primer apartado, el autor tiene el cuidado —como parte de la vocación pedagógica que siempre manifestó tener— de ubicar geográfica, histórica e incluso etnográfica y sociológicamente a cada uno de los países que aborda. Pero no piense el lector que esta ubicación es gratuita. No. Bosch la orienta al objetivo que se propone en su obra, explicar las causas que originan dichas tiranías. Por ello, cuando las fuerzas políticas, sociales, económicas y militares que han originado la tiranía son externas, pone énfasis en el desarrollo histórico de las mismas, como en el caso de Trujillo y de Somoza; en cambio,

³⁹ Hecho nada extraño en Juan Bosch, por el dominio de la narrativa y la prosa que tenía. Si analizáramos *Cuba, la isla fascinante* (1955), *Judas Iscariote, el calumniado* (1955), *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana* (1964), *David, biografía de un rey* (1956), *Bolívar y la guerra social* (1964), y *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, (1969), encontraremos la misma estructura, en cuanto a la extensión similar del mismo número de páginas se refiere, como podrá comprobarlo el lector, si así lo desea.

cuando las causas son básicamente internas, pone acento en las luchas sociales y políticas locales, e incluso en las pugnas regionales, como en el caso de Pérez Jiménez en Venezuela, para lo que fue necesario profundizar en el papel predominante de los sectores andinos, particularmente del estado del Táchira. El peso político del andinismo en Venezuela fue tal, que Bosch lo considera “una forma de prusianismo americano” (p.296). Después de Cipriano Castro (1899-1908), quien fue derrocado por Juan Vicente Gómez (1908-1935), “todos los cargos claves para dominar el país cayeron en manos de tachirenses, desde la jefatura civil de un caserío hasta los comandos de tropas. El Táchira primero, y los demás estados andinos después, se vaciaron en Venezuela” (p.295). Del Táchira —uno de los 23 estados de Venezuela, con 11,100 km²—, además de los dictadores señalados, surgieron también otros gobernantes como Eleazar López Contreras (1935-1941), Isaías Medina Angarita (1941-1945), para sucederle Marcos Pérez Jiménez (1952-1958); incluso personajes políticos venezolanos recientes y de tanta influencia en los procesos políticos contemporáneos de la región, como Carlos Andrés Pérez (1974-1979 y 1989-1993), también es oriundo del Táchira.

En cambio, en el primer apartado del capítulo sobre la dictadura de Trujillo, Bosch pone mayor énfasis en el legado de las fuerzas imperiales de ocupación: “Los oficiales de la Infantería de Marina que sirvieron puestos de jefes en la administración pública dieron a los políticos nacionales una lección de cómo enriquecerse en el poder. Los mandos interventores adiestraron a la fuerza constabularia en actos de crueldad desconocidos hasta entonces, y como no escondían su desprecio por los dominicanos, desde los más humildes hasta los más destacados, dejaron formada en la conciencia de la oficialidad criolla la convicción de que el pueblo dominicano, mestizo e

ignorante, debía ser tratado como si estuviera formado todo él por forajidos como los que cobraban dinero de los azucareiros para asesinar a sus compatriotas. Esta lección iba a ser asimilada en su totalidad por la mayoría de los nuevos oficiales, y sobre todo por Rafael Leonidas Trujillo” (pp.219-220).

Y aún hoy día, en 2009, cerca de un siglo de tales acontecimientos —93 años, si tomamos como punto de partida la fecha en que se inicia la ocupación, 1916, y 85 años, si consideramos el 1924, en que se produjo la salida de las tropas estadounidenses—, sería difícil sostener que la corrupción política y administrativa, lo mismo que el comportamiento de las fuerzas policíacas y militares en el país con respeto a la población, no sigue teniendo sus raíces más profundas —y lo que es más grave el mismo patrón de comportamiento— en aquella perversa enseñanza recibida por las fuerzas de ocupación; misma que sería fortalecida durante los 31 años de la dictadura de Trujillo, y después en los doce años del neotrujillismo del Dr. Joaquín Balaguer, de 1966 a 1978. Señalamos esto, sin desconocer lo mucho que ha avanzado el país en términos institucionales y democráticos en los últimos años.

Pero la objetividad de Bosch en su análisis, de inmediato lo lleva a plantear, en el segundo apartado, las raíces internas de dichos males: “Ahora bien, no toda la culpa de los males que provocó o aumentó esa ocupación fue norteamericana. El país políticamente débil, desordenado, arrastraba pecados imperdonables desde los días de la Conquista, y sus directores no habían sido capaces de hacer de él un pueblo libre de la miseria, de la ignorancia y de las pasiones. Los antiguos vicios coloniales proliferaban allí” (p.220)

Esa es la lógica expositiva y analítica que sigue Bosch: en el primer apartado pone énfasis en la injerencia del poder imperial, en el apartado segundo pondera las luchas internas;

y hasta cierto punto hace lo inverso en las situaciones contrarias, como las de Pérez Jiménez y de Batista. Pero en todos los casos, el apartado tercero, que es el último, está dedicado al análisis propiamente dicho del carácter de la dictadura, de su forma de proceder, de su base de apoyo —que por lo general eran las fuerzas armadas, que Bosch calificaba como el “partido armado en el poder”—, de su aparato de terror, incluyendo la difamación y el chantaje, del papel de la corrupción, como maquinaria y engranaje del sistema de dominio. De esta manera, después de haber analizado las causas específicas —es decir, con sus matices diferentes— que habían dado lugar a la instalación de cada una de las tiranías, y haber hecho una radiografía de su modo operativo; del espacio posible que, al menos en algunas de ellas contaba la oposición, así como de las posibles contradicciones que pudieran existir dentro de cada una de las mismas, Bosch pasa a valorar la personalidad del tirano, desde un punto de vista psicológico y social pues entre ellos mismos habían no sólo diferencias sino incluso contradicciones, lo que le permitía al analista político dominicano prever las tendencias del futuro que le aguardaba a cada uno de los tiranos.

En todos los casos, como podrá comprobar el lector, el autor alcanzó un alto nivel de predicción de cómo culminarían estas tiranías, algo sumamente difícil de lograr en las ciencias políticas, por la diversidad de variables que se mueven en el escenario político de un gobierno cualquiera, lo mismo que en una tiranía, variables que no siempre puede controlar el dictador, y tampoco el mismo analista; sobre todo cuando el estudio se realiza justo en el preciso momento coyuntural, por mucha distancia que se trate de tomar del fenómeno, con el fin de alcanzar mayor objetividad.

En el caso de Trujillo, el analista dominicano plantea lo siguiente: “Como todo régimen de su tipo, el de Trujillo está llamado a derrumbarse el día menos esperado. La tarea de sus

sucesores será de titanes. Pues será la de llevar a una masa aterrorizada, empobrecida, inmoralizada sistemáticamente, hacia la libertad, el bienestar y la dignidad” (p.253). Pero lo más lejos que podía tener Bosch al momento de escribir esas líneas, en 1955, es que sería precisamente a él a quien, ocho años después, le tocaría esa tarea titánica.

Con respecto a la dictadura de Tacho Somoza, Bosch culmina estableciendo un paralelismo —con las diferencias de rigor existentes entre ambos— entre Trujillo y Somoza, para señalar, de manera lapidaria que “la lógica de la historia indica que ambos desaparecerán en una misma época y en forma parecida” (p.292). Y en efecto, su predicción se hizo realidad, ya que un año después —un año y cinco meses, para ser más precisos— con Anastasio Somoza García, y seis años y un mes más tarde con Trujillo. Somoza García fue acibillado a balazos, en septiembre de 1956; Trujillo caería de la misma manera, un 30 de mayo de 1961. En lo que a Marcos Pérez Jiménez se refiere, Bosch llega a la siguiente conclusión: “La carta venezolana en el póker de espanto del Caribe se llama Marcos Pérez Jiménez, pero en verdad tiene dos rostros; el suyo y el de Pedro Estrada. Esa dualidad acabará debilitándole. Pues la historia enseña que el poder tiránico puede delegarse temporalmente pero no puede compartirse, mucho menos cuando se ejerce en un país como Venezuela, de tanta energía para conquistar la libertad” (p.334).

“Dados esos factores la tiranía de Venezuela está llamada a deshacerse el día menos pensado, con lo cual quedará incompleto el póker de espanto del Caribe” (*Ibid.*). Y en efecto, Pérez Jiménez sería derrocado el 23 de enero de 1958, dos años y nueve meses después de Bosch haber acabado de escribir su libro en Santiago de Chile.

De estas cuatro tiranías, Bosch sólo volvería a tratar una de ellas, la de Trujillo, y lo hizo en varias ocasiones, como hemos apuntado con anterioridad. *En Trujillo. Causas de una tiranía*

sin ejemplo, aunque su objetivo era el de analizar las causas que le permitieran explicar el origen de la misma, Bosch incursiona en el papel económico que jugó el dictador, como mecanismo de dominación. Cerca de diez años después, cuando una de sus grandes preocupaciones políticas era encontrar los orígenes de la burguesía dominicana, y el carácter de su existencia, si es que la había —pues ello determinaría su proyecto político de gobierno, e incluso del partido político que debía dirigir— al escribir *Composición social dominicana* (1968), le dedica dos capítulos a Trujillo, en su dimensión económica, pero más que nada, de clase social. Es allí donde afirma categóricamente que “al terminar en agosto de 1934 su primer período de gobierno, Trujillo era ya un burgués y algunos de sus familiares estaban en el camino de ser burgueses. La burguesía, pues, se hallaba en el gobierno del país, cosa que no había sucedido en toda la historia dominicana”⁴⁰. Pero ese carácter burgués que Juan Bosch le atribuye a Trujillo, y que se basaba en el desarrollo industrial y las relaciones de producción que había impulsado, había dado lugar también a la formación de un proletariado, todo ello, por supuesto, de una manera muy anómala, en lo que a desarrollo de capitalismo se refiere. Pero Bosch no se queda ahí, le reconoce a Trujillo, además, un carácter nacionalista, que él entiende —por lo menos en ese momento de la evolución de su pensamiento— propio de la burguesía. Es por ello que afirma lo siguiente: “Trujillo utilizó a Norteamérica, pero no se dejó utilizar por ella; nunca fue, como se ha dicho muy a menudo, un lacayo de Estados Unidos; les servía en el campo de la política extranjera, pero los mantenía a raya dentro del país”⁴¹.

⁴⁰ BOSCH, Juan, *Composición social dominicana. Historia e interpretación*, 20ª. edición, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1999, p. 394.

⁴¹ *Ibid.*, p.411.

En síntesis, Trujillo ocupó el espacio de una burguesía que no se había formado al llegar al poder, pero una clase social que estaba concentrada en una persona, de ahí lo atípico o anómalo de la misma. De todas maneras, esta situación tenía dos caras, a la vez que consistía en el gran poder del dictador, era, por otro lado, la gran debilidad de esa clase social, pues con la desaparición del tirano, desaparece también esa anómala burguesía.

Decíamos que de las cuatro tiranías analizadas en su obra, Bosch sólo volvió a retomar la de Trujillo y encuentra —o más bien los destaca, pues ya habían sido planteados en 1959 en *Trujillo. Causas de una tiranía sin ejemplo*— esos rasgos económicos, políticos y sociales, que generaron un su momento un fuerte debate en ciertos sectores de la intelectualidad dominicana. Si Bosch hubiera vuelto, años después, sobre la tiranía de Pérez Jiménez en Venezuela, posiblemente hubiera puesto énfasis en el carácter desarrollista, en cuanto a capitalismo se refiere, de dicha dictadura, como lo han hecho otros investigadores⁴². En suma, hubiera sido interesante que de la misma manera que Bosch retomó el análisis de la dictadura de Trujillo, hubiera hecho lo mismo con los otros tiranos, fuera de la coyuntura dictatorial y por lo tanto con la perspectiva que da al estudioso el tiempo transcurrido, sobre todo a un sagaz analista como el político y pensador dominicano. Pero eran otros tiempos, y por lo tanto habían surgido nuevas problemáticas que analizar, para tratar de darles, no sólo explicación, sino, básicamente, solución. Por estas razones Bosch tuvo que centrar su atención en otros temas, como se puede comprobar en su producción bibliográfica.

⁴² Cfr. LÓPEZ PORTILLO, Felicitas, *El perezjimenismo: génesis de las dictaduras desarrollistas*, México, UNAM, 1987.

El político analista

Por su condición de autodidacta —pues no había llegado a concluir sus estudios en el bachillerato—, en realidad Juan Bosch se forma intelectual y políticamente en el Caribe, en lo que podríamos denominar de manera simbólica, la “Universidad del exilio” —que desafortunadamente contó con pocos discípulos, al menos de su estatura intelectual y política—, en quien la lectura de la obra de Hostos, como es bien conocido, constituyó su principal soporte académico, el cual seguiría ampliando, enriqueciendo y profundizando, básicamente durante su estadía en Cuba, que fue de cerca de 18 años. De toda su obra escrita hasta ese momento, 1955, *Póker de espanto en el Caribe*, es su primer libro de análisis político —antes de esa fecha sólo se conocen los artículos que había publicado en la revista *Bohemia* y en *Carteles* de Cuba—, estudio que realiza en el mismo momento coyuntural en que se desarrollan las dictaduras, lo cual es importante subrayar, para poder apreciar y aquilatar mejor el valor y calidad de dicho trabajo, así como del mismo pensador. Bosch, como analista político —o con mayor propiedad, como político-analista—, no podía esperar a que dichas tiranías cayeran, para comenzar a buscar documentación, cuando la misma fuera desclasificada, como en rigor suele y tiene que hacer el investigador académico, y dedicarse a analizar a dichas tiranías. Bosch, en cambio, como luchador político, a la vez que como analista, tenía que hacer el estudio, diríamos que dentro del ojo del huracán, o si se prefiere, en el cráter del volcán, con el fin de, primero, entender los acontecimientos que se estaban produciendo y, en segundo lugar, tener perspectiva sobre lo que podía ocurrir, para encontrarse en condiciones de desarrollar y ejecutar sus proyectos de lucha política, que incidieran y transformaran dichos acontecimientos. De ahí, entendemos nosotros, la importancia de la diferencia entre los tiempos del académico, y

los tiempos del político, como analistas. Y Bosch estaba consciente de ello, de que estaba en el ojo del huracán, pues en ocasiones narra los hechos como un cronista de los acontecimientos políticos que se estaban desarrollando, en los cuales, de alguna manera él mismo estaba jugando un papel, sino protagónico —al menos cuando escribe este libro—, sin duda alguna relevante. Esa conciencia de estar viviendo y analizando un momento histórico de trascendencia para los países de la región, lo lleva, en varias ocasiones, a hacer advertencia a los “historiadores del porvenir” (*Cfr.* p.306 y p.359), pues él sabía muy bien que en algún momento los historiadores y sociólogos tendrían que analizar dichos procesos políticos y sociales, como en efecto ha ocurrido.

En otros párrafos, por la forma como expone sus planteamientos, de manera especial sus apreciaciones sobre ciertas gestiones de gobierno en algunos países de la región, particularmente en Cuba, aparece la silueta del estadista que llevaba dentro, y que pocos años después dejaría de ser una simple silueta, para transformarse en el líder político de talla internacional, que dejaría huellas, y de donde surgirían algunos de sus más aventajados discípulos políticos.

Hemos puesto énfasis en el carácter de predicción de Bosch sobre las tiranías estudiadas —como expresión de su sagacidad analítica—, pero lo cierto es que, examinado con mayor detenimiento, *Póker de espanto en el Caribe* es mucho más que el estudio sobre las cuatro dictaduras que conformaban el referido póker del Caribe. Es un libro de historia política contemporánea, pues la formación interdisciplinaria de Bosch siempre lo llevó a recurrir a la historia como herramienta que contribuyera a comprender mejor los hechos analizados. Por todo esto, podemos afirmar que por dicha obra marcha una larga fila de dictadores, que han pasado por ese “Mediterráneo del hemisferio”, como le llegó a llamar Juan Bosch al Mar

Caribe. Entre ellos se destacan Gerardo Machado (1925-1933) de Cuba, y otros del Istmo centroamericano como Santos Zelaya (1893-1909) en Nicaragua; o los venezolanos Cipriano Castro (1899-1909), Juan Vicente Gómez (1908-1935) e Isaías Medina Angarita (1897-1953), quien gobernó de 1941 a 1945, en que fue derrocado por un movimiento militar que permitió a Rómulo Betancourt llegar a la Presidencia. Al General Medina Angarita, a quien Bosch conoció en 1945, poco antes de ser derrocado en octubre de ese mismo año, el escritor y pensador dominicano lo plantea como un personaje difícil de definir políticamente⁴³, pues señala que “no tenía inclinaciones dictatoriales”, para agregar que “su gobierno fue en parte democrático” (p.300). Luego sostiene que “sería deshonesto afirmar que el gobierno de Medina Angarita fue una dictadura, pero también sería deshonesto no afirmar que él era el heredero y beneficiario de la tiranía andina”⁴⁴ (p.301).

Póker de espanto en el Caribe también es un estudio sobre el imperialismo en la región —incluyendo pasajes perversos como las del filibustero estadounidense William Walker, quien llegó a proclamarse presidente de Nicaragua en 1856, con el apoyo del gobierno de su país—, pues desenmascara las formas de penetración y dominio en los países del área, en lo económico,

⁴³ En su destierro en Nueva York, Medina Angarita escribió las memorias de su gobierno, cuyos originales fueron conservados por su viuda, Irma Felizola, durante quince años, hasta que en 1963 fueron publicadas como libro, *Cuatro años de democracia*, Caracas, Pensamiento Vivo C.A., editores. En el prólogo a dicha edición, Arturo Uslar Pietri señala que “sería, más que injusto, perjudicial para el interés general, que entre esas voces continuara silenciada y oculta la que con tanto vigor y serenidad alzó Medina para ayudar a su pueblo a encontrar el camino hacia la verdadera democracia”.

⁴⁴ En 1989, 34 años después, Bosch referiría que durante su viaje a Venezuela, en abril de 1945, había sido recibido por Medina Angarita, “que no era amigo de Trujillo pero tampoco su enemigo como me lo indicaba la insinuación que me había hecho, precisamente en abril de 1945, para que moderara mi propaganda antitrujillista”, Bosch, Juan, *El PLD un partido nuevo en América*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1989, p.41.

en lo político y en lo militar; bien en los países en que las tiranías eran hechura del imperio del norte —o al menos tenían sus más profundas raíces en la injerencia estadounidense—, como las de Trujillo y la de Anastasio Somoza; así como en aquellas en que fueron los tiranos los que se acercaron al imperio, tales como Pérez Jiménez y Batista, para alcanzar o para consolidar —tanto a nivel interno, como en el contexto internacional— el poder que ya habían usurpado. De las cuatro dictaduras estudiadas por Bosch, tres de ellas tenían como principal soporte de dominación —"el partido armado en el poder", como lo llamaba Bosch—, a unas fuerzas armadas creadas por Estados Unidos en sus años de ocupación. Tales eran los casos de Trujillo, Somoza y Batista. Sólo las fuerzas armadas venezolanas tenían un origen distinto a estas últimas.

Pero *Póker de espanto en el Caribe* es, también, con mucha propiedad, un estudio sobre la democracia en la región. O más precisamente, de la lucha por la democracia en los países del área, donde se producen diversos movimientos sociales y alianzas políticas, tratando de alcanzar la añorada democracia; por ello el autor somete a un agudo análisis los intentos democráticos que surgieron y precedieron a algunas de las dictaduras, como fueron los casos en Cuba de los gobiernos de Ramón Grau San Martín (1933-1934 y 1948), y de Carlos Prío Socarrás (1948-1952). Es en esta perspectiva analítica donde Bosch deja entrever, con mayor claridad, su vocación y capacidad de estadista, cuando analiza estos dos últimos gobiernos, a los que él había conocido muy bien desde dentro, desde el ojo del huracán.

El analista dominicano plantea que, en esa coyuntura muy especial, la historia de Cuba —como la historia de cualquier otro país de la región, agregamos nosotros, aunque con sus características y especificidades propias— llevaba en su seno las fuerzas positivas y las negativas; las fuerzas útiles y las

perjudiciales, para concluir que “la responsabilidad de un gobernante ante la historia se determina por el auge de una de esas dos fuerzas en su régimen” (p.359). En el caso de Grau San Martín, las dos fuerzas “se manifestaron con igual violencia”, razón por la que ese gobierno fue el “más progresista y el más corrompido, el de más libertades y el más personalista, el más popular y el más odiado”. De donde concluye que “los historiadores del porvenir van a tener bastante trabajo al tratar de clasificar ese gobierno” (*Ibid.*). De Prío Socarrás —“quizás el cubano más preparado en el estudio de los problemas de su país” (p.363)— Bosch apunta que “no tenía temperamento de político ni, por tanto, de gobernante” (*Ibid.*). Habiéndole tocado asumir la Presidencia “en una época de corrupción casi desenfrenada” (*Ibid.*), “Prío Socarrás no quiso o no pudo ejercer autoridad para enfrentarse a esa situación. El gran pecado de Prío Socarrás fue su falta de autoridad, que provenía de su falta de amor por el poder y del escepticismo en que las funciones de gobierno sumieron su alma. Esa falta de autoridad, sumada a la descomposición política general y a la corrupción en el partido auténtico, es responsable, en una tercera parte, de lo que sucedió en Cuba el 10 de marzo de 1952” (p.364).

En esta misma tesitura analítica, Bosch destaca las aportaciones realizadas por los líderes políticos democráticos de la región, como el mismo Grau San Martín, en el ámbito de la política internacional; Rómulo Betancourt y José Figueres en el económico, siempre en defensa de los intereses nacionales y regionales. En cambio, contrasta estas aportaciones con el papel jugado por los dictadores, al sostener que lo que “muchas gente no advierte es que los tiranos —y nos referimos concretamente a esos cuatro déspotas del Caribe— no han sido capaces de aportar ni siquiera una idea provechosa al acervo cultural, político o económico de nuestros pueblos” (p.386).

Es por esta gran inquietud de Bosch por el sistema político democrático, sobre las posibilidades de construirlo en los países de la región —y de esa manera superar las oprobiosas tiranías que habían predominado en el área— que en el libro que estamos prologando aparece de manera recurrente Costa Rica, país en el que el analista dominicano considera que los fundamentos de la democracia eran sanos (*Cfr.* p.284), por lo que cuando su gobierno fue contaminado con la corrupción, a través de diversos mecanismos que extendía hasta allí la dictadura somocista, pudo encontrar rápidamente el camino que le devolviera y le consolidara la democracia, a partir de una revolución armada, en 1948, bajo el liderazgo de José Figueres, a quien Bosch califica como el “caudillo de la dignidad costarricense” (p.290).

Una interpretación de la historia costarricense

El interés de Juan Bosch por Costa Rica no se origina en 1961, cuando pronuncia la charla⁴⁵ sobre la historia de dicho país, que luego aparecería publicado como ensayo en 1963. Se origina, en el momento en que Bosch pone su atención en el sistema democrático, e inicia el estudio, reflexión y debate sobre el mismo, particularmente con los líderes políticos de la región en el exilio. En otras palabras, ese interés por Costa Rica tiene orígenes remotos —inicio de la década de 1940—, y está vinculado a una compleja red de relaciones políticas y de amistad, que en el curso de los años se fue tejiendo, muy provechosa por cierto para la

⁴⁵ En ningún lugar hemos podido encontrar donde —es decir, el lugar o institución— fue impartida esta charla, ni tampoco la fecha exacta en que la pronunció, pero el mismo autor llega a señalar que se trata de una “charla” (pp.34 y 37), aunque presumimos que posteriormente, al recogerla para ser publicada le incorpora la “Introducción” —donde ofrece una relación de las fuentes bibliográficas empleadas— así como el “Final”, que es donde se refiere al trabajo como un “ensayo”, pp.3 y 43.

lucha contra la tiranía de Trujillo —y de otros dictadores, como Somoza—, pero que no culminó allí. Bosch siguió manteniendo estrechas relaciones de amistad con diferentes líderes y dirigentes políticos de dicho país, particularmente con José Figueres, varias décadas después de la muerte del tirano, y por lo menos todavía en 1979 ó 1980, Figueres visitó por última vez a Bosch en su casa en Santo Domingo. Además, Bosch siguió teniendo muy buena opinión sobre el líder político costarricense, a diferencia de lo que había ocurrido con otros de sus aliados políticos de su primera etapa de exilio. En julio de 1988, cuando publica por primera vez *Póker de espanto en el Caribe*, en las últimas líneas de lo que denominó “historia de este libro”, que había sido escrito en 1955, Bosch señala que algunos de los hombres que figuraban en la obra habían dejado de ser los mismos, por cambios en sus ideas o por transformaciones en la conducta de algunos de ellos. José Figueres, sin embargo, seguía “siendo en el orden político lo que era hace 40 años, cuando encabezó el movimiento que lo llevó por primera vez a la presidencia de Costa Rica” (p.197).

En suma, ese interés de Bosch por Costa Rica parece que se origina desde sus primeros años de exilio, a principios de la década de 1940, cuando Bosch, en su lucha contra la dictadura de Trujillo se interesa por los procesos democráticos de América Latina, y encuentra en ese país centroamericano el ejemplo más acabado de lo que, en términos políticos y sociales podían aspirar los países de la región. Por eso Costa Rica, es decir, su historia, su pueblo, su revolución, su sistema político, su institucionalidad democrática, y sus líderes políticos, siempre fueron un referente casi obligatorio en los estudios de Bosch. En su ensayo “Problemas de la democracia en Nuestra América”, de 1957, califica a este país centroamericano como, “uno de los tres países de la

América Latina donde con más salud se ha dado la flor de la democracia”⁴⁶. Los otros dos son Chile y Uruguay. En *Póker de espanto en el Caribe*, de 1955, ya lo hemos señalado, hay diversos párrafos en los que se aborda el proceso político costarricense, no obstante que el objeto de estudio en ese libro eran las causas por las que surgían dichos regímenes dictatoriales. Pero incluso años antes, en noviembre de 1949 —a un año y siete meses de haberse producido la revolución armada de dicho país, y a las pocas semanas de Figueres haber concluido su primer período presidencial, que fue muy corto, diríamos que transitorio, pues fue de facto—, Bosch publica en Cuba un artículo sobre José Figueres, presentándolo en la sociedad cubana, ante una eventual visita que el líder político costarricense haría a Cuba; en dicho artículo Bosch sintetiza los logros de su efímera pero importante gestión de gobierno —con la que se inicia la Segunda República—, en la que destaca las medidas económicas y sociales, entre ellas la nacionalización de la banca “una medida que ningún país de América se había atrevido a tomar”, así como la nacionalización de las fuentes de energía eléctrica, la elevación de los jornales de todos los trabajadores, incluyendo al campesinado; esboza el futuro político que le aguardaba en su país, como efectivamente ocurriría, ya que Figueres volvería a la Presidencia en 1953-1958 y en 1970-1974; pero más que nada, Bosch traza el perfil, no sólo político, sino también humano del combatiente, político e ideólogo costarricense, a quien califica de “culto, sagaz, rápido en la acción, ha sido un gobernante ejemplar de honestidad absoluta”; y por último, el artículo deja entrever las estrechas relaciones de amistad existente entre el exiliado dominicano

⁴⁶ Cfr. *Política, teoría y acción*, Año XI, N° 122, Santo Domingo, mayo de 1990, p.6.

y Don Pepe —como se le conocía popularmente—, así como con sus familiares⁴⁷.

Retomando lo planteado de que Costa Rica era un tema recurrente en los estudios de Bosch, señalemos otros casos. En *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, de 1964, al menos en las primeras páginas, Costa Rica está presente; en su obra *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, de 1970, Bosch señala una de las causas por las cuales Costa Rica se ha visto libre de “los gérmenes malsanos” que dejan las intervenciones extranjeras. El planteamiento dice así: “El observador inteligente que haya advertido la diferencia que hay entre Costa Rica y sus vecinos de la región, observará que a Costa Rica no ha llegado nunca un ejército imperial, ni siquiera el español; de manera que por azares de la historia, aunque el imperialismo en su forma económica —y con sus consecuencias políticas— ha estado operando en Costa Rica desde hace casi un siglo, ese pequeño país del Caribe se ha visto libre de los gérmenes malsanos que deja tras sí una intervención militar extranjera. Cosa Rica es un pueblo que se formó a partir de un pequeño núcleo de españoles, establecido en el siglo XVI en un territorio que se mantuvo aislado largo tiempo, y la formación del pueblo costarricense no fue desviada, por lo menos en sus orígenes, por intromisión de poderes militares de los imperios”⁴⁸.

En otro libro no menos importante de esa misma época, como lo es *Dictadura con respaldo popular*, de 1969, el autor retoma nuevamente a Costa Rica, en este caso como ejemplo de los errores estratégicos y tácticos que habían cometido los

⁴⁷ BOSCH, Juan, “José Figueres: una semblanza al vuelo”, *Temas Históricas*, Tomo I, 1991, Editora Alfa y Omega (publicado originalmente en *Bohemia*, La Habana, 13 de noviembre de 1949).

⁴⁸ BOSCH, Juan, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, Madrid, Ediciones Alfaguara, 1970, p.17.

partidos políticos comunistas, al confundir a la burguesía con la oligarquía, y hacer alianzas políticas erradas, con diversas consecuencias; en ocasiones negativas para el país, en otras para el propio partido político: “En el caso de Costa Rica los comunistas del país, organizados en el Partido Vanguardia Popular, participaron en la revolución del lado de la oligarquía costarricense porque sus líderes creyeron que el presidente Calderón Guardia representaba a la burguesía del país y que José Figueres, líder de la revolución, representaba a la oligarquía”⁴⁹. Según Bosch, ese error del partido comunista “determinó la que tomaría el imperialismo”, dando así la posibilidad de que Costa Rica hiciera exitosamente su revolución antioligárquica en 1948, y que las inversiones estadounidenses en el país, como las de la United Fruit —la famosa *Mamita Yunai*, que haría inmortal a Carlos Luis Fallas, autor de dicha novela, que ha sido traducida a diversas lenguas—, aceptaran las condiciones del nuevo gobierno. En síntesis, ello permitió que se produjera “un entendimiento entre imperialismo y burguesía”⁵⁰.

Ese interés político que Bosch mostró siempre por Costa Rica, dio lugar a que mantuviera y estrechara relaciones con los líderes políticos de dicho país, y que se tejieran una serie de afinidades y confidencias que nos atreveríamos a plantear que desbordaban las políticas, a la vez que reforzaban a estas últimas. Rodrigo Carazo, el expresidente de Costa Rica, y quien le decía a Bosch “el Dostoyevki dominicano”, después de señalar los frecuentes encuentros que tenían para analizar los problemas de República Dominicana y de América Latina, resume la estrecha amistad entre ambos, cuando vivían en

⁴⁹ BOSCH, Juan, *Dictadura con respaldo popular*, 4ta. edición, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1991 pp.33-34.

⁵⁰ *Ibid.* p.35.

Caracas, de la siguiente manera: “La amistad con Juan Bosch se hizo cada vez más cercana, al grado de que cuando después de la caída del régimen de Trujillo, Juan fue postulado por su partido como candidato a la Presidencia de la República y salió para su país a abrir la campaña electoral, Carmen, su esposa se quedó en nuestra casa. Todavía, casi treinta años después Estrella [*la esposa de Rodrigo Carazo*] conserva piezas de la ‘vajilla’ que Carmen Bosch nos dejó en Caracas cuando regresó a la República Dominicana a acompañar a Juan Bosch en las etapas finales de aquella campaña política en la que triunfó por apabullante mayoría”⁵¹.

Pero sin lugar a duda que la mayor, y más prolongada relación política y de amistad de Bosch fue con José Figueres. Bosch entregó a José Figueres, por instrucciones del Presidente Prío Socarrás⁵² las armas —las mismas que se habían empleado en la frustrada expedición de Cayo Confites, en 1947— con las que se haría la revolución de 1948 en Costa Rica, y en la que participaron destacados combatientes dominicanos; una de las primeras medidas tomadas por el gobierno de Figueres fue romper relaciones con Trujillo⁵³; en 1949 Bosch recibe a José Figueres en Cuba, en su calidad de ex Presidente, después del triunfo de la revolución armada, pues Figueres había entregado la Presidencia de Costa Rica a Otilio Ulate, ya que esos eran los acuerdos establecidos cuando se inició el movimiento armado; tres años después, en 1951, Bosch entregaría a Figueres 250 mil dólares enviados por el

⁵¹ Cfr. CARAZO, Rodrigo, *Carazo. Tiempo y marcha*, San José, UNED, 1989.

⁵² BOSCH, Juan, *El PLD. Un partido nuevo en América*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1989, p.58.

⁵³ En 1999, don Gonzalo Facio —que en ese momento era embajador de Costa Rica en México, y con quien hice muy buena amistad—, me contó que fue a él, en su calidad de Secretario de Relaciones Exteriores, a quien le tocó llamar al Embajador dominicano para comunicarle la decisión del gobierno costarricense, de romper relaciones diplomáticas con el gobierno de Trujillo.

presidente Prío Socarrás; a su vez, Figueres confió a Bosch la entrega de armas para que se las proporcionara a los luchadores antisomocistas, como ocurrió en 1954, y que al ser descubierto por Anastasio Somoza, le costó al líder político dominicano su estadía en Costa Rica, pues tuvo que salir —presionado por el tirano nicaragüense, a través de la OEA—, hacia Bolivia, desde donde seis meses después se trasladó a Chile. En la casa de Figueres se hospedaba Bosch, cuando visitaba San José; a este país fueron a radicar los padres de Bosch, cuando lograron salir de República Dominicana, gracias a la presión internacional contra Trujillo; en Costa Rica nacería, en diciembre de 1951, Barbarita, la hija menor de Juan Bosch y Doña Carmen Quidiello. Fue en San José de Costa Rica donde se celebró, en agosto de 1960, la VI Cumbre de Cancilleres de la OEA, para sancionar a Trujillo ante su intento de asesinar, en junio de ese mismo año, al Presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt. Sanciones que fueron impuestas, y todos los países de América rompieron relaciones diplomáticas con República Dominicana, con lo que la tiranía de Trujillo quedó aislada, y estaría llamada a desaparecer menos de un año después. En Costa Rica —donde se encontraba impartiendo un curso en el Instituto de Educación Política—, recibiría Bosch —al mediodía del 31 de mayo de 1961— la noticia de la muerte de Trujillo; y junto a José Figueres, que en ese momento era ex Presidente, habló en un parque —el Parque Central— en un mitin que había improvisado un grupo de estudiantes⁵⁴.

Además de las afinidades políticas que sin lugar a duda existían entre Bosch y José Figueres, es posible que influyeran otros factores, que podrían ser considerados como colaterales, pero

⁵⁴ Cfr. BOSCH, Juan, *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, México Centro de Estudios y Documentación Sociales, 1964, p.11

pensamos que habría que tomarlos en consideración para comprender mejor la profunda y entrañable amistad entre estos dos líderes políticos. Tanto Bosch como Figueres eran hijos de padres de origen catalán; ambos —aunque eran de países diferentes, vivían y padecían los problemas de la región— pertenecían a la misma generación, pues apenas se llevaban tres años de edad de diferencia; Bosch nace en junio de 1909; Figueres, en septiembre de 1906. Los dos conocieron el exilio muy tempranamente; Bosch, cuando tenía 29 años, en enero de 1938; Figueres, 36 años, en julio de 1942. Ambos eran amantes de la lectura, en particular de la literatura y de la historia, especialmente de Plutarco y de Martí⁵⁵. Cuando Bosch viajaba a Costa Rica, y se hospedaba en la casa de Figueres, disfrutaba de la biblioteca que éste tenía; los dos eran admiradores y seguidores del pensamiento martiano; tal era la predilección de Figueres por el Apóstol cubano, que le puso a su hijo el nombre de José Martí, así que se llamaba José Martí Figueres. Aunque Figueres fue un empresario, lo que le permitió tener una posición económica acomodada, fue un hombre desprendido de los bienes materiales. En 1973, cuando tenía 67 años de edad, mediante carta dirigida a la Asamblea Legislativa, donó todos sus bienes al país; Bosch, al momento de asumir la presidencia de la República Dominicana, en febrero de 1963, declaró no tener ningún tipo de propiedad, ni en el país ni en el extranjero; después, como ex Presidente se negó durante 15 años, hasta 1978, a recibir la pensión que le otorgaba el gobierno, según las leyes del país.

⁵⁵ Henriette Bosggs, su primera esposa, dice en sus memorias que Figueres “leyó profusamente a los filósofos franceses de la Ilustración, a Abraham Lincoln, Schopenhauer, John Locke, líderes de la Revolución de los Estados Unidos y, por supuesto, Cervantes y Shakespeare”. BOSGGS, Henrietta, *Casada con una leyenda. Don Pepe*, San José, Ediciones Jadine, 2006, p.73.

Quizás por saber que ambos tenían muchos elementos afines, y por la íntima amistad existente entre ellos, Bosch se atrevió a confesarle a su amigo Pepe, la precariedad económica que vivía en Caracas, en septiembre de 1960 —y tómesese en cuenta que el Presidente de Venezuela en ese momento también era su amigo, Rómulo Betancourt— que le impedía aceptar la invitación de Figueres a impartir un curso en el Instituto de Educación Política de San Isidro Coronado, pues dada “la estrechez en que vivo y la malísima situación económica del país, una ausencia de tres semanas significaría una catástrofe familiar, de la cual no sabría cómo salir. Figúrate cómo será mi situación que mandé a Carmen y Barbarita a pasar dos meses en Cuba porque además de estar con su familia, aun pagando los viajes economizábamos dinero”⁵⁶.

Complejidad del proceso histórico analizado por Bosch

Esta larga introducción que nos hemos permitido realizar ha sido con el propósito de recrear el contexto que antecede a la publicación de *Una interpretación de la historia costarricense*, pues de lo contrario, con la modestia que expresa Bosch en la introducción a este estudio —al señalar que “debe suponer que yo no sé tanta historia de Costa Rica como cualquier costarricense” p.3), que es “un forastero en el bosque de la historia de este país” (*Ibid.*), que no es “un profesional en esta materia” (p.4)—, el lector podría pensar que, efectivamente, el político dominicano era un neófito en la historia de Costa Rica. Y no era así. Bosch conocía muy bien la historia de Costa Rica, quizás mejor que muchos especialistas de allí, al menos en lo que a interpretación de la misma se refiere, pues

⁵⁶ BOSCH, Juan, “Un documento conmovedor. Una carta de Bosch a Figueres”, publicada en la revista *Camino Real*, Año 3, N° 8, Santo Domingo, octubre-diciembre, 2007, p.5.

además tenía la ventaja de poseer una perspectiva regional, ya que también había estudiado la historia de los otros países del área. No por otra razón, el texto de Bosch ha quedado como un referente obligado de los propios historiadores que en los últimos años se han ocupado de tales acontecimientos⁵⁷.

Aún así, extraña que esa modestia de Bosch no la manifestara cuando escribe *Cuba, la isla fascinante*, 1955, ni tampoco cuando escribe *Póker de espanto en el Caribe*, 1955, e incursiona en la historia de los países de cada uno de los tiranos; tampoco lo hace cuando escribe *Simón Bolívar, biografía para escolares*, 1960, o *Bolívar y la guerra social*, 1964, no obstante la audaz y polémica tesis que sustenta sobre El Libertador, en su empresa de independencia de los países latinoamericanos.

La modestia planteada por Bosch en el ensayo sobre la historia de Costa Rica, quizás se explique porque el objetivo central de él, como político-analista, era encontrar la explicación de las causas por las que se había producido la revolución armada de 1948, y sobre todo el significado político, económico y social profundo de la misma. Tema que en ese momento, 1961, a menos de trece años de haberse producido, todavía era sumamente polémico en la intelectualidad y clase política costarricense —incluso los vencedores la han llamado “guerra de liberación”, en tanto los perdedores, o simplemente los que no se identifican con la misma, “guerra civil”—, y tenía que serlo así, como lo son todos los cambios económicos, políticos y sociales

⁵⁷ Sin pretender ser exhaustivo, señalemos algunas de dichas obras: BAEZA FLORES, Alberto, *La lucha sin fin. Costa Rica. Una democracia que habla español*, México, Costa Amir-Editor, 1969; ROJAS BOLAÑOS, Manuel, *Lucha social y guerra civil en Costa Rica, 1940-1948*, San José, Editorial Porvenir, s/f; BAKER, James, *La iglesia y el sindicalismo en Costa Rica*, San José, Editorial Costa Rica, 1975; JONAS BODENHEIMER, Susanne, *La ideología social demócrata en Costa Rica*, San José, EDUCA, 1984; MORA RODRÍGUEZ, Arnoldo, *Historia del pensamiento costarricense*, EUNED, 1993; AGUILAR BULGARELLI, Oscar, *Costa Rica y sus hechos políticos de 1948*, San José, EUNED, 2004.

que se producen en la historia de la humanidad, donde un sector minoritario pierde sus privilegios —si no todos, algunos—, como le había ocurrido en Costa Rica a la oligarquía, por lo menos a un amplio sector de la misma.

A todo esto, agreguemos que dicho proceso de cambio se tornaba todavía más difícil y polémico en su análisis, por el papel que jugaron algunas organizaciones políticas, como el Partido Comunista, que apoyaba a los presidentes Calderón Guardia y a Teodoro Picado, con los que había hecho alianza, en la que participaba la cúpula de la Iglesia Católica. Y no podía dejar de ser complejo el análisis y comprensión de este proceso, cuando, como producto de la referida alianza, se promulgaron el Código de Trabajo y las denominadas Garantías Sociales, así como toda una serie de medidas laborales y sociales impulsadas por dicho partido, lo mismo que por la iglesia y el gobierno, que sin lugar a duda beneficiaban a amplios sectores de la población; Bosch señala que “esos regímenes —refiriéndose a Calderón y a Picado— iban concediendo una petición popular hoy, una demanda constreñida mañana”⁵⁸. Pero es el caso, que el presidente Calderón entra en alianza con el Partido Comunista porque había perdido el apoyo de la oligarquía, la que había intentado derrocarlo, en propuesta hecha al máximo dirigente del PC, Manuel Mora, quien se niega y decide comunicárselo al mismo presidente Calderón Guardia, y, además, brindarle su apoyo; en cuanto a la alianza del PC con la Iglesia, todavía es más compleja, pues la misma entra en el juego para evitar que el PC se posesione y capitalice los eventuales logros de la política social del gobierno; en las negociaciones y a solicitud de la iglesia, el PC decide disolverse como tal —hecho inédito en la historia latinoamericana— y organizarse como Partido Vanguardia Popular. Las

⁵⁸ BOSCH, Juan, “José Figueres: una semblanza al vuelo”, *op. cit.* p.170.

negociaciones se hacían directamente entre el Secretario General del Partido, Manuel Mora, y el arzobispo Víctor Manuel Sanabria Martínez, todo un personaje de mucha influencia tanto en los sectores de poder, como en el resto del país, pero además de gran sensibilidad social⁵⁹.

De todas maneras, ¿cómo entender, o al menos explicar, que el Partido Comunista estuviera aliado a personajes corruptos, que desconocían la voluntad popular expresada en procesos electorales, y que también eran apoyados por el dictador Anastacio Somoza, y que luego, cuando fueron derrotados, contaron con el apoyo de Trujillo para recuperar el poder, como intentaron hacerlo? Creemos que lo planteado nos pone en evidencia las singularidades de los países centroamericanos, y particularmente de Costa Rica, país que ha sido un caso muy especial dentro de la misma región. Según Bosch, que conocía bien la historia centroamericana, el hecho de la alianza antes señalada se debía sencillamente a que los comunistas habían confundido a la oligarquía con la burguesía, como hemos visto con anterioridad.

En cualquier caso, debemos de tomar en cuenta que la mayor parte de los cambios que se produjeron en el país, no fueron con el poder de las armas —es decir, de manera autoritaria—, pues el Ejército de Liberación Nacional, triunfador en la guerra, fue desintegrado, y el mismo ejército regular fue proscrito constitucionalmente, por lo que el país se queda sin fuerzas armadas, hecho sin precedente en América Latina y el Caribe. Los cambios se produjeron institucionalmente, en un ambiente de libertad y debate, para lo cual lo primero que se hizo fue crear una Asamblea Nacional Constituyente de 1949, y la disputa no fue nada

⁵⁹ Cfr. BACKER, James, *La iglesia y el sindicalismo en Costa Rica*, San José, Editorial Costa Rica, 1975.

sencilla, pues ahí estaban representados los sectores conservadores, que se resistían al cambio, sobre todo de temas muy sensibles e importantes, como el de la educación, la relación de la Iglesia y el Estado, la prohibición de los monopolios, la nacionalización de la banca, entre otros⁶⁰; también fue proscrito el Partido Comunista, medida muy debatida ampliamente en la Constituyente, pues se argumentaba que la democracia no debía poner este tipo de restricción política; pero no hay que olvidar que dicho partido había combatido, armas en manos, al lado de los sectores que representaban los intereses de la oligarquía, no obstante, con posterioridad esa medida fue derogada y nuevamente el PC fue legalizado. Para realizar estos cambios, como señala Bosch, “agrupados junto a Ulate⁶¹, los perjudicados por el nuevo estado de cosas se adueñaron de los escaños en la Constituyente, manejaron a su arbitrio los medios de expresión y hostigaron a Figueres para que abandonara el poder antes del plazo convenido”⁶². Bosch agrega, en su mismo artículo de noviembre de 1949, que José Figueres, “con fina sabiduría, consciente de que la historia no da saltos, dejó hacer. La hora de la revolución económica, social, política no había llegado aún. Llegaría cuando, gastados en el poder Ulate y la reacción, el Pueblo llamara al capaz y honesto grupo que él encabezó. Y con la tranquilidad de un filósofo, abandonó

⁶⁰ Cfr. CASTRO VEGA, Oscar (edición y comentarios), *Rodrigo Facio en la Constituyente de 1949*, San José, Editorial Universidad Estatal a distancia, 2003.

⁶¹ Se trata de Otilio Ulate, el candidato a la Presidencia al que le habían hecho fraude en las elecciones, y para que se respetaran los resultados José Figueres se había alzado en armas, hasta lograr su objetivo. Por eso Bosch señala que “resultaba un mal chiste de la historia que el más beneficiado por el sacrificio al que se lanzaron Figueres y sus amigos comandara la corriente opuesta a un régimen formado por sus generosos benefactores”. Bosch, Juan, “José Figueres: una semblanza al vuelo”, *op. cit.*, p.170.

⁶² *Ibid.*, p.171.

la presidencia para volver a La Lucha⁶³, donde leería de nuevo, con distinta emoción a Plutarco y a Martí”. Y Bosch no se equivocaba, pues cuatro años después Figueres volvería a la Presidencia de su país por medio de elecciones libres, primero de 1953 a 1958, y después de 1970 a 1974.

Al margen de todos los planteamientos que hemos hecho, lo que resulta de mayor interés es saber cuál era el desarrollo historiográfico de Costa Rica, en el momento en que Bosch escribe su trabajo, en 1961, así como cuáles eran los centros de producción de conocimiento, en la década de 1940, cuando se origina la revolución armada de 1948, e incluso algunos años antes. El desarrollo historiográfico de Centroamérica en general se inicia muy tardíamente, a partir de la década de 1970, en el cual juega un papel clave el Programa Centroamericano de Desarrollo de las Ciencias Sociales, que en 1972 funda la revista *Estudios Sociales Centroamericanos*; el surgimiento de esta institución está vinculado al arribo a Centroamérica de una serie de académicos e investigadores sociales de otros países, como Ciro F. S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, quienes junto a una serie de jóvenes intelectuales que regresaban de realizar sus estudios en universidades extranjeras, dieron un verdadero impulso no sólo a la historiografía, sino a las ciencias sociales en general, particularmente en Costa Rica. Antes de esto, el desarrollo historiográfico era muy precario —lo cual no quiere decir que no existieran destacados historiadores, como Ricardo Fernández Guardia (1867-1950), con una amplia producción bibliográfica—, aunque ya en 1936 se había fundado la *Revista del Archivo Nacional*, y en 1954 se crea la Academia de Historia y Geografía. Sin embargo, todavía a finales de la década de 1970, Manuel Formoso Herrera

⁶³ Bosch se refiere a la hacienda de Figueres, cuyo nombre completo era, “La lucha. Hasta el fin”.

señalaba que “en buena medida se puede afirmar que Costa Rica es un país que carece de historia escrita”⁶⁴. De todas maneras, Costa Rica, que siempre se había diferenciado de sus vecinos, al menos en muchos aspectos de su proceso histórico y social, contaba con importantes aportaciones, a las cuales precisamente había recurrido Bosch. Y esa producción intelectual procedía, en su casi totalidad, del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, CEPN, creado en 1940, y cuyo antecedente data de 1937, cuando surgió la Asociación Cultural de Estudiantes de Derecho. El CEPN estaba integrado por jóvenes intelectuales liberales, y socialdemócratas, llamados a jugar un papel importante en la revolución de 1948; a él pertenecía Rodrigo Facio (1917-1961), el autor de *Estudio de la economía costarricense* —un clásico en su género—, de 1942, y miembro de la Asamblea Constituyente de 1949. Por el lado de la izquierda marxista —sobre todo si consideramos que esta última tenía alianza con otras organizaciones políticas, y propugnaba por un proyecto social distinto, pero también de cambios sociales—, no tenemos referencia de que el partido estuviera ligado a algún centro de investigación y producción de conocimiento, a partir del cual pudiera trazar sus posiciones tácticas y estratégicas. Sólo sabemos de su “Programa mínimo”⁶⁵, donde no hay aportaciones propiamente dichas, sino más bien una serie de propuestas y reivindicaciones, como solían tenerlas la mayoría de estas organizaciones políticas en toda América Latina.

Cabe destacar, que será desde el Centro de Estudios de los Problemas Nacionales, de Acción Demócrata, AC, y de

⁶⁴ Palabras de “Presentación” al libro *Lucha social y guerra civil en Costa Rica, 1940-1948*, de Manuel ROJAS BOLAÑOS, San José, Editorial Porvenir, 1979, p.9.

⁶⁵ Cfr. DE LA CRUZ, Vladimir, *Las luchas sociales en Costa Rica*, San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1984, pp.249-253.

la organización sindical *Rerum Novarum*⁶⁶, vinculada a la Iglesia Católica, y del Partido Social Demócrata, de donde surge el movimiento liberacionista, llamado a realizar los hechos de 1948. Del primero de estos, surgirían los principales ideólogos del Partido Liberación Nacional, PLN, fundado en 1952 bajo el liderazgo de José Figueres⁶⁷. De los cinco autores a los que recurrió Bosch, como fuentes historiográficas, al menos dos de ellos —Rodrigo Facio y Carlos Monge Alfaro— fueron miembros fundadores del Centro de Estudios de los Problemas Nacionales, y miembros de la Asamblea Constituyente de 1949.

El análisis de Bosch

Mucho se ha escrito en Costa Rica en los últimos años, de los acontecimientos de 1948 que dieron lugar a lo que ha sido bautizado como el surgimiento de la Segunda República, así como de la “generación del 48”. En su mayoría son análisis, estudios y crónicas muy favorables al movimiento revolucionario, ponderando sus logros económicos, políticos y sociales. Sin embargo, no debemos olvidar que la historia la escriben los vencedores. No obstante, en 1961, cuando Bosch escribe su texto, las investigaciones rigurosas, que se propusieran explicar las causas de los acontecimientos que se habían producido, eran muy precarias; lo cual no quiere decir que no existieran algunos trabajos, así como artículos, ensayos y planteamientos críticos, en algunos casos muy críticos, de los adversarios, tanto de los conservadores —aunque no olvidemos que la coyuntura en que se produce la revolución era muy

⁶⁶ Cfr. BACKER, James, *La iglesia y el sindicalismo en Costa Rica*, San José, Editorial Costa Rica, 1975.

⁶⁷ Cfr. JONAS BODENHEIMER, *Susanne, La ideología social demócrata en Costa Rica*, San José, EDUCA, 1984, p.16.

compleja, pues la izquierda marxista, en tanto partido político, se encontraba aliada al gobierno y a la iglesia católica—, como de los que en un primer momento la apoyaron, y luego se sintieron traicionados por el movimiento⁶⁸. Fenómeno nada extraño en este tipo de luchas sociales y políticas, al menos eso es lo que nos enseña la historia.

Independientemente de su extensión, y de que fuera una charla o un ensayo corto, el texto de Bosch desborda las expectativas que puede tener el lector. *Una interpretación de la historia costarricense* es una especie de síntesis de la historia de Costa Rica, desde sus orígenes como nación, hasta que se produce la revolución de 1948. Sin embargo, en rigor, es mucho más que eso, pues es un estudio de las clases sociales y de sus luchas, tanto de la formación de la oligarquía, del campesinado, de la burguesía, como del proletariado, y de la pequeña burguesía o clase media; es un estudio del pensamiento social, a la vez que de la penetración del imperialismo, en su dimensión económica, a través de la United Fruit Company; es, también, un estudio de economía, hasta el surgimiento del capital financiero; por último, es un estudio político, de los cambios sociales, y del surgimiento de la democracia. Todo ello expuesto de una manera condensada, que requeriría ser desarrollado más amplia y profundamente; pero ese no es el propósito de su autor. El verdadero objetivo de Bosch es encontrar las causas más profundas por las cuales se produjo la revolución de 1948. De ahí que descarte que la causa de esta última haya sido el fraude electoral denunciado en su momento por la oposición, pues en todo caso éste no habría sido más que el motivo aparental —un epifenómeno, lo fenomenológico—, ya que Bosch entiende que existieron razones más profundas, de tipo económico y social, como la

⁶⁸ Cfr. ARGÜELLO, Rosendo (hijo), *Quiénes y cómo nos traicionaron*, s/ed., s/f.

lucha de clases, que defendían distintos intereses, y que los analistas, ni tampoco los propios actores del proceso habían logrado reconocer.

Como tenía sus objetivos de investigación muy claros, a través de la tesis que manejaba, Bosch lo que hace es penetrar al “bosque comunal” de la historia de este país centroamericano, en posesión de sus instrumentos teóricos y metodológicos de análisis, o como él mismo lo dice metafóricamente “con escopeta para cazar, con caña para pescar, con hacha para cortar leña y hasta hamaca para pernoctar” (p.3).

Siguiendo la metodología de la escuela de los Annales —que aplicaría años después ampliamente en su obra *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*— Bosch recurre a la psicología social, a la antropología, a la economía, a la sociología, a la política, a la demografía, y lógicamente a la misma historia, entre otras disciplinas, para realizar su análisis, y sustentar su tesis de que la revolución de 1948 fue una revolución antioligárquica, impulsada por lo que él denomina una “nueva clase media”, que no tenía otra opción, pues la oligarquía —tanto la cafetalera como la comercial— le había cerrado el paso, en cuanto a sus posibilidades de desarrollarse económica y socialmente, para lo cual se “necesitaba un cambio en la dirección económica del país” (p.40).

Para llegar a las conclusiones antes señaladas, Bosch inicia su estudio haciendo un análisis de la economía colonial de Costa Rica, basándose en la premisa de que “los costarricenses de esos días eran típicos pequeños propietarios, miembros de una pequeña burguesía muy pobre, más bien miserable; pequeños burgueses en tanto tenían su propiedad y vivían de ella con su propio trabajo; pero carecían de los medios suficientes para vivir al nivel normal de la pequeña burguesía, como sin duda ellos hubieran querido vivir” (p.10). De esas relaciones de producción —donde no había, al menos en sus

orígenes, grandes propietarios, es decir, terratenientes o latifundistas—, el autor entiende que se desprenden una serie de virtudes para la sociedad costarricense, las que se irían consolidando hasta conformar su “carácter nacional”, y más tarde su “genio nacional”; un sentido de igualdad social, de paz, de buenos modales y costumbres, de dignidad. En esa misma perspectiva Bosch entiende que la ausencia de un régimen esclavista —pues no hubo población indígena ni negra, al menos en cantidad significativa—, el hábito de sumisión estuvo ausente, lo mismo que “el odio del que se ve obligado a someterse” (p.13). El gran caudillo —o más bien el caudillismo— que conocería el resto de los países latinoamericanos, con todas sus consecuencias negativas, no tenía espacio en la sociedad costarricense. Por ello, según Bosch, Costa Rica no produciría grandes próceres, de la talla de un Simón Bolívar, pero tampoco produciría un tirano como Juan Vicente Gómez (p.17). En suma, estos serían los sólidos pilares establecidos para que en Costa Rica pudiera edificarse un sistema político democrático, mismo que se consolidaría con la Segunda República, a partir de la revolución de 1948.

Como Bosch entendía que la verdadera causa de esta revolución armada no era el conflicto electoral que se había producido en 1948 —en el que se había postulado el ex presidente Calderón Guardia, apoyado por su protegido, el Presidente Teodoro Picado, y según los organismos electorales del país había perdido, cosa que no quería reconocer—, sino una lucha de clases, su hilo conductor es el análisis de las clases sociales en el país, y de manera muy especial el surgimiento y desarrollo de una oligarquía, ya que era esta clase social la que se encontraba en el poder en 1948. En dicho análisis, descarta —y lo celebra, pues lo consideraba una amenaza para el país— que se hubiera formado una oligarquía en los siglos XVII y XVIII, alrededor de la producción de cacao,

pues el cultivo del mismo había fracasado, por diversos motivos y razones (*Cfr.* pp.15-19).

Es hacia 1844 que Bosch encuentra que por primera vez comienza a surgir una oligarquía alrededor de la producción de café, cuya exportación era destinada a Inglaterra; oligarquía cafetalera a la que define como “ambiciosa y terca” (p.29); a la vez, en la misma época surge un sector de comerciantes, que se constituiría, con sus intereses propios, otra ala de la oligarquía, la mercantil. En ese contexto, a finales del siglo XIX, el autor halla el surgimiento del capital financiero —en parte conformado por capital nacional, en parte, por capital extranjero (*Cfr.* p.97)—, mismo que hacía 1884 actuaba ya en función imperialista, concretamente en la persona del señor Minor Keit, “un empresario de gran categoría, fundador de lo que sería después la United Fruit” (p.33). Es en ese contexto que Costa Rica entra “en la órbita del imperialismo económico y entró también en otra era: la de la formación de la clase proletaria propiamente dicha” (p.34). Al entrar en lo que Bosch denomina la “órbita del imperialismo económico”, Costa Rica deja de ser aquella sociedad igualitaria, donde predominaba la paz y la tranquilidad, pues surgieron —o más bien se incrementaron y agudizaron— los conflictos y luchas sociales; los obreros y los estudiantes se organizan; se fundan nuevas organizaciones sindicales, las que sólo alcanzarían reconocimiento legal en 1942⁶⁹; y se constituye el Partido Comunista, en 1931⁷⁰. En dicha coyuntura, la banca financiaba, a través de créditos, la producción cafetalera, y las actividades mercantiles; es decir, estaba al servicio de los dos sectores o alas de la oligarquía existente. La United Fruit Company era un

⁶⁹ *Cfr.* BAKER, James, *La iglesia y el sindicalismo en Costa Rica*, San José, Editorial Costa Rica, 1975.

⁷⁰ *Cfr.* DE LA CRUZ, Vladimir, *Las luchas sociales en Costa Rica*, San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1984.

enclave, con todos los privilegios existentes. Todo esto ocurría en una coyuntura de cambios internacionales; primero, los que generó la depresión de 1929; en segundo lugar, los de la Segunda Guerra Mundial, que en América Latina se expresaban como un cambio del modelo económico de desarrollo hacia fuera, de agroexportación, hacia un modelo económico de industrialización por sustitución de importaciones.

En ese contexto, la nueva clase medía, es decir, la pequeña burguesía, posiblemente con aspiraciones de constituirse en una burguesía, e incursionar en la producción industrial, tenía las puertas cerradas para ascender socialmente. Aunque sea bien conocido lo que vamos a señalar, es necesario subrayar que uno de los rasgos que definen a toda oligarquía, como clase social, es su carácter excluyente; y era la oligarquía la que se encontraba en el poder. “Es eso lo que explica la revolución de 1948”, afirmaría categóricamente Juan Bosch. Para expresar lo que consideramos como una advertencia —o más bien un llamado de atención—, tanto a los políticos como a los intelectuales del país, que según él no habían sido capaces de llegar a una interpretación correcta de las verdaderas fuerzas que se habían movido para producir la referida revolución armada. Bosch lo expresa de la siguiente manera: “He oído a muchos de los que actuaron en ese movimiento de 1948 explicar que hicieron la revolución para restaurar el derecho al sufragio, que había sido burlado. En verdad, causa asombro advertir cómo en esta América nuestra, hasta los propios actores del drama histórico desconocen las verdaderas razones de su actuación. El sufragio fue burlado porque para mantener la posición dominante, los grupos que tenían el control de la economía nacional necesitaban retener el control político” (p.39).

Después de sustentar dichos planteamientos, difícilmente Bosch podría retirarse del “bosque comunal” de la historia costarricense en el que incursionó en 1961, sino que tendría

que permanecer en el mismo, pernoctando en su hamaca, como señaló metafóricamente en la introducción del texto que estamos prologando, pues su obra se había convertido en un referente obligado para quienes trabajan la historia de Costa Rica, tanto para quienes tienen interpretaciones favorables a la revolución de 1948, como para quienes la critican, como lo hemos planteado con anterioridad, e incluso ilustrado con una serie de títulos bibliográficos al respecto⁷¹.

Otras interpretaciones

Ya hemos señalado que es mucho lo que se ha escrito en los últimos años sobre los acontecimientos de 1948 en Costa Rica. La bibliografía al respecto es amplia, con diversas interpretaciones. No vamos a realizar una evaluación de la misma, porque no es ese el propósito de este trabajo, y tampoco disponemos de tiempo para ello. De todas maneras, nos interesa presentar por lo menos una perspectiva interpretativa diferente, es decir, crítica a la revolución de 1948. Dentro de esta perspectiva crítica hay una que nos parece bastante seria e interesante; nos referimos a *La ideología social democrata en Costa Rica* —en la que Bosch es citado en varias ocasiones—, escrita entre 1969 y 1970, por Susanne Jonas Bodenheimer, una investigadora norteamericana especializada en el estudio de los problemas centroamericanos.

El objeto de estudio específico de esta autora es el Partido Liberación Nacional, PLN, en tanto organización socialdemócrata fundada por José Figueres —el ideólogo, organizador y líder de la revolución de 1948— en octubre de 1951, para utilizarlo como plataforma política que le permitiera participar en los comicios de principios de la década de 1950, y alcanzar la Presidencia del país a través de elecciones —pues

⁷¹ *Cfr.*, supra, nota 57.

en 1948-1949, durante un año y meses había sido presidente de facto—, como efectivamente ocurrió en dos oportunidades, de 1953-1958 y de 1970-1974; pero además de hacerlo con José Figueres, el PLN ha retenido o se ha alternado en el poder con diferentes candidatos, durante más de dos décadas; a la vez que durante más de tres décadas ha contado con mayoría legislativa en el Congreso. Para lograr esta hegemonía política, según Jonas Bodenhimer, el PLN ha tenido que construir una mitología legitimadora en torno al mismo, basada en el mito de los logros de la revolución, que a su vez descansa en una mitología construida alrededor de la tradición democrática de Costa Rica, que tiene como sustento una nación de pequeños propietarios, “apasionadamente independiente, igualitaria y libertaria”; presentando a dicho país como un caso especial, es decir, diferente a los demás de Centroamérica y de la misma América Latina, donde no hay cabida para los dictadores; en suma, la revolución de 1948 “se convirtió en un acto heroico de servicio nacional, para restaurar las correctas y gloriosas tradiciones democráticas, y no un acto de ruptura o violencia injustificada”⁷². Según la autora, el PLN tuvo que recurrir a esta mitología legitimadora, ante la imposibilidad de construirla en torno a “una población indígena importante”, es decir, ante una “tradición racial-cultural” —como ocurrió en otros países de América Latina—, decidió construir un “mito histórico”. Es importante señalar, sin embargo, que Jonas Bodenhimer hace la aclaración de que “al referirnos a su componente mítico no asumimos a priori que el mito es verdadero o falso: más bien sugerimos que cada ideología [...] debe ser legitimada en mayor o menor grado por cierta

⁷² Cfr. JONAS BODENHEIMER, Susanne, *La ideología social demócrata en Costa Rica*, San José, EDUCA, 1984, p.25.

interpretación de los eventos históricos. La verdad o falsedad del mito es un asunto que debe decidirse a posteriori en base a su correspondencia con la realidad histórica”⁷³.

Desde la perspectiva que maneja Jonas Bodenheimer sobre el mito histórico legitimador, si hubiera que hacer una clasificación de las obras escritas sobre la revolución costarricense de 1948, el libro de Juan Bosch formaría parte de aquellos que se inscriben dentro de dicha perspectiva, o que han contribuido a construir el referido mito. Incluso la autora recurre en varias oportunidades al texto de Bosch, para citar planteamientos suyos, como parte de la sustentación que realiza en torno al mito histórico legitimador⁷⁴.

Por último, no sabemos cuál habría sido la posición de Bosch sobre la revolución de 1948, durante su etapa marxista, en la que hay una ruptura en su pensamiento con la democracia representativa, a la vez que un cuestionamiento de la socialdemocracia —en cuanto a su viabilidad para América Latina—, y por lo tanto del Estado benefactor, en el que se basó el PLN para desarrollar su proyecto de políticas sociales, y legitimarse así en el poder, más allá del mito histórico planteado por Susanne Jonas Bodenheimer, tema que también la autora aborda en su obra. Lo que sí sabemos es que Bosch continuó manteniendo buenas relaciones con José Figueres, y muy buena opinión política del mismo, al grado de manifestar en 1988, que “José Figueres sigue siendo en el orden político lo que lo llevó por primera vez a la presidencia de Costa Rica”, lo mismo que fue en 1948, a raíz del triunfo logrado en el movimiento revolucionario bajo su liderazgo.

⁷³ *Ibid.*, pp.21-22.

⁷⁴ En total, aparecen cuatro citas del libro de Bosch.

Capitalismo, democracia y liberación nacional

El interés y la preocupación de Juan Bosch por la democracia se originan con su incursión en la política, diríamos —si quiéramos ponerle fecha— desde 1938, en que sale al exilio y conoce la obra de Eugenio María de Hostos, o más específicamente desde 1939, en que funda, junto a otros exiliados dominicanos en Cuba, el Partido Revolucionario Dominicano, PRD. Sin embargo, sus escritos sobre dicho sistema político de gobierno son más tardíos, si lo comparamos con los que hizo sobre la dictadura; aunque en estos últimos trabajos siempre estuvieron presentes planteamientos, reflexiones e inquietudes sobre la democracia. Habría que esperar hasta 1957 para que escribiera su primer ensayo sobre este sistema político. Nos referimos a “Problemas de la democracia en nuestra América”, un estudio que permite al lector apreciar el profundo conocimiento que tenía sobre la democracia, y sus vicisitudes para hacerse realidad, es decir, para ser aplicada exitosamente en América Latina y el Caribe. Para que se produjera el segundo trabajo sobre la democracia⁷⁵ tendríamos que esperar siete años —siete años y seis meses para ser más precisos—, después de haber llegado a la presidencia de República Dominicana, en febrero de 1963, y ser derrocado siete meses más tarde, lo cual lo conduciría al exilio nuevamente. De manera que ambos estudios tienen dos elementos comunes. Fueron escritos en el exilio, y son críticos a dicho sistema político. Obsérvese cuán elocuentes son los substantivos que dan inicio a cada uno de estos trabajos, “Problemas”, y “Crisis”. En cierto sentido, aunque el autor no se lo propusiera de manera consciente, *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, vendría a ser la comprobación

⁷⁵ Nos referimos a *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, México, Centro de Estudios y Documentación Sociales, 1964.

—más que teórica, empírica— de la inviabilidad de la democracia en América —concretamente en la República Dominicana—, que ya Bosch había planteado en su ensayo de 1957, cuando trató de explicarse las causas por las cuales la democracia no funcionaba en América Latina, mientras que sí lo lograba en la América anglosajona. De donde podemos inferir que, en ese momento —1963— ya estaban dadas las condiciones —ahora sí, teóricas y empíricas— para que Bosch entrara en un proceso de reflexión, que se aceleraría con el impacto que produjo en él la ocupación militar norteamericana de 1965, que lo conduciría a cuestionar la democracia representativa, e incluso a dejar de creer en ella como un régimen válido, y comenzar a buscar un sistema político alternativo para nuestros países, en particular para República Dominicana.

Como parte de este proceso de reflexión, a fines de 1969 Bosch realizó un viaje por varios países socialistas del Sudeste Asiático, en busca de la Verdad (con mayúscula, como él mismo lo escribe), ya que durante la ocupación militar de 1965, para su sorpresa, no sólo por el comportamientos de las tropas armadas, sino también por las declaraciones falaces del Presidente de Estados Unidos, y los más altos miembros de dicho gobierno, pudo darse cuenta que “la democracia representativa sacó de sus entrañas la putrefacción, el crimen, la mentira, el abuso”⁷⁶. Como resultado de este amplio y profundo proceso de reflexión política, ya para finales de la década de 1969 Bosch tenía una formación marxista, independientemente de que se declararía como tal, años después, en marzo de 1975. Pero asume el marxismo, tenemos que reiterarlo, no como un dogma, sino como una forma de pensar, que viene a enriquecer su pensamiento interdisciplinario, y en ocasiones hasta transdisciplinario, como pensamiento complejo.

⁷⁶ BOSCH, Juan, *Viaje a los antípodas*, 2da. edición, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1980 p.39.

Es en ese contexto que en noviembre de 1973 renuncia al PRD —partido que había fundado en el exilio 34 años antes—, para fundar el Partido de la Liberación Dominicana, PLD, en diciembre de ese mismo año.

La obra que estamos prologando, *Capitalismo, democracia y liberación nacional*, no fue concebida originalmente por el autor como un libro, ya que el mismo es una compilación de varios artículos que el líder político dominicano fue publicando entre 1978 y 1983, en su mayoría con carácter polémico, en *Vanguardia del Pueblo*, órgano del PLD.

El libro consta de tres capítulos “Capitalismo y democracia”, “¿Qué es un Partido de Liberación Nacional?”, y “Liberación Nacional y Socialismo”, además de unas palabras preliminares, donde Bosch introduce las temáticas abordadas, para adelantar el carácter polémico de dichos artículos con la izquierda marxista dominicana, particularmente con el Partido Comunista Dominicano, PCD; polémica que en buena medida es una continuación de la que ya se había desarrollado en años anteriores con la izquierda —sobre todo cuando salen a la luz pública dos de sus obras más importantes, *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, y *Dictadura con respaldo popular*—, pero que tiene antecedentes más antiguos, como podrá comprobarse en *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, de 1964.

Antes de iniciar el análisis de la obra, debemos de hacer algunos señalamientos que consideramos pertinentes y necesarios. En primer lugar, que dentro de las ciencias políticas, posiblemente el tema de la democracia sea el que cuente con una mayor producción bibliográfica, mismo que inscribe a una diversidad de escuelas y paradigmas teóricos, que dan lugar a enfoques y planteamientos en la mayoría de los casos polémicos y contradictorios, como si se estuvieran abordando sistemas políticos diferentes.

En segundo lugar, que el presente estudio no es el trabajo de un académico que, independientemente de su capacidad y lucidez, aborda su objeto de estudio sin haber incursionado en la vida política —o que lo ha hecho de manera tangencial, jugando papeles secundarios—, sino que esta es una obra de un político-analista, que cuando escribe el libro lleva cerca de medio siglo —entre 40 y 45 años exactamente— dedicado intensa y exclusivamente a la vida política, precisamente tratando de construir un sistema democrático; que ha vivido cerca de 29 años de exilio en tres etapas diferentes, aunque la última —tres años y medio, de noviembre de 1966 a abril de 1970— pueda ser considerada como un autoexilio, pues no fue expulsado del país, y podía regresar al mismo cuando así lo considerara, como efectivamente ocurrió, aunque hay que admitir que después de hacerlo tampoco tuvo las condiciones para seguir investigando y escribiendo, como lo hizo durante esos tres años y cinco meses, que fue una de las etapas más productivas de su vida.

En tercer y último lugar, que después de haber sido publicado el libro, 1983, se han producido importantes cambios internacionales, particularmente la caída del muro de Berlín, en 1989 —cinco años después de su publicación— y la desintegración de la Unión Soviética, en 2001, lo que daría lugar al fin de la Guerra Fría, así como al mundo de la bipolaridad, y a una crisis paradigmática, en particular del marxismo, y en consecuencia de los partidos comunistas, incluyendo el PC con el que polemiza Bosch. Sin embargo, la democracia representativa, como sistema político de gobierno, con todos sus defectos, virtudes, limitaciones, aciertos y desaciertos, así como diversas tareas pendientes, todavía pervive, sin escapar, por supuesto, a nuevas críticas que se le formulan. No obstante los cambios internacionales que se han producido, consideramos que al menos algunas de

las tesis planteadas —de manera muy particular la primera— siguen teniendo vigencia, con lo cual no se niega la opción electoral como camino de llegar al poder. Pero la democracia no se limita al acto electoral; y si aceptamos que la primera tesis sigue vigente, tendríamos que reconocer que la segunda tesis —en particular la del frente de liberación nacional— seguirá siendo discutible, quizás mucho más de lo que lo fue desde sus orígenes, pero que por la estrecha relación que guarda con la primera, tampoco puede ser descartada de un plumazo, no obstante encontrarnos en la era de la globalización, pues ésta no ha dado solución a los problemas abordados por Bosch. Lo que queremos decir es que por el hecho de haberse producido cambios internacionales que no hacen viables —en este momento— la liberación nacional, ello no descarta la coherencia, lógica y pertinencia que tuvo en el momento en que fue planteada. En todo caso tendríamos que pasar a la discusión sobre la vigencia y aportación en el pensamiento político, pero ese debate no está dentro de nuestros objetivos.

En *Capitalismo, democracia y liberación nacional*, Juan Bosch sustenta dos tesis centrales. La primera, que “la democracia representativa es el modelo de organización política estatal que le corresponde al sistema capitalista, y más aún, que ha sido una creación, en el orden político, del capitalismo” (p.48); y por lo tanto, que con anterioridad al desarrollo del capitalismo —es decir, en las sociedades precapitalistas—, no existió en la historia, en ningún país, el referido sistema democrático; por supuesto que descarta como tal a la denominada “democracia ateniense”, en Grecia. La segunda tesis planteada, muy relacionada con la primera, es que la “revolución socialista” está llamada a producirse sólo en los países de desarrollo capitalista avanzado, en tanto que en los países precapitalistas —o más bien de capitalismo tardío— lo que debe producirse

es un proceso de “liberación nacional”, encabezado por un frente amplio, que incluya a la mayor parte de las clases y sectores sociales del país, mismo que puede ser el puente que lo conduzca hacia la construcción del socialismo.

Como lo hemos planteado ya, cuando Bosch escribe los artículos que conforman esta obra, es un crítico declarado de la democracia representativa, pero un crítico cualitativamente diferente al que habíamos conocido en años anteriores, cuando estudiaba las causas por las cuales la democracia no funcionaba bien en América Latina, con el fin de encontrar los mecanismos de superar dichos males; o cuando exponía la crisis a la que se enfrentaba dicho sistema político, también con el firme propósito de que se tomaran y aplicaran las medidas correctivas que permitieran su funcionamiento.

El Juan Bosch de las décadas de 1970 y 1980 ha llegado a otras conclusiones, por lo que no sólo es el crítico de la democracia representativa, sino que además sostiene que la misma únicamente puede establecerse en los países de un alto grado de desarrollo capitalista, con lo cual descarta la posibilidad de que la democracia pueda instaurarse —al menos exitosamente, con un carácter muntidimensional, como él entendía que debía ser—, en los países de un capitalismo tardío. Para sustentar esta tesis, el autor recurre, en parte, a la historia —como ha sido su norma metodológica en sus análisis políticos—, a la economía y a otras disciplinas de las ciencias políticas y sociales. Esta tesis la sustenta en el capítulo “Capitalismo y democracia”, el cual consta de dos partes. En la primera, el autor hace un recorrido histórico por los países europeos, como Inglaterra, Francia y Holanda, poniendo énfasis en los momentos coyunturales en que se producen las revoluciones burguesas, así como la vinculación de estas con los cambios económicos, en concreto las revoluciones industriales, y de esa manera va analizando

como se va estructurando el Estado y su organización política, hasta establecerse la democracia; en dicho análisis, el autor no descuida el papel que jugó la religión, particularmente la protestante en su corriente calvinista —quizás siguiendo las aportaciones de Max Weber en la *Ética protestante y el espíritu del capitalismo*, aunque dicho texto no es mencionado por el autor—, para el desarrollo del capitalismo; lo mismo hace con Estados Unidos, país al que considera que fue el primer Estado en el mundo “que se organizó en forma de una democracia burguesa” (p.80). O dicho en otras palabras, “el tipo de gobierno llamado democracia representativa apareció en América del Norte como un producto natural de la primera sociedad burguesa que conocía el género humano, y correspondía a un nuevo tipo de Estado, el Estado burgués, que se organizó sobre la base de tres poderes independientes unos de otros” (p.74).

En el recorrido histórico hecho por Bosch, el autor destaca y explica el origen y funcionamiento de los diferentes tipos de democracias representativas existentes, como son la parlamentaria —y aún las variantes dentro de esta misma— y la republicana. En suma, por lo planteado el lector llega a la conclusión de que no hay democracias iguales, por muy parecidas que sean, pues cada una tiene sus peculiaridades, que en la mayoría de los casos son mitificadas; algo semejante a lo que hemos planteado con anterioridad sobre las dictaduras. Ello no ha sido impedimento para que algunos países capitalistas industrializados, desde una posición fundamentalista —como el imperio del norte— hayan querido exportar su modelo democrático, invadiendo militarmente a otros países, bajo el pretexto de establecer la vida democrática en los mismos —pero establecer el modelo de Estados Unidos, que, repetimos, es único, y responde exclusivamente a las particularidades de su propio desarrollo histórico—, sin reparar si las

condiciones de desarrollo económico y social de esos otros países son compatibles con esa forma de organización política, como muy rigurosamente es analizado por Juan Bosch.

En la segunda parte de su primera tesis, el analista y pensador político dominicano, después de reconocer que el régimen democrático de Estados Unidos es el más avanzado, estable y acabado que se conoce, se dedica, con la sagacidad analítica que lo caracteriza, a demostrar la mitificación de que ha sido objeto este modelo democrático, como si fuera perfecto o, más aún, como si el mismo no tuviera una serie de deficiencias y debilidades, que excluyen y afectan a parte de su propia población, hechos incompatibles con lo que establece el mismo modelo democrático. Quizás la mitificación aludida surge desde el momento en que Alexis de Tocqueville publicó *La democracia en América*, en 1835; o desde mucho antes, desde el momento en que fue proclamada la Constitución de dicho país, en 1789, la cual sirvió como modelo para la mayoría de los países de América que fueron alcanzando su independencia en las primeras décadas del siglo XIX.

Para ello, Bosch recurre nuevamente a la propia historia de Estados Unidos. En ella encuentra las siguientes incongruencias, algunas que ya han sido superadas, aunque después de más de uno o dos siglos; otras, que se podría decir que han sido coyunturales. La primera crítica es sobre la esclavitud y la discriminación racial al negro. Estados Unidos declaró su independencia el 4 de julio de 1776, pero la esclavitud vino a ser abolida 87 años después, en 1863. Por lo que Bosch apunta: “En ningún momento de la historia norteamericana anterior a 1863 pudieron los esclavos africanos o sus hijos y sus nietos ejercer esos derechos democráticos de que se habla ahora como si hubieran sido aplicados en los Estados Unidos, y en beneficio de todos los que vivían en ese país, desde el día en que fue aprobada la Constitución de

1789” (p.82). Esto no significó, ni mucho menos, que la discriminación racial fuera superada. Por ello Bosch agrega que “hasta hace pocos años, un negro podía ser víctima del tipo de pena llamado linchamiento, que no se había conocido en el mundo y que era ejecutado por muchedumbres de blancos entre los cuales a menudo había niños y mujeres” (*Ibid.*). Y no se crea que se esté hablando de acontecimientos acaecidos a finales del siglo XIX. No. El tristemente célebre Ku Klux Klan, aunque fue disuelto en 1870, reapareció en 1915, y todavía en 1970 y 1980 seguían operando organizaciones de ese tipo. Aún en pleno siglo XXI, en los años 2003 a 2005, se calcula que la membresía de dicha organización era de alrededor de tres mil miembros.

Durante las Olimpiadas de México en 1968 se produjo un acontecimiento de lucha y discriminación racial, que conmovió al mundo entero. Dos medallistas negros estadounidenses, Tommie Smith y John Carlos, al momento de subir al podio, levantaron el puño, con un guante negro, como símbolo de la lucha del Black Power, que en esos años estaba en su apogeo. Como represalia por dicho acto, totalmente pacífico, los atletas fueron suspendidos del equipo olímpico de Estados Unidos, y excluidos de la Villa Olímpica. Al regreso a su país, fueron totalmente marginados, e incluso recibieron amenazas de muerte, incluyendo a sus familiares. Estamos hablando de hechos acaecidos 192 años después de la proclamación de la independencia en Estados Unidos, y 105 después de haber sido abolida la esclavitud. Y por último, un negro estadounidense —o afroamericano, como se ha preferido denominar en los últimos años—, Barak Obama, tuvo que esperar más de dos siglos —232 años exactamente— después de la declaración de la independencia, para poder llegar, por primera vez, a la Presidencia de su país.

La segunda crítica a la democracia representativa en Estados Unidos formulada por Bosch, es el trato que ha recibido la población indígena de dicho país, la cual, además de haber sido marginada y discriminada socialmente, le fue arrebatada más de 30 millones de hectáreas de tierra en unos pocos años, para favorecer a los sectores poderosos del país, violándose así las mismas normas establecidas por el Congreso y la Constitución. Estas poblaciones indígenas, dueñas originales del país, fueron despojadas de sus derechos “pues fue en 1924 cuando se admitió que ellos eran ciudadanos norteamericanos si bien todavía en 1948 había estados, como Arizona y Nuevo México, que se negaban a aceptar que lo eran” (pp.92-93) En suma, Juan Bosch señala lo siguiente: “Si analizamos la realidad norteamericana limitándonos a hacerlo desde el punto de vista racial, hallamos que la democracia representativa, establecida en los Estados Unidos por primera vez en la historia humana, no les garantizó el ejercicio de las libertades llamadas democráticas ni a los negros ni a los indios” (p.84). Estos temas son desarrollados amplia y rigurosamente por el prestigioso investigador y periodista argentino Gregorio Selser en su libro *La violación de los derechos humanos en los Estados Unidos* (México, Editorial Mestiza, 1989), que sería publicado algunos años después del de Juan Bosch.

La tercera crítica a la democracia representativa es de carácter social, pues en Estados Unidos se han aplicado una serie de medidas que han afectado a los obreros, ya que han sido perseguidos, encarcelados y asesinados por el simple hecho de defender sus derechos laborales, aún haya sido pacíficamente. El caso de Sacco y Vanzetti, ampliamente conocido, es de los más emblemáticos, pero dista mucho de ser el único. A esta crítica de carácter social, podemos agregar los actos de persecución ideológica desarrollada por el mccarthysmo a mediados de la década de 1940 y principios de 1950, y cuyos

anteriores datan de algunos años antes, tanto con la creación formal por parte del Congreso de los Estados Unidos, de la Comisión de Actividades Antiamericanas, en 1938, como con el surgimiento de algunos brotes de inspiración fascista. Esta persecución ideológica —violatoria a la libertad de expresión consagrada en la Constitución de dicho país— afectó tanto a las organizaciones laborales, a la intelectualidad, como al mundo artístico, particularmente al cine de Hollywood, cuyos productores y artistas fueron sometidos a lo que se ha conocido como una “cacería de brujas”. Tema este último que ha sido abordado de manera rigurosa por Román Gubern, en *La caza de brujas en Hollywood*⁷⁷. El mismo Gregorio Selser también estudia las luchas de los sindicatos en Estados Unidos, y las violaciones que han sufrido los obreros y sus organizaciones sindicales⁷⁸.

Quizás hayan sido esas violaciones a la libertad de pensamiento —dentro del propio territorio estadounidense, a su misma población—, las que han dado lugar a una burla, a manera de chiste —y como sabemos, todo chiste tiene su referente histórico cultural concreto—, que no deja de ser significativa. Es el que se refiere a la Estatua de la Libertad, donada por Francia en 1886, para conmemorar el centenario de la Declaración de Independencia de Estados Unidos. El chiste es muy corto y sencillo, pero irónico, cortante y agudo: “La libertad se petrificó y nunca entró a territorio estadounidense, pues se quedó en el puerto de Nueva York”. Lo cierto es que, paradójicamente, la isla donde está situada la estatua —la Isla de Bodloe, cuyo nombre sería cambiado por el Congreso en 1956 por el que ahora se le conoce, Isla de la Libertad—

⁷⁷ GUBERN, Román, *La caza de brujas en Hollywood*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2002.

⁷⁸ SELSER, Gregorio, *Luchas sindicales históricas de los obreros en Estados Unidos*, México, Universidad Obrera, 1991.

había sido una base militar, y los cimientos que se emplearon para levantarla, fueron los de un bastión de artillería, del antiguo fuerte Wood. Ese fue el lugar escogido para colocar “la libertad iluminando el mundo”, que es el verdadero nombre de la estatua. En términos simbólicos —más allá de los que se propusieron sus diseñadores—, pensamos que esto que acabamos de señalar, como estructuras profundas y por lo tanto no visibles, constituyen un excelente corpus de análisis para la semiótica.

La segunda tesis planteada, de que los países de un capitalismo tardío están llamados a desarrollar un proceso de “liberación nacional”, y no el de una “revolución socialista” —pues esta última sólo sería posible de producirse en los países que han alcanzado un alto grado de desarrollo capitalista—, se encuentra sustentada en el segundo capítulo “¿Qué es un partido de liberación nacional?”, y en el tercero, “Liberación nacional y socialismo”.

Con los cambios internacionales que se han producido en los últimos años a raíz de la caída del muro de Berlín, en 1989 y dos años después la desintegración de la Unión Soviética, el planteamiento de esta tesis resulta la más difícil, en cuanto a su pertinencia, hoy día. Sin embargo, teórica y políticamente no es así. Es cierto que Bosch pone mayor énfasis en el desarrollo de un proceso de liberación nacional, a través de un frente amplio, pero queda como subyacente algo que teórica y políticamente, de haberlo planteado y sustentado explícitamente, hubiera sido un acierto excepcional; de todas maneras, una lectura detenida de dichos capítulos apunta a la consideración de que esa era la postura y convicción de Juan Bosch. Pero, en cambio, no era ese el objetivo específico de su trabajo, por lo cual lo que estamos señalando queda sólo como un implícito. Nos referimos a que Juan Bosch tiene mucha claridad de que la revolución socialista

estaba llamada a producirse en los países de un alto grado de desarrollo capitalista, y no en los de un capitalismo tardío. Y era eso, y no otra cosa lo que habían planteado los clásicos del marxismo —Carlos Marx y Federico Engels—, quienes habían formulado todo su paradigma inspirados en la experiencia de lo que estaba ocurriendo en tales países, particularmente en Inglaterra y Francia. Pero la historia tomó un curso distinto desde principios del siglo XX, cuando triunfó en Rusia la Revolución de Octubre, en 1917, a partir de la cual se conformaría la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, URSS, hecho que no invalidaba los principios teóricos de Marx y Engels, como podemos constatar ahora, con la ventaja que nos permite un análisis postfactual. El derrumbe del denominado socialismo real tiene sus raíces más profundas justamente en que se había construido en países de capitalismo tardío, incluyendo a Rusia —y no digamos a Angola, Albania, Etiopía, Somalia, entre otras—; países que, al no haber alcanzado un desarrollo del capitalismo, carecían de un proletariado sólido y organizado, instituciones fuertes y estables, de una cultura democrática —en muchos de los casos más bien lo que tenían era una tradición abiertamente autoritaria—, y menos de una conciencia ciudadana. La gran mayoría de estos países habían arribado al socialismo, no porque su población y organizaciones políticas se lo hubieran propuesto, de una manera consciente, sino porque habían tenido que luchar contra regímenes dictatoriales, o contra la dominación colonialista a la que se encontraban sometidos. En dichos países, al no haberse alcanzado el desarrollo capitalista que habían considerado los clásicos del marxismo, carecían de un proletariado, en el sentido marxista de la categoría, por lo que en vez de establecerse una “dictadura del proletariado”, lo que se instalaron fueron viles dictaduras personales, como la de Stalin en la URSS,

que poco favor le hicieron a la imagen, prestigio, viabilidad y causas del socialismo como sistema social y político.

Lo que estamos planteando es que algunos países de capitalismo tardío, como Cuba, por ejemplo, fueron arrastrados al socialismo no por vocación propia, como proyecto político inicial, sino arrastrados por las circunstancias políticas internacionales en las que se encontraron inmersos en el marco de la Guerra Fría, donde era imposible, al menos para los países del llamado Tercer Mundo, impulsar reformas económicas y sociales que le permitieran encausarse por los canales del desarrollo —pero más que nada de la soberanía nacional— y la justicia social. En ese mundo de la bipolaridad, que fue el de la Guerra Fría, si los países no se enrumbaban por el socialismo, los proyectos de cambio social —dentro del mismo capitalismo— eran aniquilados por el poder del imperio, como le había ocurrido a Guatemala con Jacobo Arbenz, a la misma República Dominicana con Juan Bosch; y en lugares tan remotos como el Congo, con Patricio Lumumba (1925-1961), quien fue asesinado.

Consideramos que todavía en la etapa marxista de su pensamiento, Bosch seguía entendiendo que “la historia no da saltos”⁷⁹, que “la historia no actúa con la simplicidad que desean atribuirle las masas, y no se corta de golpe, como no puede cortarse un río de un machetazo. La historia fluye, viene siempre desde el pasado, arrastrando todas las fuerzas, las positivas y las negativas, en una marcha constante hacia el porvenir”⁸⁰. Pensamos que es justamente por ello por lo que propugna que los países de un capitalismo tardío estaban llamados a realizar una liberación nacional, con un frente amplio de clases y sectores sociales, que le diera mayoría y unidad a dicho

⁷⁹ *Cfr.* BOSCH, Juan, “José Figueres: Una semblanza al vuelo”, *op. cit.*, p.171.

⁸⁰ BOSCH, Juan, *Póker de espanto en el Caribe*, p.359.

movimiento para poder triunfar. Esa es la razón por la que visita Viet Nam, y pone suma atención en su proceso político de lucha, a través del Frente de Liberación organizado por Ho Chi Minh; esa es la razón por la cual estudia detenidamente las guerras de liberación nacional y los frentes que se habían producido en América Latina y el Caribe, como el Frente Sandinista de Liberación Nacional, en Nicaragua; el Movimiento 26 de Julio en Cuba, bajo el liderazgo de Fidel Castro. En suma, para Bosch “la diferencia entre la sociedad capitalista y la precapitalista significaba, y sigue significando hoy, la diferencia entre la revolución socialista y la de liberación nacional” (p.180).

Y era la revolución socialista, y no la de liberación nacional, la que se proponía el Partido Comunista Dominicano, así como otras organizaciones que se autodenominaban marxistas-leninistas. De ahí la fuerte polémica entre Bosch y los dirigentes de la izquierda marxista dominicana. Pero ante todo, la polémica estaba llamada a producirse, de todas maneras —como se produjo en torno a otros muchos temas—, aún en la etapa marxista de Bosch, porque éste entendía que “el marxismo es un método para pensar; un método para analizar la realidad social e incluso la no social”; lo cual quiere decir que él pensaba con su propia cabeza, y por lo tanto llegaba a sus propias conclusiones —acertadas o erradas—, y no a las que le dictaban otros, como entendía que sí ocurría con los miembros de los partidos comunistas, no sólo de República Dominicana, sino también de otros países. El cuento de Bosch, “La mancha indeleble”, es muy revelador al respecto. Un aspirante a miembro “del partido” descubre que para lograr tal cosa, tenía que despegarse y entregar su cabeza; ante sus argumentaciones de que no podía hacerlo: “Comprenda que ella está llena de mis ideas, de mis recuerdos. Es el resumen de mi propia vida. Además, si me quedo sin ella,

¿con qué voy a pensar?”, la respuesta que recibió el aspirante fue cortante: “Aquí no tiene que pensar. Pensaremos por usted. En cuanto a sus recuerdos, no va a necesitarlos más: va a empezar una vida nueva”⁸¹. El pasaje de este cuento, como ficción al fin, no tendría la trascendencia que le atribuimos sino fuera porque el mismo Juan Bosch revelaría años después, en una entrevista que “hay un político latinoamericano, cuyo nombre no voy a decir mientras él viva, porque sufrió mucho la persecución de Trujillo, que había comenzado su vida política siendo comunista y después se volvió un anticomunista. Ese personaje es el protagonista de ‘La mancha indeleble’”⁸². Ese personaje era, confesaría Bosch años más tarde, Rómulo Betancourt.

Retornemos a la segunda tesis de Bosch. La parte que encontramos débil en la tesis de este ilustre pensador dominicano, es que él sabía que la liberación nacional iba a conducir al socialismo, aunque fuese arrastrado por las condiciones políticas internacionales, pues así lo constataba la historia en ese momento, por lo que de todas maneras se iba a intentar desarrollar el socialismo en un país de capitalismo tardío. Por lo que en el fondo, la polémica con el PCD⁸³, era un debate en torno a la táctica y la estrategia, que Bosch entendía que la dirigencia de dicho partido las confundía. Para Bosch, la liberación nacional era un paso táctico; el socialismo, la estrategia. Pero al final, el socialismo iba a establecerse en un país de capitalismo tardío, a menos que se considerara que durante la etapa de liberación nacional se iba a lograr el desarrollo económico y

⁸¹ BOSCH, Juan, “La mancha indeleble”, en *Cuentos más que completos*, México, Editorial Alfaguara, 2001, p.238.

⁸² ROSARIO CANDELIER, Bruno, *Juan Bosch: un texto, un análisis y una entrevista*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1976, pp.53-54.

⁸³ Que sería recogida en un folleto, *Debate. Juan Bosch. Narciso Isa Conde*, Santo Domingo, Editora Taller, 1983.

social, equivalente al de las sociedades de un capitalismo avanzado. Quizás por ello es que en Bosch hay una posición de reconocimiento al Partido Comunista en Cuba —o Partido Socialista, como verdaderamente se llamaba—, pues supo entender, y por esto apoyó el Movimiento 26 de Julio, como movimiento de liberación nacional; o en el mismo caso de Ho Chi Minh, por quien sintió y expresó mucho respeto y admiración, pues siendo comunista, prefirió crear un frente de liberación nacional, que no era encabezado por dicho partido.

Consideraciones finales

A los 26 años de haberse producido dicha polémica, y a los 20 años de la caída del muro de Berlín, sólo nos resta realizar un rápido balance de los acontecimientos, al menos en dos vertientes. La primera, es que la población de los países capitalistas desarrollados, sobre todo en Europa y Estados Unidos, tendrían que reconocer que fue el triunfo del “socialismo real”, a partir de 1917, en los países de un capitalismo tardío, uno de los factores que más contribuyó a que se impulsaran y consolidaran las políticas sociales —conocidas como Estado benefactor— que mucho beneficiaron a las clases subordinadas, pues propiciaron un gran desarrollo en la educación, la salud, la vivienda, y en su conjunto a la calidad de vida en dichos países; además de generar estabilidad social, lo que permitió un mayor auge del capitalismo, así como disminuir la asimetría social existente en los propios países de un capitalismo desarrollado. Como es bien conocido, el Estado benefactor tenía serias resistencias de parte de los sectores de poder, para ser aplicado. Pero fue el temor a que las luchas sociales se radicalizaran —y fueran a dar lugar a una transformación de las relaciones de producción capitalistas, en particular de la propiedad privada de los medios de producción—, lo que persuadió a dichos sectores de poder a que se implementara

un amplio proyecto de política social. ¿Se hubiera puesto en ejecución el Plan Marshall, para la reconstrucción de esa Europa occidental, devastada por la Segunda Guerra Mundial, de no haber sido por la existencia del socialismo real?

Si lo que estamos planteando se pone en duda, invitamos al lector a reflexionar sobre la enorme asimetría social que nuevamente se está produciendo en los mismos países de un capitalismo avanzado, una vez que fue reemplazado el modelo económico keynesiano, por el neoliberalismo en las últimas décadas, y la desaparición del Estado benefactor, ante la seguridad de que, al menos por el momento, la vía socialista —que es radical en lo que a política social se refiere— no tiene viabilidad, y por lo tanto se puede actuar impunemente en la acumulación y concentración de la riqueza en unas pocas manos, como lo reportan con regularidad los informes de la revista *Forbes*. Mientras, los Objetivos de desarrollo del Milenio, que apuntaban justamente a disminuir la asimetría social, han pasado a ser una mera utopía; o lo que es peor, simples letras muertas. En suma, mientras se construía el socialismo real —en lugares equivocados, es decir, en países precapitalistas o de capitalismo tardío—, los partidos comunistas propugnaban por la revolución socialista, y se creaban los frentes de liberación nacional en los lugares más remotos del planeta, el Estado de bienestar en los países capitalistas avanzados presentaba un rostro atractivo, por la aplicación de sus proyectos de política social, que no es necesariamente el verdadero rostro del capitalismo. Y ese rostro atractivo, basado en la política social aplicada, sedujo a no pocos habitantes de los países de la Europa oriental —que eran de capitalismo tardío en su gran mayoría—, pero cuando dieron el salto hacia el capitalismo, se encontraron con el real rostro del mismo, con sus grandes asimetrías sociales, pues los cambios internacionales habían abierto paso a la instauración de un nuevo modelo económico de acumulación, el neoliberalismo.

La segunda vertiente del balance es la siguiente. De los países socialistas que existían al momento de la polémica de Juan Bosch con la izquierda marxista dominicana, sólo quedan seis —en situaciones muy complejas, pues mientras siguen enarbolando la bandera del socialismo, se han abierto al capitalismo—, todos, por supuesto, de sociedades de capitalismo tardío. Habría que observar e indagar cuántos de estos arribó al socialismo por medio de un movimiento, o frente de liberación nacional, como lo fueron los casos de Cuba y de Viet Nam. De los otros, en los que se derrumbó el “socialismo real”, habría que hacer lo mismo: indagar cuántos de ellos habían llegado al socialismo por medio de un frente de liberación nacional, o por procedimientos muy distantes, como fueron los casos de Polonia, Rumania y Hungría, por ejemplo. El mismo balance —aunque en otra perspectiva— habría que hacerlo a nivel nacional de la República Dominicana. El PCD —que propugnaba por la revolución socialista, por medio de una dictadura del proletariado— desapareció como tal del escenario político dominicano, lo mismo que la gran mayoría de las organizaciones de izquierda que se autodefinían como marxistas-leninistas. El PLD —que era desde el que Juan Bosch polemizaba, y que propugnaba por un frente de liberación nacional, que le permitiera al país retomar los caminos de la independencia nacional—, en cambio se reorganizó y hoy día es un partido mayoritario, que se encuentra en el poder desde 2004 a la fecha de hoy, 2009, aunque algo distante de los principios políticos que movían a su fundador y mentor, Juan Bosch. Estos cambios se consagraron en el VI Congreso Ordinario Profesor Juan Bosch, celebrado en junio del año 2000⁸⁴. Nada de lo que acabamos de plantear puede ser entendido al margen de los cambios internacionales que se han producido en las últimas décadas.

⁸⁴ Cfr. *Memorias del VI Congreso Profesor Juan Bosch*, Santo Domingo, 2002.

APUNTES PARA UNA INTERPRETACIÓN
DE LA HISTORIA COSTARRICENSE

INTRODUCCIÓN

Sin duda el lector se preguntará por qué razón he escogido para este ensayo el tema *Apuntes para una interpretación de la historia costarricense*, pues debe suponer que yo no sé tanta historia de Costa Rica como cualquier costarricense. Pero sucede que la historia no es un coto cerrado sino un bosque comunal al que puede entrar el que lo desee, con escopeta para cazar, con caña para pescar, con hacha para cortar leña y hasta hama-ca para pernoctar.

Yo soy un forastero en el bosque de la historia de este país, y si me interesa escribir para costarricenses acerca de una manera de interpretar su historia es porque entre los compatriotas de ustedes con quienes he hablado de este problema he hallado generalizada la opinión de que Costa Rica es un país sin historia.

Puede que comparada con la de otros países de la América Latina, la de ustedes no sea suficientemente dramática. Sin embargo, las corrientes subyacentes que forman la Historia son en Costa Rica más lógicas y por tanto más interesantes que en la mayoría de los pueblos hermanos del Continente. La historia costarricense se ve mejor bajo la superficie de los hechos que sobre ella. Quizá podríamos compararla con un iceberg que lleva la mayor parte de su volumen y de su peso bajo el agua. Ahora bien, si por los frutos se conoce el árbol, estamos en el caso de admitir que el fruto de la

historia costarricense es un pueblo menos violento que otros de América, aunque tal vez resulte más apropiado decir que ha usado la violencia con más justificación que otros; y eso sin duda significa un fruto más sano y por tanto un árbol mejor alimentado por el acontecer histórico.

Estoy seguro de que al interpretar la historia de ustedes cometeré errores. Pero en la tarea de interpretar la Historia los errores son inevitables; los cometen todos los analistas, cuanto más yo, que no soy un profesional en esta materia. Sin embargo, no temo incurrir en ellos porque espero que mis equivocaciones den lugar a rectificaciones de parte de los historiadores nacionales. En caso de que eso sucediera, daría por bien empleado el tiempo que les estoy sustrayendo al descanso o a distracciones más placenteras.

Desde luego, no voy a ofrecer fechas y apenas leerán ustedes unos pocos nombres. Ustedes conocen mejor que yo sus fechas y sus nombres patrios. Doy por sentado también que ustedes tienen presente el relato de los acontecimientos de su país; de manera que no voy a hacerlo. Pero quiero decirles qué libros he utilizado para este ensayo. Son los siguientes: de don Rodrigo Facio, *Trayectoria y crisis de la federación centroamericana* (Imprenta Nacional, San José, Costa Rica, 1949) y *Estudio sobre economía costarricense* (Editorial Surco, San José, C. R., 1942); de don Ricardo Fernández Guardia, *Cartilla histórica* (33ª edición, Librería e Imprenta Lehman, San José, Costa Rica, 1960); de don Cleto González Víquez, *Obras históricas* (Tomo I, Editorial Universitaria. Librería e Imprenta Atenea, S. en C., San José, Costa Rica, 1958); de don Carlos Monge Alfaro, *Historia de Costa Rica* (Décima edición, Imprenta Trejos, San José Costa Rica, 1960), y “Comentarios sobre los primeros años de vida republicana”, trabajo publicado en la revista de *Ciencias Jurídico-Sociales* de San José de Costa Rica, diciembre de 1957; de don Rafael Obregón Loría, *Conflictos*

militares y políticos de Costa Rica (Imprenta La Nación, San José, Costa Rica, 1951) y *La Compañía del Tránsito, 1856-1857* (Editorial Universitaria, Librería e Imprenta Atenea, S. en C., San José, Costa Rica, 1956).

San José,
21 de mayo de 1961

I

EL CARÁCTER NACIONAL

Vamos a comenzar este ensayo de interpretación hablando del carácter nacional. El carácter o genio nacional es el fruto de la historia. Pero sucede que una vez creado el carácter nacional por la Historia, ésta pasa a ser, en cierta medida, modificada por el genio nacional que ella misma había formado, porque el tipo de carácter de un pueblo lo inclinará a desviar las fuerzas históricas hacia una dirección o hacia otra. Podemos comparar esta interacción con el caso de los padres y los hijos: durante un tiempo, mientras crecen y buscan su camino en la vida, los hijos dependen de los padres; más tarde, los padres actúan casi como si dependieran de los hijos, pues están vinculados a ellos por el nexo indestructible que hay entre el creador y lo creado.

El carácter nacional del costarricense viene determinado por una serie de factores que han estudiado, comentando y explicado casi todos los historiadores modernos del país. Se puede dar por acuerdo general, expreso o tácito, de los historiadores y los sociólogos costarricenses, que el tipo de economía que se desarrolló en Costa Rica determinó la formación de una sociedad de pequeños propietarios rurales. Ahora bien, fue la pugna entre esa sociedad de pequeños propietarios rurales con determinada actitud regional la que formó la base del carácter nacional.

La actitud regional de que hablo se originó en Cartago. Cartago era la capital de la colonia, y aunque los cartagos fueran pequeños propietarios como los demás costarricenses de los días coloniales, y por tanto su carácter debía estar determinado por sus circunstancias económico-sociales, sucedía que Cartago era la capital de la provincia, lo cual producía en sus habitantes un sentimiento de superioridad en relación con los demás pobladores de la Provincia. Los cartagos se sentían colocados en una categoría más alta que los demás vecinos de Costa Rica, y esto determinaba, como es lógico, la formación de una conciencia aristocrática sobre todo en aquellos cartagos que dependían de los primeros pobladores o de los altos funcionarios de la colonia.

Este estado de ánimo se advierte en un doble informe que sobre el carácter de los costarricenses nos da don Ricardo Fernández Guardia en su *Cartilla histórica* (Edición mencionada, pág. 65). “Don Diego de la Haya —dice— acusa a los costarricenses en 1719 de ‘pleitistas, quiméricos y revoltosos’, y añade que son ‘muy materiales, torpes y limitados y de ninguna reflexión’. Don Tomás de Acosta, en 1803, dice que “generalmente hablando las gentes de Villa Vieja de Heredia son laboriosas, de arreglada conducta y dócil índole y viven en paz y armonía; pero no así en esta ciudad (Cartago), donde la emulación, el odio, el vicio y la cavilosidad parece que son su patrimonio”.

Es fácil advertir en ese doble informe que entre los habitantes de la ciudad de Cartago en los días coloniales y los de otras regiones, había diferencias sensibles de carácter; y esa diferencia no estaba determinada por el tipo de vida económica que llevaban; Cartago era entonces tan pobre como podría serlo Cubujuquí o Boca del Monte; y se conoce el caso de por lo menos un gobernador de la colonia, habitante de

Cartago, que sembraba con sus propias manos y recogía por sí mismo su cosecha de maíz.

La diferencia estaba determinada por el hecho de que los cartagos se reconocían en lo íntimo pobladores de la capital colonial, y eso les comunicaba cierto grado de altanería. Es posible que la sensación de altanería no alcanzara a todos los cartagos, especialmente a los más pobres; pero no hay duda de que la tenían esos que en los documentos de la época se llaman en América “vecinos principales”. El grupo que podríamos llamar “altanero” iba a crear lo que se convertiría poco después en el sector conservador de la sociedad costarricense; un núcleo llamado a actuar con bastante viveza histórica, aunque no con buena fortuna, en los primeros años de la vida nacional, por lo menos hasta la caída de don Braulio Carrillo.

Dice don Juan de Dios Ayala en 1818, según copia Fernández Guardia, que “los habitantes son bien morigerados, fuertes y robustos para todo ejercicio, aplicados a las artes y al trabajo, siendo su principal ejercicio la agricultura”. Don Juan de Dios Ayala no determina de cuáles costarricenses habla, si de los cartagos o de los pobladores de otros lugares. Pero no nos parece que se refiera a los cartagos; y si se refiere a ellos, debe ser a los habitantes de Cartago que no pertenecían al grupo de los descendientes de funcionarios coloniales o de fundadores de la ciudad.

Observamos que resulta muy difícil calificar a un conglomerado social como un todo monolítico. En Cartago, como en toda asociación humana, debía haber, y sin duda había diferencias sensibles. No todos los habitantes de la capital colonial tenían igual origen, igual posición e iguales funciones. No todos, por tanto, debían sentirse tocados por la altanería de los cartagos de vieja estirpe o de los que ejercían autoridad. De Cartago salieron las familias que poblaron

Villa Hermosa, Villa Vieja, Boca del Monte, y nada nos autoriza a pensar que esas familias pertenecían al grupo de los altaneros; antes bien, debieron sentirse mal en el ambiente de la capital; debieron ser diferentes a tal grado que con el correr de los años los núcleos que ellos formaron manifestaron una manera de ser diferente de la que se notaba en Cartago.

Podemos ver, pues, con bastante precisión, que en Costa Rica se produjeron dos tipos de psicología social en una misma clase de pequeños propietarios rurales pobres. Los unos eran altaneros, orgullosos de su origen y de su posición como miembros de las pocas familias que fundaron la capital de la Provincia o que descendían de funcionarios coloniales, los otros eran humildes, casi con seguridad inhibidos, laboriosos, tranquilos.

Los últimos debieron sentirse mal frente a los primeros; y tal vez eso explique la negativa de las familias que vivían en Boca del Monte a reunirse en una población. Los documentos de la época afirman que los vecinos de Boca del Monte no querían vivir en poblado porque apenas tenían trajes para ir a misa. Si no tenían ropa adecuada para asistir a los oficios divinos tampoco la tenían para hacer vida social, y en consecuencia el costarricense de Boca del Monte y probablemente de otros lugares empezó a crear un hábito de inhibición que con el transcurso del tiempo formaría la base del carácter nacional.

Debemos tomar en cuenta que los costarricenses de esos días eran típicos pequeños propietarios, miembros de una pequeña burguesía muy pobre, más bien miserable; pequeños burgueses en tanto tenían su propiedad y vivían de ella con su propio trabajo; pero carecían de los medios suficientes para vivir al nivel normal de la pequeña burguesía, como sin duda ellos hubieran querido vivir. Esto explica que se negaran a reunirse en poblaciones. Entre su situación social y sus medios económicos había un desnivel que les obligaba a inhibirse unos ante otros, y en consecuencia se aislaban.

El aislamiento pudo estar originado en el temor de los habitantes de Villa Hermosa, Villa Vieja, Boca del Monte, a ser juzgados con ironía o dureza por los altaneros de Cartago, o en el temor de no presentarse en sociedad con el atuendo necesario para ser admitidos como iguales por esos altaneros de la capital. Pero ese aislamiento resultó favorecido por el tipo de organización social que se habían dado los costarricenses.

Como vemos, la pequeña propiedad era una empresa de familia, que no requería fuerza de trabajo ajena. Entre los padres y los hijos suplían todo el trabajo necesario en cada núcleo familiar. Nadie tenía que salir de su casa para ir a ganarse la vida, y nadie venía a la casa a buscar fuerza de trabajo. Y como se carecía de medios sobrantes y de ropa para presentarse ante los demás, la gente se acostumbró a no reunirse ni siquiera para hacer fiestas. Es probable que a esto contribuyera en parte el clima de la Meseta Central, con sus largos meses de lluvia, que dificultan el trato humano.

La falta de trato social de los costarricenses en los días de la formación de su genio nacional se tradujo en ausencia de folklore. Pero hablo del folklore que es creación del pueblo en música, danzas, trajes; el que el pueblo produce cuando celebra fiestas de grupos, cuando trabaja en grupos; cuando acostumbra reunirse, en suma. Por otra parte, ese tipo de folklore requiere inversiones; dinero para los instrumentos, para los trajes y para las propias fiestas; lo requiere sobre todo si no se trata de un pueblo de cultura primitiva, que hace sus instrumentos y sus trajes con materiales que le ofrece la naturaleza, y no hay que olvidar que los costarricenses son europeos trasplantados a América y desarrollados como pueblo en un lugar aislado.

Por la inhibición de la vida en sociedad, que le impuso su pobreza, el costarricense no formó grupos capaces de crear folklore; y por la misma pobreza que lo llevó a inhibirse, no

pudo adquirir la guitarra —en aquella época, la vihuela—, el acordeón y las ropas que lo hubieran personalizado entre los demás pueblos.

Pero no debemos echar en olvido que a falta de ese folklore, tuvo otro: el que se podía crear o conservar en los límites familiares; el del cuento que se relataba en la cocina en los anocheceres de lluvia y frío; el de don Uvieta engañando al demonio o las regocijadas aventuras de Tío Conejo, y Tío Tigre. Costa Rica conservó y adaptó a su medio este tipo de folklore que nuestros pueblos recibieron de España.

Los costarricenses se lamentan de su falta de folklore, y es cierto que no tienen un inventario de canciones, de danzas y de trajes que pueda compararse con el de otros países latinoamericanos. Pero compensan esa falta con la presencia de un tipo humano que a nosotros, latinoamericanos de otras latitudes, nos parece admirable; ese tipo humano que vemos hoy, aun en el rango de peón, expresándose con los modales y las buenas maneras del pequeño propietario de los siglos XVII y XVIII.

¿Por qué el peón costarricense, que a menudo anda descalzo, tiene modales tan finos?

La explicación está en que el campesino formó su genio nacional cuando era un pequeño propietario, y aprendió a expresarse socialmente como un señor de sí mismo, no como un dependiente. Era miembro de familia, padre, hijo, y producía en el seno de la familia, de la cual recibía toda clase de consideraciones, que él reciprocaba; no tenía que salir de la casa para ganarse la vida, y por tanto no se vio obligado a inclinarse ante un patrón. Cuando al andar de los años la economía costarricense comenzó a desarrollarse, especialmente con el cultivo del café, y los cultivadores necesitaron mano de obra, los propietarios tuvieron que pedir a sus conocidos y amigos que les permitieran emplear a sus hijos o a sus hermanos; de manera que los empleadores conocían a sus trabajadores,

sabían que éste era hijo de don Fulano y aquél el de don Mengano, y se veían en el caso de tratarlos con la misma cortesía con que trataban a los padres.

Fue ahí, en esos primeros tiempos del empleo de asalariados, donde se fijó el tipo de relación entre patrón y dependiente que vemos hoy en Costa Rica; una relación humana, considerada, que había de quebrarse en ciertas zonas donde operaron más tarde las grandes empresas anónimas, tipo United Fruit, pero que se conservó la Meseta Central y acabó creando un hábito que es parte del carácter costarricense.

Este tipo de convivencia tuvo su origen en la igualdad social y económica del pueblo formado, como hemos dicho, por pequeños propietarios, y fue favorecido por la ausencia de esclavos indios o negros. Como no hubo esclavitud que creara desde el primer momento la distancia entre el amo y el esclavo, no hubo el hábito de sumisión, pero tampoco se creó el odio del que se ve obligado a someterse.

La tradición de las buenas maneras que nació cuando todos eran iguales es la que inclina hoy a las oligarquías costarricenses a ser consideradas con la gente llana del pueblo; es la que rige la conducta el finquero cuando llama “don” a su mandador. Y como esas buenas maneras son ya parte del genio nacional, ellas se mantienen todavía a pesar de que la sociedad va cambiando, y probablemente se mantendrán cuando ya quede muy poco del orden social actual; cuando los pequeños propietarios hayan sido sustituidos por una masa asalariada y el finquero de hoy sea el gerente de las futuras empresas anónimas industriales.

II EL PELIGRO DISIPADO

Hubo un momento histórico en que el grupo altanero de Cartago estuvo a punto de hallar el cauce adecuado a su vocación de aristocracia: fue cuando, a fines del siglo XVII, los cartagos se dedicaron a producir cacao en la costa de lo que los costarricenses llaman el Atlántico y nosotros, con más propiedad, llamamos el Caribe.

En los primeros tiempos el cacao fue mal negocio, porque su mercado estaba en Nicaragua y para llevarlo allá había que hacer caminos largos y difíciles, de manera que el transporte era tan costoso que consumía los posibles beneficios. Pero los cartagos siguieron produciendo cacao; y resultó que sobre la base de su cultivo, en la zona de Matina comenzó a crearse una clase oligárquica de terratenientes, que llegó a valerse de esclavos para mantener y aumentar la producción.

Si ese núcleo que se inició en Matina se hubiera desarrollado, la historia de Costa Rica habría tomado otro curso. Apenas podemos imaginar ahora cómo sería esa historia, y por tanto cómo sería el país si los productores de cacao de Matina no hubieran padecido las agresiones de los indios mosquitos y de los piratas ingleses y holandeses.

Los documentos de la época muestran que los indios mosquitos se llevaron negros esclavos de las haciendas de Matina. Hay un caso concreto en que se habla de dos esclavos, lo cual parece de escasa importancia como fenómeno histórico. Pero

sucede que Costa Rica era entonces un país muy pobre, y en país tan pobre la pérdida de dos esclavos a manos de indios atacantes tiene una significación relativamente grande. Sabemos que en una de las haciendas de cacao de Matina había doce esclavos, y eso supone que entre los cartagos con vocación aristocrática se contaban algunos que habían capitalizado lo bastante para poder comprar esclavos.

Se sabe que el cacao no se expandió como fruto básico de la economía del país debido a los obstáculos que ofrecieron los indios mosquitos, los piratas ingleses y holandeses y la falta de medios de comunicación. Pero entre esos obstáculos no se halla la falta de voluntad de poder de los cartagos que establecieron fincas de cacao en Matina. Tenían esa voluntad; y la prueba se halla en esa familia que había adquirido por lo menos doce esclavos.

De no haberse presentado los obstáculos, los doce esclavos de que hablamos no habrían tardado en ser ciento veinte: los ciento veinte habrían aumentado, con algunas cosechas afortunadas, a mil doscientos; los mil doscientos, a doce mil. Y en ese caso Costa Rica hubiera tenido el desarrollo de una típica sociedad latinoamericana de los días coloniales; una sociedad esclavista y terrateniente, con el poder económico y político en manos de los pocos dueños de tierras y de esclavos y con una masa de pueblo sometida al mando de esos pocos amos.

Si las haciendas de cacao en Matina se hubieran desenvuelto con buena fortuna, Costa Rica habría seguido un curso similar al de Venezuela, donde en unos cincuenta años se creó una clase terrateniente que comenzó en forma tan débil como la que estuvo a punto de formarse en Costa Rica. La clase terrateniente y esclavista venezolana procedía, en orden familiar, de los antiguos colonizadores o de los altos funcionarios coloniales, como era el caso en Costa Rica. En los últimos cincuenta años del siglo XVIII, el grupo terrateniente y

esclavista de Venezuela llegó a ser dominante en la vida de la colonia, y su dominio determinó un tipo tan violento de relación entre esa minoría y la gran masa popular que en pocos años se produjeron y se desarrollaron numerosos factores explosivos, todos los cuales estallaron en forma catastrófica al resultar disuelto el orden político colonial con la declaración de independencia de la Provincia, en julio de 1811. La primera guerra social venezolana, comenzada en ese mes de julio de 1811, costó tal vez cien mil vidas y la destrucción de toda la riqueza del país; y el germen de esa guerra social hay que buscarlo en las primeras plantaciones de cacao, de añil, de caña, de café, y en los primeros esclavos llevados al país por gente parecida a los cartagos que sembraron cacao en Matina y llevaron a esas fincas de Matina los primeros —y tal vez los últimos— esclavos de que habla la historia de Costa Rica.

La historia de Venezuela quedó determinada por la presencia de terratenientes esclavistas que de hecho monopolizaron la producción del país. Sobre esas bases se levantó el edificio histórico venezolano, por el cual han pasado grandes maestros, grandes escritores, grandes conductores; pero también tiranos de todos los tipos, desde los Monagas hasta Marcos Pérez Jiménez.

Costa Rica se hubiera desarrollado en forma similar si en el camino de los cacaoteros de Matina no se hubieran atravesado la larga ruta a Nicaragua, los indios mosquitos, los piratas ingleses y holandeses y la desidia de las autoridades coloniales, que no supieron o no pudieron defender a los finqueros de Matina de las incursiones enemigas. Y desde mi punto de vista, los costarricenses deben alegrarse de que haya sucedido así. Pues no tienen un Simón Bolívar, pero tampoco un Juan Vicente Gómez.

En contraste con los historiadores nacionales que se lamentan de los ataques mosquitos y las incursiones de los piratas,

yo propondría que se levantara un monumento de gratitud al fracaso de los cacaoteros de Matina; un monumento en cuyo pedestal figuraran en relieve el camino de Cartago a Nicaragua, los indios mosquitos atacantes, los piratas de barbas hirsutas y el funcionario español descuidado. Pues sin ellos, quizá la Costa Rica de hoy no sería sino una edición en pequeño de cualquiera de los convulsos países de América.

En *Estudio sobre economía costarricense* (Edición citada, páginas 12 y 13), don Rodrigo Facio nos dice que “en 1682, esto es a lo sumo treinta y dos años después de iniciado el cultivo (de cacao), había en Matina 78.500 árboles; pues bien, treinta y siete años después, en 1719, llegó ese número a 80.000, es decir que apenas aumentó en 1.500. La desproporción entre el avance en uno y otro período es evidente y ella sólo puede explicarse por la intensificación de las depredaciones de los piratas. Sin embargo, un dato de —1737 dieciocho años después— arroja un número de 137.848 árboles de cacao de Matina, lo que indica la perseverancia de los colonos en una actividad que estimaron capaz, y que pudo efectivamente llegar a serlo, de importar riqueza al país. En 1775 los árboles llegan a 179.400 y en 1787 a la elevada cifra de 353.254. Fue en este último año cuando se pidió y se obtuvo por las autoridades locales, derecho para exportarlo a Cartagena. Y sin embargo, en 1790, doce escasos años después de tan brillante desarrollo de su cultivo, éste comienza a desaparecer, y en 1803, según informes del gobernador Vásquez y Téllez, está completamente abandonado”.

Hasta aquí don Rodrigo Facio. Los datos que nos da son interesantes pero no suficientes para que podamos hacer un análisis correcto del cultivo de cacao en esos años. Se habla de troncos, no de propiedades. No sabemos cuántos son los propietarios de esos troncos; ignoramos si las 353.254 matas de 1787 pertenecen a trescientas cincuenta y tres familias pobres

o si son de treinta y cinco familias terratenientes; nadie puede decirnos si el aumento constante en el número de árboles de cacao que se advierte a lo largo del siglo XVIII es producto de pequeños propietarios que se fueron a trabajar a Matina, cada uno a producir cacao en cantidades sólo suficientes para mantenerse, o si es obra de grandes finqueros que iban capitalizando a buena marcha y de pronto se vieron empobrecidos por una plaga, por una baja prolongada en el precio del fruto o por cualquiera otra causa desconocida hoy.

La rápida desaparición del cacao como producto importante en la economía del país nos hace pensar que esos 353.254 árboles de 1787 no eran de unos pocos propietarios terratenientes. Ya a mediados del siglo XVIII, Cartago había perdido importancia como centro económico de la colonia, de donde se deduce que de haber sido pocos y poderosos los finqueros que poseían los 353.254 troncos de 1787, habrían dispuesto, sin duda, de medios para hacer frente a una crisis como la que acabó con el cultivo de la rica almendra.

En cambio, siendo muchos y pobres, se colige que su pobreza no les permitiera abandonar las fincas para ir a Cartago a pedir protección, para viajar a Guatemala a solicitar ayuda oficial, y desde luego, se desprende que no podían soñar siquiera con cruzar el mar para presentarse al rey o a sus ministros en Madrid en demanda de leyes o medidas que les permitieran enfrentarse a la crisis.

Es de pensar, pues, que los últimos cosecheros del cacao de Matina perdieron hasta las calzas en la empresa porque eran pequeños propietarios sin amparo. Y de ser esto cierto, debemos convenir en que la amenaza de que Costa Rica quedara convertida, gracias al cultivo del cacao, en un país de oligarcas terratenientes esclavistas se había disipado antes, gracias a los largos y malos caminos, gracias a los indios mosquitos, gracias a los piratas y a la desidia de las autoridades coloniales.

III

DE LA INDEPENDENCIA A MORAZÁN

Después del sonado episodio de los zambos mosquitos, el acontecimiento más importante que hallamos en la historia de Costa Rica es la independencia. Y de esto debemos hablar.

Durante ciento cincuenta años, los historiadores latinoamericanos han tenido la costumbre de dividir la Historia en zonas incomunicadas, como quien le señala límites precisos al tiempo. Entre esas zonas, la más vistosa, adornada y explotada ha sido la de la independencia. Según la mayoría de los estudiosos de nuestro pasado, con la expulsión de España se cerró una era.

Y bien, en el caso de Costa Rica, ¿cómo mantener esa tesis? ¿De quién se independizó Costa Rica: de España o de Guatemala, o acaso de España y Guatemala a la vez?

Podríamos hallar cierta justificación a la costumbre de dividir la Historia en zonas en cuanto respecta al acontecimiento independentista cuando la independencia es el producto de una gran rebelión popular, claramente destinada a independizar el país, dirigida y realizada por nacionales, caso difícil de relacionar con Costa Rica.

Pues la separación costarricense de España no fue obra de los naturales de este país; y aún más, esa separación tiene muy poco que con las corrientes subyacentes de la historia nacional. Ni éstas influyeron en aquélla, ni aquélla influyó en éstas.

Yo diría que Costa Rica tiene dos independencias: una puramente política, que podemos calificar llamándola suspensión definitiva de relaciones políticas con España en condición de país independiente de la monarquía ibérica; otra, la separación política y económica de Guatemala, que significa la verdadera independencia de Costa Rica.

En la primera, los costarricenses reciben el fruto de una serie de hechos en los que no interviene Costa Rica: la Revolución Francesa, la prisión de la casa real española en manos de Napoleón, las luchas por la emancipación de la América Latina, y dentro de éstas, especialmente, la terrible guerra venezolana y la sublevación mexicana. Gracias a todos estos acontecimientos, el reino de Guatemala pudo separarse de España con poco esfuerzo, y dentro del reino de Guatemala se hallaba la Provincia de Costa Rica.

Pero es el caso que Costa Rica no tuvo que hacer ni siquiera ese pequeño esfuerzo que hicieron algunas partes del reino de Guatemala; ni el político, ni el intelectual, ni el militar que realizaron. Por ejemplo, El Salvador y la propia Guatemala.

Claro que es una lástima que el antiguo reino de Guatemala no sea hoy la República Mayor de Centro América. Pero no lo es; y desde el punto de vista realista con que hay que ver la historia, debemos reconocer que a Costa Rica le resultó más fácil ser como es desde que rompió los vínculos que la unían al resto de los países centroamericanos. Que sea o no conveniente la reunificación de Centro América ahora, es otra cosa sobre la cual no debo emitir opinión en este momento. Pero entiendo que si se logra esa reunificación, Costa Rica llevará a ella una personalidad nacional definida, y a un juicio de mucha utilidad para sus hermanas de la República Mayor.

La ruptura de sus vínculos con Guatemala es un acontecimiento memorable para Costa Rica. Este acontecimiento no sólo significa la verdadera independencia política y económica

del país, sino que además está determinado por esas corrientes subyacentes de la Historia a las que tantas veces nos hemos referido; por corrientes nacionales, formadas o perfiladas aquí, que aquí nacieron o tomaron aquí su expresión.

Costa Rica no era un país poseído territorial, económica y políticamente por Guatemala; sin embargo la provincia costarricense dependía en lo político de Guatemala, y su economía estaba intervenida por los intereses de los terratenientes esclavistas de la capital de la Federación. Guatemala se hallaba dominada por esos terratenientes esclavistas, un pequeño grupo oligárquico que formó el nervio de la historia de su país como la formaron todos los grupos dominantes en la América Latina, a base de poder tiránico y fanático; y lo que se hacía en Guatemala afectaba a toda la federación en la cual Costa Rica era el socio más débil.

Ahora bien, los costarricenses decidieron enfrentar el porvenir por sí solos. Y esa decisión fue la obra de corrientes y fuerzas que nosotros no podemos definir en todas sus complejidades y en todos sus matices, debido a que la falta de documentos nos impide identificarlas cada una según su particularidad, pero a las cuales podremos llamar en conjunto corriente conservadora y corriente liberal.

Pero no confundamos los términos. Porque no hablamos de conservadora en el sentido colonial, esto es, partidaria del poder extranjero, bien guatemalteco, bien español; ni hablamos de liberal en el sentido inglés de la definición. Conservadora y liberal son aquí expresiones de una actitud típicamente latinoamericana, de orden político y religioso más bien que de orden económico, aunque en los dos casos el poder político amparará medidas económicas que podrían identificarse, vagamente como conservadoras o liberales.

El conservador de Costa Rica no era partidario de la conservación de un sistema esclavista por ejemplo, porque en

Costa Rica no había clase terrateniente oligárquica, ya que este era un país de pequeños propietarios. Pero era partidario de que se conservaran los privilegios de la Iglesia, la capitalidad de Cartago y otros aspectos de la super-estructura social. El liberal no defendía la implantación de una economía industrial libre de tutelas del Estado, porque Costa Rica estaba muy lejos aún de esa etapa; pero quería sacar la capital de Cartago y llevarla a San José, porque Cartago era el asiento de las viejas familias altaneras y San José era la expresión de la democracia rural creada por una sociedad de pequeños propietarios agricultores; y el liberal sostenía, además, la idea de separar el Estado de la Iglesia y por tanto de no reconocer privilegios a la última.

Pero ni en un caso ni en otro se trataba de doctrinas políticas adquiridas mediante estudio o meditación, sino las actitudes impuestas por la fuerza de la organización social o por la tradición. Los liberales eran liberales porque expresaban el sentir de una sociedad de pequeños propietarios; los conservadores eran conservadores porque habían crecido en medios de tradición colonial fuerte, como Cartago.

Casi podríamos decir que liberales y conservadores de Costa Rica lo eran instintivamente; y más los primeros que los segundos. Muchos historiadores del país han admitido que los habitantes de Boca del Monte —que para 1821 había pasado a ser Villa, y más tarde sería capital, con el nombre de San José— eran demócratas. ¿Pero en qué sentido? En el de pequeños propietarios agricultores con fuerte sentimiento y tradición de igualdad, no por definición doctrinaria.

Para nosotros, la encarnación más interesante de ese sentimiento democrático costarricense de la época fue don Braulio Carrillo. Don Braulio Carrillo es la cabeza histórica del sector que podríamos calificar como liberal, el hombre a quien le tocó liquidar el resto de poder que conservó el grupo conservador

que quedó como un remanente de los tiempos coloniales. Visto desde ese ángulo don Braulio Carrillo canceló la primera etapa de la formación política de Costa Rica.

En esa primera etapa las ideas no estaban definidas; ya lo hemos explicado. Pero don Braulio fue uno de esos personajes históricos que tenían instinto claro y sabían donde estaban las fuerzas enemigas. Ahora bien, debido precisamente a que actuaba por instinto, no siguiendo una doctrina, don Braulio acabó suprimiendo el aspecto político del liberalismo, precisamente el que le daba sazón y atractivo a la actitud liberal; esto es, las libertades públicas. Don Braulio pasó a ser un gobernante liberal que no permitía libertades, fenómeno que veremos repetido a menudo en la América del siglo XIX.

Parodiando al periodista cubano Sergio Carbó, podemos decir que liberalismo sin libertades públicas es un arroz con pollo sin pollo. En sus últimos tiempos, el gobierno de don Braulio Carrillo era, sobre todo para la masa del pueblo josefino, como el arroz con pollo sin pollo. Y esto explica por qué el pueblo abandonó a don Braulio en su lucha contra Morazán.

Pues don Braulio había suprimido las libertades públicas, alma y sazón, para los costarricenses que no tenían idea del contenido económico del liberalismo, del sistema liberal que había sostenido don Braulio desde el gobierno; y sucedió que Morazán era el caudillo liberal de Centro América, la espada de las libertades. Don Braulio había suprimido esas libertades, y de seguro Morazán las repondría. El pueblo, pues, se pasó a las filas de Morazán y don Braulio cayó por falta absoluta de respaldo popular.

Pero sucedió que Morazán no restituyó las libertades que los costarricenses deseaban disfrutar. El pueblo, pues, hizo un mal negocio; sobre todo el pueblo de San José, con tan arraigado sentimiento de igualdad y con tradición de ejercicio de sus derechos.

Morazán estableció un régimen militar y se preparó a guerrear para restablecer la República Mayor; de manera que además de no haber logrado sus libertades, los costarricenses tenían que ir a una guerra, aventura a lo que no los hubiera lanzado don Braulio Carrillo.

Si consultamos los nombres de personas detenidas, encausadas o condenadas por conspirar contra don Braulio Carrillo que nos ofrece Obregón Loría en *Conflictos militares y políticos de Costa Rica* (Edición cit., pág. 12), hallaremos entre ellos apellidos antiguos de Costa Rica; esto es, apellidos de Cartago. Cuando Morazán se vio en peligro, fue a buscar la protección de los conservadores de Cartago; y esto indica que al tomar el poder en Costa Rica, Morazán tuvo la amistad de los adversarios de don Braulio Carrillo, es decir, de los conservadores. Morazán, pues, que venció fácilmente a don Braulio porque había llegado al país con la aureola de gran caudillo liberal, se comportó aquí como conservador, y eso le costó la vida.

Pongan ustedes, si lo desean, una pequeña cantidad de pimienta en la tragedia de Morazán; añadan el ingrediente nacionalista del pueblo costarricense. Pero observen que ese ingrediente entró en juego cuando los costarricenses, y sobre todo los josefinos, advirtieron que Morazán no era el adalid de las libertades públicas que ellos habían aprendido a admirar. Entonces, y sólo entonces, tomaron en cuenta que no había nacido en Costa Rica. Antes le habían rodeado y le habían entregado el poder.

IV AGRICULTORES Y COMERCIANTES

Bajo el régimen de don Braulio Carrillo comenzó a desarrollarse la producción de café; con algunas medidas simples pero eficaces, el gobierno de don Braulio estimuló la siembra del grano que iba a ser por mucho tiempo el renglón más importante en las ventas de Costa Rica al exterior.

Las primeras exportaciones comenzaron en el año de 1844, con, Inglaterra como comprador. En ese año, pues, empiezan a formarse grupos que iban a ser determinantes en el futuro económico y político del país: el de los agricultores y el de los comerciantes.

¿Cómo? ¿No había agricultores antes en Costa Rica? ¿No había quedado en que Costa Rica se había organizado como una sociedad de pequeños propietarios rurales y por tanto agricultores? ¿Y no había habido comerciantes hasta el momento en que comenzó a exportarse café?

Sí había agricultores y sí había comerciantes; pero no con el nido social y político que tendrían a partir de 1844, y más propiamente, al comenzar la segunda mitad del siglo XIX.

Los agricultores y los comerciantes anteriores a 1844 eran productores familiares, gentes cuya actividad económica estaba limitada a trabajar para vivir, no a capitalizar. Antes de 1844, tal vez con algunas excepciones de comerciantes importadores aislados que no podían formar grupo de poder social, los agricultores y los comerciantes del país se diferenciaban poco

entre sí. Pero al hacer su aparición el café como producto de exportación, comenzó la forma de productores de café en mayor escala, y comenzó la formación de un grupo mercantil que manipulaba el café desde el punto de vista comercial; y unos y otros comenzaron a capitalizar, a diferenciarse económicamente de la gran masa de pequeños propietarios que formaban la mayoría del país; hasta que en pocos años hubo lo que se había soñado en la Costa Rica de 1830: productores de café con grandes extensiones de tierra sembradas del rico grano, que habrían de utilizar mano de obra pagada para todas las operaciones de siembra, cuidado y recolección, y comerciantes exportadores que dominaban el mercado exterior del café y a la vez dominaban el comercio nacional no importador.

Las actividades de los grupos se diferenciaron rápidamente; y debemos colegir que debido a esa diferenciación surgieron las pugnas lógicas entre los que producían café y los que traficaban con él.

Es posible que esa pugna fuera la causa de la caída y el fusilamiento de don Juan Rafael Mora. Don Juanito se convirtió en el líder político del grupo mercantil de Costa Rica, y aunque hay constancia de que él era propietario de cafetales, debemos tomar en cuenta que la diferenciación de actividades de que hemos hablado antes no significó que todos los comerciantes renunciaran a ser cafetaleros, o que todos los cafetaleros renunciaran a ser comerciantes, sino que en el grupo mercantil el interés superior era el del comercio, y en el grupo agricultor, el interés supremo era la producción del grano.

Ahora bien, en el orden del desarrollo de la capitalización, el llamado alto comercio se desarrolló en Costa Rica a expensas de los productores de café; fue posterior y, en muchos sentidos, más avanzado socialmente. Don Juan Rafael Mora fue social y políticamente primero comerciante y después

cafetalero; y sin duda la formación de su fortuna se debió más al comercio que a su actividad agrícola.

Tenemos ciertos datos para hacer ese juicio. Por ejemplo, don Vicente Aguilar, cuñado de don Juanito y socio suyo en el ramo mercantil —y más tarde su enemigo a muerte— llegó a tener una fortuna de diez millones de francos oro, lo cual supone un enorme poder económico no sólo para la época, sino en cualquier tiempo; y don Vicente Aguilar hizo esa fortuna en actividades comerciales, no como productor de café. Difícilmente podían acumularse entonces diez millones de francos oro sólo cosechando café.

Al producirse la tercera elección de don Juan Rafael Mora, la pugna entre el grupo mercantil y el grupo cafetalero era ya abierta, y no sería extraño que en el bando de los comerciantes hubiera algún que otro cafetalero, así como entre estos hubiera algún que otro comerciante, pues muchos de los interesados en la lucha actuarían conforme a intereses momentáneos y a razones de tipo personal.

Don Juanito era un gobernante progresista, una especie de versión mejorada, y más dinámica, de don Braulio Carrillo. Pero también fue un político de garra y un hombre con excesiva vocación de poder. Tal vez la configuración de las fuerzas que le apoyaban y la pugna entre esas fuerzas y la oligarquía cafetalera, ya formada, ambiciosa y terca, le obligaban a mantenerse en el poder. Su actuación en la guerra contra William Walker había hecho de don Juanito un líder militar, además de líder civil, lo cual debió conferirle cierta peligrosidad a los ojos de sus adversarios.

En la expulsión del Obispo Llorente y en el contrato para el establecimiento de un banco nacional hallaron los círculos oligárquicos motivos bastantes para justificar un golpe contra Mora. No hay documentos suficientes para identificar a los que tramaron la caída de don Juan Rafael; pero no sería arriesgado

pensar que hubo un momento en que cafetaleros y comerciantes, o por lo menos sectores importantes de los dos grupos, se pusieron de acuerdo para derrocar al vencedor de Walker.

En los quince años transcurridos desde el día en que se exportó el primer café costarricense, el panorama social del país había cambiado mucho. En 1858 ya había varios millonarios en la tierra donde medio siglo atrás todos eran humildes propietarios de pequeñas posesiones destinadas sólo a mantener la familia. El poder político era ahora un instrumento necesario para la defensa y la ampliación de las fortunas que habían acumulado unos cuantos; y esos cuantos, productores de café y comerciantes, luchaban por el poder.

Pero no podían lanzarse a cambiar la organización social del país porque había un carácter nacional, muy formado y muy tenaz, que ellos no podían ignorar. El carácter nacional costarricense impedía formación de una tiranía de clase, o por lo menos impedía que esa tiranía se prolongase el tiempo necesario para transformar a Costa Rica de tierra de pequeños propietarios en tierra de grandes capitalista.

V APARECE EL CAPITAL FINANCIERO

La lucha por el poder entre los dos grupos dominantes parece haber sido la razón del gobierno de don Tomás Guardia. Después de algunos vaivenes, don Tomás Guardia se impuso a comerciantes y cafetaleros, y tuvo la buena fortuna de que la economía de exportación —sostenida a base de café— se estabilizara de manera casi increíble. Al mismo tiempo, tal vez tomando ventaja de esa estabilidad, hizo su aparición en el escenario nacional el capital financiero; probablemente en parte de procedencia extranjero, pero probablemente también en parte de origen costarricense, pues comerciantes y cafetaleros tuvieron ocasión de capitalizar en los años de bienestar que se siguieron antes de 1870.

Si se observa la estadística de la época se encuentra que en los años de gobierno de don Tomás Guardia la exportación de café se mantuvo tan pareja que nos parece casi increíble. En la cosecha de 1869-1870 se exportaron 11.557.500 kilos brutos; en la de 1871-1872, 11.592.000. No hay datos sino hasta la cosecha de 1877-1878, de la que se exportaron 11.239.640. No tenemos razones para pensar que las exportaciones entre 1872 y 1876 hayan sido sensiblemente más altas o más bajas. Tampoco las tenemos para pensar que los precios del mercado inglés, que era el comprador, hayan variado mucho en años.

Ignoramos cuáles fueron las importaciones costarricenses durante los años anotados, pero dada la similitud de las exportaciones debemos creer que las importaciones se mantuvieron en equilibrio.

Dada también la estabilidad política, estamos en el caso de estimar que el equilibrio económico determinó a su vez un equilibrio entre el grupo cafetalero, el grupo comerciante y el grupo financiero, y tal vez una mezcla de los tres a través de una misma clase dominante. Y si nuestro juicio es correcto, debemos pensar que con don Tomás Guardia culminó un proceso de organización social que había comenzado tal vez hacia los años de 1820 a 1830; el de la formación de grupos económicamente poderosos en un país que había saludado el principio del siglo XIX establecido sobre la base de pequeños propietarios rurales igualados en la pobreza y en el ejercicio de sus derechos.

Si no tomamos en cuenta el movimiento hacia la organización oligárquica (esclavista), a mi juicio felizmente fracasado, que significó el cultivo del cacao en Matina, debemos aceptar que desde los días coloniales hasta la muerte de don Tomás Guardia, la sociedad costarricense cumplió con asombrosa naturalidad las siguientes etapas: etapa del pequeño propietario agricultor; desarrollo de una parte de ese conglomerado hacia la gran propiedad de café, y por tanto formación de una oligarquía cafetalera; nacimiento, probablemente al mismo tiempo que iba formándose la oligarquía cafetalera, de un núcleo mercantil que fue creciendo hasta convertirse en competidor, primero, de los cafetaleros, y en sector dominante en el orden económico y el orden político; aparición, por capitalización en el grupo cafetalero y en el comercial, del capital financiero. Muerto don Tomás Guardia en 1882, el capital financiero pasó a dirigir la vida del país.

Estamos por creer que desde que comenzó a formarse, el capital financiero criollo actuó en condición de socio menor del capital financiero extranjero. Sería de gran interés estudiar los documentos de la época de don Juan Rafael Mora para ver cuáles fueron los papeles de esos sectores de la economía —el capital nacional y el foráneo— en los acontecimientos de agosto de 1859. De todos modos, cuando alcanzamos a distinguir su puesto en la vida del país, hacia 1884, hallamos que el capital financiero extranjero está operando en grande, ya en función imperialista, con las típicas concesiones para dominar vías de comunicación y grandes extensiones de tierra, dueños de contratos en que el país lo da todo y se compromete a todo, según la mejor tradición de la época en tierras del Caribe, a cambio de que los extranjeros que aportan capital resuelvan algún problema inmediato.

Costa Rica había tomado préstamos a Inglaterra para construir ferrocarriles que comunicaran a San José con Puntares y Puerto Limón, y se comenzaron las obras. Pero el dinero no llegó en su totalidad, y las líneas férreas se quedaron a medio construir. Entonces apareció el capital financiero norteamericano justo a tiempo para sacar al Gobierno costarricense del hoyo a cambio de que se le cediera al salvador el usufructo de cuanto se había construido, de lo que se construyera en el porvenir y de tierras fértiles en grandes cantidades.

El capital financiero pasó a ser capital imperialista y su personificación fue el señor Minor Keith, un empresario de gran categoría, fundador de lo que sería después la United Fruit.

El primer cargamento de bananos que salió de Costa Rica hacia Estados Unidos fue embarcado en Puerto Limón el 7 de febrero de 1880 y era de 360 racimos. Cuatro años después el señor Keith obtenía una concesión por noventa y nueve años para explotar el ferrocarril y ochocientos mil acres de tierra

que iba a destinar a la siembra de bananos, precio que pagaba Costa Rica por el arreglo que había hecho el señor Keith con los acreedores ingleses, que redujeron sus acreencias a dos millones de libras esterlinas. Originalmente la deuda había sido de tres millones cuatrocientas mil libras, pero Costa Rica sólo había recibido en verdad un millón.

Con tan valiosas concesiones, el señor Keith halló rápidamente capitales norteamericanos para invertir en la siembra de banano y en su venta en los Estados Unidos, así como para terminar los ferrocarriles. Gracias a esos capitales, Costa Rica entró en la órbita del imperialismo económico y entró también en otra era: la de la formación de la clase proletaria propiamente dicha.

Hasta ese momento, el trabajador costarricense no era el obrero que sólo puede vivir si vende su fuerza de trabajo. A pesar de las transformaciones que venían sucediéndose en el país desde 1821, el trabajador costarricense seguía siendo el miembro de una familia que podía vivir, mal que bien, labrando la tierra como parte de esa familia o ayudando en las tareas del círculo familiar. Por eso el peón seguía comportándose como pequeño propietario, aunque él mismo no lo fuera. El peón de Costa Rica no estaba aún en el caso de tener que vender su dignidad. Y esto era tan cierto que en los primeros tiempos la empresa de Mr. Keith no consiguió trabajadores del país y tuvo que importarlos de Jamaica y de otros lugares del Caribe.

Esos trabajadores importados tenían que adaptarse a un nuevo medio, y llegaban además en una época en que todavía no se predicaba del derecho obrero. Por otra parte, en la zona del banano no existía la atmósfera nacional, ese producto del carácter costarricense de que hemos hablado en la primera parte de esta charla, simplemente porque el peón del país no había ido allá, no había extendido su naturaleza social hasta

esa zona del banano. Los trabajadores de Jamaica contratados por la empresa de Mr. Keith se hallaban, pues, psicológicamente incapacitados para presentar conflictos a la empresa.

Poco a poco, sin embargo, los costarricenses fueron yendo a la costa, y poco a poco fueron formándose en los subsuelos de la historia los conflictos inevitables; se formaban y crecían. A fines del siglo comienza una gran crisis que afecta principalmente el precio del café, y aunque eso no aparezca registrado en documentos, debemos pensar que esa baja debió desquiciar la economía del pequeño propietario, esa cantera de la que salía el peón de la Meseta Central; y con el desquiciamiento tuvo que presentarse la necesidad de que el hijo, el sobrino, el hermano menor abandonaran el predio familiar y se fueran a buscar trabajo al lugar donde lo había, a la tierra del banano.

Así, desde principios del siglo XX va formándose el verdadero proletario costarricense; el que sólo tiene, para vivir, su fuerza de trabajo, y se ve obligado a alquilarla. Con esto, ya tenemos en el escenario de la historia el producto del imperialismo. Costa Rica se encuentra así en una etapa histórica muy distinta de aquella con la cual inició su vida nacional.

He aquí, sin embargo, que pronto veremos renacer el pasado. Al producirse la gran crisis política y económica que significa la guerra mundial de 1914-1918, sus reflejos se sienten en Costa Rica de manera violenta. La economía del país tambalea; lo que se explica porque parte importante de su organización económica está en manos extranjeras, que sustraen una porción valiosa de su riqueza y controlan su sistema de comunicaciones interiores.

Don Alfredo González Flores ve con claridad que el país necesita transformarse y pretende organizar el Estado sobre bases más justas para beneficio de los costarricenses; crea impuestos directos que le permitan al Estado pagar servicios y

que liberen al pueblo de la carga impositiva más pesada, que le toca a él porque esa es la mecánica del impuesto indirecto; don Alfredo se propone defender al pobre con garantías sociales.

Cuando don Alfredo toma esa posición, se alían contra él rápidamente las fuerzas reaccionarias; y esas fuerzas resultan ser cafetaleros y comerciantes unidos. La historia parece haber dado un salto atrás y retornar a los días de 1859.

El presidente González Flores ignoró si instintivamente o porque estudió el problema, quiso preparar la economía costarricense para que pudiera iniciar una etapa industrial que tal vez él veía inminente como resultado de la expansión mundial que estaba produciendo la guerra. Ante la amenaza de ver aparecer una clase nueva, los comerciantes y los cafetaleros se unieron, como lo habían hecho en tiempos de don Juan Rafael Mora.

La reacción derrocó a González Flores y se dedicó a señorear sobre aquella parte del país que no era el coto cerrado de la United Fruit. Durante treinta años, con más o menos avances sociales y políticos impuestos por el desarrollo mundial de las ideas, esa situación se mantuvo. El predominio de cafetaleros y comerciantes en la vida del país fue de tal naturaleza que iba camino de formar lo que en otros países de América se llama una "rosca". Como los días de don Tomás Guardia, cafetaleros y comerciantes se mantuvieron unidos y a menudo el cafetalero era comerciante y el comerciante se convertía en cafetalero.

La banca dirigía el crédito a esos dos grupos económicos: financiaban la producción de café y financiaban el tráfico mercantil. En su mundo aparte, la United Fruit seguía sacando riquezas sin que dejara en Costa Rica otra cosa que jornales. Los impuestos que pagaban eran prácticamente nada.

VI LA ETAPA INDUSTRIAL

Cuando recogí datos para esta charla pedí las cifras de importaciones y exportaciones de los años 1938 a 1948. Pensé que no necesitaría más para apoyar mi tesis y por eso no ofrezco aquí más datos que los de esos años. Pretendía usar estas breves estadísticas como demostración de que el dinero fue usado en los últimos años de la etapa posterior al gobierno de don Alfredo González Flores como un instrumento al servicio de los grupos dominantes, y sobre todo al servicio del grupo mercantil.

Las cifras parecen probar que fue así. Pues entre 1938 y 1948, ambos años incluidos, Costa Rica importó por valor de \$264.770.772.00 y exportó por valor de \$151.295.448.00. Esto quiere decir que el país importó en once años \$113.475.324.00 más de lo que exportó.

Pueden darse para esa diferencia muchas explicaciones; como por ejemplo que las importaciones de la United Fruit figuren como tales pero que en realidad eran pagadas desde Estados Unidos, y por tanto no significaban en realidad importación. Pero sin duda se pagaba con dinero producido en Costa Rica.

Dése la explicación que se quiera, hay un hecho cierto: esos 113 millones de dólares en once años no fueron invertidos en bienes de capital sino en bienes de consumo, lo que quiere decir que tan gran diferencia pasó por los canales

comerciales, como pasaron desde luego los 151 millones de la diferencia. El grupo comercial, incluido en el departamento comercial de la United Fruit, manejó desde 1938 a 1948 más de 264 millones de dólares, de los cuales muy poco tocó a la escuálida industria de la época. Si es que le tocó algo.

Vamos a detallar las cifras:

Importación y exportación

—Años 1938 a 1948—

Años	Importación (Dólares)	Exportación (Dólares)
1938	12.620.721.00	10.145.614.00
1939	16.884.962.00	9.086.498.00
1940	16.840.423.00	7.483.907.00
1941	17.797.854.00	10.230.257.00
1942	12.287.381.00	10.576.997.00
1943	20.386.664.00	12.431.761.00
1944	21.539.306.00	10.528.374.00
1945	26.948.735.00	11.611.709.00
1946	33.041.135.00	14.337.272.00
1947	48.079.191.00	23.023.159.00
1948	42.344.400.00	31.839.900.00
Totales:	264.770.772.00	151.295.448.00

En los años de 1939, 1940, 1944, 1945, 1946 y 1947, las exportaciones no llegaron a la mitad de lo importado. Esto denuncia, a los ojos del más lerdo en materias económicas que Costa Rica estaba necesitando producir lo que importaba o parte de lo que compraba en mercados extranjeros; en pocas palabras, el país requería en forma perentoria iniciar la etapa industrial de su economía.

Pero el crédito estaba destinado a la producción de café y al tráfico mercantil. No había crédito para el desarrollo industrial;

y sin ese desarrollo, ¿qué iba a ser de la mediana y de la pequeña clase media que se había formado en el país en los últimos años y que había sido estimulada en su deseo de destacarse y ascender socialmente por la gran conmoción que había producido en el mundo la guerra de 1939-1945?

Todas las posibilidades de abrirse paso en Costa Rica se hallaban cerradas; bien por la oligarquía cafetalera, círculo cerrado al cual no podía entrar un joven que no fuera de su propio sector a menos que lo hiciera por el canal solidario del matrimonio; bien por la oligarquía comercial, que dominaba los créditos mercantiles en la banca; bien por la United Fruit, donde sólo se podían obtener posiciones secundarias como empleado. Las oportunidades de tener poder y riqueza por la vía de la creación de industrias estaban de antemano cegadas porque no había créditos disponibles.

Eso es lo que explica la revolución de 1948. Según mis informes, la mayor parte de los que comandaron ese movimiento pertenecían a la mediana y a la pequeña clase media; eran sobre todo profesionales, cuyo único destino, de no iniciarse en Costa Rica la etapa industrial, estaba en ponerse al servicio de un comerciante, de un cafetalero o de la United Fruit, y vegetar ahí con un sueldo hasta el día de la muerte. Eran los “glostora”, palabra que define bien su posición social.

He oído a muchos de los que actuaron en ese movimiento de 1948 explicar que hicieron la revolución para restaurar el derecho al sufragio, que había sido burlado. En verdad, causa asombro advertir cómo en esta América nuestra, hasta los propios actores del drama histórico desconocen las verdaderas razones de su actuación. El sufragio fue burlado porque para mantener la posición dominante, los grupos que tenían el control de la economía nacional necesitaban retener el control político.

El aspecto político del problema era el aparente; en el fondo lo que había era una lucha por posiciones de mando en la economía. Los grupos del café y del comercio querían seguir dominando; la nueva clase media necesitaba un cambio en la dirección económica del país, porque si no, no había lugar para ella. Obsérvese que esa clase media no era el antiguo pequeño propietario cuyo trabajo le permitía mantener a la familia y ver con seguridad el porvenir; si no progresaba, por lo menos nunca pasaría hambre. La nueva clase media —y digo nueva en tanto reciente— padecía cada vez más solicitudes del ambiente; día tras día la industria mundial, asombrosamente ampliada por causa de la guerra, lanzaba al mercado nuevos productos que se incorporaban a la vida diaria y que, debido al nivel cultural de la clase media, estaban destinados a ser consumidos por esa clase media reciente, Costa Rica resultaba conmovida por la onda mundial del desarrollo industrial, lo cual a la vez conmovía a la clase media del país.

Al comenzar el año 1948, la situación de Costa Rica hizo crisis: los grupos oligárquicos iniciaban ellos el desarrollo industrial o la clase media tendría que proletarizarse o tendría que hacer dejación de su dignidad, una dignidad que seguía manteniendo el peón de la Meseta Central por razones de formación histórica. Los grupos oligárquicos no estaban interesados en iniciar la etapa industrial porque beneficiando café o vendiendo mercaderías ganaban lo suficiente. La revolución, pues, fue la única salida; y se hizo la revolución.

Esas causas profundas del movimiento de 1948 explican que tan pronto llegó al poder la nueva clase media procedió a nacionalizar la banca, pues quería desviar los créditos del negocio del café y del negocio comercial hacia el desarrollo industrial y hacia la diversificación agrícola que requiere el desarrollo industrial; y de no hacerlo ¿para qué se había tomado

el trabajo de producir una revolución larga, penosa y costosa en vidas y en bienes?

Si no tengo razón en la tesis que estoy exponiendo, ¿quiere alguien explicarme entonces a qué se debió la oposición que encontró el movimiento de 1948 en las oligarquías del café y del comercio? Me refiero a la oposición que halló el movimiento cuando alcanzó el poder, ya en su primer período, el provisional, ya en el segundo, el constitucional.

En el caso de la oligarquía cafetalera, no debemos olvidar que el desarrollo industrial implica la elevación del jornal. En países subdesarrollados como los nuestros no puede irse al desarrollo industrial sobre la base humana de un artesanado bien definido como grupo social, un artesanado que como el de la Europa del siglo XVIII había perdido su papel social como clase pero conservaba conocimientos y costumbres de trabajo que le permitían adecuarse rápidamente a la era industrial. Ese artesanado no existe en nuestros países. Aquí, la base humana del desarrollo industrial es el campesino; y el primer paso a dar para atraer el campesino hacia el trabajo de las máquinas consiste en subirle el jornal que gana como peón campesino, y eso significa mano de obra más cara para el empresario agrícola. La oligarquía cafetalera, pues, debía oponerse y se opuso, a la revolución de 1948, cuando ésta conquistó el poder.

En cuanto a la oligarquía comercial, las causas de su oposición resultan más evidentes: si se le desvían los créditos que usa para el tráfico mercantil, el comerciante se siente estafado.

Esa doble oposición explica que la Constitución de 1949 resultara una pared insalvable para el avance de la revolución. Las oligarquías le pusieron al movimiento de 1948 una camisa de fuerza jurídica. No podían permitir que la estructura económica de la sociedad resultara transformada en forma violenta por los decretos del régimen revolucionario; y por su

parte los revolucionarios de 1948 no podían oponerse a que la Constituyente actuara libremente contra las causas profundas de la revolución porque ellos habían tomado las armas para restaurar el derecho al sufragio, y el ejercicio de ese derecho, ya restaurado, produjo la Convención Constituyente.

Por mucho que ciertas doctrinas pretendan engañarnos, la historia no se violenta. Puede parecer que sí mirándola en un momento dado, pero a través del tiempo, que es como se produce ella, la historia no admite que se la violente. Se desarrolla a un ritmo que no puede ser más veloz que el de la vida del medio. A pesar de todos los obstáculos que halló en su camino, el desarrollo industrial de Costa Rica está realizándose. Hoy, trece años después de la revolución de 1948, nosotros, que conocimos el país en aquellos días y lo hemos visitado en años posteriores, nos damos cuenta de que la etapa industrial costarricense se inició y se encuentra en pleno desenvolvimiento.

Los frutos de la revolución están escogiéndose ya, pues; y es curioso observar que hay ahora más producción de café que entonces y que el comercio es más numeroso, más variado y más rico. El movimiento al cual se opusieron los cafetaleros y comerciantes ha beneficiado a sus viejos adversarios como corrientes sociales, si no como personas.

FINAL

Termino este ensayo diciendo que según mi manera de ver los sucesos de este país, Costa Rica ha tenido cinco crisis históricas principales. Todas han sido producidas por el choque profundo, en el subsuelo social, de fuerzas fundamentalmente económicas, políticas y psicológicas. Creo y recuerdo a ustedes que sólo estoy haciendo aquí apuntes para una interpretación de la historia costarricense, que esas fuerzas han estado personalizadas en don Braulio Carrillo, don Juan Rafael Mora, don Tomás Guardia, don Alfredo González Flores y don José Figueres. Esto no quiere decir que las demás figuras históricas de este país no tengan méritos; puede que tengan aun mayores que las mencionadas, pero yo señalo éstas por el papel crítico que les tocó jugar.

Al terminar reitero mi opinión contraria a la de aquellos costarricenses, según me parece numerosos, que no hallan interesante la historia de su país. A mí me parece interesante. Tiene corrientes profundas, fuertes y decisivas. Por lo demás, comparándola con la de otros países americanos cuyo acontecer semeja un paisaje áspero y bravío, la historia de Costa Rica nos parece un lugar acogedor, de bosques sombreados y arroyos refrescantes.

CAPITALISMO, DEMOCRACIA
Y LIBERACIÓN NACIONAL

CAPITALISMO, DEMOCRACIA Y LIBERACIÓN NACIONAL

Este libro se publica no por decisión mía sino porque el presidente de la Editora Alfa y Omega, Miguel Cocco, creyó que haría algo bueno si compilaba los artículos que yo había escrito en el semanario *Vanguardia del Pueblo*, órgano del Partido de la Liberación Dominicana, en dos series que fueron tituladas, una, “Qué es un partido de liberación nacional”, y la otra, “Liberación nacional y socialismo”. Yo me enteré de los propósitos de Miguel Cocco cuando él me envió las pruebas de páginas de esas dos series, y al dedicarme a corregir las erratas que normalmente tienen todas las primeras versiones tipográficas de cuanto se imprime en cualquier parte del mundo, y de manera especial en la República Dominicana, me di cuenta de que en uno de esos dos trabajos había una mención de “Capitalismo y democracia”, otra serie que había escrito a saltos entre 1978 y 1979, y en vista de que me refería a los artículos que la componían me dije que “Capitalismo y Democracia” debía ser parte del volumen que Miguel Cocco había resuelto publicar.

Capitalismo y democracia es una tesis que no se le ocurrió a ninguno de los clásicos del marxismo pero tampoco a ninguno de los teóricos de esa escuela de pensamiento entre los cuales hay varios que han aplicado los métodos de análisis marxistas a nuevas áreas de las actividades sociales, y sin embargo los hechos en que podía basarse un estudio acerca de

los orígenes de la llamada democracia representativa eran tan evidentes, resaltaban de manera tan notoria ante los ojos de cualquier observador, que no hacía falta ser una lumbrera en el conocimiento de los problemas sociales y sus efectos políticos para darse cuenta de la conexión entrañable, de madre a hijo, que hay entre el capitalismo y el régimen político inglés, norteamericano o francés. Si ninguno de los ejemplos ofrecidos al lector en esa primera parte de este volumen basta para convencerlo de que la democracia representativa es el modelo de organización política estatal que le corresponde al sistema capitalista, y más aún, que ha sido una creación, en el orden político, del capitalismo, bastaría fijar la atención en España, un país que ha venido a conocer el modelo democrático parlamentario estable, a la manera del francés o del inglés, después que la dictadura franquista hizo, a lo largo de cuarenta años, la revolución burguesa que se había hecho en Francia más de 180 años antes.

A mí me mueve a risa, o por lo menos a sonrisa, oír o leer comentarios superficiales, de esos a que son tan adictos los propagandistas norteamericanos de la democracia representativa, en los que el rey Juan Carlos de Borbón aparece como la persona que ha establecido en España ese modelo de organización política del Estado; y me mueve a risa o a sonrisa porque sé que antes de la guerra civil de 1936 España figuraba en el número de los países atrasados de Europa, en competencia con Portugal, Italia y Grecia, y a la muerte de Franco había alcanzado el décimo lugar en la lista de los capitalistas industrializados, es decir, que había pasado a ser miembro del club de los desarrollados, y en consecuencia le correspondía formar parte, por derecho propio, de otro club: el de los que disfrutaban de la estabilidad política que puede proporcionar el capitalismo aunque no lo hubieran comprendido así algunas reliquias de la España de otros tiempos como el capitán general

Milans del Bosch y un coronel de la Guardia Civil madrileña, que pagan ahora con sentencias de largos años de cárcel su ignorancia acerca de lo que es actualmente España, un país que tiene sustancialmente tanto desarrollo capitalista como lo tienen Francia, Alemania o Bélgica.

A pesar de lo que acabo de decir, me toca aclarar que ningún país de Europa, por mucho desarrollo capitalista que tenga, ha disfrutado de tanta estabilidad política como Estados Unidos. En Inglaterra, en Francia, en Alemania, que aparecen a simple vista como modelos de democracias parlamentarias hubo levantamientos revolucionarios que arrasaron con las instituciones, y ejemplo de ellas fueron las ejecuciones de reyes en Inglaterra y en Francia, o convulsiones políticas como la que en Alemania dio origen al nazismo, que condujo a la Segunda Guerra Mundial, pero en Estados Unidos, ni la guerra de secesión, ni los asesinatos de tres presidentes de la República, ni la marcha sobre Washington de los veteranos de la Primera Guerra Mundial, ni los levantamientos negros de Los Ángeles, Nueva York, Washington, Chicago y Miami, ni las multitudinarias protestas contra la guerra de Viet Nam, ningún hecho político contrario al gobierno, por violento que haya sido ha puesto en peligro al régimen de la democracia representativa de ese país, y ese régimen va a cumplir pronto dos siglos de haber sido establecido.

¿Qué es lo que ha preservado durante tanto tiempo el régimen político de Estados Unidos?

La consustanciación de ese régimen con el sistema económico del cual brotó como brota una fruta del árbol que corresponde a su especie, pues desde el primer momento el Estado quedó organizado sobre las bases de una sociedad capitalista en la que, como explicó Engels, no había habido en ningún momento la menor traza de un pasado feudal. Es ahí, en los orígenes social y económicamente

saludables, desde el punto de vista histórico, donde hay que ir a buscarle explicación a la estabilidad del Estado norteamericano, una estabilidad que no ha sido perturbada ni siquiera por un complot de tres personas que se hayan puesto de acuerdo para dar un golpe de Estado contra el gobierno establecido, lo que de ninguna manera tiene relación con las decisiones personales de quienes han resuelto matar a tres presidentes de la República.

(Como escribo en un país donde abunda en la actividad política la charlatanería, me veo en el caso de aclarar que cuando escribí las palabras *los orígenes social y económicamente saludables, desde el punto de vista histórico*, me refería a las condiciones de desarrollo del capitalismo en América del Norte, sin que eso implique ni remotamente un juicio de valor favorable a ese sistema, de la misma manera que al calificar de saludable a una serpiente venenosa el que hiciera esa calificación no estaría elogiando la peligrosidad de ese reptil).

Naturalmente que en una sociedad como la dominicana, exponer una tesis como la que vertí en la serie de artículos titulados “Capitalismo y democracia” equivale a provocar una polémica, porque para los teóricos marxistas de nuestro país decir algo que no fue dicho por Marx o por Engels es una herejía, como fue herejía mantener que fuimos una sociedad precapitalista hasta hace poco más de cien años, pues si habíamos sido precapitalistas durante 380 años tuvimos necesariamente que vivir en el sistema feudal, y no fue así.

El precapitalismo dominicano, como el de la totalidad de los países de la América Latina, se debió no a la existencia de un modo de producción anterior al capitalista sino al hecho de que la sociedad nacional fue establecida por el Estado español a su imagen y semejanza cuando España no tenía aún desarrollo capitalista ni disponía de los medios indispensables para reproducirse en nuestra tierra de manera cumplida,

detallada, tal como era allá, en esa península europea de donde salieron los descubridores y los conquistadores.

El Estado español, el que tuvo a su cargo las tremendas tareas del Descubrimiento y la Conquista, no llevaba ni siquiera veinticinco años de establecido cuando Cristóbal Colón pisó tierra en la pequeña isla de Guanahaní, y todavía a principios de 1492 tenía en su seno un reino moro, el de Granada, y un pueblo extranjero, el judío, del cual sacó 170 mil personas ese mismo año; en 1520 tuvo lugar el levantamiento de los Comuneros y al comenzar el siglo siguiente fueron obligados a salir de España nada menos que 275 mil moriscos, la mayoría de ellos agricultores y artesanos, lo que equivale a decir gente con capacidad productiva, de manera que en apenas un siglo el Estado español echó fuera de su territorio a cerca de medio millón de personas que sin la menor duda habrían sido necesarias para que el país entrara en una etapa de desarrollo capitalista que sólo iba a darse en algunas regiones, como Cataluña y Guipúzcoa.

Y no se trata de que al quedar convertida en una dependencia del Estado que se comportaba de manera tan opuesta a lo que debía hacer si deseaba que España pasara a ser un país capitalista, la población de la isla que había sido bautizada con el nombre de La Española tenía que sufrir las consecuencias de la política que se aplicaba en España, puesto que en Cuba floreció el modo de producción capitalista si bien se trató de un capitalismo anómalo, como lo llamó Carlos Marx cuando se refirió a los estados sureños de América del Norte, en los que la economía se fortaleció gracias a la producción algodonera, que se debía al trabajo esclavo; es que el propio Estado español impidió que aquí se hiciera algo parecido a lo que se hizo luego en Cuba porque se negó a permitir que se vendiera en Flandes el azúcar que producían en La Española los ingenios trabajados por esclavos, y como en España no

había mercado para ese azúcar, los ingenios y los trapiches fueron desapareciendo y los esclavos que los hacían producir pasaron a sembrar y cosechar lo que sus amos necesitaban para comer, y en esas condiciones no había manera de que el capitalismo cuajara en el país, puesto que donde no se produce para un mercado consumidor no se da la sustancia económica que alimenta al modo de producción capitalista.

Nuestro pre-capitalismo no fue, pues, el caso de la presencia de otro modo de producción que no dejó espacio para que se estableciera el capitalista; fue el resultado de la falta de desarrollo del capitalismo, una falta que desde el primer momento de la formación de nuestra sociedad hundió al país en siglos de miseria, de la cual comenzaríamos a salir, pero de manera muy lenta, después que empezó a implantarse aquí el modo de producción capitalista, que fue muy tarde, en el último cuarto del siglo XIX; de ahí que la calificación que le cabe a la sociedad dominicana es la de capitalismo tardío.

El hecho de que seamos un país de capitalismo tardío explica la necesidad de que el pueblo cuente con una organización política llamada Partido de la Liberación Dominicana, y explica también la debilidad y con ella los errores de un partido comunista formado y dirigido por pequeños burgueses que sustituyen a los obreros con conciencia política que no tiene, porque no puede tenerlos, una sociedad como la nuestra, y la necesidad de esclarecer la confusión que crea ese tipo de partido comunista fue lo que me llevó a escribir dos trabajos como los que además de “Capitalismo y democracia” aparecen en este libro con los títulos de “Qué es un partido de liberación nacional” y “Liberación nacional y socialismo”.

La presencia de la pequeña burguesía es cuantitativa y subjetivamente un elemento tan poderoso en un país de capitalismo tardío como la República Dominicana —lo que tiene su razón de ser en el escaso desarrollo de la burguesía y

del proletariado, y por tanto en la abundancia de diferentes capas pequeñoburguesas—, que su práctica diaria lleva a los líderes del Partido Comunista oficial, el que usa el calificativo de Dominicano, a mantener una lucha constante, propia de su naturaleza social de pequeños burgueses, con un partido de liberación nacional porque viven en estado de competencia perpetua contra los que dirigimos partido, y entre los métodos que ponen en práctica para llevar adelante esa lucha los más comunes son los que provocan desórdenes en las creencias, las ideas y las inclinaciones de aquellos que leen u oyen sus argumentos, y aludo a los ataques de tipo personal, pero también a los que están dirigidos a confundir la estrategia con la táctica partidista o los que tratan los problemas políticos como si fueran de carácter moral o religioso, confusiones que en nada favorecen, sino todo lo contrario, la formación de ideas y hábitos políticos correctos, sobre todo entre los jóvenes que aspiran a lanzarse a la lucha en favor de su pueblo.

Es posible que los que dirigen el Partido Comunista Dominicano no tengan una idea clara de lo que puede producir en la mente de infinito número de personas eso de confundir la estrategia con la táctica, pero Fidel Castro sí lo sabía y no cometió ese error. En un largo artículo de Mario Mencía publicado con motivo de la celebración del 30 aniversario del asalto al cuartel Moncada, que el lector puede hallar en la revista *Cuba Internacional* correspondiente al mes de julio de este año (1983), se ponen en boca de Fidel Castro las siguientes palabras: "...desde que nosotros decidimos lo del Moncada elaboramos, se puede decir, las ideas generales de todo lo que hicimos después. En todo ese período yo mantenía los contactos con los comunistas. Ellos tenían determinadas consignas en aquella situación. Pero bueno, no se les podía pedir tampoco que tuvieran confianza en lo que íbamos a hacer. A

un partido educado en la forma clásica, con sus esquemas, sus concepciones, le era difícil. *Es más, un partido comunista no podía proponerse la conquista del poder en Cuba, si se partía, digamos, de un rótulo comunista. El poder, revolucionariamente, se podía conquistar en Cuba. Lo que no podía {era} hacerlo como partido comunista, con el dominio que tenían aquí los Estados Unidos.* [Itálicas mías, JB].

Más adelante hallamos esta advertencia, dicha por Fidel Castro en el Informe al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, celebrado el 17 de diciembre de 1975: “Se hicieron y se proclamaron en cada etapa los objetivos que estaban a la orden del día y para (comprender) los cuales el movimiento revolucionario y el pueblo habían adquirido la suficiente madurez. La proclamación del socialismo en el período de la lucha insurreccional no hubiese sido comprendida por el pueblo, y el imperialismo habría intervenido directamente con sus fuerzas militares en nuestra patria”.

Compárese esa capacidad táctica de Fidel Castro con la del secretario general del Partido Comunista Dominicano, que año y medio antes de las elecciones de 1982, en las cuales no sacaría ni siquiera un regidor o representante municipal en todo el país, y desde luego, mucho menos un solo diputado, declaró que su partido era nada menos que una opción de poder para esas elecciones, y cuando yo he dicho que la instauración del socialismo en nuestro país no está a la vista, que puede tardar muchos años, se llena de cólera santa y lanza sobre mi cabeza rayos y centellas porque con decir eso estoy desalentando al pueblo, haciéndole creer que no debe luchar por el socialismo debido a que no podrá verlo implantado en la República Dominicana.

¿No indica esa actitud del líder del comunismo oficial de nuestro país que para él no hay diferencia entre estrategia y táctica; es más, que según da a entender, cree que la táctica es

consustancial con la estrategia y por tanto basta con aferrarse a la estrategia para que se produzca su realización?

La existencia del Partido de la Liberación Dominicana es algo que saca de quicio a los líderes del Partido Comunista Dominicano y los mantiene en un estado de agresividad irracional e inexplicable para quienes no se han dado cuenta de que lo que los excita a tal grado es la creencia de que el PLD está poniendo en peligro su posición de personajes de la vida nacional y al mismo tiempo pone en peligro sus medios de vida debido a que ellos son profesionales de la actividad política que derivan su sustento de esa actividad. Los motivos de su conducta con el Partido de la Liberación Dominicana son, pues, de origen típicamente pequeñoburgués, pero pequeño burgués de ideología capitalista.

En esa lucha los líderes del PCD mienten, a menudo de manera incalificable, como cuando para favorecer al Partido Revolucionario Dominicano dijeron en vísperas de las elecciones de 1982 que yo había tenido una entrevista secreta con el Dr. Joaquín Balaguer, y cuando negué que eso hubiera sucedido replicaron adornando la mentira con detalles inventados por ellos, como por ejemplo, dando el nombre de la persona que supuestamente me llevó en su automóvil a la entrevista; pero además, exigen, en todos los tonos y de manera permanente, con una insistencia propia de capataces de esclavos, que el Partido de la Liberación Dominicana haga suyo un programa comunista (socialista, dicen ellos) para demostrar que no es un partido de derechas, lo que indica la escasa capacidad que aplican al tratamiento de los asuntos políticos, puesto que si el PLD es un partido de liberación nacional no puede ser un partido comunista dado que éste es, y debe ser nada más, el partido de la clase obrera y aquél tiene en su seno una alianza de clases y sectores de clases a las cuales se debe con la misma seriedad y la misma

honestidad que los miembros del PCD deberían usar en sus relaciones con los trabajadores.*

Eso de que el Partido de la Liberación Dominicana lleva en su seno una alianza de clases y sectores de clases va a producir sin duda un estallido monumental de alegría en la dirección del PCD, cuyos miembros tomarán mis palabras como una confesión de mi cantaleteada derechización, pero si Lenín estuviera vivo les recomendaría leer lo que él dijo, refiriéndose a un folleto que habían hecho circular los izquierdistas alemanes, en el cual se pedía “rechazar del modo más categórico todo compromiso con los demás partidos... toda política de maniobra y conciliación”. He aquí las palabras de Lenín, tal como aparecen en su conocido trabajo *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*:

“¡No es posible que los izquierdistas alemanes ignoren que toda la historia del bolchevismo, antes y después de la Revolución de Octubre, *está llena* de casos de maniobra, de acuerdos y de compromisos con otros partidos, incluidos los partidos burgueses!... Los socialdemócratas revolucionarios de Rusia [*esto es, los que se llamaron después bolcheviques y mencheviques*, nota de JB] aprovecharon repetidas veces antes de la caída del zarismo los servicios de los liberales burgueses, es decir concluyeron con ellos innumerables compromisos prácticos, y en 1901-1902, antes incluso del nacimiento del bolchevismo, la antigua redacción de Iskra... concertó (es cierto que por no mucho tiempo) una alianza política formal con Struve, jefe político del liberalismo burgués”.

* El Dr. Joaquín Balaguer es el líder del Partido Reformista y ha sido Presidente de la República en cuatro ocasiones, tres de ellas desde el año 1966 hasta el 1978. En su última presidencia legalizó al Partido Comunista Dominicano mediante una ley que él mismo sometió al Senado, compuesto en su totalidad por miembros del Partido Reformista.

Para Lenín era escandaloso que los líderes de los partidos comunistas europeos no se dieran cuenta de que el hecho de que esos partidos fueran las vanguardias del proletariado en cada país no significaba que tuvieran asegurado el triunfo de la revolución. “Con la vanguardia sola es imposible triunfar”, decía él; y pasaba a explicar su convicción de esta manera:

“Lanzar sola a la vanguardia a la batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aún una posición de apoyo directo a esta vanguardia, o, al menos, de neutralidad benévola con respecto a ella y no son incapaces por completo de apoyar al adversario, sería no sólo una estupidez sino, además, un crimen”; y agregaba:

“Y para que realmente toda la clase, para que realmente las grandes masas de los trabajadores y de los oprimidos por el capital lleguen a ocupar esa posición, la propaganda y la agitación, por sí solas, son insuficientes. Para ello se precisa la propia experiencia política de las masas”.

¿Qué quería decir Lenín con eso de “las grandes masas de los trabajadores y los oprimidos por el capital”?

Ya lo había explicado él en el capítulo VIII de “La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’...” lo había dicho así:

“El capitalismo dejaría de ser capitalismo si el proletariado ‘puro’ no estuviera rodeado de una masa abigarradísima de elementos que señalan la transición del proletariado al semiproletariado (el que obtiene una mitad de sus medios de existencia vendiendo su fuerza de trabajo), del semiproletario al pequeño campesino (y al pequeño artesano, al obrero a domicilio, al pequeño patrono en general), del pequeño campesino al campesino medio, etcétera, y si en el seno mismo del proletariado no hubiera sectores de un desarrollo mayor o menor, divisiones de carácter territorial, profesional, a veces religioso, etcétera. De todo eso se desprende imperiosamente la necesidad —una necesidad absoluta— para la

vanguardia del proletariado, para su parte consciente, para el Partido Comunista, de recurrir a la maniobra, a los acuerdos, a los compromisos con los diversos grupos proletarios, con los diversos partidos de los obreros y de los pequeños patronos”.

Esa descripción de la complejidad que Lenín veía en la composición de las grandes masas trabajadoras lo llevó a terminar diciendo:

“Toda la cuestión consiste en saber aplicar esta táctica para elevar, y no para rebajar, el nivel general de conciencia, de espíritu revolucionario y de capacidad de lucha y de victoria del proletariado”, sentencia que no aplican nunca los que se autoproclaman sus discípulos dominicanos.

Ellos no fomentan la elevación de la conciencia de nadie; lo que hacen es propagar el odio a determinadas personas; a aquéllas que a su juicio ponen en peligro su posición de líderes comunistas, que les da prestigio social y las ventajas materiales que ese prestigio conlleva.

Para responder a esos temores y a las agresiones que brotan de ellos escribí “Qué es un partido de liberación nacional” y “Liberación nacional y socialismo”.

Espero que sean provechosos para quienes los lean.

9 de septiembre, 1983.

CAPITALISMO Y DEMOCRACIA

I

La llamada democracia representativa sólo funciona a cabalidad en los países donde el sistema capitalista ha avanzado hasta un punto de desarrollo relativo. Ningún pueblo ha conocido la democracia representativa antes de que en su territorio se estableciera el capitalismo ni antes de que éste se desarrollara hasta producir una clase gobernante. Los que se imaginan que la llamada democracia representativa es un régimen político que tiene muchos siglos de vida harían bien en estudiar la historia de algunos países que figuran como modelos del funcionamiento de ese régimen; por ejemplo, la de Inglaterra y Francia. Podríamos referirnos a otros casos, pero escogeremos las de esos dos países porque los episodios históricos que vamos a presentar en este artículo tuvieron repercusión en nuestra tierra cuando éramos la colonia española de Santo Domingo, dentro del Derecho Internacional de la época o de hecho.

Digamos, para empezar, que la primera revolución burguesa tuvo lugar en Holanda en el siglo XVI; la segunda se llevó a cabo en Inglaterra en el siglo XVII y la tercera fue la de Francia, que estalló en el 1789, esto es, a fines del siglo XVIII. Esas revoluciones llevaron al poder a las burguesías o sectores capitalistas de Holanda, de Inglaterra y de Francia, lo que deja dicho que con ellas comenzó a establecerse en el mundo el orden capitalista, y antes de ellas no había habido en ninguna

parte de la Tierra un país organizado políticamente sobre las bases de la llamada democracia representativa. Hasta el momento que comenzaron las revoluciones burguesas, en varios países de Europa, como en Inglaterra, en Francia, en España, funcionaba alguna forma de Parlamento; el de Inglaterra y el de Francia se llamaban así y el de España tenía el nombre de Cortes; pero sus funciones no eran ni remotamente tan amplias como las de los Parlamentos actuales y en ellos estaban representados sólo la nobleza, el clero, los terratenientes y diputados de las ciudades o villas; además se reunían cuando los reyes les pedían que lo hicieran para tratar acerca de algo que les interesaba a los monarcas, como era aprobar peticiones de fondos.

En el año 1640, Carlos I de Inglaterra le pidió al Parlamento dinero para enviar tropas a Escocia, donde el pueblo se había rebelado contra una reforma religiosa que quería imponerle el rey, y el Parlamento se negó a darle fondos, pero el año siguiente hizo más, puesto que condenó a muerte al conde de Strafford, uno de los amigos más queridos del rey. En respuesta a lo que habían hecho los miembros de la Casa de los Comunes, que era como se llamaba (y se llama todavía) el lugar donde se reunían los diputados, el rey decidió hacer presos a algunos de ellos y ya para agosto de 1642 comenzaba la guerra entre el Parlamento y Carlos I. El rey perdió esa guerra y fue sentenciado a muerte. Murió decapitado a hachazos en enero de 1649 e Inglaterra pasó de monarquía a república bajo la presidencia de Oliverio Cromwell.

Al establecerse la república se reorganizó el Parlamento, que quedó encabezado por un cuerpo ejecutivo elegido de entre sus miembros y denominado Consejo de Estado; el presidente del Consejo de Estado era a la vez el presidente de la República.

En su condición de presidente, Oliverio Cromwell comandó las tropas que combatieron al hijo y heredero de Carlos I, el joven Carlos II, a quien los escoceses habían proclamado rey. Carlos II entró en territorio inglés en 1651 al frente de un ejército, pero quedó derrotado en la batalla de Worcester, después de la cual huyó a Francia en octubre de ese año de 1651.

Todos los países que viven en el régimen político llamado de la democracia representativa tienen Parlamento, unos en una forma y con unas funciones y otros con formas y funciones diferentes. Aunque el gobierno francés es presidencialista no es igual al norteamericano porque el Parlamento de Francia tiene algunas facultades que corresponden tanto a los parlamentos de Europa como al Congreso de los Estados Unidos; así, por ejemplo, el presidente de Francia puede disolver el Parlamento, que se llama Asamblea Nacional, y éste, a su vez, puede disolver el Consejo de Ministros, pero ninguna de las dos cosas pueden suceder en los Estados Unidos. Pero si las democracias representativas tienen parlamentos, en cambio la existencia de un Parlamento no implica la existencia de una democracia representativa. Así por ejemplo, en Inglaterra había un Parlamento mucho antes de que se estableciera allí el régimen de la democracia representativa; lo había bajo la presidencia republicana de Oliverio Cromwell. Por cierto, el 20 de abril de 1653 Cromwell dio un golpe de Estado y expulsó de la Casa de los Comunes a todos los diputados acusándolos de corrompidos, de manera que lo que el rey no pudo hacer en 1642 lo hizo él o lo hicieron oficiales militares de su confianza, que en esa ocasión lo nombraron Lord (Señor) Protector de Inglaterra, Escocia e Irlanda, y fue Lord Protector hasta el día de su muerte, ocurrida el 3 de septiembre de 1658. Tres años y medio antes de morir llegó a aguas dominicanas la formidable expedición de Penn y Venables,

que Cromwell había enviado con la orden de conquistar la isla para Inglaterra. Penn y Venables fracasaron aquí, pero en su retirada acertaron a desembarcar hombres en Jamaica, que a partir de ese momento dejaría de ser española y pasaría a ser inglesa.

La monarquía volvió a ser restaurada en Inglaterra en 1660, con Carlos II como rey, pero esa restauración no significó que en ese país que ahora nos parece un ejemplo de democracia representativa quedara establecido ese régimen político. Lo que se produjo en Inglaterra por esos años fue la revolución burguesa, con la cual, como nos dice Marx, la burguesía inglesa, “aliada con la nueva nobleza, luchó contra la monarquía, contra la nobleza feudal y contra la Iglesia dominante”; pero de ahí al establecimiento de la democracia representativa, tal como la conocemos hoy, hubo que recorrer mucha distancia.

Algo parecido podemos decir de Francia. La revolución burguesa de Francia empezó en 1789, pero iba a tardar muchos años en adoptar la forma de una democracia representativa. Lo que hicieron al principio la burguesía francesa y “el proletariado y las capas de la población urbana que no pertenecían a la burguesía” fue enfrentar en una lucha a muerte “al absolutismo, al feudalismo y a la pequeña burguesía reaccionaria”, como dijo Marx; y después de haber pasado por una época de terror que espantó a sus enemigos, la Gran Revolución, como se le llamó durante más de un siglo, desembocó en el golpe de Estado conocido en la historia con el nombre de 18 Brumario (fecha que en el calendario de la revolución correspondía al 9 de noviembre de 1799), mediante el cual Napoleón Bonaparte disolvió el Consejo de los Quinientos, que era el cuerpo legislativo del país, y montó el tipo de gobierno llamado Consulado en el que ocupó el puesto de Primer Cónsul hasta el año 1804, en que pasó a ser Napoleón

Primero, emperador de Francia, jefe de un gobierno que cumplió una gran tarea histórica, pero que no tuvo ni siquiera asomos de ser una democracia representativa. Fue en los años de ese gobierno cuando entró en nuestro país Toussaint Louverture y nos gobernó el general Ferrand.

Hagamos ahora un paréntesis para hablar de un régimen que no fue el democrático representativo porque no respondía al sistema capitalista, y nos referimos al gobierno revolucionario de Lenín, el que inauguró en la historia mundial la etapa del socialismo. Ese gobierno había llegado al poder el 7 de noviembre de 1917 y celebró inmediatamente elecciones para una Asamblea Constituyente en las cuales votaron más de 36 millones de rusos. De esos votos, los socialistas revolucionarios sacaron 20 millones 900 mil; los partidos burgueses, 4 millones 600 mil; los mencheviques, un millón 700 mil, y el Partido Bolchevique, o sea, el de Lenín, 9 millones 24 mil, lo que equivale a decir que de cada 100 votos, 75 eran de partidos opuestos al gobierno.

El hecho de que el gobierno revolucionario fuera derrotado en esas elecciones de manera tan aplastante creó una situación de inestabilidad política muy seria, a tal punto que los partidos de los que salieron vencedores en ese torneo electoral organizaron un Comité de Defensa de la Constituyente y contaban con la organización militar de los socialistas-revolucionarios para cualquiera emergencia; la Federación de Empleados Públicos ofreció lanzarse a una huelga general de apoyo a los socialistas-revolucionarios, pero estos no tomaron en cuenta la oferta porque decían que no necesitaban defenderse dado que ellos habían sido los “elegidos del pueblo soberano”.

“El pueblo soberano” acudió el día 5 de enero (1918) a una manifestación de respaldo a la Asamblea Constituyente que se celebró en San Petersburgo o Petrogrado, que según

dice Víctor Serge en su libro *El Año Uno de la Revolución Rusa* (Cfr. México: Siglo XXI editores, 3^{ra} edición, pp.137-151) fue muy concurrida porque “acudió a ella en gran número la pequeña burguesía de la ciudad. La gente se apiñó en las calles centrales, pero bastaron algunos disparos hechos aquí y allá por los marinos (bolcheviques) para poner en dispersión aquella multitud”.

La Asamblea Constituyente se reunió al día siguiente y trabajó hasta las cuatro de la mañana del día 7, hora en que “se acercó a la tribuna presidencial un marino de los que estaban encargados del servicio de guardia, el anarquista Jelezniak”, y dijo, con una voz “irónica y tranquila: El cuerpo de guardia se halla fatigado. Les ruego que despejen el salón de sesiones”, y así, menos de 36 horas después de haber empezado sus trabajos, se disolvió la Asamblea Constituyente por la cual habían votado más de 36 millones de rusos. De manera que así como en los comienzos de la revolución burguesa se dieron golpes de Estado, así se dio también uno, y muy significativo, en los primeros tiempos de la revolución socialista. Aquellos fueron dados por Oliverio Cromwell y Napoleón Bonaparte, y éste por Nicolás Lenín.

En *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, dijo Lenín que “la historia conoce la democracia burguesa, que sucede al feudalismo”, y en *Del socialismo utópico al socialismo científico* Engels había dicho que “hasta ahora, una dominación de la burguesía mantenida durante largos años sólo ha sido posible en países como Norteamérica, que nunca conocieran el feudalismo y donde la sociedad se ha construido desde el primer momento sobre una base burguesa”; y si la democracia burguesa sucedió al feudalismo lo hizo económica y políticamente, lo que explica que Norteamérica, que de acuerdo con Engels se constituyó desde el primer momento como una sociedad burguesa, se

organizara en el orden político, también desde el primer momento, como democracia representativa.

El capitalismo se formó y cumplió su primera etapa de crecimiento en el seno del feudalismo, e iba a fortalecerse bajo el gobierno de los reyes absolutos, que fueron absolutos precisamente porque para la época en que ellos aparecieron y gobernaron, ya los señores feudales habían perdido (o estaban perdiendo) el poder político que tuvieron en los tiempos del feudalismo agrario o rural; pero para entonces, todavía los burgueses no formaban una clase tan poderosa que pudiera sostener ella sola a los reyes absolutos a la cabeza de los Estados.

Los reyes absolutos tuvieron que gobernar apoyándose al mismo tiempo en una sociedad que moría y en otra que estaba en desarrollo. La primera iba desintegrándose día a día pero se negaba a la idea de perder sus privilegios de nobleza hereditaria y la segunda iba integrándose también día a día y conquistando a la buena o a la mala la posición dominante en el terreno económico y se sentía destinada a conquistarla en el político. Para mantenerse en lo más alto del orden social, los reyes absolutos se rodeaban de nobles feudales, cuyos estilos de vida eran cultivados con esmero en las cortes reales, pero al mismo tiempo sostenían e impulsaban, sobre todo fuera de sus países, los intereses de la burguesía comercial, de manera que tenían un pie en un mundo compuesto principalmente por los señores de las tierras y otro en un mundo formado por hombres de negocios. Esa situación daba como resultado un estado de debilidad en las cumbres del poder político que se combatía fortaleciendo el Estado hasta el punto de que éste se convertía en una maquinaria de fuerza temida en igual grado tanto por los nobles feudales como por los emprendedores burgueses; y eso lo hicieron todos los reyes absolutos de Europa.

En la medida en que iban fortaleciéndose las burguesías iban desapareciendo los reyes absolutos; en algunos casos, porque se aliaban a las burguesías contra los señores feudales, y en otros, porque los nobles de origen feudal aceptaban aliarse a los burgueses como lo explica Engels en *Del socialismo utópico al socialismo científico*, allí donde dice que los grandes terratenientes ingleses se mostraron dispuestos “en todo momento, por móviles económicos o políticos, a colaborar con los caudillos de la burguesía industrial y financiera”. En Francia, el último símbolo del poder de los reyes absolutos, levantado en el centro de París desde hacía cuatro siglos, fue la fortaleza de la Bastilla, prisión de Estado cuyo sólo nombre infundía terror, a la que el pueblo en armas asaltó y tomó al estallar la gran revolución burguesa de 1789.

¿Por qué le llamamos a la democracia burguesa democracia representativa?

Porque en el aparato del Estado creado por la burguesía están representados todos los sectores y todas las capas de esa clase. Lo están en el Congreso, por medio de senadores y diputados; en el Ejecutivo, a veces por medio del presidente de la República en los países como los Estados Unidos o del jefe del gobierno en aquellos donde ese tipo de democracia está organizado según su forma parlamentaria y a veces por medio de los ministros o secretarios de Estado; y desde luego, lo están en el poder Judicial, que es el que tiene a su cargo la tarea de defender la superestructura política burguesa repartiendo premios o castigos, con la aplicación de las leyes, entre aquellos que sostienen y fortalecen o amenazan los privilegios de la burguesía.

Esos sectores y capas de clase que a través de sus representantes se apoderan de la maquinaria del Estado son los comerciantes, los terratenientes, los industriales, los banqueros, los técnicos e ideólogos de la alta y mediana pequeña burguesía, todos los cuales mantienen luchas entre sí disputándose las

ventajas que da el poder, pero se ponen de acuerdo para defender el sistema en que viven cada vez que a éste se le presenta un enemigo peligroso.

En el orden político, la democracia burguesa reproduce, en conjunto y en detalle, todo lo que en el orden económico y social se da en la sociedad capitalista. Así por ejemplo, la base teórica de todas las actividades capitalistas es la llamada libertad de empresa, que supuestamente le garantiza a cada industrial, comerciante o banquero que ningún competidor podrá perjudicarlo. Pues bien, poniendo un poco de atención en lo que nos rodea hallaremos esa libertad de empresa reproducida en muchos campos, como en el de la prensa, en el funcionamiento de partidos políticos que operan en condiciones iguales a las que vemos en los establecimientos comerciales. Eso sí, en todos los casos se oculta de manera cuidadosa el hecho de que tales libertades están sometidas a una ley fundamental en virtud de la cual los que tienen menos poder económico pueden quedar aplastados por la libertad para usar su dinero que tienen los dueños de grandes fortunas, y en consecuencia la libertad de operación de los últimos convierte en un paquete de mentiras todo lo que se diga en elogio de la libertad que supuestamente pueden ejercer los primeros, puesto que en el mundo capitalista no hay ley que obligue a un rico a ser generoso con un pobre.

II

Tal como dijo Lenin, la democracia representativa o burguesa apareció detrás del feudalismo, pero eso se debió al hecho de que ese tipo de democracia es la reproducción del capitalismo en el terreno político.

Si vemos los sistemas económico-sociales y los regímenes políticos que les corresponden con una perspectiva histórica, hallamos que entre el capitalismo y la esclavitud estuvo el

feudalismo; que éste fue algo así como un puente por el que la humanidad europea pasó de la sociedad romana a la inglesa del 1900 o a la de los Estados Unidos de 1920, y al mismo tiempo podemos ver el capitalismo como otro puente echado entre las monarquías feudales y las dictaduras del proletariado que vemos hoy en cuatro continentes. Pero sea cual sea la manera escogida para agrupar los sistemas socio-económicos y sus respectivas proyecciones políticas, siempre hallaremos que no se puede saltar de la sociedad esclavista de Roma a la capitalista de Norteamérica ni se puede saltar del feudalismo francés al socialismo cubano. Antes del capitalismo, lo que la historia conoció y conoce es el feudalismo; y si ha sido en la época del capitalismo cuando ha venido a establecerse ese régimen político llamado democracia burguesa o representativa, y no antes, y si no funciona, ni puede funcionar, como expresión política del socialismo, es porque la democracia representativa o burguesa es el régimen político propio del capitalismo; y en consecuencia nadie puede hablar de la democracia de los atenienses, diciendo que es un antecedente o una forma particular de la democracia burguesa.

La democracia que se organiza a base de tres poderes (el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial, con olvido del Electoral, que por lo menos en la República Dominicana ha actuado como un poder independiente) no tiene nada que ver con la de Atenas, excepto en el hecho de que en los países organizados a la manera democrática representativa se vota y en Atenas se votaba también; pero ni siquiera en el uso del voto nos parecemos a los atenienses, porque la votación de los atenienses era de otro tipo, no para elegir presidentes o senadores o diputados sino para tomar decisiones de interés general.

La democracia burguesa o representativa no nació de un día para otro sino que la burguesía fue inventándola poco a poco y necesitó mucho tiempo para ir ajustando sus

instituciones a lo que le enseñaba la práctica diaria de la vida social; pero la inventaba sobre la base de las ideas que se habían formado antes en las cabezas de los inventores. Por ejemplo, la revolución burguesa de Inglaterra empezó en el año 1642 y el rey Carlos I fue decapitado en 1649; pues bien, para 1650, la población blanca de las colonias inglesas de América del Norte, que 126 años más tarde iban a llamarse los Estados Unidos, no pasaba de 54 mil personas, pero la gran mayoría de ellas eran ideológicamente capitalistas, y por esa razón una parte había abandonado Inglaterra para irse a Holanda, donde la revolución burguesa se había hecho casi un siglo antes, y otra parte se fue a América con la ilusión de que allí podría establecer una nueva sociedad, que sería la sociedad capitalista en su primera etapa.

En *Tesis sobre Feuerbach* dice Carlos Marx que “el sentimiento religioso es también un producto social”, y en el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels dan este punto de partida para el estudio de las religiones: “Las ideas de libertad religiosa y la libertad de conciencia no hicieron más que reflejar el reinado de la libre concurrencia en el dominio del saber”. Como sabemos todos, la libre concurrencia requiere el ejercicio de la llamada libertad de empresa, y a su vez esas dos libertades requieren, para su aplicación, la existencia del capitalismo como sistema socio-económico y político en un país o en varios países.

Todo esto nos lleva a la conclusión de que en la raíz de las libertades que acabamos de mencionar están las ideas capitalistas, que en los siglos XVI, XVII y XVIII (del 1530 ó 60 en adelante hasta el 1793, por lo menos) no eran, como lo son ahora, leyes del sistema que siguen y aplican todos los dueños de bienes de producción y los gobiernos de los países donde ellos operan, sino aspiraciones, deseos, intenciones, que se producían, más que en la realidad social, en el mundo de los

sentimientos, y de manera especial en el de los sentimientos religiosos. Eso es lo que explica que desde que en el seno de la sociedad feudal empezaron a aparecer artesanos y mercaderes (comerciantes), empezaron a aparecer también sectas cristianas opuestas a la iglesia católica. Esas sectas cristianas expresaban en el mundo de lo religioso aspiraciones, deseos e intenciones de un capitalismo que estaba en su etapa de formación y todavía no tenían la capacidad necesaria para salir a luchar en el campo político con el fin de establecer una sociedad capitalista. Tales sectas daban su batalla en el terreno religioso debido a que para ellas la Iglesia católica era el resumen ideológico del sistema feudal al cual deseaban destruir sin que supieran cómo hacerlo. Por eso dice Engels en *Del socialismo utópico al socialismo científico* que “por aquel entonces toda la lucha contra el feudalismo tenía que vestirse con un ropaje religioso y dirigirse en primera instancia contra la Iglesia”, y explica que “el gran centro internacional del feudalismo era la Iglesia Católica Romana. Ella unía a toda la Europa occidental feudalizada, pese a todas sus guerras intestinas, en una gran unidad política (que había rodeado) a las instituciones feudales del halo de la consagración divina. También ella había levantado su jerarquía según el modelo feudal, y era, en fin de cuentas, el mayor de todos los señores feudales, pues poseía, por lo menos, la tercera parte de toda la propiedad territorial del mundo católico. Antes de poder dar en cada país y en diversos terrenos la batalla al feudalismo secular había que destruir esta organización central santificada”.

Una de las sectas cristianas que encabezaron la lucha contra el feudalismo fue la calvinista, llamada así por el nombre de su fundador, el francés Jean Calvino. Del calvinismo dijo Engels (en el trabajo que acabamos de mencionar) que “fundó una república en Holanda y fuertes partidos republicanos

en Inglaterra”, y que en “el calvinismo encontró acabada su teoría de lucha la segunda gran insurrección de la burguesía. Esta insurrección se produjo en Inglaterra”.

Así fue, pero antes de que esa insurrección se produjera en Inglaterra, el calvinismo se había injertado en la corriente religiosa de la secta que se llamó puritana, que venía extendiéndose por el país desde principios del siglo XVI.

Hoy, en cualquier historia inglesa o norteamericana de las sectas cristianas conocidas con el nombre genérico de reformistas o protestantes se dice que los que se organizaron en la llamada Iglesia Separatista de Inglaterra (que fue la que recibió la mayor influencia calvinista) formaron el ala izquierda del movimiento puritano; y fueron miembros de esa ala izquierda de puritanismo los que en el año 1607 salieron de Inglaterra y se fueron a vivir en Holanda, que desde el siglo anterior había hecho su revolución burguesa, y por tanto capitalista, razón por la cual allí se había organizado la sociedad tal como querían esos puritanos que se organizara la inglesa.

También pertenecían a esa ala izquierda los puritanos ingleses que en el año 1620 se embarcaron en el buque *Flor de Mayo* (*Mayflower*) para ir a fundar en Norteamérica la primera colonia inglesa del país (la de Plymouth, en Cabo Cod, lugar del actual estado de Massachusetts) que siglo y medio después iba a ser los Estados Unidos. De los Estados Unidos dirían Marx y Engels en el 1845 ó 1846 (en Feuerbach: *Oposición entre las concepciones materialistas e idealistas*) que era “el ejemplo más acabado de Estado moderno”, con lo cual dejaron dicho que era el mejor ejemplo de Estado capitalista.

Desde 1607 había ingleses en la costa sur de América del Norte; eran los que se habían establecido en Virginia, puritanos también, pero esos puritanos de Virginia no llegaron a tener en la vida del pueblo norteamericano la influencia que tendrían los llamados Padres Peregrinos, o sea, los que establecieron

la colonia de Plymouth, de la cual iba a salir la base teórica de la organización política que tendrían siglo y medio después los Estados Unidos; sin embargo de Virginia iban a ser algunos de los fundadores del “ejemplo más acabado de Estado moderno”, como George Washington y Thomas Jefferson.

Esos puritanos que fueron a Virginia viajaron contratados por una compañía comercial que era una empresa capitalista dedicada a producir tabaco (la Virginia Company), y en el impulso que los llevó a contratarse con la Virginia Company se hallaba presente la fuerza de la religión, como se hallaría, y no precisamente oculta, en la decisión de las mil personas que 370 años más tarde saldrían de los Estados Unidos siguiendo a un predicador de una nueva secta que los condujo a Guyana ofreciéndoles que serían miembros de una comunidad socialista de base religiosa.

Los puritanos ingleses que huían de Inglaterra al comenzar el siglo XVII querían, tal vez sin que llegaran a hacerse totalmente conscientes de ello, empezar en una tierra virgen un tipo de vida nuevo, que no tuviera trazas del pasado, y en ese caso el pasado era el feudalismo. Tuvo, pues, razón Federico Engels cuando dijo (en *Del socialismo utópico al socialismo científico*) que la América del Norte no conoció nunca el feudalismo y que la sociedad norteamericana “se ha construido desde el primer momento sobre una base burguesa”, y cuando en una carta fechada en Londres el 17 de octubre de 1893 escribió que “los Estados Unidos son... un país moderno y burgués y que ha sido fundado por pequeños burgueses y por campesinos que habían huido de la Europa feudal para establecer una sociedad puramente burguesa”.

Como vemos, había una serie de razones históricas para que el tipo de gobierno llamado democracia representativa naciera en los Estados Unidos, y entre ellas la más importante es que desde el primer momento el país donde surgiría el

Estado que llevaría ese nombre fue poblado por personas que “habían huido de la Europa feudal para establecer una sociedad puramente burguesa”.

En oposición a los gobiernos monárquicos o encabezados por un rey que se conocían en Europa, que eran todos de origen histórico medieval, el de la democracia representativa iba a ser desde el primer momento republicano y su jefe sería elegido, no hereditario como eran los de Europa. Naturalmente, esas diferencias no pasaban de ser formales, porque lo mismo en los reinos europeos que en la república de los Estados Unidos, la esencia de los gobiernos sería burguesa, por lo menos en los países más importantes, pues en materia política hubo una notable coincidencia entre Estados Unidos y Francia, por ejemplo, el primer presidente norteamericano, George Washington, tomó posesión de su cargo al terminar el mes de abril de 1789 y tres meses y medio después comenzó en Francia la gran revolución burguesa, que iba a barrer la vieja monarquía cuyos orígenes se remontaban a los días de Carlomagno.

Alguna gente cae en la confusión de creer que la verdadera democracia representativa es la parlamentaria, y nosotros hemos conocido por lo menos dos personas que pensaban así a partir de la tesis de que los parlamentos europeos existían siglos antes de que se estableciera un congreso a la manera norteamericana; pero aunque la palabra parlamento se use hoy para referirse al lugar donde se reúnen los diputados o para describir el conjunto de los diputados (y en algunos casos, también los senadores), lo cierto es que esa palabra, que en su origen significaba sitio u ocasión en que se hablaba, era usada sólo en Europa, y allí se aplicaba a actividades judiciales; y es fácil relacionarla con esas actividades judiciales si recordamos que en varios reinos de España se llamaban cortes, tal como se llaman todavía hoy en nuestra lengua los sitios donde se hace justicia o se reúnen los jueces, por ejemplo, la Suprema Corte de Justicia,

la Corte de Apelación. En los siglos del Medioevo se le decía también corte al conjunto de altos personajes que rodeaban al rey, y ese uso de la palabra se debía a que cuando llevaban a cabo funciones judiciales, los miembros del parlamento lo hacían en presencia del rey o en el palacio real.

El tipo de gobierno llamado democracia representativa apareció en América del Norte como un producto natural de la primera sociedad burguesa que conocía el género humano, y correspondía a un nuevo tipo de Estado, el Estado burgués, que se organizó sobre la base de tres poderes independientes unos de otros. Uno de esos poderes fue el Ejecutivo, formado por el presidente de la República o jefe del Estado, que es al mismo tiempo jefe del gobierno y por tanto jefe de los miembros del gabinete o secretarios de Estado, que juntos con él forman el gobierno.

En la democracia parlamentaria el jefe del Estado (antes eran reyes, pero desde hace algún tiempo los hay que son presidentes de la República, como es el caso en Italia, Alemania, Portugal, Grecia) no es el jefe del gobierno, pero a él le toca nombrar a los jefes de gobierno; sin embargo, estos deben ser aprobados por el Parlamento, y sin esa aprobación no podrían formar gobiernos, como acaba de suceder en Italia, donde Giulio Andreotti, a quien el presidente Sandro Pertini le había encomendado formar un gobierno, no pudo obtener el respaldo de la mayoría de los diputados y tuvo que limitarse a ser primer ministro interino hasta tanto se celebren elecciones en que se elija un nuevo Parlamento.

La democracia parlamentaria es una forma particular de la democracia burguesa que se da en aquellos países donde el feudalismo dejó constituidos, como fruto de su larga existencia de ocho siglos, varios sectores de clases que pasaron a la sociedad burguesa con características propias tan acentuadas que no se confunden unos con otros aunque se apoyen unos a

otros para actuar como fracciones de la clase dominante. Por ejemplo, de los artesanos feudales iban a salir los mercaderes y de estos los comerciantes burgueses, pero también fuertes sectores de la alta y la mediana pequeña burguesía, así como de los comerciantes en monedas, aliados a los grandes comerciantes, saldrían los banqueros. La presencia de la masonería en la sociedad capitalista, que duró por lo menos doscientos años como fuerza influyente en varios países de Europa y de América, fue un reflejo político de los tiempos feudales, que mantenía viva (sobre todo a nivel de comerciantes y altos y medianos pequeños burgueses de los siglos XVIII, XIX y la primera mitad del XX), en un terreno puramente ideológico, la organización de los gremios artesanales de los tiempos de San Luis. Carlos Marx, que advirtió la existencia de varios sectores de la burguesía en Europa, y más concretamente en Francia, analizó de manera pormenorizada el papel de distintas fracciones de la clase dominante francesa en su estupendo estudio *La lucha de clases en Francia*; y si leemos ese trabajo con cuidado hallaremos explicada en él la causa fundamental de que en ese país, como en Italia y España, haya tantos partidos: es que cada uno es la expresión política de uno de los sectores de clases que forman el grueso de la clase dominante; y además, a esos hay que sumar, desde el siglo pasado, a los representantes de la clase obrera que hasta hace poco se dividía en ese terreno en los partidarios de la social-democracia y los del socialismo marxista, a los que ahora se agregan otros sectores que dentro de la corriente marxista difieren de los partidos comunistas oficiales en posiciones estratégicas que a menudo se ocultan bajo apariencias de tipo táctico.

III

En los países europeos donde hallamos el régimen democrático representativo en su forma parlamentaria, la autonomía de

cada uno de esos sectores de clases se manifiesta a través del Parlamento y por medio de sus representantes políticos, o para decirlo en otras palabras, las luchas y los entendimientos o acuerdos de esos sectores se llevan a cabo en el Parlamento, pero en los Estados Unidos esas luchas o esos entendimientos, se llevan a cabo en el seno de los dos partidos ya tradicionales, el Demócrata y el Republicano. Un senador demócrata puede votar en cualquier momento en el Senado a favor de una ley propuesta por los republicanos y un representante o diputado republicano lo hace en sentido contrario, y eso, que en los Estados Unidos parece lo más natural del mundo, provocaría un escándalo, y tal vez la caída de un gobierno, en Suecia o en Italia.

¿Por qué hay esa diferencia tan notable en el comportamiento de los personajes políticos norteamericanos y los personajes políticos europeos?

Marx lo explica en *La guerra civil en Francia* diciendo que “En un principio, por medio de la simple división del trabajo, la sociedad se creó los órganos especiales destinados a velar por sus intereses comunes. Pero, a la larga, estos órganos, a la cabeza de los cuales figuraba el Poder estatal, persiguiendo sus propios intereses específicos, se convirtieron de servidores de la sociedad en señores de ella. Esto puede verse, por ejemplo, no sólo en las monarquías hereditarias, sino también en las repúblicas democráticas. No hay ningún país en que los políticos formen un sector más poderoso y más separado de la nación que en Norteamérica. Aquí cada uno de los dos grandes partidos que alternan en el gobierno está a su vez gobernado por gentes que hacen de la política un negocio, que especulan con las actas de diputados de las asambleas legislativas de la Unión y de los distintos estados federados, o que viven de la agitación en favor de su partido y son retribuidos con cargos cuando éste triunfa... [En Norteamérica] no hay

dinastía, ni nobleza, ni ejército permanente —fuera de un puñado de hombres que montan la guardia contra los indios—, ni burocracia con cargos permanentes o derechos pasivos. Y, sin embargo, en Norteamérica nos encontramos con dos grandes cuadrillas de especuladores políticos que alternativamente se posesionan del Poder estatal y lo explotan por los medios y para los fines más corrompidos; y la nación es impotente frente a estos dos grandes consorcios políticos, pretendidos servidores suyos, pero que, en realidad, la dominan y saquean”.

¿Por qué sucedía eso (y en muchos aspectos, sigue sucediendo hoy) en los Estados Unidos?

Porque en todas las actividades de cualquiera sociedad se reproducen las características del sistema que le ha dado forma, pero se reproducen de manera más clara si esa sociedad no ha recibido en herencia determinadas normas de una sociedad anterior. De ahí que si los Estados Unidos fueron desde el primer momento una sociedad burguesa, y por tanto capitalista, se hicieran presentes en todos los aspectos de su vida las características del capitalismo, entre las cuales la primera y más importante es la de que todo el mundo tiene derecho a obtener y acumular beneficios económicos y sociales en cualquier actividad a que se dedique sin que esté obligado a respetar principios morales.

Pero la diferencia más notable entre la democracia burguesa a la manera norteamericana y la del tipo parlamentario o europea es que en la última el poder Ejecutivo no es independiente del Legislativo y por tanto no tiene el mismo grado de autoridad sobre el Estado que tiene en la democracia de tipo norteamericano. En primer lugar, como dijimos en el artículo anterior, en la última el jefe del Estado es al mismo tiempo el jefe del gobierno y en la de tipo parlamentario el jefe del Estado es una persona y el del gobierno es otra; en aquella, al elegir

al jefe del gobierno los votantes eligen también al jefe del Estado y viceversa; mientras que en la parlamentaria, si el jefe del Estado es un monarca o rey (o una reina, como pasa ahora en Inglaterra y en Holanda), ocupa el cargo por herencia, no por elección, o es elegido, si el país es república, como sucede en Alemania e Italia. En los dos casos el jefe del Estado, actuando en representación de la nación, escoge a la persona que a su juicio deberá ser el jefe del gobierno, pero no puede convertirla en jefe del gobierno (que puede llamarse primer ministro, y también canciller, como en Alemania y Austria, o presidente como en España), porque para que lo sea se requiere que él mismo y los ministros de su gabinete sean aprobados por la mayoría de los miembros del Parlamento, que a veces es la Cámara de Diputados y a veces una asamblea de ésta y de la Cámara de Senadores; de manera que como podemos ver, en el tipo parlamentario de la democracia burguesa, el poder Ejecutivo (compuesto casi siempre por el jefe del gobierno y sus ministros) le debe su existencia al poder Legislativo; y se la debe tanto que cuando le somete al Parlamento lo que se llama una proposición de confianza, si esa proposición es rechazada, el gobierno se da por disuelto o derribado y el jefe del Estado tiene que seleccionar a un nuevo jefe de gobierno, que puede ser el mismo que ha sido derrocado si negocia con los partidos para conseguir una base más amplia de apoyo político.

Antes de que el sistema capitalista se estableciera en el mundo no se había conocido la democracia burguesa ni en su tipo norteamericano o presidencialista ni en su tipo parlamentario; es más, no se habían conocido ni siquiera los partidos políticos tal como los conocemos hoy. La palabra partido se había usado antes, por ejemplo en Grecia, como la palabra clases y la palabra democracia, pero todas ellas tenían significados distintos a los que tienen hoy. En la actualidad

entre esas palabras hay una relación tan estrecha que el sentido de cualquiera de ellas se explica en toda su amplitud sólo a través de las dos restantes. Por ejemplo, la democracia burguesa es la proyección, en el campo político, del dominio de la burguesía sobre la sociedad, y en ese terreno político el dominio se ejerce por medio de los partidos burgueses, que en su forma actual aparecieron donde tenían que aparecer: en el país donde se había establecido por primera vez “una sociedad burguesa”, como dijo Engels, o como dijeron él y Marx, allí donde se levantó el “ejemplo más acabado de Estado moderno” (y en este caso, moderno significa capitalista).

Esos partidos fueron el Republicano, que empezó a organizarse casi inmediatamente después de haber sido aprobada la constitución de 1789 (que fue la base de ese Estado calificado por Marx y Engels como el mejor ejemplo de un Estado moderno), y el Federalista, que se da por formado hacia el 1800. El último era el instrumento de grandes terratenientes, como Washington, y de los comerciantes que querían mantener una relación estrecha con Inglaterra, el país de la revolución industrial y por tanto el que estaba en capacidad de proporcionarles a los compradores norteamericanos más artículos de comercio, y el Republicano era el partido de los agricultores medianos y pequeños y de la pequeña burguesía industrial (artesanos) y profesional partidaria de la Revolución Francesa. Conviene tomar nota de que en los dos partidos había dueños de esclavos, como sucedía por ejemplo en el caso de George Washington, que era federalista, y en el de Thomas Jefferson, que fue el primer líder de los republicanos; pero debemos advertir que para esos años la producción del trabajo esclavo no tenía aún, en los Estados Unidos, los rasgos brutales que iba a tener después porque no era una producción destinada fundamentalmente al mercado europeo,

como iba a serlo más tarde. En las últimas líneas de la parte 6 del capítulo sobre la acumulación originaria de *El Capital*, Marx dice con toda claridad que la esclavitud norteamericana era “más o menos patriarcal” antes de que la industria algodonera inglesa sirviera de estímulo (acícate, dice él) para convertir esa esclavitud “en un sistema comercial de explotación”. Y así sucedía. Al terminar el siglo XVIII y empezar el XIX, época en la cual se formaron los dos partidos norteamericanos que hemos mencionado, las relaciones entre amos y esclavos no eran aún en Norteamérica lo que iban a ser en el 1830 ó el 1840, y eso es lo que explica que Jefferson tuviera hijos con una de sus esclavas sin que ese hecho le hiciera daño a su vida pública, cosa que no habría sido posible treinta o cuarenta años después.

Si los lectores están de acuerdo con la tesis de que el régimen político llamado democracia representativa es la expresión política del capitalismo (lo mismo cuando es presidencial, a la manera norteamericana, que cuando es parlamentaria, como en la mayoría de los países de Europa), y si aceptan que el primer Estado que se organizó en forma de una democracia burguesa fue el de los Estados Unidos, pasaremos a demostrar que ese tipo de gobierno no ha sido en ningún momento de su existencia lo que dicen de él aquellos que han estado recibiendo los beneficios que él da.

La propaganda favorable a la democracia representativa descansa fundamentalmente en la suposición de que en ella hay garantías suficientes para que todo el mundo haga uso de derechos y de libertades que son no sólo políticos sino también económicos, lo mismo que ganarse la vida como obrero que hacerse millonario si eso es lo que una persona quiere ser; pero la historia de los Estados Unidos nos dice que eso no es cierto, y pasaremos en el acto a demostrarlo con ejemplos que nadie puede refutar.

Veamos el caso de los sirvientes contratados. Esas eran personas obligadas por contrato a trabajar para los que les habían pagado el viaje desde Europa hasta Norteamérica mientras no hubieran cubierto con su trabajo el costo de ese viaje.

Los sirvientes contratados no se beneficiaron ni económica ni políticamente de las libertades a que se refería la Constitución de 1789, y siguieron viviendo durante mucho tiempo con las limitaciones de todo tipo con que habían estado viviendo antes de ese año; y otro tanto les pasaba a los esclavos africanos.

El 2 de marzo de 1807, Thomas Jefferson, el tercer presidente del país, para cumplir un acuerdo que había tomado 20 años antes la Convención Constituyente, firmó una ley que le ponía fin a la trata de negros, pero la ley no se cumplió y la esclavitud siguió siendo una realidad poderosa en los estados del Sur, donde se empleaba a los esclavos principalmente en la siembra, el cuidado y la recolección del algodón. Una parte de ese algodón se vendía en Inglaterra, y según leemos en *Historia de la trata de negros* (Mannix y Cowley, pp.190-191), entre 1822 y 1850 la producción de balas de algodón había pasado de 500 mil a 5 millones, esto es, se había multiplicado por diez en 22 años; y ese aumento tan enorme hizo posible que además de alimentar la industria inglesa del tejido, el algodón producido por los esclavos del Sur sirviera para llevar la fabricación de telas norteamericanas a su total industrialización, lo que le permitía competir con la de Inglaterra en una época tan temprana como hacia el 1850.

A nadie se le ha ocurrido hacer un estudio de lo que aportaron a la acumulación originaria de Norteamérica las tierras arrebatadas a los indios y el trabajo forzado de los esclavos africanos y sus descendientes, pero no puede haber duda de que esos dos aportes fueron determinantes para hacer de los Estados Unidos el gran país capitalista en que iba a convertirse a partir

de la guerra de Secesión (1861-1865). El año antes de que empezara esa guerra, la población esclava era superior a los 4 millones 440 mil, y debemos tener en cuenta que en el 1714 sólo había 59 mil, y que cuarenta años después apenas se había multiplicado cuatro veces y media (para llegar a 263 mil). De los esclavos que había en 1860, los que se hallaban en el territorio confederado, o sea, en los lugares que estaban bajo el gobierno de los rebeldes del Sur, fueron declarados libres (o emancipados, como pasaron a llamarse) por Abraham Lincoln en el 1863, pero una gran parte de sus descendientes no llegaron a tener ni siquiera idea de qué era la democracia.

En ningún momento de la historia norteamericana anterior a 1863 pudieron los esclavos africanos o sus hijos y sus nietos ejercer esos derechos democráticos de que se habla ahora como si hubieran sido aplicados en los Estados Unidos, y en beneficio de todos los que vivían en ese país, desde el día en que fue aprobada la Constitución de 1789. Entre los varios millones de negros que había en América del Norte al comenzar este siglo, una gran parte no se habían enterado de que había una Constitución y varias leyes que les garantizaban el ejercicio de tales derechos, y en la década de 1960, predicar entre los negros de Mississippi que debían votar les costó la vida a unos cuantos blancos. Condenar a un ser humano a la muerte sin que se le dé oportunidad de defenderse, por sí mismo o mediante otra persona, es un crimen en cualquier lugar del mundo, sin embargo en varias partes del Sur de los Estados Unidos y hasta hace pocos años, un negro podía ser víctima del tipo de pena llamado linchamiento, que no se había conocido en el mundo y que era ejecutado por muchedumbres de blancos entre los cuales a menudo había niños y mujeres. El linchamiento se llevaba a cabo cuando un negro era acusado, sin que fuera necesario presentar pruebas, de haber violado o pretendido violar o siquiera de haber

piropeado a una blanca. Tan pronto se lanzaba la acusación el negro empezaba a ser perseguido por grupos de blancos que lo mataban a balazos, a palos, a pedradas o ahorcándolo de un árbol, pero el ahorcamiento era el método preferido. En numerosos casos de linchamiento, la acusación era falsa, pero la muerte de la víctima era siempre real.

En lo que se refiere a las tierras de los indios, podemos imaginarnos que enormes cantidades de ellas les fueron arrebatadas en los años que transcurrieron desde que llegaron al país los primeros colonizadores ingleses si nos detenemos a pensar que en el año 1887 las tierras propiedad de pueblos indios alcanzaban a 890 millones de tareas (56 millones de hectáreas), y al terminar el siglo habían quedado reducidas a 333 millones 500 mil (21 millones de hectáreas).

El Congreso de los Estados Unidos, el primero que había sido elegido según las normas de la nueva Constitución, había declarado en agosto de 1789 que las tierras de los indios no debían pasar a otras manos sin su consentimiento y que las leyes del país debían impedir que se cometieran injusticias con ellos, pero en el año 1830, cuando los pueblos cheroquí y seminole se negaron a vender parte de sus tierras, se les obligó a hacerlo a fuerza de tiros, y a partir de ese momento el gobierno dispuso de grandes extensiones de terrenos de la propiedad de los indios para dárselos de regalo a las compañías que iban estableciendo por todas partes líneas de ferrocarriles. (Abundan en varios libros los datos acerca de los fabulosos negocios que se hicieron en los Estados Unidos con las tierras que se les daban a los promotores de líneas férreas del siglo pasado, pero la escasez de espacio y lo difícil que es resumir en pocas palabras lo dicho en esos libros o en algunos de ellos nos impide usar esos datos; sin embargo queremos señalar un título: *The Robber Barons*, de Matthew Josephson, publicado en 1962 por Harcourt, Braze & World, Inc. New York).

En ocasiones se sacaba a millares de indios de una región y se les llevaba a otros sitios, hechos que dieron lugar a muchos levantamientos y a matanzas como la de Wounded Knee Creek, en Dakota del Sur, y en menos de un siglo la población india decayó tanto que en California, donde hacia 1853 había sido estimada en 100 mil, para 1906 había sólo 19 mil.

IV

Si analizamos la realidad norteamericana limitándonos a hacerlo desde el punto de vista racial, hallamos que la democracia representativa, establecida en los Estados Unidos por primera vez en la historia humana, no les garantizó el ejercicio de las libertades llamadas democráticas ni a los negros ni a los indios. Ahora falta que analicemos esa realidad desde el punto de vista social para saber si se lo garantizó a los blancos de todas las clases o sólo a la minoría que ha compuesto la cúspide del poder económico y político del país desde que quedó proclamada, el 4 de julio de 1776, la independencia de las trece colonias inglesas que iban a formar la primera república del mundo.

La violencia criminal que se usó en América del Norte contra los obreros en el siglo pasado y en el presente llenaría muchas páginas de *Vanguardia* si quisiéramos exponerla en detalle, pero no lo haremos; vamos a referirnos nada más a algunos episodios conocidos, de los cuales hemos seleccionado cinco que pueden dar una idea bastante clara de lo que ha sido la lucha de clases en los Estados Unidos a lo largo de 60 años. De esos 60 años 23 corresponden al siglo pasado y 37 a éste en que nos hallamos.

El 21 de junio de 1877 fueron ahorcados en Pensylvania James Boyle y Hugh Mc Greehan, James Roarity y James Carroll, Thomas Munley y Thomas Duffy; y en la villa de Mauch Chund, del mismo estado de Pensylvania, sufrieron igual pena Edward Kelly, Alexander Campbell, Michael J. Doyle y

John Donahue, todos miembros de una organización de ayuda mutua llamada La Vieja Orden de Hibernia cuya misión era, según decían sus estatutos, “promover la amistad, la unión y la verdadera caridad cristiana entre sus miembros” así como recaudar “fondos para ayudar a los viejos necesitados, a los enfermos y a los ciegos”; pero todos fueron acusados de pertenecer a una banda de asesinos llamada los Molly Maguires, y periódicos como el *Times de Filadelfia* y el *Tribune de Chicago* saludaron esas muertes diciendo en grandes titulares que ellas eran “Un triunfo de la ley y la justicia”, y una publicación titulada “Diario de los Mineros” los acusó de este crimen: “Dondequiera que los salarios no les acomodaban (los Molly Maguires) organizaban y proclamaban huelgas”, y eso, sólo eso fue la causa de su muerte, puesto que hasta el día de hoy, ni en los Estados Unidos ni en Irlanda, donde se decía que tenían su base, se ha presentado una sola prueba de un crimen de los Molly Maguires, y lo que es más, de que haya existido alguna vez una organización pública o secreta que llevara ese nombre.

Tal vez no haya una persona interesada en la historia del movimiento obrero que ignore lo que sucedió en Chicago el 4 de mayo de 1886 y las consecuencias de esos hechos, pero tal vez no todo el mundo sepa que esos hechos habían comenzado en la mañana del día 1º, cuando el periódico *Mail (El Correo)* de Chicago apareció con un editorial en que se leían las siguientes palabras: “En esta ciudad hay dos grandes rufianes, dos cobardes clandestinos que están tratando de crear problemas. Uno de ellos se llama Parsons; el otro se llama Spies... Márquenlos para hoy... Si sucede algo, hagan con ellos un ejemplo”. Y tal como lo dijo el *Mail*, con ellos, y con otros, se hizo un ejemplo del cual hablaremos dentro de poco.

En varias partes de los Estados Unidos se llevaban a cabo movilizaciones de obreros que pedían la votación de una ley

mediante la cual el horario de trabajo quedara limitado a ocho horas, y Albert Parsons y August Spies eran los que encabezaban esas movilizaciones en Chicago. Parsons dirigía un periódico quincenal hecho en lengua inglesa y Spies uno diario escrito en alemán; ambos contaban con la ayuda de varios compañeros entre los cuales se destacaban George Engel, Andolph Fischer, Louis Lingg, Michael Schwab, Samuel Fielden. Todos ellos dirigieron un desfile que se llevó a cabo en Chicago el 1° de mayo (1886) en apoyo de la ley de las ocho horas. En el desfile tomaron parte 80 mil obreros y no se produjo ningún incidente a pesar de la venenosa advertencia del *Mail*: "... Si sucede algo, hagan con ellos un ejemplo". Pero sucedió que dos días después algunos trabajadores de una compañía maderera que habían sido sustituidos en sus puestos por rompehuelgas se reunieron cerca de las instalaciones de la compañía para hablar con Spies y sin haber dado motivo para que se les atacara fueron agredidos de buenas a primeras por 200 policías que mataron a cuatro e hirieron a varios más. Inmediatamente, Spies, Parsons y sus amigos convocaron a un mitin de protesta que debía celebrarse el día 3 en un lugar de Chicago llamado Haymarket. A las 10 de la noche, cuando el mitin estaba llegando a su fin con toda normalidad, se presentaron 180 policías y alguien (hasta hoy no ha podido saberse quién) lanzó una bomba que mató a 8 policías e hirió a 17. Tampoco se sabe cuántos obreros, de los 3 mil que había en el mitin, perdieron la vida esa noche, de lo que quedó constancia fue del número de heridos; más de 200, la mayoría por disparos y macanazos de policías.

Sin que se hubiera aportado una sola prueba de que tuvieron la menor relación con el lanzamiento de la bomba de Haymarket, la justicia del "ejemplo más acabado de Estado moderno" envió a la horca a Parsons, Spies, Engel, Fischer y Lingg. Este último se burló del verdugo haciendo explotar

un cartucho de dinamita que se había metido en la boca, y a Fielden y Schwab se les conmutó la pena de ahorcamiento por la de prisión perpetua. A todos ellos se les conoce en la historia del movimiento obrero con el nombre de los Mártires de Chicago.

En septiembre de 1893 la compañía ferrocarrilera Pullman bajó los salarios de sus trabajadores en 22 por ciento y al cabo de nueve meses de negociaciones no sólo se había negado a mejorar los sueldos sino que dejó sin empleo a los que formaban el comité de reclamación, y el 26 de junio de 1894 los 60 mil obreros de todas las líneas Pullman que salían de Chicago hacia el oeste abandonaron sus trabajos e iniciaron una huelga memorable. Para aplastar ese movimiento, el presidente Grover Cleveland envió a Chicago fuerzas militares que mataron a tiros a más de 30 huelguistas e hirieron a muchos más y llevaron a cabo otras matanzas los días 7 y 9 de julio.

Al comenzar el año 1912, el promedio de horas de trabajo para los trabajadores no calificados era de 56 a la semana y el pago en el mismo tiempo, 8 dólares con 76 centavos; pero los obreros de la Colorado Fuel and Iron, una compañía propiedad de la familia Rockefeller, ganaban 1 dólar con 68 centavos por día (apenas 50 dólares al mes), cantidad que no se les pagaba en dinero sino en vales para tiendas de la compañía; las iglesias donde iban estaban servidas por ministros (o pastores) escogidos por la compañía que se encargaban de censurar los libros que estuvieran en contradicción con la santa *Biblia*; las casas donde vivían eran chozas de dos habitaciones pequeñas que la compañía les alquilaba en mensualidades altas y de las cuales podía sacarlos en cualquier momento con sólo un preaviso de tres días; y por si todo eso era poco, la compañía tenía empleados entre los trabajadores espías, detectives y guardias cuya función era mantener a los obreros bajo control, aunque no pudieron evitar que en la mañana del 23 de

septiembre de 1913 estallara una huelga que comenzó con choques entre los huelguistas y los detectives. El 17 de octubre, policías privados empezaron a disparar ametralladoras para respaldar a rompeshuelgas contratados por la compañía, pero los huelguistas no se dejaron asustar y el día 20 de abril (1914), el gobernador de Colorado envió fuerzas armadas (las milicias o guardias nacionales) que dieron muerte a dos hombres y un niño y le pegaron fuego al pueblo de Ludlow; al día siguiente aparecieron los cadáveres de dos mujeres y once niños que se habían refugiado en una cueva y murieron allí asfixiados por el humo del incendio. A partir de ese momento, llenos de ira, los mineros se dedicaron a destruir propiedades y atacar guardias nacionales. Para someterlos, el presidente Woodrow Wilson (el mismo que iba a enviar en 1916 la infantería de Marina a ocupar militarmente la República Dominicana) despachó tropas del ejército. Ese episodio se conoce como la Masacre de Ludlow.

Para ese año de 1914 había 2 millones de niños trabajadores de menos de 16 años, la mayoría de ellos en tareas agrícolas y medio millón en industrias. Fue en 1916 cuando vino a prohibirse el comercio entre los estados de productos industriales fabricados por niños menores de 14 años, y en marzo de 1917 se estableció el horario de 8 horas, pero sólo para los obreros de ferrocarriles.

Al comenzar el mes de abril de 1917, los Estados Unidos entraron, como aliados de Francia, Inglaterra e Italia, en la guerra mundial de 1914-1918, y pocos meses después empezó la persecución de la llamada Organización Obrera Mundial (OOM, y en inglés, Industrial Workers of the World, IWW), que había denunciado esa guerra como un negocio sangriento de los monopolios capitalistas. Líderes y miembros de la OOM fueron apresados en todo el país, se allanaron locales y hogares en busca de documentación y de personas

acusadas de ser bolcheviques (nombre que se les daba a los comunistas rusos, que hicieron ese mismo año de 1917 la revolución que los llevó al poder); a partir de entonces se convirtió en hábito llamar comunista a todo el que reclamaba derechos sindicales, y en varios sindicatos se organizaron guardias para combatir el radicalismo de los obreros más tenaces en la reclamación de sus derechos y los de sus compañeros. En esos días se vieron espectáculos lamentables, como linchamientos de dirigentes obreros y la humillación de unos 150 huelguistas de un lugar de Virginia del Oeste, a quienes la policía obligó a besar la bandera norteamericana puestos de rodillas en plena calle. Miles de obreros y miembros de la OOM fueron a dar a las cárceles.

A mediados del siglo pasado se había establecido una firma que se dedicó al más extraño de los negocios: el detectivismo privado y al mismo tiempo a darles a las empresas servicios policiales. Su fundador se llamaba Allan Pinkerton. Con la crisis económica de 1873, la empresa de Pinkerton estuvo a punto de quebrar, pero la salvó un grupo de fuertes capitalistas mineros que le adelantaron 100 mil dólares para que se dedicara a infiltrar los sindicatos de sus trabajadores a fin de descubrir con anticipación cuándo y cómo iban a presentarse demandas de salarios más altos o huelgas.

De buenas a primeras, finalizando el mes de octubre de 1929, la economía norteamericana se desfondó a tal punto que en dos años y medio desaparecieron 4 mil 835 bancos y con ellos se perdieron los ahorros de millones de familias, pero conviene advertir que entre esas familias no estaban ni la de los Rockefeller ni la de los Morgan ni los Mellon, los Carnegie, los Du Pont, los Astor o los Vanderbilt o los Ford, en suma, ninguna de las muchas que disponían de millones y millones de dólares y con ellos mantenían bajo control al gran capital norteamericano. En lo que se refiere a los trabajadores, para

fin de 1932 los salarios de los obreros industriales, que antes de la crisis eran en total 15 mil millones de dólares al año, bajaron a 6 mil millones. En marzo de 1933 había 13 millones de personas desempleadas, y esa cantidad equivalía nada menos que a la cuarta parte de la población que necesitaba, para mantenerse viva, vender su fuerza de trabajo; y para 1933 no había en los Estados Unidos subsidio para los desempleados. La proporción bajó en el 1934, pero se mantuvo por encima de 21 por ciento, casi en el 22 por ciento (fue el 21.7 por ciento), y en 1935 bajó a 20.1 por ciento. La masa obrera norteamericana no podía resistir esa situación y reaccionaba lanzándose a organizar poderosos movimientos de huelga, como los que tuvieron lugar en los años 1933 y 1934 en San Francisco, Seattle, Toledo y Minneapolis, en las que fueron muchos los trabajadores muertos a tiros, centenares los heridos y miles los presos. De día en día la masa obrera iba haciéndose consciente de que la democracia representativa, de que tan orgullosos estaban millones de norteamericanos, no tenía para ella ningún sentido. En esa hora verdaderamente sombría, el capitalismo corría peligro de muerte en el “ejemplo más acabado de Estado moderno”: si se negaba a hacerles concesiones a los trabajadores, nadie sabía lo que iba a pasar en la poderosa y orgullosa Norteamérica; y del seno de la clase gobernante salió el líder que iba a salvar al capitalismo: fue Franklin Delano Roosevelt.

Franklin Delano Roosevelt había ganado, como candidato del Partido Demócrata, las elecciones de 1932, y desde el 4 de marzo de 1933 era presidente de la República. Presionado por la virtual sublevación de varios millones de trabajadores, Roosevelt formó en el verano de 1934 una comisión encargada de estudiar medidas que mejoraran la situación de la masa obrera y especialmente de los desempleados. Esa comisión fue la autora del plan que iba a llamarse Seguro Social,

verdadera llave de desahogo de la caldera en que se había convertido el país. El Seguro Social fue, además, el medio de que se valió el sistema capitalista de los Estados Unidos para sumar la clase obrera a la clase gobernante, aunque en condiciones de pariente pobre puesto que no iba a darse el caso de que un obrero fuera elegido Presidente de la República y ni siquiera candidato a ese cargo o al de miembro del Senado, pero pasó en bloque a darle apoyo político a esa clase gobernante, que para los trabajadores quedó personificada, al menos en los primeros años, en Franklin Delano Roosevelt, al que los votos obreros le dieron una segunda y una tercera reelección, o sea, cuatro términos presidenciales, algo que no se había visto antes y que no volvería a verse en la historia norteamericana. A partir de 1935 los trabajadores de los Estados Unidos fueron adquiriendo la ideología burguesa, y cuarenta años más tarde eran mayoritariamente defensores de todo lo que les proporcionara mejores salarios aunque fuera la política guerrerrista de Lyndon B. Johnson en Viet Nam o el ataque de Nixon a Cambodia.

Ese proceso de integración de la clase obrera en el conjunto de la clase gobernante estadounidense no ha sido visto con claridad porque en el año 1937 se produjeron huelgas muy fuertes y muy agresivas, lo que puede dar la idea de que la clase obrera era en 1937 la misma de otras épocas, pero debe tomarse nota de que en 1937 hubo una recaída de la crisis que llevó el desempleo en 1938 a 19 por ciento, de 16.9 que había sido en 1936, y además debe advertirse que el paso ideológico hacia la clase gobernante no podía darse de repente sino que requería muchos años para que sus resultados políticos pudieran ser debidamente apreciados.

El año 1937 comenzó con huelgas de obreros sentados en las plantas de fabricación de automóviles de la General Motors y con ataques policiales contra los huelguistas que dejaron

muchos heridos, pero fue en el mes de mayo cuando tuvieron lugar los episodios más violentos de esos días. Para darle fin a la huelga de Little Steel, en Chicago, la policía mató ese mes 18 obreros, hirió a 160 e hizo presos a varios centenares. Un comité investigador del Senado informó que de 1933 a 1937, varias industrias habían metido en los sindicatos 3 mil 781 agentes secretos, muchos de los cuales habían llegado a ser líderes obreros cuya función era convencer a los trabajadores de que usaran los métodos más violentos en su lucha contra los capitalistas, y si conseguían que los obreros se lanzaran a actuar siguiendo esos consejos, los patronos, avisados por esos agentes provocadores, los esperaban con policías armados de macanas, bombas lacrimógenas y pistolas. En servicio de espionaje y provocadores, los industriales norteamericanos gastaban 80 millones de dólares al año*.

Como puede ver al lector, la democracia representativa de los Estados Unidos no les concedió derechos ni políticos ni sociales ni a los llamados sirvientes contratados que había en el país cuando éste se organizó como el “ejemplo más acabado de Estado moderno” ni a los que estuvieron formando parte de la sociedad norteamericana hasta bien avanzado el siglo XIX; tampoco se los concedió, hasta pasada la primera mitad de este siglo, a los esclavos y sus descendientes, muchos de los cuales murieron de la manera más brutal en linchamientos que jamás fueron condenados por los poderes públicos; y por último, durante más de 130 años esos derechos no ampararon a los indios, dueños originales del país, pues fue en 1924

* Para datos sobre los movimientos obreros en los Estados Unidos, ver *The Labor Wars*, de Sidney Lens, Anchor Books, Garden City, New York, 1974; *The Rockefellers*, de Peter Collier y David Horowitz, New American Library, New York, 1977, pp.107-112; *A History of American Labor*, de Joseph G. Rayback, The Free Press, New York, 1966; para el desempleo en los Estados Unidos en la década de 1930, *El capital monopolista*, de Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, México, Siglo XXI Editores, 1969, pp.184 ss.

cuando se admitió que ellos eran ciudadanos norteamericanos si bien todavía en 1948 había estados, como Arizona y Nuevo México, que se negaban a aceptar que lo eran.

Como puede ver el lector, la democracia burguesa apareció en la historia como un sistema político que operaba en beneficio exclusivo de la minoría dueña de los bienes de producción. Fue, desde su nacimiento, un régimen político al servicio de la burguesía.

21 de junio de 1978.

4 de abril-2 de mayo de 1979.

¿QUÉ ES UN PARTIDO DE LIBERACIÓN NACIONAL?

I

En la República Dominicana hay gente que confunde a los partidos de liberación nacional con los partidos comunistas, y lo que es peor, hay comunistas que propagan la tesis de que un partido de liberación nacional es reaccionario o de derechas porque no es comunista. Esa argumentación recibe fuerzas del hecho de que en algunos países de la región del Caribe, como son Guatemala y Costa Rica, hay partidos llamados de Liberación Nacional que no se diferencian en nada de los tradicionales al estilo del Liberal y el Conservador de Colombia, o de los que se hacen llamar social-demócratas —esto es, socialistas, si bien agregan a esa palabra la de democráticos—, como el PRD de nuestro país, cuyos líderes hablan un lenguaje revolucionario pero son sirvientes de burguesías nacionales retrógradas y lacayos vergonzantes de todos los gobiernos norteamericanos.

(En este punto viene bien recordar que casi inmediatamente después de nuestra salida del PRD, su llamado líder máximo condujo a toda la alta dirección de ese partido al Departamento de Estado de Washington, y lo hizo no una vez sino dos, demostración de lacayismo político que no ha sido igualada por ningún otro de los partidos tradicionales de la América Latina).

El tipo de sociedad en que vivimos los dominicanos crea una atmósfera favorable para el trabajo de los que se dedican a confundir en el orden político a personas que no tienen una

idea clara de la diferencia que hay entre el PLD y el PCD, y crea esa atmósfera porque el nuestro es un país típico de los llamados del Tercer Mundo, o sea, de los que no pertenecen al grupo de capitalismo desarrollado, al estilo de Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, ni a los del sistema socialista, y lo que les da carácter a los países del Tercer Mundo es su escaso desarrollo capitalista, del cual surge como fruto natural un escaso desarrollo social que a su vez se refleja en un débil desarrollo político.

El débil desarrollo político que tenemos en nuestro país impide que muchos dominicanos se den cuenta de lo que es en realidad la sociedad en que vivimos; que se hagan cargo de que aunque todos los libros políticos que nos llegan de otros mundos afirmen que los hombres y las mujeres se dividen en dos clases antagónicas, que son la burguesía y el proletariado, en la República Dominicana, como en todo el Tercer Mundo, no se ha llegado todavía a esa etapa porque la división en clases es producto del desarrollo capitalista y en los países del Tercer Mundo no se ha alcanzado aún el grado de desarrollo capitalista necesario para que la división en clases acabe concentrándose en capitalistas de un lado y obreros del otro, y lo que es más importante, ni nuestros burgueses ni nuestros proletarios tienen todavía conciencia política de lo que son, razón por la cual los primeros piensan, sienten y actúan como si fueran parte de la burguesía norteamericana, y los segundos no están en absoluto conformes con la idea de que son obreros, la generalidad aspira a que sus hijos sean médicos, arquitectos, ingenieros, esto es, a que su descendencia entre en los círculos burgueses aunque sea en condición de parientes pobres.

Fundación del Viet Minh

Los capitalistas de los países del Tercer Mundo son pocos y además dependientes; dependen del capitalismo de las que

fueron sus metrópolis, y no puede ser de otra manera porque su condición de debilidad intrínseca, que es relativa en el orden económico pero es absoluta en el orden político, no les permite desarrollarse en ningún sentido. Por esa razón la burguesía de tales países no forma partidos políticos organizados para luchar por la independencia sino que al contrario, apoya a los que se pliegan a los intereses del capital extranjero, y en el caso concreto de América Latina, son servidores del capital norteamericano y por tanto de los gobiernos de Estados Unidos.

En lo que se refiere a los obreros hacen reclamos en el terreno económico y llegan en ese camino a participar en huelgas, pero como carecen de conciencia política no se organizan en partidos comunistas salvo en el caso de los de países que tienen desarrollo industrial, como sucede en Argentina y Brasil; y debemos entender que los partidos comunistas deben estar formados por masas obreras, aunque tengan un número limitado de pequeños burgueses en sus filas, y de no ser así no serán realmente partidos proletarios.

Ahora bien, los partidos comunistas del Tercer Mundo no pueden llevar a cabo luchas de liberación nacional porque su condición de partidos de la clase obrera limita de manera determinante su capacidad para aglutinar las diferentes fuerzas sociales que intervienen en ese tipo de luchas. Eso lo supieron o lo adivinaron a tiempo Ho Chi Minh, Fidel Castro, Carlos Fonseca Amador y Mengistu Haile Mariam, el primero de los cuales se había hecho comunista en el año 1920, y había formado en enero de 1930 el Partido Comunista de Indochina, que fue organizado para llevar el comunismo no sólo a lo que hoy es Viet Nam sino también a Cambodia y Laos, y disolvió ese partido para formar en 1944 la Liga para la Independencia de Viet Nam, que pasó a ser conocida en todo el mundo con las palabras Viet Minh.

En Relatos de Viet Nam, libro publicado en Buenos Aires en marzo de 1973 autorizado por Vo Nguyen Giap, que fue jefe militar de la guerra contra los ejércitos norteamericanos, se cuenta (en la página 145) que “Cuando hubo que elegir un nombre capaz de unir a las masas en el seno de un Frente Nacional Unido, separamos el adjetivo ‘anti-imperialista’ por ser demasiado duro... Se adoptó finalmente la expresión Liga para la Independencia de Viet Nam, leída por el mismo Ho Chi Minh en la plaza Ba Dinh de Hanoi el 2 de septiembre de 1945”. En ese documento tan importante para la historia de Viet Nam, Ho Chi Minh copió a la letra por lo menos un párrafo de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, cosa que no habría podido hacer si hubiera hablado a nombre nada más del Partido Comunista de Indochina o de Viet Nam, en el caso de que éste hubiera existido; que no existía porque el partido que representaba dentro de la Liga para la Independencia de Viet Nam o Viet Minh a los comunistas de Viet Nam era el Partido de los Trabajadores.

Además del Viet Minh, que operaba en Viet Nam del Norte, en Viet Nam del Sur se creó el Frente de Liberación de Viet Nam del Sur, que al quedar organizado en diciembre de 1960 hizo público un manifiesto en el que llamaba a la unión de los obreros, campesinos y trabajadores de la zona sur de Viet Nam; a los intelectuales, a los industriales y comerciantes, a las minorías nacionales, a los soldados y oficiales (de los ejércitos del Sur) que fueran patriotas; a los jóvenes y las jóvenes, a los vietnamitas que residían en países extranjeros, y nada menos que a las personas notables, lo que equivalía a decir mandarines o nobles del reinado de Bao Dai, que había sido emperador del país (llamado entonces Amnam) hasta el 1945, esto es, hasta quince años antes.

Programa del Frente de Liberación

El Partido Comunista Dominicano y sus aliados han estado lanzando durante meses duras críticas al Partido de la Liberación Dominicana porque éste no llevó a las elecciones de este año un programa socialista. Naturalmente, si esos partidos nos condenan ante la opinión pública porque no presentamos un programa socialista en las elecciones recién pasadas es porque ellos sí llevaron un programa que sin la menor duda habrían envidiado los partidos comunistas de Alemania del Este, Hungría, la Unión Soviética y hasta la República Popular de Corea. Pero las críticas que nos hacen debieron hacérsela al Frente de Liberación de Viet Nam del Sur, que por el hecho de llevar adelante una guerra en la que desde los primeros días se mostró ante el mundo como mejor dotado para la acción que la conjunción de sus enemigos, entre los cuales estaba el poderío militar más grande de la Tierra, disponía de libertad política para enarbolar un programa radical, y sin embargo su programa no podía ser más comedido.

¿Qué le ofrecía a su pueblo, en esa guerra, el Frente de Liberación de Viet Nam del Sur?

“¡Paz, Independencia, Democracia! ¡Arroz y ropa! ¡Reunificación del país! Esas son nuestras aspiraciones, las más profundas y las más apremiantes”, decía el manifiesto del Frente (página 19 de *Front National de Liberation du Sud Viet Nam, Documents. Edition Giai Phong, December, 1968*). En las páginas siguientes ofrecía en detalle esos mismos puntos en esta forma:

I: Derrota del régimen colonial disfrazado por los imperialistas americanos y la dictadura de Ngo Dinh Diem, su agente, (y) establecimiento de un gobierno de coalición nacional y democracia; II: Instauración de un régimen progresista y democrático (con “libertad de opinión, de prensa, de reunión, sindical y de movimientos o circulación” así como

libertad de creencias). (Aquí sigue un párrafo que dice así: “Todos los partidos y todas las organizaciones patrióticas sin distinción de tendencia política serán libres para ejercer sus actividades”).

En materia económica, lo que ofrecía el Frente Nacional de Liberación de Viet Nam del Sur no podía ser más grato a los empresarios y propietarios del país, porque si bien anunciaba que los monopolios económicos de los “imperialistas americanos” y de sus agentes serían abolidos y confiscados, también afirmaba que se ayudaría a industriales y comerciantes a desarrollar la industria y la artesanía, ofrecía la desaparición de todos los impuestos a la producción, la protección a los que fabricaban artículos nacionales, la limitación de las importaciones de mercancías que podían producirse en el país y reducir los impuestos de importación para las maquinarias y las materias primas así como ayudar a la agricultura y a los agricultores, estimular e impulsar los intercambios económicos entre las ciudades y los campos, entre las llanuras y las regiones montañosas y desarrollar el comercio con otros países “sin distinción de (su) régimen político”.

Podríamos llenar varias páginas con párrafos extraídos de ése y de un segundo programa del Frente Nacional de Liberación de Viet Nam del Sur que se hizo público durante los años de la guerra, en los cuales no se dice nada, pero absolutamente nada que se relacione, siquiera, con propósitos socialistas ni con algo que se les pareciera.

¿Por qué fueron tan cuidadosos en esa materia los líderes políticos de esa gran epopeya que fue la guerra por la independencia de Viet Nam?

Porque en esa larga lucha debían contar, necesariamente, con el apoyo del mayor número de los diferentes sectores sociales de Viet Nam del Norte y de Viet Nam del Sur, que en sociedades del Tercer Mundo, como era entonces el pueblo de

Ho Chi Minh, no se reducen a los dos consabidos de burguesía y proletariado; pero además porque en ese tipo de sociedades de capitalismo tardío, y por tardío escasamente desarrollado, el proletariado tiene muy poca conciencia política de clase, como le sucede también a la burguesía, y por esa razón es una tontería insigne contar sólo con él para llevar a cabo las muy complejas tareas que requiere la lucha por la liberación nacional.

Ho Chi Minh, el liquidador

Los hechos nos dicen que Ho Chi Minh supo distinguir a tiempo que para llevar adelante la lucha por la liberación de su pueblo hacía falta organizar un instrumento político diferente, y mucho más complejo que el Partido Comunista de Indochina. Lo que no sabemos es si llegó a esa conclusión estudiando en detalle las posibilidades de acción que tenía por delante o si la adoptó de manera instintiva. Pudo haber llegado lo mismo por la primera vía que por la segunda porque la política es a la vez una ciencia y un arte y los que traen al mundo la genialidad política pueden adoptar decisiones de importancia excepcional impulsados por su instinto, y no hay duda de que Ho Chi Minh tuvo los atributos de un genio político.

Cuando disolvió el Partido Comunista de Indochina cayó sobre Ho Chi Minh un diluvio de acusaciones que le hacían los partidos comunistas de toda la región asiática, incluyendo entre esos partidos el de China, pero también se le acusaba en la Unión Soviética. Se le adjudicó el sobrenombre de El Liquidador. En esos días China, la Unión Soviética y los países que tenían colonias en la zona, como era el caso de Inglaterra y de Francia, estaban pasando por una de las peores épocas de la historia humana, la de la guerra que les hacían Alemania, Italia y Japón, y es posible que entre los partidos

comunistas de Asia se difundiera la creencia de que al disolver el partido que había fundado, Ho Chi Minh se había convertido en un desertor.

Pero si sucedió así, los acusadores no tardaron en rectificar porque Ho Chi Minh estaba llamado a convertirse a la vuelta de pocos años en una de las grandes figuras de la historia del siglo XX.

II

Lo que ha venido a ser conocido desde hace algunos años como un partido de liberación nacional se llamó en Viet Nam, allá por el 1944, Liga para la Independencia de Viet Nam; se llamó en Viet Nam del Sur, Frente de Liberación de Viet Nam del Sur; se llamó en Cuba, Movimiento 26 de Julio y en Nicaragua, Frente Sandinista de Liberación Nacional.

En el artículo anterior explicamos qué eran la Liga para la Independencia de Viet Nam y el Frente de Liberación de Viet Nam del Sur, y lo hicimos presentando unos pocos ejemplos de lo que podría ser calificado de posición política de esas dos organizaciones en relación con los problemas económicos y sociales de Viet Nam del Norte y Viet Nam del Sur y también en relación con Estados Unidos, que les hizo una guerra larga y despiadada a las dos porciones del antiguo Annam; y en ningún momento dijeron esas organizaciones vietnamitas que para los años de la guerra o para después tenían un programa socialista o algo que pudiera ser tomado como tal.

La Liga para la Independencia de Viet Nam tenía ya nueve años de lucha cuando Fidel Castro se lanzó el 26 de julio de 1953 a asaltar en Santiago de Cuba el cuartel Moncada al frente de unos 150 jóvenes que no estaban organizados sobre bases estatutarias ni alrededor de una definición ideológica. Lo que tenía ese grupo era el propósito de sacar del poder a Fulgencio Batista, que lo había tomado mediante

un golpe militar hacía un año y tres meses y medio. El propio Fidel Castro lo diría en 1963 con estas palabras: “Empecé a organizar las primeras células de acción, con la esperanza de trabajar junto con los líderes del partido [*el Revolucionario Cubano Ortodoxo, de cuya juventud era líder, nota de JB*] que estuvieran dispuestos a cumplir con el deber elemental de luchar contra Batista...”

El asalto al cuartel Moncada, que costó vidas valiosas, tiene importancia histórica porque a pesar de que sus autores fueron derrotados no quedó como un hecho aislado sino que pasó a ser el punto de partida para una carrera revolucionaria que iniciaría en el Nuevo Mundo la era del socialismo, pero debemos dejar claro en la mente del lector que ni Fidel Castro ni ninguno de los compañeros que fueron con él a ese asalto estaban pensando o habían pensado antes en hacer una revolución socialista, y ni siquiera el mismo Fidel lo pensaría cuando tres años y medio después encabezó el desembarco del *Granma*, hecho con el cual iba a comenzar la etapa final de la Revolución Cubana.

Esa revolución no enarboló un programa socialista ni cosa parecida. Antes bien, de acuerdo con declaraciones del propio Fidel, al ir al asalto del cuartel Moncada en julio de 1953 él estaba pensando en reponer en Cuba la Constitución de 1940, y cuando se internó en la Sierra Maestra en diciembre de 1956 llevaba el mismo propósito. Ahora bien, la Constitución cubana de 1940 era más o menos similar a la dominicana de 1963, lo que es una manera de decir que la de Cuba era de ideología burguesa en la misma medida en que lo era la de nuestro país.

En la Revolución Cubana hay una lección que deberían estudiar a conciencia los llamados marxistas-leninistas de la República Dominicana, y de manera especial los que están organizados en el PCD. Esa lección es la siguiente:

Una lección para comunistas criollos

El partido de los comunistas cubanos, que según creemos recordar se llamaba todavía Socialista Popular (PSP), se había ido a la clandestinidad desde el momento en que Batista dio el cuartelazo del 10 de marzo de 1952, y el día del asalto al cuartel Moncada algunos de sus líderes estaban de visita en Santiago de Cuba, entre ellos su secretario general, Blas Roca, su líder sindical, Lázaro Peña, y Carlos Rafael Rodríguez. Como era natural que sucediera, los tres fueron arrestados y acusados de ser cómplices de la acción que habían llevado a cabo Fidel Castro y sus seguidores sin que ellos tuvieran la menor idea de lo que iba a suceder. El Partido Socialista Popular no tenía nada que ver con los hechos del 26 de julio y su dirección iba a decirlo así en una declaración que hizo publicar los días 5 y 10 de agosto en el *Daily Worker*, el periódico que publicaba en Nueva York el Partido Comunista de los Estados Unidos, porque no podía publicarlo en Cuba.

En esa declaración los líderes comunistas cubanos dejaron escrita la lección a que aludimos hace un momento, condensada en las palabras que vamos a copiar inmediatamente:

El partido de los comunistas cubanos “formula la necesidad de crear un frente unido de las masas contra el gobierno (de Batista), para conseguir una salida democrática para la situación cubana, la restauración de la Constitución de 1940, derechos civiles, elecciones generales, y el establecimiento de un gobierno de Frente Democrático Nacional, con un programa de independencia nacional, paz, democracia y reforma agraria”.

La lección que para los autollamados marxistas-leninistas dominicanos hay en las líneas que acabamos de reproducir es tan clara que no necesita que se le añadan explicaciones, pero como tal vez no todos los que deberían asimilarla están en condiciones de hacerlo por desconocimiento de la realidad cubana de aquellos años, nos parece oportuno preguntar por

qué cree el lector que en ese momento el partido de los comunistas de Cuba se olvidó del programa socialista, que para los comunistas dominicanos equivaldría a olvidarse de respirar; se olvidó de la revolución proletaria contra la burguesía y la dictadura del proletariado para levantar en alto sólo la bandera de la liberación nacional, que es lo que significaba el programa de gobierno del Frente Democrático Nacional que pedían en la declaración publicada por el *Daily Worker*.

¿Fue esa actitud, por casualidad, una improvisación de los comunistas de Cuba?

No. Los comunistas de Cuba sabían que en la situación política en que se hallaba el mundo desde hacía años, muy semejante, por cierto, a la actual, con la diferencia de que ahora hay riesgo de una guerra nuclear, un partido como el suyo, de un país pequeño y débil, tenía que comportarse como los que ahora se llaman partidos de liberación nacional. Lo sabían a tal punto que no usaban el nombre de Partido Comunista de Cuba o Cubano, como sin duda les habría gustado llamarlo, sino el de Partido Socialista Popular; lo sabían de manera tan cabal que desde 1937 ó 1938 se las habían arreglado para conseguir que el coronel Fulgencio Batista dejara la jefatura del ejército y se dedicara a la actividad política, y habían tomado parte en las elecciones de 1940 hechas para redactar una constitución, en las que sacaron varios diputados entre ellos su secretario general, Blas Roca, lo que significa que varios miembros de su partido participaron en la redacción de esa Constitución de 1940 que años después, en el 1953, querían reponer Fidel Castro por su parte y el PSP por la suya.

Para que no quede la menor duda

Como es posible que al leer lo que acabamos de decir, algún miembro del PCD ponga en duda que el partido de los comunistas cubanos contribuyó a redactar una constitución

burguesa, nos adelantamos a decir que sus diputados no sólo participaron en la elaboración de esa Constitución, sino que sus militantes votaron en las elecciones que se celebraron en el mismo año de 1940 para elegir presidente, senadores, diputados y concejales o regidores de los ayuntamientos del país; que su candidato presidencial fue Fulgencio Batista y que algunos de sus líderes fueron ministros sin Cartera en el gobierno que Batista encabezó entre 1940 y 1944, un gobierno, por otra parte, que no fue parecido al que presidió el antiguo jefe militar cubano en los años 1952-1958. El último fue una dictadura de mala ley y el primero se ajustó a los mandatos de la Constitución que Fidel Castro y el PSP querían reponer en Cuba.

Como apéndice de lo que hemos dicho, queremos agregar que en las elecciones de 1944 el Partido Socialista Popular llevó de candidato presidencial al Dr. Carlos Saladrigas, que era el candidato de Batista, lo que indica que la asociación política de los comunistas cubanos con Fulgencio Batista duró varios años sin que eso perjudicara el crédito del PSP y de sus líderes, porque lo que ellos hicieron a lo largo de esos años lo hicieron para servirles a su partido y a Cuba, no para servirse a sí mismos, y eso lo sabía en Cuba todo el que tenía criterio político y no vivía, como les pasa a tantos comunistas dominicanos, preso de emociones pequeño burguesas o de intereses personales.

III

Cuando el autor de esta miniserie de artículos llegó a Cuba, en enero de 1939, el partido de los marxistas-leninistas de aquel país tenía el nombre de Unión Revolucionaria Cubana (URC), pero todo el mundo llamaba comunistas tanto a sus miembros como a sus simpatizantes. El nombre fue cambiado, si la memoria no nos falla, poco antes de las elecciones de 1944 por el de Partido Socialista Popular (PSP), pero los

cubanos siguieron llamando a los afiliados y seguidores del PSP comunistas a secas. No recordamos ni un solo caso de alguien que les dijera a Juan Marinello, Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez, Lázaro Peña o Nicolás Guillén urcistas o pesepeístas sino comunistas, con lo que dejamos dicho que el pueblo de Cuba identificó siempre a los marxistas-leninistas de su país como comunistas sin importarles para nada el nombre oficial del partido en que militaban; y no podía haber lugar a confusiones porque en la tierra de José Martí no hubo en ningún momento dos organizaciones políticas de izquierda marxista-leninistas sino una sola, la de los comunistas, no importaba que llevara el nombre de Unión Revolucionaria Cubana o el de Partido Socialista Popular.

Ahora bien, dado el hecho de que todo el mundo en Cuba llamaba comunistas a sus miembros y simpatizantes, el Partido Socialista Popular no habría podido encabezar una lucha guerrillera contra la dictadura de Batista ni contra cualquier otro gobierno porque la masa del pueblo no le habría dado su apoyo a esa lucha. En varias ocasiones los líderes comunistas cubanos adoptaron programas de liberación nacional, pero la adopción de programas de ese tipo no le confería a su partido el carácter de uno de liberación nacional. Por ejemplo, en el año 1939 Blas Roca, hablando en nombre de Unión Revolucionaria Cubana, dijo:

“Luchamos por la unidad del pueblo de Cuba, por la unidad de los revolucionarios y por un gran frente nacional unido; para lograr una Asamblea Constituyente libre y soberana; para establecer la democracia, con igualdad de derechos para los negros y las mujeres; para ayudar a los desempleados, proteger a los campesinos contra los desahucios, aplicar las leyes sociales, aumentar la educación, salvar a miles de deudores de una ley de revaluación de las hipotecas, defender la economía del país...”.

Además de las declaraciones de ese tipo, que se produjeron más de una vez en otras ocasiones y con otras palabras, los comunistas mantuvieron alianzas políticas con Batista pero también con adversarios de Batista como los “auténticos” (el Partido Revolucionario Cubano), hecho que no alarmaba en Cuba a nadie, pero una cosa eran esas alianzas circunstanciales y otra muy diferente habría sido un levantamiento guerrillero comunista, diferencia que sabían apreciar muy bien los líderes del PSP.

Un levantamiento guerrillero habría tenido resultados fatales para el PSP porque lo habría aislado de las grandes masas y lo habría congelado en ese aislamiento. Dicho en pocas palabras, el PSP no habría podido hacer de ninguna manera lo que hizo Fidel Castro, primero con el ataque al cuartel Moncada y después con la actividad guerrillera en la Sierra Maestra. Es más, la ayuda que el general Lázaro Cárdenas les prestó en México a los asaltantes del Moncada para que pudieran volver a Cuba a internarse en la Sierra Maestra no habría podido dársela a los comunistas cubanos porque se le habría opuesto la opinión pública mexicana.

Comunismo y anti-imperialismo

Lo que el lector acaba de ver acerca de lo que habría hecho la opinión pública de México no es una suposición gratuita o un argumento absurdo destinado a convencerlo con razones extravagantes. La ideología burguesa está sembrada en pueblos como el francés, el inglés o el norteamericano en la conciencia de la mayoría de las personas, y al decir en la conciencia estamos diciendo en su inteligencia, pero en las grandes masas de los pueblos dependientes, lo mismo los asiáticos que los latinoamericanos, esa ideología tiene sus raíces no en la inteligencia y por tanto no en la conciencia sino en el instinto, lo que significa que esos pueblos reaccionan de

manera instintiva, y no por razonamiento, contra lo que ellos creen que pone en peligro de destrucción al sistema de vida capitalista.

¿Por qué, entonces, hacen revoluciones como la de Cuba, la de Nicaragua, la de Etiopía?

Las hacen porque al mismo tiempo que reaccionan instintivamente contra el peligro de aniquilamiento del sistema de vida capitalista se dan cuenta, también instintivamente, de que los ricos de sus países forman con los grandes ricos extranjeros frentes políticos, económicos y militares que los explotan y les impiden disfrutar de las ventajas que ese sistema de vida les proporciona a las gentes de esos grandes centros extranjeros de poder, y están en disposición de apoyar a quienes luchan por destruir esos frentes siempre que la lucha no sea dirigida por un partido comunista porque se les ha hecho creer desde antes de que aprendieran a hablar que comunismo significa esclavitud, hambre, pobreza, opresión política, atraso; en fin, lo mismo, sino peor, que ellos conocen por la experiencia de sus condiciones materiales de existencia, de manera que para ellos comunismo no quiere decir cambio favorable de vida sino todo lo contrario.

Lo que acabamos de decir es una verdad comprobada por acontecimientos históricos recientes pero que no ha entrado todavía en el mundo de los valores aceptados por muchos líderes y militantes comunistas.

En los países dependientes no se desarrolla tanto la conciencia proletaria como la anti-imperialista, y la conciencia anti-imperialista no tiene que ser necesariamente anticapitalista. La conciencia anticapitalista o proletaria se desarrolla en los países dependientes más entre los pequeños burgueses que entre los obreros, en cambio la anti-imperialista se desarrolla lo mismo entre pequeños burgueses que entre

los trabajadores y los campesinos y en muchos casos también entre algunos burgueses. En la India el anti-imperialismo quería decir lucha contra Inglaterra; en Viet Nam quería decir lucha contra Francia y contra Japón, y cuando Estados Unidos ocupó el lugar que habían abandonado Japón y Francia, la lucha se convirtió en antinorteamericana. Pero hay que ver con claridad qué perseguía el pueblo de Viet Nam en su larga guerra contra tres poderes coloniales. Lo que perseguía no era que Viet Nam pasara a ser un país comunista, y sus líderes, que sabían lo que ese pueblo pensaba, no le ofrecieron nunca el Estado comunista sino la derrota de Francia, de Japón y de Estados Unidos.

Poca conciencia proletaria

La razón de que la conciencia proletaria se desarrolle en los países dependientes menos que la anti-imperialista está en el tardío y a menudo débil desarrollo del proletariado en esos países dependientes.

La existencia del proletariado es un producto directo de la existencia del capitalismo, y para desarrollarse el capitalismo requiere el desarrollo numérico del proletariado. Por esa razón en la medida en que el capitalismo se desarrolla se desarrolla también el proletariado, y por eso a un capitalismo escasamente desarrollado le corresponde necesariamente un proletariado pobre en cantidad y débil en conciencia de clase. En un país como la República Dominicana, de escaso desarrollo capitalista, no hallamos obreros marxistas y mucho menos marxistas-leninistas. Los marxistas-leninistas dominicanos son pequeños burgueses que debido a la naturaleza individualista propia de la pequeña burguesía se organizan en grupos políticos opuestos que se tratan como si fueran enemigos de clases enfrentados en luchas antagónicas.

Los frutos del capitalismo tardío son muchos y muy variados, y no sólo en el terreno económico. En nuestro país hallamos casos notables de desviaciones socio-políticas, como por ejemplo la de un partido comunista que no tiene en sus filas obreros, al menos conocidos, y sin embargo le dedica mucho esfuerzo a la formación de pequeña burguesía profesional, lo que parece poco coherente con la posición irreductible de acusar de derechista a cualquiera fuerza de izquierda que no enarbore en todas las circunstancias un programa socialista que en buena lógica debe ser el de un partido de base proletaria. A mediados de este año, ese partido (el Comunista Dominicano o PCD) declaró que en la Unión Soviética había unos 800 jóvenes dominicanos becados para estudiar carreras de las llamadas universitarias, y todos habían sido enviados por el PCD.

Marxismo y capitalismo tardío

Aunque esos detalles no figuran en la declaración, se sabe que los estudiantes enviados a la Unión soviética son reclutados entre los 70 mil que hay en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), de los cuales unos 69 mil deben proceder de las diferentes capas de la pequeña burguesía y 68 mil deben ser miembros de las capas bajas; baja pobre y baja muy pobre para los cuales ir a estudiar sin costo alguno a un país extranjero equivale a sacarse un premio gordo, pero no reciben ese premio por razones políticas sino por motivos económicos dado que el estudio en la República Dominicana les significa tanto a ellos como a sus parientes cercanos gastos que la mayoría no puede cubrir.

Es muy raro que uno de esos estudiantes reclutados en los pasillos de la UASD sea militante o simpatizante del PCD, pero la dirección de ese partido cree que los favorecidos con viajes de estudios a la Unión Soviética quedan convertidos automáticamente en cuadros marxistas-leninistas, y no se da

cuenta de que la naturaleza social de un profesional pequeño burgués que ejercerá su profesión en un medio capitalista, y sobre todo en un medio capitalista de escaso desarrollo, llevará a la mayor parte de ellos hacia otras direcciones. Ahora bien, al distribuir becas de estudios en la forma en que lo hace, la dirección del Partido Comunista Dominicano se reproduce a sí misma dado que ella está compuesta por pequeños burgueses que siguen alimentando ideas y aspiraciones pequeño burguesas.

En ningún momento se ha detenido esa dirección del PCD a pensar que lo que le corresponde a un partido comunista es crear una fuerte base obrera, no contar con un nutrido número de profesionales pequeños burgueses, pero esa deformación del marxismo es muy propia de los países en que el capitalismo se estableció tardíamente llevado por grandes potencias imperialistas que impusieron allí la dependencia económica, política y militar, y con ella todo lo que esa categoría arrastra en el orden de lo subjetivo.

IV

Habíamos dicho que en Cuba el partido de la liberación nacional se llamó Movimiento 26 de Julio y no fue el partido comunista, que por esos años de 1950 y tantos se conocía con el nombre de Partido Socialista Popular. Ahora bien, en cuanto a definición ideológica, ¿qué era el Movimiento 26 de Julio?

La expedición del *Granma* pisó tierra cubana al comenzar el mes de diciembre de 1956 y el 17 de febrero de 1957 Fidel Castro le decía a Herbert Matthews, el conocido periodista de *The New York Times* que había subido a la Sierra Maestra para entrevistarse con él: “Puede estar seguro de que no tenemos ninguna animosidad hacia los Estados Unidos y el pueblo (norte) americano... estamos luchando por una Cuba democrática y por el final de la dictadura. No somos

antimilitaristas... porque sabemos que los soldados son (hombres) buenos y que también lo son muchos de sus oficiales”.

Esas palabras formaban el núcleo central de las que *The New York Times* puso a correr por el mundo en el reportaje que había escrito Matthews, el cual fue publicado junto a una foto muy difundida del periodista y Fidel Castro. En las manos de Fidel se veía, en esa foto, un fusil telescópico cuyo cañón apuntaba hacia el cielo, y sin duda que ese cañón difundía un mensaje mucho más efectivo en la tarea de ganarle adeptos a la guerrilla de la Sierra Maestra que todo lo que pudiera decir Matthews en su artículo, detalle en el que seguramente no se fijaron entonces los partidarios a rajatablas del ideologismo supuestamente revolucionario.

Fidel Castro no habló en esa ocasión ni siquiera del imperialismo, cosa que le reprochó el Partido Socialista Popular, que por su lado tenía razón cuando decía que en la lucha contra la dictadura batistiana había que unir a obreros, campesinos, pequeña burguesía y burguesía nacional, y en ningún momento se refirió a la necesidad de que el joven líder del Movimiento 26 de Julio se definiera ideológicamente.

Entre los guerrilleros que combatieron en la Sierra Maestra los hubo norteamericanos, como aquel William o Willie Morgan a quien hubo que fusilar después de la victoria porque se probó que había tomado parte en un plan de ataque a Cuba respaldado por Trujillo; pero la presencia de Morgan en las filas de las guerrillas tenía un valor táctico que un jefe revolucionario no podía ignorar y mucho menos despreciar.

Fue a fines de 1957 cuando Fidel Castro se refirió por primera vez a la política exterior del 26 de Julio, y lo hizo en un documento que envió a los autores del *Pacto de Miami*, en el cual figuraban algunos seguidores del 26 de Julio sin que la dirección del Movimiento hubiera autorizado esa participación. En ese documento Castro se quejaba de que los autores del

Pacto de Miami no tomaron en cuenta la intervención extranjera en la política cubana, pero no pasaba de ahí, y en cambio decía que el gobierno que sería llevado al poder por la revolución “estará regulado por la Constitución de 1940, garantizará todos los derechos reconocidos en ella, y se mantendrá al margen de todo partidatismo político”.

El pacto de Caracas

El Partido Socialista Popular cubano no condenaba lo que el Partido Comunista Dominicano, de haber sido el PSP de Cuba, habría calificado sin la menor duda de carencia o falta de definición ideológica. Al contrario, un sector del PSP, el que tenía como vocero a Carlos Rafael Rodríguez, opinaba que no debía hacerse propaganda antinorteamericana y además decía que Fidel Castro haría bien en ofrecerles a los auténticos de Grau y de Prío Socarrás posiciones en el gobierno que el 26 de Julio iba a establecer cuando derrotara las fuerzas de Batista; y por su parte, en mayo de 1958, cuando apenas le faltaban siete meses para entrar en La Habana, Fidel le hacía al periodista norteamericano Jules Dubois, conocido por su extremismo derechista con el sobrenombre de “coronel Dubois”, una declaración concebida en estos términos:

“El 26 de Julio nunca ha hablado de socialismo o de nacionalizar las industrias... desde el principio hemos proclamado que luchábamos para poner en vigor nuevamente la Constitución de 1940”; y a esas palabras agregaba éstas:

“Nosotros estableceremos garantías, derechos y obligaciones para todos los elementos que participan en la producción, incluidos la empresa libre y el capital invertido”.

Dos meses después el 26 de Julio firmaba en Caracas un pacto con numerosas organizaciones políticas y personalidades de todas las tendencias excepto los partidarios de que la lucha contra la dictadura batistiana se llevara a cabo mediante

elecciones, que eran el Partido Socialista Popular, los auténticos de Grau y un grupo dirigido por Carlos Márquez Sterling. Entre los que firmaron ese pacto estaban Carlos Prío Socarrás, José Miró Cardona, Antonio de Varona, Ángel Cofiño, José Pardo Llada, Justo Carrillo, la mayoría de los cuales han muerto en el exilio, y entre las bases del acuerdo estaban las siguientes:

Un gobierno provisional de poca duración “que conducirá al procedimiento plenamente constitucional y democrático... un plan para garantizar el castigo de los culpables... los derechos de los trabajadores, el cumplimiento de los compromisos internacionales... y el progreso económico y político del pueblo cubano”.

Aunque no se haya dicho, por lo menos en documentos que hayan quedado para la historia de la revolución en su etapa guerrillera, Fidel Castro no debió ser ajeno a los acuerdos de Caracas porque desde hacía dos o tres meses había comunicación radio-telefónica entre la Sierra Maestra y la capital de Venezuela, y la reunión de tantas y tan diferentes representaciones políticas cubanas en Caracas tenía demasiada importancia en los planes del jefe de esa revolución para que pudiendo estar al día de lo que se trataba en ella no hiciera nada por saberlo de manera directa e inmediata. En esa reunión se le reconoció a él la jefatura militar que ejercía de hecho en toda Cuba y la presidencia provisional de la República en el Gobierno que iba a formar la revolución tan pronto triunfara al Dr. Manuel Urrutia, que no tenía antecedentes políticos partidistas conocidos pero que era el candidato de Castro para ese cargo.

Estrategia y táctica

Fidel Castro llegó a La Habana el día 8 de enero de 1959. El pueblo habanero lo aclamaba como no lo había hecho ni siquiera con los héroes de la guerra de 1895, cosa que se explica

porque en más de medio siglo la población de la capital cubana se había más que doblado; y sin embargo esas aclamaciones, que tenían el significado de un plebiscito descomunal mediante el cual se le concedía una autoridad política prácticamente ilimitada, no sacaron de quicio al joven vencedor de las fuerzas militares batistianas, como lo demuestra el hecho de que en ningún momento cometió el error de olvidar que lo que él encabezaba era una revolución de liberación nacional, no una revolución proletaria. Esa revolución de liberación nacional podía acabar transformándose, en el curso de su desarrollo, en una proletaria, pero en ese momento era de liberación nacional y no podía ser otra cosa.

A pesar de su juventud, en Fidel Castro se habían dado ya, y habían madurado, las condiciones del estratega pero también las del táctico, y sabía, a nuestro juicio no de manera consciente sino instintivamente, que ni el estratega debe confundir la estrategia con la táctica ni el táctico debe confundir la táctica con la estrategia; o dicho de otro modo, que la táctica no puede sustituir a la estrategia sin producir efectos muy dañinos ni la estrategia puede sustituir a la táctica sin causar graves males.

Tanto la estrategia como la táctica son dos conceptos que corresponden lo mismo a la actividad militar que a la política; cada una reclama un tiempo propio para operar y si los conceptos y los tiempos se confunden o se sustituyen entre sí, el resultado es fatal lo mismo para el jefe militar que para el jefe político, que en el caso de Fidel Castro se resumían en su persona.

Sobre Caamaño y el Che

Quince años después de su llegada a La Habana Fidel Castro aludió, y por cierto de una manera muy fina, a los errores que cometieron el Che Guevara y Francisco Alberto Caamaño,

uno en Bolivia y el otro en nuestro país, porque no supieron distinguir entre estrategia y táctica; y lo dijo en una conversación que sostuvo en 1974 con Kirby Jones y Frank Mankewicz, el primero de los cuales había pasado en Santo Domingo los hermosos y a la vez trágicos días de la Revolución de Abril. En esa ocasión Castro habló así, según aparece en la versión española del libro *With Fidel. A Portrait of Castro and Cuba*:

“Francisco Caamaño era muy parecido al Che. Ambos eran luchadores valientes intrépidos y llenos de energía. Caamaño regresó a la República Dominicana porque creía en el pueblo, porque tenía confianza en el pueblo... Sin embargo algunos luchadores revolucionarios dejaron que su entusiasmo por la causa afectara su capacidad para tomar decisiones tácticas...”.

Sin duda que salir de la Cuba posterior a Playa Girón para ir a hacer revolución en otro país del Caribe o de América del Sur era caer en un grave error porque al terminar la batalla de Playa Girón la revolución de liberación nacional cubana había pasado a ser una revolución proletaria. Quien la proclamó como revolución proletaria fue el propio Fidel Castro, que lo dijo en un discurso el día 16 de abril, en esta forma:

“Eso es lo que no pueden perdonarnos, que estamos ahí, en sus narices, ¡y que hayamos hecho una revolución socialista en las propias narices de los Estados Unidos! ¡Y que esa revolución socialista la defenderemos con el valor con que ayer nuestros artilleros aéreos acribillaron a balazos a los aviones agresores! ... ¡Compañeros obreros y campesinos, ésta es la revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes!”

Para terminar ese discurso Fidel gritó tres vivas:

“¡Viva la clase obrera!” . “¡Vivan los campesinos!” . “¡Viva la revolución socialista!” .

V

En Nicaragua hay un gobierno revolucionario que no está encabezado por un presidente de la República sino por los comandantes que forman la Dirección Nacional del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Esos comandantes dirigían las columnas guerrilleras que tomaron Managua, la capital del país, el 20 de julio de 1979, al día siguiente de haberla abandonado Anastasio Somoza Debayle, el último de los varios herederos políticos que tuvo el fundador de la dictadura somocista.

El nombre de Sandino quedó estrechamente vinculado a la lucha del pueblo nicaragüense contra Anastasio Somoza García y sus herederos desde que la dirección de esa lucha, que duró nada menos que cuarenta y tres años, pasó de los viejos políticos conservadores y liberales contemporáneos del primer Somoza (entre los cuales había algunos más viejos que él) a una generación nueva que aplicaba al estudio de la historia ideas y métodos con los cuales pudo analizar desde puntos de vista más justos los acontecimientos de su país y a los actores que dirigieron esos acontecimientos.

Gracias al empleo de tales ideas y tales métodos la nueva generación de combatientes antisomocistas pudo conocer quién era Sandino, al que los jefes militares de la intervención norteamericana y los viejos políticos nicaragüenses no somocistas que habían dirigido los partidos tradicionales así como toda la plana mayor somocista acusaban de ser un bandido y un asesino sin entrañas.

Esa nueva generación, que empezó a incorporarse a la lucha contra la dictadura después de la muerte de Anastasio Somoza García, ocurrida más de veintitrés años después de la muerte de Sandino, descubrió mediante las ideas y los métodos modernos de análisis de la historia, que Sandino, el héroe de la guerra de liberación nacional llevada a cabo contra los

interventores militares norteamericanos, era la contraparte de Somoza y por tanto representaba para Nicaragua todo lo opuesto de lo que representaba el dictador. Esa oposición venía dada en muchos aspectos, de los cuales el más llamativo era el hecho de que mientras Sandino se convirtió en un héroe nacional, y en una figura internacional, combatiendo a los ocupantes extranjeros del país, Somoza, de funcionario civil del gobierno nicaragüense títere que era, pasó a ser jefe de la Guardia Nacional porque así lo dispuso el ministro (nombre que se le daba entonces a los embajadores) de Estados Unidos en Managua; y estando en ese cargo ordenó a unos cuantos de sus oficiales que mataran a Sandino, como en efecto lo hicieron, en la noche del 21 de febrero de 1933. El teniente Abelardo Cuadra, que estuvo en la reunión en que se ordenó el crimen, nos contó que al llegar al cuartel donde lo esperaban los oficiales convocados por él, Somoza dijo estas palabras: “Vengo de la Embajada (en esos tiempos se decía Legación) y el embajador (ministro) me ha dicho que hay que matar a Sandino”.

Al comparar ese mensaje tan vil con el que Sandino les transmitía a sus soldados y oficiales (“Yo quiero patria libre o morir”), los jóvenes que se enfrentaban a la dictadura somocista tenían necesariamente que sentir por Sandino una admiración tan grande como grande era el desprecio que les merecía Somoza.

Creación del FSLN

Porque su imagen pública era la antítesis de la de Somoza y sus herederos, y porque la dictadura somocista se había creado y sostenido durante años y años con el apoyo norteamericano, Sandino y el sandinismo se convertían de manera natural en la fuerza política alrededor de la cual se unirían todos los antisomocistas; y decimos de manera natural basándonos

en hechos concretos, como por ejemplo la participación en la lucha armada contra el somocismo de personajes sandinistas, como el general Ramón Raudales y el coronel Santos López (éste último había tomado las armas, para combatir bajo el mando de Sandino a la ocupación norteamericana de 1925, cuando apenas tenía 12 años) y que ya en el año 1958 los combatientes antisomocistas de Las Segovias, la región montañosa del norte del país, bautizaron sus guerrillas con el nombre de Frente Revolucionario Sandino.

Durante los cinco años que siguieron a la muerte de Anastasio Somoza García el movimiento antisomocista estuvo burbujeando aquí y allá, y en esa época se formaron las primeras células comunistas, pero la corriente comunista no llegó a cuajar en un partido porque los jóvenes que empezaron a formarse como líderes del movimiento tuvieron el acierto de intuir que el sandinismo podía ser más atractivo que el comunismo para las masas nicaragüenses porque esas masas conocían, por lo menos de oídas, los hechos de Sandino y las circunstancias en que había sido asesinado por Somoza. Los abanderados de esa posición fueron Carlos Fonseca Amador, Tomás Borge, Silvio Mayorga, Santos López y Faustino Ruiz, que habían logrado organizar el Frente de Liberación Nacional y en junio de 1961 lo transformaron en Frente Sandinista de Liberación Nacional, aunque el cambio de nombre tardó dos años en hacerse público. Dieciséis años después de haberse dado a conocer la existencia de ese frente, entraban en Managua los comandantes y los soldados de la revolución llevando en alto la bandera roja y negra que Sandino había hecho ondear en la guerra contra los ocupantes norteamericanos de su país.

A lo largo de esos dieciséis años las fuerzas sandinistas fueron nutriéndose con hombres y mujeres que procedían de varias clases y capas sociales, y dentro de esa variedad de clases y capas había, como es natural, varias posiciones políticas;

pero unas y otras podían convivir porque el Frente Sandinista de Liberación Nacional no era un partido comunista.

Un partido comunista es fundamentalmente una organización de la clase obrera, y aunque en él puede haber algunos que otros pequeños burgueses y hasta algún que otro burgués, formarán en sus filas a título de que compartan no sólo la ideología sino también todas las características propias de la clase obrera, y así debe ser porque la meta estratégica, o dicho de otro modo, la razón de ser de un partido proletario es hacer la revolución proletaria; pero la finalidad de los partidos o frentes de liberación nacional es lo que dicen sus nombres; o sea, conquistar, por las buenas o por las malas, la independencia nacional, y para conseguir este propósito es indispensable lograr la unidad de todos los sectores sociales que necesiten, y por tanto reclamen, y luchan por lograrla, la real, la efectiva, la verdadera independencia de su patria.

Cuando murió Carlos Fonseca Amador (que desempeñaba la jefatura militar y política de la revolución y cayó el 7 de noviembre de 1976 en el combate de Zinica), ya el movimiento revolucionario había dejado de llamarse antisomocista y había pasado a llamarse sandinista, lo que indica que a esa altura de la lucha la revolución desbordaba los límites que tenía antes de fundarse el Frente Sandinista de Liberación Nacional y creaba metas que irían más allá del derrocamiento del régimen somocista. Eso era de esperarse porque como sucede en toda obra humana, las revoluciones obedecen a procesos regidos por leyes que impulsan el desarrollo de cuanto contiene en su seno fuerzas vivas, y en virtud de esas leyes, sólo lo que ha muerto deja de moverse.

Etiopía Tikdem

Hablemos ahora de Etiopía, que tiene un carácter singular entre los Estados debido a que es el más antiguo del mundo,

o para decirlo de otra manera, el que al día de hoy tiene más tiempo de establecido aunque a lo largo de los siglos que se le atribuyen ha cambiado de apariencia pero ha seguido siendo una organización estatal salvo en los pocos años (de 1935 a 1941) en que su territorio fue ocupado por un poder extranjero, la Italia fascista.

Etiopía fue hasta el año 1974 una monarquía que preservó muchas características feudales aunque después de la ocupación italiana el capitalismo se extendió por varios lugares del país, como por ejemplo la capital (Addis-Abeba) y sus alrededores y la zona marítima (costas del mar Rojo). En febrero de 1974 se produjo un movimiento revolucionario que estalló en los cuarteles militares y abolió la monarquía. En diciembre de ese año el llamado Gobierno Militar Provisional de Etiopía hizo pública una declaración que tiene interés político de excepción porque la revolución etiópica, como sabe todo el mundo, acabó convirtiéndose en pocos años en una revolución socialista sin que en sus orígenes pueda hallarse la acción abierta o clandestina de un partido comunista. Es más, dentro de los militares que dirigieron el levantamiento de 1974 había tal disparidad de ideas que no tardaron en lanzarse unos contra otros en luchas que al fin fueron dominadas por una corriente encabezada por el coronel Mengistu Haile Mariam, quien hasta poco antes había estado desempeñando en Washington las funciones de agregado militar de su país.

El carácter de levantamiento militar y las luchas entre sectores militares que tuvo la revolución etíope en sus primeros cuatro años se explican porque el origen profundo de ese movimiento se hallaba en la contradicción entre las fuerzas feudales que estaban instaladas en el aparato del Estado y las corrientes capitalistas que se expandían en el cuerpo social, y lo que llama la atención de ese movimiento es que sus organizadores o jefes, o por lo menos los más avanzados de ellos, lo

enmarcaron dentro de las líneas de una revolución de liberación nacional, que ellos llamaron Etiopía Tikdem, y según el manifiesto de Etiopía Tikdem publicado en diciembre de 1974, “La filosofía política debe surgir de la cultura y del suelo de Etiopía; y debe, además, emanar de las aspiraciones de las amplias masas (del pueblo); no debe ser importada del extranjero como un decorativo artículo comercial”.

La frase que acabamos de copiar puede servirle hasta a un partido fascista, pero la que le seguía dejaba ver con claridad cuál era la intención de los jefes de Etiopía Tikdem, porque ésa decía así:

“También debe ser una filosofía que acerque a Etiopía a sus vecinos progresistas, comprometidos con la equidad y la justicia humana, así como con las amplias masas de la humanidad”.

Y si ese párrafo no es suficiente para hacernos una opinión correcta de lo que era Etiopía Tikdem, lean a seguidas algunos de los llamados “cinco principios fundamentales del actual movimiento”:

“1) Todos los etíopes, sin importar su religión, lengua, sexo o filiación local, vivirán juntos en igualdad, fraternidad, armonía y unidad bajo el amparo de su patria. Etiopía se convertirá en un país en el cual prevalecerán la justicia, la igualdad y la libertad”.

“2) La idolatría desmedida del lucro particular, que ha encadenado a nuestro pueblo a la pobreza y que tanto ha humillado a nuestro país a los ojos del mundo, será erradicada. En lo adelante, los intereses de la comunidad serán los más importantes”.

“3) El hombre (etíope) trabajará para mantenerse a sí mismo y a su comunidad. Se le dará al trabajo humano, por consiguiente, un lugar respetado en el marco de nuestra sociedad. Por el contrario, la explotación y el parasitismo serán modos de vida condenables”.

Así, en ese lenguaje que el Partido Comunista Dominicano hubiera condenado por derechista, se escribió el documento fundamental de Etiopía Tikdem. Y dejamos al lector que opine con entera libertad acerca de qué es un partido de liberación nacional lo mismo en Etiopía que en Cuba o en Nicaragua. Septiembre-octubre de 1982.

LIBERACIÓN NACIONAL Y SOCIALISMO

I

En esta hora del mundo los partidos comunistas no pueden encabezar movimientos de liberación nacional. La causa de esa incapacidad quedó dicha en el artículo número 3 de la serie titulada “¿Qué es un partido de liberación nacional?”, pero el escaso tiempo de que disponemos para tratar con la necesaria amplitud los temas que reclaman nuestra atención nos impidió decir, en la ocasión en que escribíamos ese artículo, que los movimientos de liberación nacional no deben ignorar el papel que juegan las ideas y las corrientes socialistas en las luchas que en los últimos cuarenta años vienen librando para alcanzar su liberación nacional los pueblos del llamado Tercer Mundo.

Parecería que decir liberación nacional vale tanto como decir independencia, que fue la palabra usada en los siglos XVIII y XIX para expresar las metas perseguidas por los pueblos del Nuevo Mundo en sus guerras contra las metrópolis respectivas (Inglaterra en el caso de las trece colonias que tenía en América del Norte, las que acabarían uniéndose entre sí para formar los Estados Unidos; Francia en Saint-Domingue, la parte occidental de nuestra isla, que después pasaría a llamarse la República de Haití; Portugal en Brasil y España en todos los países americanos de lengua española). Pero en las palabras ‘liberación nacional’ están presentes valores subjetivos que por razones de las cuales nos ocuparemos

dentro de poco no llegaron a cuajar en el caso de los pueblos de habla francesa, portuguesa o española.

La primera guerra de independencia en los tiempos modernos fue la que llevaron a cabo las trece colonias americanas de Inglaterra, y tal como dijimos en la serie de artículos titulada "Capitalismo y democracia*" esas colonias fueron organizadas como empresas capitalistas por ingleses que eran burgueses en términos no sólo ideológicos sino también de orden práctico. En los siglos XVI y XVII las ideas burguesas se expresaban a través de sectas religiosas que se desprendían de la Iglesia Católica, y los enemigos más radicales del feudalismo, es decir, los de ideología burguesa o capitalista, se hallaban, en el caso de Inglaterra, en el movimiento puritano, que era a su vez una rama de la secta calvinista fundada por el francés Jean Calvino.

Entre los puritanos había un sector que estaba considerado como lo que hoy se calificaría de ala radical; sus miembros se organizaron en la llamada Iglesia Separatista de Inglaterra, y de esa iglesia o secta salieron los que iban a fundar en territorio de América del Norte la primera colonia inglesa, la de Plymouth, en Cabo Cod, Massachusetts. Cuando se fundó la colonia de Plymouth ya había un establecimiento productor de tabaco en Virginia, pero no había sido organizado como colonia, si bien lo sería más tarde.

Así pues, la semilla del país que hoy se llama Estados Unidos era en el orden ideológico no sólo burguesa sino además radical dentro de los movimientos burgueses de la época, y esa ideología era entonces la revolucionaria, la del porvenir, la más progresista de su tiempo, así como lo es actualmente la socialista; pero además de tener esa ideología los viajeros del

* El primero de esos artículos se publicó en *Vanguardia*, N° 140, correspondiente al 21 de junio de 1978, y los cinco restantes en los números 181 y siguientes, correspondientes a abril y mayo de 1979.

Mayflower, que fueron los pobladores de la colonia de Plymouth, eran hombres de acción como lo demuestra el hecho de haber sido los fundadores del capitalismo en Nueva Inglaterra, aunque naturalmente lo fundaron con las limitaciones propias de su época.

La era de las máquinas

Las revoluciones sociales que se dan en los países del Tercer Mundo, a partir sobre todo de la Segunda Guerra Mundial, son consideradas por los gobiernos de Estados Unidos, sin excepción, producto de un plan que la Unión Soviética ejecuta con el propósito de convertirse en un imperio mundial. Así lo dicen lo mismo el presidente Ronald Reagan que el secretario de Defensa, Gaspar W. Weinberger, o el de Estado, George P. Shultz, pero no pueden decir nada parecido de la guerra de independencia de su país, que no fue planeada ni dirigida por ningún gobierno sino que fue provocada por el control económico y social de la vida de las trece colonias que ejercía Inglaterra a través de su gobierno.

Cuando esa guerra comenzó, en abril de 1775, ya estaba en marcha la llamada revolución industrial, etapa histórica durante la cual se concentraban en Inglaterra las fuerzas económicas del capitalismo —que todavía no habían alcanzado el vigor que iban a proporcionarles las máquinas—, y por esa razón era en Inglaterra donde esas fuerzas se movían con más energía en una lucha sorda en la que cada burgués importante perseguía colocarse en mejor posición que sus competidores para asegurarse más ventajas que nadie en la nueva sociedad del capitalismo industrial cuyos esplendores podían verse a corta distancia.

El resultado de esa lucha dentro de Inglaterra tenía que reflejarse en las colonias, lo mismo en la India que en América del Norte, porque las fuerzas sociales que la llevaban a cabo

en Londres presionaban al gobierno inglés a fin de que las libertara de obligaciones, lo que equivale a decir de impuestos, para disponer de fondos de inversión en la metrópoli, porque era ahí, en la metrópoli, esto es, en Inglaterra, donde estaba llevándose a cabo la lucha por el dominio del poder de la máquina, y como era natural que sucediera, la liberación de impuestos a los burgueses de Inglaterra significaba aumento de impuestos para los de las colonias. Eso es lo que explica que la agitación en las trece colonias, impulsada por los efectos de las guerras europeas de Inglaterra y por las guerras contra los indios de las colonias, acabara condensándose en una manifestación económico-política bien conocida en la historia, aquella de “no taxation without representation”, cuya traducción conceptual sería ésta: “No aceptamos que nos pongan impuestos personas que no nos representan”.

Debemos repetir ahora que en ese momento, justo cuando la humanidad se hallaba iniciando la era de las maquinarias, que iban a revolucionar con tremenda violencia todo el orden social al expandir y llevar a un nivel más alto el poder económico de la burguesía, la ideología más avanzada era la capitalista y por tanto la clase más avanzada era la que representaba, defendía e imponía esa ideología; o dicho de otra manera, la clase de vanguardia era la burguesa, pero la burguesa de tendencia industrial, porque la industria sería un producto de las máquinas, y éstas acabarían dejando atrás la etapa de la manufactura, esto es, la de los grandes talleres en que centenares de personas, entre ellas mayoría de mujeres y niños, hacían los artículos de consumo general a mano, de ahí que a la época correspondiente se le llamase la de la manufactura, pues esa palabra quiere decir cosas hechas a mano.

Como lo sabe cualquier estudiante de bachillerato en todas partes, en la guerra de independencia norteamericana figuraron gentes de varios países, de los cuales el mejor conocido es el

marqués de Lafayette, aristócrata francés que llegó a ser un personaje sobresaliente en la Revolución Francesa; pero además los gobiernos de Francia y de España terciaron en esa guerra del lado de las trece colonias a tal punto que el 6 de febrero de 1778 Francia firmó con los jefes de esos Estados Unidos —que todavía no tenían un gobierno reconocido a pesar de que la Declaración de Independencia había sido firmada y proclamada al empezar el mes de julio de 1776— nada menos que un tratado secreto de amistad y comercio en el que se incluía el reconocimiento de la independencia de esas trece colonias. Pero el tratado no era una acumulación de palabras vacías, puesto que nueve semanas después de haber sido firmado salía de Francia una flota que iba a operar en aguas de América del Norte; y en cuanto a España, ese tradicional enemigo de Inglaterra estaba dándoles a las tropas de Washington ayuda política y económica, y por cierto bastante fuerte, desde el año anterior, a través de Arthur Lee, que era representante oficioso en Madrid de las fuerzas revolucionarias norteamericanas.

Fin de la esclavitud

¿Por qué los gobiernos ingleses no acusaron a sus colonos de ser títeres de Francia y España; de ponerse a la orden de los enemigos del género humano como lo hacen ahora los altos funcionarios de Estados Unidos cuando en Asia, en África o en América Latina se producen levantamientos guerrilleros apoyados por países socialistas?

No lo hacían porque en el siglo XVIII no había luchas antagónicas entre ingleses, norteamericanos, franceses y españoles; todos ellos eran, quién más quién menos, aliados ideológicos. Inglaterra era ya un país capitalista y los reyes de Francia se apoyaban en la burguesía comercial y manufacturera de su país aunque retuvieran en su corte a muchos nobles feudales y con ellos se mantenían sus privilegios de clase. En cuanto a

España, país sin desarrollo capitalista, había una aristocracia terrateniente muy fuerte pero también una burguesía comercial que les servía a los reyes para mantener un balance político y económico que la monarquía usaba en el sostenimiento de su poderío imperial, del cual formaban parte los territorios de la América Latina española pero también algunos en África y en Asia.

Ni Francia ni Portugal ni España desarrollaron sociedades capitalistas en sus territorios del Caribe y de América del Sur; por lo menos, no eran capitalistas en el sentido de que sus clases básicas, y contrapuestas de forma antagónica, fueran la burguesía y el proletariado. Tanto en las colonias francesas del Caribe como en el Brasil portugués las burguesías estaban sustituidas por oligarquías esclavistas y los proletarios por esclavos africanos, y en lo que se refiere a España, en algunos casos —Cuba, Venezuela, por ejemplo— sucedía lo mismo, y en otros el lugar de los obreros era ocupado por indígenas forzados a trabajar por medio de diferentes formas de esclavitud real aunque en la mayoría de los casos esa esclavitud no estuviera reconocida por las leyes españolas.

Podría suceder que algunos lectores pensarán, o dijeran, que algo similar sucedía en Estados Unidos, donde había esclavos africanos y además a los indígenas se les despojaba de sus tierras, se les explotaba cuando trabajaban a las órdenes de gente blanca y en sentido general se abusaba de ellos. Pero la situación en las antiguas trece colonias era otra. En primer lugar, aunque en los primeros tiempos después de la guerra de independencia había esclavos en algunos estados del Norte, la esclavitud fue concentrándose cada vez más en el Sur, sobre todo después que el desarrollo de la revolución industrial creó en Inglaterra las máquinas tejedoras, porque la velocidad de producción de tejidos llegó a ser tan alta y ocupaba en proporción tan escaso número de obreros (u obreras) que Inglaterra

estuvo en poco tiempo en condiciones de vender telas mejores y más baratas que las que se hacían en cualquier parte del mundo, lo que se tradujo en una demanda tremenda del algodón que producían los estados sureños de sus antiguas trece colonias, y esa demanda se tradujo a su vez en una de esclavos que eran empleados en esos estados para el cultivo, y de manera especial, sobre todo, para la cosecha de los algodones.

La llamada Guerra de la Secesión, que empezó el 12 de abril de 1861, iba a ponerle fin a la esclavitud africana en Estados Unidos, pero los efectos políticos y sociales del régimen esclavista perdurarían en los estados sureños a tal extremo que un siglo después la lucha por extender a los negros de esos estados el derecho a votar en las elecciones nacionales costaba vidas humanas y la práctica del linchamiento de negros parecía parte integrante de la práctica social de la región.

Para la clase dominante y los sectores de clase gobernantes de Estados Unidos eran hechos normales hasta hace poco tiempo —veinte años a lo sumo— las tremendas violaciones de los derechos humanos que se daban en el sur de su país y son normales los abusos que cometen contra negros y trabajadores blancos los fanáticos del Ku Kux Klan que ciento veinte años después de haber terminado la Guerra de la Secesión siguen pensando y actuando como si todavía fueran dueños de esclavos prófugos a los cuales perseguían, en ejercicio de un derecho divino, lo mismo para volver a explotarlos que para matarlos por haber cometido el imperdonable delito, no de atacar a sus amos sino de huir de ellos porque no podían resistir un día más el régimen de explotación a que se hallaban sometidos.

II

La democracia representativa —lo hemos dicho varias veces— sólo puede funcionar bien en los países capitalistas altamente

desarrollados porque ella es la expresión política de ese tipo de capitalismo; y si en Estados Unidos, país que está entre los más desarrollados del mundo capitalista perduran todavía hoy en varios estados del Sur los efectos nocivos para la vida pública de los males generados por una esclavitud que fue abolida hace ciento veinte años, ¿qué puede esperarse de las sociedades latinoamericanas, formadas por pueblos que vinieron a conocer el capitalismo tardíamente y no en el origen de su etapa colonial como lo conocieron las trece colonias que los ingleses establecieron en América del Norte?

Veamos el caso dominicano. En la isla que compartimos con Haití, cuando aún no se alcanzaba a pensar, siquiera, en la posibilidad de que en ella surgieran dos Estados, empezó la explotación de los esclavos africanos, usados por primera vez en América en la siembra de la caña dulce y la producción, a base de ella, del azúcar. Ese inicio fue, como diría Carlos Marx refiriéndose a la esclavitud negra en el territorio de los que acabarían siendo los estados sureños de Norteamérica, un ensayo en tierras del Nuevo Mundo de producción capitalista, pero de capitalismo anómalo, porque no se llevó a cabo con obreros libres que les vendieran a sus patronos su fuerza de trabajo sino que la fuerza de trabajo era aportada por esclavos, lo que equivale a decir por seres vivos no humanos sino bestias que habían sido compradas por sus amos como hubieran podido comprar caballos o bueyes y puestas a trabajar como si fueran animales que eran dirigidos a latigazos por capataces desalmados.

Ese ensayo en nuestro país de capitalismo anómalo, el primero conocido en el Nuevo Mundo, fracasó antes de que terminara el siglo XVI, de manera que la porción de capitalismo que había en él se hundió en la misma tembladera económica en que se había hundido la producción de azúcar, que era la razón de ser del ensayo, y esa producción se hundió porque España no podía comprar el azúcar de ese territorio suyo

llamado La Española pero tampoco dio autorización para que ese azúcar se vendiera en otros lugares de Europa, por ejemplo, en Flandes (Holanda y parte de Bélgica), que eran parte del imperio español.

Los colonos de La Española —nuestros antepasados— dejaron de producir para vender fuera de la isla; esto es, dejaron de producir para el mercado mundial y por tanto perdieron la oportunidad de pasar a ser una sociedad capitalista. Marx lo dijo de manera muy clara cuando respondiéndose a en qué caso se hallaban los artesanos o campesinos que trabajan solos y no producen, por tanto, como capitalistas, explicó: “Para nosotros esos productores serán vendedores de mercancías y no vendedores de trabajo; su situación no tiene, por tanto, relación con el intercambio del capital ni por consiguiente, con la distinción del *trabajo productivo e improductivo*... Aun si producen mercancías, estos trabajadores no son productivos ni improductivos, pues su producción no entra dentro del tipo de producción capitalista” (Ver tomo I de *Teorías de la plusvalía*, pp.330 y ss).

Si Marx pensaba así en el caso de artesanos y campesinos libres, que no eran esclavos, con mucha más razón habría dicho lo mismo de los esclavos de La Española que para el año 1606 trabajaban nada más que para alimentar a sus amos y alimentarse a sí mismos porque para ese año de nuestra isla apenas salieron 2 mil 500 quintales de azúcar, o para decirlo de manera que todo el mundo lo entienda en su real significación: en 1606 salieron de aquí para España 125 toneladas de azúcar; y de ahí en adelante salía cada vez menos hasta que en pocos años más no salió ni una libra.

Sociedad precapitalista

¿Cuál era, pues, el modo de producción de la escasa población de nuestra isla en los primeros años del siglo XVII?

Era uno precapitalista, pero no podemos calificarlo de otra manera porque no hay cómo describir el tipo de sociedad en que vivía esa población. Podemos decir, eso sí, que nuestra esclavitud pasó a ser patriarcal, lo que en el lenguaje de Marx significa que los esclavos vivían con las familias de sus amos y trabajaban para alimentarlas y alimentarse a sí mismos, pero no podemos decir que la suya era una sociedad patriarcal porque los amos de esos esclavos no formaban una clase dominante que le diera o pudiera darle determinado carácter a la sociedad.

Lo que producían esos esclavos y la población libre era poco, lo indispensable para ir viviendo y para comprar las pocas cosas que se traían de España o que ofrecían los contrabandistas holandeses, como machetes, cuchillos y otras herramientas. La población libre era de 1,127 familias que vivían en diez pueblos. En los censos de aquellos tiempos se le atribuían a una familia cinco personas, de manera que nuestra población libre no era en el año 1606 superior a 6 mil personas, y los esclavos, que se contaban por cabezas y no por familias, era 9,748, de los cuales 800 vivían en los contados ingenios o trapiches de azúcar y los restantes con las familias libres y en las estancias o hatos de reses que esas familias o una parte de ellas tenían en las vecindades de los pueblos. El censo llamado de Osorio, porque fue mandado hacer por el gobernador de ese nombre, dice que del número de los esclavos que vivían en los pueblos, las estancias y los hatos, 6,742 se hallaban en estancias de jengibre, casabe y maíz. En esos tiempos una parte del jengibre se enviaba a España, pero su exportación no prosperó, y el casabe de que se habla en el censo era yuca.

El análisis detallado que hacemos en *Composición social dominicana* de lo que era entonces la población del país, de lo que producía y en consecuencia de su grado de desarrollo económico y social, desembocó en una conclusión: que en vez

de avanzar la población de La Española retrocedía en términos generales porque era parte de España y España no tenía la organización económica y social adecuada ni para vender en su propio mercado o en otros países el azúcar de La Española ni para producir los artículos de consumo que necesitaban los pobladores de la isla.

Cuando escribimos el libro en que decíamos esas cosas (en 1968) opinamos lo siguiente:

“... España, en fin, no era una sociedad burguesa, y en ese período en que comenzaba la expansión del capitalismo primitivo, un país sin burguesía no podía ni organizar ni defender un imperio; y si no podía hacerlo el país, no podía hacerlo una de sus partes; más aún, el retraso socio-económico de España impedía que en La Española se formara y se desarrollara, no ya una burguesía, sino ni siquiera un núcleo oligárquico importante como se vio con el fracaso de la oligarquía esclavista del azúcar, que fue llevada a la disolución por la incapacidad de España para absorber nuestra producción azucarera y aún para encauzarla hacia el mercado de Flandes”.

La etapa precapitalista de nuestro pueblo duró casi cuatro siglos. Carlos Marx dijo, en el primer párrafo del capítulo XI de *El Capital*, que “la producción capitalista comienza, en realidad, allí donde un *capital* individual emplea simultáneamente un número relativamente grande de obreros; es decir, allí donde el proceso de trabajo presenta un radio extenso de acción, lanzando al mercado productos en una escala *cuantitativa* relativamente grande. La *producción capitalista* tiene, histórica y lógicamente *su punto de partida* en la reunión de un número relativamente grande de obreros que trabajan al mismo tiempo, en el mismo sitio (o, si se prefiere, en el mismo campo de trabajo), en la fabricación de la misma clase de mercancías y bajo el mando del mismo capitalista” [*Todas las itálicas son de Marx*].

Los ingenios hasta 1822

Eso que Marx describe como el comienzo de la producción capitalista vino a darse en nuestro país cuando en el siglo pasado se fundaron los primeros ingenios de azúcar al vapor, pues los 9 ingenios y 11 trapiches que estuvieron funcionando durante algunos años a fines del siglo XVIII no perduraron, como lo dejó dicho de manera indirecta Heredia y Mieses en su libro *Invasiones haitianas* (pp.163-65) al afirmar que como consecuencia de la guerra de la Reconquista “todavía en muchos años tendrá que venir de fuera, como hasta ahora, el azúcar que consumimos”. En *La caña en Santo Domingo*, que publicó en 1893 la Imprenta García Hermanos, dice su autor, Juan J. Sánchez, que en el Este había 7 ingenios “que perecieron en 1822”, y que “después de estos, la caña no dio más producto que el melado, y se olvidó la fabricación de azúcar”. Ahora bien, por el mismo Juan J. Sánchez sabemos que esos ingenios eran trabajados por esclavos, puesto que dice que “habían perecido por el cambio social, que convirtió en hombre libre al africano”, y como “perecieron en 1822”, debemos entender que los aniquiló la abolición de la esclavitud decretada por Jean-Pierre Boyer. Luego, los ingenios de 1822 como los de 1780 eran retoños del capitalismo anómalo, que se basaba en la explotación del esclavo, no en la del obrero que vendía su fuerza de trabajo por un salario pequeño o muy pequeño, pero un salario cuya cuantía habían acordado el obrero y su patrón, y sin que se cumpliera esa condición no podían quedar establecidas las relaciones de producción capitalista.

Comparación entre RD y EE.UU

Para que se estableciera el capitalismo, decía Marx, era necesario que se enfrentaran y entraran en contacto dos clases muy diversas de poseedores de mercancías; de una parte, los propietarios de dinero, medios de producción y artículos de

consumo; de otra parte, los obreros libres, vendedores de su propia fuerza de trabajo y, por tanto, de su trabajo. (Para Marx, y ése fue uno de sus grandes descubrimientos, la fuerza de trabajo del obrero era una mercancía, su mercancía, y podía venderla precisamente porque era suya y de nadie más). En el párrafo siguiente Marx pasaba a aclarar. “Obreros libres, en el doble sentido de que no figuran directamente entre los medios de producción, como los esclavos, los siervos, etc., ni cuentan tampoco con medios de producción propios, como el labrador [*campesino*, nota de JB] que trabaja su propia tierra...”.

Hacia el 1870 nuestro país era, al menos nominalmente, un Estado independiente, que entre 1863 y 1865 había llevado a cabo una guerra contra el poder militar español para restaurar el Estado, y sin embargo apenas un año después su gobierno —el del general José María Cabral— estaba ofreciéndole al de Estados Unidos la venta o el arriendo de la bahía de Samaná, oferta que repitió el gobierno de Buenaventura Báez, cuyo entreguismo llegó a tal punto que antes de que terminara el año 1869 firmaba un tratado con los gobernantes norteamericanos en virtud del cual la República Dominicana quedaba anexada a Estados Unidos a cambio de que se le dieran al presidente Báez 100 mil dólares en efectivo y 50 mil en armas.

Lo que salvó a nuestro país de ser Puerto Rico o una Islas Vírgenes anticipados no fue el patriotismo dominicano, del que sí hubo pruebas, como por ejemplo los ataques de Luperón a varios puntos fuertes del baecismo, fue la oposición intransigente de un grupo de senadores estadounidenses que se negaron a aprobar el tratado que les había sometido el presidente Ulises Grant.

Estados Unidos era un país capitalista, y no como quiera sino con bases económicas, sociales y políticas tan sólidas que para erradicar la esclavitud había hecho pocos años antes la

larga y costosa Guerra de Secesión y llevaba ya en sus entrañas una proyección de su poder hacia afuera que iba a ser calificada por Lenín con una sola palabra: Imperialismo; y la enorme diferencia que había entre Estados Unidos y la República Dominicana tenía su explicación en el hecho de que desde el primer momento de su etapa colonial Estados Unidos fue un establecimiento capitalista y para 1869 la República Dominicana era todavía un pueblo que se ahogaba en las aguas muertas del precapitalismo.

III

Durante más de un siglo muchos de los pensadores, escritores, periodistas y políticos de nuestros países se referían a la América Latina llamándola los Estados Desunidos, lo que venía a ser al mismo tiempo una crítica no expresada al conjunto de los países que formaban esa entidad histórica llamada América Latina o Latinoamérica y un elogio también no expresado pero muy elocuente a Estados Unidos; luego, en el seno de las palabras Estados Desunidos, que eran sólo dos con apenas siete sílabas, palpitaba con intensa vitalidad una enérgica afirmación de que nuestros pueblos eran diferentes y a la vez inferiores al que habitaba en la región central de América del Norte, y que por eso el último formó esa potencia económica, política y militar llamada Estados Unidos mientras los primeros se amontonaban en Estados débiles, separados, atrasados; esto es, en Estados Desunidos.

La idea clave de esa manera de pensar era la declaración no explícita de nuestra inferioridad, y algunos de los pensadores, escritores, periodistas y políticos latinoamericanos que sostenían ese criterio alegaban que éramos inferiores por razones raciales.

¿Había alguna base para pensar como lo hacían esos señores?

No la había, porque si ellos aludían a algún tipo de inferioridad racial en el caso de los indígenas que hallaron en nuestra América los conquistadores españoles olvidaban que entre los pueblos indios los hubo que dejaron muestras convincentes de que no eran inferiores a ningún otro del mundo. Esas muestras quedaron en las obras monumentales de los incas del Tahuantisuyo, en las ciudades mayas y aztecas, en la acumulación de conocimientos preservados por sus sacerdotes en materia astronómica y por sus pueblos en el cultivo y el uso del maíz, la papa, el cacao, el tabaco, productos agrícolas que enriquecieron la vida y el comercio de los países europeos y también de los propios Estados Unidos. En cuanto a los pueblos caribe, taíno, siboney, esto es, los pobladores de las islas, en ningún caso eran inferiores a los blancos ni en inteligencia ni en disposición para aprender y actuar, sino que su evolución social correspondía a etapas que habían sido superadas por los pueblos blancos de Europa y también por los indígenas de México, Centroamérica, Ecuador y Perú.

Desarrollo capitalista

Si la inferioridad racial de los pueblos que habitaban en los Estados Unidos se basaba en el hecho de que en ellos había negros africanos y descendientes suyos y mestizos de negros y blancos, ¿por qué no se pensaba que debían ser también inferiores los que habitaban en los estados del sur de Estados Unidos, donde la población negra y mestiza era grande?

Lo que no se advertía entonces puede ser visto hoy, observado y estudiado en conjunto y en detalle... Si no se vio antes se debió a que entre los hechos sociales y políticos y aquellos que desde nuestras tierras los observaban había una bruma que ocultaba la causa de esos hechos y hacía muy difícil, sino imposible, que se les hallara una explicación verdaderamente científica.

Los admiradores latinoamericanos de Estados Unidos y de sus instituciones no se daban cuenta de que ellos hacían sus juicios a partir de una posición ideológica favorable a lo que aparentaba ser el progreso del pueblo estadounidense y era, en realidad, el progreso de la burguesía y de capas y sectores de la pequeña burguesía de aquel país, e ignoraban la existencia del proletariado y de los negros e indios norteamericanos y de sus condiciones materiales de existencia. Se admiraba la potencia y el alto número de los ferrocarriles que cruzaban las inmensas llanuras del Medio Oeste pero se desconocía, o se olvidaba, que las tierras por donde cruzaban esos bólidos de hierro habían sido arrebatadas a pueblos indígenas que iban siendo exterminados de manera lenta pero segura por las enfermedades y la desnutrición a que los exponía el aislamiento en que los mantenía la sociedad blanca, incluyendo en ella también a los obreros, porque el obrero norteamericano de aquellos años era ideológicamente capitalista y sigue siéndolo ahora.

La gran contradicción

Lo que se veía desde las capitales de la América Latina del panorama económico, social y político de Estados Unidos eran las demostraciones de una indudable solidez institucional que contrastaba con la situación caótica de nuestros pueblos, y los observadores, los escritores, los periodistas, los políticos de nuestros países achacaban esa solidez a condiciones morales del individuo norteamericano.

Las manifestaciones de esa solidez institucional y de la forma en que había ido articulándose estaban al alcance de quien quisiera verlas, pero su causa permanecía oculta debido a que todavía no se disponía de un método científico de investigación de esos fenómenos. Esas manifestaciones eran:

Inicio de la revolución de independencia contra Inglaterra, la primera de su tipo en la historia moderna; declaración

de independencia, también la primera en la historia moderna, en julio de 1776; acuerdo de confederación de las antiguas colonias inglesas en 1781; proclamación en 1789 de la primera Constitución republicana de la historia humana, compra a Francia en 1803 del territorio de Luisiana; la victoria sobre Inglaterra, el más grande poder militar del mundo en 1812.

Tales manifestaciones del proceso de desarrollo de Estados Unidos no se debían a las virtudes ciudadanas de los norteamericanos sino al sistema socio-económico en que se formaron las colonias inglesas de América del Norte. Esas colonias nacieron y crecieron como grupos capitalistas en el orden ideológico pero también en la práctica diaria de su vida, y fueron los primeros nacidos dentro de ese sistema sin haber recibido la menor deformación feudal. Por esa razón el Estado que ellos establecieron no surgió de una lucha contra el poder feudal sino de una revolución de independencia llevada a cabo contra el Estado inglés que obstaculizaba su desarrollo capitalista.

Los pueblos de origen español de los países más cercanos a Estados Unidos —México, Cuba, Guatemala, Colombia, Venezuela, nuestro país— y uno de origen francés —Haití—, no conocieron el feudalismo, pero tampoco nacieron ni crecieron como sociedades capitalistas que pudieran compararse ni de lejos con las colonias inglesas de Norteamérica. Sin embargo, esos pueblos, o por lo menos los hombres que los dirigieron en sus luchas por alcanzar la independencia, tuvieron como inspiración de esas luchas el ejemplo de Estados Unidos.

(No mencionamos entre esos pueblos a Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica porque en sus años de territorios coloniales todos ellos eran parte del llamado Reino de Guatemala, y no mencionamos a Panamá porque hasta principios de este siglo fue parte de Colombia).

Debemos referirnos al caso de Haití, cuyo nombre colonial fue Saint-Domingue, porque en su época de colonia francesa se convirtió en la más rica de las Antillas a pesar de que explotaba sólo un tercio de la isla La Española y a pesar también de que su economía no llenaba los requisitos necesarios para ser llamada capitalista; no los llenaba porque la clase productora no estaba compuesta por obreros sino por esclavos africanos, a los cuales Marx calificó de medios de producción, y la clase explotadora no era una burguesía sino una oligarquía esclavista recargada de títulos de nobleza, y entre las dos mantenían en función un tipo de relaciones de producción que Marx llamó capitalismo anómalo, palabra que significa extraño, irregular, anormal.

La guerra de independencia de Saint-Domingue no fue llevada a cabo por los colonos franceses, pues de haber sido así se habría parecido a la que hicieron en Norteamérica los pobladores de las colonias inglesas, y no tuvo la menor semejanza con ella. La guerra de independencia de Saint-Domingue fue hecha por los esclavos africanos de los colonos franceses, y en vez de limitarse a ser una guerra de independencia como la norteamericana fue al mismo tiempo una guerra social, de esclavos contra amos; una guerra racial de negros contra blancos y mulatos; una guerra civil entre negros y mulatos; una guerra de liberación o de independencia contra el gobierno de Francia, y por último una guerra internacional contra Inglaterra y España.

Esa guerra tan compleja, que no se parece a ninguna de los tiempos modernos, duró desde mediados de 1793 hasta el 1 de enero de 1804, día en que se proclamó la independencia del pueblo haitiano que pasó a organizarse en Estado con el nombre de República de Haití, la primera república negra de la historia y la primera república de la América no inglesa.

Quienes hicieron esa larga guerra, que por lo demás abundó en actos de ferocidad y heroísmo asombrosos, y crearon ese Estado, fueron los esclavos de Saint-Domingue, que no tenían idea alguna de qué cosa era el sistema capitalista, y sin embargo el modelo que seguirían a la hora de organizar su Estado sería el que ofrecía Estados Unidos, pero les faltaba la sustancia social del sistema en el cual se habían formado las instituciones norteamericanas, y hoy, al cabo de ciento ochenta años de haber alcanzado su independencia, podemos ver con claridad que entre Haití y Estados Unidos no hay, ni habrá en el porvenir, la menor semejanza, y que por tanto es y será inútil pretender que el pueblo haitiano pueda sacar beneficios de un sistema que no tiene nada que ver con su realidad histórica.

Veamos un caso completamente diferente al de Haití: México.

El caso de México

Frente a los 27,750 km² de Haití, México tiene 1 millón 958 mil; la población haitiana anda en este año 1983 por los 5 millones y la de México pasa de los 70 millones. Los haitianos son en su mayoría negros africanos y los mexicanos son indígenas de varias lenguas aunque su población mestiza y blanca es apreciable. La riqueza de Haití en sus tiempos coloniales se basó en la producción de azúcar y otros derivados de la caña y en todo su territorio no se explotó una mina de ningún metal, en cambio en los mismos tiempos la base de la riqueza mexicana fue la producción de oro y plata.

La guerra de independencia mexicana comenzó en 1810 y aunque la independencia quedó declarada el 6 de noviembre de 1813, fue en septiembre de 1821 cuando entró en la capital del país el llamado Ejército Trigarante que dejó establecida una Junta de Gobierno y reunió un Congreso pero no creó

un Estado ni habría podido hacerlo debido a que en las filas del Ejército Trigarante, y también en sus mandos, había tendencias o grupos irreconciliables, como por ejemplo, los partidarios de que el rey de España, Fernando Séptimo, por sí o por medio de un representante suyo, pasara a ser el gobernante del país; una segunda tendencia era la de los partidarios de la independencia tal como había sido proclamada en 1813, y la tercera estaba formada por los seguidores de Agustín Iturbide, que en mayo de 1822 fue proclamado emperador, cargo que tuvo que renunciar en marzo de 1823. El día de la independencia se celebra el 16 de septiembre de cada año.

México era un país riquísimo en tierras feraces, en minerales de todos los tipos, en una población de excelentes aptitudes para producir cuanto pudiera venderse; pero lo mismo que pasó en Haití y en el resto de América no inglesa, la organización social y económica mexicana no era capitalista; y sin embargo, la ideología política de sus líderes era capitalista como lo demuestra el hecho de que al fundar el Estado el Congreso que elaboró la Constitución copió de tal manera la de Estados Unidos que hasta el nombre del nuevo Estado fue igual al de su modelo puesto que el país pasó a llamarse Estados Unidos Mexicanos.

El modelo no tardó en dar demostraciones de que no tenía respeto alguno por su admirador porque en 1835, valiéndose de trucos que nunca se habían usado en la política internacional, organizó un levantamiento de supuestos tejanos, que eran en verdad norteamericanos, para adueñarse del territorio mexicano llamado Tejas, más grande que cualquier país de Europa, nada menos que de 692,000 km². Los que aparecían como jefes del levantamiento formaron un gobierno provisional y en 1836 proclamaron la independencia de Tejas —con el nombre transformado ya en Texas—, que quedó convertido en

República con presidente (David G. Burnet) y jefe militar (Sam Houston).

IV

Una comparación entre las realidades económico-sociales de dos países como Estados Unidos y México nos ayudará a formar conceptos claros de dos situaciones políticas que parecen ser iguales y son diferentes; parecen ser iguales porque objetivamente lo son en la medida en que se trata de dos estados organizados en conjunto y en detalle en la misma forma, pero en el caso de Estados Unidos el Estado fue el producto de una sociedad que se formó desde sus orígenes siguiendo las normas capitalistas y en el caso de México el aparato del Estado le fue impuesto al pueblo por una minoría que tanto como el pueblo estaba a distancia de esas normas.

La población de las colonias inglesas de América del Norte había adoptado desde principios del siglo XVII la ideología capitalista, lo que significa que todas las clases que la formaban tenían una misma posición ante los problemas públicos de esas colonias y de otros lugares del mundo, pero debemos advertir que los indios y los esclavos africanos que vivían en las colonias no eran parte de la sociedad colonial; no lo eran porque habían sido excluidos de las clases que formaban esa sociedad. Los excluyeron los líderes religiosos, civiles, económicos de las colonias, pero también habían sido excluidos de la sociedad por la masa de obreros, campesinos, artesanos y miembros de la pequeña burguesía comercial así como por los funcionarios que representaban en las colonias al Estado inglés. En suma, en los siglos XVII, XVIII y gran parte del XIX, la mayoría de los norteamericanos blancos y la totalidad de los funcionarios del gobierno inglés estaban totalmente convencidos de que los indios y los negros eran seres inferiores que nacían incapacitados por la Naturaleza para formarse opiniones políticas.

Blancos, indios y negros

Hoy nos parece que los que piensan tal cosa de los indios y los africanos son personas políticamente atrasadas —ésas a las que calificamos de ultraderechistas—, pero en los tiempos a que estamos refiriéndonos quienes pensaban así eran los partidarios de las ideas más avanzadas que había conocido la humanidad, esto es, las capitalistas o burguesas. En ese momento de la Historia la ideología burguesa era la revolucionaria, pero entre esa ideología y lo que los burgueses pensaban de los indios y los negros había una contradicción que se explicaba porque si en el orden social y político el capitalismo era lo opuesto al feudalismo tal como hoy el socialismo es lo opuesto al capitalismo, el desarrollo del capitalismo en el orden económico requería la aplicación de los métodos de la acumulación originaria, entre los cuales estaban el despojo de las tierras que pertenecían a los indios norteamericanos y la explotación del negro africano que se compraba y se usaba como un instrumento de trabajo o medio de producción.

De esa contradicción brotaba de manera inevitable la necesidad que tenían los líderes de las colonias inglesas de América del Norte de extender a toda la población blanca la teoría de la inferioridad mental y moral de indios y de negros puestos que sin apoyo de su sociedad los líderes no podrían despojar de sus tierras a unos y mantener a otros en la esclavitud; al menos, no podrían hacerlo por todo el tiempo necesario para extraer de indios y negros la acumulación originaria que debía ser la base del desarrollo capitalista.

El capitalismo estaba llamado a establecer como su régimen político propio la denominada democracia representativa, que en los casos en que ha llegado a sus niveles más altos repudia y condena los métodos de la acumulación originaria, pero en sus orígenes tenía necesariamente que usarlos, así como el socialismo —que es sin la menor duda el régimen destinado

a proporcionarle a la humanidad la mayor suma de libertades que puede disfrutar el hombre antes de entrar en la etapa de la sociedad comunista— está obligado a iniciarse aplicando a los pueblos donde se establece las reglas de la dictadura del proletariado, porque si no lo hace así sería aniquilado por el poder burgués como podemos verlo en el ejemplo de Chile, que es muy reciente.

Pero volvamos a la creencia de que los indios y los negros eran seres inferiores. El hecho de que las masas y sus líderes compartieran esa creencia indica que unos y otros —las masas y sus dirigentes— vivían convencidos de que los blancos de las colonias inglesas estaban dotados de condiciones indudables de superioridad sobre indios y negros, lo que a su vez nos lleva a suponer que en el orden político todos los blancos, fueran pobres o fueran ricos, se consideraban partes de una sociedad privilegiada. De ser así, los estímulos propios de la lucha de clases tendían a adormecerse, lo que explica por qué Marx decía, a mediados del siglo pasado, que para esa época en Estados Unidos no había definición de clases, pero eso también explica que las grandes masas blancas norteamericanas se dejaran dirigir económica, política y socialmente desde antes de 1775 por reducidos grupos de hombres que actuaron en condición de representantes de las clases bajo cuya dirección se hizo la guerra de independencia, se acordó la confederación de las antiguas colonias, que pasaron a ser los estados —de donde saldría el nombre de Estados Unidos—, y por último se elaboró una Constitución que a lo largo de casi doscientos años ha sido el plano de la maquinaria del Estado norteamericano, ese Estado al que Marx y Engels consideraron, con razón, como el primero del mundo moderno, o dicho en otra forma, el primero que se estableció en la Tierra sin que tuviera en su seno ni siquiera un germen microscópico de la sociedad feudal.

Estados Unidos y México

En el 1789 México —que se llamaba entonces Nueva España— no era un país capitalista ni apuntaba serlo en muchos años, y en consecuencia no podía ser ni por asomo el solar de una democracia representativa. Ese tipo de democracia no puede funcionar donde no hay partidos políticos. En Estados Unidos el Partido Republicano empezó a organizarse casi inmediatamente después de haber sido aprobada la Constitución y el Federalista se da por formado hacia el 1800, esto es, diez años antes de que comenzara en México la lucha por la independencia y veintidós antes de que Agustín Iturbide fuera proclamado emperador, un título muy propio no ya de la época feudal sino anterior, porque al menos en el mundo occidental, los emperadores por antonomasia fueron los de Roma, y Roma, como lo saben hasta los escolares de primaria, era una sociedad esclavista.

La Junta de Gobierno que empezó a gobernar el país en el año 1821 se llamó Regencia, palabra que se aplica a los gobiernos monárquicos cuando les faltan los reyes, por ejemplo, cuando el rey es menor de edad; esa Regencia estuvo encabezada por Iturbide, que fue proclamado emperador por grupos militares, no por un partido político, y fue derrocado también por grupos militares. En las luchas que le costaron a Agustín Iturbide el poder y poco tiempo después la vida se destacó un general que iba a llenar muchos años de la historia de México porque solo o acompañado ocupó la jefatura del país seis veces, y en todos los casos llegó a ella usando métodos violentos; y estamos aludiendo al general Antonio López de Santa Anna, quien en el último de sus gobiernos, al que llegó en el año 1853, ordenó por decreto que se le llamara Su Alteza Serenísima y mandó que se les pusieran barbas postizas a los soldados indígenas que hacían guardia en el castillo de Chapultepec, lugar de residencia del jefe del Estado.

Los actos caprichosos de Santa Anna eran los de un rey absoluto, no los de un gobernante demócrata, pero eso tenía su explicación: la llamada democracia representativa no podía ser el régimen político apropiado para un país como México, que no tenía desarrollo capitalista ni cosa parecida. Visto desde el aspecto de sus gobiernos, México era un país caótico, que en cuarentitrés años —desde el 1821, primero en que empezó a ser gobernado por mexicanos, hasta el 1864, último antes de que empezara a gobernar el emperador Maximiliano de Habsburgo— tuvo cuarenta y un gobiernos, varios de ellos encabezados por una persona que se repetía en el mando como fue el caso de López de Santa Anna, mientras que en setenta y seis años, de 1789 a 1865, Estados Unidos conoció sólo dieciséis presidentes, y habrían sido quince si el noveno de ellos, William Henry Harrison, no hubiera muerto un mes después de haber tomado posesión de la Presidencia.

Ahora bien, la democracia representativa norteamericana se proyectaba como un régimen político estable, y lo era, pero su estabilidad no significaba nada bueno ni cosa parecida para los negros esclavos o libertos ni para los indios de su país, como tampoco para México. Ya dijimos que en 1836 los norteamericanos que vivían en Tejas se levantaron en armas contra las autoridades legítimas de ese territorio y lo declararon república independiente; pero la nueva república fue reconocida y anexada después a Estados Unidos, y en 1845 pasó a ser un estado norteamericano. México respondió enviando fuerzas militares a reconquistar Tejas, decisión que le correspondía dentro de las normas del Derecho Internacional, y el gobierno norteamericano contestó con una declaración de guerra que empezó a ejecutarse el 13 de mayo de 1846 y terminó cuando las tropas yanquis entraron vencedoras en la capital del antiguo imperio azteca.

Antes de la pérdida de Tejas, México era un país tan grande como la suma de Alemania Federal, España, Finlandia, Francia, Holanda, Hungría, Inglaterra, Irlanda, Italia, Noruega, Portugal, Rumania, Suecia, Suiza y Yugoslavia; es decir, tan grande como la suma de todos los países grandes de Europa con excepción de la Unión Soviética. Su superficie pasaba de 4 millones de kilómetros cuadrados y en ese enorme territorio había riquezas fabulosas, como el oro de California y el petróleo de Tejas; y lo que le quedó tras haber perdido la guerra que Estados Unidos le declaró el 13 de mayo de 1846 fue menos de la mitad de lo que tenía once años antes: le quedaron 1 millón 958 mil 201 kilómetros cuadrados mientras que Estados Unidos había aumentado su superficie en 2 millones 219 mil 760.

Guerra de 1846-1847

En esa enorme cantidad de territorio que el democrático país del norte le arrebató a su vecino del sur se formaron seis nuevos estados: New México, con 315 mil 115 kilómetros cuadrados; Utah, con 219 mil 931; Nevada, con 286 mil 299; Arizona, con 292 mil 23; California, con 411 mil 13, y Texas con 692 mil 379. En resumen, los seis estados que le sustrajeron a México resultaban ser en conjunto 261 mil 559 kilómetros cuadrados más grandes que México.

En los tiempos modernos, después de la conquista de América no se había llevado a cabo un saqueo de territorios tan descomunal, y vale la pena recordar que ese saqueo gigantesco se hizo por la fuerza, pues no había ningún fundamento legal, histórico, cultural, que pudiera darle validez siquiera aparente. Para arrebatarse a México más de la mitad de sus tierras, Estados Unidos se valió de su superioridad militar; del hecho de que su desarrollo capitalista, que comparado con el de México era enorme, le permitió fabricar más cañones y

armar, vestir, alimentar y movilizar más soldados que México, y al mismo tiempo que disponía de mayor fuerza militar que México contaba también con el respaldo político de prácticamente la totalidad de su población blanca, que apoyaba la conquista de esas tierras porque esperaba que gran parte de ellas sería distribuida entre centenares de miles de familias, sobre todo de las que iban llegando a Estados Unidos desde Europa, y de manera especial de Irlanda, Alemania, Italia, países donde no había ni negros ni indios. El apoyo público a lo que estaba haciendo el gobierno norteamericano en perjuicio de México era tan sólido que al celebrarse elecciones un año después de haber terminado la guerra el que resultó elegido presidente fue nada menos que el general Zachary Taylor, el hombre que había dirigido las tropas que conquistaron la mayor parte de los territorios mexicanos del norte, es decir, los actuales estados de New México, Utah, Nevada, Arizona y California. El papel que jugó en esa guerra hizo de Taylor un héroe nacional, y de héroe nacional pasó a Presidente de la República, cargo en el que duró año y medio porque murió el 9 de julio de 1850, segundo caso de un presidente de Estados Unidos que moría antes de cumplir el período para el cual había sido elegido.

En oposición a lo que sucedía en Estados Unidos, en México resultaba profundizada la situación de caos propia de un país de escaso desarrollo capitalista en la hora del avance capitalista en el mundo, y sobre todo en sus vecindades, y nada lo demuestra mejor que lo que sucedía en el nivel más alto del aparato del Estado en los años de la guerra: entre 1846 y 1848 pasaron por la jefatura del Estado por lo menos cinco hombres, de ellos, cuatro generales y cuatro que se repetían en el cargo; general Mariano Paredes, general Santa Anna, general Nicolás Bravo, general Pedro María Anaya y Valentín Gómez Farías.

V

Lo que el gobierno de Estados Unidos hizo al despojar a México de más de 2 millones 200 mil kilómetros cuadrados de territorios que iban desde las orillas del golfo de México por el este hasta las del océano Pacífico por el oeste fue exactamente lo mismo que hace un grupo de hombres cuando entra en una casa y valiéndose de armas de fuego o cortantes la saquean de joyas, muebles y de todo aquello que tenga algún valor, y si para hacer eso es necesario matar a alguno o a todos los miembros de la familia asaltada, se les da muerte sin ningún respeto a lo que ahora llaman, precisamente en Estados Unidos más que en ninguna otra parte del mundo, los derechos humanos ultrajados por el poder del más fuerte.

Pero en el caso del saqueo de territorios mexicanos —en los cuales había población humana y animal y ciudades y negocios, grandes ríos, tierras fértiles y bosques ricos en buena madera— lo que quedó en manos de los asaltantes no fue sólo lo que podía verse, medirse, contarse; era mucho más, pues era también la riqueza mineral que no podía verse ni medirse ni contarse porque estaba oculta en el seno de esos territorios, y era el poder político que brotaría de la riqueza que le fue arrebatada a México como brota un árbol de una semilla.

Por ejemplo, el tratado de paz de México y Estados Unidos se firmó al empezar el mes de febrero de 1848, y unos días antes, en el mes de enero, se descubrieron en California, esto es, en territorio que todavía no había pasado a ser propiedad de Estados Unidos de manera legal, los fabulosos placeres de oro que convirtieron en millonarios a varios muertos de hambre y conmovieron a Estados Unidos de mar a mar y de frontera a frontera porque millares y millares de hombres y mujeres de todas las edades y profesiones salían de los puntos más distantes del país hacia California a la vez que desde Europa llegaban también millares y millares que se dirigían,

como atraídos por un imán gigantesco, al mismo punto adonde iban los norteamericanos.

A California llegaban buscadores de oro pero también mujeres que vendían sus cuerpos porque el arribo de enormes cantidades de hombres requería el establecimiento de prostíbulos. Con los cuerpos de esas mujeres se hacían negocios; ellas se vendían como mercancías a tanto por hora y su venta dejaba buenos beneficios para los dueños de esos comercios de carne humana; pero al mismo tiempo que eso sucedía en California, la onda expansiva del descubrimiento de los placeres de oro californianos llegaba a otros países, como por ejemplo a Nicaragua y a Panamá, por donde pasaban a millares los norteamericanos de la costa del Atlántico que iban hacia California y los que salían de California, ya pertrechados de dólares o de oro, para volver a Nueva Orleans, a Baltimore, a Nueva York.

En el libro *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, le dedicamos veinte páginas a explicar lo que en este artículo trataremos de decir en menos de tres, esto es, cómo iban a repercutir en Nicaragua los acontecimientos a que dio lugar el descubrimiento de los placeres de oro de California, hecho que a su vez había sido producto directo de la guerra de saqueo en perjuicio de México que había llevado a cabo Estados Unidos.

William Walker, el gran aventurero

El territorio de California da al océano Pacífico, y una de sus partes es una península larga y estrecha que corre de norte a sur. Esa península se llama Baja California y al terminar la guerra de 1846 quedó como parte de México, y como a las fuerzas norteamericanas les había resultado tan fácil adueñarse de más de la mitad de México, no hay que asombrarse de que cinco años después de haberse firmado el tratado de paz

que selló el fin de esa guerra a un joven estadounidense de 29 años se le ocurriera la idea de conquistar la Baja California para anexarla a Estados Unidos, y tal como lo pensó lo hizo: organizó a un grupo de aventureros, formó un llamado “Batallón independiente de la Baja California”, tomó la capital de ese territorio cuyo nombre era La Paz y proclamó que la Baja California había pasado a ser república independiente y su presidente era William Walker, esto es, el jefe de la increíble aventura.

Diecisiete años antes Sam Houston había hecho en Texas lo que Walker se propuso hacer en Baja California, y tuvo el apoyo del gobierno de Estados Unidos a tal extremo que ese gobierno extendió el despojo de México a más de 2 millones 200 mil kilómetros cuadrados, de manera que en la historia reciente de su país William Walker tenía el ejemplo que lo estimulaba a lanzarse a la conquista de la única porción del territorio californiano que había quedado en poder de México, pero además lo estimulaba a llevar a cabo su aventura la convicción de que así como México no pudo impedir la toma de Texas por Sam Houston y sus seguidores, que eran muy pocos, así tampoco podría impedir lo que él se había propuesto; y en cierta forma tenía razón para pensar así porque la norteamericana era una sociedad en la que se premiaba con respaldo público y oficial toda acción que enriqueciera de manera directa o indirecta tanto a Estados Unidos como a algunas personas sin tomar en cuenta qué daños podían causarles esas acciones a pueblos o individuos, como lo demostraban las guerras que se les hacían a los indios norteamericanos para despojarlos de sus tierras y el propio saqueo de México; pero al mismo tiempo la mexicana era una sociedad que debido a su escaso desarrollo capitalista era sustancialmente débil, sobre todo desde el punto de vista de su poder estatal, y por tanto no disponía de la capacidad necesaria para defenderse

de agresores que contaban con el apoyo de un Estado tan poderoso como era el de Estados Unidos.

Al declarar que la Baja California había pasado a ser una república independiente, Walker nombró un secretario de Estado y uno de Guerra y Marina y en el acto empezó a lanzar decretos, pero hizo algo más. Entre la Baja California y México hay un golfo que es largo y estrecho como lo es la península, y del lado oriental del golfo estaba el estado mexicano de Sonora, cuya capital era San Lucas. Pues bien, Walker cruzó el golfo, tomó San Lucas y se proclamó presidente de la República de Sonora, que él había formado sumando a Sonora y Baja California.

Eso sucedió en enero de 1854, pero no se prolongaría en el tiempo porque fuerzas mexicanas sacaron a Walker de Sonora y de la Baja California y en su propio país el audaz aventurero fue acusado de piratería, pero salió del juicio absuelto y convertido en un héroe nacional de los esclavistas sureños. Ahora bien, si había fracasado en México no iba a fracasar en Nicaragua, donde también se proclamó Presidente de la República, pero no a las malas sino elegido por el pueblo, sólo que las supuestas elecciones tuvieron lugar nada más que en dos ciudades del país, Granada y Rivas, que estaban bajo el control de los mercenarios norteamericanos de Walker.

La guerra contra Walker

El audaz aventurero, producto acabado de una sociedad en su etapa de desarrollo galopante, tomó posesión de la presidencia de Nicaragua en un acto solemne en el que se hallaba el ministro de Estados Unidos, cuyo gobierno reconoció al de Walker.

Una de las medidas que tomó el nuevo presidente nicaragüense fue el restablecimiento de la esclavitud que había sido abolida en el país hacía muchos años, pero con esa disposición

provocó al gobierno inglés, y sucedía que ese gobierno mantenía muy buenas relaciones comerciales con Costa Rica, pero también era desde 1833 el campeón mundial de la abolición de la esclavitud en el Nuevo Mundo porque una parte importante de sus capitalistas se habían convertido en fabricantes de máquinas y el trabajo esclavo era un competidor de las máquinas; además, Inglaterra tenía intereses políticos en Nicaragua y en otros lugares de la costa centroamericana del Caribe, entre ellos el del mantenimiento en territorio nicaragüense del falso Reino de la Mosquitia, y cuando estalló la guerra de los países de América Central contra Walker, Inglaterra pasó a ser la suministradora de armas de las fuerzas de Costa Rica, cuyo papel en esa guerra fue de primera magnitud.

La guerra de los ejércitos centroamericanos contra William Walker se conoce con el nombre de *La Campaña del Tránsito* porque las batallas que se dieron en ella tenían lugar en puntos geográficos por los cuales pasaban las embarcaciones y los caminos que llevaban a los viajeros que iban de la costa atlántica de Estados Unidos a California y a los que hacían esa misma ruta en sentido contrario, y la compañía norteamericana, capitaneada nada menos que por el conocido millonario Cornelius Vanderbilt, que tenía el monopolio de llevar y traer a esos viajeros, se llamaba The Accessor & Transit Company.

Esa guerra fue costosa en vidas y en bienes a tal punto que Walker le dio fuego a Granada y la primera acción de la lucha por el control de Rivas costó mil bajas, de ellas 500 muertos y 300 heridos de las fuerzas costarricenses, pero el incorregible aventurero quedó derrotado a fines de 1857 si bien pretendió renovar en Honduras lo que había hecho en Nicaragua, y el intento le costó la vida porque fue apresado por un buque de guerra inglés cuyo comandante lo entregó a las autoridades hondureñas; éstas lo condenaron a muerte

en la horca, sentencia que se cumplió en Trujillo el 12 de septiembre de 1860.

Países ricos y países pobres

En esta serie de artículos hemos presentado un caso de agresión de un Estado contra otro, esto es, Estados Unidos contra México, y un caso de agresión de un aventurero norteamericano, seguido de unos pocos aventureros de su calaña pero apoyado por el gobierno de su país, contra un Estado centroamericano —Nicaragua—; agresión llevada a cabo tanto por la acción de los atacantes como por la debilidad de la sociedad nicaragüense, que lo mismo que la mexicana era la de un pueblo sin desarrollo capitalista y por tanto sin fuerzas propias que oponerle a un grupo de fascinerosos que llegaban de Estados Unidos.

La semejanza de los casos de México y Nicaragua se advierte mejor cuando se sabe que en el mes de mayo de 1854 había comenzado en ese país centroamericano uno de esos movimientos mal llamados revolucionarios que fue organizado y financiado por Cornelius Vanderbilt en respuesta a una reclamación del gobierno de don Fruto Chamorro. El jefe aparente del levantamiento era el licenciado Francisco Castellón, pero su sostén y suplidor de armas era Vanderbilt. La tal revolución llevaba nueve meses cuando un periódico de California publicó, el 24 de abril de 1855, la noticia de que el día anterior debió salir hacia Nicaragua con setenta y cinco o cien hombres “el célebre William Walker”, y que éste iba a tomar parte en los sucesos de Nicaragua a favor del “general Castellón”. Y efectivamente, Walker tomó parte con tanta energía que llegó a ser presidente de ese país, como hemos dicho.

Los dos casos a que nos hemos referido —el de la agresión de Estados Unidos a México y el de la actuación de William

Walker en Nicaragua— son dos ejemplos de lo que puede suceder en la vida de países tan dispares, y a menudo opuestos, como son uno de capitalismo desarrollado —Estados Unidos— y otros de escaso desarrollo capitalista como eran a mediados del siglo pasado —y siguen siéndolo hoy, aunque en otro grado—, México, Guatemala, Honduras, El Salvador, Costa Rica y Nicaragua.

Bajo el sistema capitalista la relación entre países ricos y pobres equivale a la relación que en las sociedades capitalistas mantienen entre sí los seres humanos. En el último caso, los pobres dependen en todos los órdenes de los ricos; en el primero, los países pobres son dependientes de los ricos, y estos últimos son ricos en la medida en que lo sean sus clases dominantes.

VI

En los capítulos de esta serie que han sido publicados en *Vanguardia* hemos estado exponiendo a grandes rasgos algunos aspectos de la situación política y social por la que han pasado países como el nuestro, Haití, Estados Unidos, México, Nicaragua. En el caso de la República Dominicana no hemos dicho nada acerca de su independencia, o para expresarlo de otro modo, de la fundación del Estado, hecho que tuvo lugar en el año 1844, ni hemos mencionado la restauración de ese Estado, que había quedado disuelto en 1861 mediante la anexión a España, episodio único en la historia de América, y no hicimos referencia a esos acontecimientos porque creemos que en forma más o menos detallada son conocidos de todos los lectores de *Vanguardia*, pero no está de más recordar que tanto como Haití, México y Nicaragua, nuestro país se organizó —o sería mejor decir pretendió organizarse— como un país capitalista sin que su pueblo ofreciera bases sociales para eso.

De los mencionados —y no podemos hacer más larga la lista porque resultaría cansona, pero además debido a que nos parece que para ejemplos con esos hay y basta— sólo el Estado norteamericano se ha conservado incólume desde su fundación hasta hoy, a pesar de que pasó por una crisis que lo sacudió en sus cimientos, y fue la de la guerra llamada Civil o de Secesión, que duró cuatro años, desde abril de 1861 hasta abril de 1865. Iniciada por los estados del sur contra los del norte, esa contienda acabó costándoles la vida a más de 600 mil hombres, entre ellos el presidente Abraham Lincoln, asesinado por un fanático sureño inmediatamente después de haber sonado los últimos disparos de esa gran matanza.

En el orden social, el resultado más importante de la guerra fue la aniquilación de la esclavitud; en el económico, el capitalismo resultó enormemente fortalecido porque los gastos militares y la reconstrucción de ciudades destruidas requirieron una larga etapa de inversiones públicas que se calcularon en 15 mil millones de dólares, cantidad exorbitante de dinero para aquella época, de la cual salieron tajadas fabulosas para banqueros, empresarios y aventureros de toda laya que iban a quedar incorporados a las filas de los capitalistas y acabarían convirtiéndose en pocos años en los amos del poder político. Con esos señores del dinero y del poder público iba a quedar formado el núcleo de lo que al paso de los años iba a ser conocido con el nombre de imperialismo norteamericano.

Juárez, combatiente de la liberación

Pero mucho antes de que el imperialismo empezara a actuar Estados Unidos le había arrebatado a México más de la mitad de su territorio y William Walker se había hecho “elegir” presidente de Nicaragua; en marzo de 1861 la República Dominicana quedó anexionada a España y en diciembre de ese año fuerzas españolas desembarcaban en Veracruz, la

segunda ciudad y el puerto más importante de México, para abrirles el camino a ejércitos de Inglaterra y de Francia que llegaban al país con la misión de presionar al gobierno de Benito Juárez para que pagara una deuda de 80 millones de dólares de la cual eran acreedores ciudadanos ingleses y franceses.

En la cuenta de esos 80 millones de dólares no figuraban 15 millones en bonos franceses que el gobierno mexicano se negaba a reconocer como legítimos, y cuando la jefatura de las tropas francesas resolvió avanzar hacia la capital de México para cobrar esos abonos a cañonazos, los mandos inglés y español decidieron retirarse del país y así lo hicieron; mientras tanto, las columnas francesas, reforzadas con 30 mil hombres que envió en su ayuda Napoleón Tercero, se abrían paso hacia el oeste de manera tan penosa que tardaron más de un año en tomar la antigua Tenochtitlán, en la cual entraron el 10 de junio de 1863, nueve semanas antes de que en la República Dominicana comenzara la guerra de la Restauración.

Hacia dos días que se había cumplido la toma de la capital de México cuando entraron en ella Maximiliano de Austria y su mujer, Carlota, a quienes una supuesta asamblea de personas notables, escogidas por las autoridades militares francesas, habían exaltado nada menos que a emperadores de México, de donde había venido a resultar que un país que se había organizado en Estado copiando al pie de la letra el modelo norteamericano pasaba a ser un imperio encabezado por una pareja de príncipes de sangre real europea que ni siquiera sabían hablar español, que era la lengua oficial de México.

En realidad, quien había escogido a Maximiliano y Carlota para que desempeñaran los papeles de emperadores de un país latinoamericano poblado por una mayoría de indígenas de origen variado había sido el emperador francés, Napoleón Tercero, que hasta ese grado era falsa la independencia de México y de cualquier otro de los Estados de América Latina,

puesto que la independencia de nuestros países no era respetada ni por europeos ni por norteamericanos.

Asediado por los grupos de guerrilleros que parecían salir de las sombras y de los bosques mexicanos para combatir a los ejércitos franceses, Maximiliano, que no tenía aún año y medio ocupando su flamante trono, ordenó que cuantos nacionales del país fueran sorprendidos en acciones de armas contra el gobierno imperial debían ser juzgados sumariamente, lo que significaba juicio y fusilamiento en las veinticuatro horas siguientes a su detención.

A quien se le aplicó el juicio sumario fue, por cierto, a Maximiliano, condenado a muerte y ejecutado el 19 de junio de 1867 en Querétaro, ciudad que había sido sitiada por fuerzas mexicanas el 5 de mayo y abandonada por los franceses nueve días después. La jefatura del Estado y del gobierno volvió a manos de Benito Juárez, un indio zapoteca que pasó a figurar en la lista de los grandes personajes de América porque enfrentó desde el primer momento el poderío militar francés que se le impuso abusivamente a México; o para decirlo de manera que los lectores comprendan todo el alcance de esas palabras: Benito Juárez es una figura histórica porque fue un combatiente tenaz por la liberación nacional de su país.

Nicaragua otra vez

William Walker había sido fusilado en Trujillo el 12 de septiembre de 1860; el 7 de enero de 1865 se presentó en las Cortes Españolas (equivalente al Congreso) un proyecto de ley que ordenaba el abandono del territorio dominicano; el 3 de marzo la reina de España firmó un decreto derogando el de la anexión y el 10 de julio comenzó la salida de las tropas españolas hacia Cuba y Puerto Rico; dos años después era fusilado en Querétaro Maximiliano de Austria; y sin embargo todavía no había terminado la lucha por la liberación de

Nicaragua, de la República Dominicana y de México, y mucho menos la de Haití, que había sido el primer país de la América no inglesa donde se fundó un Estado independiente, hecho que había ocurrido el día de Año Nuevo de 1804.

Casi medio siglo después del fusilamiento de William Walker el gobierno norteamericano ofreció su apoyo a un movimiento armado contra el gobierno de Nicaragua, presidido por el general José Santos Zelaya, que iba a comenzar el 10 de octubre de 1909; Zelaya ordenó el fusilamiento de dos norteamericanos que se habían confesado culpables de haber volado con dinamita barcos del gobierno nicaragüense y el secretario de Estado de Estados Unidos declaró que los fusilados “eran oficiales al servicio de las fuerzas revolucionarias, y, por consiguiente, tenían derecho a ser tratados conforme a las prácticas modernas de las naciones civilizadas”, de manera que oficialmente el gobierno de Norteamérica, presidido en esos años por William H. Taft, le daba categoría de acto legal a la intervención de cualquier ciudadano de su país en los asuntos internos de otros países, y en ese caso concreto en los de Nicaragua; pero iba mucho más allá porque como Zelaya, al conocer la opinión del gobierno norteamericano, renunció a la presidencia, y el Congreso nicaragüense eligió presidente a José Madriz, el secretario de Estado de Estados Unidos afirmó que su gobierno no reconocería el de Madriz; y para que nadie ignorara quiénes eran los jefes de Nicaragua, los comandantes de dos buques de guerra yanquis que estaban estacionados en el puerto nicaragüense de Bluefields con instrucciones de dar apoyo a los que se habían alzado contra Zelaya, establecieron una aduana para cobrar derechos de importación que entregaban a los jefes del movimiento armado a quienes apoyaba el gobierno de Estados Unidos.

En Nicaragua había oro, que, naturalmente, era propiedad de una firma norteamericana, y esa firma tenía un abogado

llamado Philander C. Knox, a quien el presidente Taft había nombrado secretario de Estado; pero además los afortunados dueños de las minas nicaragüenses de oro tenían un empleado llamado Adolfo Díaz, que ganaba 35 dólares semanales, y como por arte de magia Adolfo Díaz pasó a ser el presidente de Nicaragua, con reconocimiento, claro está, del gobierno de Estados Unidos, y para suerte de Knox y de sus amigos, en julio de 1912 estalló en Nicaragua un movimiento armado que dirigía un general Mena, y como las fuerzas de Mena tomaron en poco tiempo varias ciudades, entre ellas la capital del país, esto es, Managua, Díaz les pidió a sus protectores norteamericanos que lo ayudaran con tropas de su infantería de marina, y esas tropas tomaron Managua, prendieron a Mena y lo embarcaron hacia Panamá. El segundo de Mena, Benjamín Zeledón, no se rindió y combatió hasta principios de octubre, cuando fue muerto en un combate, pero su muerte no determinó la salida de las tropas de Estados Unidos, que se quedaron en Nicaragua hasta el 3 de agosto de 1925, y durante todo el tiempo que estuvieron allí Nicaragua fue gobernada desde Washington.

Y de nuevo México

A fines de 1910 comenzó en México un levantamiento contra el gobierno presidido por el general Porfirio Díaz, un indio pobre de origen misteca que se había distinguido en la guerra contra los franceses y llevaba en el poder treinticuatro años corridos. Ese movimiento iba a convertirse en la conocida revolución mexicana, de larga duración y muy costosa en vidas, que en varios aspectos y momentos estuvo encabezada por jefes de procedencia popular, como Pancho Villa y Emiliano Zapata, cuyos nombres pasaron a ser ampliamente conocidos, y no sólo dentro de los límites de su país sino internacionalmente.

En esa revolución tomaron parte del lado revolucionario algunos burgueses, importantes sectores de la pequeña burguesía urbana, trabajadores, entre ellos muchos obreros, y sobre todo grandes cantidades de campesinos pobres, y del lado opuesto los terratenientes, los comerciantes, los rentistas; pero como la ideología de la revolución no tuvo definiciones, las fuerzas enfrentadas a la dictadura no se habían organizado y en consecuencia todo el movimiento tenía un carácter caótico en el cual las masas populares actuaban siguiendo a caudillos de los cuales había varios en el campo de la revolución. Esas masas cuando eran revolucionarias se dividían en villistas, zapatistas, carrancistas, y no era raro que de vez en cuando combatieran entre sí, aunque fuera en luchas limitadas a tal o cual lugar.

Cuando comenzó la revolución, el presidente de Estados Unidos era el republicano William H. Taft, y a partir del 14 de marzo de 1912 pasó a serlo el demócrata Woodrow Wilson, pero ambos representaban en el poder del Estado a una clase gobernante cuya política exterior era decididamente imperialista. Taft había actuado en esa línea tanto en Nicaragua como en Cuba y Wilson lo haría en México, en Haití y en la República Dominicana.

El 9 de abril de 1914 fueron arrestados en el puerto mexicano de Tampico varios marinos norteamericanos, incidente que le dio pretexto al gobierno de Wilson para ordenar un desembarco de fuerzas militares en Veracruz, hecho que tuvo efecto doce días después. Pero los soldados estadounidenses no bajaron a tierra pacíficamente. El recuerdo del desmembramiento de México y de la ocupación de su capital se conservaba vivo en el pueblo y la ocupación de Veracruz costó sangre mexicana y norteamericana. Las bajas de los combates del 21 de abril pasaron de 500, pero además, la agresión yanqui fue rechazada por los dos gobiernos que había en ese

momento en la patria de Benito Juárez, el de Venustiano Carranza y el de Victoriano Huerta.

La ocupación de Veracruz terminó el 23 de noviembre de 1914, día en que se retiraron las fuerzas norteamericanas, pero todavía nos falta referirnos a la llamada “expedición punitiva”, lo que haremos en el próximo artículo.

VII

Después de haber perdido a manos de Estados Unidos más de la mitad de su territorio, y después de haber sufrido la invasión militar francesa y con ella el gobierno de un falso emperador impuesto por Napoleón Tercero, México tuvo que padecer la afrenta del ataque y la toma de Veracruz, ambos hechos llevados a cabo por fuerzas norteamericanas cuando su pueblo se desangraba en una revolución que ha sido la más costosa en vidas de todas las que se han hecho en América Latina, y todavía le quedaba por sufrir una afrenta mayor, la de la “expedición punitiva”, nombre que se le dio a la entrada y permanencia en territorio mexicano de un cuerpo de ejército estadounidense que estuvo operando durante casi un año en ese territorio como si hubiera estado haciéndolo en su propio país.

El 21 de julio de 1915, el Encargado de Negocios interino de Estados Unidos en nuestro país envió una carta pública al general Horacio Vásquez, jefe del Partido horacista o rabudo que mantenía la oposición al gobierno del presidente Juan Isidro Jimenes, en la cual decía cosas como éstas: “He sido instruido por el gobierno de Estados Unidos para llamar la atención de los jefes de la oposición (hacia el hecho) de que en caso de que sea necesario (se hará un) desembarco de tropas (norteamericanas) para imponer el orden y respeto al Presidente electo por el Pueblo. Aquellos jefes que estén o puedan estar actualmente ocupados en los desórdenes,

o que estén secretamente alentándolos serán hechos personalmente responsables por los Estados Unidos”.

Es difícil que en alguna parte del mundo se haya enviado una carta semejante a ésta, con la circunstancia agravante de que se le dio carácter de documento público. Por lo menos, el autor de esta serie de artículos no conoce nada parecido. Jamás llegó el gobierno de un país poderoso a hacer una demostración tan evidente de intromisión en la vida pública de un Estado que tenía todos los títulos necesarios para ser respetado de otros Estados; y lo que acabamos de decir se demostraba con el hecho de que el gobierno que había autorizado la redacción y la publicación de esa escandalosa carta era el de un Estado que mantenía con la República Dominicana relaciones diplomáticas, lo que indica que reconocía de jure y de facto la existencia del Estado dominicano con todos los atributos que le corresponden a un Estado soberano.

En Haití y República Dominicana

Seis días después de la aparición de esa carta en un periódico de Santo Domingo se produjo en Port-au-Prince, la capital de Haití, un motín en el que cientos de hombres y mujeres del pueblo atacaron el Palacio Nacional. En respuesta a ese ataque el jefe de la ciudad ordenó la muerte de todos los enemigos políticos del gobierno que estaban presos en la cárcel de Port-au-Prince, que eran más de cien, y ese asesinato masivo provocó tanta indignación popular que los cuarteles militares de la ciudad fueron asaltados por oleadas humanas, y el autor de la orden de la matanza, el general Oscar Etienne, murió aplastado por los golpes de la multitud, su cadáver fue arrastrado por las calles y destruido mediante el fuego. Mientras tanto, el presidente de la República, Guillaume Sam, se había refugiado en la

Legación de Francia*, de donde al día siguiente lo sacó el pueblo enfurecido para matarlo a golpes, tal como lo había hecho con el general Etienne, y luego se dedicó a llevar el cadáver a rastras por las calles de la capital.

En los dos días de los hechos que acabamos de relatar, la población de los barrios pobres de Port-au-Prince asaltó cuantas casas de comercio y viviendas de personajes del gobierno cayeran bajo su furia vengativa, y al atardecer del segundo día (28 de julio de 1915) entró en las aguas de la bahía de la capital haitiana el acorazado *Washington*, de la flota norteamericana del Caribe que estaba estacionada en la base de Guantánamo, Cuba. Del *Washington* bajó un cuerpo de infantes de marina con el cual comenzó la ocupación militar de Haití, llamada a terminar el 21 de agosto de 1934, esto es, diecinueve años después.

En menos de un año el poder militar de Estados Unidos se extendió a la parte oriental de la isla compartida por Haití y nuestro país; y se extendió sin ninguna causa que lo justificara como no la había habido para la ocupación de Haití, puesto que ni en Haití ni en la República Dominicana se produjo ataque alguno a empresas, personas o intereses económicos, políticos o morales de Estados Unidos.

En el caso dominicano, problemas de política interna provocaron la rebelión contra el gobierno del presidente Jimenes de su ministro de la Guerra, el general Desiderio Arias. La rebelión fue apoyada por miembros del Congreso que acusaron al presidente Jimenes de haber violado la Constitución, a lo que Jimenes respondió con un llamado a las fuerzas que podían serle leales con las cuales se aprestó a marchar sobre la capital de la República, pero no pudo hacerlo porque al antepuerto de la ciudad llegó el crucero norteamericano *Prairie*,

* En esos años se le llamaba Legación a la que ahora se llama Embajada.

que procedía de Haití, bajo el mando del comandante Crosley, y éste bajó a tierra un cuerpo de infantería de marina que les impidió a las tropas de Jimenes entrar en la ciudad a menos que fueran puestas bajo el mando de oficiales norteamericanos. Eso sucedía al comenzar el mes de mayo de 1916, y el día 7 Jimenes presentó su renuncia a la Presidencia de la República. A partir de ese momento comenzó la ocupación militar del país que iba a prolongarse hasta el 12 de julio de 1924.

Nueva intervención en Nicaragua

En octubre de 1924 hubo elecciones en Nicaragua y resultaron elegidos, para la Presidencia, el conservador Carlos Solórzano y para la Vicepresidencia el liberal Juan Bautista Sacasa. Los elegidos tomaron posesión de sus cargos en enero de 1925 y al comenzar el mes de agosto salían del país las tropas norteamericanas. Pero en octubre se produjo un levantamiento armado que encabezaba Emiliano Chamorro, y por consejo del ministro norteamericano* el presidente Solórzano nombró a Chamorro jefe de la fuerza pública. Solórzano no tardó en verse presionado por Chamorro a tal punto que renunció a la presidencia en favor del senador Sebastián Uriza y a su vez Uriza renunció y el poder fue a caer en manos de Chamorro y luego en las de Adolfo Díaz, aquel que por decisión del gobierno de Estados Unidos había pasado en 1910 de empleadito de una mina de oro propiedad de norteamericanos a la Presidencia de la República.

De haberse aplicado el orden constitucional, a quien le tocaba el cargo de presidente era a Juan Bautista Sacasa, que había sido elegido vicepresidente cuando Solórzano fue elegido presidente, y por esa razón el general José María Moncada,

* Ministro era el título que se les daba a los que hoy son llamados embajadores o representantes diplomáticos de gobiernos extranjeros.

liberal como Sacasa, se levantó en armas en mayo de 1925, reclamando el poder para Sacasa, y el presidente de México, Plutarco Elías Calles, apoyó ese levantamiento con un envío de armas para los liberales sacasistas.

Esa acción de Calles fue respondida por Estados Unidos con la decisión fulminante de intervenir con fuerzas militares en Nicaragua sin que a los hombres que tomaron esa determinación les preocupara para nada el hecho de que la intervención anterior había terminado menos de dos años antes.

En esa tercera intervención, los infantes de marina llegaron a la costa nicaragüense del Caribe el día de Nochebuena de 1926; iban a bordo de los acorazados *Cleveland* y *Denver*, comandados por el contralmirante Julián Latimer, y bajaron a tierra en Puerto Cabezas, donde se hallaba Sacasa. Al tomar la ciudad, los *marines* yanquis procedieron en el acto a desarmar las fuerzas sacasistas y echaron al mar las armas de que habían despojado a los hombres de Sacasa.

Al terminar la primera semana de enero de 1927 había en Nicaragua más de 5 mil soldados y marinos y 16 buques de guerra norteamericanos. El “presidente” Adolfo Díaz declaró que la intervención estaba justificada porque “Nicaragua es un país débil y pobre que no puede resistir a los invasores y agentes del bolcheviquismo mexicano”. La versión de que el levantamiento de los liberales nicaragüenses era de origen bolchevique (palabra rusa que se le había aplicado al partido fundado por Lenín antes de que pasara a llamarse comunista) fue tan afortunada que el presidente Calvin Coolidge la repitió en Washington. Al referirnos a esa acusación en el libro *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: el Caribe, Frontera Imperial*, decíamos así:

“... a partir de entonces sólo se aceptarían en el Caribe revoluciones que se hicieran en nombre del anticomunismo; todas las demás no eran revoluciones sino actuaciones de

bandidos, y los Estados Unidos se habían convertido en los perseguidores de los bandidos del Caribe”*

Sandino y la liberación nacional

Inmediatamente decíamos lo siguiente:

“Uno de esos bandidos fue Augusto César Sandino, un joven nicaragüense, hijo de un propietario mediano de tierra... Sandino tenía entonces treinta y un años; había pasado los últimos cinco trabajando como mecánico en Honduras, Guatemala y México, y volvió a Nicaragua cuando supo que Moncada se había levantado en armas contra Adolfo Díaz. Como tenía algunos ahorros pudo comprar unas cuantas armas y se hizo de algunos seguidores para salir a combatir a los conservadores, pero no le fue bien y se internó en la zona montañosa de Las Segovias, fronteriza con Honduras. Estaba allí cuando se enteró de que los mexicanos le habían enviado armas a Sacasa; se metió en una canoa y se deslizó río Coco abajo. El Coco forma la mayor parte de la frontera hondureña-nicaragüense y sale al Caribe después de correr a lo largo de varios cientos de kilómetros. Sandino tardó nueve días en navegar el río y además la distancia entre su desembocadura y Puerto Cabezas. Allí hizo gestiones con Sacasa para que se le dieran armas y al cabo de cuarenta y cinco días no había conseguido nada. Mientras tanto, Latimer y sus infantes de marina habían llegado y habían echado al mar las armas mexicanas. Sandino reunió unos cuantos amigos, entre ellos muchachas de vida alegre de Puerto Cabezas, y logró sacar del fondo del mar unos 30 fusiles y 6 mil cartuchos; viajó luego a Prinzapolka, situada al sur de Puerto Cabezas, para hablar

* El libro fue publicado originalmente en España en el año 1970 de manera que el párrafo copiado no alude al presidente Ronald Reagan, aclaración que al autor le parece pertinente por muchas razones.

con Moncada, y al fin se fue de nuevo a Las Segovias, donde logró reunir unos 300 hombres”.

Ahora le pediremos al lector que observe en lo que vamos a decir cómo la acción de Sandino pasó del terreno de una guerra civil entre nicaragüenses al de la lucha por la liberación nacional. A seguidas pasamos a copiar del libro mencionado:

“En los meses de febrero, marzo y abril de ese año de 1927, Sandino estuvo al frente de sus hombres combatiendo no a los norteamericanos sino a los partidarios nicaragüenses de Adolfo Díaz. Todavía los infantes de marina de los Estados Unidos no habían ocupado todo el país y los liberales y los conservadores libraban su guerra particular en muchos sitios. Al cabo de varios combates Sandino halló que su fuerza había subido a unos 800 hombres, con los cuales obligó a los conservadores a levantar el sitio de Las Mercedes, lugar donde se hallaban cercadas las fuerzas de Moncada. De allí, siguiendo órdenes de Moncada, pasó al Boaco y luego al cerro de El Común, en Boaquito, y, como diría después el mismo Sandino, ‘Allí permanecí hasta el día en que Moncada ahorcó al Partido Liberal nicaragüense en el Espino Negro de Tipitapa’”.

Sandino se refería con esas palabras a una reunión que tuvo lugar el 4 de mayo en Tipitapa, muy cerca de Managua, bajo un árbol de espino negro, en la que participaron un coronel yanqui, enviado especial del presidente Coolidge, que al mismo tiempo tenía plenos poderes del presidente de Nicaragua, Adolfo Díaz, y tres delegados de Sacasa, el contralmirante norteamericano Julián Latimer y el general Moncada, y en esa reunión se acordó que Adolfo Díaz seguiría gobernando el país hasta las elecciones de 1928, que serían supervisadas por Estados Unidos, y que las fuerzas militares yanquis quedaban autorizadas “para hacer la custodia de las armas de aquellos que quisieran entregarlas, incluyendo las del gobierno

(nicaragüense), y para desarmar por la fuerza a aquellos que se nieguen a hacerlo”.

Sandino respondió al acuerdo de Tipitapa con un manifiesto en el cual decía que había resuelto luchar contra Estados Unidos. El 12 de julio, un oficial yanqui, comandante militar de Ocotal, Las Segovias, le pidió en una carta que entregara “sus armas pacíficamente”, y le advirtió que de no hacerlo, “... Ud. será proscrito y puesto fuera de la ley, perseguido dondequiera y repudiado en todas partes, en espera de una muerte infamante; no la del soldado que cae en la batalla, sino la del criminal que merece ser baleado por la espalda por sus propios seguidores”.

Esa carta era un ejemplo de arrogancia y a la vez una amenaza de muerte hecha a un hombre del pueblo de un país pequeño y pobre cuyo delito consistía en rechazar la intromisión del poderío norteamericano en asuntos que competían únicamente a los nicaragüenses. A tal carta respondió Sandino con estas pocas líneas:

“Recibí su comunicación ayer y estoy entendido de ella. No me rendiré y aquí los espero. Yo quiero patria libre o morir. No les tengo miedo; cuento con el ardor del patriotismo de los que me acompañan”.

Sandino no sabía una palabra de marxismo ni de leninismo, pero al escribir esa carta iniciaba un capítulo en la historia de América y se convertía en el gran combatiente de la liberación nacional en la primera mitad de este siglo; en ejemplo y guía para la lucha de todos nuestros pueblos.

VIII

Los ejemplos de relaciones entre Estados Unidos y algunos países latinoamericanos que hemos ofrecido en los artículos de esta serie demuestran que las luchas por la independencia llevadas a cabo en la porción sur del Nuevo Mundo

condujeron a la creación de numerosos Estados, pero demuestran también que esos Estados lo fueron sólo de manera formal, no en sustancia, porque los atributos que corresponden al tipo de organización política denominada Estado no aparecían —ni aparecen en la actualidad— en ellos en la medida necesaria para que pudieran adoptar las decisiones de orden político, militar, económico y social que a juicio de sus autoridades legítimas debían —o deben— tomar en un momento dado.

El más importante de esos atributos, o sería mejor decir, el que define si un Estado lo es en esencia y no sólo en apariencia, es su capacidad para ejercer el derecho de soberanía. Ese derecho puede explicarse en pocas palabras como un resultado de la suma de poder que acumula el Estado puesto que como dijimos en el folleto de la Colección de Estudios Sociales titulado *Acerca del Estado* “el Estado es el aparato permanente del poder público en cuyas estructuras se acumula el monopolio de la violencia de toda sociedad nacional”. Poco antes, en el mismo folleto, había dicho que el Estado “funciona como un aparato de cuyas entrañas surge el poder, y por eso se habla de poder del Estado”, que “reside en la capacidad que tiene éste de quitar la vida y la propiedad así como de aplastar la libertad, ya sea aplicando la ley cuando ésta manda pena de muerte o prisión, ya sea matando gente en una guerra contra el pueblo o persiguiendo a sus enemigos hasta obligarlos a esconderse, a entregarse o a refugiarse en otros países”.

Ese monopolio del poder se manifiesta como el poder superior, el supremo, el que está más allá y por encima de todo otro poder que se ejerza o pueda ejercerse sobre la sociedad organizada en ese Estado; y ese poder que le confiere al Estado su derecho de soberanía deja de ser lo que tiene que ser en el momento mismo en que otro Estado más poderoso lo

anula, bien por medio de una ocupación militar, bien por medio de una intervención o exigencia económica o política que el Estado intervenido acepta como legítima sin que lo sea a menos que la intervención militar sea el producto de una guerra que ganó el país interventor y perdió el intervenido, y en ese caso es de carácter transitorio o debería serlo, porque no lo es siempre según lo demuestran los casos de México y Puerto Rico, dos países que fueron víctimas de ocupaciones permanentes de sus territorios por parte de Estados Unidos; y lo fueron a tal grado que el primero perdió más de la mitad de los que eran suyos desde mucho antes de ser fundado el Estado mexicano y el segundo pasó a ser, de colonia española con disfrute de autonomía concedida por el Estado español, a posesión norteamericana que con el andar de los años se daría a sí misma el título de Estado libre asociado en negación de lo que es la esencia misma del Estado, puesto que ninguna persona nacida en Puerto Rico es o puede ser ciudadano de ese supuesto Estado dado que los puertorriqueños son ciudadanos norteamericanos, incluyendo entre ellos, desde luego, a los que son elegidos gobernadores de ese falso Estado libre asociado.

Capitalismo, eficiencia y explotación

Tal como les ha sucedido a México, Nicaragua, Haití y República Dominicana en sus relaciones con Estados Unidos les ha sucedido a los restantes países de América Latina aunque la intervención no haya sido en todos los casos militar o política, pero a través de la economía se puede ejercer tanta presión como la que se lleva a cabo por otros medios. Por ejemplo, hay casos en que Estados Unidos se niega a comprar azúcar dominicano o nicaragüense por razones políticas o prohíbe a firmas norteamericanas establecidas en otros países que vendan tal o cual mercancía a tal o cual país, a pesar de que con

esas prohibiciones el Estado que las ordena actúa como un super Estado cuyo poder no tiene límites ni respeta a ningún otro Estado, en este caso, al del país en el cual están establecidas las firmas afectadas por tales prohibiciones.

En la República Dominicana la intervención norteamericana ha presentado todas las formas; ha sido militar mediante el uso de la marina de guerra para cañonear lugares del territorio nacional y mediante la ocupación del país, primero en 1916-1924 y después en 1965-1966; ha sido económica a tal punto que durante más de treinta años los impuestos de aduanas eran cobrados por un departamento dirigido por un funcionario al que nombraba el presidente de Estados Unidos. El golpe militar de 1963 fue dado en cumplimiento de órdenes procedentes de la Misión Militar norteamericana, y la destitución de los altos jefes militares dominicanos que habían servido en el gobierno del Dr. Joaquín Balaguer, hecha a solicitud del presidente Antonio Guzmán, fue ejecutada por un grupo de coroneles yanquis comandados por el general Dennis MacAuliffe, jefe de la Zona Sur del Ejército de Estados Unidos estacionado en Panamá.

Los grandes héroes de las guerras de independencia de América Latina llevaron a cabo una tarea de cíclopes que no alcanzó sus fines si analizamos sus resultados desde el punto de vista de cada uno de los países en que tuvieron lugar esas luchas; pero si vemos los resultados con una perspectiva mundial podemos darnos cuenta de que la etapa histórica comprendida entre los años de la independencia de nuestros países y el final de la primera mitad de este siglo fue la del más grande desarrollo del capitalismo en toda la Tierra, y lo fue en gran medida a causa de que la mayor parte de las colonias de otros tiempos habían pasado a ser países independientes, aunque sólo de forma y no de sustancia, razón por la cual su independencia acabó convirtiéndolos en dependientes de los

centros de poder capitalista, y fundamentalmente de Estados Unidos e Inglaterra, y por tanto sus riquezas pasaron a ser explotadas de manera abusiva por el capital internacional que había tomado la forma de empresas transnacionales, y éstas se encargaron de llevar el capitalismo a su más alto grado de eficiencia, que era al mismo tiempo el más alto de explotación de los pueblos del llamado Tercer Mundo.

La revolución de liberación nacional

El que analice de manera cuidadosa los hechos históricos encontrará que no hay uno solo de ellos tan negativo que no haya dejado tras sí algún resultado positivo, y al contrario, que no se conoce ningún acontecimiento positivo que no haya tenido algún resultado negativo. El primero es el caso de las luchas interimperialistas que condujeron a la Primera Guerra Mundial, un episodio de la historia humana verdaderamente abrumador si se toma en cuenta que se llevó a cabo en escenarios muy limitados —Polonia y Rusia, Bélgica y Francia, el Norte de Italia y los mares donde la guerra se llevó a cabo a base de submarinos y navíos de superficie—. En esa contienda murieron millones de soldados, en su mayoría jóvenes, y sin embargo esa guerra fue un elemento desencadenante de primera categoría de la Revolución Rusa, de la cual iba a brotar el socialismo.

El establecimiento del socialismo en Rusia, y su sucesiva expansión por Europa y Asia, fue encendiendo, en medio de convulsiones gigantescas, como lo fue la Segunda Guerra Mundial, una llama que se propagaba por los pueblos de países dependientes, muchos de los cuales se hallaban todavía en 1945 en la etapa colonial. Esa llama era de la de los movimientos de liberación nacional, reconocidos hoy por todos los centros donde se estudia seriamente el curso de la historia como uno “de los movimientos revolucionarios más

grandes de nuestros días”, tal como se dice en el capítulo XXXIV de un libro titulado *Economía Política del Capitalismo Monopolista Contemporáneo* publicado en Moscú en 1975. Ese libro fue traducido cinco años después al español por la Editorial Progreso, de Moscú. Sus autores son un equipo de científicos sociales soviéticos de los cuales varios tienen títulos de doctores en Historia y Economía y otros son miembros correspondientes de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética.

En la opinión de esos señores “el torrente revolucionario que erosiona el imperialismo” (esto es, que va debilitándolo) está formado por “la confluencia de los movimientos revolucionarios más grandes de nuestros días”, que son “el socialismo mundial, el movimiento comunista y obrero internacional y las revoluciones de liberación nacional”, palabras que hallamos también en la página 73 de un folleto titulado *Conferencia de los partidos comunistas de América Latina y del Caribe* fechado en La Habana, Cuba, el 13 de junio de 1975, o sea, en el mismo año en que se publicó en lengua rusa el libro a que nos referimos en el párrafo anterior. En el folleto cubano estas palabras quedaron dichas así: “En la lucha contra el imperialismo convergen las tres grandes corrientes de nuestra época: el sistema socialista mundial, la clase obrera internacional y el movimiento de liberación nacional”.

(Creemos que no está de más recordar en esta ocasión que el Partido de la Liberación Dominicana fue fundado en 1973, es decir, antes de que los partidos comunistas de América Latina y del Caribe, entre los cuales figuraban el Partido Comunista Dominicano, suscribieran las palabras que acabamos de copiar y otras que comprometían al PCD a mantener una conducta diferente a la que mantiene en su grosera campaña antipeledeísta).

La liberación nacional: una intrusa

¿De dónde ha salido ese engendro llamado revolución de liberación nacional o nacional liberadora? ¿Por qué razón aparece en diferentes sitios del mundo, así, de buenas a primeras, cuarenta años y más después de haberse llevado a cabo la Revolución Rusa, la que abrió las puertas de la historia para que por ellas entrara la revolución socialista, la auténtica, la de Marx y Lenin, la que hizo el proletariado ruso y debían seguir haciendo los obreros de todos los países del mundo? ¿Qué papel le toca jugar en el escenario de la revolución mundial a esa intrusa? ¿Será acaso el de confundir a las masas para llevarlas hacia la “derechización” de que hablan los legítimos marxistas-leninistas dominicanos, los únicos que tienen autoridad y moral para usar la palabra revolución?

Según los autores soviéticos del libro a que nos referimos antes: “El rápido cambio de la situación revolucionaria mundial ha planteado al pensamiento teórico marxista-leninista una serie de problemas cuya solución es de imperiosa necesidad...”, y a seguidas dicen que entre esos problemas “ocupan importante lugar... las peculiaridades de los movimientos de liberación nacional...”.

Desde luego, cuando esos doctores en Ciencias Sociales y en Economía afirman que los cambios en la situación revolucionaria mundial (que ellos llaman rápidos) han planteado problemas al pensamiento teórico marxista-leninista están admitiendo que esos cambios no habían sido previstos por los padres del marxismo-leninismo, y era lógico que así fuera porque si todos los fundadores de teorías, todos los inventores, todos los científicos llegaran al límite máximo de sabiduría y conocimientos a que puede llegar la humanidad, el progreso de las ciencias no podría avanzar ni un milímetro porque todas sus posibilidades de desarrollo estarían cristalizadas de antemano, y por cierto, con mucha anticipación si es que el

género humano está llamado a mantenerse en el planeta Tierra sólo cien mil años más.

Marx y Lenín hicieron referencia a casos concretos de hechos que ocurrían en algunos países de lo que hoy llamamos el Tercer Mundo, pero ellos dedicaban su atención sobre todo a los problemas que se presentaban en Europa y en Estados Unidos, y no podía ser de otro modo porque era en esas regiones del globo donde los avances capitalistas exigían el desarrollo de la clase obrera, y el capitalismo no pudo establecerse al mismo tiempo en todo el mundo porque el desarrollo de las fuerzas productivas no había sido parejo en la Tierra; no fue parejo ni siquiera en los países del Nuevo Mundo, que al ser descubierto completó el conocimiento del planeta en que vive la humanidad y estaba llamado a ser, cuando se explotaran sus enormes riquezas en tierras fértiles, en aguas y en metales, el factor decisivo en el surgimiento del sistema capitalista. Así lo dijo Marx en el conocido capítulo XXIV de *El Capital* cuando afirmó: “Aunque los primeros indicios de producción capitalista se presentan ya, esporádicamente, en algunas ciudades del mediterráneo durante los siglos XIV y XV, la era capitalista sólo data, en realidad, del siglo XVI”, y ese siglo fue el de la conquista de América.

Una mitad de América —la del Norte, donde se hallan hoy Estados Unidos y Canadá— fue organizada desde el momento en que comenzó a ser poblada por europeos, como asiento de sociedades capitalistas; en cambio, desde los confines sureños de Estados Unidos hasta el estrecho de Magallanes, incluyendo las islas del Caribe, las sociedades establecidas por españoles, portugueses, franceses, ingleses, holandeses y daneses eran precapitalistas, aún aquellas de lugares que llegaron a ser ricos como México, Perú y Cuba. Ahora bien, el desarrollo del capitalismo requiere el desarrollo de la clase

obrero, cosa que no sucede en el caso del precapitalismo, y la diferencia entre la sociedad capitalista y la precapitalista significaba, y sigue significando hoy, la diferencia entre la revolución socialista y la de liberación nacional, tema que trataremos en el artículo siguiente, que será el último de la serie “Liberación nacional y socialismo”.

IX

Los efectos del precapitalismo pueden ser diferentes según sea el país donde la sociedad no ha pasado de esa etapa de la historia. Por ejemplo, la Cuba precapitalista llegó a ser rica; en cambio nuestro país fue la estampa misma de la pobreza no sólo en su época precapitalista sino sesenta y aún más años después de haberse iniciado aquí la era del capitalismo.

Hace un tiempo largo explicamos que la palabra rico no quiere decir burgués. Un dueño de ingenio de azúcar como los que había en Haití cuando ese país se llamaba Saint-Domingue y era colonia francesa o como los que había en Cuba en el 1800 eran ricos pero no eran burgueses porque quienes producían sus riquezas no eran obreros sino esclavos. Sin embargo, debemos decir que a mediados del siglo pasado en Cuba había burgueses, sólo que no en número igual al de los oligarcas esclavistas y nunca con tanto poder económico como el que tenían esos oligarcas. Es más, en Cuba había en esos años ideólogos de la burguesía. Uno de ellos era José Antonio Saco, que en el 1858 escribió sobre trabajo asalariado y trabajo esclavo en la siguiente forma:

“¿Por qué son caros en Cuba los jornales de los labradores? Porque hay pocos que se dedican al cultivo de los campos en clase de jornaleros. ¿Y de dónde proviene que haya pocos? Proviene de que no habiéndose necesitado nunca por estar provistos de esclavos todos los ingenios y cafetales, las personas libres que hubieran podido hallar ocupación en

ellos, han tenido que emplearse en tareas de otra clase. Luego la carestía de los jornales nace de la escasez de jornaleros; y la de estos de la introducción de esclavos africanos destinados al cultivo de los campos; luego, mientras continúe el comercio de negros, continuarán también los mismos inconvenientes; y si se desea removerlos, es menester atacar el mal en su raíz”.

En el año en que José Antonio Saco escribía ese análisis económico de la relación que había entre el trabajo esclavo de Cuba y el precio de la fuerza de trabajo libre, en nuestro país no había un solo oligarca esclavista pero tampoco había un solo burgués. La población dominicana era tan pobre que los hateros, dueños de ganado y de grandes extensiones de tierra, carecían de los medios para cercar sus propiedades y sus reses vivían de manera montaraz —cimarrona, decía la gente— comiendo lo que hallaban a su paso y durmiendo donde les cogía la noche.

Los primeros establecimientos capitalistas que conoció la República Dominicana fueron ingenios de azúcar al vapor que instalaron aquí después del año 1870 algunos cubanos de los que salieron de Cuba cuando en ese país comenzó la guerra de independencia en octubre de 1868, de manera que como podemos ver, el capitalismo llegó a esta tierra muy tarde. Para esa fecha la sociedad cubana no era todavía capitalista, pero no lo era por razones sociales, puesto que desde el punto de vista de sus instalaciones industriales estaba preparada para pasar al capitalismo cuando quedara abolida la esclavitud debido a que disponía de un gran número de ingenios azucareros de máquinas movidas a vapor, tenía vías férreas y hasta sistema de comunicación cablegráfica, de manera que en cualquier momento los esclavos podían ser sustituidos por lo que Marx llamaba obreros libres y el país pasaba de precapitalista a capitalista.

En el año 1950

Pero el caso de la República Dominicana era distinto. En el 1870 no teníamos una sola instalación industrial y ochenta años después, en el año 1950, se registraron estadísticamente 3 mil 412 industrias en las cuales se habían invertido 119 millones 600 mil pesos y en ellas trabajaban 48 mil 332 obreros y empleados, cantidad que equivalía a 14 personas por cada establecimiento industrial, y si tomamos en cuenta que para entonces había varios ingenios de azúcar, estaban funcionando la fábrica de cigarrros y cigarrillos La Tabacalera y la de cemento Colón, que eran dos monopolios de Trujillo, y las plantas eléctricas que cinco años después pasarían a formar la Corporación Dominicana de Electricidad, y si calculamos que debía haber por lo menos 20 empresas que tenían más de 14 obreros y empleados, es fácil llegar a la conclusión de que entre los 3 mil 412 establecimientos industriales censados había un número muy alto de talleres artesanales pequeños y muy pequeños, de 2, de 3, de 5 obreros y aprendices, y de ser así no hay duda de que en el año 1950 la República Dominicana era un país capitalista, pero de muy poco desarrollo, y de esa conclusión pasamos a otra, ésta de tipo político: la de que era muy difícil que con el escaso número de obreros que teníamos pudiera organizarse un partido comunista compuesto mayormente de obreros.

(Al llegar aquí queremos llamar la atención del lector hacia el hecho de que la existencia de la tiranía de Trujillo, que estaba en sus buenas en el año 1950, no tiene nada que ver con lo que acabamos de decir, puesto que aún en condiciones totalmente diferentes, esto es, si el país hubiera vivido en un régimen igual al de Francia o Inglaterra pero sin dejar de ser un lugar del Tercer Mundo, habría sido muy difícil organizar un partido proletario de membresía obrera en una sociedad de tan limitado desarrollo capitalista por una razón que no

requiere explicaciones: el capitalismo es la obra de dos clases que actúan de manera conjunta: la burguesía y los obreros, y si no hay desarrollo capitalista ello se debe a que las dos clases son numérica y socialmente débiles; que si fueran fuertes en esos dos aspectos, su producto, esto es, el capitalismo, sería también fuerte).

En el año 1950 se cumplieron treinta y tres años de la Revolución Rusa, que había empezado siendo una revolución burguesa y a lo largo de siete meses de luchas pasó a ser la primera revolución proletaria de la historia que conquistó el poder y lo usó para establecer el socialismo. El paso de revolución burguesa a proletaria pudo hacerse porque el Partido Bolchevique, dirigido por Lenín, era una fuerza muy disciplinada que tuvo la capacidad necesaria para llevar a la masa obrera no organizada en el partido hacia el terreno de una revolución cuya última etapa había sido provocada por los estragos que en la economía y hasta en la vida de millones de rusos habían hecho dos años y medio de la guerra más sangrienta que había conocido la humanidad: la Primera Guerra Mundial.

La vanguardia y la clase

El partido de Lenín era la vanguardia política, pero no de la población rusa, sino sólo de la clase obrera fabril (esto es, de los que trabajaban en fábricas) que llegaba en 1913, el año anterior a la guerra, a 3 millones 100 mil y a 6 millones 300 mil si se les sumaban los trabajadores de la construcción y los transportes. Cuatro años después, en 1917, o sea, en pleno proceso revolucionario porque la revolución había empezado en el mes de febrero, los miembros del Partido Bolchevique eran 79 mil 204 distribuidos en todos los centros obreros del país (ver páginas 29-91 del libro de Marcel Liebman, *La conquista del poder*, tomo I, Editorial Grijalbo, México, 1978).

Si esos datos son verídicos, y no hay razones para ponernos en duda, hay que convenir en que cada miembro de la vanguardia obrera, o sea, cada militante del Partido Bolchevique dirigía a 80 obreros y trabajadores, pero obsérvese que hablamos de trabajadores y obreros, no de chiriperos, no de bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres. Estos últimos no se conocen en un país capitalista aunque se trate de uno como la Rusia de 1917, que no figuraba entre los más desarrollados; donde se ven, y en abundancia, es en los países del Tercer Mundo, los llamados de capitalismo tardío porque el capitalismo llegó tarde a ellos como sucedió en la República Dominicana, descubierta en el 1492, comenzada a colonizar en el 1493, que se mantuvo como asiento del precapitalismo hasta después de 1870, es decir, 370 años viviendo en un mar de miseria.

Si tomamos la relación de un miembro del Partido Bolchevique por cada 80 obreros que no eran miembros del partido para hacer un estimado del número de obreros que debieron estar organizados en un partido comunista dominicano en el año 1976, último año del cual tenemos datos estadísticos, la conclusión es que debieron ser 1 mil 492; pero resulta que ni en 1976 ni en el 1983 ha habido o hay un partido comunista dominicano en el que militen no digamos 1 mil 492 obreros, no hay uno en que militen 92, y si no fuera porque no queremos parecer exagerados diríamos que es difícil que en el que lleva oficialmente el nombre del Partido Comunista Dominicano haya dos miembros obreros, pero obreros fabriles, industriales, no un chiripero ni un trabajador de Obras Públicas.

Ahí tiene el lector explicada la razón de ser de los movimientos de liberación nacional, pues en países donde no hay una clase obrera suficientemente fuerte como para que en su seno se forme una vanguardia con conciencia política que equivalga a un militante por cada 80 obreros, o por cada 100,

y hasta por cada 150, ¿cómo diablos puede esperarse la revolución socialista?, ¿de dónde saldrán los obreros que van a hacerla y a mantenerla en el poder?

Opiniones autorizadas

Una mayoría de la minoría de dominicanos que se autollaman marxistas-leninistas usan esa calificación como si fuera un título de nobleza revolucionaria, pero no tienen la menor idea de qué es el marxismo-leninismo ni de qué es en el orden social la República Dominicana, y mucho menos la tienen de lo que es la liberación nacional como fin estratégico de un partido revolucionario. Por ejemplo, el Partido Comunista Dominicano aparece firmando las conclusiones de la Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina y del Caribe y su conducta indica que no se enteró de lo que decían esas conclusiones, entre las cuales hallamos párrafos como estos:

“La lucha por la conquista de la plena liberación nacional y de la independencia económica se entrelaza con una intensa lucha de clases contra la explotación capitalista y fundamentalmente contra los monopolios extranjeros y locales y el latifundio” (pp.52-53)... Hay “sectores de la burguesía latinoamericana que, ante la contradicción de sus intereses con los del imperialismo, adoptan posiciones que convergen con los del proletariado, los campesinos y demás capas no capitalistas de la población en la lucha anti-imperialista y por la conquista de la independencia económica y la completa soberanía nacional. Estos sectores burgueses, en consecuencia, pueden participar en la unidad de acción democrática y anti-imperialista junto con las fuerzas populares”. (p.56).

En la página 59 del folleto en que se publicaron las conclusiones de la mencionada Conferencia hallamos estas palabras:

“La plena liberación nacional, que entraña la derrota y la eliminación de las oligarquías dominantes, está indisolublemente vinculada al esfuerzo por la conquista de una democracia auténtica”; en la página 62 figuran las siguientes: “Las luchas inmediatas y continuas por las reivindicaciones económicas, políticas y sociales de las masas están indisolublemente ligadas a los esfuerzos por la liberación nacional y social”; y en las páginas 77 y 78 aparecen las que copiamos a continuación, que son éstas:

“La clase obrera y los otros enemigos internos del gran capital forman parte esencial, junto a los países socialistas y el movimiento de liberación nacional, de la amplia alianza con que debe ser enfrentado el imperialismo para su derrota completa y definitiva...”.

Y a seguidas van éstas:

“La liberación nacional y social es el único camino para liquidar el analfabetismo, el retraso, la desnutrición, el desempleo, la prostitución, la discriminación, la inseguridad...”.

Los partidos comunistas del Tercer Mundo no pueden conquistar por sí solos esas metas porque pretenden ser partidos formados por vanguardias de la clase obrera en países donde esa clase no está aún desarrollada. Eso fue visto con claridad por los autores soviéticos del libro *Economía política del capitalismo monopolista contemporáneo* y lo escribieron antes de que se celebrara en La Habana la Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina y del Caribe. He aquí como lo dijeron tal como aparece en las páginas 468 y 469 de la versión española:

“En la época del imperialismo, sobre todo en la actual etapa de la crisis general del capitalismo, el movimiento de liberación nacional es ya encabezado con frecuencia por representantes de la democracia revolucionaria, el proletariado y otras fuerzas patrióticas. Al poner a las masas en pie de

lucha contra el imperialismo, esas fuerzas patrióticas se apoyan ante todo en los obreros, en la pequeña burguesía urbana y en la parte del campesinado que, hallándose ligada con el mercado, sufre la opresión del imperialismo y los terratenientes. El movimiento anti-imperialista cobra verdadera amplitud masiva, se hace de todo el pueblo... En las nuevas condiciones históricas, las posibilidades revolucionarias de los movimientos de liberación nacional han crecido de manera inconmensurable”.

Ni en las conclusiones de la conferencia de La Habana ni en la obra de los autores soviéticos hay mención alguna de un programa socialista para llegar al socialismo en países como el nuestro. Ese programa es la invención delirante de líderes “marxistas-leninistas” subdesarrollados, como algunos que se alojan en el Partido Comunista Dominicano y en otros partidos o grupos asociados con él.

Santo Domingo,
9 de julio, 1983.

PÓKER DE ESPANTO EN EL CARIBE

HISTORIA DE ESTE LIBRO

Es un hecho curioso que un libro inédito tenga historia, pero *Póker de espanto en el Caribe* la tiene aunque sea sólo porque se publica 33 años después de haber sido escrito. La distancia temporal de un tercio de siglo entre su redacción y su publicación tiene necesariamente una causa, o más de una, y al explicar ésa o esas causas quien las explicara, quisiera o no quisiera, se vería obligado a hacer la historia del libro por lo menos durante el tiempo en que se mantuvo inédito, valga decir, mientras fue sólo un manojito de cuartillas escritas a maquinilla que a lo largo de tantos años fueron cambiando de color y en algunos casos perdieron su tamaño original aunque por suerte, no su integridad salvo las números 67 y 68 que se perdieron; y resulta que es a mí, el autor de *Póker de espanto en el Caribe*, a quien le toca hacer esa historia porque sólo yo la conozco, por lo menos en su conjunto.

Póker de espanto en el Caribe fue escrito en Santiago de Chile y terminado en abril de 1955, y así está dicho en las primeras dos páginas de los originales, que no fueron numeradas porque la numeración comenzó en la tercera página, la primera de las 12 dedicadas a la introducción. En la que debió llevar el número 1 se explica que el póker es un juego de cartas de las cuales al final el jugador se queda con cinco. Cuatro de ellas, cuando son de igual valor, forman el triunfo llamado póker.

Cuando terminé de escribir ese libro se hallaba en prensa *Cuba, la isla fascinante*, cuya primera edición estaba a cargo de la Editorial Universitaria, S.A., una empresa editora de la Universidad Central de Santiago de Chile, que era estatal; y sucedía que al mismo tiempo que la Editorial Prensa Latinoamericana, S.A., propiedad del Partido Socialista chileno, componía las páginas de otro libro mío, *Judas Iscariote el calumniado*, y la Editorial Nacimiento acababa de poner en circulación *La muchacha de La Guaira*, una colección de cuentos míos. Como en Chile no abundaban las editoriales, al terminar *Póker de espanto en el Caribe* no hallaba quién podría publicarlo, y a los pocos meses, habiendo tomado la decisión de retornar a Cuba a fines de ese año o a principios de 1956 me cayó del cielo la noticia de que un amigo de quien las autoridades venezolanas no podían tener sospechas de tipo político estaba preparándose para viajar a Venezuela; fui a verlo, le pedí que cuando llegara a Caracas dejara en manos de un amigo los originales de *Póker de espanto en el Caribe* con la recomendación de que no se los mostrara a nadie y sólo se los entregara a quien le llevara una carta mía en la que le pidiera dárselos.

Tal como me lo había propuesto, volví a Cuba donde dos años después fui hecho preso por el renombrado comandante Ventura, una fiera que vestía ropa de hombre de cuyas garras salí indemne porque así lo determinó una acumulación de hechos de los cuales no voy a decir nada ahora porque lo que estoy escribiendo no es la historia mía sino la del libro que el lector tiene en sus manos. Esos hechos se conjugaron en pocos minutos, precedidos, sin embargo, por algo trascendental que había ocurrido en Venezuela unos dos meses antes: el derrocamiento de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez en enero de ese año —1958—, hecho que abrió para mí las puertas de ese querido país donde tenía amigos entrañables y adonde

llegué en abril, cuando todavía vibraba en el aire el júbilo provocado por la fuga de Pérez Jiménez, que había buscado refugio en Santo Domingo y amparo en Trujillo.

Pero algo extraño sucedía, y es que en casi dos años y medio de los cerca de tres que estuve viviendo en Caracas fue a fines de 1960 cuando hice memoria de *Póker de espanto en el Caribe*, y como cuando quise localizar al amigo a quien se lo había enviado cerca de cinco años antes se me hizo difícil dar con él le encomendé a otra persona que lo hiciera por mí y le dejé una carta en la que lo autorizaba a pedirlo y a hacérmelo llegar. Fue a fines de 1962, y quizás después de haber tomado posesión de la presidencia de la República, cuando en una maleta llena de papeles entre los cuales había muchos relacionados con mis actividades antitrujillistas de los años del exilio llegaron a mis manos los originales del libro cuya historia estoy haciendo. Para entonces yo estaba dedicado enteramente a trabajos políticos que no me permitían dedicarle ni media hora de tiempo a los papeles que había en la maleta de marras, pero en relación con los originales de *Póker de espanto en el Caribe* la situación no era igual a la de antes porque en 1962 y 1963, a seis o siete años de distancia de los días en que los escribí, sabía que los había escrito y que estaban en Santo Domingo aunque no estuviera enterado de en qué lugar de mi biblioteca se hallaban.

Fue después de haber vuelto de mi segundo exilio, en septiembre de 1965, esto es, a 10 años y medio de los días en que había escrito a varios miles de kilómetros de distancia el libro cuya historia estoy haciendo, cuando mi hermana Angelita me dijo que tenía en su casa la maleta cargada de papeles a que me he referido hace poco, y sin que sepa cómo ni cuándo, los originales de *Póker de espanto en el Caribe* volvieron a mi poder.

¿Para qué? ¿Qué hice con ellos?

Nada, porque no tardaron en perderse de vista entre los montones de libros que me rodean, pero esa vez iban a reaparecer en manos de Guillermo Piña Contreras cuando el joven y capaz intelectual dominicano vino a Santo Domingo, desde París, donde reside hace años, a cerrar en nombre de la Editora Alinea el trato para la publicación de un libro de cuentos míos traducidos al francés. Piña Contreras aprovechó su viaje para rebuscar en mis archivos y encontró los originales de este libro; pero ni él podía sospechar que pocos días antes de dar con esos originales alguien había dejado en mi escritorio una copia de un informe oficial de la Guardia Nacional de Nicaragua ni yo podía relacionar ese informe con el hallazgo de Piña Contreras porque aunque tenía varios días en mi escritorio no lo había leído; es más, no me daba cuenta de que era un documento histórico debido a que no tenía encabezamiento ni aspecto de ser lo que era.

Voy a reproducir inmediatamente ese documento. Sólo le haré enmiendas en la puntuación y todas las palabras que agregue al texto para hacer aclaraciones o explicaciones figurarán entre paréntesis; y como el lector verá, en ese documento se dice dónde fue sepultado el 6 de abril de 1954 Amado Soler, a quien menciono en la página 183 de los originales de este libro diciendo: "Junto con Pablo Leal y con otros luchadores cayó en Nicaragua Amado Soler, compañero muy querido en las filas del Partido Revolucionario Dominicano, amigo cuyo recuerdo acompaña siempre al autor de este libro". ¿No es extraño, y más aún, extrañísimo, que al mismo tiempo que Guillermo Piña Contreras, llegado pocos días antes de París, hallaba los originales de *Póker de espanto en el Caribe*, que tenían años perdidos entre montones de papeles, apareciera en mi escritorio la copia de un informe oficial en el que se daba cuenta de dónde había sido sepultado Amado Soler, un dominicano que cayó en Nicaragua luchando

contra la dictadura de Anastasio Somoza un año antes de que se escribiera este libro en Santiago de Chile?

He aquí el documento:

“El 4 de abril recibimos orden de salir para Carazo a las 10 de la noche. (Carazo es un departamento que se hallaba en la región cafetalera de Nicaragua en cuyo territorio hay varios caseríos que se comunican entre sí por carreteras conocidas con el nombre de Las Cuatro Esquinas). En la intersección de Las Cuatro Esquinas de Carazo recibimos órdenes de dirigirnos para la hacienda La Amistad de los señores Chamorro donde estaban escondidos una parte de los que habían entrado por Costa Rica (a los que me refiero en las páginas 82 y 83 de los originales de este libro diciendo: “En abril de 1954 Somoza descubrió una importante conspiración para derrocarlo; en verdad, la más seria de cuantas se han organizado con ese fin” (palabras a las que siguen 46 líneas), y querían asesinar al presidente (Anastasio Somoza) la noche anterior. Llegamos a la hacienda y procedimos a registrar y a limpiar cafetales con metralla. En los cafetales del norte de la hacienda, al lado de Masatepe, nos contestaron los disparos y entonces tomamos ese rumbo. Éramos 100 hombres bien armados. Al llegar al lugar denominado San José hicimos contacto con ellos y después de un leve tiroteo y de pedirles con magnavoces que se rindieran y que les garantizábamos la vida, ellos huyeron y nosotros los perseguimos tomando rumbo a Nandaime. Por los disparos nos dimos cuenta (de) que eran pocos los que andaban, y al informarlo al Cuartel General nos dieron orden de regresar (devolver) 60 hombres y quedarnos 40 porque podíamos encontrar otros grupos. Los perseguimos y fuimos constatando (por) donde pasaban. Unos campesinos nos dijeron que ellos les habían pedido (que) se entregaran y ellos contestaron que iban a avanzar a la frontera de Costa Rica. Entonces supimos que primero eran 4 y que iban sólo dos

porque uno se había entregado y otro había muerto. Seguimos siempre tras de ellos y al pasar (de) Jinotepe nos dijeron que de Nandaime había salido otra patrulla para que los cercáramos, pero antes de que esto ocurriera entablamos un buen tiroteo al llegar cerca de la carretera a Dolores. Allí los tuvimos controlados durante dos horas y pidiéndoles siempre que se rindieran. Como no resolvieron nada atacamos fuerte y fuimos cercándolos y los encontramos, a Lacayo en agonía y al dominicano muerto. Parecía que tenía rato de estar muerto. A Lacayo lo llevamos al hospital y al dominicano procedimos a identificarlo, a obtener toda la documentación que portaba. Según eso él sería el encargado de volar (tirarle) bombas al carro del Señor Presidente (Somoza) una vez que las balas hubieran paralizado los carros, y según la documentación él se ofreció voluntariamente para esa aventura. Toda esa documentación se le entregó al Cuartel General quien creo la envió a Santo Domingo (República Dominicana) o dejaron copias. Nosotros nos comunicamos con Managua y recibimos orden de darle sepultura allí mismo, o sea, en la punta de la plancha, entre las Cuatro Esquinas y la carretera de Jinotepe, como a 50 varas de cada carretera. Se pidió (una) caja (ataúd) a Jinotepe y la enviaron. (Amado Soler Fernández) está (enterrado) debajo de un palo (árbol) de guanacaste, y unos mozos de esa hacienda saben bien el lugar (donde fue sepultado). Esto fue (sucedió) el 6 de abril (de 1954).”

Al llegar a ese último punto y aparte me siento obligado a hacerle al lector una advertencia: la de que este libro fue escrito hace la tercera parte de un siglo, tiempo muy largo durante el cual los criterios que tenía sobre acontecimientos y personas han sido alterados en varios casos o por cambios en mis ideas o por transformaciones en la conducta de algunos de los hombres que figuran en *Póker de espanto en el Caribe*, y pongo el ejemplo de Rómulo Betancourt, quien en los últimos años de su vida

dejó de ser como aparece descrito en este libro, y no sólo en el terreno político, que abandonó para entregarse a posiciones francamente opuestas a las que había mantenido desde su juventud. En contraste con Betancourt, José Figueres sigue siendo en el orden político lo que era hace 40 años, cuando encabezó el movimiento que lo llevó por primera vez a la presidencia de Costa Rica. Otro tanto puede decirse del Partido Revolucionario Dominicano, fundado para dirigir la lucha contra la dictadura de Rafael Leonidas Trujillo, que al llegar al poder 40 años después de fundado salió del Palacio Nacional dejando tras sí la fetidez propia de todo lo que se corrompe.

5 de julio, 1988.

INTRODUCCIÓN

La zona del Caribe viene padeciendo tiranías desde hace tanto tiempo que la opinión general entiende ya que siempre las ha tenido. Se olvida que en el Caribe hay países que nunca han sufrido tiranos, como Costa Rica, o que durante mucho tiempo vivieron en democracia política, como Colombia.

Ahora bien, ¿a qué se debe que Costa Rica no haya padecido los males de una dictadura, siendo así que su vecina Nicaragua, por ejemplo, recuerda épocas tan sombrías como la de Zelaya, y vive desde hace más de veinte años al capricho de Anastasio Somoza? ¿A qué se debe, en el caso contrario, que un pueblo de alma tan libre como Cuba tenga que avergonzarse de la dictadura de Fulgencio Batista; o que un pueblo tan viril como el de Venezuela se halle maniatado por un régimen de gobierno tan despiadado como el que encabezan Marcos Pérez Jiménez y Pedro Estrada?

No es posible argüir —como a menudo ha oído el autor de este libro— que la mezcolanza racial del Caribe origina las enfermedades políticas que culminan en tiranías. Hay quien haya pensado así alegando que si Costa Rica se ha salvado de esos males se ha debido a que su población es preponderantemente blanca, sobre todo en la Meseta Central, asiento de los poderes públicos y región que hasta hace pocos años estaba cerrada al acceso de los negros. Alemania es un país de raza tan blanca, por lo menos, como

Costa Rica, y ya se sabe qué clase de dictadura produjo entre 1933 y 1945.

Tampoco puede afirmarse que la pobreza de los pueblos caribes ha sido causa fundamental en esa proliferación de tiranías; y ningún ejemplo sirve mejor para el caso que el mismo de Costa Rica, país más pobre que muchos de sus vecinos del Caribe, mientras que en el polo opuesto podemos escoger como países ricos a Cuba y a Venezuela, ambos aquejados del mal.

El argumento que mayor apariencia de bondad tendría sería el de que los pueblos del Caribe padecen de malestar político debido a su escasa cultura general; y en ese caso valdría el ejemplo de la propia Costa Rica, el único en toda la zona —y seguramente en todo el Continente, incluyendo a Estados Unidos— que tiene más escuelas que soldados. (Adviértase que decimos “más escuelas”, no más maestros, pues el número de maestros es varias veces mayor que el de escuelas en esa pequeña y admirable tierra, y por tanto varias veces mayor, también, que el de soldados). Pero es que si acudimos a casos alejados de la región hallamos que en Inglaterra no había hace un siglo más alfabetos que en la Cuba actual o que en la República Dominicana, en términos relativos, claro; sin embargo, en Inglaterra había entonces democracia política.

En los últimos tiempos se ha propagado mucho la tesis de que el imperialismo es el responsable de que el Caribe se encuentre apestado de tiranías. Mas he aquí que las agresiones políticas y armadas de los Estados Unidos en esa zona no toman cuerpo sino a partir de 1898, y ya a esa época los pueblos caribes conocían despotismo tan prolongados y tan crueles como los regímenes del indio Carrera en Guatemala o de Ulises Heureaux en Santo Domingo, o como el de Henri Christopher en Haití y el de Guzmán Blanco en Venezuela.

Un análisis exhaustivo de las causas que producen las tiranías en el Caribe aconseja dejar a un lado la costumbre de buscar la razón única. Hay muchas razones entrelazadas. Lo que sí aparece claro a los ojos del estudio es que las tiranías del Caribe se producen por ciclos, y cada ciclo corresponde al momento en que debe producirse un cambio en la estructura social.

A menudo ese cambio está determinado por fenómenos estrictamente nacionales y agravado por otros de origen internacional; a menudo lo internacional predomina sobre lo nacional y produce el desequilibrio que se resuelve en una tiranía.

En cuanto a la tiranía en sí misma, sus caracteres están determinados por el perfil moral del tirano y por el genio nacional del pueblo que la sufre. Pero hay en los últimos tiempos una tendencia a igualarlas en ciertos aspectos, por ejemplo en el uso del terror y de la corrupción como medios de prolongarlas, y en el uso de ficciones legales para justificarlas.

La efectividad del terror es producto, desde luego, de la técnica actual. Se objetará que los despotismos del pasado no dispusieron de esta técnica y sin embargo usaron el terror como medio de mantenerse en el poder. Pero es que en el siglo pasado, y aun a principios del actual, los pueblos no tenían la cultura política que tienen hoy ni el complejo social se parecía al de ahora; así, en poblaciones escasas, de vida colonial, puramente agrícola y pastoriles, cuyos núcleos más potentes eran los comerciales, la prisión o la muerte de unos cuantos personajes importantes dejaba a los pueblos paralizados. Ahora, en cambio, los líderes surgen de zonas sociales diversas; del estudiantado, del proletariado, de la pequeña burguesía, todas las cuales pueden ser mejor vigiladas gracias a los medios actuales —el teléfono, la radio, el automóvil y hasta el avión, que son parte importante en la organización

de un Estado— y sus movimientos pueden ser impedidos con rapidez. El uso a fondo de las armas modernas siembra el terror en el pueblo, y el terror permite convertir al Estado en una inagotable fuente de recursos con los cuales se compran más armas y hombres suficientes para seguir manteniendo en constante crecimiento aquel terror. En suma, una serpiente que se muerde la cola.

En el siglo pasado, con medios de comunicación primitivos y armamentos que no superaban a los que sus enemigos podían adquirir, las tiranías americanas tenían que fundamentarse en un aspecto ideológico; y ya eran los ultramontanos los que se reservaban el poder para sí, ya eran los liberales en lucha contra aquéllos. Pero cuando fueron apareciendo mayores facilidades para el movimiento de las tropas y para la adquisición de equipos militares, a la vez que se les hacía cada vez más difícil a grupos no gubernamentales conseguir ayuda en armas, los ejércitos fueron convirtiéndose en fuentes casi absolutas del poder.

Eso explica que las tiranías actuales —y recordamos que estamos refiriéndonos a las del Caribe— descansen sobre todo en sus ejércitos. Los cuatro regímenes despóticos que está sufriendo esa región se asemejan en el hecho de que en todos ellos el ejército es un partido que ha conquistado el poder gracias al predominio de las armas. El fusil ha suplantado el voto, la bala a la idea; y el resultado lógico ha sido el reino del terror en la República Dominicana y en Nicaragua, en Venezuela y en Cuba.

Pero con el solo terror no se gobierna, y los tiranos del Caribe lo saben. El terror es útil para paralizar a la generalidad del pueblo; ahora bien, hay pequeñas zonas de la población, y muchas del exterior, inmunes al terror o tan alejadas de su centro de acción que no pueden ser alcanzadas por él. Esas zonas son habitualmente ganadas con prebendas; y ahí

entra en juego el poder corruptor de las tiranías. En un estudio serio sobre los orígenes de las tiranías del Caribe y sobre las causas de su prolongación hay que dedicar bastante espacio a la corrupción, porque a veces su papel y su juego son tan complicados que a los ojos de muchos observadores pueden verse confundidos los orígenes con los resultados, y viceversa. Por ejemplo, en ciertos casos se advierte con toda claridad el papel de los empresarios extranjeros y de la política exterior norteamericana en la aparición de una dictadura del Caribe, pero en otros es la dictadura la que compra el respaldo de Washington mediante prebendas y uso de todos los medios corruptores.

Cuando Fulgencio Batista instauró su primera dictadura, en 1934, lo hizo siguiendo al pie de la letra las instrucciones que le transmitió un diplomático norteamericano, Jefferson Caffery, y de ello hay constancia histórica. Pero al hacerlo la segunda vez, en 1952, no contaba —hasta donde se sepa— con insinuación ni con ayuda de Washington; la ayuda fue a buscarla después de haber tomado el poder por medios ilícitos.

Fulgencio Batista surgió como caudillo militar de Cuba en septiembre de 1933 sin tomar en cuenta a Washington; cuatro meses después los grandes intereses azucareros lo habían corrompido, gracias a la presión política, y lo habían ganado para su causa. Pero ése no fue el caso de Anastasio Somoza, deliberadamente escogido por los norteamericanos para que ejerciera la tiranía en Nicaragua y librara a ese país de Sandino y de sus seguidores.

Anastasio Somoza complació a sus verdaderos electores —que no fueron los nicaragüenses sino los capitostes de Washington—, pero se excedió en los métodos a extremos tales que se declaró públicamente, en un banquete, asesino del heroico paladín de su patria. Es sabido que la muerte de Sandino llegó a convertirse en una mancha demasiado negra

en la Política del Buen Vecino, razón por la cual resultó aconsejable retirarle a Somoza la simpatía oficial norteamericana. Harry S. Truman se negó a recibirle en la Casa Blanca; pero cuando el gobierno republicano de Eisenhower consideró necesario borrar del mapa de Centroamérica el régimen de Arbenz, Somoza resultó de nuevo el agente idóneo para la política norteamericana en el Caribe, y en sus propias fincas se entrenaron algunas de las fuerzas de Castillo Armas. Mientras no volvió a favorecerle el respaldo de Washington, Somoza utilizó ampliamente la corrupción como sistema de gobierno en Nicaragua, y es del caso admitir que en ese lapso usó más de la corrupción que del terror.

Ahora bien, hasta en el grado de terror o de corrupción a emplearse hay diferencias de una a otra tiranía. No proceden en igual forma Pérez Jiménez y Batista o Trujillo y Somoza. En su oportunidad estudiaremos los procedimientos de cada uno y las causas de sus diferencias. En cambio se parecen bastante en su afán de darles vestiduras legales a sus regímenes.

Es evidente que ha sido inclinación natural de todos los tiranos presentarse al mundo con ficción legal. En la República Dominicana se recuerda el oficio con que cierto gobernador de provincias enviaba a la capital del país a un número de reclutados para el ejército: "Ahí le mando treinta voluntarios. Hágame el favor de devolverme las sogas". Hasta Lope de Aguirre, el demente "Príncipe de la República Marañona", trató de justificar su conducta en su conocida carta a Felipe II.

Como los "voluntarios" del gobernador dominicano son muchos de los "partidarios" de las tiranías, sea que acudan a votar donde se les diga y cuando se les ordene, sea que aparezcan firmando documentos privados o públicos; y como la carta de Lope de Aguirre son las declaraciones de "demócratas" con que los dictadores se autodenominan. Ninguno de ellos es capaz de tomar el poder y conservarlo virilmente,

afirmando que lo ha tomado porque ha querido y que lo mantiene porque es su santa voluntad. Al contrario, todos afirman que el poder les ha sido entregado por los pueblos, que hacen sacrificio de su tranquilidad y casi de su vida para servir la voluntad popular y, además, que son fanáticos de la democracia.

Pero el afán de justificar sus actos no termina ahí; los tiranos quieren legalizar sus desmanes, y para el caso tienen congresos a sus órdenes y enmiendan las respectivas Constituciones cuantas veces necesitan hacerlo. Las cuatro tiranías actuales del Caribe son extrañamente parecidas en eso; ninguna de las cuatro ha dejado de celebrar elecciones a su medida o de tener su Constitución privada. El historiador del porvenir no necesitará ser muy sagaz para hallar en ese aspecto de su conducta la prueba de que el póker de espanto del Caribe —Trujillo, Somoza, Pérez Jiménez y Batista— está compuesto por cuatro cartas similares; se parecen en que tienen conciencia de sus pecados; saben que sus actos son delictuosos y necesitan aparecer ante sus pueblos, ante el mundo y ante la historia como si fueran líderes auténticos y no vulgares usurpadores.

Pero hay algo más en este afán de legalización de las tiranías caribes. Nótese que ninguna de ellas se atreve a dictar una Constitución en que se establezca como sistema de gobierno el que en verdad ellos ejecutan. Esas Constituciones de las tiranías abundan en reconocimiento de derechos populares, en garantías de libertades y de dignidad humana. La ficción legal no tiene nada que ver con la realidad. Hay una vida en el papel y otra en los hechos. Las tiranías del Caribe son regímenes que temen a la verdad y viven en un ambiente de perpetuo engaño. Eso denuncia la naturaleza de quienes las encabezan. También en esto hay diferencias; por ejemplo, Somoza resulta más civil que Trujillo, cosa que se advierte en que pone menos interés que su colega dominicano en engañar

a la posteridad; Somoza se reconoció públicamente asesino de Sandino, y eso jamás lo habría hecho Trujillo. En casos similares Trujillo inventa al autor del crimen y le aplica la ley de fuga antes de que pueda hablar.

En el sexto párrafo de esta introducción hemos dicho que las tiranías del Caribe se producen por ciclos, y que cada ciclo corresponde al momento en que debe producirse un cambio en la estructura social. A fin de que al adelantar en el estudio de cada tiranía en particular, el lector tenga una idea general del panorama del Caribe en lo que se refiere a esos ciclos, llamamos su atención sobre los siguientes hechos:

En 1930 se presentó uno de esos momentos. Sin duda la causa más fuerte de la conmoción que entonces removió a toda América y en particular al Caribe, fue la gran crisis económica de 1929; pero es de advertir que al confirmarse en apariencia la buena situación económica, en 1928, se inició la agitación de los pueblos, que aspiraban a participar del bienestar general. En Venezuela, donde para la época llevaba ya veinte años de duración la tiranía de Juan Vicente Gómez, el movimiento popular en demanda de libertades públicas estalló en abril de 1928; ese mismo año vio la expulsión de varios estudiantes de la Universidad de La Habana, la prolongación presidencial de Gerardo Machado en Cuba y la de Horacio Vásquez en Santo Domingo. En 1930 las masas del Caribe comenzaron a hacer acto de presencia en el escenario político; querían más libertades y mejor vida. Inmediatamente empezó la lucha entre esos pueblos y sus explotadores. En Colombia alcanzaron el poder los liberales; en Cuba acabó triunfando el pueblo al cabo de tres años de incesante batallar; pero en otros países las masas fueron vencidas por sus enemigos. El resultado fue el surgimiento de tiranías en la República Dominicana, en Guatemala, en Honduras, en El Salvador, en Nicaragua, y el fortalecimiento de la de Venezuela.

Hacia 1944, como fruto lógico de las contradicciones económicas y políticas originadas por la guerra mundial, se presentó otro de esos momentos. Esta vez los pueblos barrieron con casi todos los dictadores o con los residuos de tiranías, con la excepción de Trujillo y de Somoza y con la pérdida lamentable de la democracia colombiana, único lugar donde el pueblo perdió francamente la batalla. Entre 1944 y 1948 Trujillo y Somoza se vieron muy asediados, ya por movimientos domésticos, ya por la presión externa.

La agitación producida por los problemas económicos y políticos de la postguerra revolvió de nuevo las aguas en el Caribe. En líneas generales, los pueblos habían conquistado libertades y bienestar a partir de 1944, y una vez eliminados los obstáculos internacionales que limitaban la acción de los grupos gobernantes —pues hubiera sido muy osado imitar a Hitler en lo mejor de la guerra, apretando tuercas o fomentando regímenes como el nazi en pleno mar Caribe—, esos grupos volvieron por sus fueros y trataron de arrebatar a las grandes masas los beneficios que éstas habían conquistado. En algunos casos la batalla fue ganada por los pueblos, como en Costa Rica, Honduras y en cierto sentido en El Salvador; en otros fue perdida por ellos, como en Venezuela y en Cuba, donde al fin acabaron instaurándose tiranías. En la propia Nicaragua, aun bajo el poder de Somoza, hubo cambios apreciables en la situación, que permitieron la edición de periódicos opositores y cierta libertad de crítica en el Congreso. En la República Dominicana los cambios fueron sólo aparentes; en vez de reelegirse en su propia persona, Rafael Trujillo lo hizo en la de su hermano menor.

Sería errado creer que debido a que las causas de esos grandes movimientos fueron comunes, la lucha tuvo caracteres comunes. En cada país, se ha visto, hubo resultados *sui generis*; en unos vencieron los pueblos, en otros fueron derrotados.

¿Por qué? Porque en unos hubo lo que podríamos llamar salud política y social suficiente para sobreponerse a la crisis y vencer; y en otros no. En unos eran más débiles las fuerzas de la reacción, y en otros más fuertes. En unos no había dictaduras que debilitaran el organismo nacional o injerencias extrañas tan abiertas como en otros. Unos tuvieron la energía necesaria para dar de su seno líderes capaces y honestos; otros no. En unos, aquellos que debían defender las libertades públicas se replegaron; en otros, atacaron.

En cada caso la lucha tomó los caracteres impuestos por la tradición nacional y por las posibilidades del medio. Por ejemplo, en Cuba tuvo buen éxito el terrorismo del pueblo contra la tiranía, y fracasaron los movimientos revolucionarios en campo abierto; pero en Costa Rica fracasó el terrorismo y triunfó la revolución de batallas campales acaudillada por José Figueres. En Guatemala y en El Salvador resultaron victoriosas las pobladas sin armas contra Ubico y Hernández Martínez, que habían fracasado en Venezuela contra Gómez y López Contreras y que fracasaron en Nicaragua y Honduras contra Somoza y Carías. En Cuba fue derrotado el batistato con votos en 1944, y en Venezuela Medina Angarita gracias a una sublevación mixta de soldados y pueblos en 1945.

Pretender hallar los orígenes de las tiranías del Caribe en una sola causa es aventurado y puede inducir a errores; en igual sentido pretender juzgar los movimientos que a ellas se enfrentan por uno de sus matices comunes es mal procedimiento. Cada una tiene caracteres propios, si bien todas tienen algunos semejantes. Eso es lo que vamos a ver en las páginas de *Póker de espanto en el Caribe*.

Antes, sin embargo, de entrar en materia, el autor quiere aclarar un punto y referirse a un aspecto desdichado de las tiranías caribes que ha querido expresamente dejar para el final de esta introducción. El punto se relaciona con el orden

de tratamiento de las tiranías. Pudiera parecer que si el autor comienza por exponer el caso dominicano se debe a chauvinismo. No es así. Si en el estudio de las tiranías que se expone en este libro aparece en primer lugar la de Rafael Leonidas Trujillo, ello se debe a que es la más antigua de las cuatro. En el orden de su aparición le siguen las de Somoza, Pérez Jiménez y Batista; en ese orden serán estudiadas.

El aspecto desdichado de esos regímenes a que se ha aludido es el de la propaganda contra sus adversarios. Pocas veces en la historia se ha visto conjunción más repugnante que la que han organizado las tiranías del Caribe para distribuir la infamia. Se trata de una maquinaria tan bien montada que a menudo ha llegado a impresionar a gentes de buena fe. Servida por expertos en la materia, en ocasiones por periodistas conocidos, por diplomáticos corrompidos o por políticos venales, esa maquinaria mueve una propaganda fétida en los lugares más remotos. Agentes de publicidad en Estados Unidos, ex-presidentes en la América Latina, banqueros en Europa, gansters de pluma y de la radio en todas partes, abogados de gran renombre y de ningún escrúpulo sirven a sus fines, todos ellos, desde luego, movidos por el oro de las tiranías o por estímulos personales de otro tipo, como la rivalidad política, el resentimiento literario o simplemente el odio.

Se trata de algo tan espantosamente sucio que sólo referirse a ello en detalle mancha la conciencia. Todos los sistemas de la denigración son usados. A veces se ordena a un periodista norteamericano que transmita por cable una noticia falsa; sobre ella se acumulan otras falsedades, procedentes de otros lugares, y se les devuelve a su punto de origen convertida en todo un cúmulo de acusaciones de la más baja ralea; entonces se toma ese montón de calumnias y asquerosidades y se publica en la prensa nacional. De esa manera la infamia aparece a los ojos del pueblo prestigiada por su origen extranjero. A

veces se ordena la fabricación de documentación falsa y se distribuye concienzudamente por todos los ámbitos; o se hacen imprimir hojas sueltas en que compañeros de lucha y hasta de partido político aparecen injuriándose entre sí, y se envían a todos los puntos clave de la sensibilidad nacional e internacional; a veces se ordena a los diplomáticos de una, de varias o de todas esas tiranías que hagan circular en determinados medios tal rumor en perjuicio de personas o de instituciones.

Nada escapa a esa campaña; el honor familiar, el buen nombre de la anciana madre de un luchador, el sentimiento religioso de un líder; todo es manchado, enlodado, perseguido y denigrado. La lectura de la prensa usada por los tiranos de la República Dominicana, de Nicaragua, de Venezuela y Cuba resulta repugnante, y nada servirá mejor en el porvenir para juzgarlos que esa prensa, verdadero almacén de la vileza.

Es frecuente que en la redacción de un periódico de tendencias democráticas —y recordamos que sólo los hay en Nicaragua y en Cuba, porque en Santo Domingo la prensa es en su totalidad propiedad de Trujillo, o está sometida a él, y en Venezuela se halla bajo censura— haya un periodista al servicio de esa maquinaria de infamias, y en un momento dado, cuando el director no puede, por alguna razón, evitarlo, aparece en sus páginas uno de esos ataques. Es frecuente también que en la casa de gobierno de un país democrático haya uno o dos funcionarios que diseminan rumores bien pagados por uno de los tiranos. No hay vicio, debilidad o crimen que no se les impute a los dirigentes de oposición; y la acusación se repite incesantemente, aquí y allá, en voz baja o en la prensa vendida; se envía a los cuerpos de policía, a las bibliotecas, a las cancillerías extranjeras. No hay medida para la calumnia; cuanto más espantosa, más útil.

Esa es una característica feminoide. El hombre completo no denigra, no falsea, no miente para beneficiarse o para

perjudicar a otros. Se argüirá que aun los regímenes democráticos más fuertes usan de la propaganda extraviada contra sus adversarios en casos de guerra. Pero es de tomar en cuenta que en las guerras juega un papel muy importante el sentimiento nacional, mientras que las tiranías asestan sus heridas precisamente al orgullo cuando denigran a un líder, a un grupo o a un mártir de sus pueblos.

En *Póker de espanto en el Caribe* no se contestará al descrédito con el descrédito, ni desde luego a la calumnia con la calumnia. Pues lo que pretende este libro no es hacer propaganda política ni difamar a los tiranos. Ellos se han difamado solos. Lo que se pretende con él es exponer honestamente los orígenes de esas tiranías, las causas que las sostienen y su manera de actuar. En pocas palabras, *Póker de espanto en el Caribe* aspira a ser una contribución seria al estudio de los males políticos que agobian a los pueblos de esa zona.

Tal vez ese estudio sea útil a otros pueblos de América ayudándoles a evitar que en sus países se reproduzcan las enfermedades que tan siniestros frutos han dado en las riberas del Mar de las Antillas.

RAFAEL LEONIDAS TRUJILLO, LA CARTA DOMINICANA

El 16 de mayo de 1916 fuerzas de la Infantería de Marina de los Estados Unidos desembarcaron en las cercanías de Santo Domingo de Guzmán, la capital de la República Dominicana. Ese día comenzó una intervención militar llamada a durar ocho años y a trastocar profundamente el curso de los acontecimientos históricos en aquel país.

Era la tercera vez, desde que los dominicanos se declararon independientes de España y parte integrante de la Gran Colombia, en diciembre de 1821, que un poder extranjero se adueñaba militarmente del país. Primero lo hizo la vecina República de Haití, cuyos ejércitos fueron expulsados en 1844, si bien la guerra a que dio lugar esa expulsión duró hasta el 1855; después España, en 1861. Los españoles abandonaron su presa en 1865, tras una lucha sangrienta, que duró dos años. Pero ni haitianos ni españoles, aunque cuesta creerlo, causaron en la historia dominicana una perturbación de tan graves caracteres como la que originó la ocupación militar estadounidense.

La República Dominicana ocupa exactamente las dos terceras partes de la isla llamada hoy Hispaniola, bautizada por Colón la Española y conocida indistintamente, entre los siglos XVII y XIX, como Haití, Saint-Domingue o Santo Domingo. Esa isla está situada entre la de Cuba, al oeste, y la de Puerto Rico, al este, y es la segunda de las Antillas en tamaño. La

comparten dos repúblicas de origen, historia y lengua distintos, la de Haití y la Dominicana o de Santo Domingo. La República de Haití se halla en la parte occidental, esto es, mirando hacia Cuba; la Dominicana, en la porción oriental, es decir, mirando a Puerto Rico. La isla tiene una historia de intenso dramatismo y es muy importante en el panorama general del Caribe, pues fue el asiento de la conquista en los albores del Descubrimiento y el nido de los piratas de la zona entre los siglos XVI y XVIII. Entre 1915 y 1916 toda la isla fue ocupada por Norteamérica, la sección haitiana primero y su vecina después. Los dos países iban desarrollando lentamente, y entre conmociones, su personalidad nacional, buscando su camino a tropezones —como lo buscó y lo halló México, sin necesidad de tutelaje militar extranjero— cuando fueron intervenidos por Estados Unidos.

Pero vamos a referirnos al caso dominicano. Hubo razones para que el gobierno de Woodrow Wilson ordenara la intervención, si bien ninguna, desde luego, que tomara en cuenta a los dominicanos; y se buscaron y hallaron los pretextos de rigor, tales como “inseguridad de los intereses extranjeros debido a desórdenes revolucionarios” o “incumplimiento de acuerdos internacionales”. La realidad es que hacía tiempo que Washington había vuelto sus ojos al Caribe y había resuelto manejar como propio ese Mediterráneo del hemisferio.

Desde fines del siglo XIX los Estados Unidos habían adoptado la política de derramar su poderío en el Caribe, y habían comenzado por intervenir en la guerra hispano-cubana, a consecuencia de la cual ocuparon Cuba temporalmente y Puerto Rico para siempre. Después siguieron las intervenciones en Panamá, en Cuba de nuevo, en Nicaragua, en Haití, en Santo Domingo, en México, en Nicaragua otra vez. Se acudía a cualquier argumento para justificar los desembarcos de tropas; se ofrecían empréstitos gubernamentales, y para obtenerlos, los

gobiernos del Caribe, siempre pobres en esa época, accedían a firmar convenios que autorizaban la ocupación de sus territorios. Esa política había sido adoptada en Washington con dos fines simultáneos: la defensa de la Unión en caso de guerra, y el control de una zona rica en materias primas y en mano de obra barata.

En la ocupación de la República Dominicana fueron decisivos los intereses azucareros que deseaban competir con los ya establecidos en Cuba y en Puerto Rico, y tuvieron importancia los de política internacional, visto que los Estados Unidos se preparaban a participar en la guerra mundial de 1914 y se temía que el gobierno dominicano pudiera favorecer los planes de los imperios centrales, ya que en él tenía gran preponderancia un hijo del presidente Jimenes que se había educado en Alemania.

Inmediatamente después de haber completado la ocupación militar, las fuerzas invasoras pasaron a licenciar los ejércitos nacionales, a desarmar meticulosamente al pueblo y a legislar en materia de tierras en el sentido de facilitar la adquisición de grandes extensiones por parte de las empresas azucareras norteamericanas que iban estableciéndose o estaban ya establecidas. Para lograr esos fines se adoptaron métodos que los dominicanos por sí mismos jamás habrían sospechado. Se trató de una de las páginas más negras en la historia de las intervenciones de una gran potencia en la vida de estados pequeños y débiles. A fin de que los campesinos abandonaran sus fundos o los lugares en que vivían aunque no fueran suyos —situación que era habitual en la República Dominicana de esos años—, algunos administradores de ingenios fueron autorizados a poner en acción un tipo de bandolerismo que no se conocía en el país. La acción de los bandoleros abrió un camino para que por él entraran hombres de gran calidad humana que se dedicaron a combatir a los soldados

invasores con las escasas armas que pudieron reunir, pues el abuso de autoridad que ponían en práctica los jefes y los soldados norteamericanos se extendía por días en la región del Este, que era donde abundaban los ingenios azucareros, y llenaba de indignación patriótica a los mejores hijos de la patria dominicana, entre los cuales iba a descollar un maestro de escuela llamado Fidel Ferrer.

El país era gobernado bajo la ley marcial como si se tratara de un territorio ocupado por un ejército enemigo. Oficiales de la Infantería de Marina norteamericana, mayores, capitanes y hasta tenientes se hacían cargo de la administración pública con categoría de ministros. Las órdenes militares tenían caracteres de leyes, y el bandolerismo resultó un magnífico pretexto para toda exacción. En los primeros tiempos consistió en bandas armadas que cobraban su soldada en las administraciones de los ingenios, y su papel era destruir pequeños comercios aislados, aterrorizar a las familias campesinas mediante el asesinato y el fuego. Las empresas azucareras querían ser únicas dueñas del comercio en sus tierras, manejar a su antojo las vías de comunicación y los puertos, importar braceros de las Antillas inglesas y de Haití, inmigrantes de bajo nivel de vida que trabajaban por bajo jornal. Las cuadrillas de bandoleros no debían acercarse a las propiedades de los centrales para no asustar a esos jornaleros y para no entorpecer el comercio. A los jornaleros se les pagaba con vales que sólo podían canjear por mercancías en las tiendas de los centrales.

Las familias campesinas dueñas de pequeñas propiedades las vendían por lo que los dueños de los ingenios quisieran pagarles pero en muchos casos huían despavoridas hacia los centros urbanos o hacia otras regiones, y las tierras de los ingenios iban creciendo. La nueva Ley de Tierras concedía posesión legal con la presentación de planos catastrales y audiencia pública de los reclamantes, y hubo abogados que se

hicieron ricos manipulando la documentación que exigía esa Ley. Claro, los perjudicados no asistían a juicios o habían muerto a manos de los bandoleros, o no se enteraban de las citaciones porque a menudo estaban huyendo por los antros de las montañas.

Pero las autoridades de ocupación no podían aparecer como amparadoras de tal estado de cosas, y en consecuencia crearon una fuerza constabularia con uniforme, métodos y armas similares a los suyos. Esa tropa, formada por dominicanos, servía bajo el pabellón de Estados Unidos. En ella ingresó el joven Rafael Leonidas Trujillo, valiéndose de un tío suyo que servía como secretario de un funcionario norteamericano, un juez militar o provost marshall.

La misión de los constabularios era combatir a los bandoleros, que el pueblo conocía con el calificativo de gavilleros. En realidad, lo que había eran escaramuzas con algún que otro herido pues de ninguna manera convenía que desapareciera el gavillerismo. Su existencia servía no sólo para beneficiar a los azucareros sino también para justificar a los ojos del mundo la intervención armada, pues había sucedido que el pueblo dominicano se había puesto en pie de lucha contra la ocupación militar extranjera y había despachado a varios países de América —incluso a los Estados Unidos— comisiones de hombres prestigiosos que iban denunciando por donde pasaban el atropello de que había sido víctima su patria.

Por entonces el azúcar cobraba precios fabulosos y en Washington se pensaba que las llanuras del Sureste dominicano, situadas en las cercanías de buenos puertos naturales, estaban llamadas a ser una fuente inagotable de dólares, y el resultado de ese criterio fue planear la ocupación militar largos años, y había que darle aspecto legal a su prolongación para lo cual se contrató —¡con los oficiales de su propia Infantería de Marina

actuando a nombre del pueblo dominicano!— otro empréstito que justificara la permanencia de las fuerzas ocupantes mientras no se pagara esa deuda acumulada a la anterior; pero los acontecimientos desbordan a menudo los mejores planes, y en ese caso los desbordaron por varios lados. El gavillerismo acabó siendo una fuerza en sí misma y ya amenazaba a sus creadores; era necesario, pues, exterminarlo, y la ejecución del exterminio llevó a muchos gavilleros a integrarse en las filas de los patriotas y de hecho se produjo una pequeña guerra en la cual el invasor, ayudado por la fuerza constabularia, puso en ejecución una política de tierra arrasada con la cual se llegó a extremos incalificables, como la quemadura con hierros calentados al rojo del vientre de dominicanos que luchaban por la independencia de su patria. Los crímenes del poder ocupante llegaron a ser tan monstruosos que promovieron escándalo hasta en los círculos oficiales de Estados Unidos; y como al mismo tiempo comenzó la crisis de 1920-1921 que llevó el precio del azúcar de más de 20 dólares el quintal a menos de uno, comenzaron a producirse en Washington planes para la desocupación del pequeño país antillano: el Plan Harding, el Plan Hughes-Peynado. Tesoneramente, el pueblo dominicano reclamaba su libertad, y por fin, la desocupación del país se acordó para ser realizada después que un gobierno provisorio de dos años —que fue establecido en 1922— celebrara elecciones que tendrían lugar en 1924.

Los jefes de los partidos políticos —de ellos, en realidad, sólo dos eran importantes desde el punto de vista cuantitativo— se comprometieron a respetar la legislación de los ocupantes, lo juzgado en materia de tierras, los empréstitos hechos durante la intervención. Los tributos de aduanas seguirían siendo cobrados por representantes del gobierno norteamericano mientras no quedaran cancelados los empréstitos tomados. En situación, pues, de *capita diminutio*, el

gobierno dominicano encabezado por Horacio Vásquez tomó el poder el 12 de julio de 1924.

Ese día embarcaron las últimas fuerzas de ocupación. De un extremo al otro del país el pueblo festejó su vuelta a la libertad. Ignoraba que esos soldados que se alejaban dejaban en su seno a sus continuadores, llamados a ser más crueles, más voraces, peores enemigos que ellos mismos. Allí quedaban la tropa y los oficiales criollos que habían jurado fidelidad a la bandera de las barras y las estrellas. Entre esos se hallaba Rafael Leonidas Trujillo, en posición destacada como jefe de una de las dos zonas militares del país.

Pero los norteamericanos no habían dejado sólo ese puñal clavado en el corazón de la República; a su ida quedaba, además, un pueblo cuyo ritmo interior de vida había sido roto sin que se le sustituyera con otro, y un Estado pobre encadenado por una deuda mayor de la que podía sufrir, con una obligación afrentosa.

El pueblo dominicano no había tenido tiempo ni fuerzas para crear instituciones públicas o políticas que le permitieran pasar de un salto de la anarquía a la democracia, y su único instrumento de lucha contra los aspirantes a tiranizarlo eran las armas; las autoridades de ocupación lo dejaron absolutamente desarmado, y, por tanto, inerme en manos de una maquinaria militar —la fuerza constabularia— que no podía tener moral patriótica porque sus oficiales habían comenzado por jurar obediencia al poder invasor de su propio país.

En la historia de Santo Domingo apenas se conocía el político venal, el que usara su cargo para enriquecerse; y los oficiales de la Infantería de Marina que sirvieron puestos de jefes en la administración pública dieron a los políticos nacionales una lección de cómo enriquecerse en el poder. Los mandos interventores adiestraron a la fuerza constabularia en actos de crueldad desconocidos hasta entonces, y como no

escondían su desprecio por los dominicanos, desde los más humildes hasta los más destacados, dejaron formada en la conciencia de la oficialidad criolla la convicción de que el pueblo dominicano, mestizo e ignorante, debía ser tratado como si estuviera formado todo él por forajidos como los que cobraban dinero de los azucareros para asesinar a sus compatriotas. Esta lección iba a ser asimilada en su totalidad por la mayoría de los nuevos oficiales, y sobre todo por Rafael Leonidas Trujillo.

Por último, la economía del país quedaba desorganizada. Hasta la llegada de los invasores Santo Domingo había sido productor agrícola con mercado de venta y compra en Europa; a partir de la ocupación fue pasando a ser productor, además, de azúcar, con mercado de venta siempre en Europa, pero con el de compra en Estados Unidos. La ocupación no dejó medidas de tipo económico beneficiosas, y ni siquiera un plan para el desarrollo del país. Los infantes de marina habían gobernado *manu militari* durante ocho años, y se iban diciendo: “Ahí queda eso”.

II

Ahora bien, no toda la culpa de los males que provocó o aumentó esa ocupación fue norteamericana. El país políticamente débil, desordenado, arrastraba pecados imperdonables desde los días de la Conquista, y sus directores no habían sido capaces de hacer de él un pueblo libre de la miseria, de la ignorancia y de las pasiones. Los antiguos vicios coloniales proliferaban allí. No había clase media ni propiamente clase obrera; escaseaban las comunicaciones y las escuelas, se vivía arma al hombro, derrocando gobiernos, y a la llegada de los invasores la población se dividía en dos partidos personalistas que se odiaban a muerte.

El jefe de uno de esos partidos era presidente de la República al producirse la ocupación y murió en el destierro pocos

años después. El jefe del partido opuesto resultó electo en los comicios que se convocaron bajo el poder militar ocupante. De hecho, pues, al retirarse los infantes de marina el país seguía como ellos lo hallaron en el orden político: dividido entre “jimenistas” y “horacistas”, o más propiamente, como los llamaba el pueblo, entre “bolos” y “coludos”. Al terminar la ocupación norteamericana el presidente de la República era un “coludo” y el jefe de las fuerzas constabularias, un “bolo”. Rafael Leonidas Trujillo provenía de familia “coluda” y además tenía fama, entre la oficialidad yanqui, de ser muy eficiente en su cargo militar; no resulta extraño, pues, que poco después de haber terminado la ocupación pasara a ser jefe de las fuerzas armadas del país.

La situación que se planteaba al nuevo gobierno era absolutamente nueva en la historia nacional desde cierto punto de vista; y era ésta: hasta entonces los partidos políticos estaban compuestos por ciudadanos que guardaban sus armas en sus hogares y las usaban cuando los adversarios querían derrocar al gobernante de su color. A partir de tal momento sólo tenía armas el ejército, de manera que desde el ángulo de la tradición política del país el ejército quedaba consagrado como la fuerza decisiva. Para compensar esa ausencia de poder real se hacía necesario darle al gobierno otra arma, y en la enseñanza de la ocupación se halló tal arma: era la corrupción, el negocio oculto, el cargo bien remunerado. Con todo, como el presidente Vásquez, aunque incapaz, tenía prestigio ganado en más de veinticinco años de luchas y no podía ser acusado él mismo de venal, y como además la situación económica fue mejorando entre 1924 y 1929, el gobierno pudo desenvolverse en buenos términos democráticos.

Bajo la jefatura de Trujillo, el ejército —entonces todavía llamado Policía Nacional— fue una organización eficaz, que se mantenía en los cuarteles, no se inmiscuía en política y

respetaba a la ciudadanía. Su evidente eficiencia le permitió a Trujillo obtener el favor presidencial y en cierta medida el respeto público, puesto que el pueblo no recibía daño alguno del soldado; al favor de ambas cosas Trujillo fue convirtiéndose en el amo de las fuerzas armadas, a cuyos hombres premiaba con mejores cargos o castigaba haciéndolos destituir por el gobernante. En esas actividades procedió con suma cautela, al extremo de que cuando emergió ya como un poder casi inamovible, en los últimos tiempos del gobierno de Vásquez, era en realidad dueño sin disputa de la fuerza armada del país.

Se ha dicho muchas veces que Trujillo fue impuesto desde Washington. No es cierto. La ocupación militar norteamericana creó las condiciones adecuadas para que él acabara convirtiéndose en quien es, pero la Secretaría de Estado no favoreció su ascenso a la presidencia; antes bien, trató de evitarlo. Siendo, como era, de familia no bien querida, Trujillo no habría podido sobresalir en el ambiente dominicano más que como guerrero, escritor u orador, y él no tenía dotes para ninguna de esas profesiones. Todavía en 1924 no se concebía en la República Dominicana que pudiera llegar a un alto cargo alguien que no procediendo de familia distinguida no se hubiera destacado como orador, como escritor o como guerrero. Las dotes de Rafael Leonidas Trujillo requerían una atmósfera estable en la que él ascendiera poco a poco, valiéndose de ellas, pues esas dotes eran de trabajador, de organizador y de extraordinario intrigante. Hasta la ocupación militar no hubo, de hecho, en el país, tal organización estable. Para Trujillo, ésa fue la fuerza constabularia.

En la lucha que no tardaría en entablarse, el favorito de Washington no era Trujillo. Hay constancia de que la alta oficialidad de la Infantería de Marina destacada en Haití trató de que Trujillo no se propusiera ser presidente de la República; Washington se negó durante bastante tiempo a

darle apoyo a su gobierno. Sería deshonesto no admitir que en esa ocasión, como lo haría después en alguna otra, Trujillo desoyó a la cancillería del Potomac e impuso su voluntad sin tomarla en cuenta. Pero por el momento estamos adelantándonos a los hechos.

El presidente Vásquez había sido elegido por cuatro años, de manera que debía abandonar el poder en 1928. La Constitución prohibía la reelección. Los círculos políticos del “horacismo”, o “coludos”, convencieron al anciano caudillo de que debía prolongar su gobierno durante dos años más y debía a la vez contratar un nuevo empréstito en los Estados Unidos. El fin del empréstito era comprar la voluntad de los grupos opuestos a la prolongación. Hubo prolongación, con expresa prohibición de reelecciones. Pero al acercarse el nuevo término presidencial el partido gobernante desempolvó una vieja Constitución y mediante argucias legales se lanzó a la reelección. Se supo después que Trujillo convenció al presidente de que lo hiciera porque contaba con el apoyo de las tropas. Ese fue un hábil golpe de Trujillo, puesto que al aceptar la propuesta el jefe del “horacismo” perdía su popularidad, que se había labrado en largos años de lucha, precisamente contra la reelección de otros gobernantes.

La crisis política se produjo a compás con la crisis económica mundial que había estallado a fines de 1929. En todo el mundo se recuerda todavía esa caída del sistema capitalista, que redujo a la nada, en pocas horas, fortunas colosales, lanzó de sus empleos a millones de trabajadores, paralizó fábricas, hizo bajar de golpe el precio de los productos, forzó el cierre de comercios y lanzó al hambre a enormes masas en las más opuestas regiones. Esa especie de cataclismo económico y social conmovió a toda América y tuvo consecuencias políticas, ya expuestas en la Introducción de ese libro, a lo largo de todo el continente y desde luego en la hoya del Caribe. En la

República Dominicana tuvo repercusiones graves, más graves todavía por cuanto coincidía con una situación política como la que venimos describiendo.

El obstáculo que tenía por delante Rafael Leonidas Trujillo para saltar de la jefatura militar a la presidencia de la República era la popularidad de Horacio Vásquez; él mismo había contribuido a minarla incitándole a una reelección que el pueblo no quería. La crisis económica completó la obra del futuro tirano. Así pues, en febrero de 1930 se produjo el movimiento revolucionario llamado a derrocar al "horacismo". Trujillo se negó a sacar los soldados a la calle; y cuando el anciano presidente Vásquez le preguntó, en el patio del cuartel en que fue a refugiarse, quién mandaba allí, el jefe militar le contestó con la mayor sangre fría: "Usted, presidente".

Don Horacio Vásquez ignoraba en tal momento que de los propios almacenes militares habían salido las armas que manejaban los revolucionarios, y que era Trujillo quien las había entregado, cuidándose de que las dotaciones de cartuchos no alcanzaran a hacer de los jefes de la revuelta competidores suyos. Los jefes civiles encabezaron la acción creyendo que en el curso de los acontecimientos acabarían imponiéndosele a Trujillo, pero no tomaron en cuenta que se hallaban frente a un intrigante extraordinario.

Tan hábilmente había actuado Trujillo que ninguno de los millares de hombres que acudieron a derrocar al gobierno, y muy contados de los que tuvieron mando, supieron cuál había sido su participación real en el movimiento. La llamada revolución de 1930 fue, pues, la obra maestra de un gran simulador que engañó a los jefes políticos del movimiento, al extremo de que estos jamás pensaron que el gran simulador estaba preparándose para convertirse en uno de los tiranos más completos de la historia americana.

La candidatura presidencial de Trujillo se preparó y se lanzó sin demora, sobre la base de una confederación de partidos. La oposición se retiró por ausencia de garantías. El período electoral se caracterizó por la violencia. El ejército había salido a la calle a intervenir en política a favor de su jefe. La crisis económica se agravaba por días. El pueblo estaba confundido y a la vez enardecido. Pero gran número de políticos de buena fe, y de hombres que no actuaban en política, creían que si Trujillo había dado pruebas de energía y de don organizador en el ejército, las ofrecería también en el gobierno.

Además, ya no era posible dar marcha atrás. Durante muchos años el país había girado en torno a dos grandes partidos caudillistas; el caudillo de uno de ellos había muerto, el del otro acababa de ser derrocado y se hallaba en el destierro. Los productos de exportación —azúcar, café, cueros, maderas, tabaco— no tenían precio ni demanda. Los males se acumulaban sobre la desventurada tierra dominicana. Era el resultado conjunto de la crisis mundial y de la política caudillista, la misma que había abierto las puertas a la intervención militar extranjera manteniendo dividida a la familia nacional en bandos irreconciliables y que llevaba a los líderes a actuar por razón de ese odio más que por interés patriótico.

De tal caos salió electo presidente de la República Dominicana Rafael Leonidas Trujillo. Tomó posesión del cargo el 16 de agosto de 1930. Ese mismo día un senador, uno de los políticos honestos a quienes los males del caudillaje condujeron al lado del nuevo gobernante, volvió a su casa, reunió a sus hijos, y con lágrimas en los ojos les dijo que comenzaba para el país una época indescriptible. Había oído a Trujillo decir, en reunión de líderes, media hora después de haber tomado posesión de su cargo, una vulgaridad de tal naturaleza que es imposible reproducirla por escrito.

Aquel senador murió años después en el destierro. Está enterrado en Caracas. Fue uno de los pocos que vio con claridad en el fondo del alma de Trujillo. Pues la tiranía que éste iba a implantar se destacaría entre todas las de la historia americana por su vulgaridad. El título que mejor habrá de definir con el tiempo a Trujillo entre sus cofrades del Caribe será el de *El tirano vulgar*.

Ahora bien, este Rafael Leonidas Trujillo, ¿de dónde salió? ¿Cuáles son las raíces de su psicología, el origen de su sed de más poder, de más riquezas, de más honores; su capacidad de odiar, la necesidad de tener a su alrededor cada vez mayor servilismo, más sumisión; su incapacidad para tolerar la existencia de un alma libre cerca de sí, su odio a quien quiera que se distinga sin su ayuda, su afán de calumniar, rebajar, enlodar reputaciones?

Es curioso que así como él habría de ser, políticamente, el producto de la intervención militar norteamericana, como ser humano lo fue de la ocupación española de 1861 y de la haitiana de 1822. El segundo apellido materno de Trujillo es Chevalier, y proviene de Haití. Lo llevó a Santo Domingo Diyeta Chevalier, a quien sus conocidos llamaban Mamá Diyeta. Algunos adversarios de Trujillo han dicho que nació esclava, pero eso no es probable porque la esclavitud había sido abolida en Haití desde el año 1801, y Mamá Diyeta debió nacer después de esa época.

Los que la conocieron en su ancianidad afirman que era una buena señora y que todavía en sus últimos años hablaba con marcado acento haitiano. La región de San Cristóbal, donde habría de nacer Trujillo —zona muy fértil a escasa distancia de la capital del país— fue poblada sobre todo por haitianos, y debido a esa razón es difícil saber si Mamá Diyeta tenía el acento de su patria porque llegó a la región de bastante edad o si llegó niña y lo mantuvo debido a que los vecinos de la zona

hablaban entre sí el *patois* de Haití. De todos modos, Mamá Diyeta no se habría establecido definitivamente en la parte dominicana si ésta no hubiera sido ocupada por sus compatriotas.

La parte que le toca a la ocupación española de 1861 en el nacimiento de Rafael Leonidas Trujillo es más directa, puesto que el abuelo paterno del futuro tirano, José Trujillo Monagas, llegó al país con el ejército real de Isabel II, en la sección de Sanidad Militar. Este José Trujillo Monagas iba a destacarse más tarde en Cuba como policía, y sin duda de él heredó el nieto muchas características temperamentales. Trujillo Monagas abandonó el territorio dominicano en 1865, al retirarse hacia Cuba las fuerzas españolas, pero dejó en el país un hijo, cuya madre, Silveria Valdez, fue mujer muy activa, resuelta, audaz y de inclinaciones políticas, dado que por lo menos una vez su actuación política le valió el destierro. Abandonada por el padre de su hijo, que contrajo matrimonio en Cuba, la señora Valdez estableció un hotel rural en que albergaba a las familias acomodadas de la capital que veraneaban en el lugar y a los que hacían el viaje de la Capital hacia el sur de la República.

El pequeño Rafael Leonidas fue el primero* de sus nietos, y el ambiente en que nació ese niño, operando sobre un temperamento peligrosamente sensible a ciertos estímulos, originó esa alma tenebrosa con que al andar de los años iba a mostrarse al mundo. Pues en la República Dominicana de aquella época la población estaba dividida entre gente “de primera” y gente “de segunda”, rezago de la organización colonial; y si bien esa división perdura aún, ya no es tan categórica ni humillante como lo era medio siglo atrás. Oficios como el de regentar un hotel, sobre todo rural, no eran para el primer grupo; y los del segundo no tenían derecho a entrar en los cerrados círculos de los “de primera”. Eso ocurría en todo el país, por pequeña que fuera la población.

* Era el cuarto (N. del E.)

Trujillo sintió desde niño el desprecio de la gente “de primera” que se hospedaba en el hotel familiar; al andar del tiempo, siendo ya jefe de la Policía Nacional, trataría de cambiar su estado social solicitando que se le admitiera como socio en el club más selecto del país. Se le negó la entrada, por la simple razón de que había nacido “de segunda”. De manera que a lo largo de los años le perseguía el estigma de haber nacido en un círculo despreciado. Su odio a los “de primera” pudo haberse adormecido de haber logrado acceso al Club Unión; pero no lo obtuvo, a pesar de que era ya un personaje con poder en las manos. Dada su psicología de resentido, se explica que al erigirse tirano destruyera ese Club Unión y lo sustituyera con uno que lleva su nombre; y dado su temperamento se explica que su odio creciera en vez de disminuir, así como dada su incultura se explica que midiera con ese odio a todo el que estuviera por encima del común.

Es claro que de no haber tenido Trujillo un concepto tan egolátrico de la función política y tan primitivo del poder público, su reacción debió haber sido barrer esas desigualdades sin base, que sólo sirven para alimentar vicios sociales. Pero su afán era ascender rebajando a los demás y vengarse, no enmendar males antiguos.

En la atmósfera dominicana en que creció Trujillo era casi un delito no nacer “de primera”, pero lo era también ser pobre. El afán de enriquecimiento de Rafael Leonidas apareció tan temprano y fue tan intenso, que cuando, siendo casi un niño todavía, le obsequiaron una yegua, la bautizó con el nombre de “Papeleta”, y “papeleta” era, y es aún, el nombre que da el pueblo a los billetes de banco. Trujillo era muy mozo cuando tuvo una hija en su primer matrimonio; esa niña recibió de su padre el nombre de Flor de Oro.

Oro y su equivalente, billetes de banco, eran en él una obsesión desde su infancia. Con los años Trujillo aprendió el

valor de las riquezas y su utilidad para sobreponerse a los que le despreciaban por su origen; y en una psicología como la suya, trabajada por la soberbia ofendida, el deseo de tener riquezas fue haciéndose cada vez mayor, y creció cuando vio que desde el poder podía satisfacerlo con relativa facilidad y casi sin límites.

Ahora bien, Trujillo tardó años en destacarse. Desempeñó trabajos más o menos humildes, y él tenía conciencia de que era capaz y constante. Esto, unido a lo ya descrito y a su ambición de dinero sin que viera cómo había de cumplirla, creó en él un complejo de inferioridad de tal profundidad que de él sólo podía salir denigrando a los otros, afirmándose a sí mismo que eran indignos, o ladrones o viles. Desde luego, ahí entraba en juego la vulgaridad de su alma, tan notable desde sus primeros años que sus amigos de entonces recuerdan todavía la facilidad con que insultaba, como un jayán, a damas y ancianos cuando creía que obstaculizaban alguno de sus propósitos. Esa vulgaridad la trajo él a la vida, pero sin duda hubiera podido ser enmendada en un ambiente que no le hubiera ofendido en su dignidad humana. Para su mal y el de su país, sus jefes norteamericanos en la fuerza constabularia no le enseñaron a respetar la virtud, sino que fueron para él maestros en el desprecio a los dominicanos.

Explicamos esta formación de Trujillo para que se aprecie cómo el medio en que él se produjo ayudó a formarle tal como es hoy. Una crisis nacional, provocada en gran parte por la inexorable política exterior de los Estados Unidos, le permitió llegar al poder; eso es cierto. Pero no lo es menos que su psicología es un fruto natural de males sociales de su pueblo. Un tirano no cae del cielo; sale de las entrañas de su gente, se nutre con los vicios del país en que se forma. Y como esos vicios son comunes a toda su generación, se explica que en ella encuentre servidores, porque habría muchos como él.

He dicho en otro libro que ningún grande hombre es superior a su pueblo. Ello es así sobre todo en política, porque el grande hombre recibe desde la infancia, en su hogar, en los de sus vecinos, en la escuela y hasta de los criados, la esencia del ambiente que le rodea. Además, de ser él superior a su medio no podría mover a sus congéneres para crear obras. Veamos el caso de José Martí, ese astro sin par en la historia americana: ¿Cómo habría podido José Martí conmover el alma cubana de haberse él expresado en una lengua que los cubanos no hubieran entendido; cómo habría podido tocar el corazón de sus compatriotas hablándoles de libertad, de dignidad, de justicia y de bondad, si no hubiera habido en ellos un singular aprecio por la libertad, por la dignidad, por la justicia y por la bondad?

El héroe es siempre una síntesis carnal de lo mejor de su pueblo. Pero en la misma medida el villano lo es de lo peor; él aglutina junto a sí todas las maldades, todas las podredumbres, toda la bajeza que hay a su alrededor. Desgraciadamente para la República Dominicana, Trujillo resultó una encarnación abrumadoramente perfecta de los vicios nacionales en una alma de fortaleza demoníaca. Por desgracia, también, las debilidades políticas del país y la política imperialista de los Estados Unidos se conjugaron con una gran guerra mundial dando por resultado la ocupación militar norteamericana de Santo Domingo, justo a tiempo para que esa encarnación de los vicios dominicanos pudiera prosperar y llegar a la cima del poder político en el país.

Nótese que ciertas características de Trujillo no las tiene Somoza, lo que se debe a que éste se crió en otro ambiente. Aunque en Nicaragua había también —y la hay todavía— esa división entre familias distinguidas y las que no lo eran, la de Somoza entraba en el primer círculo, dado que su padre había sido varias veces senador y disponía de

algunos bienes para enviarle a estudiar. Somoza puede tener, y los tiene, odios políticos, pero hasta tanto un adversario amenaza su poder; cuando deja de amenazarlo deja de odiarlo, y puede tratarlo como amigo. El tirano de Nicaragua no tiene el tipo de odio personal, constante y activo, de Trujillo. Somoza hace propaganda calumniosa contra sus enemigos, pero no tiene la necesidad de vivir denigrando a los demás. Somoza no padece los complejos de inferioridad de Trujillo, porque el ambiente en que creció no fue propicio a que se le formaran.

Trujillo denigra, insulta y calumnia sin tregua a sus enemigos y a sus amigos, y sería incapaz de reaccionar como Somoza en ciertas situaciones. Por ejemplo, estando Somoza en Washington el presidente Truman fue interrogado por los periodistas, en una de sus habituales conferencias de prensa, en el sentido de si no iba a recibir al gobernante centroamericano. “El señor Somoza no es invitado oficial del gobierno de los Estados Unidos”, respondió Truman, “y por tanto no será recibido en la Casa Blanca”. Ese mismo día Somoza contestaba, también públicamente: “Es cierto que no soy invitado oficial, pero desde luego sería impropio que yo pasara por Washington sin ir a saludar a mi excelente amigo, el presidente Truman”. Reacción cínica, desde luego, pero típica de una alma sin complejos de inferioridad, de la que jamás hubiera sido capaz Trujillo. Puesto en la piel de Somoza, Trujillo se aleja cargado de cólera, espera la llegada al poder de otro presidente norteamericano y se dedica en cuerpo y alma a perseguir a Truman con sus calumnias.

En cuanto a su conformación mental, Rafael Leonidas Trujillo es hombre de inteligencia clara en ciertos aspectos, y de casi ninguna en otras. Carece de capacidad para el matiz, lo cual es causa de que no pueda tener mentalidad política. Apasionado por el dinero, no habría podido sin embargo hacer

fortuna de haberse visto en el caso de tener que competir con otros en el campo comercial o industrial.

Sabe a conciencia cuál es el valor del poder, pero no acierta a comprender su significado histórico. Le sucede lo mismo con el dinero. Conoce la utilidad de ambas cosas para sustituir una popularidad que su ausencia de sentido político jamás le otorgará, y usa del poder y del dinero sin límites, pero sin distinguir cuándo y hasta dónde debe usarlos. Su vulgaridad está estrechamente ligada a esa incapacidad para apreciar los límites; y muchos de sus tropiezos —que los ha tenido muy graves— se han originado ahí.

No tiene flexibilidad mental, de donde resulta que sus métodos son monótonamente repetidos un día y otro y un año y otro. Para él los hombres carecen de significación y sólo es importante la función pública; así, él sería incapaz de vivir sin un cargo, cualquiera que fuere. Siendo como es el hombre más poderoso en la historia de su país, no tolera la idea de carecer de un cargo, ya sea el de secretario de Estado, ya el de diplomático. Como no tiene don político, no puede sufrir en torno suyo que haya hombres libres. Frente a una situación en la que tenga que utilizar la inteligencia o la flexibilidad pierde la cabeza y arremete como una bestia ciega. Trujillo sabe mandar, pero no puede gobernar.

Al mismo tiempo, caso curioso en un hombre que concibe la función como la definición del individuo, Trujillo puede hacerse cargo de que la función tiene sus propios valores, y que por tanto no debe ser rebajada con actuaciones deshonorosas. La presidencia de la República, por ejemplo, demanda actitudes éticas en quien la desempeña. Pero eso no cuenta para él. Siendo presidente ha dado en forma solemne y pública su palabra ininidad de veces y la ha violado sin el menor escrúpulo. La gran mayoría de los adversarios de Trujillo a quienes él ha ofrecido garantías para vivir en el país, han sido

asesinados por su orden expresa más tarde o más temprano; infinidad de declaraciones suyas han sido contradichas horas o días después con los hechos. He aquí dos casos que por su mezquindad son impropios de un gobernante:

Una de las tantas veces en que mi padre fue detenido en respuesta a artículos míos en el exterior, Trujillo recibió numerosas peticiones del extranjero para que lo pusiera en libertad. El tirano contestó personalmente algunos de los cables; y no se asombre el lector de la monstruosidad que va a leer a seguidas, porque es habitual en Santo Domingo. Al presidente del Senado de Cuba le contestó así Trujillo, vía *All America Cables*: “El señor José Bosch, que es persona sin importancia alguna en la sociedad dominicana, no fue detenido por razones políticas sino porque tenía una casa de prostitución. El ministro español, que le acompañó en todas las diligencias judiciales, no presentó protesta alguna a este gobierno. Presidente Trujillo”.

Ese cable retrata de cuerpo entero a Trujillo y a su régimen. Veamos: para él mi padre no tenía “importancia alguna en la sociedad dominicana” porque no era funcionario público. Se trataba del padre de uno de los líderes adversarios suyos que es, además, un escritor conocido dentro y fuera del país; pero eso carecía de valor para el tirano. Pocos años después Trujillo haría enmendar la Constitución con el objeto de impedir que el hijo de ese hombre “sin importancia alguna” fuera algún día presidente de la república¹, y en un acto público su propio ministro de Educación, en un discurso autorizado por Trujillo, dijo que en todo el presente siglo el país sólo había producido dos grandes figuras, una de ellas Trujillo

¹ La Constitución fue enmendada en 1946 para establecer que sólo podían llegar a la presidencia los dominicanos hijos de dominicanos. El único líder adversario de Trujillo hijo de extranjeros es el autor de este libro.

—desde luego— y la otra el hijo de ese “señor José Bosch, que es persona sin importancia alguna en la sociedad dominicana” (aunque el ministro explicó que yo era un desalmado que había dedicado mi capacidad a perturbar el país y a corromper con mi prédica a la juventud mientras Trujillo había sido el constructor de la grandeza patria).

Trujillo no tomaba en cuenta que al lanzar sobre las venerables canas de mi padre una calumnia como ésta de que “tenía casa de prostitución”, y además hacerlo con su propia firma, deshonraba su cargo de presidente. Y como carece de capacidad para el matiz afirmaba a seguidas: “El ministro español, que le acompañó en todas las diligencias judiciales...” Cómo, ¿es que un ministro extranjero acompaña a un nacional de su país en diligencias judiciales cuando éste va preso por delito tan asqueroso como el de tener casa de prostitución? En menos de cinco líneas el tirano ponía al desnudo su alma y la entraña de su régimen; calumniaba y se contradecía. Y esas líneas estaban firmadas por él como presidente de la República.

Otro episodio bueno para conocer a Trujillo como es:

Hacia 1951 el ministro de Cuba en la República Dominicana fue llamado por el ministro de Relaciones Exteriores y ya en su despacho éste le comunicó que el presidente deseaba verle. El procedimiento era insólito, pero el representante de Cuba, acompañado por el canciller, se dirigió a las oficinas de Trujillo. Ya allí, el diplomático cubano fue objeto de una de las escenas más grotescas que se hayan dado jamás entre un gobernante y un diplomático extranjero. Trujillo se lanzó a insultar a Cuba, a su gobierno, a su pueblo y a sus mujeres. El ministro cubano dijo que no podía oír semejante lenguaje y se dispuso a irse; entonces el canciller corrió tras él, lo sujetó y lo obligó a seguir oyendo improprios. Por fin, Trujillo cerró el triste episodio con estas frases, probablemente nunca antes dichas por un presidente: “En Cuba están equivocados

conmigo, porque yo soy un macho muy macho". En cuanto a las palabras que usó para insultar al pueblo, al gobierno, a la prensa y a las mujeres de Cuba, éstas no pueden transcribirse en un libro como éste.

Para dar la verdadera faz de un régimen como el de Trujillo son a menudo más útiles las descripciones de pequeños incidentes que la de los mayores; pues en el caso de los mayores resultan tan increíbles que mucha gente se negaría a aceptarlos como reales.

Por ejemplo, un desterrado dominicano no puede recibir cartas de sus padres, de sus hijos o de sus hermanos; ni escribirles, desde luego, sin que ello equivalga a lanzarlos al presidio o a la muerte. Pero a menudo un desterrado recibe un cable o una carta firmado por familiares o amigos; esas comunicaciones son siempre falsas y tienen por objeto justificar prisiones o atropellos dentro del país, puesto que se publican en la prensa nacional como auténticas. Ningún exiliado puede recibir ayuda económica de los suyos, ni puede enviarla. Contadas veces, y con el fin de causar dolor, se dejan pasar noticias de fallecimientos o de enfermedades graves de algún ser querido. La censura es absoluta, y probablemente la más completa del mundo, en toda suerte de comunicaciones.

Desde luego, ningún adversario del régimen es dotado de documentación. Los consulados y las representaciones diplomáticas dominicanas se niegan a dar pasaportes a los adversarios de Trujillo; deben, en cambio, tratar de averiguar cuál de ellos trabaja en alguna empresa relacionada comercialmente con Santo Domingo para solicitar su despido a cambio de que la empresa pueda seguir comerciando con el país; debe convencer a la policía del país en que se halla acreditado de que sus compatriotas no trujillistas son delincuentes de la peor especie, y debe distribuir de manera concienzuda y según las instrucciones oficiales que se le mandan, la propaganda que

elabora una oficina especializada en inventar “pruebas” infamantes contra esos compatriotas. Cierta Encargado de Negocios en Venezuela se negó a hacer esto último en un caso en que a él le constaba que se trataba de calumnias de la peor especie contra un desterrado; Trujillo hizo que lo llamaran a su presencia y él mismo le gritó a voces “traidor y degenerado”. El ex-diplomático está ahora en el destierro.

La incapacidad de Trujillo para distinguir matices y su fuerza de odio, que en verdad es abrumadora, le llevan a medir con un mismo rasero a todos sus adversarios, al humilde campesino que logró huir de su persecución, al adolescente que manifestó un desacuerdo con su régimen o al personaje de valía. A todos los aplasta con igual saña; y esa saña no reconoce límites ni materiales ni morales. Veamos algunos casos.

Cierta eminente médico, que había sido rector de la Universidad de Santo Tomás de Aquino —la más antigua de América—, presidente del primer congreso médico dominicano, esposo de una sobrina del ex-presidente Vásquez, un ciudadano, en fin, con numerosos títulos para ser querido y distinguido, logró permiso para dejar el país después de haber estado en presidio varias veces por su oposición a Trujillo. No pudo sacar dinero alguno ni vender una sola de sus propiedades; eso no lo ha logrado nadie en la República Dominicana. Se le permitió ir a Alemania, donde no podía ejercer. Pero el galeno se las arregló para volver a América y establecerse en Venezuela, donde revalidó su título y abrió gabinete. Como era una notabilidad en su profesión, tuvo inmediato buen éxito.

Y he aquí que a poco de establecerse, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela recibió una comunicación oficial del gobierno dominicano en que se le notificaba que las autoridades dominicanas habían tenido noticias de

que un dominicano se hacía pasar en Venezuela por médico, y que ni en los registros de la Universidad ni en los de la Secretaría de Sanidad figuraba ese señor como médico. Pero sucedía que en el propio Ministerio del Exterior de Venezuela había funcionarios que habían sido tratados por ese médico en Santo Domingo, mientras se hallaban allí, y muchos venezolanos distinguidos, que habían vivido desterrados en la República Dominicana en los días de Gómez, le habían conocido y tratado en Santo Domingo.

La orden para que se enviara esa comunicación partió de Rafael Leonidas Trujillo, no de un subalterno. Siendo presidente de la República, él mandó que una dependencia del Estado, cuyo deber es proteger a sus nacionales donde quiera que se encuentren y ayudarles a desenvolver sus actividades honestas, mintiera de una manera sin ejemplo en la historia. En el caso opuesto un pobre periodista que publicaba una hoja suelta mensual y que él mismo vendía de puerta en puerta, cometió el atrevimiento de llamar la atención de las autoridades sanitarias porque, según las estadísticas, la tuberculosis estaba aumentando en el país. Fue asesinado veinticuatro horas después. En el malhadado sueltecito, muy tímido por cierto, abundaban los elogios a Trujillo; pero eso no le salvó la vida. Un niño de catorce años fue muerto a puñaladas por haber cometido la imprudencia de manifestar ante algunos amigos que vengaría el asesinato de su padre, víctima de la tiranía.

Resulta aparentemente contradictorio que el hombre que actúa como Trujillo, sin límite en nada, sea débil de carácter. En realidad, no hay tal contradicción, puesto que si tuviera dominio sobre sí sabría dónde están los límites de su actividad. En ocasiones a Trujillo no le importa desafiar a enemigos poderosos; y tal fue lo que hizo cuando él, por su propia mano, dio muerte a un sacerdote norteamericano; ordenó

que lo llevaran preso a una de sus fincas y allí le rompió el cráneo a palos. El cadáver fue enviado al domicilio del desdichado, y encontrado esa misma noche —¡qué casualidad!— por el jefe de la Policía tendido en la cocina. Se hizo preso a un conocido delincuente a quien se le ordenó declarar que él había dado muerte al sacerdote porque le había hecho proposiciones de homosexualidad; de manera que sobre el crimen se elaboró la deshonra. La víctima fue acusada ante Trujillo de haber enviado al exterior los primeros informes que se dieron sobre la matanza de haitianos, en 1937. El delincuente que se declaró autor del asesinato murió por aplicación de la ley de fuga, antes del juicio, desde luego. Trujillo salió bien del paso, pero se jugó una carta peligrosa, como se la jugó en 1935 y en 1952, las dos ocasiones en que ordenó el asesinato de dos adversarios suyos en el corazón de New York.

Ese hombre, tan audaz para actuar, tiene sin embargo poco carácter. Trujillo es incansable en la destitución de los altos funcionarios de su régimen, secretarios de Estado, embajadores, senadores, diputados, jueces de la Suprema Corte, jefes del Ejército. Pero en todos los casos los afectados se enteran por la prensa, y muchas veces cuando van a sus despachos y los centinelas o los porteros les informan que han sido destituidos. Trujillo no tiene carácter para decirle a un funcionario que da por terminados sus servicios, y regularmente no lo tiene para recibirlo una vez que lo ha echado del cargo. El vacío que deja en su alma la ausencia de carácter lo llena con sentimientos de adoración de sí mismo y de odio a los demás, lo cual explica en cierta medida la falta de sentido del límite en casi todos sus actos.

En 1937 el tirano dio una orden insólita: que se matara a cuanto haitiano se hallara dentro de las fronteras dominicanas, en la región del oeste. Es increíble que esa orden se cumpliera, pero se cumplió. Se produjeron escenas espantosas, asesinatos

en masa de millares de ancianos, de mujeres y de niños. A esta altura muy poca gente se explica la razón de esa medida, y Trujillo ha querido justificarla a posteriori con varios argumentos, uno de ellos que deseaba la guerra con Haití y “les lancé el guante a esos cobardes, pero no lo recogieron”; a veces afirmando que él se había propuesto liquidar de un golpe la afluencia de inmigración ilegal haitiana en Santo Domingo. Pero en verdad, el origen es más increíble.

En un viaje hecho a Haití pocos meses antes, el tirano enamoró a una joven haitiana a quien se proponía llevar a Santo Domingo. Cuando el presidente haitiano lo supo fue a visitar a su colega para pedirle que dejara en paz a la joven, pues era parte de una familia muy conocida en Haití y su fuga podría tener malas consecuencias en las relaciones de los dos gobiernos. Trujillo, débil de carácter, accedió. Pero uno o dos días después, ya de vuelta en su país, comenzó a sentir celos del gobernante de Haití y a irle cobrando un odio que fue creciendo irresistiblemente, tanto que al fin ese odio requería convertirse en hechos que le crearan una situación difícil al presidente vecino. Así, cierto día, hallándose en una fiesta en las cercanías de la frontera, el volcán que llevaba por dentro estalló, y dio la monstruosa orden.

A partir de ese día, y sin duda para justificarse ante sí mismo, comenzó a elaborar toda una tesis política para fundamentar la existencia de su régimen como una necesidad nacional impuesta por la vecindad de Haití. Y era que él mismo ignoraba en qué forma demoníaca sus pasiones incontrolables, servidas por un poder político y militar sin medidas, habían pasado a ocupar violentamente el lugar que debió llenar en su alma la firmeza de carácter.

De paso, se negaba a sí mismo como hecho biológico, puesto que olvidaba que él provenía de sangre haitiana, de la sangre de Mamá Diyeta Chevalier.

III

Trujillo cumplió su período de cuatro años, para el cual fue electo en 1930, y decidió reelegirse, cosa que hizo, como es claro. Iba en camino de reelegirse otra vez para un tercer período —de 1938 a 1942— cuando se lanzó a la matanza de haitianos. La categoría del escándalo, que nunca antes se había dado en el hemisferio, le impidió hacerlo. Pero a la fecha de las elecciones de 1938 no había ya más que un partido político en Santo Domingo, el suyo, y por tanto no hubo sino una lista de candidatos. Electo presidente un hombre de su confianza, éste murió en el poder y le sucedió otro, cuyo período no le dejó terminar Trujillo.

Pues entre 1939 y 1941 se produjeron la guerra europea y la agresión japonesa a Pearl Harbour. Otra vez una situación mundial en crisis favorecía a Trujillo. Al entrar en guerra los Estados Unidos, toda consideración de tipo doméstico se dejó a un lado en el Continente; sólo importaba asegurar la paz en los países de América para lanzarlos a la contienda, bien con hombres y armas, bien con materias primas. Trujillo pidió la renuncia al presidente nominal y se hizo designar él; tomó posesión legal del cargo en agosto de 1942, esta vez por cinco años, y fue reelecto de nuevo en 1947, por otros cinco; al cumplirse en 1952, le sucedió en el cargo su hermano menor.

¿A qué se debió que, lanzado antes de 1952 a una nueva campaña reeleccionista, el déspota dominicano abandonara el campo dejando en la presidencia a su hermano?

Otra vez a sus incontrolables impulsos. Pues entre 1945 y 1950 Trujillo se dedicó a desafiar abiertamente la política de Washington en el mar Caribe. Dispuesto a hacerse el productor individual de azúcar más grande de las Antillas, chocó con intereses norteamericanos muy poderosos y decidió hacerles la guerra. Esos intereses buscaron la protección

del gobierno estadounidense justo en el momento en que Washington necesitaba un cambio de política por parte de las tiranías del Caribe.

A partir de los sucesos de 1944, que en plena guerra conmovieron a todo el Caribe, Washington comprendió que su retaguardia doméstica andaba muy mal y que era imposible mantenerla firme a base de dictaduras primitivas como las que imperaban en la zona. En el origen de esas conmociones tuvo gran parte el control por parte de las tiranías de las importaciones de artículos de consumo. En realidad, el Caribe se vio, a partir de 1944, azotado por verdaderas sublevaciones populares, cuyas consecuencias podían ser imprevisibles. Washington se preocupó, y comenzaron a actuar sus embajadas en las capitales de la región instruidas para que no favorecieran la creación de obstáculos a la voluntad de los pueblos. Salieron del poder Maximiliano Hernández Martínez en El Salvador, Jorge Ubico en Guatemala, Fulgencio Batista en Cuba; Somoza se vio a punto de caer y ofreció darle mayor flexibilidad a su régimen; Tiburcio Carías prometió no reelegirse en 1948 —promesa que cumplió— y Trujillo proclamó una amnistía que sólo los comunistas dominicanos pretendieron aprovechar.

Fiel a sí mismo, Trujillo se sobrepasó, elogió públicamente a Stalin, solicitó, en carta abierta, la legalización del partido Comunista; y pocos meses después, cuando vio que el pueblo acudía a los mítines que celebraban los comunistas enarboló el sable y volvió a ser el despiadado perseguidor de siempre. Centenares de hombres fueron asesinados, colgados en los caminos, echados a los presidios. El tirano desató el terror en todo el país. Las embajadas y las legaciones latinoamericanas se llenaron de refugiados. A seguidas se proclamó campeón del anticomunismo. La política antihaitiana dejó de ser la clave de su permanencia en el poder, y pasó a serlo la política anticomunista.

La agitación no cedía, sin embargo, y Trujillo tuvo que hacer frente a varios intentos para derrocarlo. Uno de ellos fue la concentración de Cayo Confite, islote situado al norte de la isla de Cuba. Más de mil hombres, bastante bien armados, se reunieron allí para caer sobre Santo Domingo; y en esa ocasión Trujillo no tenía equipo suficiente para enfrentarse a un movimiento armado. Todas sus gestiones en Washington para conseguir armas fueron inútiles, recurrió entonces a la compra ilegal de armamento donde pudiera obtenerlo.

Eso, y la movilización durante varios meses de millares de hombres, le costó mucho dinero, precisamente cuando más necesitaba él de fondos porque estaba empeñado entonces en hacerse el mayor productor individual de azúcar en el Caribe. Es en verdad un hecho curioso y aleccionador que en un momento dado se vieran en conflicto los intereses del capitalista Rafael Leonidas Trujillo y los del régimen político que él mismo encabezaba. Trujillo no acertó a comprender esto, y echó la culpa de sus tribulaciones sobre Washington.

En Washington sucedía lo contrario: su política en el Caribe coincidía con los intereses de los azucareros. Estos habían sido protegidos de Trujillo durante años, y habían intervenido abiertamente en la política nacional ayudando a las campañas reeleccioncitas del tirano. Pero al hacerse éste productor de azúcar, es decir, su competidor, comprendieron que tenían perdida la partida; pues a la menor objeción contra una disposición gubernamental que Trujillo siempre podría no cumplir y ellos no, el déspota iba a usar su poder de echar a la calle su confederación de trabajadores, instrumento muy útil en sus manos, y cuantas leyes necesitara para alcanzar sus fines.

Con las ventajas que le ofrecía el poder político, Trujillo podría monopolizar el mercado nacional o las ventas en el extranjero; vender más caro en el país para vender más barato afuera, por ejemplo, o fijar a la exportación altos impuestos

que él no pagaría o establecer una tarifa de altos jornales que a él no le alcanzaría. Por de pronto, los grandes trabajos de preparación de sembrados en los ingenios que organizaba Trujillo estaban haciéndose con presos y con soldados.

Un conflicto de tal naturaleza, ¿cómo podía resolverse? Un régimen de libertades públicas no convenía a los azucareros, pero tampoco que el poder público siguiera en manos de Trujillo. Washington adoptó la línea de dejar prácticamente en libertad de acción a los desterrados para que amenazaran el poderío trujillista. La reacción del déspota fue la de enfrentarse a Washington en todos los terrenos. Así, cuando en 1949 llegó a Santo Domingo un avión con algunos dominicanos que iban a luchar contra la tiranía, Trujillo tomó prisioneros a los aviadores, que eran tres norteamericanos, los fusiló e hizo quemar sus cadáveres en una playa. Las víctimas eran veteranos de la guerra, y tenían el aprecio de muchos compañeros que organizaron en Miami una escuadrilla aérea destinada a bombardear a Santo Domingo. El gobierno norteamericano tuvo que actuar con mucha rapidez para evitar la salida de la escuadrilla, y a partir de ese momento procedió a vigilar estrechamente todo movimiento de los desterrados dominicanos. La lucha entre estos y Trujillo era una carga de dinamita con la mecha encendida.

Se pasó entonces a la presión diplomática, a la que contestó Trujillo con todo vigor. Su plan fue sembrar el terror en el Caribe, perturbar la vida de la zona sin economizar medios. Plantado en su isla, como un dios arrojado del Olimpo en una roca cercada por el mar, comenzó a desafiar a Júpiter tonante. Seguramente él mismo se creía un héroe, y era tan sólo un negociante poseído por la cólera debido a que no le dejaban vender azúcar.

Al iniciarse el año de 1950 dos diplomáticos dominicanos acreditados ante el gobierno de Haití acudieron, espantados,

a las autoridades haitianas para denunciar que Trujillo había resuelto invadir el territorio haitiano; que como parte inicial del plan, un grupo de soldados dominicanos en trajes civiles asaltarían la Legación dominicana en Port-au-Prince, la incendiarían y darían muerte a parte de su personal. Con ese pretexto, el ejército dominicano entraría por la frontera, ya en acuerdo con un pequeño grupo de haitianos opuestos al gobierno de su país. Los diplomáticos presentaron las pruebas del caso.

Trujillo estaba preparado. A raíz de un fracaso en el intento de comprar armas norteamericanas, las obtuvo en el Brasil y en Europa, y envió compradores hasta el Asia; adquirió navíos de combate en Inglaterra y convirtió su flota en la mayor del Caribe, mayor aun que las de Venezuela, Colombia y Cuba juntas; montó una fábrica de armas, con expertos que llevó de Europa; se hizo de aviones en el Canadá y se jactó públicamente de tener setenta mil soldados de línea.

Pero no sólo se preparó en el orden militar, sino que lo hizo en el legal. Listo a invadir Haití, y no pudiendo declarar públicamente por qué iba a la guerra, elaboró una acusación contra la Cruz Roja cubana —¡nada menos que la Cruz Roja!— afirmando que esta organización se preparaba para lanzar una invasión armada sobre Santo Domingo; y después que la hizo circular por todas las cancillerías del mundo, pidió a su Congreso autorización para declarar la guerra a cualquier país que el ejecutivo dominicano —esto es, el propio Trujillo— considerara agresor; ¡y el Congreso le dio la autorización!

La denuncia de los diplomáticos dominicanos acreditados en Port-au-Prince evitó el estallido de una guerra en el Caribe, pero Trujillo no abandonó su actividad, dirigida a crearle a Washington problemas en la zona. Dispuesto a provocar disturbios, hizo secuestrar en La Habana a Mauricio Báez, líder de los trabajadores azucareros de Santo Domingo, que se hallaba en el destierro. Mauricio Báez jamás apareció. El

“Quetzal”, buque de carga, propiedad de un dominicano antitrujillista, salió de La Habana con destino a Puerto Barrios, en Guatemala, para cargar madera, y fue apresado por unidades de guerra dominicanas a la altura del Cabo Catoche, es decir, a más de mil millas de las costas dominicanas; su tripulación, compuesta en su mayor parte por cubanos, fue conducida a Santo Domingo y allí mantenida en prisión durante meses. No hubo forma de obtener la devolución del barco, de manera que al cabo de cientos de años la piratería abierta reaparecía en aguas del Caribe.

Mientras desacreditaba con esas agresiones la hospitalidad cubana y el poder del gobierno de Cuba para defender a sus ciudadanos, hacía radiodifundir diariamente advertencias al jefe del ejército de Cuba estimulándole a rebelarse contra los gobernantes, y distribuía propaganda falsa destinada a enfrentar unos contra otros a políticos, militares y hombres públicos de la isla vecina. Planeó, y estuvo a punto de realizarlo dos veces, el asesinato de José Figueres, en una ocasión en territorio norteamericano y en otra en Costa Rica. Por último, hizo asesinar en pleno corazón de New York a Francisco Requena, un periodista dominicano radicado en Estados Unidos desde hacía años. Con sus agentes perturbadores operando en todas partes, y decidido a crear conflictos, Trujillo iba derechamente camino de provocar una hecatombe en el Caribe.

Trujillo siempre tuvo buenos agentes en Washington. Pero erró al pensar que podían ser más eficaces que los representantes de los azucareros. Se ha hecho ya tradicional que la Secretaría de Estado, y hasta la Casa Blanca, tome consejo de sus ciudadanos establecidos en un país extranjero cuando se va a actuar sobre ese país. Trujillo estaba llamado, pues, a perder la partida; si bien no pueden los dominicanos llamarse a engaño pensando que en ese caso iba a ganarla el pueblo.

A qué extremos llegó la posición del tirano en la capital norteamericana, puede medirse por este incidente: al abandonar la presidencia de la República Dominicana, el poderoso señor de Santo Domingo se hizo designar embajador en Washington. Quería estar allí para dar la batalla en la propia capital de los Estados Unidos. Y allá se fue; y ya el cuerpo diplomático latinoamericano acreditado ante la Casa Blanca había despedido con un banquete a su antecesor, y ya estaban despachadas por correo las invitaciones para la fiesta en que él iba a tomar posesión de su nuevo cargo. En eso llegó la noticia de que la cancillería del Potomac le negaba el "agrément". Se hizo entonces embajador ante las Naciones Unidas, y al mismo tiempo ministro de Relaciones Exteriores y de Bienestar Social de la República Dominicana.

Su difícil situación internacional no ha debilitado, sin embargo, su régimen dentro de Santo Domingo. El sigue siendo allí el amo en tres órdenes: el militar, el político y el económico. De manera que su tiranía es de triple faz, algo nunca antes visto en América. Moviendo sus peones en uno de esos tres campos, o en dos, o en los tres a un tiempo, mantiene a la totalidad del país, incluidos sus servidores en los tres aspectos, sometidos a su voluntad por el terror. Se trata, en verdad, de una maquinaria de poder montada con acierto y manejada con cuidadoso esmero. Las dotes de organizador de Trujillo se lucieron en esa tarea. No se conoce el caso de otro gobernante que haya logrado hacer tanto.

La organización militar descansa en una selección hecha a base de probados partidarios suyos, vinculados a él por el crimen. Normalmente su jefatura está en manos de hombres a quienes Trujillo ha dado toda suerte de beneficios: dinero, fincas, negocios, mano libre para el atropello. Se ha ido formando más o menos con el siguiente sistema: alguien asesina a un opositor, real o supuesto, del régimen; el asesino mató él

solo o formó parte del grupo encargado de dar muerte a Zuzano. Trujillo hace llamar al matador y le da un cargo de oficial en su guardia personal; en esa posición pasa un tiempo, mientras se le enseñan los rudimentos del arte militar; luego se le asciende y se le hace pasar al servicio de línea, ya con cargo de capitán, de mayor o de coronel. Habiendo vivido durante algunos meses al lado de Trujillo, y habiendo recibido sus obsequios, tal hombre va a servir entre las tropas como verdadero agente de Trujillo. Ese tipo de oficial —que es el más numeroso— es el que garantiza la lealtad del Ejército al tirano.

Debido a que la oficialidad no es de carrera, en el Ejército no hay conciencia de cuerpo, lo cual explica que Trujillo pueda designar generales de brigada a amigos suyos que jamás han usado uniforme, o que su hijo mayor haya sido coronel a los cuatro años de edad y hoy sea general de aviación sin ser ni militar ni aviador. Tampoco hay escalafón ni retiro. Un señor de la calle amanece el mejor día hecho coronel, y el jefe de un batallón amanece también un buen día echado de las filas sin explicación alguna. El Ejército es un partido armado en el poder, pero los militares no tienen en ese partido más méritos que los que les reconozca el interés o el capricho de Trujillo.

Lo admirable del caso es que habiendo sido el Ejército el instrumento usado por el déspota para implantar el terror, hallara la manera de aterrorizar también al Ejército. En ese sentido el miedo del hombre uniformado no es menor que el del civil. Ya se ha explicado que mantiene el terror en las filas de sus soldados a través de los asesinos que lleva, con cargos militares, a su servicio personal, y que traslada después a las Fuerzas Armadas con mando y ascensos. Así se da en Santo Domingo la circunstancia de que un Ejército aterrorizado siembra el terror en el pueblo, gracias a lo cual Trujillo pudo hacerse amo, también absoluto, de la vida política del país.

Todo lo que hay dentro de las fronteras dominicanas que pueda ser susceptible de movilización política, está al servicio del trujillismo. Sólo hay un partido, y a él tienen que pertenecer obligatoriamente todos los dominicanos, hombres y mujeres, de edad electoral. Una sola persona designa candidatos a cargos públicos en ese partido, y es, desde luego, Rafael Leonidas Trujillo; en el momento de ser designados esos candidatos tienen que firmar una renuncia con la fecha en blanco, lo que explica que a menudo —pero con una frecuencia increíble— un senador, un diputado, un juez de la Suprema Corte, amanecen “renunciados” sin que sepan debido a qué; los sustitutos son escogidos de ternas sometidas por el jefe del partido, esto es, Rafael Leonidas Trujillo, o por el presidente de la República, que en fin de cuentas también es él.

Los estudiantes universitarios están organizados militarmente; los sindicatos de trabajadores son únicamente los que ha creado el propio Trujillo, y hubo época en que los jefes de esos sindicatos eran los comandantes militares de cada plaza. No hay en el país más periódicos que los de su propiedad o los de algunos amigos que siguen al pie de la letra sus instrucciones; igual cosa sucede con las estaciones de radio o con la única planta televisora. Es del todo imposible que se publique una hoja suelta libre ni que se dé por radio una noticia adversa al régimen. La persona sorprendida con una hoja clandestina es inmisericordemente asesinada; muchos han muerto por haberseles hallado oyendo estaciones de radio extranjeras.

Para que esa maquinaria política no se resquebraje se mantiene en acción el terror. La lista de las víctimas de ese terror es interminable. A veces, para caer bajo el plomo o el puñal del trujillato basta con hablar a la ligera. Un ilustre médico fue asesinado por haber dicho que, a su juicio, Trujillo estaba padeciendo de cáncer. Abogados, obreros, comerciantes, estudiantes, agricultores y hasta niños, gentes de las más

diversas nacionalidades y posiciones han muerto por hablar. El terror se mantiene con métodos sórdidos. En Santo Domingo no se fusila y contadas veces se mata en las cárceles. La muerte se produce en la calle, en la puerta del hogar cuando la víctima charla con la esposa o con algún visitante o cuando pasea en la plaza con un hijo. Jamás son hallados los autores.

La sensación de terror que esto infunde demuele el valor más entero, pues el adversario de Trujillo sabe que no está seguro en ningún sitio, y sabe que decir algo sospechoso o demostrar tibieza en la expresión de su trujillismo es llamar sobre sí la sentencia de muerte. Salir del país es tarea de titanes, ya que se requieren varios permisos militares y policiales, y en última instancia uno del propio Trujillo; mucha gente ha sido asesinada por solicitar uno de esos permisos, y algunos que ya habían salido vieron cómo a las varias horas de haberse alejado su buque de las costas dominicanas una unidad de guerra lo detenía y los sacaban de sus camarotes. Esto ha sucedido hasta con barcos norteamericanos.

Un señorío tan completo de la vida política de un pueblo, obtenido gracias a un sistema de terror que habiéndose originado en el control de las Fuerzas Armadas acabó penetrando en éstas, no lo tiene ninguno de los demás tiranos del Caribe: en Nicaragua actúa, con sus limitaciones —claro—, pero actúa, al fin, el Partido Conservador; en Venezuela sólo Acción Democrática es perseguida a muerte; en Cuba hay oposición en la calle y en el Congreso.

Del terror trujillista no escapan ni los familiares del déspota. En cierta ocasión ordenó la muerte de un hermano suyo, y en otra envió tropas a sacar por la fuerza de su hogar a otro hermano que no quería venderle tierras para sus ingenios azucareros; la suegra de ese hermano fue atropellada por la soldadesca y el propio hermano acabó suicidándose debido a que

Trujillo se negó a pagarle las tierras una vez que las hubo tomado militarmente.

Ese terror, compacto, inmisericorde, es la base del imperio económico de Trujillo, una organización perfecta, como jamás soñó tenerla ningún gran capitán de empresa en la historia humana. Con un Congreso que él designa, según los métodos ya descritos, y un Ejército sumiso, Trujillo obtuvo todas las leyes que le permitirían adueñarse de cualquier fuente de riqueza, y el respaldo de la fuerza pública a esas leyes.

Veamos el caso de la sal. Había varias salinas en el país, y una mina de sal gema que no se explotaba. Trujillo comenzó por obligar a los campesinos dueños de la mina de sal gema a venderle. Aseguran sus íntimos que dice el propio tirano cuando tiene interés en comprar algo: "Si alguien no vende venderá su viuda". A seguidas hizo votar una ley prohibiendo la producción de sal marina; de manera que en el país hubo un solo productor que fue subiendo el precio hasta donde quiso.

Procedimientos parecidos fueron poniendo en sus manos la producción de grasas y aceites, la de carnes, leche y sus derivados, la de maderas, cemento, el negocio de construcciones públicas, carreteras, alcantarillados e instalaciones en todo el país, la de minerales, la de cerveza y otros licores, una gran parte del azúcar, la de tejidos y zapatos, enorme número de grandes fincas, gran cantidad de comercios, las líneas de navegación aéreas y marítimas, las minas, la Lotería Nacional. Constantemente vende al Estado una o varias de esas empresas por muchas veces su valor, y a poco vuelve a comprarlas en licitación pública —a que no acude nadie— por una mínima parte de lo que cobró.

Como en la mayor parte de sus empresas trabajan soldados, marinos, funcionarios pagados por el Estado, y hasta presidiarios, y como su condición de monopolista le permite vender a precios de capricho dentro del país, puede competir en

el extranjero con precios bajos. En consecuencia, tras un cuarto de siglo de actividad en industrias y comercio amparados en tal forma, Trujillo es hoy dueño de una de las fortunas más grandes del hemisferio.

Ahora bien, ¿en qué bases sociales, además de ese triple sistema de opresión militar, política y económica, descansa el régimen trujillista? Pues alguna base social debe tener, ya que todo un pueblo no se somete de tal manera si no hay un ajuste cabal de la maquinaria que lo explota a las condiciones históricas.

Descansa en el robustecimiento y la ampliación de las clases que se han desarrollado bajo su gobierno, en un pequeño grupo de grandes terratenientes que antes no existía y que ha sido creado de hecho por la política trujillista, y en la zona de gente no situada en grupo social alguno que forman la cantera de donde él saca el mayor número de sus agentes secretos y matones. Aprovechando la abundancia económica provocada por la guerra, ha dejado gajes de sus negocios a familiares y partidarios, ensanchando así, y fortaleciéndola, a la pequeña burguesía apenas existente cuando él llegó al poder. Del grupo de los pequeños burgueses del agro que halló, ha salido el núcleo de millonarios formados gracias a que la legislación social de Trujillo les permitió tener mano de obra esclava, en la práctica, y tierras casi regaladas; a muchos de ellos Trujillo los asoció a sus empresas, sobre todo en los negocios de carne, leche y sus derivados, o les fabricó caminos y canales que aumentaron el valor de sus tierras. Esos caminos y esos canales se hacían con prestatarios de trabajo, esto es, campesinos pobres que tenían que trabajar durante determinado número de días sin recibir paga alguna, ¡y hasta llevando su propia comida!

En cuanto a las grandes masas, forzadas a trabajar en los ingenios azucareros, en construcciones o en las industrias del propio Trujillo, su situación no puede ser peor. Hay una

compañía de seguros, propiedad del tirano, que es la única aseguradora contra accidentes; para no pagar indemnizaciones no se da oficialmente por muertos o por accidentados a los obreros caídos o heridos en el trabajo. No hay posibilidad de huelga, y las dos o tres parciales que se han producido en veinticinco años han sido ahogadas en sangre. En la mayor de ellas los obreros abandonaron sus labores al grito de “¡Viva Trujillo, queremos mejor trato!” De nada les valió. Día tras día amanecían ahorcados en los árboles de los ingenios grupos de obreros con leyendas cosidas en las espaldas que decían: “Ahí tienes tu aumento de jornal”. Los cadáveres se dejaban colgados hasta que empezaban a pudrirse, a fin de que nadie se quedara sin verlos y sin leer las inscripciones.

Trujillo surgió en un ambiente propicio a la formación de su personalidad. Pero es el caso que él ha acabado influyendo en la vida nacional al extremo de que ha quebrado todos los resortes de la moral colectiva. Es frecuente leer en la prensa dominicana insultos de un padre a su hijo, o de un hermano a otro: es frecuente leer anónimos relativos a la honestidad de una dama. La unidad familiar ha sido destruida por el terror, pues aquellos insultos y esos anónimos son ordenados desde el palacio presidencial.

La Iglesia Católica no escapa a esa atmósfera; los sacerdotes truenan sus sermones en discursos políticos favorables al régimen, bajo las bóvedas de las iglesias; consagran terceros matrimonios religiosos o sirven de emisarios diplomáticos encubiertos, como es sabido que lo hizo el arzobispo Pittini para obtener la reanudación de relaciones entre Trujillo y el gobierno venezolano, cuando éste estaba encabezado por Isaías Medina Angarita.

La escuela ha sido convertida en una agencia de propaganda trujillista, y los niños inician sus clases cantando un himno a Trujillo. Cualquier ambicioso sin capacidad para desempeñar

un trabajo honesto sabe que la mejor manera de prosperar es dar muerte a un sospechoso de ser adversario del régimen o proceder a insultar públicamente a un exiliado o a los familiares de los desterrados.

Los médicos saben que no pueden asistir a los deudos de los antitrujillistas; los abogados, que no pueden defenderlos. Quien tenga una reclamación que hacer a la administración pública o necesite un servicio normal de las instituciones estatales, sabe que no será atendido si no hace pública y ostentosa manifestación de trujillismo. En una palabra, la moral del pueblo ha sido trastocada; sólo se premia y estimula la infamia y toda conducta digna es perseguida sin piedad, dentro y fuera del país.

Algunos interesados o tontos afirman que el país ha progresado. ¿Y cuál no en veinticinco años, sobre todo en los veinticinco años de mayor progreso en la historia de la América Latina y especialmente en el Caribe? Pero no hay duda de que en relación con países de gobiernos democráticos, el progreso se ha estancado en la República Dominicana; ha sido rígido, dirigido y beneficioso sólo para el tirano y sus secuaces.

Como todo régimen de su tipo, el de Trujillo está llamado a derrumbarse el día menos esperado. La tarea de sus sucesores será de titanes. Pues será la de llevar a una masa aterrorizada, empobrecida, inmoralizada sistemáticamente, hacia la libertad, el bienestar y la dignidad.

En el póker de espanto en el Caribe, ninguna carta tiene raíces tan viejas y tan profundas como la de la República Dominicana.

ANASTASIO SOMOZA, LA CARTA NICARAGÜENSE

Ningún pueblo de América nos ofrece una lección tan cabal como el de Nicaragua, en lo que se refiere a los frutos de la política caudillista ejercida en las cercanías de un poder en crecimiento listo a aprovechar la menor grieta para penetrar por ella y aumentar su expansión. Ni creado en el laboratorio de una facultad de ciencias políticas hallaríamos ejemplo mejor, pues en Nicaragua no faltó uno solo de los elementos del drama, y a menudo los actores tuvieron verdadera categoría histórica.

Aunque el proceso tiene un origen relativamente remoto, y en él hay acontecimientos tan importantes como la invasión de los filibusteros norteamericanos acaudillados por William Walker, y la reconquista, por la fuerza, del territorio de Mosquitia ocupado a instigación de Inglaterra por una extraña raza mestiza de negros y de indios, la verdad es que para nuestro estudio no hace falta llegar a esos orígenes.

Desde luego, la invasión de Walker debió ser una lección útil para los nicaragüenses que encabezaban la vida política del país, pero no lo fue. Walker, norteamericano y esclavista, se hizo designar presidente de Nicaragua y obtuvo el reconocimiento del gobierno de los Estados Unidos; y sólo fue posible sacarlo del territorio nicaragüense con la ayuda de los países centroamericanos, que organizaron fuerzas armadas para combatirlo; entre ellos, el mayor peso de la lucha lo

llevó Costa Rica cuyos ejércitos batieron y destrozaron a las tropas filibusteras. Esos sucesos ocurrieron a mediados del siglo XIX, y al darse por terminados volvió el pueblo nicaragüense a dividirse en conservadores y liberales, los dos partidos que han señoreado el campo político nacional, separados al parecer por diferencias ideológicas pero unidos en un mismo procedimiento caudillista.

En 1893 tomaron el poder los liberales, después de treinta años de gobierno conservador. El presidente liberal, José Santos Zelaya, estableció una dictadura que iba a durar diecisiete años, hasta fines de 1909. Esa dictadura no pudo ser más inoportuna, pues desde que en 1898 los Estados Unidos adoptaron la política de franca intervención, con fuerzas militares, en la zona del Caribe, toda conducta política tenía que ser planeada tomando en cuenta el peligro de una posible intervención. Un régimen tan duro como el de Zelaya dividía al pueblo nicaragüense mucho más de lo que ya lo estaba; ponía a su frente, de manera irreconciliable, no sólo a los perseguidos conservadores, sino además a la juventud, que en todas partes es generosa y enamorada de la dignidad; y gran parte de esos jóvenes pasaban a engrosar las filas conservadoras o, sin hacerlo, se mantenían en lucha contra la dictadura. Por lo demás, la inclinación a la división era vieja en Nicaragua, donde hasta la existencia de ciudades rivales, como Granada y León, era un síntoma de esa enfermedad social.

El país está situado en el mismo corazón de Centroamérica, con Costa Rica al sur, Honduras y El Salvador al norte, al este el mar Caribe y al oeste el Pacífico. La mayor parte de la población ocupa más o menos un tercio del territorio, el que está situado entre el sistema montañoso que da al Pacífico y ese mar; y aun esa tercera parte se concentra más bien en un triángulo formado entre Granada, al sur, León al norte y la capital, Managua. Al sur, pegado a la frontera de Costa Rica

en su orilla meridional, está el gran lago de Granada o lago de Nicaragua; en la orilla occidental, la ciudad que le da nombre. Ese lago se comunica con el Caribe por el río San Juan. Por allí subían los piratas y atacaban la ciudad de Granada. Por allí se pensó cavar el canal que después se hizo en Panamá.

Durante largos años los nicaragüenses soñaron con que su territorio sería usado en la gran vía transmarina; y de hecho fue puente del Caribe al Pacífico cuando el descubrimiento de oro en California lanzó a millares y millares de aventureros de la costa este norteamericana a las lejanas costas del Oeste.

Los buques llegaban a las bocas del San Juan, transbordaban su carga a barcos de río, y estos remontaban la corriente, penetraban en el lago y dejaban a sus pasajeros casi al borde del Pacífico, donde había dos puertos de salida, Corinto y San Juan del Sur.

Hacia 1909 Washington descubrió que el dictador Zelaya estaba negociando acuerdos con Alemania y con el Japón para la construcción de un canal por esa ruta. El canal de Panamá no estaba inaugurado todavía; pero no tardaría en estarlo. Y Panamá era una lección demasiado dramática para no tomarla en cuenta.

Ese recién nacido país no existía en 1902; era una provincia colombiana, y surgió como nación independiente a voluntad de Teodoro Roosevelt (aunque desde luego Roosevelt estaba actuando como delegado de muy vastos y complicados intereses) cuando Colombia se negó a aceptar las condiciones que imponía Washington para abrir el canal por el istmo panameño. El mismo Roosevelt lo diría en público ocho años después del establecimiento de la República de Panamá: “Afortunadamente la crisis vino en un momento en que yo podía actuar sin impedimentos. En consecuencia, yo cogí el istmo, inicié el canal, y dejé al Congreso que discutiera, no ya sobre el canal, sino sobre mí”.

Con un gobernante norteamericano de tan escaso respeto a los principios internacionales era muy peligroso mantener conversaciones con otras potencias para abrir, junto al de Panamá, un canal en Nicaragua; y lo era mucho más si se tenía en cuenta que el régimen de Zelaya carecía de respaldo popular, tenía frente a sí a los conservadores y a gran parte de los liberales jóvenes, se enfrentaba a una opinión adversa en el resto de América, debido a sus métodos dictatoriales, y llevaba en su propio seno gérmenes de disolución.

Los conservadores habían producido numerosos levantamientos durante la administración de Zelaya; y a los conservadores volvieron sus ojos en Washington cuando se enteraron de las inoportunas negociaciones de Zelaya con alemanes y japoneses. El acuerdo entre conservadores y norteamericanos iba a durar años, y sería funesto para la vida de Nicaragua. Pero como se verá a su tiempo, los liberales no pueden acusarlos porque ellos acabaron desplazando a sus adversarios en el favor de los gobernantes estadounidenses y llegarían a extremos a que no llegaron aquéllos. Y es que bajo las etiquetas de partidos opuestos se guarecían en realidad dos huestes caudillistas, a cuyos líderes les interesaba el poder para ellos más que el destino de su pueblo.

En octubre de 1909 el jefe de la guarnición de Bluefields, en la costa del Caribe, se levantó contra el gobierno de Managua. Era un liberal, pero se alió con los conservadores. Estos garantizaban la ayuda norteamericana al movimiento. La ayuda llegó a tiempo, con un cable del Secretario de Estado de Washington conminando a Zelaya a abandonar el poder o exponerse a ser atacado por la Infantería de Marina norteamericana. Había sucedido que un buque gubernamental que iba cargado de tropas hacia Bluefields para sofocar la rebelión fue dinamitado, con pérdida de todas las vidas, por mercenarios norteamericanos que se hallaban al servicio de los revolucionarios.

Zelaya capturó a esos norteamericanos y un consejo de guerra sumarísimo los condenó a muerte. Su fusilamiento dio pretexto para la intervención estadounidense. Zelaya abandonó el poder en el mes de diciembre. Al cabo de diecisiete años de dictadura dejaba tras sí un caos que estaría dando frutos venenosos cuarenticinco años después.

En 1912 había en Nicaragua un gobierno conservador, que en realidad no se atrevía a tomar medida de alguna importancia sin consultar antes al ministro norteamericano. De hecho, el país estaba intervenido. Y aun en esa situación ni conservadores ni liberales tomaban en cuenta que estaban hipotecando a su pueblo; seguían acechándose, los ojos de cada uno puestos en el poder y no en Nicaragua. El ministro de la Guerra se alzó en armas; el presidente solicitó el desembarco de tropas norteamericanas, que lo hicieron por el puerto de Corinto. La Infantería de Marina yanqui sometió a los rebeldes a cañonazos, y el jefe del alzamiento fue hecho preso y enviado, no a una cárcel nicaragüense, ¡sino a un presidio de la zona norteamericana del Canal de Panamá!

Después de haber debelado ese alzamiento el grueso de los infantes de marina salió de Nicaragua, pero quedó en Managua, la capital del país, una guarnición de algunos centenares de hombres cuya función aparente era proteger la Legación de los Estados Unidos; en realidad, su papel era advertir a los liberales que no se rebelaran. Para Washington, liberales en el poder significaba canal en Nicaragua manejado por potencias extranjeras. El control absoluto por parte de los Estados Unidos de la vía transmarina del hemisferio era asunto que no podía discutirse, gobernar en la Unión republicanos o demócratas; ese control tenía no sólo un fin estratégico desde el punto de vista de una guerra posible, sino además garantizaba el dominio de las comunicaciones, y por tanto el del comercio internacional en tiempos de paz.

Que ese criterio era el dominante lo demuestra este hecho: cuando fue derrocado el gobierno de Santos Zelaya estaba construyendo un ferrocarril llamado a unir las costas del Pacífico y las del Caribe; tan pronto llegaron al poder los conservadores los trabajos se paralizaron y de inmediato se destruyeron los kilómetros de vías ya tendidos. Por ese ferrocarril hubiera pasado de un mar al otro mucha carga enviada de Europa al Asia o del Asia a Europa.

Desde 1912, después de la intervención armada extranjera en su favor, gobernaron los conservadores en paz y se celebraron y se ratificaron los pactos necesarios para garantizar que sólo los Estados Unidos podrían hacer un canal por Nicaragua, si algún día se construía. No hubo dictaduras conservadoras parecidas a la de Zelaya, pero hubo dieciocho años de gobierno con ninguna participación de los liberales. Bajo el amparo —o si se prefiere, por más justo, bajo el tutelaje— de Washington proseguía la división de la gran familia nicaragüense; esa división agravaba, en vez de resolver, los problemas nacionales. Pero los norteamericanos veían los problemas desde el punto de vista de su interés; no paraban mientes en el interés de Nicaragua.

Esa división fue causa de que en 1926, con el apoyo del gobierno mexicano, encabezado entonces por Plutarco Elías Calles, los liberales iniciaran una revolución, que comenzó por Puerto Cabezas, también en la costa del Caribe. De inmediato surgió a la superficie la alianza de conservadores y norteamericanos. La revolución tomó Puerto Cabezas y formó gobierno bajo la presidencia de Juan Bautista Sacasa; sus tropas, al mando militar del general José María Moncada, avanzaron hacia el interior. El 23 de diciembre intervino Washington en los sucesos dando a Sacasa veinticuatro horas de plazo para que abandonara Puerto Cabezas porque el territorio de esa zona había sido declarado neutral por la Infantería

de Marina norteamericana. Esta tomó el lugar y echó al fondo del mar las armas de la revolución. Las fuerzas de Moncada avanzaban, sin embargo, y se combatía ya tierra adentro.

Casi dos meses antes del desembarco de los marinos norteamericanos en Puerto Cabezas, una pequeña fuerza de acaso treinta hombres fue derrotada por una columna de doscientos soldados gobiernistas. El jefe de esa pequeña fuerza derrotada se llamaba Augusto César Sandino, y ni los extranjeros interventores ni los nicaragüenses, conservadores o liberales, sospechaban qué destino iba a ser el suyo y hasta qué punto aquel jefecillo en derrota iba a representar una corriente histórica que con el andar de los años se iría afirmando hasta expresar el verdadero interés de los pueblos de la América Latina.

En forma parecida a lo que sucedió en la República Dominicana, pero con matices que distinguen el caso en ciertos aspectos, la intervención militar norteamericana en la vida política nicaragüense desvió la vida interior de ese pueblo, y dejaron de ser los nacionales los que señalaban el rumbo de sus acontecimientos. La revolución de 1926, por ejemplo, acabó presentando un panorama nuevo, del todo inesperado: los liberales en el poder, apoyándose en las fuerzas interventoras extranjeras.

En el año de 1927 comenzó a sentirse en Nicaragua el peso de un nombre hasta poco antes desconocido, el de aquel jefecillo derrotado por fuerzas gobiernistas a principios de noviembre de 1926. Habiendo ido a Puerto Cabezas a solicitar del presidente revolucionario armas con que volver a combatir contra los conservadores, el joven Sandino fue despachado con las manos vacías. Entre las mujeres públicas de Puerto Cabezas consiguió unos treinta rifles que ellas habían salvado de las aguas del mar, y unos seis mil tiros; remontó con esa carga el río Coco, en el norte de la parte oriental del país, y organizó un pequeño ejército en las montañas de Las Segovias.

Ese joven guerrillero se había dado cuenta de que no había diferencias fundamentales entre conservadores y liberales; había visto a Sacasa plegarse al ultimátum de la Infantería de Marina norteamericana que le ordenaba salir de Puerto Cabezas, y a su jefe militar, el general Moncada, acatar esa imposición, y se dijo que era necesario luchar por una nueva Nicaragua, combatiendo a la vez contra liberales, conservadores y norteamericanos. El mundo vería poco después a ese hombre magro, de poca estatura, de escasa instrucción, altivo y duro, batirse por la libertad de su país contra el poder militar más grande de la historia mundial.

Una situación como ésta no se produjo en la República Dominicana, porque allí los voceros de la dignidad nacional actuaron políticamente, no con las armas, y salieron a recorrer el mundo americano en demanda de justicia para su pueblo, a la cabeza de todos el hombre que había sido designado por el Congreso presidente de la República a la desaparición del gobierno derrocado por la intervención. El venerable patricio doctor Francisco Henríquez y Carvajal hizo, en otro campo, lo que Sandino en el suyo, pero contó con el apoyo de su pueblo, porque ningún político quiso colaborar con las autoridades de ocupación, y Sandino debió combatir contra los ocupantes y contra sus aliados nacionales, los grandes jefes de los partidos tradicionales. Una juventud brillante acompañó al llamado "Presidente Errante" de Santo Domingo en su peregrinar y en su denuncia, mientras que sólo un puñado de campesinos y trabajadores se unió a Sandino en Las Segovias. El heroísmo de Sandino era más grande cuanto más solo se hallaba.

En 1927, también, comenzó a sonar otro nombre en Nicaragua, el de Anastasio Somoza, que en virtud del acuerdo entre liberales y conservadores bajo la tutela norteamericana, pasó a ser jefe político del departamento de León. Se trataba

de un cargo importante, que tocaba a los liberales. Somoza había sido conservador, pero su matrimonio con una dama de distinguida familia liberal le había llevado a esas filas. Era hijo de un conocido conservador de igual nombre, que varias veces fue senador. Al parecer, Somoza heredó de su padre un temperamento ansioso de poder.

El hijo fue enviado a estudiar a Granada, primero, y después a Filadelfia, donde cursó ciencias comerciales. Allí aprendió el inglés, que le sirvió para ser intérprete de las fuerzas de ocupación. Al volver a Nicaragua trató de establecerse y de hacer algunos negocios, con la ayuda del padre, sin tener buen éxito, y entró en la administración pública como funcionario de Rentas, también sin alcanzar buen éxito. Sus nuevos amigos extranjeros, su parentesco político con una familia distinguida y su presencia misma, que era agradable, le abrieron el camino para llegar a jefe político del departamento de León. Poco después, cuando el general Moncada pasó a ser Presidente de la República, le designó su secretario en actividades militares.

Con el gobierno títere de Moncada a su disposición, las fuerzas interventoras dispusieron usar de la experiencia lograda en la República Dominicana y en Haití y procedieron a organizar una Guardia Nacional constabularia, comandada por oficiales estadounidenses. El objetivo era usar esa guardia contra Sandino. Pero dado el aspecto que tomaba la guerra, la Guardia Nacional sólo pudo servir como auxiliar. Más de diez mil infantes de marina norteamericanos y varios miles de soldados constabularios, con artillería y aviación, debieron ser movilizados para combatir al pequeño ejército patriota de Las Segovias.

El eco de la heroica lucha iba extendiéndose por el mundo, y con vistas a la Conferencia Panamericana de La Habana, que había de celebrarse en 1928 con la presencia del presidente

norteamericano, Washington decidió aplastar al rebelde nicaragüense. En tal momento, dos generales yanquis al mando de más de ocho mil hombres dirigían las operaciones contra Sandino. Esto ocurría en enero de 1928. Pues bien, once meses después, en diciembre del mismo año, Sandino recibía una comunicación del almirante D. F. Sellers, comandante del Escuadrón en Servicio Especial, en que este alto personaje de la Marina de Guerra de Norteamérica le decía que se sentía de nuevo “impelido a apelar a su patriotismo para determinar si no fuera posible concluir [*“dar fin”*, nota de JB] la resistencia a las fuerzas bajo mi mando”. El almirante Sellers le decía a Sandino que “proseguir la resistencia armada sería inútil” y que por tanto el héroe “debería considerar la conveniencia de la terminación de sus actividades guerreras, con sus consiguientes beneficios”. Oficialmente, los Estados Unidos reconocían el patriotismo de Sandino y a él apelaban.

Sandino respondió a esa petición: “El patriotismo a que usted apela es el que me ha mantenido repeliendo la fuerza contra la fuerza, desconociendo en lo absoluto toda intromisión del gobierno de su país en los asuntos de nuestra nación, y demostrando que la soberanía de un pueblo no se discute sino que se defiende con las armas en la mano. Sin llenar ese requisito no habrá paz, y aunque usted en su comunicación dice que no serviría para ningún propósito la continuación de mi resistencia armada, le hago la formal declaración de que solamente la continuación de esa resistencia armada traerá los beneficios a que usted alude, exactamente como toda intromisión extranjera en nuestros asuntos trae la pérdida de la paz y provoca la ira del pueblo”.

Seis meses después de haber dictado y firmado ese notable documento en el cual latían las almas de Bolívar y de Juárez, el general Sandino salía de Nicaragua hacia México en busca de ayuda para su causa. Su pequeño ejército se batía con armas

quitadas al enemigo; a menudo después de un combate los sandinistas iban recorriendo los árboles, uno por uno, para extraer de ellos los plomos que allí se habían incrustado en el fragor de los combates, y esos plomos volvían a ser usados en cascarones ya usados. No había medicinas ni ropas ni provisiones para los heroicos seguidores del joven adalid; millares de infantes de marina y de constabularios rodeaban sus posiciones y quemaban, ahorcaban, dispersaban por el terror a las poblaciones de la zona. Pocas veces la historia humana ha visto lucha más desigual.

Antes de cumplirse un año de su salida de Nicaragua, Sandino estaba de nuevo al frente de sus fuerzas, esta vez atacando en operaciones de más alcance, puesto que ya en junio de 1930 sus hombres operaban en tres departamentos del país. Las acciones militares de 1931 y las de 1932 fueron de tal naturaleza que en octubre de este último año tropas sandinistas llegaban a tres horas de Managua, la capital nicaragüense, y al departamento de Chontales, en la parte sur del país. Destacamentos de la Guardia Nacional se pasaban a sus filas.

Mientras tanto, ¿qué ocurría en el resto de Nicaragua, más allá de las fronteras de pavor que separaban al pueblo de su denodado paladín? Pues sucedía que los políticos liberales y conservadores proseguían en su carrera de inconsciencia, sirviéndose de los cargos públicos, atendiendo a las insinuaciones y las órdenes de los ocupantes, brindándoles a estos territorio, hombres y medios para que librarán al país de Sandino, a quien todos ellos calificaban de bandolero mientras América lo aclamaba como un paladín de su dignidad.

El presidente títere José María Moncada designó a Anastasio Somoza subsecretario de Relaciones Exteriores, y desde su nuevo cargo Somoza entabló amistad con el anciano ministro de Norteamérica, cuya esposa, una baronesa alemana, quedó fascinada por la simpatía del joven funcionario. Somoza tenía

un carácter festivo y agradable presencia física. Su naturaleza psicológica no se parece a la de Trujillo, que es víctima de numerosos complejos de los cuales surge esa presencia a menudo torva o de untuosa melosidad, siempre falsa y excesiva. Somoza era más bien natural, sin coqueterías y sin miedo a la verdad ni a ninguna situación inesperada; dúctil y rápido para el chiste, oportuno, aunque desde luego dado a la vulgaridad tan pronto entraba en confianza. Esa manera de ser, y su tipo latino, le ganaron el favor de la señora baronesa.

A esa altura estaban dándose acontecimientos que, vista su posición, Somoza debía medir en toda su importancia. Sandino había dicho que abandonaría las armas cuando hubiera en Nicaragua un gobierno nacional con el cual pudiera pactar los detalles de una paz digna, pero que las mantendría mientras hubiera en el territorio de su país un infante de la Marina norteamericana. La fuerza del sandinismo era cada vez mayor, y no se veía lejos el día en que se impusiera a todo el pueblo. Una victoria total del héroe, con el consiguiente aumento de su popularidad nacional e internacionalmente, no debía equivaler a una derrota de los Estados Unidos; de ahí que Washington, incapaz de doblegar al tozudo luchador de Las Segovias, resolvió dejar ese problema en manos nicaragüenses; en vez de soldados suyos, que luchara la Guardia Nacional; si Sandino acababa triunfando que lo hiciera sobre sus compatriotas, no sobre la Infantería de Marina norteamericana. Así pues, los invasores se aprestaron a dejar el país tan pronto como se celebraran elecciones y resultara elegido un nuevo gobernante nicaragüense. Se convocó a comicios y triunfó la candidatura liberal de Juan Bautista Sacasa. El nuevo presidente, que debía tomar posesión de su cargo el 1º de enero de 1933, era tío de la señora De Bayle de Somoza; esto es, tío político del favorito de la señora ministra de Norteamérica.

La Guardia Nacional era ya un cuerpo militar apto para sustituir a la Infantería de Marina interventora, si Sandino dejaba la lucha. Su jefe era un alto oficial norteamericano. Somoza obtuvo que ese jefe y la Legación recomendaran su designación como segundo jefe. Contó, desde luego, con el respaldo de su tío político, el presidente electo; de manera que el presidente Moncada, llamado a dejar el cargo dos meses después, le designó segundo jefe en noviembre de 1932. Somoza no sabía palabra del arte militar, pero tenía ambición, ausencia de escrúpulos y buen respaldo en la cancillería de Washington logrado a través de la señora ministra y de sus amigos oficiales de la Infantería de Marina con quienes había intimado sirviéndoles de intérprete.

El día de Año Nuevo de 1933 tomó posesión de la presidencia Juan Bautista Sacasa. Un mes y un día después, el 2 de febrero, el general Sandino firmaba los convenios de paz.

Ya no había un soldado interventor en tierras de Nicaragua. Lo que quedaba allí era una Guardia Nacional, con su segundo jefe ascendido a jefe director; un jefe nicaragüense, con menos responsabilidad y menos escrúpulos que un nativo de Norteamérica. El héroe de Las Segovias debía sospecharlo, pero el curso de los acontecimientos le exigía ignorarlo.

Pues en la historia de Nicaragua él era un parto prematuro, y estaba llamado a ser, por tanto, un mártir y no un realizador.

II

Había transcurrido un año. Empeñado en organizar empresas agrícolas y mineras en la zona nordeste de Nicaragua, el general Sandino permanecía alejado de las actividades públicas, rodeado por los veteranos de sus fuerzas y sus familiares, a quienes quería asociar a los negocios que planeaba. A mediados de febrero de 1934 hizo una visita a Managua.

La Guardia Nacional hostilizaba a los sandinistas, exigiendo la entrega de armas que no existían; la intranquilidad agitaba toda la región, y el héroe quería hallar una fórmula para resolver esa situación; a la vez, iba en busca de ayuda para sus empresas.

El día 21 de febrero Sandino visitó al presidente Sacasa con quien debía hablar sobre explotaciones de oro en las tierras del río Wiwilí. Al terminar la conversación era ya hora de sentarse a la mesa, y el presidente invitó a Sandino a que le acompañara. Con Sandino habían ido a la casa presidencial un ministro del Gabinete, en cuyo hogar se hospedaba el héroe, el anciano padre del general y dos altos oficiales suyos. Un hermano de Sandino y dos compañeros más se habían quedado en la casa del ministro y allí esperaban el retorno del grupo que había ido a palacio. Ese grupo jamás volvió, y en su lugar los alojados en la casa del ministro recibieron un asalto criminal a bala, que dejó sin vida al hermano del caudillo de la libertad nicaragüense.

Tres días antes de ese nefasto 21 de febrero, el jefe de la Guardia Nacional, Anastasio Somoza, había visitado a Sandino en la residencia del aludido ministro; le abrazó, le hizo protestas de amistad, le pidió un retrato autografiado y le dejó uno suyo. En la tarde del 21 pasó largo rato, según su propia declaración, en la Legación norteamericana, donde conferenció con el ministro de Estados Unidos, Mr. Arthur Bliss Lane. Al salir de allí convocó una reunión de oficiales de la Guardia en su residencia, que debía celebrarse a las seis para tratar “una cosa muy importante”. He aquí el relato hecho por uno de los presentes en esa reunión, el teniente Abelardo Cuadra, que fue designado por el propio Somoza fiscal de la causa abierta con motivo del crimen.

“En total éramos dieciséis —dice el teniente Cuadra, después de dar los nombres de los presentes— las personas

convocadas. A las siete y media de la noche llegó 'Tacho' Somoza. Nos saludó a todos. Después nos dijo: 'Vengo de la Legación americana donde acabo de sostener una conferencia con el ministro Arturo Bliss Lane, quien me ha asegurado que el gobierno de Washington respalda y recomienda la eliminación de Augusto César Sandino, por considerarlo un perturbador de la paz del país'. Un silencio profundo acogió aquellas palabras. Yo, personalmente, quedé impávido. Sabía que Sandino estaba siendo vigilado en sus viajes a Managua, pero jamás pensé que se pudiera perpetrar un crimen de esa naturaleza. Tacho Somoza redactó un acta. Con ello aspiraba a responsabilizarnos a todos con el acto que se iba a realizar. Nadie hizo objeción alguna antes de firmar el documento. Yo mismo lo firmé. Allí no podía hacer otra cosa. Cuando Somoza acabó de hablar y recoger las firmas, los allí reunidos comenzaron a hablar. Hubo quienes se envalentonaron y comenzaron a esbozar planes para eliminar a Sandino. Así hubo quien habló de ahorcarlo; otros pensaron en ametrallarlo donde lo encontraran. Finalmente se llegó a un acuerdo. Se tomarían quince hombres del Campo Marte, de la 15 y la 17 compañías; a ellos se unirían otros quince que se tomarían de la policía. Se les trasladaría en el camión 'G.N. Núm. 1'. Al frente de ellos irían los mayores Delgadillo y Gutiérrez y los tenientes López Barreda y Federico Dávison, quienes se dirigirían al campo de aviación, el cual sería tomado como cuartel general, pues estaba próximo a la casa del ministro Sofonías Salvatierra, donde pensaban chequear [*'observar'*, nota de JB] a Sandino. El plan se desarrolló perfectamente hasta ese punto de localizar a Sandino en la residencia del ministro Salvatierra, pues resultó que a esa misma hora, éste [*debe referirse a Sandino, y no a Salvatierra*, nota de JB] no se encontraba allí, sino en el palacio presidencial, en unión de los generales Francisco Estrada y Juan Pablo Umazor, conversando con

el presidente Sacasa. Sócrates Sandino [*hermano del héroe*, nota de JB] y Santos López sí se encontraban allí. El mayor Lisandro Delgadillo salió con quince hombres a emboscarse para capturar al general Sandino. Para ello se situó en el vacío que existe, o al menos existía en aquella época, entre la fortaleza del Hormiguero y la Imprenta Nacional. En el medio de la calle atravesaron un automóvil, simulando el sargento J. Emilio Canales, con una ametralladora Thompson en la mano, arreglar un desperfecto del motor. Unos minutos más tarde se divisaron las luces de un auto que bajaba de La Loma [*la residencia del presidente*, nota de JB]. Era en el que venía Sandino, acompañado de su padre don Gregorio Sandino, los generales Umazor y Estrada y 'Sofó', apelativo con que era popularmente conocido el ministro Sofonías Salvatierra. El sargento Canales, al llegar el auto, le dio alto. El chofer frenó, mientras Estrada y Umazor, previendo la celada, desenfundaban sus revólveres. Sandino, que se daba cuenta de lo que sucedía, les pidió que no hicieran uso de ellos, pues el ministro Salvatierra y su padre no eran gentes de pelea. Fue ese el momento que aprovechó el mayor Delgadillo, disfrazado de cabo de la Guardia Nacional, para acercarse al automóvil, advirtiéndoles que estaban detenidos y procediendo a la requisa de las armas. El general Sandino, en las mejores formas, le explicaba su extrañeza. Invocaba su reciente amistad con Tacho Somoza. Pero todo resultaba inútil. Maruca Sacasa, hija del presidente de la República que accidentalmente iba en un auto encontrado al de Sandino, vio desarrollarse todos los acontecimientos. Se acercó para protestar de aquella agresión. Recordó que el general Sandino venía del palacio presidencial, donde había comido con su padre esa misma noche. No le hicieron caso. Viendo que sus alegatos eran inútiles decidió seguir hacia el palacio, donde informó inmediatamente a su padre de lo que estaba sucediendo. El presidente Sacasa llamó

insistentemente al Campo de Marte. Sus llamadas, por órdenes de Somoza, no fueron contestadas. Mientras esto ocurría otro grupo de quince soldados de la Guardia Nacional, al mando del mayor Policarpo Gutiérrez y el teniente Federico D. Blanco, rodeaban la casa del ministro Salvatierra. Tanto el grupo que mandaba al mayor Delgadillo como este otro que había allanado la residencia del ministro Salvatierra, se mantuvieron en constante contacto por medio de enlaces que iban y venían en automóvil de un lugar a otro. A esa misma hora Tacho Somoza escuchaba un recital que ofrecía la poetisa peruana Zoila Rosa Cárdenas en el Campo de Marte, siendo ésta la primera vez que un acto de esa naturaleza se llevaba a cabo en aquel lugar. Sandino hizo un último esfuerzo, convenciendo al mayor Delgadillo que fuese a ver a Tacho Somoza y le recordase su reciente amistad, confirmada con el intercambio de fotos en las que se consignaban dedicatorias expresivas y cordiales. El mayor Delgadillo llegó al Campo de Marte y regresó diciendo que no había podido ver al general Somoza y por ende que era del todo imposible hacerle llegar su mensaje. Los dos grupos de militares conjurados habían llegado a un acuerdo de atacar la casa del ministro Salvatierra. Para ello habían convenido en que la señal serían varios disparos hechos por el lado conocido de Larreynaga. Sandino en tanto se paseaba nervioso e inquieto, esperando la respuesta a sus recados y previendo su inmediato fin. Estrada permanecía silencioso, sentado con los brazos cruzados sobre el pecho. Umanzor, descendiente de indios y africanos, estaba tranquilo, sereno. En el mismo camión 'G.N. Núm. 1', que antes cité, se los llevaron. En El Hormiguero quedaron don Gregorio Sandino y el ministro Salvatierra. No hubo despedidas. Recostados a un lado del camión colocáronse Sandino, Estrada y Umanzor. Iban en cuclillas. El camión tomó la dirección de un lugar conocido por La Calavera, que era parte de un sitio llamado

Larreynaga. Allí había un altozano en el cual les ordenaron a Sandino y sus compañeros que se sentaran y el mayor Delgadillo, que estaba disfrazado de sargento de la Guardia, se fue a alguna distancia, se colocó bajo un árbol y disparó un tiro. Ese tiro era la señal que esperaba el pelotón que cuidaba a Sandino y los dos generales que le acompañaban, de manera que tan pronto se oyó el disparo hecho por Delgadillo, los guardias del pelotón dispararon sus armas, pero no para asustar a Sandino, Umanzor y Estrada, sino para asesinarlos, y los asesinos no fueron devueltos a su cuartel sino llevados a un lugar desconocido”.

El teniente Abelardo Cuadra explicó que:

“Para hacer mejor el papel, Tacho Somoza me designó fiscal de la causa iniciada para averiguar cómo y por quiénes fueron asesinados los hermanos Sandino y sus acompañantes. Me percaté enseguida de que tenía la oportunidad de saber muchas cosas que la historia demandaría algún día. Al menos si no logré impedir que se asesinara a los tres generales patriotas, los he vengado de la artera traición de Somoza, revelando cómo los asesinaron”.

Hasta aquí la prolija exposición del ex-teniente Abelardo Cuadra. Su declaración coincide con la del padre de Sandino y la del ministro Salvatierra en los detalles anteriores a la ejecución, pues ambos fueron presos conjuntamente con el general Sandino y sus compañeros. Coincide también, en líneas generales, con la del presidente de la Cámara de Diputados de Nicaragua, hecha una semana después de los sucesos, vía telefónica, al diario *La Hora* de San José de Costa Rica. Por su posición, el presidente de la Cámara debía estar enterado de los hechos; y él comienza su breve pero dramático relato dando cuenta de la reunión de Somoza con los oficiales subalternos para levantar un acta en que estos, según las palabras de Sandoval, “se comprometían a ser solidarios en el asesinato que se iba a cometer”.

Don Gregorio Sandino, padre del mártir, y el ministro Salvatierra, declararon que mientras ellos se hallaban detenidos oyeron los disparos y que el desdichado padre del héroe comentó: “Ya están matando a Sócrates y a los otros”; y un poco más tarde, al oír otros disparos más lejanos: “Ya están matando a Augusto”. Pasada la media noche, a eso de las doce y media, llegó al cuartel en que ambos estaban detenidos el ministro norteamericano, Mr. Arthur Bliss Lane. El ministro Salvatierra cuenta que “nos llevaba al padre de Sandino y a mí, la libertad y el ofrecimiento de asilo en su Legación. Agradecemos la muestra de cortesía [...], mas preferimos ser conducidos a la casa presidencial. El mismo representante diplomático nos condujo a la residencia que abandonamos horas antes, ajenos, por entero, a la terrible tragedia”.

El anciano padre del inmolado caudillo cuenta que la llegada del ministro norteamericano fue “como a la una y media de la noche”... y que “nos saludó diciéndonos que llegaba a sacarnos”; y cuando salíamos dijo el señor ministro Salvatierra al teniente López que si íbamos libres o íbamos presos todavía; él contestó que estábamos libres; entonces el señor ministro americano míster Arturo Bliss Lane nos montó en su carro y nos llevó a la Legación americana; después que nos brindó asiento nos preguntó cómo había ocurrido y yo se lo referí a él así como lo estoy declarando a ustedes [*en el proceso abierto con motivo del crimen*, nota de JB]; entonces el señor ministro Salvatierra le pidió permiso para hablar por teléfono con la casa presidencial y el señor ministro accedió gentilmente dando el aparato telefónico para que hablara, entonces el señor presidente le dijo [*a Salvatierra*, nota de JB] que nos fuéramos para la casa presidencial. En vista de eso el señor ministro americano nos brindó su carro y acompañados por él y su secretario míster Daniels, vino a dejarnos; aquí quedamos hasta la hora, donde nos han atendido

tanto el señor presidente como su apreciable familia y los amigos que nos han venido a visitar”.

Salvatierra hizo su relato tiempo después, y eso tal vez explica que pase por alto su estancia en la Legación americana, pero el padre del general Sandino declaraba el 24 de febrero, es decir, a tres días del brutal crimen, mientras estaba todavía alojado en la casa del presidente Sacasa; de manera que no hay duda de que la misma noche de los sucesos el ministro Bliss Lane conocía una versión correcta del prendimiento, sino del asesinato.

¿Por qué fue él, y no otro diplomático o un alto funcionario del gobierno, quien visitó en el cuartel donde se hallaban detenidos, poco después de los hechos, a los dos supervivientes? ¿Quién le dio autorización para verlos y para sacarlos de allí en libertad? ¿Quién dio cuenta al ministro norteamericano, tan rápidamente, del tenebroso acontecimiento?

La actuación del ministro Bliss Lane esa noche demuestra que antes de ir al cuartel donde se encontraban don Gregorio Sandino y el ministro Salvatierra, él habló con Somoza. Si lo hizo personalmente o por teléfono, es un detalle sin importancia. Pero sólo Somoza podía dar al teniente López orden de que dejara ir a los detenidos con el representante de Washington. Supongamos, ateniéndonos a todas las conjeturas posibles, que él supo el prendimiento por el presidente de la República. Se sabe que el presidente quedó enterado gracias a que su hija llegaba a La Loma en esos momentos; se sabe que quiso comunicarse con el Campo de Marte y que sus llamadas no fueron contestadas. Imaginemos que en tal hora, desesperado, el doctor Sacasa acudiera al ministro Bliss Lane.

Pero si sucedió así el ministro norteamericano debió acudir inmediatamente a evitar el crimen, puesto que la vida de Sandino debía ser preciosa para el prestigio de los Estados

Unidos; y ocurre que no lo hizo, sino que se presentó más allá de media noche en el cuartel donde se hallaban presos don Gregorio Sandino y el ministro Salvatierra. Por otra parte, ¿quién le dijo que se encontraban allí, siendo que ni el propio presidente Sacasa lo sabía? Sólo una persona: Anastasio Somoza. Un análisis elemental nos conduce, por de pronto, a esta conclusión: el ministro Bliss Lane supo, inmediatamente después de consumados los hechos, por boca de Somoza, que Sandino y sus compañeros habían sido asesinados. Ahora bien, ¿supo que iba a producirse ese escandaloso crimen antes de que ocurriera?; ¿lo supo después, porque él indagó o porque Somoza fue a informarle? Cuando Somoza dijo a los oficiales reunidos en su residencia, a las siete y media de la noche, que llegaba de la Legación americana y que en una conferencia con el ministro éste le había asegurado que “el gobierno de Washington respalda y recomienda la eliminación de Augusto César Sandino”, ¿estaba diciendo la verdad o estaba sólo presionando a sus subalternos con la noticia de que el asesinato era una orden de Washington? Y si dijo la verdad, ¿procedía el ministro Bliss Lane con autorización de la Secretaría de Estado?

Misterio. Misterio que probablemente jamás se aclarará. Pero hay una afirmación que podemos hacer sin miedo de cometer injusticia: con o sin esa entrevista, real o supuesta, de Somoza con el diplomático estadounidense; con o sin las palabras de mister Bliss Lane repetidas por Somoza; con o sin orden procedente de Washington, el asesinato es moralmente una obra de los gobiernos norteamericanos que actuaron en el período que va de 1926 a 1934. Pues si el jefe de la Guardia Nacional nicaragüense se lanzó al crimen, y si con él se solidarizaron varios oficiales, y un alto número de ellos intervino materialmente en fechoría, fue porque durante años esos constabularios oyeron a las autoridades civiles y militares de los Estados Unidos calificar a Sandino de bandolero.

La Guardia Nacional de Nicaragua fue adiestrada para matar a Sandino y a sus hombres; se le adiestró material y psicológicamente. Somoza, como Trujillo, aprendió a despreciar a sus compatriotas, y a despreciarlos más cuanto más dignos eran, en la prédica de la Infantería de Marina norteamericana; con ella aprendió métodos de terror, como los aprendieron Trujillo y sus oficiales, antes desconocidos en Nicaragua tanto como en la República Dominicana. En el caso nicaragüense como en el dominicano los invasores llegaron, destruyeron las instituciones nacionales, desviaron la corriente histórica de su curso normal y en cambio dejaron cuerpos militares organizados para el crimen. Lavándose las manos, como Pilatos, quisieron eludir toda responsabilidad, en el mejor de los casos, y dejaron a esos pueblos inermes ante fuerzas armadas por ellos y por ellos enseñadas a despreciar y a despotizar.

Recuerde el lector las palabras del exteniente Abelardo Cuadra; aquellas de “Tacho Somoza redactó una acta. Con ello aspiraba a responsabilizarnos a todos con el acto que se iba a realizar. Nadie hizo objeción alguna antes de firmar el documento...”.

Y bien, ¿por qué habían de hacer objeción? La Guardia Nacional venía hacía años asesinando sandinistas, combatiendo contra Sandino, y estaba enseñada a perseguir al héroe y a sus partidarios. Eso lo sabía Somoza, de manera que él no pensaba estarles proponiendo a sus subalternos nada extraordinario cuando les pidió que firmaran el acta. Para Somoza —y él debía entender que también para todos ellos— esa reunión era simple y llanamente un consejo de oficiales convocado con el fin de acordar una operación militar contra un enemigo conocido.

La Guardia Nacional era, de hecho, la autoridad decisiva en el país, como la Policía Nacional, su hermana mayor, lo fue

en la República Dominicana. La diferencia entre lo que ocurría en Nicaragua y lo que sucedió en Santo Domingo se debía a la personalidad de cada uno de los jefes. Somoza invitó a sus subalternos a discutir el asunto, levantando acta; además, ordenó que no se asesinara a don Gregorio Sandino ni al ministro Salvatierra. Trujillo jamás habría llamado a ese grupo de subalternos, sino a uno solo, para darle órdenes; y nunca hubiera permitido que quedaran sobrevivientes. Cuando mandó que se asesinara al poeta y líder horacista Virgilio Martínez Reyna se le dio muerte, a puñaladas, a su bella esposa, que estaba encinta. En cuanto a la presencia de Somoza en un recital al tiempo que se producía el macabro suceso, Trujillo ha actuado así en muchas ocasiones: estaba en una fiesta cuando ordenó la muerte de millares de haitianos, y en ella siguió mientras su Ejército le daba cumplimiento.

Algunos apasionados han querido culpar al presidente Sacasa por el asesinato de Sandino. Su culpa está en haber traicionado a su pueblo permitiendo que su sobrino político usurpara su autoridad, pero no concretamente, o por lo menos directamente, en haber tomado parte en los hechos de esa sombría noche. Después del asesinato, nada hay tan patético como el desamparo de ese desdichado anciano, llamando desesperadamente por teléfono al Campo Marte para evitar que la sangre derramada le deshonrara. El sabía que era un prisionero de Somoza. Para su mal, ni siquiera tuvo el coraje de abandonar esa noche la casa presidencial.

Tras el asesinato del paladín la Guardia Nacional comenzó, acto seguido, a completar su obra; y en todo el territorio donde se movió Sandino durante su gloriosa campaña de cinco años, se fusiló, sin previo juicio, a cuanta familia se halló. Hombres, mujeres, ancianos y niños eran muertos, sus chozas quemadas, sus bestias de labor y de alimentación, robadas. Somoza no quería dejar un sandinista vivo. Se salvaron los

muy contados que huyeron a tiempo, internándose en las montañas como fieras perseguidas para refugiarse en Honduras y en El Salvador. Asesinado el caudillo, Somoza quería limpiar del todo su camino hacia el poder.

Seis meses después de la sangrienta noche del 21 de febrero, el 19 de junio de 1934, se rindió homenaje a Anastasio Somoza en la ciudad de Granada. En el espléndido banquete con que se le agasajó habló del crimen. "Fui llamado por el gobierno para liquidar la situación. Lo hice y no rehuyo las responsabilidades".

No dijo qué gobierno lo había llamado, pero sin duda que no fue el de Sacasa. De todas maneras, en aquel banquete donde habían dos expresidentes, uno conservador y otro liberal, atronaron los aplausos cuando Somoza habló. Era que el héroe asesinado había sido odiado a partes iguales por conservadores, por liberales y por la Guardia Nacional.

Todos ellos eran enemigos del pueblo, y él había tomado las armas para defender a Nicaragua de sus enemigos.

III

Anastasio Somoza no es un desesperado a la manera de Trujillo. Convertido en el amo virtual del poder en Nicaragua, libre ya de la amenaza que para sus planes significaban Sandino y el sandinismo, dejó a su tío político haciendo el triste papel de presidente sin autoridad durante más de dos años del crimen. Acaso creyó prudente esperar que la ola de la indignación producida en América cediese, aunque es muy probable que su propósito fuera llegar a la presidencia por caminos de apariencia legal. Porque en realidad Somoza es uno de esos dictadores que no toman en cuenta la opinión pública internacional, excepto cuando procede de los Estados Unidos.

Es el caso que el doctor Sacasa no fue echado del poder sino en junio de 1936; en noviembre de ese año hubo elecciones

con la candidatura única de Somoza. Desde luego, resultó “electo por abrumadora mayoría”, según es tradición en los países tiranizados del Caribe; y tomó posesión de la presidencia el 1° de enero de 1937. En plena guerra mundial procedió a reelegirse con resultados de nueva “abrumadora mayoría”, mientras los líderes opositores se hallaban en el destierro y en las cárceles. En 1944 tuvo que hacer frente a los disturbios que se produjeron en toda Centroamérica como resultado de las limitaciones impuestas por la situación bélica mundial.

Pues sucedió que mientras escaseaban los productos de consumo en todas partes, y se vendían a precio fijo —pero remunerador y seguro— los que producían nuestros países —tanto agrícolas como minerales, en materia prima o manufacturados—, los productores tenían entradas firmes y con ellas encarecían los artículos de consumo mediante una demanda tenaz. Eso se reflejaba en una carestía creciente, que las leyes de restricción de precios no podía evitar, sobre todo en países como los del Caribe, plagados de tiranías que monopolizaban el comercio o que estimulaban la inmoralidad para favorecer a sus partidarios. De por sí, además, gran parte de los artículos de consumo procedían de Estados Unidos y su exportación estaba restringida. Fueron los días en que el pueblo cubano, con su acostumbrado espíritu festivo, se puso a cantar aquello de:

“Se acabó el jabón,
no hay nada que hacer...”.

Por reflejo encarecieron renglones de producción nacional, como carne y leche cruda, precisamente en los que casi todos los tiranos del Caribe estaban personalmente interesados. A la vez que esto sucedía la guerra propiciaba la promulgación de leyes que prohibían las huelgas, la petición de salarios más altos o cualquiera actividad que pudiera mejorar la situación de los pueblos. El resultado fue un número impresionante de

movimientos populares en cadena, que se produjeron en el Continente entre 1944 y 1945, favorecidos por la obligada propaganda a favor de la democracia.

Los movimientos alcanzaron a todos los países de América Central, a Cuba, Haití, la República Dominicana, Venezuela, Colombia y Panamá, y originaron la caída de tiranos tan feroces como Maximiliano Hernández Martínez en El Salvador y Jorge Ubico en Guatemala, la salida del poder de Fulgencio Batista en Cuba, de Arnulfo Arias en Panamá; el derrocamiento, por acciones conjuntas de militares y civiles, de los presidentes de Venezuela y Haití, la división del liberalismo en Colombia con la aparición del gaitanismo y la consiguiente subida al poder de los conservadores en ese país. El poder de Somoza fue conmovido por una serie de huelgas y manifestaciones en que participó toda la ciudadanía, liberales y conservadores unidos. Una impresionante manifestación de mujeres enlutadas recorrió las calles de Managua; y de nada valía que la Guardia Nacional quisiera disolver esos actos, porque la presión popular estallaba por donde menos se esperaba.

El país no volvió a su normalidad. Cuando la situación fue dominada por la fuerza, Somoza pasó balance y halló que millares de nicaragüenses habían dado en las cárceles o se hallaban en el destierro; y entre ellos los había desde millonarios hasta campesinos pobres. Muchos de los líderes liberales estaban en franca rebeldía política desde los días de la reelección somocista. No se trataba, pues, de luchar sólo contra los conservadores, sino contra todo el pueblo. Flexible como es, muy astuto para apreciar la realidad y eludir sus consecuencias si no le favorecen, el dictador retiró su candidatura para un nuevo período y buscó un títere del partido liberal a fin de que figurara en la presidencia mientras él volvía a los cuarteles.

El escogido fue Leonardo Arguello, electo en febrero de 1947, también “por abrumadora mayoría”. Somoza repetía en sus predios lo que diez años antes había hecho Trujillo en los suyos. Pero Somoza no tenía en Nicaragua un control de la situación tan completo como el de Trujillo en Santo Domingo. El presidente Arguello tomó posesión el 1º mayo de 1947 y veinticinco días después, justo el 25 de mayo —e insistimos en la fecha porque parece increíble que no durara en el poder un mes— el amo de Nicaragua dio un golpe de Estado y derrocó a su representante civil. Parte de la oficialidad de la Guardia y gran parte de los líderes liberales habían rodeado a Arguello para fortalecerlo en una lucha contra Somoza, que se veía llegar; el matador de Sandino cortó la amenaza de un tajo.

El jefe-director de la Guardia Nacional no se atrevió a autodesignarse presidente, de manera que dejó ese cargo en manos de un dependiente suyo; hasta que en 1950 se cansó de esa situación y ordenó a su Congreso que lo eligiera “designado”, esto es, sucesor legal del cargo, e hizo renunciar al que se hallaba de turno.

Para asegurarse la tranquilidad Somoza negoció un acuerdo con la jefatura del partido conservador en el que se especificó que en el Congreso habría representación conservadora, que Somoza no se reelegiría al terminar su nuevo período y que no se restringirían ni la libertad de prensa ni la de movimiento de los nicaragüenses que quisieran salir del país o volver a él. Cinco años después, a principios de 1955, iniciada una campaña de propaganda reeleccionista, el jefe del partido conservador, senador Emiliano Chamorro, anciano de más de ochenta años, era enviado a la costa del Caribe en relegación por ocho años dentro de los pequeños límites de Bluefields.

Nicaragua no gravita hacia el norte de la América Central. Su amplia frontera con Honduras está prácticamente des poblada, sobre todo hacia el Caribe, y por otra parte la mayor

población de Honduras queda hacia la frontera norte de este país, más bien en la región del nordeste, donde se hallan las grandes plantaciones de bananos de la United Fruit y las salidas marítimas del país. En cuanto a El Salvador, su economía y sus fuerzas militares son demasiado fuertes comparadas con las de Nicaragua, de manera que Nicaragua no puede pesar sobre El Salvador.

En cambio entre Nicaragua y Costa Rica ha habido siempre una estrecha vinculación comercial, política y cultural. El río San Juan, que hace frontera entre los dos países hacia el Caribe, es la salida obligada de productos nicaragüenses y costarricenses; las llanuras de Chontales en Nicaragua son ricas en ganado que se consume —más bien, se consumía— en Costa Rica, para llegar a ciertas zonas de Costa Rica hay que internarse en territorio nicaragüense, y en la llamada Frontera Norte, hacia el Pacífico, el tráfico comercial entre nicaragüenses y costarricenses es constante. Debido a su proverbial democracia y a la facilidad de llegar hasta ella desde su vecina del norte, Costa Rica es el refugio de los desterrados de Nicaragua; además, en la zona bananera costarricense hallan trabajo millares de compatriotas de Sandino. Por último, sobre todo después que a resultas de los movimientos populares de 1944 Somoza cerró las universidades, buen número de jóvenes estudian en San José.

Hacia 1940 Costa Rica conoció, por vez primera, lo que era tener gobernantes inmorales, gentes que se aprestaron a negociar con Somoza cobrándole una participación ilegal por cabeza de ganado que dejaran entrar en tierras costarricenses. Somoza se había adueñado, en la práctica, de todo el comercio de carnes en su país; y lo hizo en la forma pública y hasta chistosa habitual en él. Por ejemplo, está el caso de un plantador de cocos, extranjero por cierto, en cuyos vastos campos crecía abundante yerba, a quien Somoza visitó cierta vez.

“Hombré”, le dijo, con la típica acentuación aguda de los nicaragüenses, “tú tienes aquí bastante pasto entre esos cocos. Te voy a mandar unas cuantas reses para que me las engordes”. Y le envió cerca de mil cabezas, que pastaron allí durante varios meses, con todos los gastos de cuidado por parte del cosechero de cocos, porque Somoza no se ocupó ni siquiera de mandar alimento para los vaqueros.

Incidentalmente recordamos el caso de un ciudadano cubano dueño de un buque, que por averías fue a dar a Puerto Cabezas. Somoza se enteró de la llegada del barco y ordenó retenerlo allí, porque justamente de ese tamaño necesitaba él uno para llevar ganado a Panamá. El dueño del barco le visitó en su ingenio de Montelimar, y fue cordialmente recibido por el dictador, a quien jamás abandona su simpatía personal; y se acordó que el cubano daría poder a un abogado nicaragüense para negociar el barco, que Somoza compraría. El propio Somoza señaló al abogado, un joven diputado adicto suyo, que viajó a La Habana. Se dieron los poderes y Somoza compró legalmente, pero jamás pagó. El sistema es muy parecido al que usa Trujillo, con la diferencia de que Somoza engaña con sonrisas y Trujillo aturde con el terror.

Desde luego, con esos métodos Somoza acabó, como Trujillo, siendo dueño de las mejores empresas de cambios, líneas marítimas, ventas de carne, leche y sus derivados, fincas. En los días de la guerra se exportaba carne por avión a Cuba, y a él en persona había que pagarle cada envío; sólo aceptaba dólares. No tenía intermediarios, y cuando alguien pretendía competir le dejaba hacer hasta el último trámite, a fin de arruinarle; a la salida del avión jamás aparecía la persona encargada de autorizar el vuelo, y en el calor de Managua la carne se pudría en veinticuatro horas. O sucedía que alguien necesitaba cien mulas, iba a comprarlas a Nicaragua y no podía exportarlas sino después

que un hijo de Somoza recibía una regalía de veinte o de treinta dólares por cabeza.

En fin, así iba el dictador tirando, acumulando sus millonajes, sacándoselos no sólo a sus compatriotas sino además a los costarricenses, por vía indirecta, y a los cubanos y a quien hiciera negocios con él. Hasta que en 1948 perdió la base comercial de Costa Rica.

Pues sucedió que el pequeño grupo de gobernantes costarricenses que inició, a ejemplo y por ofertas de Somoza, la corrupción económica en un país donde era desconocida, creyó que podría extender esa corrupción al campo político. Comenzó a hacerlo, olvidando que el medio nacional, la tradición, la cultura, no eran del mismo nivel que en Nicaragua. En 1944 ese grupo adulteró el resultado de las elecciones presidenciales, con fraudes en los colegios y actos de violencia nunca antes vistos en el país; en 1948, a pesar de haber repetido los métodos empleados en 1944, perdió las elecciones y declaró que las había ganado porque la oposición había cometido fraudes, caso peregrino y único, comparable con el de la escopeta alegando que la paloma le había disparado.

Pero los fundamentos de la democracia costarricense eran sanos; y de ellos surgió un caudillo de la dignidad nacional y un haz de notables jóvenes que le secundaron. Ese caudillo fue José Figueres. Alzado en armas y seguido por una juventud brillante y de coraje, Figueres mostró una inesperada capacidad militar que nadie hubiera sospechado en un costarricense, gente de paz. La organización de sus tropas, la audacia de sus planes y la corrección de su ejecución asustaron a Somoza, quien, cuando vio en peligro a sus asociados de San José, envió hombres y armas a defenderlos. Pero fueron batidos inexorablemente. Entonces Somoza envió su Guardia Nacional sobre el país vecino, con el beneplácito del gobierno de Costa Rica.

Pero sucedió que en tal momento —abril de 1948— estaba celebrándose la Conferencia Panamericana de Bogotá, y en su seno denunció la agresión somocista Rómulo Betancourt, que presidía la delegación de Venezuela cargado de prestigio internacional gracias a su reciente actuación como presidente de su país. El escándalo obligó a Somoza a retirarse, y de no haberlo hecho, de todas maneras, se exponía a que las fuerzas de Figueres acabaran acampando en Managua, con el regocijo de los nicaragüenses que veían en el joven líder costarricense todo lo opuesto de lo que era su dictador. Los asociados de Somoza perdieron en Costa Rica poco después, en el propio mes de abril de 1948. El exportador de corrupción no tuvo mercado consumidor en el pequeño país vecino.

Somoza no tiene la tenacidad ciega de Trujillo. Sabe retirarse a tiempo cuando se ve envuelto en situaciones políticas difíciles. No demanda la sumisión de todo el mundo, no le sacan de quicio los opositores. Como aconsejaba un dictador dominicano del siglo pasado, “se ocupaba, pero no se preocupaba”. Eso sí, jamás perdona que se le arrebatase un negocio. La pérdida de entradas económicas sufrida en Costa Rica a causa de la triunfal rebelión encabezada por José Figueres no sería perdonada por el dictador de Nicaragua. En diciembre de 1948 volvió a la carga, esta vez para restaurar en el poder en Costa Rica a los que habían sido derrocados en abril de ese año. En esa agresión somocista hubo crímenes espeluznantes, como el de un número de distinguidos médicos costarricenses agregados a la Cruz Roja, asesinados con brutal saña por los agentes de Somoza en territorio de Costa Rica. Una vez más, sin embargo, su agresión fue repelida.

Figueres entregó el poder, a fines de 1949, al jefe político que había sido elegido en los comicios burlados por el gobierno derrocado. Ese jefe político era un conocido periodista. Sin el alzamiento de Figueres y de su grupo jamás

habría él alcanzado la presidencia; sin la obra económica del régimen provisional de Figueres su gobierno nunca hubiese tenido estabilidad. Pero desde antes de ocupar el cargo comenzó a ser trabajado por el consejo somocista, dirigido a hacer de él un adversario de Figueres. Es de pensar que ni el mismo Somoza previó el buen éxito que iba a tener.

La estrategia de Somoza descansó en este principio: “Siendo Costa Rica un país sin tradición militar —y precisamente Figueres había disuelto el ejército—, y por tanto militarmente débil, cuyo pueblo no quiere la guerra, si Nicaragua amenaza con acción armada, achacando al figuerismo la culpa de esa acción, los costarricenses preferirán abandonar a Figueres; como contraparte, Nicaragua tiene que demostrar que habrá paz si en Costa Rica gobierna una persona que no sea Figueres”.

Por odio político el periodista presidente se prestó a ese juego, olvidando que cuando a él le arrebataron el triunfo electoral y fueron en su busca para asesinarlo —y asesinaron a un amigo y compañero—, los que así actuaron lo hicieron con la ayuda de Somoza. Somoza supo cultivar el resentimiento del nuevo gobernante con tanta habilidad que los periódicos de América imprimieron fotografías de los mandatarios de Costa Rica y Nicaragua abrazados en Managua. De manera que allí donde no le dio resultado la compra de la voluntad de un gobernante con dinero —porque ese periodista era honesto en esa materia— le rindió frutos cultivar el resentimiento de una vanidad política herida por la creciente popularidad de Figueres.

El día que el presidente periodista entregaba la presidencia a José Figueres, electo por una aplastante mayoría en 1953, comenzó su discurso de despedida afirmando que su mejor obra había sido la de haber mantenido la paz y las buenas relaciones con todos los países. El pueblo entendió su alusión a Somoza. Ya era, de hecho, una de las puntas de lanza que Somoza iba a utilizar en su próximo ataque a

Costa Rica, el que tuvo efecto en enero de 1955, esa vez con aviones y tanques.

Hay una página triste en las relaciones del periodista ex presidente de Costa Rica con el dictador de Nicaragua. En abril de 1954 Somoza descubrió una importante conspiración para derrocarlo, en verdad, la más seria de cuantas se han organizado con ese fin. Los conspiradores tenían abundante equipo de armas modernas, alianza con varios jefes de guarniciones y puestos de la Guardia Nacional, hombres reconcentrados en las afueras de Managua y acuerdos con numerosos políticos conocidos. Entre los reconcentrados había muchos que habían ido subrepticamente de Costa Rica, cruzando gran parte del territorio costarricense, el Lago de Nicaragua y el trecho entre éste y Managua. La habilidad con que fue organizado ese movimiento habla muy alto de la capacidad de su jefe militar, Pablo Leal, asesinado en esa ocasión, y de los que con él murieron; pues en un país de libertades públicas como Costa Rica, donde por lo mismo es difícil actuar con secretos, nadie supo nada, ni siquiera el ex-presidente periodista, que por haber sido gobernante, por ser jefe de un partido y por su función de periodista —dueño de dos diarios y una planta de radio— tenía siempre las mejores fuentes de información; como en el campo opuesto, Nicaragua, erizado de espionaje, nadie tampoco supo palabra hasta que uno de los conspiradores delató el movimiento en el último minuto.

Somoza asesinó sin piedad a la mayor parte de los conjurados; pero uno de ellos, casado en Costa Rica, con mujer e hijos costarricenses, fue hecho preso a fin de sacarle declaraciones que comprometieran al gobierno de Figueres como organizador del complot. El preso se negó a hablar. Nadie sabía, ni en Nicaragua ni fuera de Nicaragua, que todavía vivía. Casi un mes después apareció en uno de los diarios del

ex-presidente y periodista costarricense una noticia a todo cintillo: “Jorge Ribas Montes muerto en combate con la Guardia Nacional”, y en el texto se aseguraba que la información procedía de fuentes oficiales de Nicaragua.

Ese diario fue enviado por aire a Managua el mismo día y presentado a Ribas Montes, que había sufrido ya toda suerte de torturas sin animarse a declarar lo que se le dictaba. Al mostrarle el periódico se le dijo que su familia lo daba por muerto, y sólo si él accedía a afirmar lo que deseaba Somoza su familia sabría que él vivía. Ese tipo de tortura —el de imaginarse a la joven esposa desolada, llorando con el malhadado diario en el regazo— era demasiado fuerte. Accedió. Firmó cuanto se le exigió.

El diario del ex-presidente periodista había jugado su importante papel en los planes de Somoza para justificar una agresión a Costa Rica, como lo jugó el propio ex-gobernante con una obra de agitación que duró largos meses. La agresión tardó, pero llegó, como se ha dicho ya, en enero de 1955. Fueron muchos los costarricenses caídos. Empecinado en su campaña contra Figueres, tan cegado en su resentimiento que no se daba cuenta de que estaba siendo instrumento de Somoza, el ex-presidente periodista pidió en un artículo que se les preguntara a las viudas y a los huérfanos de los costarricenses caídos en esos días qué convenía más a Costa Rica, si el abrazo que él le había dado a Somoza en Managua cuando era gobernante o las “aventuras internacionales de Figueres”. Las viudas le dieron una lección de dignidad; le contestaron públicamente que preferían a sus maridos muertos antes que sufrir la afrenta de ver a un mandatario costarricense abrazando al asesino de Sandino.

En su intento de corromper al pueblo vecino fracasó, pues, Anastasio Somoza. Pero no había fracasado en otra actividad extrafronteriza, la que provocó la caída del gobierno de Jacobo

Arbenz en Guatemala, a mediados de 1954. Desde 1952 Somoza empezó a adiestrar hombres en sus propias fincas para lanzarlos contra Guatemala. Esa actividad fue iniciada con el respaldo de Rafael Leonidas Trujillo; y a fines de 1953 llegó a haber en Nicaragua una fuerza expedicionaria bien organizada. No es ningún secreto que en esa tarea Somoza se sintió respaldado por la Secretaría de Estado norteamericana, cuyo titular, el señor Foster Dulles, había abogado claramente en diversas ocasiones por una acción que derrocar a Arbenz.

La posición de Anastasio Somoza en los círculos oficiales de los Estados Unidos se hizo muy difícil después de 1944, especialmente a raíz de haber pasado a ocupar la presidencia Harry S. Truman tras la muerte de Franklyn Delano Roosevelt. La sangre de Sandino era una mancha demasiado fuerte en la Política del Buen Vecino. Por otra parte, la guerra había logrado ampliar en grado importante los conocimientos del pueblo norteamericano sobre dictaduras y democracias fuera de sus fronteras, la propaganda contra la dictadura hitlerista alcanzaba también, por extensión, a las de la América Latina.

Nicaragua no es país donde haya grandes inversiones estadounidenses, lo cual quiere decir que el régimen de Somoza no tiene, como el de Pérez Jiménez o como el de Batista, centros de empresarios petroleros, azucareros interesados en defenderlo dentro de los grupos gobernantes de Washington, y en cuanto a la política basada en la posibilidad de que alguna otra potencia intentara abrir un canal por tierras nicaragüenses para competir con el de Panamá, había caducado por sí misma. Tacho Somoza llegó a tener tan mala atmósfera en Washington que el gobierno títere que él organizó a raíz de haber derrocado a Leonardo Arguello tardó un año en ser reconocido por la Secretaría de Estado.

Pero cuando hizo falta en la América Central —y dadas las circunstancias geográficas, tenía que ser ahí y no en otra

parte— un cómplice para ayudar en el derrocamiento de Arbenz, Somoza volvió a cobrar importancia como aliado de Washington. La conspiración de abril de 1954, descubierta milagrosamente horas antes de hacerse efectiva, coincidió con los toques finales de la agresión a Guatemala; de haber tenido buen éxito, la acción armada contra Arbenz habría tenido que buscar otras bases.

Somoza explotó esos aspectos de su ayuda a los atacantes del régimen de Arbenz para obtener, implícitamente, manos libres en su ataque a Costa Rica, pues la presencia de José Figueres en el gobierno de Costa Rica había sido su pesadilla desde antes de las elecciones de 1953 en que el caudillo de la dignidad costarricense alcanzó la presidencia constitucional de su país. Para ayudar a los adversarios de Figueres, Somoza organizó una colecta en la que debían participar los cuatro componentes del póker de espanto en el Caribe (en los círculos diplomáticos de Managua se dijo que el recaudador se había quedado con una parte del dinero, sobre no haber dado la que él había ofrecido). Después de las elecciones, su plan fue atacar, valiéndose de algunos antifigueristas que pudieran ofrecerle a su intervención carácter de movimiento político doméstico dentro de las fronteras costarricenses.

De todas maneras, y a pesar de su complicidad en los sucesos de Guatemala que llevaron al poder a Castillo Armas, no conviene engañarse y pensar que el sustento del régimen somocista es de origen exterior. Los norteamericanos lo eligieron a fines de 1932 como su sargento de confianza para eliminar en Nicaragua la oposición antiamericana personificada en Sandino. Pero con el andar del tiempo, imponiéndose, aterrorizando, enriqueciéndose, corrompiendo, el dictador acabó hallando en la propia Nicaragua bases para estabilizar su dominio. Así, cuando a principios de 1947 llegó la ruptura franca de Washington con él, ya se hallaba firme en su mando. Menos

voraz que Trujillo, más dúctil, con condiciones políticas que no tiene su colega dominicano, supo acomodarse a las condiciones económicas de su país, más débil en ese sentido que Santo Domingo, y a la situación política, más difícil por cuanto en Nicaragua perduró la división entre liberales y conservadores, y perduró, aunque no en el grado de antes, la fuerza de estos últimos.

Una época de precios excepcionalmente buenos para los productos básicos del país —café, algodón, carnes y maderas— se presentó entre 1948 y 1954, y Somoza tuvo suficiente buen criterio para no impedir que muchos de sus adversarios se dedicaran a la producción de algunos de esos artículos, lo cual permitió que se consolidara y ampliara una pequeña burguesía comercial y campesina muy útil para los fines de prolongar su régimen. Pues en su etapa de consolidación, una pequeña burguesía que se beneficia de un régimen político prefiere seguir con ése, por malo que sea, a jugarse su creciente bienestar en una aventura revolucionaria.

En cuanto a la clase obrera de Nicaragua, su situación es muy parecida a la de Santo Domingo; esto es, debe trabajar en las contadas industrias o empresas que son principalmente del dictador y de sus familiares y allegados, o en algunas —muy escasas, como las minas de oro del centro del país— extranjeras. Debido a que el dictador es productor, no puede tolerar peticiones de mejores salarios o de derecho de huelga. Los trabajadores nicaragüenses y los dominicanos son, por razones similares, los peor tratados en la zona del Caribe, si bien los de Nicaragua tienen la posibilidad de emigrar a los restantes países de la América Central, mientras que los dominicanos tienen que competir con obreros de bajo jornal importados de Haití y de las Antillas inglesas.

En 1952 Anastasio Somoza visitó en la República Dominicana a su amigo y colega Rafael Leonidas Trujillo. Salió de

allí asustado. El hecho de que nadie pudiera hablarle a Trujillo sin ser previamente autorizado por éste —y los miembros de la comitiva de Somoza se vieron en ese caso—, el de que en las habitaciones que se le destinaron hallara audífonos secretos para recoger sus palabras, y varios detalles oprobiosos, le hicieron pensar que su compañero de aventura dictatorial estaba mentalmente enfermo. Como es un extrovertido, lo dijo así a quien quiso oírle cuando retornó a Managua.

Pero sin duda debió darse cuenta de que si las diferencias de matices en sus dos personalidades distinguían sus respectivos regímenes, en sus fundamentos ambos eran iguales; ambos habían tenido igual origen, ambos descansaban en el dominio de una fuerza militar, partido armado en el poder; ambos usaban ese poder para aumentar sus riquezas y para ampliar su esfera de acción. Ambos, en fin, eran parte del póker de espanto del Caribe.

La lógica de la historia indica que ambos desaparecerán en una misma época y en forma parecida.

MARCOS PÉREZ JIMÉNEZ, LA CARTA DE VENEZUELA

Hemos llegado —¡por fin!— a un ejemplo de tiranía del Caribe en cuyos orígenes primeros —si se nos permite la redundancia— no tuvo intervención el imperialismo. Esos “orígenes primeros” están en el predominio de las fuerzas andinas, esto es, procedentes de los Andes; y aunque pocos años después de hallarse establecidas en el poder se aliaron a cuantos imperialismos florecían en el Caribe, es del caso admitir que su predominio en Venezuela surgió de males nacionales y se desarrolló, sobre todo, gracias a debilidades nacionales.

Venezuela tiene su costa norte en el mar Caribe, y fueron indios de Venezuela los que le dieron nombre a ese mediterráneo americano; al este se halla el Atlántico, al sur el Brasil y parte de Colombia. Queda el lado oeste, en el cual está la frontera con Colombia. La frontera corre de sur a norte. Hacia el sur está el Alto Llano o los llanos de Apure; hacia el norte la frontera está formada por la cordillera de los Andes, que va a terminar en las orillas del Caribe con las cumbres nevadas de Santa Marta. En la parte media de esa mole montañosa están las provincias o estados que se conocen como “estados andinos”. Hay uno de ellos, el más occidental —el de Táchira— que ha sido desde fines del siglo pasado el nidal en que han empollado las tiranías que han azotado el país. Pero el pueblo venezolano llama a los tachirenses con el nombre genérico de “andinos”.

América conoce muy poco a Venezuela. La quiere, sin duda por Bolívar, por Sucre y por ese ejército libertador que recorrió las llanuras y las montañas del Continente sembrando repúblicas; la admira por su heroísmo y por sus figuras eminentes en las letras americanas, como Andrés Bello, Rómulo Gallegos, Andrés Eloy Blanco. Sabe que su riqueza es inconmensurable, en petróleo, en hierro, en brillantes. Pero ignora que Venezuela es de los países etnográficamente más ricos de América, una suma de pueblos que incluye a los guajiros de la península de su nombre en la costa del Caribe, a los mestizos de Margarita, a los negros de Oriente, a los llaneros, a los indios de las selvas del Orinoco, a los buscadores de minas de las Guayanas, cada uno con sus bailes propios, sus cantares, sus leyendas.

Entre esos pueblos está el tachirense. Habita en sus ciudades y aldeas de las montañas, adusto, trabajador, frugal, sin recibir en sus tierras influencias del resto del país, dominado por el cura y esclavo de las tradiciones, produciendo lo que puede, algún café, alguna lana, algún trigo, alguna carne. Debe ser fruto de mezcla entre el español y el indio de las alturas. Sus rasgos son españoles pero su pelo es lacio y negro como el del indio; su porte, fuerte; su cabeza dolicefálica recuerda la del sirio libanés, con quien tiene mucho parecido; los ojos negros, los dientes fuertes, la piel tirando a quemada y rojiza. Estos rasgos son comunes a los pobladores de todos los estados andinos. El andino habla pronunciando fuertemente cada sílaba y alargando las “eses”, con un acento moroso, más parecido al del bogotano que al del habitante de Venezuela.

Venezuela se desangró en su lucha por la independencia, primero, y en la lucha por la libertad de América después. Los andinos apenas participaron en esa epopeya. Pero Venezuela acabó de desangrarse en su terrible guerra federal, la gran guerra social del país, en que las razas y las clases se

nivelaron por la violencia. Los andinos no tomaron parte en la guerra federal. Trepados en las faldas de la gran cordillera, se quedaron allá, cultivando sus pequeños valles y sus tradiciones, multiplicándose, fortaleciéndose mientras el resto del país se debilitaba.

A la guerra federal siguieron innumerables movimientos armados, la proliferación de los caudillos, la “pelea de perros”, como diría un venezolano, entre godos y liberales; en una palabra, el empobrecimiento del país mientras los andinos cultivaban café, criaban reses, comerciaban con Colombia y con las poblaciones de los Llanos. A fines del siglo XIX los andinos eran el único núcleo racial fuerte, unido y con producción regular que había en el país. Ese núcleo iba a derramarse bien pronto sobre Venezuela y a imponer en la enorme tierra de Bolívar —un millón de kilómetros cuadrados— su concepto de la vida, reaccionario y duro.

La revolución que los andinos llamaron “La Restauradora” se inició en 1898 bajo la jefatura de Cipriano Castro, que se creía heredero directo del Libertador y por tanto el mesías de una nueva América ajena a influencias europeas o norteamericanas. Su gobierno se distinguió por la dictadura que estableció dentro de Venezuela y por el nacionalismo palabrero con que vivió desafiando a Europa y a Estados Unidos. Derrocado por su compadre y vicepresidente Juan Vicente Gómez, mientras iba en viaje de salud hacia Francia, en 1908, su sucesor afirmaría en una tiranía de veintisiete años el carácter regional del régimen: todos los cargos claves para dominar el país cayeron en manos de tachirenses, desde la jefatura civil de un caserío hasta los comandos de tropas. El Táchira primero, y los demás estados andinos después, se vaciaron en Venezuela.

De esa época hay un decir para explicar la dolicefalia andina. Cuentan los venezolanos que cada vez que nacía un

niño andino, la madre le ponía el rostro hacia oriente y le daba una cachetada en la parte de atrás de la cabeza mientras le decía: “Vete a Caracas a buscar puesto”; de ahí que todos tuvieran la cabeza aplastada. Se hizo proverbial que cada familia tachirense, por humilde que fuera, dedicaba tres de sus hijos varones a sacerdote uno, a militar el otro, a funcionario público el tercero. Unidos por un fuerte sentimiento familiar y regional, los andinos se ayudaban entre sí. En poco tiempo ser andino equivalió a un privilegio. El andinismo fue —y es todavía— una forma de prusianismo americano. Y en ese fenómeno social —no está de más recordarlo— nada tuvo que hacer el imperialismo.

Es solamente tontería pensar que los pueblos y las razas son malos o son buenos de origen. El andinismo, por ejemplo, ha hecho mucho mal a Venezuela, pero los andinos tienen virtudes notables; son tenaces, laboriosos, inteligentes. Las consecuencias de su conducta se deben al medio retrasado en que han crecido. Mas cuando los andinos se cultivan en ambientes propicios al refinamiento de la sensibilidad y al desarrollo de un concepto social apropiado, ponen al servicio del pueblo esas virtudes de su raza; y así se explica que los más renombrados mártires de la lucha por la democracia en Venezuela hayan procedido, en los últimos tiempos, de la tierra andina.

Una vez establecida la tiranía andina con Castro y reforzada con Gómez, hizo acto de presencia el imperialismo; el de bandera inglesa, el holandés, el norteamericano. Había petróleo en Venezuela, y ayudando a Gómez contra Castro, que merodeaba por las Antillas inglesas y holandesas, podían obtenerse concesiones para explotarlo. La historia de los cuantiosos regalos en yacimientos petroleros que Gómez hizo a sus nuevos amigos del extranjero, a cambio de tajadas para él, sus familiares y amigos; el relato de todas las intrigas que se

tendieron entre Washington y Caracas, entre Caracas y Londres, entre la capital de Venezuela y La Haya, París, Roma, Madrid, es atractivo como una novela policial y repugnante como toda exposición de traiciones, crímenes e intrigas.

Pero sería exagerado afirmar que la ayuda imperialista para evitarle el ataque de Castro fue decisiva para mantener a Gómez en el poder. Esa ayuda le evitó muchos contratiempos, le permitió consolidar la paz y por tanto consolidar su régimen. Mas la fuerza en que él descansó fue el andinismo. El andinismo, compuesto por millares de hombres duros, laboriosos, que no descuidaban su tarea de mantener sojuzgado al pueblo, fue el nervio de su régimen, el esqueleto de la tiranía, la base firme del poder gomecista. Cada andino colocado en una posición había logrado puestos y ventajas para sus familiares, y cada uno trataba de que el gomecismo no fuera derrocado porque ello equivalía a la pérdida de esos privilegios.

La historia de la tiranía gomecista, con sus cárceles espantosas en que moría la flor de Venezuela, con sus millares de desterrados y sus millares de asesinados, es bien conocida en América; y no vamos a reproducirla aquí. Gómez murió en 1935. Para el pueblo, gomecismo era andinismo, y el andinismo sabía que el pueblo le odiaba. Como él había llegado a imponerse sobre un pueblo dividido, como era una especie de partido político integrado por su sentimiento regional y su necesidad de conquistar en el resto del país el bienestar que su escuálida tierra de las montañas no le proporcionaba, se mantuvo unido a la muerte de Gómez y obedeció sin titubeos a sus jefes cuando estos escogieron para sucesor de Gómez a otro andino; por cierto, uno que treintisiete años antes, siendo muy mozo, había bajado del Táchira con Castro y con Gómez. El sucesor, pues, pasó a presidente, en diciembre de 1935, elegido por el congreso gomecista y confirmado por la oficialidad andina de la tropa.

Desde luego, la situación de Venezuela no era en 1935 parecida siquiera a la de 1898. La guerra mundial de 1914-1918 había operado una transformación apreciable en la economía de los pueblos americanos, y sobre todo en los del Caribe. Por otra parte el país había pasado de pastoril y agrícola a productor de petróleo; la población aumentaba, las ciudades crecían, la política y el comercio estaban formando nuevos núcleos sociales. Por lo demás en toda la zona del Caribe se levantaba la agitación, que en Venezuela produjo el alzamiento de los estudiantes en 1928, la llegada de una poderosa expedición armada en 1929, ataques desde Curazao ese mismo año y motines populares en diciembre de 1930.

El pueblo odiaba francamente al tirano y a sus secuaces; y en 1935 ya se había elaborado la Política del Buen Vecino en Washington y se sentían en Venezuela las ráfagas de una renovación que las masas reclamaban. Así, el sucesor de Gómez tuvo que enfrentarse, a poco de haber tomado el poder, con una huelga de violentas proporciones, seguida por manifestaciones públicas de carácter político y de saqueos en hogares y negocios de gomecistas. Los desterrados volvieron. El nuevo gobierno comprendió que tenía que cambiar de métodos. Además, el sucesor de Gómez tenía una dosis de temperamento político que le permitía maniobrar para ajustarse al nuevo estado de cosas, y adoptó la conducta de hacer el menor número de presos entre sus adversarios, desterrar sólo a los más destacados, tolerar cierto grado de libertad de prensa. Ahora bien, el fundamento del régimen seguiría igual, con andinos en los cargos claves, militares y civiles, elecciones amañadas y de tercer grado, manejo casi libre de los fondos públicos y sin organizaciones obreras o políticas nacionales.

Entre los pocos expulsados por el gobierno que sucedió al de Gómez estaba un joven de casi treinta años, que había participado en la sublevación estudiantil de 1928, que había

vivido en el destierro manteniendo una constante campaña contra la tiranía y que había vuelto a Venezuela a poco de morir Gómez. Tenaz, infatigable, con sentido nato de organizador, Rómulo Betancourt se dedicó a organizar, con algunos de sus compañeros de destierro, una fuerza política nueva, de ideología y disciplina que la hicieran apta para enfrentarse algún día a los graves problemas del país con soluciones adecuadas, dentro de procedimientos democráticos y con fines claros de justicia social. Perseguido para ser echado al extranjero, se mantuvo trabajando en su obra clandestinamente, casi tres años.

De esa época se recuerda una anécdota que refleja muy bien el alma sombría del andinismo. Cierta noche la policía quiso apresar a Betancourt; el perseguido logró escapar tras un rato de lucha, pero el agente que había tratado de apresarlo alcanzó a arrancarle una oreja de un mordisco, y con su trofeo auricular en la mano se presentó a sus jefes. ¡Gran noticia! El pabellón de carne se convirtió en un pabellón de guerra arrebatado en batalla al enemigo. Fue metido en un frasco de alcohol, presentado a los altos dignatarios del régimen como una gloriosa conquista, retratado y publicado en la prensa gubernamental. Pero resultó que la oreja no pertenecía a Rómulo Betancourt, sino a un desconocido que tuvo la desgracia de parecerse al joven líder. El desprendimiento a mordiscos de una oreja no es procedimiento honorable para que lo ejecute un policía civilizado, desde luego; pero puede pasar. Lo que pone al descubierto la entraña del andinismo es el júbilo oficial por la hazaña y su publicación en la prensa diaria. Ignoramos si el desorejador fue ascendido por su notable hazaña.

Rómulo Betancourt fue detenido, al fin, y expulsado. Pero la situación mundial se agravaba. Un país como Venezuela, productor de materia de tan alto valor estratégico como el

petróleo, no podía ignorar que su destino estaba estrechamente ligado al del frente democrático. El heredero de Gómez procedió, pues, a maniobrar en la selección de un sucesor que, desde luego, debía ser también tachirenses. En el orden político no había una fuerza que pudiera sustituir esa vieja base regional y racial del régimen, y los comandos del Ejército seguían siendo de procedencia andina. El presidente debía ser escogido por el Congreso, no por el pueblo, y gracias a la organización gomecista del Estado, que se conservaba incólume, el Congreso seguía estando en manos del gobernante.

La guerra mundial había estallado ya, y al parecer desde Washington hubo insinuaciones en el sentido de que Venezuela, garantía del suministro petrolero, debía tener un gobierno de libertades públicas, incluso aliado a los comunistas, a fin de evitar sabotajes en una industria vital para los ejércitos de las democracias. Por lo demás, aun sin esa insinuación y a pesar de sus simpatías por Mussolini, Isaías Medina Angarita, el nuevo presidente, no tenía inclinaciones dictatoriales. Su gobierno fue en parte democrático, y decimos en parte porque no persiguió a la oposición, porque no censuró a la prensa y porque organizó un partido, a favor del poder, para apoyarse en la opinión pública, pero no admitió reformas en las instituciones básicas del orden político, por ejemplo, en el sistema electoral, que seguía siendo el mismo desde los tiempos de Gómez.

El pueblo sólo podía elegir ayuntamientos municipales y legislaturas provinciales o de estados; el Congreso Nacional, llamado Federal, era elegido por las legislaturas de los estados. Quien dominara en el Congreso disponía a su antojo de la sucesión presidencial, de la elección de presidentes de estados y de jueces; y el Congreso se hallaba de hecho en manos del presidente de la República debido a que éste disponía de las candidaturas a congresistas mediante su dominio de las

legislaturas de estados, alcanzado gracias a que la mayoría de los estados no podían financiar sus presupuestos y necesitaban hacerlo con la ayuda del ejecutivo nacional. Como se ve, el mecanismo electoral de Venezuela bajo el andinismo se hallaba en manos de un solo hombre, el presidente de la República. Esa situación no fue alterada por Medina Angarita.

Sería deshonesto afirmar que el gobierno de Medina Angarita fue una dictadura, pero también sería deshonesto no afirmar que él era el heredero y beneficiario de la tiranía andina. Heredó su fuerza y la mantuvo en el poder; heredó su composición, la base de su existencia y sus vicios. Esos vicios, constitucionales, si así pueden definirse, estaban sobreviviendo a un régimen que ya se hallaba muerto en su entraña. La corrupción señoreaba la vida pública, y la corrupción no puede mantenerse, si hay libertad de expresión, sin poner en peligro la vida del régimen que la ejerce. Esto parecieron no comprenderlo ni Medina Angarita ni sus allegados en el poder.

Mientras tanto había sucedido que los desterrados volvieron, y Rómulo Betancourt, a la cabeza de su pequeño pero enérgico grupo, tornó a la obra de agitación. En poco tiempo ese grupo era Acción Democrática, un partido con adictos en todo el país, que en las primeras elecciones en que participó ganó varios municipios y asientos de concejales en casi todos; amplió su base, predicó sin cesar su programa y afilió bajo sus banderas a la parte más batalladora de la juventud. La presión popular de 1944, que había conmovido a todo el Caribe echando del poder a varios dictadores y obligando a otros a comportarse con más flexibilidad, halló a Venezuela con un partido político moderno, organizado sobre ideología clara y disciplina adecuada.

En 1945 la propaganda de ese partido había quebrado las bases del andinismo, que se hallaban en el Ejército. Como su antecesor, Medina Angarita se preparaba a elegir un sucesor,

utilizando el mecanismo legal que lo había llevado al poder. Pero ignoraba que la raíz de su régimen estaba podrida. Una promoción de jóvenes oficiales del Ejército, escasamente pagados, estudiosos, veía ante sí el camino cerrado por los viejos generales gomecistas. En ese grupo hacía efecto demoledor la campaña de Acción Democrática, que reclamaba mejor vida para las masas y una organización más moderna del Estado; legislación democrática veraz, participación mayor del país en las utilidades del petróleo y uso patriótico de esas utilidades; honestidad en la administración pública, ampliación de la escuela nacional, más capitales para el pequeño agricultor y mejor jornal para los obreros.

Nada de eso iba a obtenerse si Medina seguía en posición de elegir un sucesor entre sus secuaces, pues no se veía en tal grupo a ninguno con capacidad ni honestidad para llevar a cabo tal tarea. El partido que sostenía en la calle a Medina era un partido de burócratas, sin unidad ideológica ni arraigo en las masas, los comunistas, que apoyaban su régimen, eran pocos y se hallaban divididos. Entre las fuerzas que se encontraban frente a Medina los oficiales jóvenes no podían escoger; una de ellas era Acción Democrática y la otra un pequeño partido encabezado por el sucesor de Gómez, y ese pequeño grupo estaba compuesto, sobre todo, por recalcitrantes gomecistas. Así, pues, los oficiales que pensaban en un cambio buscaron contacto con Acción Democrática.

Se ha dicho muchas veces que Acción Democrática —y sobre todo su líder político, Rómulo Betancourt— no debió haberse aliado a los militares para el movimiento de octubre de 1945. Es un error. De no haberlo hecho así los militares habrían derrocado a Medina y habrían establecido ese mismo día un régimen de soldados con todas sus consecuencias. Gracias a la audacia y la habilidad política de Acción Democrática fue posible inocularle a esa acción un contenido revolucionario,

que hizo dar al país un salto de varias décadas en pocos meses. O tal vez habría sucedido que los jóvenes militares, desasistidos de respaldo civil, se hubieran abstenido de actuar, y en ese caso la situación del país estaba llamada a seguir su camino descendente de descomposición hasta llegar nadie sabe a qué extremos, pues Acción Democrática no podía elegir presidente con una organización electoral como la de Venezuela en tal momento, y el candidato oficial iba a resultar triunfante sin que el pueblo le diera el poder. Por lo demás, en política es muy fácil hacer suposiciones sobre la base de “si no se hubiera hecho esto, sino aquello”, pero la actuación pública requiere hechos, decisiones tomadas al ritmo de la marcha; y esas decisiones son buenas cuando dan frutos buenos, aunque sean temporales, como sucedió en Venezuela entre 1945 y 1948.

En 1945 la composición del pueblo venezolano era bastante caótica. Había una masa obrera relativamente pequeña para el número de habitantes del país, que trabajaba sobre todo en la industria petrolera, en la de la construcción y en la agricultura. Pero la agricultura —y sus conexos, la ganadería y derivados— era rudimentaria. En realidad, la gran masa campesina vivía en nivel sorprendentemente bajo. La actividad comercial era muchas veces mayor de lo que hubiera requerido una economía sana. Venezuela importaba —y ha vuelto a importar— casi todo lo que consumía; una moneda estable, fundamentada en la exportación del petróleo, facilitaba esa importación; y la distribución de productos importados en mayor cantidad de lo que en verdad convenía con su desarrollo social, demandaba un alto número de grandes y pequeños comerciantes.

En el país faltaban comunicaciones, incluso buenos puertos, y política de sanidad. Había regiones donde el paludismo era dueño y señor de la vida. La educación no llegaba si no a

una pequeña parte de la infancia y a aquella parte de la juventud que podía ser sostenida en liceos y universidades por sus familias. La vida, normalmente cara, había encarecido sobremanera por las restricciones de la guerra mundial, que todavía se sentían en todo su rigor, por el exceso de intermediarios comerciales y por la escasa producción en renglones como carne, frutas, leche y trigo.

Había un número relativamente alto de gente muy rica —enriquecida por los favores de Gómez, con privilegios oficiales y concesiones petroleras— que no ocupaban sus fondos en montar industrias o en modernizar la agricultura y la ganadería; otro número, también relativamente alto, de millonarios dedicados al tráfico comercial; un núcleo, bastante amplio, de pequeños burgueses comerciantes que no podían progresar debido a los vicios gubernamentales, como el monopolio y las restricciones; y estaba, por último, la gran industria petrolera, dedicada a la extracción, que no transformaba el producto en el país si no afuera —en Curazao, Aruba y Estados Unidos, sobre todo—, con evidente perjuicio para la economía nacional; esa industria, además, pagaba impuestos bajos y contribuía, con sus enjuages, a aumentar la corrupción oficial. Por último estaban los sectores profesionales y los burócratas de la administración pública, viendo unos y otros que el valor adquisitivo de sus entradas era cada vez menor. De manera que en realidad toda Venezuela se hallaba como un torrente en cuyo curso ha caído una enorme piedra que reduce su marcha, obligándole a extenderse por las orillas. Nadie veía la salida apropiada para tal situación. Eso explica que se produjera el estallido del mes de octubre en el año de 1945.

Los jefes militares del movimiento eran jóvenes, en su mayoría tenientes y capitanes, había entre ellos un mayor destinado a morir asesinado cinco años después, mientras presidía una junta militaralzada con el poder público. La acción

tuvo que precipitarse porque Medina Angarita conoció los planes en las últimas horas. Corrió sangre en abundancia. Acción Democrática se lanzó a la calle, entró en los cuarteles alzados y llevó la rebelión a todos los sitios de Caracas que estaban en manos de las fuerzas del gobierno. Sin esa contribución de Acción Democrática la victoria habría sido alcanzada a muy alto precio de sangre, y tal vez no se habría alcanzado.

Se dieron incidentes pintorescos en medio de la lucha. El antecesor de Medina Angarita pensó que la rebelión había sido promovida por partidarios suyos, y acudió al palacio presidencial para hacerse cargo del poder. Al llegar se le detuvo y se le desarmó. Horas después, él y Medina Angarita se hallaban detenidos en un mismo cuartel. Desde un punto de vista personal Medina Angarita no merecía ese final, porque durante su gobierno no hubo prisión para ningún político. Pero él no fue derrocado porque fuera dictador, ni detenido por venganza; se le derrocó debido a que era el heredero y beneficiario de más de cuarenta años de tiranía y corrupción.

Algo de enorme interés para el sociólogo es el hecho de que esa rebelión, que entre otras tareas de rectificación histórica tenía la de eliminar el andinismo —y por tanto la división del pueblo en venezolanos privilegiados y venezolanos sometidos— estuvo encabezada sobre todo por andinos. Casi todos los jefes militares del movimiento procedían del Táchira. Ello se explica porque la gran mayoría de los que ingresaban en la Escuela Militar, durante los cuatro gobiernos andinos, llegaban de ese estado de los Andes. Ese hecho explica también la resurrección del andinismo como fuerza dominante, una vez que los gobiernos de Acción Democrática fueron traicionados por el comando de las Fuerzas Armadas.

Desde Moscú se comentó el derrocamiento de Medina Angarita afirmando que tenía “fuerte olor a petróleo”. Todavía en esos días Washington y Moscú celebraban la luna de

miel de la victoria sobre el fascismo, y por eso no se mencionó el imperialismo, sino que se aludió a su intervención de manera muy velada. Sólo así podían explicarse en Moscú la caída de un gobierno que tenía el apoyo comunista. Pero el imperialismo no tenía tan pocos sesos como para ofrecer el gobierno a un partido que había hecho conciencia nacional sobre la necesidad de meter en cintura a los petroleros. En lo que se refería a las relaciones del Estado con las compañías explotadoras del petróleo, como en varios otros asuntos de importancia capital, Acción Democrática tenía un programa más avanzado que el comunismo de Venezuela. La verdad era que los sucesos venezolanos venían siendo influidos por fuerzas exteriores en la misma medida en que toda nación recibe esas influencias, aun la más poderosa, pero eran primordialmente de orígenes nacionales, y a lo sumo correspondían a una etapa histórica que estaba desenvolviéndose por esos días en todo el Caribe.

El 18 de octubre de 1945, cuando estalló la rebelión, Rómulo Betancourt era concejal del Ayuntamiento de Caracas y periodista de la redacción de El País. Al amanecer del día 19 era presidente provisional de Venezuela.

II

He aquí un aspecto de los movimientos revolucionarios que se produjeron en el Caribe a partir de 1930 digno de ser tomado en cuenta por los historiadores del porvenir: la rapidez y la decisión con que se enfrentaron a los problemas que tenían por delante y la seguridad con que les dieron solución.

No en todos los casos se advirtió claramente ese aspecto, porque no en todos los casos se definieron de manera nítida las fuerzas que chocaban. Pero si se toma en cuenta que las revoluciones de independencia fracasaron en la acción política y económica después de haber tenido éxito en la militar;

que otras tan categóricas como la guerra federal de Venezuela o la revolución mexicana tardaron años en hallar su camino, debemos convenir en que al derrocamiento de Machado en Cuba sucedió una acción política y social renovadora y de inmediato resultados; otro tanto ocurrió en Guatemala a la caída de Ubico.

De pasada recordaremos que pocos días antes de su derrocamiento el régimen de Ubico autorizó por ley el asesinato de las personas que fueran halladas en predios ajenos; y esa ley, desde luego, autorizaba la muerte de indios y de jornaleros sin trabajo, porque sólo ellos se venían en el caso de meterse en fincas ajenas para recoger algún fruto o alguna leña. Adviértase por ese rasgo en qué retraso mantenían Ubico y su grupo a Guatemala, y dedúzcanse de ello las consecuencias lógicas para explicarse en gran parte lo que ha venido sucediendo allí en los últimos años.

El gobierno que produjo el movimiento haitiano de 1946 fue igualmente resuelto, rápido y eficaz; y los fueron el que encabezó José Figueres en Costa Rica y el que emergió, a fines de 1948, de una acción revolucionaria en El Salvador. Ninguno de ellos, sin embargo, acometió tan inmediatamente y con tanta capacidad y energía un cúmulo tan grande de problemas como el que halló ante sí la revolución venezolana de 1945.

Esa simultaneidad en la acción tiene sus orígenes en el hecho de que los grupos que llegaron al poder en esos años pertenecían a una generación intelectual y moralmente preparada para la obra. Por primera vez entraban en escena hombres y mujeres que habían estudiado los males de sus pueblos con método y honestidad. La vasta literatura revolucionaria de Europa, los estudios de sociología y de economía, el ejemplo de otras revoluciones, y especialmente de Rusia, el propio desamparo y el atraso de sus pueblos, movieron sus corazones

y sus mentes hacia la búsqueda de soluciones adecuadas para los intrincados problemas que tenían ante sí.

Esos problemas eran de poderosas raigambres y venían agravándose desde los días de la independencia, pues sucedió que nuestros países surgieron a categoría de naciones cuando todavía no disfrutaban de condiciones económicas, sociales y políticas, para formar Estados. La debilidad de la metrópoli española, en todos los órdenes, nos hizo lanzarnos a un abismo político, tal como un niño de corta edad se va por las calles a hacer su vida porque en el hogar de sus padres no hay comida ni ropa ni limpieza. El ideal republicano fue en nosotros obra del contagio, no fruto natural de nuestras fuerzas. Así, las revoluciones de independencia se atuvieron a separarnos de España, pero no pudieron procurarnos la estabilidad que necesitábamos para sobrevivir.

Esa estabilidad tenía que fundamentarse sobre economías sólidas y sobre ciudadanos capacitados. Y carecíamos de ambas cosas. Desgraciadamente, en la mayoría de nuestros países aquellos que ganaron prestigio en las guerras libertadoras lo usaron para beneficiarse a costa del pueblo. Fueron enemigos de España, pero no fueron patriotas. En muy pocos casos los libertadores se aplicaron a proporcionarnos las bases de un desarrollo económico y político saludable; lo que hicieron fue treparse en el poder para adueñarse de tierras, de ganados, de negocios, de honores. Salidos en una enorme proporción de las filas del pueblo, su ambición fue codearse con la aristocracia criolla, emularla o rivalizar con ella en riqueza.

Fue una fortuna para Costa Rica que allí no hubiera ni nobleza ni ricos —y ni aun medianamente ricos— a la hora de la independencia. Fue una desgracia para Venezuela que Páez, niño llanero prácticamente abandonado en su infancia, creyera que el fin de su vida era alzarse a la categoría de los mantuanos. Así es de patética su historia, y él es el mejor

representante de esa raza de libertadores que acabaron esclavizando a América con la pobreza, la ignorancia, la indignidad, pues mientras fue leal al pueblo y sirvió los ideales de la gran masa, ascendió desde criado de un llanero hasta general de Carabobo; después, personalmente siguió subiendo gradas a la vez que las iba bajando como hombre público. Cuando murió había llegado a ser hasta pianista pasable, lo cual indica que en sí mismo fue superándose, pero al compás que se superaba como persona caía y caía como ciudadano, al extremo de que su descrédito como político es mayor que su gloria de libertador.

La generación que hizo los movimientos del Caribe a partir de 1930 supo a tiempo que su deber era enmendar los yerros de los libertadores; que tenía por delante la tarea de dar a la revolución de independencia un contenido económico, social y de justicia humana que aquella no llegó a esbozar. Se preparó, pues, para esa empresa; y cuando llegó al poder la acometió sin titubeos. Pero donde más ejemplar resultó su acción fue en Venezuela. Allí era, por otra parte, donde se había agrupado en un partido el mayor número de líderes capaces, unidos entre sí por una disciplina admirable y una ideología adecuada. Todavía al cabo de varios años de persecución por el terror, Acción Democrática es la fuerza política más capaz y mejor organizada en la América Latina.

Es fácil hallar el denominador común en todos esos movimientos del Caribe. Se trata de facilitar el desarrollo económico de los pueblos favoreciendo la formación de burguesías nacionales, a fin de que éstas pasen a ocupar el lugar que tienen los capitales extranjeros; pero esas burguesías no pueden —ni deben, por tanto— formarse a expensas de campesinos y trabajadores, como sucedió en Francia a raíz de la gran revolución; sino que las tres clases tienen que participar, a un mismo tiempo y dentro de un criterio de justicia común, en

los beneficios de la riqueza naciente. El ambiente político para esa convivencia de los tres grandes núcleos tiene por fuerza que ser el de la democracia.

El punto débil de los movimientos del Caribe ha sido este último: pues dado que los pueblos han sido oprimidos durante tanto tiempo, el ansia de libertades políticas se ha sobrepuesto a la realidad y la ha ignorado. La realidad demanda que esas democracias revolucionarias sean regímenes fuertes, respetados por sus enemigos interiores y exteriores, sin miedo a opiniones interesadas; en cierto sentido, dictaduras de la democracia. Los movimientos del Caribe que han sido traicionados han tenido su tendón de Aquiles en la práctica de una democracia parlamentaria a la manera del siglo XIX, muy respetuosa de ciertas formas y con miedo al verdadero ejercicio del poder; olvidaron que una transformación del panorama económico y social agrede muchos intereses ilegítimos, y dejaron a esos intereses en libertad de acción, en libertad de conspiración. En algunos casos, cierto grado de corrupción, ideológica o administrativa, facilitó la obra de los conspiradores.

En la revolución venezolana de 1945 no hubo corrupción ni ideológica ni administrativa, pero hubo algún grado de soberbia en el pueblo, que se hallaba por vez primera gobernado por sus legítimos representantes, una atmósfera de impaciencia en grandes grupos de la población —no precisamente en el obrerismo organizado, que actuó con encomiable disciplina— creó cierto sentimiento de inseguridad. La gran piedra que cerraba el paso del torrente había sido removida, y las aguas corrían con violencia a llenar el cauce. Por otra parte, el mal latinoamericano del caudillaje ha tomado carta de ciudadanía en Venezuela. Enfermedad social de pueblos atrasados, entre nosotros ha sobrevivido al progreso, tal vez por herencia de la cultura árabe, donde el sultán era a la vez

gobernante y representante de Alá. El pueblo de Venezuela acabó identificando a Rómulo Betancourt con su imagen del caudillo; a pesar de sus pretensiones de estar por encima del Pueblo, el Ejército compartía ese sentimiento, quizá sin darse cuenta.

El poder es, en el alma del pueblo, el lugar adecuado del caudillo; y cuando éste lo abandona el gran niño que es la masa se siente defraudado. Por sí mismo, Betancourt hizo todo lo posible por erradicar el caudillaje del país; en ningún momento se sintió caudillo ni actuó como tal. El era, y quería ser un líder moderno, con sentido de la actuación colectiva, disciplinado, estudioso, jamás actuaba por su cuenta. Pero cuando un pueblo que tiene tendencia histórica y psicológica al caudillaje se siente reflejado en el gobernante, acaba fijando dentro de sí, como parte importante de sus afectos, la figura moral y hasta física de ese gobernante. Y sucedió que aun sin romper los marcos de Acción Democrática, sino que rebasándolos, Betancourt devino el caudillo de su pueblo.

Betancourt y Acción Democrática acabaron siendo términos sinónimos; de donde ocurrió que mientras aquel ocupaba la Presidencia de la República el pueblo se sumaba a su partido. Dos elecciones se llevaron a efecto en la administración Betancourt, una para Convención Constituyente, otra para escoger presidente y Congreso constitucionales, legislaturas de estados y municipios; ambas fueron arrolladoramente ganadas por Acción Democrática sin que en ningún momento nadie, ni los más enconados adversarios, lanzara una acusación de fraude. Las elecciones para constituyentes de 1946 y las generales de 1947 fueron las primeras, en la historia del país, en que hubo voto universal y secreto; Acción Democrática ganó las primeras con el setenticinco por ciento de la votación, y las segundas por el setentiséis por ciento. Así, Acción Democrática tenía la mayoría en todos los cuerpos

deliberantes, de frontera a frontera y de mar a mar. No es posible hallar un gobierno con mejores bases en la opinión pública.

Un año después, en noviembre de 1948, ese gobierno fue derrocado por el Ejército —por algunos de sus jefes, desde luego, pues el Ejército no fue consultado para tan nefanda acción—, y cuando en 1952 los militares alzados convocaron al pueblo en elecciones para Convención Constituyente, el mismo número de votantes que había sufragado en 1946 y 1947 a favor de Acción Democrática lo hizo entonces contra el régimen militar; la ciudadanía no votó en esa ocasión por Acción Democrática, que había sido declarado partido ilegal y no pudo acudir a las urnas, pero votó por Unión Republicana Democrática y su candidato presidencial, Jóvito Villalba, un líder que se empareja con Rómulo Betancourt, pero no se le entregó el poder.

Del cúmulo de medidas favorables al interés popular y nacional que tomó Acción Democrática tan pronto llegó al poder en 1945, sobresalen unas cuantas; por ejemplo, la inmediata mejoría económica de burócratas, empleados, obreros y campesinos, no sólo mediante el aumento de sueldos y jornales, sino además mediante la rebaja de los artículos de consumo, de los alquileres y de los impuestos a una serie de productos que entraban en la alimentación popular; otros fueron comprados con subsidios y puestos a la venta a bajo precio. En el caso de los campesinos pequeños productores, se les facilitó dinero a plazos cómodos e interés bajo.

Las rentas del Estado no disminuyeron por esas rebajas de impuestos, sino que aumentaron, casi de golpe, a más del doble con el cobro idóneo de tasas sobre las rentas y con la imposición de otras para los beneficios que sobrepasaran determinada cantidad. Además, se llegó a un acuerdo con la industria petrolera para que pagara la mitad de sus beneficios líquidos, aumentara los jornales y el número de obreros y

estableciera refinerías en el país. Fueron medidas tan contundentes, tan audazmente tomadas y sin embargo con bases tan sólidas en el terreno económico y moral, que los afectados tuvieron que plegarse a ellas sin mayores protestas. Como medida de moral pública, se juzgó a todos aquellos que se habían enriquecido dolosamente en el poder desde los días de Cipriano Castro, y se les despojó de varios centenares de millones de bolívares¹.

En acuerdo con los gobiernos de Colombia y Ecuador se creó la flota mercante “Gran Colombiana”, que aseguró el transporte barato de la producción importada y exportada y pagó crecidos dividendos a los tres gobiernos. El de Venezuela prestó al de Ecuador los fondos para que adquiriera sus acciones. Se estableció la Corporación de Fomento, centro de actividades financieras para aumentar la producción en los más diversos aspectos, cuya actuación fue la más fecunda que se había visto en América en instituciones de esa índole.

La difusión de la enseñanza primaria y secundaria fue otra actividad ejemplar y en verdad asombrosa, pues cubrió todo el país, movilizó a millares de maestros y técnicos, alcanzó a todos los rincones y tocó todos los aspectos de la cultura del pueblo. La obra sanitaria llegó a alturas nunca antes vistas en Venezuela, donde había centros de población diezmados por las enfermedades tropicales desde hacía cientos de años. Había una ciudad llanera conocida con el mote de “la capital del paludismo”, que quedó, como muchas otras azotadas por otros quebrantos, libre para siempre de la endemia. El fomento general del nivel de vida fue pasmoso; y en poco tiempo no quedó un burgo sin luz eléctrica, atención médica, alcantarillado, agua potable.

¹ El bolívar vale 33 y ½ centavos de dólares, de manera que un centenar de millones de bolívares equivale a treinta y tres y medio millones de dólares.

Toda esa obra gigantesca fue echada abajo por el gobierno militar que sucedió a Acción Democrática. Volvieron a subir las rentas y los productos de consumo, se autorizó la rebaja de salarios y empleos, se cortó el suministro de fondos a los campesinos, se rebajaron los impuestos al petróleo, se desmanteló la flota Gran Colombiana, se devolvió el dinero mal habido a los que habían robado en los tiempos de esplendor del andinismo, se malgastaron las reservas de oro acumuladas por Acción Democrática. El gobierno militar confió el aumento de sus rentas al aumento de la producción petrolera y a la venta de mineral de hierro en bruto, abandonó los trabajos en el interior del país para dedicarse a obras monumentales en la Capital y en los centros urbanos más poblados. (Muchas de esas obras, por lo demás, habían sido iniciadas por Acción Democrática sin abandonar la atención a las que tenían mayor urgencia para la salud y el bienestar públicos; por ejemplo, fue Acción Democrática la que comenzó la Avenida Bolívar en Caracas, el puerto de La Guaira en el Caribe, y la que hizo el estudio de la autopista entre Caracas y La Guaira).

La gran obra de El Cenizo, donde estaban irrigándose centenares de miles de hectáreas y levantándose toda la instalación necesaria para iniciar por ahí una transformación de vastas proporciones en la zona campesina de la sociedad venezolana, fue abandonada; la autonomía universitaria y el cultivo de sus valores morales, el respeto a las instituciones populares como los sindicatos de obreros y las asociaciones de industriales y comerciantes: todo eso fue echado a un lado, desconocido o corrompido. La hermosa obra de Acción Democrática sólo quedó en los beneficios consumados —la familia palúdica con salud, el niño analfabeto ya letrado, el poblado sin aguas y sin luz eléctrica ya con cañerías e iluminado— y en el corazón del Pueblo.

Se preguntará, ¿cómo, pues, a un gobierno así, tan acometedor, tan laborioso, tan entregado a la solución de los males del país, se le pudo derrocar con tan aparente facilidad?

Ya hemos explicado que Venezuela vivió más de cuarenta años bajo una tiranía sui géneris, algo así como un partido racista, duro, sin ideología pero con una franca tendencia al retraso y un tremendo impulso dirigido a la conquista de las ventajas que procura el poder. Con el andar del tiempo esa especie de partido se había vaciado en los cuarteles. Pese a la tremenda transformación, la oficialidad del ejército seguía siendo preferentemente tachirense; y en el carácter tenía sedimentos muy fuertes la idea de que a ellos correspondía la tarea de gobernar en Venezuela. Esa idea se ajustaba, como un guante a la mano, a un antiguo sentimiento que predomina en las Fuerzas Armadas de América y que en los últimos años llegó casi a ser una convicción en muchos institutos militares del continente; el sentimiento de que el gobierno debe hallarse en manos de los soldados. En el caso de Venezuela, una vez pasada la euforia revolucionaria comenzó a trabajar la propaganda de un pequeño grupo de altos oficiales que sostenían esa tesis. Fue un grupo muy reducido; pero ya hizo manifestaciones de sus propósitos en el gobierno de Betancourt, puesto que algunos jefes de fuerzas conspiraron o se sublevaron. Al abandonar Betancourt el cargo de presidente, esos pequeños núcleos fueron aglutinándose, la mayor parte alrededor de Marcos Pérez Jiménez, que era entonces teniente coronel.

Marcos Pérez Jiménez, tachirense, había hecho estudios de superación militar en el Perú; de ahí retornó a Venezuela con dos ideas fijas: la de que él era un escogido del destino para gobernar, y la de que sólo el ejército podía salvar al país. De qué debía salvarlo es cosa que seguramente no se preguntó. Por otra parte, él, como muchos oficiales jóvenes, había

sido trabajado por la tendencia fascistoide, fomentada por las simpatías de varios de sus jefes hacia Mussolini y hacia Hitler. El propio Medina Angarita, que había sido profesor de la Escuela Militar, ayudó a la difusión de esa tendencia, ya que fue admirador de Mussolini.

En varios países del Caribe había ejemplos elocuentes de ejércitos convertidos en partidos armados adueñados del poder, de manera que Pérez Jiménez y sus secuaces no estaban inventando la pólvora. Pero en Venezuela había además precedentes históricos de la tesis. En el siglo pasado el gobierno civil del doctor Vargas había sido derrocado por un levantamiento de militares; y en esa ocasión uno de los oficiales alzados le gritó al benemérito doctor Vargas que el gobierno era para los que tenían los fusiles. Por la grosera frase con que proclamó su doctrina ha quedado en la historia de Venezuela el coronel Carujo como arquetipo de la grosería con sable.

En 1948 se produjo una fusión de la doctrina bárbara de Carujo y la ambición tachirenses. El carujismo y el andinismo se encontraban en una encrucijada histórica y pasaban a formar un todo. Los andinos, sin necesidad de que fueran militares, se consideraban herederos del poder en Venezuela; el Ejército se creía llamado a conquistar el poder. Y resultaba que el Ejército estaba comandado, de teniente arriba, casi totalmente por tachirenses. Se produjo, pues, una conjunción desdichada para el destino del rico e infortunado país. Ocurrió como si un cuerpo anduviera buscando su sombra y una sombra su cuerpo, y de pronto los dos se encontraban y formaban un todo.

Acción Democrática no previó esa síntesis infernal; no se dio cuenta de que había recibido en las fuerzas armadas la imagen de Cipriano Castro, de Juan Vicente Gómez, de Eleazar López Contreras, de Isaías Medina Angarita. En más de cuarenta años de control casi absoluto del poder público,

el Táchira había nutrido los cuadros del Ejército. Se pensó que también el Táchira había sido ganado por el ideal democrático que se propagaba por Venezuela; se pensó que las medidas de buen gobierno, que habían alcanzado al Táchira y a las fuerzas armadas tanto como a cualquiera otra región o zona humana del país, bastaban para satisfacer a los tachirenses y a los militares.

Por último, Acción Democrática tuvo ante sí un espejismo que deformaba la realidad: muchos de los mejores líderes del partido eran andinos, y se pensó que con esos jóvenes andinos gobernando en los Andes, el pueblo de aquella región estaría satisfecho. Pero sucedía que los militares andinos que se hallaban de guarnición en Caracas, en Oriente, en los Llanos, recibían a diario la propaganda de sus jefes conspiradores estimulándoles a unirse mediante el nexo regional y el profesional, y recibían además pruebas diarias de que el resto de Venezuela no había aprendido todavía a quererlos; les cobraba los cuarenta y tantos años de padecimientos bajo las tiranías tachirenses.

El único lugar de Venezuela donde los andinos eran acogidos sin reservas era en las reuniones de Acción Democrática. Pero los militares no asistían a esas reuniones. Dentro de Acción Democrática se fundió, verdaderamente, el sentimiento de lo venezolano sin distinción de regiones. Es más —como ya se ha dicho— muchos de los más notables líderes del partido procedían de los Andes y aun del corazón de los Andes que es el Táchira; y en la lucha clandestina que siguió al golpe militar, los mártires y los héroes más destacados salieron de esa región.

Alguien objetará este análisis que venimos haciendo con un argumento de apariencias buenas; el de que en la República Dominicana y en Nicaragua, cuyos casos han sido expuestos ya en este libro, los ejércitos acabaron siendo partidos armados en

el poder sin que sus mandos estuvieran influidos por un sentimiento regionalista. Como se verá más tarde, lo mismo sucedió en Cuba a partir de enero de 1934. De ser esos casos iguales al de Venezuela, no hacía falta que la oficialidad militar de este último país procediera del Táchira, pues sin duda lo que sucedió en Venezuela no fue sino una manifestación nacional de un fenómeno generalizado en el Caribe.

Hay algo de eso, ciertamente. Lo mismo que en Santo Domingo, que en Nicaragua y que en Cuba, el ejército venezolano tendía a la conquista del poder. Pero a diferencia de lo que sucedió en aquellos tres países, en Venezuela se enfrentaba a esa tendencia un partido fuerte, capaz, de organización moderna y respaldado por la opinión pública; un partido que además era gobierno, con la ventaja de estar legalizado por unas elecciones bien ganadas. A los altos oficiales del ejército venezolano les hubiera sido muy difícil contar con la mayoría de los mandos para subvertir el orden constitucional si no hubiera tenido a su favor, como camino ya tratinado, ese nexo regional que identificaba a toda la oficialidad en un sentimiento común; el de que el poder público pertenecía por voluntad de la historia a los montañeses del Táchira.

Se ha dicho a menudo que el golpe militar de 1948, que destruyó la democracia en Venezuela, fue obra del imperialismo norteamericano. Cierta declaración de Rómulo Gallegos, hecha al llegar desterrado a La Habana, en diciembre de 1948, dio pie para esa propaganda; y hay muchos círculos venezolanos que así lo creen, sobre todo porque las medidas de la tiranía han favorecido de manera tan evidente y tan cuantiosa a los empresarios norteamericanos, que parece haberlo hecho en pago de una deuda. Hasta el momento, sin embargo, el autor de este libro no tiene pruebas de que haya habido tal intervención; si las tuviera no tendría por qué callárselo, como no se las ha callado en los casos de la República Dominicana y

de Nicaragua. El autor entiende que los militares venezolanos que se alzaron con el poder en 1948 no necesitaron ayuda extranjera, como no la necesitaron ni la solicitaron en la rebelión de 1945, que llevó a Acción Democrática al poder; y que si Pérez Jiménez ha sido tan generoso con los empresarios norteamericanos —e ingleses y holandeses— se ha debido a que trata de obtener en el exterior el respaldo que le falta en el pueblo de Venezuela.

El alzamiento militar de 1948 fue facilitado, pero no por embajadas extranjeras, sino por pequeños núcleos de oposición que no acertaron a ver para quién trabajaban. Esos núcleos, empeñados en tener participación en el gobierno, inundaron a Venezuela con la consigna de que el gobierno era sectarista. No parecía si no que Gallegos y el equipo que le acompañaba se dedicaban a gobernar sólo para los miembros de su partido, no para todo el país. La acusación de sectarismo halló eco en los grupos reaccionarios, dueños de una prensa influyente, y ofreció al Ejército el argumento que le hacía falta, pues para las fuerzas armadas, justificar su traición con la pretensión de que ellas iban a salvar a Venezuela de las garras de una facción sectarista, era hallar la base moral que les hacía falta.

Marcos Pérez Jiménez no tardó en ser el centro de una actividad política que agitaba a buena parte de la alta oficialidad. Bajo su jefatura comenzó una fuerte presión sobre el presidente Gallegos para que éste lanzara por la borda a Acción Democrática, “debido a su sectarismo partidista”. Pero en realidad, lo que se proponía Pérez Jiménez no era tanto que Gallegos se deshiciera de sus colaboradores de Acción Democrática como que inutilizara, sacándolo del país, a Rómulo Betancourt, pues había altos oficiales que no se plebaban a la conspiración por lealtad a Betancourt. Con lamentable falta de visión política, creyendo que deshaciéndose de

Betancourt tenían abierto ante sí el camino del poder, los pequeños núcleos opositores hacían coro a Pérez Jiménez y a sus secuaces.

Una situación de incertidumbre, que restaba autoridad al poder civil y aumentaba la audacia de Pérez Jiménez, se adueñó del país; y como sucede siempre en esos casos, los indecisos del ejército creyeron ver en Pérez Jiménez al más fuerte. El 24 de noviembre, por fin, el ministro de la Guerra, que desempeñaba el cargo desde 1945, se plegó a los alzados. Gallegos fue detenido; la soldadesca, lanzada a la calle, se dedicó a la cacería de miembros del gobierno y del partido. De inmediato se declaró la ley marcial. Las embajadas y las cárceles se llenaron en pocas horas. En Venezuela había aparecido otra carta para formar el póker de espanto del Caribe.

Hasta qué punto ese golpe iba a llevar al Ejército, de institución encargada de conservar el orden constitucional, a partido político armado en el poder, lo demuestra este incidente: en el momento de organizar la Junta Militar que debía suceder al presidente Gallegos, el ministro de la Guerra alegó: "La presidencia es para mí, porque soy el oficial de más alta graduación".

Fue Presidente. Y murió asesinado dos años después, víctima de la traición en que había tomado parte.

III

A la tiranía venezolana le bastaron pocos años para dejar atrás, en capacidad represiva, a sus congéneres del Caribe y a sus antecesores del país. Ha ejecutado tropelías que Juan Vicente Gómez no fue capaz de ordenar. Sólo Trujillo, en ciertos aspectos, se ha mantenido superándola. Pero el propio Trujillo no ha llevado a los presidios a ancianas distinguidas, profesoras, mujeres en avanzado estado de embarazo; ni ha situado

en pleno corazón de la Capital un centro de tortura y muerte, ni ha enviado a la cárcel a la viuda de un adversario político abatido a tiros en las calles por haber reclamado el cadáver de su esposo. En medidas como éstas la tiranía venezolana ha dejado pequeño a Trujillo.

Al cumplirse la traición, en noviembre de 1948, un triunvirato compuesto por un coronel y dos tenientes coroneles asumió el poder bajo la designación de Junta Militar. Entre sus primeras medidas estuvo declarar ilegal a Acción Democrática e imponer censura a la prensa. Como todo régimen de su tipo, organizó y desató sobre el Continente una propaganda repugnante con la que trataba de enlodar el nombre de los líderes del partido caído; no pudo, sin embargo, llevar a ninguno de ellos a los tribunales por manejos deshonestos de fondos públicos o por violación de alguna ley.

Hay un episodio muy ilustrativo sobre la forma en que se manejó la calumnia contra los hombres de Acción Democrática; habían caído en prisión muchos de los más altos directores de ese partido, sobre todo de los legisladores, y entre ellos el presidente del Congreso. La Junta Militar tenía interés en obtener el reconocimiento de Cuba, porque el presidente de Cuba, que había visitado Venezuela a raíz de su elección, era simpático al pueblo venezolano y además porque Cuba resultaba un refugio para los perseguidos, dado el prestigio que estos tenían en la isla y dada su amistad con el presidente cubano. Un intermediario trató de obtener ese reconocimiento.

Prío Socarrás pidió una muestra de buena voluntad, por ejemplo, la libertad del ex-presidente del senado venezolano, que padecía de una afección cardíaca y que era su amigo personal. El propio jefe de la Junta Militar, que durante años fue compañero de Gabinete del preso cuando éste era ministro en el gobierno de Betancourt, envió a Prío Socarrás este mensaje:

“Valmore Rodríguez no está preso por razones políticas, sino porque se le sorprendió cruzando la frontera de Colombia con los fondos del Senado”.

La calumnia era de una grosería inaudita, porque la propia Junta había informado, a raíz de su constitución, que Valmore Rodríguez había sido detenido en Maracay, a donde había ido con el objeto de asegurar la lealtad de la guarnición de esa ciudad al régimen de Gallegos. Maracay está a menos de dos horas de Caracas y a más de un día de la frontera con Colombia. En Maracay había una fuerte concentración militar y su jefe se mantenía leal al presidente Gallegos; Valmore Rodríguez fue enviado allí a respaldar la posición de ese jefe, y nada tenía que ir a hacer a la frontera, demasiado lejos, por lo demás, para poder alcanzarla en esos críticos momentos.

La respuesta de Prío no pudo ser más aguda: “Yo no tenía noticias de que hubiera un solo país en el mundo en el que los fondos del Senado fueran administrados por su presidente; si en Venezuela se da esa anomalía, deben enmendarla cuanto antes”. No hubo reconocimiento, pero la calumnia fue cortada en seco.

Cuando pudo reaccionar, el pueblo comenzó a luchar para recuperar sus libertades. Se produjeron varias huelgas, que fueron aplastadas con métodos increíbles; por ejemplo, se derramaba en las calles la leche destinada a los hijos de los huelguistas; no se dejaba llegar a sus hogares ni agua ni alimentos ni medicinas, los líderes proletarios fueron presos. Acción Democrática comenzó a rehacer clandestinamente su organización; montó plantas de radio, sistemas de impresión y distribución de su propaganda y vías de comunicación con el exterior.

La agitación era creciente. Centenares de desterrados volvían subrepticamente al país, y día tras día iban cayendo presos; muchos eran al cabo del tiempo desterrados de nuevo,

y volvían a entrar, arriesgando la vida. Gran número de ellos fue muerto, por fin, y otros apresados, enviados al tenebroso campo de concentración de Guasima o a cárceles del interior, donde al cabo de años de presidio no se les instruía proceso. Los métodos de Gómez volvían a señorear la vida pública de Venezuela. Pero Gómez no había tenido frente a sí una fuerza tan capaz y tan tenaz como Acción Democrática, y en verdad ningún tirano de América la ha tenido; de manera que la lucha entablada fue a muerte, y a muerte sigue.

En esa lucha, además de sus propios medios, los militares acudieron a ciertas ayudas indirectas. Por ejemplo, no estorbaron la propaganda contra Acción Democrática en los centros de trabajadores; compraron con favores la simpatía de Washington. Ellos sabían que Washington no puede ya dar sostén material a un gobierno, sobre todo cuando ese gobierno es rico, como el de Venezuela, y no necesita ayuda económica; pero sabían también que una felicitación pública del presidente o de un alto funcionario de los Estados Unidos acobarda a grandes masas de la población, porque éstas piensan que si es posible luchar contra el tirano criollo, no lo es luchar contra éste aliado a Norteamérica.

En medio de la batalla contra Acción Democrática la Junta Militar comenzó a ser objeto de contradicciones que latían en su seno. El que la presidía abogaba por una política moderada en la represión; Pérez Jiménez, por una de mano implacable. El primero aspiraba a ganar cierta simpatía popular con vistas a legalizar su régimen mediante elecciones que lo convirtieran en presidente constitucional de la República; el segundo quería el poder para sí. Esa pugna se resolvió un día con sangre. El episodio es uno de los más sombríos de la historia americana, y recuerda el asesinato de un hermano de Juan Vicente Gómez a manos de sus familiares, debido también a luchas por la conquista de más poder. Lo recuerda pero

lo supera, porque el presidente de la Junta Militar fue el primer gobernante asesinado en Venezuela. He aquí un resumen de los hechos:

Rafael Simón Urbina había sido un personaje turbulento, una alma de corsario del siglo XVI perdida en el siglo XX. Miembro ínfimo de la policía política de Gómez, se disgustó con uno de los altos funcionarios del gomecismo y salió de Venezuela. En Curazao, pequeña isla de gobierno holandés que se halla en el Caribe, frente a las costas venezolanas, reclutó a unos cuantos venezolanos y dominicanos audaces, que trabajaban allí en una refinería de petróleo, y asaltó con ellos el cuartel holandés; macheteó a los soldados, él mismo, y con su grupo se llevó las armas del arsenal; apresó al gobernador, tomó posesión de un buque en la bahía, lo llenó de voluntarios y se dirigió a Venezuela, donde después de uno o dos combates sin importancia su gente se dispersó, y una parte fue muerta mientras la otra dio en las cárceles de Gómez.

Urbina escapó. Se refugió en México donde organizó una expedición armada de más o menos cien hombres y tocó con ella en Venezuela. Nueva derrota, nueva escapada y nuevas muertes y prisiones de sus hombres. Murió Gómez en 1935, y sus sucesores dieron a Urbina un cargo de alguna importancia, el de gobernador de un territorio. Allí Urbina acumuló dinero del pueblo; de manera que cuando Acción Democrática, haciendo justicia histórica, recobró esos fondos para la nación, Urbina juró vengarse; y fue entonces cuando decidió matar a un presidente. El destinado a ser su víctima era Rómulo Betancourt, a quien odiaba con todo su salvaje ímpetu desde los días del destierro gomecista porque Betancourt lo había acusado de ser un analfabeto más apropiado para hallarse en las filas de Gómez que en las de los demócratas.

Con la ayuda de Trujillo, a cuya tierra fue a refugiarse, Urbina estuvo organizando el asesinato de Betancourt en

Cuba, cuando éste pasó por allí en viaje presidencial hacia 1946, y después en Panamá, durante el mismo viaje. No pudo hacerlo, sin embargo; pero la idea había germinado entre las sombras de su dura cabeza y echó raíces en su alma de corsario. Con el andar del tiempo esa idea se fijaría en otra imagen, pero había de ser también la de un presidente. Su contacto con su futura víctima se produjo en la forma más increíble, pues sucedió que, todavía bajo el gobierno de Betancourt, Urbina se vio necesitado de dineros y entró entonces al servicio del ministro de la Guerra de la administración Betancourt; su función era espionar en Colombia a los ex militares venezolanos que conspiraban en el país vecino y transmitir esos informes al ministerio de la Guerra de Venezuela, a cambio de lo cual se le pagaba un sueldo. Ese ministro de la Guerra que tenía a su servicio a Urbina como espion fue después presidente de la Junta Militar, y cuando llegó a su nuevo cargo le prometió a Urbina gestionar la devolución de los fondos que Acción Democrática le había obligado a devolver al pueblo.

Este Rafael Simón Urbina, producto natural de la Venezuela de Castro y de Gómez, turbulento, caótico, inculto, empeñado en matar a un presidente, fue el instrumento usado contra el jefe de la Junta Militar. El plan acordado fue el de hacerlo preso cuando se encaminara de su casa al palacio de Miraflores y llevarlo al aeropuerto militar de Caracas —llamado La Carlota—, meterlo en un avión y sacarlo del país. Pero Urbina tenía otra idea; Urbina quería sangre, sangre escandalosa, llamada a satisfacer su violenta necesidad de destacarse entre todos los venezolanos; así, hizo preso al coronel, con ayuda de unos cuantos forajidos que había llevado del interior, y en vez de dirigirse con él a La Carlota lo condujo a una casa deshabitada de las afueras de Caracas y le dio muerte.

En el tiroteo uno de los compañeros de Urbina hirió a éste gravemente en un tobillo. Urbina corrió a refugiarse en la

Embajada nicaragüense y de allí envió a Pérez Jiménez una esquila en la que decía que el plan se había complicado y había tenido que dar muerte al coronel presidente; agregaba que “tal como le dije, yo no quiero en Venezuela más presidente que usted”. Sacado de la Embajada y llevado a prisión, Urbina fue muerto a tiros esa noche, porque, según la versión oficial, “pretendió fugarse mientras se le conducía a un hospital para ser curado”. A un hombre de tal naturaleza se le enviaba al hospital en camioneta con sólo un soldado para vigilarlo, y se alegró que se había lanzado sobre el escolta para darle muerte y fugarse cuando toda Venezuela sabía que su herida era tan grave que no podía moverse. Pero, incontrolable como era, y de tan escasa inteligencia que difícilmente iba a poder mentir, lo aconsejable era liquidarlo antes de que pudiera hablar. Y así se hizo.

Naturalmente, el escándalo resultó demasiado grande para que Marcos Pérez Jiménez tomara la presidencia de la Junta, que se le ofreció a un civil. Pero ese civil no pudo resistir la presión militar y la popular a un tiempo. Con las universidades cerradas, los sindicatos perseguidos, la dirección clandestina de Acción Democrática agitando al pueblo; con los policías de la Seguridad Nacional violando domicilios día y noche, con millares de familias pidiendo la devolución de los hijos y de los padres que habían sido enviados a Guasima, con las torturas y las muertes a la orden, la situación empeoraba en forma creciente. Los militares obligaban a ese presidente civil a cargar con la responsabilidad de tantas tropelías y el pueblo se las echaba en cara constantemente. Un día el desdichado salió de Miraflores y no se le vio más. Cuando se supo algo de él estaba en Italia.

Pero eso sucedió después. El golpe militar que derrocó a Gallegos se produjo a fines de 1948; el asesinato del presidente de la Junta, a fines de 1950; la desaparición del jefe

civil de la Junta Militar —valiente galimatías, por cierto—, a fines de 1952. Entre la primera y la última fecha corrió mucha sangre y estuvo Guasima. Guasima es una islita situada en las bocas del Orinoco, de clima infernal, plagada de serpientes venenosas, de mosquitos transmisores del paludismo, de insectos que inoculan enfermedades de la piel, de aguas pútridas. Hacia allá salía semana tras semana un barco cargado de presos políticos, de estudiantes, de obreros, de profesores, de periodistas, de comerciantes. Las fiebres palúdicas, el tifus, las serpientes, y una soldadesca cruel hasta lo indecible; el trabajo forzado, los golpes de látigo y de fusil, la falta de medicinas y la alimentación miserable, hacían de Guasima un antro dantesco, como jamás lo ha conocido un país americano. La célebre prisión de la Isla del Diablo, en la Guayana francesa, era un paraíso comparado con Guasima. En verdad, ni Trujillo fue capaz de tanto. Guasima sumaba mil hombres en la lucha por la libertad a cambio de cada uno que cruzaba sus puertas.

Necesitado de aplastar a la dirección oculta de Acción Democrática, Pérez Jiménez puso al frente de la Seguridad Nacional a Pedro Estrada. Este Pedro Estrada había sido informador de la Embajada norteamericana en tiempos del andinismo; había sido también agente de la policía política, y muchos hombres de Acción Democrática dieron en la cárcel gracias a sus confidencias; de manera que cuando Acción Democrática fue al poder él corrió a refugiarse en Santo Domingo, donde Trujillo le dotó de pasaporte diplomático y le encomendó varias misiones encaminadas al derrocamiento del nuevo gobierno de Venezuela. Actuó junto con Urbina en el plan trujillista de dar muerte a Rómulo Betancourt en Cuba o en Panamá, y como agente del tirano de Santo Domingo estuvo desenvolviéndose hasta que los militares fueron al poder en su país. Estos lo enviaron a Estados Unidos para que vigilara a Betancourt, quien vivió allí parte de su destierro, y por último

fue llamado a Caracas para entregarle la dirección de la Seguridad Nacional, policía política del régimen, con el encargo de liquidar a la dirección clandestina de Acción Democrática, cuya obra de agitación alcanzaba proporciones inauditas.

Pedro Estrada dispuso de fondos sin límites y de autoridad para hacer cuanto creyera conveniente. En poco tiempo millares de hombres y mujeres recibían sueldo de la Seguridad Nacional; sus agentes estaban en todo el país, y en todo el país comenzaron las prisiones y las torturas, los asesinatos en los calabozos, en presencia de los demás detenidos; hombres de las más diversas nacionalidades, profesiones y edades eran apaleados, mantenidos desnudos, sin comida, de pie en un pequeño círculo, esposados a la espalda, sin poder moverse ni dormir veinticuatro, cuarentiocho, setentidós horas seguidas, recibiendo latigazos, sablazos, escupitajos. Aquellos que en su desesperación insultaban a sus martirizadores eran muertos allí mismo.

Un millar, dos millares, tres millares de damas, de ancianos, de jóvenes, fueron encarcelados y torturados; y cuatro millares y cinco millares. En un momento dado llegó a haber seis mil presos políticos en las cárceles venezolanas. Pero la dirección clandestina de Acción Democrática seguía trabajando; y un día se sublevaban militares, otro un grupo armado tomaba un cuartel. Los radioyentes oían de pronto un discurso de Betancourt o la gente hallaba en su casa un folleto opositor. Al parecer, Pedro Estrada iba camino del fracaso.

Pero el terror, los millones de bolívares circulando, y los medios humanos y técnicos empleados en la tarea, dieron su fruto. Al fin, Estrada logró encontrar un traidor que vendiera a Leonardo Ruiz Pineda, a Alberto Carnevali, a Antonio Pinto Salinas, y uno por uno a los heroicos jefes de la acción clandestina que iban ocupando los puestos de comandos de sus antecesores asesinados.

Ruiz Pineda, por ejemplo, andino, poeta, orador excelente, que había sido ministro en el Gabinete de Gallegos, dirigió casi durante tres años, jugándose la vida sin cesar, las fuerzas ocultas de Acción Democrática. Leonardo Ruiz Pineda llegó a convertirse en personaje de leyenda. Se batía a tiros con sus perseguidores, lograba escapar cuando ya lo tenían cercado, estudiaba, escribía, organizaba, comandaba un aparato de resistencia de increíble capacidad y actividad. Fue una alma heroica, fina, sensible, alegre, valiente. Murió acribillado a balazos, una noche, en pleno corazón de Caracas; y esa misma noche fue asesinado a tiros en los patios de la Seguridad Nacional el médico que había prestado al mártir el automóvil en que viajaba. Cuando la viuda de Ruiz Pineda fue a reclamar el cadáver se le envió a presidio; después se le desterró.

El crimen conmovió a América, pero no al régimen venezolano, que siguió cometiendo otros. Se planeó el asesinato de Rómulo Betancourt en La Habana. Este atentado tuvo caracteres insospechados en la larga historia del crimen político. Se organizó la propaganda previa, pagando a un conocido *gánster* cubano para que calumniara sistemáticamente a Betancourt con las más bajas especies; esas publicaciones se reproducían en Venezuela y se distribuían en todo el país. Cuando se pensó que ya la opinión pública de Venezuela estaba bien trabajada, se envió a La Habana un equipo de hampones norteamericanos, reclutados en Tampa, y se les dotó de una arma nueva, una jeringuilla metálica, como la que usan los veterinarios, esto es, con el émbolo y la aguja en una misma pieza, de manera que al clavar la aguja el émbolo sube y fuerza la penetración del líquido en el organismo inyectado.

Esa jeringa estaba cargada con veneno de serpiente cascabel. ¿Qué médico en Cuba, donde no hay serpientes venenosas, hubiera identificado el agente mortal?

Betancourt fue atacado mientras se hallaba de espaldas a su agresor. Un detalle imprevisto le salvó la vida. Los organizadores del crimen no tomaron en cuenta que el veneno iba a corroer el metal de la jeringa y a impedir, por eso, que el émbolo corriera. Como Betancourt, al sentirse atacado, acudió a su revólver, el agresor huyó y en su aturdimiento dejó caer la jeringa. La policía cubana probó su contenido en un conejo: murió instantáneamente.

Alberto Carnevali murió en prisión. Había sido detenido poco después de llegar a Venezuela clandestinamente, pero sus compañeros lo rescataron mediante el ardid de disfrazar a algunos de los hombres de Acción Democrática de médicos y enfermeros. Carnevali había sido herido durante un motín en la prisión y tenía el maxilar fracturado. Había que enviarlo a otra dependencia a hacerse curas, y su partido aprovechó esa coyuntura. Carnevali fue líder del partido en la Cámara de Diputados; tenía la madera de un estadista; era estudioso, frío, bondadoso y enérgico a la vez, culto y resuelto. Fugado, tomó en sus manos la jefatura del partido. Una noche se vio cercado por la Seguridad Nacional; se batió a tiros, pero cayó preso. Pocos meses después moría en la cárcel.

Cantando la soledad de la mujer cuyo hombre fue llevado a la fuerza para servir en los ejércitos de la tiranía gomecista, Andrés Eloy Blanco² dice:

“Se llevó la guacharaca,
la manta de guarnición,
la palabra de varón
en el hijo prometido;
miren, se llevó el latido
y me dejó el corazón”.

² Muerto en el destierro, en México, en junio de 1955.

Otro tanto puede afirmarse de héroes como Leonardo Ruiz Pineda y Alberto Carnevali: se llevaron el latido de Venezuela.

Antonio Pinto Salinas, el sucesor de Carnevali en la jefatura del movimiento, fue asesinado en un cruce de caminos; y Wilfredo Omaña, un capitán del ejército, en las calles de Caracas. Y otros más, muchos más... Venezuela sangraba por las venas rotas de sus mejores hijos, de los millares de presos, de los millares de desterrados. Mientras tanto la corrupción se extendía: se corrompía a la gente del pueblo con el terror o con el dinero, se ofrecían gajes jugosos a intelectuales y comerciantes, a políticos y profesionales. Un miembro de la Junta paseó todos los Estados Unidos en un ómnibus especialmente contratado para llevar una orquesta y un bar; y así, rodeado de amigotes, cruzó la Unión de costa a costa en fiestas lamentables pagadas con el dinero del pueblo venezolano.

A fines de 1952 la Junta convocó a elecciones, eso sí, sin legalizar a Acción Democrática. Los comicios elegirían delegados a una Convención Constituyente, y esa asamblea, una vez terminada la redacción de la nueva Constitución, designaría un presidente de la República por seis años. El pueblo volcó en las urnas su repulsión al régimen militar; el partido de la Junta quedó en minoría ridícula, la misma proporción de votos que en las últimas elecciones presididas por Betancourt sacó la oposición de aquella época.

Los votos favorecieron, en más de un millón, a un partido de ideología democrática, y toda Venezuela esperaba que después de esa demostración los militares entregarían el poder. Pero sucedió lo contrario. Los datos oficiales de los sufragios iban dándose desde el palacio de Miraflores; y cuando se hizo evidente que el gobierno de facto perdía la batalla electoral se suspendió la transmisión radial de los datos; al día siguiente Marcos Pérez Jiménez disolvió la Junta y se

proclamó presidente. Un comité de militares de alta graduación respaldó su nuevo golpe de Estado.

La situación política iba, pues, de tumbo en tumbo, sin que nadie supiera a qué atenerse ni se le viera salida legal a tal estado de cosas. Pero por fin, al cabo de cuatro años Pérez Jiménez se quitaba la careta y les decía a Venezuela y a América que lo que sucedía en Venezuela era que él aspiraba a gobernar por sí solo, sin Dios ni ley. Y para que nadie abrigara dudas al respecto hizo encarcelar a los diputados constituyentes que no se plegaron a su voluntad y deportó a los restantes, entre ellos a Jóvito Villalba, el jefe del partido que había ganado de manera tan contundente las elecciones. Después de medidas tan persuasivas los diputados adictos a Pérez Jiménez se reunieron, aprobaron el proyecto de Constitución que les sometieron del palacio ejecutivo y designaron a Marcos Pérez Jiménez presidente "Constitucional" de Venezuela. Poco más tarde el hemisferio aprobaba esos democráticos procedimientos celebrando en Caracas una conferencia interamericana. Y mientras los cancilleres discursaban, las cárceles se hallaban llenas de presos políticos.

La tiranía de Venezuela, más dura en muchos sentidos que la de Trujillo, más cínica en otros que la de Somoza, capaz de ensangrentar las calles con los despojos de su propio primer presidente tanto como con los cadáveres de obreros anónimos, halló en la explotación del hierro de Cerro Bolívar, en el oriente del país, y con el aumento asombroso de la producción petrolera, fuentes económicas de inesperada solidez. El hierro de Cerro Bolívar, de un grado de pureza poco común, estaba en vías de ser explotado por Acción Democrática cuando ésta se hallaba en el poder. Pero Acción Democrática aspiraba a reducir el mineral dentro de Venezuela, usando para ello los gases naturales del petróleo de la región oriental. Ya se contaba con un procedimiento sueco para obtener la reducción.

En ese caso Venezuela iba a exportar hierro elaborado, acero en lingotes; y el Estado, a través de la Corporación de Fomento, iba a ser el mayor accionista de la gigantesca empresa. La tiranía creyó más útil para sus fines políticos entregar los yacimientos a una empresa norteamericana y que éste enviara el mineral en bruto a sus plantas de Estados Unidos.

En igual sentido, Acción Democrática, que había logrado asociar al Estado en la producción petrolera reservando para el fisco el cincuenta por ciento de las utilidades —pagadero en moneda o en petróleo, según lo creyera conveniente el gobierno— pretendía alcanzar el más alto grado de destilación del petróleo y sus derivados dentro del país; y logró que las compañías petroleras montaran la primera refinería en la zona de Coro. Esa política previsoras fue puesta a un lado por la tiranía, que en su afán de tener fondos disponibles para pagar un ejército lujoso y una policía política con agentes en todas partes, estimuló —al bajar los impuestos y al autorizar la rebaja de empleos y jornales— una alta producción de petróleo crudo para la exportación. Los resultados son que la reserva petrolera nacional se desmedra por días, y dado que el petróleo no se genera espontáneamente ni se multiplica bajo tierra, Venezuela está ejerciendo lo que podríamos llamar la política del pelícano, cuyos hijos le comen las entrañas.

Los cuantiosos fondos que dejan el hierro y el petróleo se gastan sobre todo en obras monumentales, cuya utilidad es muy relativa, y en acrecentar el potencial bélico, como si Venezuela estuviera llamada a conquistar por las armas otros países o a ser agredida por algún vecino, pretensión ridícula en uno como en otro caso.

Ahora bien, ese ejército, partido armado en el poder, está sufriendo, como el de Santo Domingo y el de Nicaragua, las consecuencias de ir abandonando su fuerza en manos de un hombre o de un pequeño grupo. Como el hábito de la disciplina hace

tanta mella en el soldado, a medida que más poderío confiere a sus jefes más va dependiendo de estos hasta que llega el día en que los jefes o el jefe se convierten en la única fuente de autoridad. El ejército de Venezuela está sufriendo ya las consecuencias de haber montado sobre sus hombros una tiranía.

Gran número de oficiales de alta y baja graduación son apresados, desterrados, muertos o sacados de las filas por denuncias de la Seguridad Nacional. En realidad, aunque las bases originales del poder de Pérez Jiménez fueron las fuerzas armadas, cada día se desplazan más hacia la Seguridad Nacional. Pedro Estrada se ha convertido en la imagen misma del terror, no sólo para la ciudadanía civil, sino también para la militar.

Marcos Pérez Jiménez es hombre de una alma gélida, de frialdad tan notable ante el dolor de los demás que toca los lindes de la insensibilidad. El caso de Pedro Estrada es otro; es el de un policía por vocación que se halla un buen día con toda la autoridad y todos los medios para satisfacer, a lo largo de un país, sus más profundas inclinaciones. Esos dos hombres se complementan y reclutan sus servidores en la multitud de gente, uniformada o no, que necesita ganarse la vida sin parar mientes en escrúpulos o que aspira a funciones y honores que no podría alcanzar en la competencia de la capacidad que provoca el clima democrático.

La carta venezolana en el póker de espanto del Caribe se llama Marcos Pérez Jiménez, pero en verdad tiene dos rostros; el suyo y el de Pedro Estrada. Esa dualidad acabará debilitándole. Pues la historia enseña que el poder tiránico puede delegarse temporalmente pero no puede compartirse, mucho menos cuando se ejerce en un país como Venezuela, de tanta energía para conquistar la libertad.

Dados esos factores la tiranía de Venezuela está llamada a deshacerse el día menos pensado, con lo cual quedará incompleto el póker de espanto del Caribe.

FULGENCIO BATISTA, LA CARTA DE CUBA

He aquí otro caso en el cual —hasta donde sepa el autor— no hubo influencia inmediata del imperialismo. Al producir el golpe de Estado que lo llevó al poder en marzo de 1952, Fulgencio Batista, el dictador cubano, no estaba actuando con el estímulo de Washington. Una serie de males políticos hicieron conjunción y crisis la desdichada madrugada en que Batista, ayudado por un escaso número de oficiales traidores, penetró en el campamento militar de Columbia, en las cercanías de La Habana, para iniciar un nuevo ciclo en su agitada historia y en la historia del país. Pero en esa crisis el imperialismo no tuvo papel de importancia.

Para comprender lo que sucedió en Cuba el 10 de marzo de 1952 hay que remontar la historia. En ningún país de la América Latina ella es tan diáfana, tan nítida en sus líneas generales. La historia de Cuba, esto es, la manifestación externa del choque de las fuerzas que trabajaron en su seno, deja ver siempre el fondo de la entraña social. Es en cierto sentido como el pueblo de esa isla fascinante, cuya extroversión permite ver su alma en estado natural, con todos los sentimientos que se agitan en ella.

Se sabe que con la excepción de Panamá, Cuba es la república más joven del Continente; pero Panamá fue la creación de intereses internacionales, mientras que Cuba fue, sobre todo, la obra de su pueblo. La tarea del cubano para hacer de

su país una república fue difícil, larga y heroica; tuvo sus frustraciones, sus fracasos tan grandes como la categoría de la obra misma.

Los historiadores, los sociólogos, los escritores, y en general todos los cubanos tienen fraccionada la historia de su isla; no la ven como es, una unidad que va de 1868 a 1933. Los cubanos hablan de “la guerra de los diez años”, “la guerra de independencia”, “la revolución del treinta”, la lucha por la independencia nacional. Iniciada como acción de guerra libertadora contra la dominación española en octubre de 1868, terminó con aspecto de revolución doméstica en septiembre de 1933. Este aspecto final engaña a los estudiosos de la historia cubana y de ahí la incorrecta división que le han dado.

Pero cuando se rasca un poco en la corteza de la historia, muy poco por cierto, el estudioso observa que la llamada “revolución del treinta”, que se libró entre 1930 y 1933, era una lucha contra un poder extranjero que tenía apariencia de gobierno nacional. En los últimos veinte días de esa lucha se formó históricamente Fulgencio Batista, entonces sargento del ejército. Lo lamentable es que Fulgencio Batista nunca comprendió eso, y mal podía comprenderlo, dada su incultura. El sargento que insurgió como líder militar el 4 de septiembre de 1933 creyó, y cree aún, que él era producto de sus méritos personales.

Las primeras escaramuzas por la libertad cubana empezaron en 1820; en 1850 y 1851 hubo expediciones libertadoras que fracasaron. En 1868 comenzó la revolución de independencia. La acción militar duró diez años, hasta 1878; diez años de guerra enconada, implacable, en la que ardieron ciudades, murieron docenas de millares de hombres, se combatió en tres de las seis provincias del país, se redactó una Constitución de Cuba libre, se mantuvo un gobierno en la parte liberada, se dieron batallas extraordinarias, se ejecutaron actos

de valor asombrosos, y, por último, se formó conciencia cubana, una voluntad de liberación.

Ya el resto de América era libre, de manera que España no tuvo que debilitar sus fuerzas imperiales para combatir en Cuba; a Cuba envió todo su poder, y sin duda el poder militar de España, como el de cualquier otro país europeo, era mayor en 1870 o en 1875 que en 1820, por la sencilla razón de que se disponía de mejores barcos, mejores fusiles, mejores cañones, mejores medios de comunicación; en una palabra, de lo que un mundo más avanzado podía proporcionar.

De lo que fue aquella guerra llamada “de los diez años” dan cuenta los objetos que el visitante encuentra en el museo municipal de Santiago de Cuba; ropa hecha en medio de los bosques, con cortezas de árboles machacadas en lugar de telas, zapatos de cuero sin curtir, armas antiguas reparadas a la diablo, vajillas primitivas de frutos vegetales, herramientas fabricadas a martillo, con fuego de madera. Todo ese esfuerzo terminó aparentemente en el fracaso; pero sólo aparentemente, porque sirvió para ir forjando, con su recuerdo como centro, la conciencia nacional.

Los jefes de la revolución, los que la proclamaron y la mandaron desde el gobierno, y en muchos casos desde la línea de fuego, habían sido grandes señores del azúcar, nombres llenos de prestigios, amos de esclavos y hombres de letras. Prácticamente todos ellos desaparecieron, bien muertos en combate, bien en el destierro, bien en presidios y a menudo fusilados. La revolución llegó al año de 1878 sin fuerzas, desangrada, y entonces aceptó la paz que le ofrecía España.

Pero no murió; de ahí que sea un error considerar esa guerra como un capítulo aislado de la gran revolución libertadora. Fue un episodio, como si dijéramos una gran batalla en una larga guerra. Tanto es así que los jefes militares del próximo episodio, el que habría de abrirse en 1895, habían hecho su

nombre militar en la campaña de los diez años. Esos jefes, y su máximo organizador civil, eran en su mayoría gente de la pequeña clase media; de manera que ellos fueron los que le dieron a ese nuevo episodio el carácter socialmente democrático con que se distingue de la anterior. En la guerra de los diez años se iba al mando por razones de cuna; en la de 1895, por razones de capacidad. Esto último estaba más en consonancia con el carácter nacional, profundamente igualitario.

El hecho de que los diez años de lucha habían contribuido a formar una conciencia de libertad, que fue extendiéndose por todo el país, y habían dejado un legado de heroísmo de que acabaron sintiéndose orgullosos todos los cubanos, sumado al origen común de los grandes y pequeños jefes de la guerra de 1895, hizo que esta última tuviera un acentuado carácter popular. A ese carácter contribuyó en gran medida la obra de José Martí, el primero de los libertadores de la América Latina que daba a su prédica un acento profundamente democrático, pues Martí propuso a los cubanos no sólo una república libre, sino además —y sería mejor decir sobre todo— una república digna, de hombres realmente satisfechos en lo político, en lo social y en lo moral.

Martí, muerto en una escaramuza a poco de haber comenzado la guerra que él organizó, fue también el único de los libertadores americanos que antes de lanzar al pueblo a la acción formó un partido, el Partido Revolucionario Cubano, hecho en el cual puede adivinarse un franco propósito de darle a la república un esqueleto institucional de tipo popular, o si se quiere, un cauce para orientar la actividad política del pueblo tan pronto terminara la guerra.

Es fácil ver, pues, que Martí no tenía como fin de su actividad la sola libertad nacional, esto es, el simple nacimiento de una república libre de España; ese propósito era para él un medio, la manera de que los cubanos alcanzaran el poder

político para que procedieran, con su uso, a modelar el destino de Cuba dándole a su pueblo libertad, dignidad, bienestar. Pero, cauto como era, y consciente de que la abierta exposición de esas ideas podía acarrearle acusaciones de ambicioso de poder, Martí hablaba sólo de la creación de la república y de cómo debía ser ella; no iba más allá; no aludía a los instrumentos de la acción política una vez lograda la libertad nacional. Le tocó morir antes de que le llegara la hora de tocar ese delicado punto. Cayó de frente, como pedía en uno de sus conmovedores versos sencillos.

“Yo no quiero que me pongan
a morir como un traidor.
Yo soy bueno, y como bueno
Moriré de cara al sol”.

Pero quedó su prédica, la más hermosa, y hasta la más prolija, sobre las necesidades de un pueblo y el modo de satisfacerlas. Esa prédica está viva, de manera que muchas decenas de años después de su muerte en el campo de batalla José Martí sigue siendo el apóstol de la libertad cubana, de la democracia cubana; un maestro en activo, en quien todos los luchadores hallan estímulo para proseguir la tarea de superar los males de Cuba. A tal extremo llega esa actualidad de Martí que cuando los instructores del juicio abierto con motivo del asalto hecho por un grupo de jóvenes a un cuartel en Santiago de Cuba, en 1953, le preguntaron a Fidel Castro, líder de los asaltantes, quién había sido el autor intelectual del ataque, el interrogado contestó sin el menor titubeo: “José Martí”. Con esa sombra resplandeciente tienen que luchar los tiranos de Cuba.

La acción militar de 1895 fue dirigida por Máximo Gómez, por Antonio Maceo y por otros muchos notables capitanes. Maceo murió en combate, a fines de 1896, después de haber llevado la guerra a los confines occidentales de la isla. Máximo

Gómez, el más extraordinario guerrillero de todos los tiempos, tuvo que enfrentar a veintenas de millares de soldados españoles en una tierra casi toda plana, estrecha, surcada de ferrocarriles y caminos; y lo hizo con asombrosa fortuna.

Pero el arma más peligrosa que manejó Gómez no fue el machete, que él enseñó a usar a los cubanos, ni el fusil, ni la acometedora caballería criolla, sino la tea. Con la tea recorrió la isla quemando todos los ingenios, destruyendo la riqueza del país en sus cimientos más firmes. Su idea era que cuando Cuba no le rindiera dinero a España, ésta dejaría de combatir. Había visto la raíz económica de la revolución y allí atacaba. Por otra parte decía que dejando a la gente sin lugar donde trabajar acudiría a las filas del Ejército Libertador, y afirmaba, mucho antes que Lenín, que sólo los pobres son buenos revolucionarios.

Con esa campaña de la tea Máximo Gómez —que no era cubano, sino dominicano, nacionalidad a la que jamás quiso renunciar— movió dos intereses opuestos, el de España y el de los Estados Unidos. España vio, aterrada, que tenía que poner fin a la revolución a cualquier costo, y envió a la isla al general Valeriano Weyler, que puso en práctica métodos de exterminio implacables, gracias a los cuales murieron doscientos cincuenta mil ancianos, mujeres y niños cubanos, de hambre la mayoría. En cuanto a Estados Unidos, su comercio con el azúcar de Cuba descendió a niveles alarmantes, y Estados Unidos había venido siendo el mercado del azúcar cubano desde hacía largo tiempo.

Durante la guerra de los diez años, y a principios de la de 1895, la actitud norteamericana con respecto a Cuba había sido la de preferir a España gobernando allí antes que a otra potencia. En Washington se temía sobre todo a la intervención de Inglaterra, que había tomado posesión de la ciudad de La Habana en el siglo XVIII y se mantuvo en ella casi un

año. En última instancia la política norteamericana era dejar que la contienda se librara entre cubanos y españoles. Norteamérica se hallaba repleta de salud económica y comenzaba a sentir ya la necesidad de expandir su comercio hacia la zona del Caribe, de manera que cuanto más se debilitaran España y Cuba en la guerra más fácil sería su penetración en el mercado cubano.

Pero la pérdida del comercio azucarero iba a prolongarse con la destrucción de la industria que llevaba a cabo Gómez; eso asustó a los núcleos comerciales y financieros de Estados Unidos y a la vez abrió una posibilidad de que la industria renaciera manejada por capitales norteamericanos. Esos círculos hallaron en la política de exterminio que practicaba España una base humanitaria para llevar a los Estados Unidos a intervenir en la guerra. Se acudió, pues, a la propaganda, una propaganda que tenía móviles legítimos en los inauditos actos de crueldad que los españoles perpetraban en Cuba; y como si quisiera ayudar en esa tarea, la diplomacia española cometió imprudencias de bulto, como la de ciertos insultos al gobierno y al pueblo de Norteamérica que escribió el embajador de España en Washington, los cuales fueron hechos públicos por la prensa de la Unión. En suma, unos y otros concurren a crear en los Estados Unidos un ánimo intervencionista.

Ese estado de conciencia cristalizó cuando se produjo, en febrero de 1898, la explosión que destruyó el acorazado *Maine*, de la Marina de Guerra norteamericana, que se hallaba en la bahía de La Habana. Numerosos marinos y oficiales murieron allí, y las acusaciones de culpabilidad por la voladura del buque volaron de Madrid hacia Washington y de Washington hacia Madrid. Jamás se supo quiénes fueron responsables, si los españoles o los norteamericanos. Pero el hecho es que esa explosión precipitó la intervención de los Estados Unidos en

la guerra, su apoderamiento de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y por tanto su aparición en el escenario mundial como una potencia con intereses estratégicos en mares tan distantes como el Caribe y el Pacífico occidental.

La guerra de 1895 tenía ya tres años de duración, había costado la vida a centenares de millares de cubanos, había llevado la destrucción al último rincón del país; entonces intervinieron los norteamericanos. Su acción militar estuvo limitada a los alrededores de Santiago de Cuba, en el extremo oriental, y a una batalla naval en las bocas de ese puerto, de donde pretendía salir la escuadra española. España prefirió rendir las armas y retirarse de Cuba. Fue poco digna la actitud, dictada por la soberbia, del gobierno español, que prefirió firmar la paz en París sin participación de los cubanos, a hacerlo en La Habana sin participación de los estadounidenses. Así, en 1898 se retiraron las fuerzas españolas cuatro siglos después de haber conquistado la isla, pero quedaron las norteamericanas pocos meses después de haber intervenido en la contienda.

Cuatro años tardó en establecerse el primer gobierno cubano, que lo hizo en 1902. Obsérvese que eso ocurría veintinueve años antes de que Fulgencio Batista insurgiera como caudillo militar en el golpe de los sargentos. Veintinueve años es muy poco tiempo en la vida de un pueblo. Tomar en cuenta eso es muy útil para comprender la razón de lo que ocurrió en Cuba en marzo de 1952.

En el lapso que va de 1902 a 1933 Cuba no fue libre, aunque los cubanos creyeran que sí. No mencionamos el aspecto legal, la vigencia de la Enmienda Platt que autorizaba la ocupación militar del país en cualquier momento o la posesión de una base naval de los Estados Unidos en Guantánamo; nos referimos al aspecto económico-político de la vida cubana.

En 1898 Cuba dejó de ser colonia española pero pasó a ser semicolonía norteamericana; y esa situación duró hasta 1933, sin atenuaciones de ningún género. En 1898 sólo hubo allí un cambio de metrópoli, con su consiguiente cambio en los procedimientos: los presidentes cubanos de ese período dependían de Washington casi tanto como los capitanes generales españoles dependían de Madrid. Por esa razón la llamada “revolución del treinta”, que muchos definen como “revolución antimachadista”, fue una lucha de retaguardia contra la colonia; en realidad fue entonces cuando se dio la última batalla de la independencia. Puede afirmarse con toda propiedad que la guerra de independencia de Cuba comenzó el 10 de octubre de 1868 y terminó el 4 de septiembre de 1933; esa guerra tuvo tres episodios mayores —el de 1868 a 1878, el de 1895 a 1898, el de 1930 a 1933— y varios menores entre unos y otros.

Cuba no escapó a esa especie de frustración histórica que hizo de los libertadores latinoamericanos enemigos de España, pero no patriotas. A pesar de las prédicas de José Martí, de su esfuerzo en darle contenido democrático a la guerra libertadora, y a pesar de los ejemplos que ofrecieron con sus vidas Maceo, y Gómez, en Cuba ocurrió lo mismo que en los demás países, o que en casi todos: muchos generales utilizaron el prestigio ganado en la lucha para llegar al poder y desde allí traicionar a su pueblo. Incluso el primer presidente, que no era general pero sí veterano luchador contra España, y que era hombre honesto como administrador público, prefirió solicitar la intervención militar de los Estados Unidos a permitir que sus adversarios políticos, el Partido Liberal, llegaran al poder. La intervención se produjo; y después de haber cesado se turnaron en el poder liberales y conservadores, todos más atentos a la voluntad de Washington que a las necesidades del pueblo.

Ya sabemos en qué consiste el imperialismo; es la utilización del poder político o militar de una gran nación para obligar a naciones más pobres o más débiles a entregar sus riquezas potenciales o activas a los grandes empresarios industriales y financieros del país poderoso. La manera más idónea de lograr ese fin es obteniendo el control político del país débil; así se aseguran leyes favorables al capital extraño, medidas que coartan la libertad de los obreros y les impiden luchar por mejores jornales, favores para adquirir tierras y minas a buenos precios. Entre 1898 y 1933 el imperialismo norteamericano vivió sus días de esplendor, y los aprovechó bien en Cuba, país donde obtuvo cuanto quiso a través de sus cómplices nacionales, los gobernantes cubanos.

Los capitalistas norteamericanos tenían en Cuba más libertad de acción que en su propio país, donde el pueblo contaba con la protección de la ley. En Cuba la ley se hacía y se deshacía según ellos desearan. O lo hacía el gobierno de turno a cambio de una tajada en las ganancias, o lo hacía obedeciendo a una petición de los representantes diplomáticos de Washington. Los ministros de Estados Unidos en Cuba eran verdaderos procónsules, que señalaban hombres para el gabinete o favorecían a determinados candidatos o hacían saltar a un oficial del ejército. Por lo demás, ellos no representaban al pueblo norteamericano, sino a los grandes empresarios de aquel país.

A la sombra de ese poder la industria azucarera, destruida por la tea libertadora, fue adquirida, con buenas o malas artes, por capitalistas norteamericanos en su gran mayoría. Esa industria era el nervio de Cuba, de manera que la economía del país estuvo gobernada por extranjeros. Es difícil imaginarse a qué extremos de sumisión llevaron esos amos de la entraña vital de Cuba a los cubanos, y a qué extremo les sirvieron los gobernantes de la época. Los hijos de la isla fascinante

no tenían ni siquiera oportunidad para ganarse el pan en su propia tierra, porque los centrales —nombre de los grandes ingenios de azúcar— importaban su personal, desde los cortadores de caña, que eran generalmente negros haitianos de bajo jornal, hasta los directores, que eran hijos o sobrinos o primos de los grandes accionistas estadounidenses. La corrupción era indescriptible. Los centrales llegaron a tener puertos propios, por donde importaban lo que deseaban sin pagar impuestos. Dominaron la banca, las tierras, el comercio; las vías de comunicación y los destacamentos de seguridad pública estaban a sus órdenes.

Cuando llegó el gran movimiento popular de 1930, que en todo el Caribe se hizo patente por la petición de más libertades y mejores salarios, en Cuba, como en el resto del Caribe, se planteó la lucha entre pueblo y gobierno. Claro, el gobierno era el ejecutor de las medidas dañinas para la colectividad. En la mayor parte de los países del Caribe los pueblos perdieron la batalla, lo que dio nacimiento a varias tiranías. Pero en Cuba no; en Cuba esa batalla tenía que ser históricamente ganada, porque no se trataba sólo de una acción interna, sino que era un episodio —el final, por suerte— de la gran guerra libertadora. Las fuerzas cubanas se definieron nítidamente debido a esa causa; y el pueblo hizo filas detrás de los que representaban la herencia de los libertadores, contra la minoría que representaba a la colonia. Los estudiantes universitarios, adalides de esa lucha, identificaron a la tiranía de Machado con la opresión extranjera; y en verdad ese régimen era sólo la máscara cubana de la nueva metrópoli.

Gerardo Machado —desde luego, uno de los generales libertadores— había sido elegido presidente en 1924 para gobernar hasta 1928, pero en 1928 la situación económica del mundo era brillante, de manera que a su juicio de presidente negociante era gran tontería dejar el poder; promovió, pues

una reforma constitucional y alargó su período hasta 1930. Ahora bien, en 1930 la situación económica era muy mala, razón por la cual abandonar el poder en un momento en que éste podía ser de gran ayuda para no perder su fortuna resultaba también una insigne tontería.

El caso es que no sólo Machado pensaba así, sino además sus socios, los grandes capitalistas extranjeros y la mayoría de los políticos nacionales que sacaban beneficios del régimen. A esa altura Cuba había visto que no había diferencias entre liberales y conservadores, al extremo de que grandes núcleos de conservadores se unieron a Machado para crear una especie de partido único que respaldara su decisión de reelegirse en 1930. Ahí comenzó la lucha, iniciada por los estudiantes universitarios de La Habana y seguida a poco por casi todo el Pueblo.

Ya se sabe cómo se comportó la tiranía machadista. Fue un régimen abominable, que no economizó ningún dolor a Cuba. Torturas, asesinatos, destierros, persecuciones, miseria, infamias; todo lo que un poder sin escrúpulos puede poner en juego para doblegar a un pueblo, lo hizo el machadato. Pero no pudo lograr sus propósitos. Los jóvenes, los ancianos, las mujeres, los obreros, los campesinos, los burócratas, los profesionales; todo aquel que tenía en Cuba un adarme de sensibilidad patriótica se alineó en la batalla. Durante tres años América vio a aquel pueblo ejecutando las acciones más arrojadas, muchas de ellas tan inverosímiles que parecían argumentos cinematográficos; lo vio combatir con una tenacidad digna de sus antepasados libertadores.

La lucha fue tan prolongada y sangrienta que en los propios Estados Unidos causó impresión. Allí había llegado al poder un nuevo concepto de gobierno, que repudiaba los métodos de opresión usados por Washington hasta poco antes; un gobierno que había sido producto precisamente de la

presión popular originada en la gran crisis de 1929. La situación de Cuba era indescriptible. Roosevelt, pues, decidió que la Casa Blanca no podía seguir respaldando a Machado. Al faltarle su soporte exterior, la ayuda de sus más poderosos aliados, el machadato cayó estrepitosamente.

Pero los altos funcionarios norteamericanos no entendían que por haber repudiado a la tiranía machadista debían dejar a Cuba en manos de los cubanos; y eso explica que el propio enviado personal de Roosevelt escogiera un nuevo presidente, un amigo suyo, hijo del padre de la patria cubana, Carlos Manuel de Céspedes, iniciador de la guerra de los diez años. Ese presidente —y su Gabinete, claro— iba a durar sólo veintitrés días, y sería derrocado y sustituido sin previa consulta con el enviado de Roosevelt, el embajador especial Summer Welles. El derrocamiento se produjo el 4 de septiembre de 1933, y era la primera vez en su historia que los cubanos actuaban sin tomar en cuenta a un poder extranjero. Por eso puede afirmarse que la gran guerra por la libertad nacional, iniciada el 10 de octubre de 1868, duró hasta el 4 de septiembre de 1933. Con sus paréntesis de paz, se prolongó a lo largo de sesenticinco años.

¿Qué sucedió ese día de septiembre de 1933?

Sucedió que el ejército cubano se sublevó, bajo el comando de sus sargentos, contra la oficialidad y contra el gobierno designado por Mr. Sumner Welles. La mayoría de la oficialidad era, como los políticos al uso, de alma colonialista; miraba a Washington más que a Cuba, y había dado su apoyo, uno tras otro, a los gobiernos dependientes que había tenido la República. Pero no fue echada de los cuarteles por esa razón, sino porque todo el orden cubano había sido subvertido y el pueblo deseaba el poder para sí.

En realidad, la conspiración de los sargentos persiguió fines muy distintos de los que a última hora le comunicó la

dinámica revolucionaria; se organizó para obtener de la oficialidad —y sobre todo del nuevo gobierno— mejores cuarteles, mejores sueldos, mejor comida; en suma, mejor trato a los soldados, como en las calles reclamaban mejor trato los obreros. Pero sucedió que en el breve lapso que cubrió la conspiración —tres semanas— los estudiantes que habían dirigido la lucha contra Machado se infiltraron en ella y le dieron un sentido revolucionario general, de que carecía. La orientación política de la rebelión militar cubana de 1933 fue obra de esos estudiantes; y resultó fácil dársela porque a la caída de Machado la atmósfera nacional había quedado cargada de ideas renovadoras.

La rebelión de los sargentos tuvo buen éxito, y de ella surgió Fulgencio Batista caudillo militar. Lo nefasto para Cuba era que ni Fulgencio Batista ni sus compañeros de armas sabían en realidad qué papel estaban desempeñando. Acababan de librar la última batalla de una guerra que llevaba ya sesenticinco años, y ellos creían que habían encabezado un vulgar golpe de Estado circunscrito a lo doméstico.

Su ignorancia les impedía ver los alcances de su acción.

II

El 4 de septiembre de 1933 Cuba amaneció libre; libre por vez primera desde que su tierra fue pisada por los conquistadores españoles. ¿Qué iba a suceder a partir de ese momento?

Sucedió que antes de que salieran de su júbilo, el ejército y el pueblo —que festejaban la victoria sin saber en qué consistía— se hallaron encabezados por un gobierno provisional. El gobierno había sido elegido fundamentalmente por los estudiantes. En esos primeros días Batista y sus compañeros eran sólo instrumentos del estudiantado, adalides de la lucha, al extremo de que era un estudiante quien presidía el comité revolucionario de Columbia.

El gobierno revolucionario se componía de una pentarquía; en ese ejecutivo de cinco cabezas el más conocido y popular en Cuba y fuera de Cuba era Sergio Carbó, periodista notable. A Sergio Carbó iba a tocarle poner en los hombros de Batista las insignias de coronel, llevándole así de una plaza de sargento taquígrafo a la jefatura de las Fuerzas Armadas; al andar del tiempo, veinte años después, Sergio Carbó tendría que huir de Cuba para salvarse de la persecución de Fulgencio Batista.

La pentarquía duró poco, apenas cinco días. La reacción de Washington no se hizo esperar. El embajador especial Sumner Welles creyó que aquella subversión que se había producido en Cuba sin consultarle era un insulto personal a él y a su representado, el presidente Roosevelt, y aconsejó desde Cuba una política drástica contra el nuevo gobierno; llegó hasta a pedir una intervención militar, por lo menos el desembarco de algunos efectivos de la Infantería de Marina para que le protegieran y para impresionar a los cubanos. Roosevelt se opuso. De todas maneras buques de guerra norteamericanos navegaban en aguas cubanas; en los ingenios de la isla obreros y soldados fraternizaban en comités de huelga. La presión de Washington deshizo a la pentarquía. Pero uno de sus miembros, Ramón Grau San Martín, se negó a renunciar, y quedó él solo, rodeado de entusiastas muchachos, al frente del gobierno.

Lo que ese gobierno hizo hubiera dejado satisfecho a José Martí. Pues con una energía, un optimismo, un valor juvenil, en medio de un entusiasmo pagano, se dedicó a demoler una por una las murallas coloniales, todos los obstáculos que tenía Cuba por delante; a reparar las injusticias de cuatro siglos y de treinticinco años, a echar abajo el pasado; en una palabra, se entregó a poner en manos del pueblo cubano los destinos de su vida, su economía, su dignidad.

Se trabajó de prisa, en un diálogo constante con las masas, que llegaban día tras día a las puertas del palacio presidencial llevando sus peticiones, su demanda de justicia social, en manifestaciones constantes. En realidad ninguno de los problemas que planteaban esas masas había sido previamente estudiado, pues los combatientes en ese último episodio de la guerra libertadora se habían dedicado a luchar sin pasarles por la cabeza la idea de que en alguna ocasión llegarían al poder. En conjunto conocían esos problemas, pero no en detalles. Lo admirable es que las soluciones dadas desde el palacio fueron siempre acertadas. Era que se trabajaba con verdadero fervor patriótico, y Martí lo había dicho. “Los apasionados son los primogénitos del mundo”. Digno de tomarse en cuenta es que esa obra se realizó en medio de libertades completas.

El gobierno revolucionario de Grau San Martín lanzó a la calle cincuenta, tal vez sesenta decretos demoledores para el antiguo régimen económico y social del país; desconoció la Enmienda Platt, legalizó el derecho de huelga, la formación de sindicatos, limitó el trabajo de las mujeres y los niños, estableció el seguro contra accidentes y el de maternidad obrera, canceló los subpuertos, municipalizó los bateyes de los ingenios para someter sus zonas a la ley; fijó el jornal mínimo y la jornada máxima, limitó el número de extranjeros en la industria y obligó a que cada puesto abandonado por un extranjero fuera servido por un cubano; dio prioridad al Estado en los remates de tierras, rebajó impuestos, congeló los alquileres, intervino a las empresas extranjeras que violaban las leyes, como la filial de la General Electric en La Habana. Por primera vez en Cuba se gobernaba para los cubanos y no para los capitalistas foráneos.

Pero ese régimen duró poco. Se enfrentó a varios alzamientos, instigados por la reacción y de hecho bendecidos por Sumner Welles, y en todos salió triunfante porque tenía

de su lado al pueblo y a sus líderes de más prestigio. Pero hubo una conspiración que no pudo debelar; fue la de Washington y Batista, el acuerdo del imperialismo con su nuevo agente cubano.

Un funcionario de la Secretaría de Estado llamado Jefferson Caffery, con experiencia en aplastar movimientos populares en la América Latina, obtuvo de Batista lo que Sumner Welles no logró enfrentándose a Grau: la traición a Cuba. Se sobornó al nuevo caudillo militar, que pudo y debió ser la garantía de la liberación, ofreciéndole el apoyo extranjero. Batista se dejó deslumbrar y derrocó a Grau en enero de 1934. A partir de ese momento Batista se quedaría con el poder y Grau con la popularidad; y eso explica la lucha habida en Cuba en los once años que siguieron, hasta que en 1944 Grau volvió al poder gracias a unas elecciones que ganó en forma aplastante.

Aquí tenemos, pues, el caso de una situación que fue creada sin intervención del imperialismo, sino más bien en lucha contra él, y que acabó siendo dominada por esa nefasta fuerza. Adviértase que Fulgencio Batista surgió caudillo militar sin auxilio de Washington, después se dejó sobornar y traicionó a su pueblo. En gran medida eso sucedió porque Batista ignoraba —y la gran mayoría de los que estaban a su lado lo ignoraban también— cuál era su posición dentro del curso histórico cubano. Él era, en realidad, el producto de una acción tenaz de sesenticinco años. Pero no lo supo; no lo intuyó, siquiera. Creyó que lo que sucedía en Cuba era un bochinche de pura política doméstica y que la posición que él había ganado era obra de sus propios méritos. Su incultura no le permitía ver la verdad.

Ahora bien, esa incultura no era un pecado de los cubanos, sino un crimen de España, y yendo más lejos ni aun eso, puesto que en España abundaba la ignorancia tanto como en su colonia, y quizás más, en cierto sentido. “La ignorancia

engendra monstruos”, aseguró un pensador. Lo cual es cierto. Cuba cosechaba en tal momento el fruto de una fatalidad histórica en cuya gestación ella no intervino, y fue la conquista de la isla por los españoles. Todo un pasado de orígenes complejos, que escapaban a la responsabilidad criolla, estaba latiendo, para mal de los cubanos, en ese momento desdichado. Y todo un largo trecho de porvenir estaría también encauzado por ese momento, pues así como él fue resultado de acontecimientos remotos, así él determinaría nuevos acontecimientos en el porvenir.

En esos días Fulgencio Batista era un hombre de acaso treinticuatro años, de manera que ese caudillaje militar que le confirieron los sucesos y su audacia, reforzado por la ayuda norteamericana, iba a prolongarse muchos años todavía, dada su juventud, y durante todo ese tiempo sería amenazante para Cuba. El tiempo demostró que así había de ser.

Fulgencio Batista no tiene el alma insensible de Marcos Pérez Jiménez ni la soberbia incontrolable de Trujillo. Su psicología se asemeja bastante a la de Somoza; como Somoza, es farsante y capaz de llegar a cualquier extremo con tal de conquistar el poder. Somoza asesinó a Sandino y Batista ordenó la muerte de Antonio Guiteras; aquel derrocó a su tío político y éste al presidente que le garantizó la vuelta a Cuba y le salvó la vida. Pero el caso de Batista es más lamentable que el de Somoza porque se traicionó a sí mismo cuando se vendió a los enemigos de Cuba y se volvió contra el gobierno de Grau San Martín, y porque traicionó después el régimen constitucional que el pueblo se había dado bajo su dictadura, y del cual tantas veces dijo que era su mejor obra política.

Como Somoza, Batista es negociante; como el nicaragüense, el cubano es una alma colonialista. Ni el uno ni el otro toman en cuenta lo que piensan sus pueblos, pero viven atentos a lo que de ellos se diga en los Estados Unidos. Comparados

con Trujillo o con Pérez Jiménez, ambos son tolerantes y los dos preferirían no tener que abusar del poder. Batista, como Somoza, permite el juego de la oposición y la libertad de expresión, aunque tratan de que no haya ni una cosa ni la otra, si pueden. Los dos recurren al soborno con preferencia al crimen, pero llegan al crimen cuando lo consideran necesario.

Las diferencias que se advierten entre Anastasio Somoza y Fulgencio Batista —dos hombres, por cierto, fuera de lo común— son las que hay entre los pueblos de Nicaragua y de Cuba. Hay cosas que pueden hacerse en Nicaragua y en Cuba no. Cuba es un país rico, de historia muy intensa y cultura muy viva, con una tradición de libertades públicas muy honrosa y otra de lucha por defender esas libertades que pocos países de América pueden mostrar. Batista tiene que respetar, en cierta medida, esos valores nacionales. Pero cada uno en su medio, se parecen.

En cambio Batista no se parece a Trujillo. Es un caudillo a la antigua, con todos los vicios del caudillaje y con la ventaja de que no tiene pueblo que le siga, sino el ejército, lo cual le deja libre de compromisos con las masas; pero no es un enfermo mental como el tirano de Santo Domingo. Por lo demás, en oposición a lo que sucede con Pérez Jiménez, Somoza y Trujillo, que se consideran superiores a los demás hombres y por tanto no reconocen sus defectos, Batista ha tratado —con escasos resultados, eso sí— de superar muchas de sus fallas, y sin duda le hubiera gustado ser un político popular si su ignorancia no le hubiera impedido escoger su destino.

Pero perdió la ocasión de ser un ídolo de Cuba y un ejemplo para América cuando traicionó la revolución libertadora en enero de 1934. De haberse mantenido leal a la causa del pueblo, nadie, ni siquiera el propio Grau, habría alcanzado en la hermosa isla el rango de Batista. Pues tenía muchas de las cualidades que el cubano admira, era simpático, vivo, y

había surgido de las capas más humildes del pueblo. Puede decirse de él que estalló a la luz pública, puesto que nadie sospechaba su existencia antes del 4 de septiembre de 1933, excepto los que conspiraron con él; de un día para otro se ganó la buena voluntad popular, que perdió también de un día para otro porque en Cuba se odia la traición y se desprecia al que la ejecuta. Vendió su alma al diablo; por una mísera tajada de poder salió del panteón de los héroes hacia el infierno de los réprobos.

A la caída de Grau en enero de 1934 Batista no se atrevió a lanzarse a la conquista de la presidencia. Era muy cauto y sabía que todavía no contaba con fuerzas suficientes. Se dedicó, pues, a reforzar su poder militar y a ir tomando posiciones políticas poco a poco. Manióbró, escogiendo él los gobernantes y abandonándolos a su suerte o pidiéndoles la renuncia cuando lo creía oportuno. Mientras tanto impuso el terror en el país.

Volvieron a estar a la orden del día los asesinatos de adversarios, las prisiones, las torturas, los destierros. Aprovechó una huelga general, en mayo de 1935, para destruir, con una represión de tonos más bárbaros que los que usó Machado, toda oposición activa. Las víctimas eran de todas las categorías; líderes de renombre internacional, como Antonio Guiteras, revolucionarios de probada honestidad, o desconocidos trabajadores de la ciudad y el campo. Fueron años sombríos y de sangre esos, y al cabo de ellos salió Batista dueño absoluto de la fuerza militar cubana.

La gran obra de la revolución había sido detenida. El nuevo dictador, que se guarecía bajo un manto de irresponsabilidad legal porque otros gobernaban en nombre suyo, no se atrevió a ordenar la derogación de la legislación promulgada durante el gobierno provisional de Grau San Martín, pero la burló evitando su cumplimiento. El tenía en sus

manos, mediante el dominio de la fuerza pública, la aplicación de la ley; y no la aplicaba.

Tornaron a sus antiguos privilegios los señores del azúcar; volvieron a imperar la corrupción, los negocios sucios, los permisos para juegos de azar, los contrabandos, los jornales de miseria, la persecución de obreros y la disolución de sindicatos. Parecía haber resucitado el pasado colonial. Pero el pasado jamás vuelve. Dos fuerzas se movían contra su retorno: la conciencia de Cuba, que ya había visto, si bien durante muy corto tiempo, el rostro de su destino, y la situación internacional, que iba agravándose y no tardaría en desembocar en la gran guerra.

Comenzaron entonces los esfuerzos de Batista por adaptarse a la nueva situación. Forzados por las circunstancias mundiales, los Estados Unidos se veían en el caso de exportar el "New Deal". No podían aprobar cerca de sus fronteras el reinado de los grandes capitales, que perseguían en su país, y además debían contar con el apoyo de los pueblos para lo que se avecinaba. Fulgencio Batista, que durante la guerra civil española se había proclamado partidario del sistema corporativo fascista, amaneció un día abrazado con los líderes del Partido Comunista. Estos le tendieron un puente para que abandonara el cuartel y se instalara en palacio; y él lo cruzó.

Así, con el beneplácito de Washington, y llevado de la mano por los comunistas que se daban cuenta de que su partido ganaría popularidad si ellos lograban vencer a la reacción dentro del mismo Batista —combatiendo dentro de sus trincheras, para decirlo en términos militares—, el dictador aceptó en 1939 la tesis del autenticismo —el partido formado por Grau y su grupo— que demandaba, antes de que se dieran elecciones generales, una convocatoria a elecciones para redactar la nueva Constitución. El país llevaba ya seis años sin Constitución y los auténticos querían, con buen sentido político,

consagrar en una ley fundamental las conquistas del gobierno revolucionario que presidiera Grau.

La dirección del Partido Comunista cubano estuvo acertada en su análisis de la situación del país y sin duda le rindió un buen servicio a Cuba al poner en acción sus conclusiones. A Batista no le era fácil abandonar su base, que era el Ejército, sin tener donde plantar los pies en el terreno civil; los comunistas le brindaron ese terreno; le hicieron una propaganda no sólo nacional, sino continental, con lo que le dieron sensación de popularidad. Sin ella, el dictador no habría podido dar el salto.

Pues él tenía que pensar no sólo en sí mismo, sino también en su propio partido, que era el de los soldados. Batista había hecho de ellos una fuerza privilegiada; les mostró a Cuba como su botín, el botín ganado en batallas; les llevó a considerarse dueños del país y superiores a los cubanos trajeados de civiles, les creó una bandera, de la que se sentían más orgullosos que de la consagrada por los libertadores en los combates. Esa situación tenía que cambiar al normalizarse la vida política del país. Ofreciéndole a Batista una fuerza popular que sustitúa al Ejército, los comunistas facilitaron el difícil trance. Sería deshonesto no reconocerlo así.

Las elecciones para Constituyente, celebradas en 1939, fueron perdidas por los partidos que se aliaron con Batista pero a última hora éste maniobró y sustrajo de la oposición un partido, a cambio de cargos públicos. Ese grupo que se pasó a sus filas era el último remanente de un sector típicamente caudillista: el viejo partido conservador, con lo que se vio en torno del dictador una coalición que iba desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda comunista. Frente a ella estaba el autenticismo, con dos partidos pequeños a su lado. Pese a la maniobra de última hora los auténticos lograron imponer sus doctrinas en la nueva Constitución, una de

las más avanzadas que ha conocido el mundo, y de hecho la primera Constitución verdaderamente cubana, puesto que las que se había dado Cuba en guerra sólo tuvieron vigencia regionalmente.

Después de promulgada en 1940 la Constitución —que Batista llamó siempre el más brillante galardón de su carrera pública, a pesar de lo cual la echó por la borda en 1952—, el afortunado ex sargento se presentó candidato presidencial por la misma coalición de partidos que tuvo a su lado en la Asamblea Constituyente. Desde luego, para esas elecciones regía aún una ley electoral amañada, de la que se valió Batista para dar un sonado fraude electoral; y es claro que ganó las elecciones “por abrumadora mayoría”, según es tradición en las dictaduras del Caribe. De esa manera en 1941 había “ascendido” a presidente de la República. Ya estaba instalado en el palacio presidencial.

La historia lo había arrastrado, desde el fondo del pueblo, y lo había ido llevando de manera lenta pero segura hacia el primer plano nacional, él había ayudado a la historia con una notable capacidad de adaptación, con mente flexible y cierto natural don político. Susceptible de ser aconsejado, podía llegar a enderezar su torcido camino si actuaba a la altura de sus funciones. Ya era rico; en sus años de cuartel había acumulado una enorme fortuna interviniendo en toda suerte de negocios, recibiendo participaciones a cambio de favores públicos; como él se habían enriquecido sus amigos.

El gobierno de Batista no quitó ni puso rey. Envuelto en el gran oleaje de la guerra no pudo hacerle frente a ningún problema nacional. Porque Batista es astuto, pero carece de imaginación y de audacia para encarar los asuntos del pueblo; sus ideas son anticuadas, como las de todo colonialista, y además él es un derechista vergonzante, que pretende aparecer a los ojos del mundo como hombre de izquierda, y la

pugna entre lo que verdaderamente quería hacer y lo que hace produce acciones indecisas, titubeantes. Sabe que la gran masa cubana tiende hacia la izquierda, como ocurre en toda la América Latina, y no se atreve a desafiarla abiertamente propugnando medidas de derecha, que son las que él desearía aplicar.

Su caso es el de un hombre con un pie en una orilla y el otro en la opuesta, que no avanza ni está firme. Pero en lo que se refiere a su habilidad para devolver el ejército a los cuarteles y para actuar sin violencias cuando fue presidente constitucional, es deber del historiador reconocer que supo hacerlo. Bajo su gobierno de 1941 a 1944 las aguas cubanas fueron recobrando lentamente su nivel. En 1944 su candidato presidencial fue derrotado en elecciones de tan nutrida votación en su contra, que antes de que terminara el conteo de votos ese candidato había reconocido la victoria de su antagonista, Ramón Grau San Martín.

El triunfo de Grau era la proyección cubana del poderoso empuje popular, en todo el Caribe, que producían las limitaciones de la guerra. Mientras los empresarios estaban enriqueciéndose con los precios buenos y la venta segura de productos en el mercado norteamericano, los pueblos se veían con sus salarios congelados y ante una creciente escasez de artículos de consumo. Ya hemos dicho en otras partes de este libro cómo la ola popular barrió dictaduras ese año y el siguiente. Los pueblos necesitaban de más libertad y mayor justicia social.

Cuba sabía que iba a tener ambas cosas con Grau en el poder, y le aclamaba llamándole “el presidente cubano”, manera de definir su conducta frente a la de Batista, que en cierto sentido había sido el gobernador colonial del país durante once años. Batista, que había perdido la popularidad en enero de 1934, perdía también el poder en junio de 1944;

Grau, que había perdido el poder en enero de 1934, tenía en octubre de 1944 el poder y la popularidad. Así parecía haberse liquidado toda una etapa histórica. Cuba entraba entonces en la posesión completa de su destino, cuyo rostro había entrevisto en 1933.

Pero la historia no actúa con la simplicidad que desean atribuirle las masas, y no se corta de golpe, como no puede cortarse un río de un machetazo. La historia fluye, viene siempre desde el pasado, arrastrando todas las fuerzas, las positivas y las negativas, en una marcha constante hacia el porvenir. El gobierno de Grau era un producto de la historia cubana, y llevaba en su seno todas esas fuerzas, las útiles y las perjudiciales, muchas de las cuales estaban todavía con todo el vigor que tenían en los días en que el país era una colonia española. Con Batista se impusieron las peores, sin que dejaran de manifestarse las mejores; con Grau se impondrían las mejores, pero no dejarían de actuar las peores.

La responsabilidad de un gobernante ante la historia se determina por el auge de una de esas dos fuerzas en su régimen; en el caso de Grau, mientras fue presidente constitucional entre 1944 y 1948, las dos se manifestaron con igual violencia. A un mismo tiempo fue el gobierno más progresista y el más corrompido, el de más libertades y el más personalista, el más popular y el más odiado. Los historiadores del porvenir van a tener bastante trabajo al tratar de clasificar ese gobierno.

El resurgimiento del país fue visible tan pronto Grau tomó el poder. Ese médico tenía una imaginación verdaderamente rica para crear medidas populares y una singular audacia para ponerlas en ejecución. Salido de la pequeña burguesía, tenía siempre presente al pueblo en sus planes. Su precisión para ver en la enmarañada selva de intereses que tenía por delante era asombrosa, y sus conclusiones, por

lo general, eran acertadas. Mantuvo al país en vilo, golpeando sin cesar en sus zonas sensibles, con cierta demoníaca alegría. Sus ideas fundamentales eran que había que darle al pueblo cada vez más poder adquisitivo y al mismo tiempo facilitar la formación de una burguesía nacional, abrir cauces para que la pequeña burguesía se expandiera y formara una fuerte clase media. Él no lo decía con esas palabras, pero sí con sus procedimientos. Enriquecer más a cada cubano, en medio de una libertad sin trabas, y enriquecer sin cesar al Estado, eran sus fines.

Grau creía que la economía capitalista tiene zonas de fricción, a las que no debe temerse; a su juicio hay en el sistema un elemento psicológico que desborda a menudo sus leyes, y hacer que el numerario irrigue todo el cuerpo social es necesario para mantener al pueblo estimulado en la lucha diaria. A ese efecto contaba, entre sus numerosos apólogos, el de un señor que llegó a un pequeño pueblo muy pobre y pagó el alojamiento con un billete de cien dólares; ese billete puso a todo el mundo a trabajar y a producir en el poblado, porque la gente lo veía y cada quien tenía confianza en que su trabajo sería pagado cuando lo cambiaran. Al final sucedió que el billete era falso, pero la fe de la gente había producido muchas veces cien dólares antes de que se supiera que no era legítimo.

En cierto sentido el apólogo podía aplicarse a él. Pues su presencia al frente del gobierno equivalía para los cubanos a la llegada de un billete de buena ley, que estimuló a todo el mundo y llenó al país de una euforia productiva nunca vista antes en Cuba.

El plan de obras de Grau fue realmente grande. El pueblo adquirió fe y se vio a Cuba crecer y desarrollarse del día a la noche. La Habana se transformaba, pero también ciudades tan lejanas como Guantánamo o remotos burgos del interior.

Fueron grandes su política exterior y su respeto a las libertades públicas, la dignidad con que trató a los Estados Unidos y el tesón con que impuso la justicia social. Pero en la misma medida fueron grandes también bajo su régimen la corrupción ideológica, política y administrativa. Cada jefe provincial o municipal de su partido se convirtió en un pequeño caudillo que sólo atendía a la defensa de sus intereses electorales; y muchos ministros se dedicaron a enriquecerse, algunos en forma escandalosa. Uno de ellos se trasladó a Norteamérica con más de cuarentiocho millones de dólares en efectivo, cuando se le preguntó cómo había podido llevarse todo ese dinero respondió cínicamente: "En maletas".

Grau toleró ese estado de cosas. Burló en tal sentido la fe pública, y a menudo se puso por encima de las instituciones, como si pretendiera desacreditarlas. Nunca auspició el pandillerismo, como dijeron de él sus adversarios, pero permitió que floreciera sin oponerle su indudable autoridad. El gangsterismo político se multiplicaba en un clima de inmoralidad administrativa. En esa inmoralidad se incubó la traición de Batista.

Pero los resultados positivos de la obra gubernamental realizada por el autenticismo eran tan grandes, que cuando llegó la hora de sustituir a Grau San Martín su partido ganó las elecciones en las seis provincias de Cuba, lo cual nunca antes había sucedido.

El candidato triunfante fue Carlos Prío Socarrás, que tomó posesión de su cargo en octubre de 1948.

III

Mientras gobernó Grau San Martín, Fulgencio Batista no pisó tierra cubana. Había dejado atrás muchos cadáveres, muchos atropellos, muchas violaciones a las leyes, sabía que entre los centenares de viudas y de huérfanos algunos acudirían a la

Justicia tan pronto él volviera, y sabía que Grau no interveniría ante los jueces para entorpecer su tarea. Esperó, pues, a las elecciones de 1948 y compró una candidatura a senador.

De acuerdo con la ley electoral cubana su elección era segura por la minoría. El cargo de senador lo hacía inmune por cuatro años. Obtuvo la curul, pero aun así no se atrevió a retornar sino después que el nuevo presidente le ofreció toda suerte de garantías. Pues él había cerrado, con su acta de senador, el camino de la Justicia, pero no podía evitar que un familiar de alguna víctima suya le agrediera. Prío Socarrás fue amplio con su antiguo opositor y perseguidor, le dijo que escogiera él mismo sus guardias personales en las filas del ejército. La oferta le fue hecha en el palacio presidencial, adonde había ido Batista para agradecerle al nuevo presidente el trato que le daba. De allí salió a conspirar. Durante casi cuatro años cobró su lujoso sueldo de senador; jamás hizo acto de presencia en el Senado.

Prío Socarrás era joven cuando llegó a palacio. Había tenido una brillante actuación en la revolución; había sido líder de la organización clandestina del autenticismo en el país, cuando el partido fue desbandado por el terror y muchos de sus mejores hombres asesinados o lanzados al destierro en 1935 y 1938; fue el líder del partido en la Convención Constituyente de 1940 y resultó después electo senador. Estaba en esas funciones cuando fue llamado por Grau a servir el cargo de primer ministro y el de ministro del Trabajo.

Hombre de inteligencia rápida, con mucha mayor cultura de la que hasta sus amigos sospechaban y muy superior a la del político promedio de Cuba, tenía el don de captar de un golpe de ojos la entraña de cualquiera situación. De mente realista, organizaba sus ideas en forma tan natural que le resultaba muy fácil hallar salida a la peor de las situaciones. Intelectualmente era un político nato, y no le fue difícil convertirse

también en un estadista, quizás el cubano más preparado en el estudio de los problemas de su país.

Pero Prío Socarrás no tenía temperamento de político ni, por tanto, de gobernante. No tenía del poder el concepto realista de Grau San Martín ni lo amaba como éste o Batista. Bondadoso y tolerante, su sensibilidad resultaba más apropiada para un artista o un estudioso de problemas filosóficos, y a la vez su sensualidad, muy cubana, le llevaba a querer disfrutar lo bello de la vida sin sacrificar eso a las exigencias de la política. Su aspiración era ser justo, con amigos y enemigos no ejercer la autoridad; su propósito, establecer las bases institucionales y económicas necesarias para un buen desarrollo del país y retirarse de la vida pública.

Su sensibilidad y su bondad fueron trabajadas por el penoso espectáculo que se ve desde el poder: partidarios mostrando, desnuda, la entraña llena de ambiciones mezquinas; adversarios atacando con armas de mala ley, amigos convertidos en enemigos porque no se les puede dar lo que piden. Además, él llegó al gobierno en una época de corrupción casi desenfrenada, en la cual infinito número de hombres se habían convertido en fieras hambrientas, sólo preocupadas por enriquecerse a costa de lo que fuera.

Gobernar era para Prío Socarrás un penoso deber sólo compensado por los bienes que podría obtener desde el gobierno. Pero esa misma compensación agravaba su estado moral, porque él hubiera preferido ser el presidente más honesto del país. Para serlo le habría hecho falta un carácter que él no tenía y un amor al poder que no sentía.

En su régimen se moderó grandemente la corrupción administrativa pero se agravó la corrupción política. La gran mayoría de los ministros que sirvieron cargos en su Gabinete fueron honestos; por otra parte su obra legislativa fue imponente, y echó las bases para que su sucesor acabara con la

sustracción de fondos públicos. En el orden económico creó también las instituciones fundamentales para el desarrollo de Cuba. En muchos aspectos su gobierno superó a todos los anteriores. Como Grau, mantuvo un plan de obras públicas que cubrió todo el país, una política social avanzada, una conducta exterior digna y completas libertades públicas. En otro momento histórico su gobierno habría tenido ancha base popular.

Pero no en el que le tocó gobernar. La corrupción política había ganado ya a todas las zonas sociales cuando él llegó a la presidencia. Las organizaciones obreras estaban minadas por ella; gran parte de la prensa también; el partido de gobierno parecía una suma de pequeñas partidas personalistas; las facciones de pandilleros, envalentonadas por la inacción gubernamental en tiempos de Grau, se mataban entre sí en plenas calles o mataban a hombres bien queridos. Hasta Trujillo organizó en La Habana el secuestro de Mauricio Báez, el líder de los obreros azucareros dominicanos, y la dictadura venezolana trató de asesinar a Rómulo Betancourt.

Prío Socarrás no quiso o no pudo ejercer autoridad para enfrentarse a esa situación. El gran pecado de Prío Socarrás fue su falta de autoridad, que provenía de su falta de amor por el poder y del escepticismo en que las funciones de gobierno sumieron su alma. Esa falta de autoridad, sumada a la descomposición política general y a la corrupción en el partido auténtico, es responsable, en una tercera parte, de lo que sucedió en Cuba el 10 de marzo de 1952.

Otra tercera parte de responsabilidad toca a la oposición. Fundamentalmente la oposición era el partido ortodoxo, un desprendimiento del autenticismo. Durante la administración Grau un grupo de líderes auténticos, encabezado por el senador Eduardo Chibás, se alejó del gobierno y fundó la ortodoxia, esto es, la fracción que reclamaba un gobierno de

acuerdo con las ideas originales del autenticismo. Entre ortodoxos y auténticos no había diferencias en lo que tocaba al problema social, al económico o al de la doctrina democrática, la diferencia estaba en la moral política y administrativa.

Los ortodoxos reclamaban honestidad en los funcionarios públicos, y usaron como lema el que había llevado al poder a Luis Muñoz Marín en Puerto Rico: “Vergüenza contra dinero”. El partido de Muñoz Marín había enarbolado esa consigna por razones distintas a las de los ortodoxos; entre los puertorriqueños significaba que los ciudadanos no debían vender su voto. Para la ortodoxia de Cuba “Vergüenza contra dinero” quería decir que a los cargos públicos debían ir hombres de vergüenza, incapaces de entregarse a los fraudes. La consigna no tardó en ganar una vasta popularidad.

El alma del movimiento ortodoxo fue Chibás. Había sido incansable propagandista de Grau, propiamente el vocero de su partido; antes que otro político cubano él apreció la utilidad de la radio para exponer sus ideas, y el pueblo se acostumbró a oír su radiación todos los domingos en la noche. Era agresivo, muy valiente y expositor de suma habilidad. Sabía hablar a las masas, decirles lo que quería con sencillez, ofrecerles datos sobre sus denuncias, citar nombres y fechas. Era contundente y tenaz. Tenía el don nato del gran agitador. Cuando se separó del autenticismo era ya un líder popular.

La prédica de Chibás hería en un punto sensible, el de los robos y fraudes en la administración. Su autoridad moral para hacerlo estaba en que él era quizás el único político cubano que usaba su propio dinero para sus campañas. La política es en Cuba una carrera muy costosa, tanto que las elecciones generales son llamadas por el pueblo “zafra chiquitas”¹.

¹ La “zafra grande” es la azucarera —corte de caña y producción de azúcar— que dura tres meses y da trabajo a casi medio millón de empleados y obreros.

Además en Cuba se usa mucho el buscador de votos profesional, el llamado “sargento político”, especie de institución nacional que se halla en todos los partidos. Chibás no usaba sargentos políticos para buscar votos. Chibás ni siquiera acostumbraba estar en su demarcación electoral cuando había elecciones, y el pueblo le daba siempre su voto. Chibás había nacido rico. En asuntos económicos era un desinteresado sincero, y tenía el carácter necesario para proclamar su honestidad y la ausencia de honestidad en otros. No titubeaba a la hora de hacer una denuncia. Claro, eso acabó haciéndose en él un sistema, lo cual resultó a la postre desastroso para él y para Cuba.

Pues Chibás no tenía ambición de dinero, y probablemente tampoco de poder, pero lo tenía de popularidad. La popularidad era su estímulo, la razón de ser de su vida. Y en esa carrera de denuncias su popularidad corría peligro de arruinarse si en algún momento no podía probar sus acusaciones. Eso sucedió al fin cuando acusó de negocios turbios al ministro de Educación de Prío Socarrás, un luchador de los días de la revolución de tremenda sangre fría, honradez a toda prueba y carácter de acero. El atacado pidió pruebas, Chibás no pudo ofrecerlas.

El combativo líder ortodoxo, a quien todo Cuba veía ya establecido en la presidencia de la República y cuyo partido aumentaba por días, se desesperó y ofreció las pruebas; el acusado, que era un maestro en la táctica de la polémica, lo cercó, le obligo a presentarlas. No eran tales pruebas. La popularidad de Chibás tuvo un descenso súbito. Probablemente este golpe coincidió con un achaque de salud, pues Chibás había sido operado meses antes en Estados Unidos. Es el caso que ese descenso en su popularidad comenzó a trabajar el alma del gran agitador con la sensación de que había fracasado, de que su prédica había sido semilla tirada al pedregal. No pudo

sufrirlo; y un domingo, al terminar su acostumbrada radiación, frente al micrófono por el que había hablado se dio un tiro. Murió algunos días después, en medio de una enorme consternación nacional.

La muerte de Chibás hizo de las masas de su partido un ariete cargado de odio ciego que golpeaba sin cesar sobre el presidente de la República. Prío Socarrás fue llamado asesino de Chibás, como si él hubiera tenido parte en un suicidio ejecutado públicamente y en medio de un círculo de partidarios del suicida. En la ortodoxia proliferaron los que creyeron que haciendo acusaciones podían alcanzar la popularidad de Chibás. Comenzó entonces una campaña de ataques incesantes, con varias radiaciones diarias, que iban “poniendo en medio de la calle la autoridad presidencial”, como dijo cierto comentarista.

Por otra parte, el único líder capaz de encabezar al pueblo en un súbito cambio de frente para ofrecer respaldo al gobierno de Prío en caso de que hubiera amenaza de golpe militar, era Chibás, y él había anunciado muchas veces que eso haría si se presentaba la necesidad. Su muerte, pues, limpiaba de obstáculos el camino de los conspiradores, que ya estaban trabajando en las sombras cuando él murió. Nadie más en su partido tenía su don político ni su autoridad indiscutida. Sin esa autoridad y sin ese don político, la ortodoxia creyó que su deber era destruir la moral de Prío y del autenticismo; y lo hizo tan cabalmente que los conspiradores creyeron que al dar su golpe todo el pueblo los aplaudiría.

Por último, una tercera parte de la responsabilidad le toca a Fulgencio Batista. Caudillo militar, aunque estuviera fuera del ejército, ningún soldado en Cuba hubiera conspirado sin tomarle en cuenta; y él no sólo fue tomado en cuenta sino que encabezó y organizó la conspiración. Formó su partido, de muy escasos seguidores debido a su falta de popularidad, para

encubrir con actividades políticas sus verdaderos fines. De haber sido un cubano con amor a su pueblo y un hombre con respeto por su papel en la vida nacional, digno del cargo que había desempeñado, jamás habría dado ese paso, con el que hundió a Cuba en un mar de desprestigio internacional y retrasó la evolución política del país. Pudo asestar esa puñalada traperera a Cuba porque nadie creyó que hubiera alguien capaz de traicionar de esa manera la fe del pueblo, y menos que nadie Fulgencio Batista, que hasta horas antes de su felonía pronunciaba discursos llamándose a sí mismo el guardián y el defensor de la Constitución.

El ejército fue tomado por sorpresa. No más de doce oficiales participaron en el golpe del 10 de marzo de 1952. La primera medida de Batista, ese mismo día, fue subir el sueldo del soldado raso y de los policías a cien dólares, más las regalías por años de servicios. Con eso se ganó a la militarada. En el acto, como había hecho en su mando anterior, proclamó la doctrina de la superioridad de los militares sobre los civiles y la de su vieja bandera sobre la cubana; esto quería decir, en pocas palabras, que de nuevo derramaba sobre la isla la arbitrariedad, el atropello, la violencia.

Batista se proclamó primer ministro, primero, y después presidente de facto. La Constitución fue sustituida por un estatuto de su invención; el Congreso, por una asamblea consultiva de miembros designados por él. Cuando llegó al palacio presidencial declaró que había encontrado cocaína en el escritorio del presidente Prío. Nunca había caído Batista tan bajo. Esa calumnia, aparecida en su boca, lo igualaba a Trujillo. Un hombre que había sido presidente constitucional de su país, no importa si gracias a buenas o malas artes, y que había recorrido América ofreciéndose a los públicos como líder democrático, no debía mentir en forma tan repugnante para justificar su traición.

Pero había algo más que el deber de respetarse a sí mismo. Prío Socarrás había ofrecido protección a Batista cuando éste fue a solicitársela; y pocas semanas antes de que el protegido le calumniara, le había salvado la vida, y Batista lo sabía. Unos cuantos cubanos que tenían pendiente con Batista deudas de sangre de sus tiempos dictatoriales se organizaron para darle muerte. Prío lo supo; supo que esperaban a Batista en las cercanías de su casa, a la cual se llegaba por una pequeña carretera de desvío, y urgentemente, media hora antes de producirse la agresión, envió soldados en camiones para proteger la vida de su adversario*.

Batista había llegado a palacio. Volvía allí porque las debilidades históricas de su pueblo le habían permitido ser caudillo militar, primero, y cabecilla de un golpe traidor después. Pero aun con su pasado de caudillo de la soldadesca él no habría podido conspirar en 1952 con buen éxito si la corrupción administrativa y política del autenticismo no hubiera favorecido sus planes y si una oposición desbordada no hubiera propiciado el descrédito gubernamental. No hay constancias de que el imperialismo norteamericano haya tenido que ver con su última hazaña. No hay, hasta la fecha, documentos o indicios en qué basar una acusación contra los políticos de Norteamérica por haber intervenido en el derrocamiento del régimen democrático de Cuba. Si los hubiera, en este libro se hablaría de ellos.

La reacción del pueblo fue inmediata. Prío Socarrás, que no era popular el 10 de marzo, era el día once el símbolo de la

* El autor fue testigo personal en ese incidente; estaba con el presidente Prío cuando éste ordenó telefónicamente la salida de los soldados que debían proteger a Batista; además, un amigo de la intimidad de Batista le contó al autor, pocos días después, la reacción de Batista cuando supo cómo había procedido Prío en ese caso. Por lo demás los hechos fueron conocidos por varias personas.

constitucionalidad traicionada y su aparición en los noticiosos cinematográficos despertaba tempestades de aplausos. La ortodoxia no comprendió esa reacción de las masas y siguió atacando a Prío y al autenticismo como si nada hubiera sucedido en Cuba; el resultado fue que acabó fraccionándose en varios grupos. Prío salió al exilio y, desde allí comenzó a organizar la lucha clandestina de su partido para derrocar a Batista, mientras Grau San Martín eligió el camino de la acción política con igual propósito.

Volvió Cuba a vivir los días de oprobio; los periodistas eran apaleados, las damas insultadas, y por lo menos a una de ellas, doctora en Filosofía, le apagaron en los senos cigarros puros encendidos para que denunciara dónde se hallaba Aureliano Sánchez Arango, el jefe del movimiento clandestino. A un conocido abogado auténtico le quemaron los pies por igual motivo, hasta dejárselos en el hueso; otro, amigo de Sánchez Arango, fue asesinado en plena Habana. Hubo jóvenes a quienes se colocó, amarrados de codos y vendados, al paso de un ferrocarril; catedráticos de la Universidad fueron golpeados en los cuarteles; médicos, comerciantes, políticos, ilustres figuras de la vida nacional, presos y atropellados; oficiales del Ejército, torturados; manifestaciones obreras y de jóvenes católicos disueltas a balazos, y hasta el cardenal Arteaga Betancourt fue herido a golpes en la cabeza por la policía que asaltó sus habitaciones privadas.

Batista, que aun en sus mejores tiempos careció de popularidad en Cuba después de su traición de 1934, representaba para los cubanos la peor parte de la sociedad, esa porción ignorante, cruel, ávida de imponer su vulgaridad que hay siempre en los países que han sido manejados colonialmente. Cuba lo repudiaba y repudiaba su régimen. Mientras los políticos luchaban contra él con sus medios, el pueblo, sin distinción de clases, le oponía el arma económica.

La falta de confianza en un gobierno cuartelario, en el que todo el mundo veía apetencias innobles, cuyo origen evidente era el afán de enriquecimiento de los jefes, llevó a la economía nacional a caer casi de pico. Por otra parte, con su decrepita concepción colonialista, el dictador comenzó a trastocar cuanto en el orden económico había hecho sobre todo el gobierno de Prío Socarrás, que fue mucho y de grandes provechos para Cuba. Al terminar el año de 1952 los efectos de la retracción popular y de los errores gubernamentales en ese terreno estaban sintiéndose en todo el país.

En julio de 1953 se produjo uno de esos hechos con que el pueblo de Cuba, casi por sí mismo, acostumbra a encararse con su destino. Un grupo de acaso cien jóvenes, armados de rifles de calibre 22, de escopetas y revólveres, atravesó toda la isla, en un viaje de mil kilómetros, sin ser notadas por la numerosa y ávida policía política, y en la madrugada del día 26 atacó el cuartel principal de Santiago de Cuba —donde había más de mil soldados— así como otro en una ciudad cercana. La heroica y desesperada acción estuvo a punto de tener buen éxito, puesto que unos ochenta jóvenes penetraron en el cuartel de Santiago. Pero no conocían bien la posición de las dependencias y cayeron en una que se hallaba casi aislada. Ahí fueron masacrados a fuego de ametralladora. Varios lograron retirarse; la mayoría quedó herida y fue rematada después por los soldados. Los que presenciaron la matanza cuentan que tras destrozarles los rostros a culatazos y a tiros, les cortaban sus miembros viriles y se los ponían en las bocas.

Cuba vivió días de terror a partir de ese momento. La soldadesca fue echada a las calles y a los caminos, sobre todo en la región de Santiago de Cuba, con orden de matar a cuanto adversario conocido hallara. Hubo casos en que uno de esos adversarios, oculto en los matorrales de un río, vio cómo a su

hermano lo llevaban a un puente cercano, le echaban alcohol, le pegaban fuego, lo lanzaban al abismo y se ponían a cazarlo a tiros.

Así actuaba la parte mala de Cuba. Porque también hubo quien se opusiera a tales crímenes. Un grupo en fuga, por ejemplo, llegó a la casa de un campesino acomodado; y por lo mismo que, según sus palabras, él era “el único batistero en estos contornos”, les ayudó a esconderse y los encaminó después hacia lugares más seguros. El jefe de la Marina de Guerra en Santiago de Cuba, llamado para ayudar en la represión, contestó que él no llevaba uniforme para combatir al pueblo. Hubo muchos oficiales, clases y soldados que actuaron así. Ninguno, desde luego, quedó en su puesto. Y por último cuando la matanza por los campos de la región llenaba de lágrimas el corazón de la gente, el obispo de Santiago de Cuba salió él mismo, en un yipi con altoparlantes, a ofrecer garantías a los que huían. En cambio, con discursos en que estallaba la cólera, y rindiendo a los soldados muertos honores de héroes de la patria caídos en campaña mientras insultaba a los jóvenes sacrificados y a los que todavía eran perseguidos, Batista estimulaba la división de los cubanos entre soldados con todos los privilegios y civiles sin derechos.

El día mismo de los sucesos de Santiago de Cuba comenzaron las cárceles de toda la isla a ser llenadas con hombres de todas las clases, de todos los partidos y de todas las edades. El autor de este libro estuvo entre ellos. El autor lleva muchos años en lucha contra la tiranía dominicana, y desde luego un conocido antitrujillista tenía que estar fichado como adversario de Batista, ese “grande y buen amigo”, como le llama públicamente Trujillo. En el cuartel del servicio de inteligencia militar el autor fue saludado por un capitán con estas palabras. “Prepárese, que hoy mismo sale usted en avión para la República Dominicana”. “Usted sabe que en Cuba no hay

quien se atreva a cometer crimen semejante”, respondió el autor. Tanto el capitán cubano como él sabían que llevarle a Santo Domingo era enviarle a la muerte. “Podemos hacerlo, porque tenemos seis meses sin garantías para hacer lo que nos dé la gana sin que nadie se entere”, dijo el capitán¹.

Y así era, en efecto. La dictadura había suspendido toda garantía por seis meses y durante ese tiempo en cada periódico hubo un censor. Batista no quería que se dijera la verdad sobre los crímenes que se habían cometido en Santiago de Cuba, demasiado repugnantes para que tuvieran explicación en la mitad del siglo veinte y en un país civilizado.

La ola de crímenes avanzó sobre todo el país. Centenares de registros, en todos los cuales la soldadesca robaba cuanto hallaba a mano; centenares de prisiones y torturas inconcebibles, asesinatos en las calles, asaltos a mano armada a hogares y negocios, toda suerte de violencia se ejerció para dar con los depósitos de armas y con la jefatura de los núcleos clandestinos que organizaban a las fuerzas democráticas.

En medio de esa situación caótica, y temeroso de que la provisionalidad debilitara su régimen, Batista convocó a elecciones con una ley de sufragios que le garantizaba el triunfo aunque sólo unos cuantos millares de ciudadanos votaran por él. Ahora bien, pese a su evidente inmoralidad tales elecciones tenían un aspecto conveniente: devolvían al país su régimen constitucional. Cuba tiene tradición legal. No es tan fácil burlar allí la constitución, porque el pueblo sabe lo que significa su amparo y ejercita los derechos que ella le garantiza.

¹ Más tarde, hallándose el autor fuera de Cuba, y pretendiendo sin duda hacer creer que no actuó para servir a Trujillo, el gobierno cubano hizo decir a un corresponsal norteamericano que el autor se había nacionalizado cubano. Se trata de una mentira más entre las incontables que se han propalado sobre el autor, que nació dominicano y no ha cambiado ni cambiará su nacionalidad.

Las elecciones tuvieron efecto en noviembre de 1954, con un solo candidato presidencial, y ese único candidato, Fulgencio Batista, resultó electo “por abrumadora mayoría”. La antigua Constitución entró en vigor de nuevo el 24 de febrero de 1955.

Pero ese retorno al régimen constitucional no quiere decir que la situación se normalizó en la bella isla. Como carece de una fuerza política en qué apoyarse, Batista tiene que seguir afirmando su poder en el Ejército, de manera que no está a la vista la posibilidad de que éste vuelva a los cuarteles a cumplir su verdadera función. El Ejército es un partido armado en el poder, y ahí seguirá por mucho tiempo si la situación no cambia. La oposición está dividida en política —compuesta por un sector del autenticismo y otro de la ortodoxia— y subversiva —en que se hallan también núcleos de los dos partidos. La situación económica sigue empeorando.

Cuba es de una riqueza grande para su condición de país latinoamericano. La vitalidad económica cubana sorprende hasta a quienes ya la conocen. Pueblo trabajador, inteligente, audaz, ama la vida cómoda, la buena mesa, la buena ropa, la cultura; y produce para tenerlas. Pero ama sobre todo la dignidad del hombre libre. “Si la república no puede ofrecer a todos los cubanos la dignidad plena del hombre, la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una gota de sangre de nuestros bravos”, dijo Martí. Y cuando lo dijo estaba expresando un deseo profundamente sentido por todo su pueblo. El fue también quien pidió que se inscribiera en la bandera, alrededor de la estrella solitaria, “esta fórmula del amor triunfante: Con todos y para el bien de todos”. Fulgencio Batista le agregó a esa noble frase dos palabras; y la dejó así: “Con todos los soldados y para el bien de todos los soldados”.

En otra época factores internacionales y la existencia de un partido que tenía una masa disciplinada, capaz de no

desintegrarse con maniobra tan valiente —el comunista—, le facilitaron a Batista el paso de los cuarteles a la vida civil. Pero ahora no se cuenta con aquellos factores ni puede Cuba esperar que los comunistas sean el puente para llevar a Batista a una solución política de la crisis nacional.

Hombre con alma de *vedette*, que necesita del escenario iluminado para poder vivir; que, como una *vedette*, estudia su manera de presentarse al público y hasta el tono de voz que debe usar, y que para saciar su ambición de dinero no conoce otra actividad que la de gobernar, Fulgencio Batista aprendió a amar más el escenario del poder mientras estuvo lejos de él. Difícilmente admitirá ahora abandonarlo. Para devolverle al pueblo la dignidad atropellada y la libertad perdida, los mejores cubanos tendrán que luchar sin tregua.

Pero vencerán, porque la historia enseña que los abanderados de la libertad alcanzan siempre la victoria, tarden más o tarden menos. La carta cubana del póker de espanto del Caribe no es carta de triunfo duradero.

LA OTRA FAZ

Hemos visto la faz torva del Caribe, el aspecto sombrío de los pueblos donde gobiernan los tiranos. Hay sin embargo otra faz, la de la esperanza, entrevista por aquellos que luchan contra el despotismo; el rostro del porvenir, cuya presencia agita la sangre en las venas de los que padecen cárcel y da valor al corazón de los perseguidos.

En este mismo libro se ha explicado cómo se produjeron dos grandes sismos sociales en el Caribe. Claro que no se limitaron al Caribe, pero nosotros estamos circunscritos, en este estudio, a aquella zona, y en ella nos quedamos. Esos sismos sociales fueron el que comenzó en 1930 y el que se inició en 1944. El primero tuvo sus manifestaciones más tempranas antes, en 1928, y las últimas en 1933; el segundo estalló casi de golpe en 1944 y se prolongó hasta 1946. Ambos fueron impulsados por grandes conmociones de carácter general.

Sabemos que la causa inmediata de los acontecimientos de 1930 fue la gran crisis económica de 1929; y la de 1944, las restricciones impuestas por la guerra mundial de 1939-1945. No es fácil, a quien no esté convencido de que como parte de la humanidad el hombre actúa en función de lo que produce y lo que consume, comprender hasta qué punto las ideas que parecen más puramente concebidas, con menos contaminación del hecho económico, se ligan en la raíz al hambre o a la satisfacción del género humano.

No es fácil comprender por qué una crisis económica mundial afecta al campesino ignorante de Santo Domingo o al buscador de oro de la Guayana venezolana. Pero resulta que el intelectual que considera a las ideas como obras aisladas no es el campesino que lleva sus pocos frutos a la ciudad y vuelve en la noche a la choza sin haberlos vendido, ni el obrero que retorna a la casa para decirle a la mujer que no podrá comprar la leche de los niños porque han cerrado la fábrica.

Aquel intelectual no es el empleado que compra la ropa, los muebles y la medicina al crédito y un día, cuando sus deudas le abruman, se entera de que la mala situación económica demanda que su sueldo sea rebajado en una tercera parte; ni es el pequeño productor que al ir a buscar fondos en préstamo al banco recibe la noticia de que el banco ha resuelto no seguir prestando dinero, ni es el zapatero cuyo minúsculo taller empieza a verse lleno de zapatos que los parroquianos no pasan a recoger porque se hallan sin trabajo.

Aquel intelectual no puede darse cuenta del dolor de unos, la preocupación de otros, la angustia de todos esos seres que forman el pueblo, y no puede comprender que de pronto, por un fenómeno de catálisis social, todos ellos corran, movidos por una cólera sagrada, a rodear a un predicador político o a derribar un régimen depravado, incapaz o débil.

Pero eso es lo que sucede. A menudo ocurre que los engañan, y tras haber destruido ese régimen les sobreviene uno peor. Tal cosa ocurrió en casi todo el Caribe entre 1930 y 1933. Pero a menudo no los engañan, y ello depende de que se hallen dirigidos por hombres de visión más clara o de mayor honradez o de más valor; y eso sucedió en el Caribe entre 1944 y 1946.

La lógica de la historia afirma que cuando se presente de nuevo una crisis del tipo de la que sacudió al mundo en 1929 o parecida a la de 1939-1945, se producirán otra vez sismos

sociales. Esos sismos limpiarán al Caribe de sus tiranos, con mucha mayor facilidad que en otras ocasiones y con resultados más provechosos para los pueblos porque ahora hay ahí organizaciones capaces dirigidas por hombres estudiosos, abnegados e insobornables, muchos de ellos con experiencia de gobierno y prestigio de buenos gobernantes.

Por otra parte las tiranías del Caribe son unipersonales por cuanto los tiranos han asumido en ellas todos los poderes, el ejecutivo, el legislativo y el judicial. En Cuba y en Nicaragua hay apariencias de independencia en el poder legislativo; pero son sólo apariencias ya que tanto Somoza como Batista cuentan con mayorías adictas en los Congresos; y en Cuba hay independencia judicial para todo aquello que no afecte la vida del régimen. En el fondo de los hechos, y a pesar de esas apariencias, las tiranías de Nicaragua y de Cuba son tan unipersonales como las de Santo Domingo y Venezuela.

Ahora bien, la historia enseña que los regímenes unipersonales que no se basan en una tradición política arraigada, como es el caso de las monarquías, desaparecen con sus titulares. Son muy contadas las excepciones, por lo menos en América, y obedecen siempre a condiciones peculiares de los medios en que se han dado. Pero en el caso de las tiranías del Caribe no hay esas peculiaridades. Los pueblos despotizados por Trujillo, por Somoza, por Pérez Jiménez y por Batista entienden que el clima político en que ellos deben vivir es el de la democracia. El sentimiento democrático es consustancial con su naturaleza; lo desean, lo necesitan, y sólo se explican las tiranías como monstruosidades históricas.

Esos pueblos han acabado identificando al terror con el tirano, y sólo a él temen, y sólo ante él son sumisos. Se produce en este caso un fenómeno opuesto al que identifica a las masas con sus caudillos. Al desaparecer el tirano el miedo se disipará y los pueblos se rebelarán. Ya lo han hecho en el

pasado. De manera que aun sabiendo de antemano que no va a producirse una crisis general que origine un cataclismo social capaz de mover a los pueblos del Caribe hacia su liberación, la vida de una o de todas esas tiranías está limitada a la vida de sus jefes. ¿Y quién puede predecir si uno de ellos, o todos ellos, están llamados a vivir un cuarto de siglo más o sólo unos pocos días?

Una crisis puede ser general, y en ese caso está llamada a afectar una gran zona; pero puede ser también parcial, en un país determinado, o en más de uno, por causas ajenas a la situación económica o política del mundo; puede provocarla una enfermedad que mate el ganado o destruya plantaciones, puede provocarla una sequía o un aumento en las lluvias; puede determinarla la baja de precio de un artículo fundamental en la economía de un país dado: el cacao en Santo Domingo, el café en Nicaragua, el petróleo en Venezuela, el azúcar en Cuba. Una crisis parcial puede ser el germen de un movimiento social y político llamado a transformar la situación; depende de cuáles sean las fuerzas democráticas que haya en el país donde se presente esa crisis, de la capacidad de sus líderes, la disciplina de sus hombres, la claridad de sus propósitos.

Una grieta que se abra en el frente despótico del Caribe está llamada a tener consecuencias serias. Los tiranos viven en estrecha alianza, y eso lo saben los pueblos. Los líderes democráticos de Santo Domingo, de Nicaragua, de Venezuela y de Cuba son perseguidos por cada una de las tiranías como si se tratara de enemigos domésticos. Por su parte esos líderes han aprendido a conocerse, a estimarse; en muchos casos han convivido bajo un mismo techo; han estudiado juntos los problemas comunes, han cambiado ideas y comprobado experiencias. La unidad democrática del Caribe está siendo gestada en el destierro, y como esa unidad es un deseo muy vivo de los

pueblos no es osado esperar que al presentarse la primera grieta en el frente despótico ella irrumpa violentamente desde abajo haciendo trizas una serie de convenciones que hasta hoy han mantenido al Caribe dividido en numerosos países débiles.

En la República Dominicana como en Nicaragua, en Venezuela como en Cuba, las tiranías se esfuerzan en mantener de pie el pasado sin que puedan evitar que el porvenir avance por entre los dedos de los puños que pretenden ahogarlo. La vida impone su ley, y en el caso de las tiranías sigue siendo válida aquella de que “el dictador podrá matar a todos sus adversarios, pero jamás podrá matar al que está llamado a sucederle”. En su afán de secar la simiente del futuro, en verdad las tiranías están barriendo con el pasado.

En Santo Domingo Rafael Leonidas Trujillo resumió en sí mismo todos los vicios del caudillaje, pero aplastó los restos de los partidos caudillistas que tanto favorecieron su ascenso al poder con sus errores y debilidades, y no toleró la aparición de otro partido —excepto el suyo, que se mantiene sólo por obra de la tiranía, sin contenido interno alguno—; de manera que a su desaparición el país se hallará virgen de influencias del caudillaje y listo a recibir la siembra de las nuevas ideas políticas.

En Nicaragua, en cambio, Somoza se ha esforzado en mantener vivos a los partidos tradicionales. No ha permitido la formación de nuevas fuerzas; las ha perseguido sañudamente, pero no se ha dado cuenta de que el pueblo ha identificado a liberales y conservadores con los males que le agobian, y que los jóvenes tienen en la enseñanza de Sandino un evangelio destructor del crédito de esos partidos caudillistas. De manera que Somoza ha creado, por reacción, la semilla de nuevos partidos, llamados a penetrar en la conciencia nicaragüense como torrentes, tan pronto desaparezca la tiranía, y a barrer en ella con los restos del caudillaje.

En Venezuela habían desaparecido los viejos partidos caudillistas a los golpes del gomecismo; y si el andinismo equivalió en los hechos a un partido carecía de las bases lógicas para organizarse como tal. Mal iban los tachirenses a predicar por Venezuela la doctrina de que ellos, y nadie más, eran los depositarios naturales del poder. Ellos estaban en el caso de "hacerlo, pero no proclamarlo". En cierto sentido Gómez representó en su país lo que Trujillo en el suyo: la fuerza demoleadora del pasado. Pero Venezuela conoció, con Acción Democrática, los beneficios que reporta a un pueblo un partido moderno, de ideas modernas, entregado al servicio y no al provecho; y más desea su retorno cuanto más perseguido lo ve. En Venezuela la tiranía está labrando el lecho para que por él corran, sin obstáculos, las aguas de Acción Democrática, llamadas a vivificar otra vez el clima político del país.

El machadato actuó en Cuba como el somocismo en Nicaragua. Machado no aplastó a los partidos tradicionales sino que se apoyó en uno de ellos y en parte del otro. También como en Nicaragua esos dos partidos se llamaban liberal y conservador. El liberal ha seguido subsistiendo, pero casi más como un recuerdo que como una realidad, y no tardará en desaparecer del todo visto que su existencia no tiene razón de ser ya en un ambiente cargado de nuevos conceptos sociales y políticos. Su actual alianza con Batista será su sentencia de muerte. Pero la obra de Batista, es decir, la que él está llamado a provocar por reacción no va a circunscribirse a ese terreno, porque si bien no con la organización de Acción Democrática, por ejemplo, Cuba tiene fuerzas renovadoras en el autenticismo y en la ortodoxia. La enseñanza que dejará la tiranía de Batista es que para mantener la democracia hay que esforzarse en conservar la moral política y administrativa, y que sin esa moral los partidos democráticos no pueden aspirar

a ser seguidos por el pueblo. Los llamados a gobernar en Cuba después de Batista tendrán que vivir en casas de cristal, de manera que las masas puedan verles en todo momento las manos limpias de peculado.

El porvenir avanza, del fondo mismo de las tiranías; los líderes, que son a la vez directores políticos e intelectuales, lo ven avanzar; ven formarse entre las sombras la otra faz del Caribe, distinguen sus rasgos, esos rasgos que los pueblos llevan impresos en el fondo de su alma.

La tiranía es la organización de la peor porción de cada colectividad, de sus instintos más primarios, de sus apetitos menos nobles. De ahí que los tiranos vayan a buscar los agentes de sus violencias y de sus crímenes en la zona humana más trabajada por la miseria y por la ignorancia.

Cuando el equilibrio colonial quedó roto por el impulso independentista, las masas campesinas trataron de acercarse a las fuentes de la civilización en nuestros países, que eran las ciudades. Pero en nuestras ciudades no había fábricas que ocuparan los brazos ociosos, y volver a los campos, para trabajar todo el año a cambio de la escasa comida que podía producir un mínimo lienzo de tierra, era pedir mucho a hombres y mujeres cuyo ritmo de vida se había perdido. Es ahora —tal vez con la única excepción del caso cubano, donde la industria azucarera, con sus métodos de explotación en grande, transformaba en obreros a núcleos campesinos— cuando el campo comienza a ser trabajado en forma moderna, mecanizada, realmente provechosa, en la región del Caribe.

De esas masas campesinas movidas por las devastaciones, el hambre y las perturbaciones que produjeron las guerras de independencia, primero, y las civiles después, salieron los grandes núcleos que se establecían en barrios improvisados de las capitales o de las ciudades mayores. En la crisis del 1930 se vio la última de esas avenidas humanas, que por otra parte es

continúa en el Caribe. A ellas se agregaron las familias de obreros que fueron quedando sin trabajo y hasta las de clase media que vinieron a menos.

Helos ahí, acostumbrándose con gran lucha a un medio nuevo, sin instrucción porque ni ropa tienen para ir a la escuela en la infancia, y porque además desde su niñez se ven lanzados a la calle a vender billetes, a limpiar zapatos, a pedir limosna o simplemente a robar lo que hallen al paso; he ahí a los hombres, dedicados al juego de dados, a míseros negocitos, a buscar trabajo en las obras públicas, puestos de sirvientes, de policías, de soldados o de peones; las mujeres buscando puestos de cocineras, lavando ropa, cosiendo; unos y otros todo el día en pos de amigos influyentes que les consigan plazas de conserjes o de porteros en la administración pública.

El niño va levantándose en un ambiente duro, en el que florecen el hambre, la enfermedad y la rapiña, un mundo en el cual sería absurdo hallar sentimientos delicados, ideales de fraternidad, inclinación al amor; desde su tierna edad la niña es empujada al prostíbulo y su hermanito al hampa. De su buena suerte, y no de las facilidades que podría proporcionar otro medio, depende que ella o él acaben sentando plaza en un taller de costura o en una fábrica. Pues no sucede en esos países lo que en Estados Unidos, que el desarrollo económico es tan veloz que siempre hay demanda de mano de obra, sino todo lo contrario.

En esa zona humana reclutan Trujillo, Somoza y Batista sus soldados y policías, y no es extraño que sean capaces de toda infamia para no volver al infierno de donde salieron; ahí recluta Pedro Estrada sus espiones y agentes, la cocinera y el sirviente que venden a sus patronos y espían a los amigos de la casa, y no puede causar asombro que se hallen mejor cobrando por hacer denuncias que buscando trabajo en vano.

Esa gente, formada en un clima de delincuencia, halla que sus facultades para la violencia, cultivadas en la miseria y la ignorancia, resultan aprovechadas, organizadas y recompensadas en las tiranías. En las tiranías del Caribe el delincuente se encuentra en la calle, sirviendo al tirano, y el hombre digno está en el presidio, ocupando el lugar de aquél.

Pero sucede que los pueblos no están formados sólo de esos hombres y esas mujeres que buscan en el favor del tirano lo que la vida les negó; hay muchos más que ellos en otra situación: hay millares y millares de jóvenes estudiantes, con sus almas llenas de ese generoso impulso hacia lo bueno, lo verdadero, lo útil y lo bello, típico del joven; hay millares y millares de obreros que han adquirido en la fábrica y en la calle el sentido de convivencia necesario para aspirar a una vida mejor para todos; hay centenares de millares de campesinos que guardan todavía, en sus pobres chozas, enseñanzas morales; hay profesionales, pequeños comerciantes, pequeños industriales heridos en sus intereses por los monopolios oficiales y la corrupción gubernamental.

Toda esa gente abriga la esperanza de que se presente una coyuntura favorable para conquistar la libertad. Mucha de ella lucha, va a las cárceles, muere en las calles. El resto es el gran ejército inmóvil de la democracia, un ejército que un buen día se echa a andar y atropella cuanto encuentra a su paso, hasta quemar el germen último de los tiranos. De entre ellos sale el oficial que no pudiendo resistir más se rebela un día; el capitán que encabeza el motín, el mártir inesperado. En ellos hace mella la prédica de los hombres que propagan la buena nueva de la justicia social para los oprimidos y la libertad para todos; la prédica de los que han visto en medio de la noche el rostro del porvenir, la otra faz del Caribe.

La propaganda de las tiranías no se ha hecho sobre la base de que el despotismo dé más provecho a los pueblos que el

que ofrece la democracia, porque los tiranos saben que a nadie podrían convencer de tal monstruosidad, ni se refiere a la superioridad moral o intelectual de los dictadores sobre los líderes democráticos. No hay manera de probar que el lobo y el tigre, porque aterrorizan a sus víctimas, son más inteligentes o más útiles que otros animales. Pero lo que mucha gente no advierte es que los tiranos —y nos referimos concretamente a esos cuatro déspotas del Caribe— no han sido capaces de aportar ni siquiera una idea provechosa al acervo cultural, político o económico de nuestros pueblos.

El Caribe, sin embargo, ha sido campo propicio a la formación de ideas nuevas. Ya desde los días de la conquista comenzaron a surgir esas novedades, que no es del caso exponer aquí. Y en los últimos tiempos, en la lucha entre los opresores y los abanderados de la libertad, han aparecido algunas que dan la medida de por qué los líderes de la democracia caribe son hombres estimables en la zona de la actividad intelectual. No son sólo hombres de acción establecidos en el campo de los valores más altos de la moral occidental; son también estudiosos de los problemas políticos, económicos, sociales, capaces de hallar nuevas fórmulas, nuevos derroteros, nuevas normas para completar ese cuerpo de ideas que es el sistema democrático.

Ahí está el caso, por ejemplo, de Rómulo Betancourt. Cuando llegó al poder en 1945, Betancourt halló que Venezuela carecía de técnicos y de capitales suficientes para poder tomar en sus manos la industria petrolera. La nacionalización del petróleo hecha por Lázaro Cárdenas en México había demostrado que era muy difícil manejar esa complicada producción llevándola desde los yacimientos hasta los mercados mundiales de consumo. Sin embargo era de justicia que un bien nacional como ése no siguiera enriqueciendo sobre todo a los explotadores, con desmedro de Venezuela, la dueña legítima del producto. Asistido de un grupo de compañeros de

su partido, Betancourt creó la tesis adecuada: cincuenta por ciento para las empresas explotadoras y cincuenta por ciento para el pueblo venezolano. Por primera vez se exponía y se aplicaba esa fórmula en el mundo; fue aceptada, estableció precedente, y está llamada a ser puesta en acción en los lugares más apartados de la tierra. La fórmula del cincuenta por ciento creada en Venezuela fue el producto de estudios serios hechos por gente de capacidad creadora.

Caso similar fue el de Grau San Martín cuando completó la doctrina de la no agresión militar con la de no agresión económica. Un país dependiente, como Cuba, de un gran mercado consumidor, como Estados Unidos, no se hallaba libre de amenazas de intervención política si las posibilidades de compra se le cerraban en cualquier momento por ocultas o manifiestas razones de carácter político. En su lucha por obtener las mayores oportunidades para los cubanos, el autenticismo había logrado que más del sesenta por ciento de los ingenios de azúcar pasaran a manos cubanas. Con libertad para declarar huelgas, con el favor gubernamental en sus peticiones de mayores jornales y más servicios sociales, los obreros cubanos hacían de la industria azucarera un mal negocio en manos de capitalistas extranjeros. El capital extranjero no se halla bien si no allí donde él impone las leyes. Pero Grau San Martín vio a tiempo que si la venta de ingenios a los cubanos continuaba, llegaría el día en que los propios accionistas retirados dejarían de influir en el gobierno de los Estados Unidos para que Cuba tuviera buenas cuotas de venta en su mercado, y se adelantó a toda posibilidad de verse presionado con una disminución de esa cuota proponiendo en Bogotá que cualquiera medida económica que perjudicara a un país de las Américas se considerara como una agresión similar a la militar. La tesis tuvo buena fortuna, y hoy sirve incluso a los dictadores.

Prío Socarrás, que es abogado, reclama desde hace tiempo que se confiera al Derecho Laboral un papel merecido en la jurisprudencia como el que tienen el Derecho Criminal o el Derecho Civil; y ha venido pidiendo, por tanto, que se le acuerde en los códigos de todo el mundo la independencia que merece, con sus consiguientes cámaras de jueces. Esta petición de Prío Socarrás tiene entre otros aspectos importantes el valor de ir consagrando en el alma de los pueblos las conquistas del proletariado, y por tanto ha de ser vista con la categoría que le corresponde.

José Figueres, economista, pensador a quien su conciencia del deber ciudadano arrancó de sus libros, y corazón sensible al sufrimiento de la humanidad, propuso a los organismos internacionales la creación de una reserva mundial de alimentos, con depósitos en sus respectivos países de origen, para acudir con ellas a las regiones del mundo que pudieran ser azotadas por el hambre. La situación mundial, en la que por sobre toda consideración estaba la de tener a mano instrumentos para ganar la guerra fría, hizo que esa proposición no tuviera defensores en el seno de los organismos que la recibieron. Pero el mundo la verá triunfante alguna vez.

En otro orden de cosas los dominicanos que se enfrentan a Trujillo han mostrado también su capacidad intelectual. El Partido Revolucionario Dominicano es tal vez la única organización política de América en cuyos documentos fundamentales están sistematizadas las ideas políticas claves para organizar una nueva democracia en los países americanos, y especialmente en los del Caribe. Esos documentos fundamentales son un aporte valioso al estudio de las ideas políticas americanas, cuya evolución está reclamando un estudio serio, porque más que creación intelectual ha sido la obra de los pueblos en su búsqueda de la libertad, la dignidad, el bienestar.

No puede resultar extraño que dados esos antecedentes expuestos, en los nuevos partidos del Caribe, y sobre todo en esos que han sido perseguidos por los tiranos, se encuentren los jóvenes que estudian, los maestros que enseñan, los científicos que investigan. Algunos intelectuales sin fe, o tan paralizados por sus complejos y por sus miedos que no pueden tenerse solos, sirven a las tiranías, escriben para ellas, declaman en su favor, alegan en su provecho. Pero la fuerza creadora se halla en las agrupaciones de los perseguidos, entre los antitrujillistas de Santo Domingo, los antisomocistas de Nicaragua, los demócratas de Venezuela, los auténticos y los ortodoxos de Cuba.

En una palabra, están haciendo fila junto con los que están viendo la otra faz del Caribe, la faz del porvenir.

II

A las aguas del Caribe se asoman diez repúblicas¹ y gran número de posesiones coloniales. En esas últimas falta la libertad nacional pero se ejercen los derechos individuales, y en seis de las diez repúblicas se vive más o menos democráticamente. Esto no era así hace veinticinco años. Entonces los lugares donde regía la democracia eran tres en la tierra continental —Costa Rica, Panamá, Colombia— y uno en las islas —Haití—. La lucha de los pueblos fue derrocando tiranías, una tras otra, y ahora el panorama se ha invertido.

La lucha de los pueblos es constante; nacen mártires donde muere uno, florecen las ideas allí donde las persiguen; un

¹ En el orden político habría que incluir a El Salvador, pero geográficamente ésta es una república del Pacífico. En su difundida *Biografía del Caribe* (Editorial Sudamericana, Buenos Aires) Germán Arciniegas incluye entre los países caribes a México y a Las Guayanas. En verdad, sólo una parte pequeña de las costas de Yucatán están bañadas por el Caribe; y en cuanto a esas Guayanas, son tierras atlánticas.

pasado heroico, cuajado de nobles nombres, estimula a los jóvenes e ilumina el porvenir. El Caribe ha dado las figuras más insignes de la libertad americana, y ha dado también pensadores, sabios, santos, los ha producido blancos, indios, negros, mestizos.

En la agitada historia de ese mar mediterráneo están Hatuey, Enriquillo y Guaicaypuro luchando contra los conquistadores, Toussaint Louverture y Dessalines encabezando la revolución más compleja que recuerda el género humano; Simón Bolívar y su cohorte de titanes batiendo el Continente; Andrés Bello y Eugenio María de Hostos distribuyendo cultura; José Martí apostolando a los pueblos, Máximo Gómez y Maceo cerrando un siglo de epopeyas, Carlos Finlay librando al mundo de la fiebre amarilla. Por el Caribe pasean todavía las figuras venerables del Padre Las Casas, de Mosén Pedro Claver, de Francisco Xavier Billini, protectores de los pobres y de los desdichados; resuenan los cantos de Rubén Darío y Luis Llorens Torres y están vivas las exquisitas páginas del *Enriquillo*, de *María*, de *Doña Bárbara* y de *El Señor Presidente*.

Cuando las carabelas de los descubridores llegaron a sus costas hallaron que los indios de las islas sufrían las invasiones de los caribes, que dieron nombre al mar. Deslizándose por los canales en sus primitivas canoas atacaban aquí y allá, robaban niños y mujeres, sembraban el espanto donde llegaban. Igual hicieron los conquistadores; hicieron peor, porque esclavizaron a las poblaciones, las entregaron en encomienda para que las obligaran a trabajar a fuerza de látigo, de perros cazadores y de arcabuces. Después agregaron al de los indios el suplicio de los negros; y cuando ingleses, franceses, daneses, holandeses — todos los países de Europa ávidos de poder — quisieron una tajada en el mundo recién descubierto, por el Caribe comenzaron a disputarle su poderío a España, y

el Caribe fue el asiento de piratas, bucaneros, filibusteros, gente sin dios ni ley, señores de la muerte y el fuego, del saqueo y las violaciones.

Así, ese mediterráneo de las Américas se convirtió en el mar del crimen, pero también en el mar de la esperanza. Pues los hombres no saben vivir aplastados por el terror, y allí donde sufren, allí alimentan la esperanza de vencer al infortunio.

Por el Caribe han desfilado las flotas y los Ejércitos imperiales de España, los de Oliverio Cromwell, los de Napoleón, los de Norteamérica. Todos han sido batidos; a todos se han enfrentado los indios, los blancos, los negros y los mestizos de esos pueblos. Por feroces que sean, cuatro tiranos no suman fuerzas para doblegar a quienes tienen tan notables ejemplos en su pasado.

En la República Dominicana se lucha sin cesar. Se cuentan a millares las víctimas, son millares los desterrados; a pesar de lo cual, una vez y otra vez el déspota tiene que encarcelar jóvenes y viejos, debelar conspiraciones en los cuarteles, matar obreros y campesinos, mover sus peones diplomáticos para destruir organizaciones de dominicanos exiliados. La fuerza política más activa y mejor organizada en la lucha contra el trujillato es el Partido Revolucionario Dominicano, cuyos cuadros de mando están servidos por hombres abnegados, demócratas ejemplares, de ideas claras y disciplina adecuada. Con doctrina política moderna y líderes avezados, incansables e insobornables, el Partido Revolucionario Dominicano es uno de esos núcleos humanos donde se siente florecer el porvenir del Caribe.

En Nicaragua está el Partido Revolucionario Nicaragüense, formado por jóvenes que se han propuesto superar la división de sus compatriotas en dos bandos caudillistas de liberales y conservadores, y han hallado en las prédicas y en la conducta de Sandino el ejemplo a seguir. Núcleos conservadores y

jóvenes de procedencia liberal les acompañan en su heroica tarea. A pesar de su régimen dictatorial Somoza tiene que enfrentarse con adversarios audaces, también incansables; y el último paradigma de esos hombres fue Pablo Leal, asesinado con más de veinte compañeros en abril de 1954, mientras daban los toques finales a una sublevación que debía dejar a Nicaragua libre de su tirano.

En Venezuela la tiranía no puede dormir siestas; no la deja la organización clandestina de Acción Democrática, el partido de más agresividad que haya tenido ante sí un despotismo. Acción Democrática tiene el prestigio de haber hecho en el poder, con sólo cuatro años de gobierno, lo que todos los gobiernos del país no habían hecho durante la vida republicana, sus obras hablan por la lengua de seis millones de venezolanos. Acción Democrática cuenta con un liderazgo acreditado y capaz y con grandes masas dispuestas a cualquier sacrificio. A ese partido se suman otras fuerzas democráticas, menos activas pero también en lucha contra la tiranía.

En Cuba combate el pueblo todo, encabezado por núcleos del autenticismo y de la ortodoxia en la acción subversiva, y por otros núcleos de las mismas tendencias en la acción política. La juventud universitaria cubana que ha llevado sobre sí en enorme proporción el peso de la lucha contra el batistato, está compuesta por muchachos y muchachas de reconocida combatividad. Escritores, poetas, maestros, políticos, profesionales, obreros, campesinos; gente salida de todas las zonas del país trabajan por la libertad cubana. Un sector de la prensa, al frente del cual se halla la benemérita revista *Bohemia*, une en su constante batallar por la democracia de Cuba la denuncia de todas las tiranías del Caribe.

Todas esas fuerzas democráticas tienen en común la fraternidad de su dolor, la de su esperanza y la de sus ideas. En las cárceles venezolanas, junto con los luchadores de Acción

Democrática se ve a menudo a cubanos y dominicanos; en las prisiones cubanas no faltan los venezolanos y los dominicanos, ni en las de Santo Domingo los nicaragüenses y los cubanos. Junto con Pablo Leal y con otros luchadores cayó en Nicaragua Amado Soler, compañero muy querido en las filas del Partido Revolucionario Dominicano, amigo cuyo recuerdo acompaña siempre al autor de este libro.

Las ideas fundamentales de esos partidos nuevos, propagadas por sus líderes y sus voceros, pueden resumirse en estas escasas palabras: "Libertad y justicia social". Libertad para todas las clases, derechos individuales en acción, no en papeles; y justicia social para los oprimidos. Esta doctrina tiene alcances que sobrepasan las fronteras, porque en países donde el capitalismo extranjero tiene tan cuantiosas inversiones no es posible hacer justicia social si se sufre la interferencia de poderes internacionales que pretendan perjudicar a los trabajadores y a los campesinos criollos. Hay, pues, que poner en práctica políticas nacionales de libertades públicas y de justicia social, pero hay que defenderlas más allá de las fronteras, en los centros de origen del capital extranjero que opere en el país.

En este sentido todos esos nuevos partidos se hallan ante un hecho común: el capital foráneo invertido en Santo Domingo, en Nicaragua —muy escaso, por cierto, en Nicaragua— en Venezuela y en Cuba es principalmente norteamericano. A medida que se avanza en el complejo social norteamericano va llegándose a una simplificación en el conocimiento de sus líneas generales, hasta que se culmina en esta conclusión: hay tres Norteaméricas; el Pueblo, las empresas y el Gobierno. Para acordar su política en Santo Domingo, en Nicaragua, en Venezuela o en Cuba —como en cualquier otro sitio de la América Latina— el gobierno de los Estados Unidos consulta, primero y a menudo nada más,

a los empresarios que tienen inversiones allí. No consulta ni a los dominicanos ni a los nicaragüenses ni a los venezolanos ni a los cubanos; tampoco consulta al pueblo norteamericano, cuya opinión no es tomada en cuenta a la hora de actuar.

Todos esos nuevos partidos entienden que deben llevar su causa al conocimiento del hombre medio de Norteamérica, debatirla ante él, ilustrarle sobre los problemas de cada país, y enfrentar al gobierno norteamericano con su pueblo cada vez que pretenda actuar en perjuicio de los intereses criollos. A la propaganda antiimperialista sin distinción, llamada a provocar conflictos y distanciamientos enojosos, hay que sustituirla con una campaña de educación de los grandes núcleos norteamericanos acerca de los problemas de nuestros países. Esos grandes núcleos son sensibles a la idea de la justicia, y en ellos están los mejores aliados del porvenir. Hoy nos desconocen, y cuando en el Pentágono o en la Secretaría de Estado se toma un acuerdo que nos perjudica, ellos lo ignoran o no le dan importancia. Cuando nos conozcan actuarán como nuestros amigos, y tendremos por defensores a millones de obreros, de burócratas, de estudiantes, de hombres y mujeres que han sido también atropellados por los mismos que nos explotan.

La aspiración superior de esos partidos nuevos es llevar a las masas populares al disfrute del bienestar y a la posesión plena de la dignidad humana; darles seguridad social y cultura, sensibilizarlas para todo lo bueno, lo bello, lo elevado, tal como empezaron a hacerlo aquellos de esos partidos que estuvieron en el poder.

Sin lograr esos fines no es posible librar la guerra contra el hamponismo exaltado por las tiranías. Hay en el Caribe dos ecuaciones contrapuestas: Tiranía, igual Hampa; Revolución, igual Dignidad; dos ecuaciones que sintetizan el perfil moral de la lucha en que esos partidos se hallan empeñados.

En el siglo XIX, y aun a principios del actual, los tiranos gobernaban cuidando ciertas apariencias, tratando de comportarse como servidores de una idea reaccionaria que sólo acudían al crimen cuando no había otro medio de remover un obstáculo. Claro que hubo sus excepciones, jefes bárbaros, fuerzas primarias de la naturaleza social americana. Pero no era lo común. Mas, ha ocurrido que ha habido un innegable avance de las masas hacia el bienestar, y junto con ellas avanzó su parte peor, ésa que tenía sólo apetitos y ninguna preparación para satisfacerlos; en esos sectores, ávidos de vivir en la abundancia, han hallado los tiranos los servidores idóneos para toda violencia, toda arbitrariedad, toda infamia.

Apetitos de comodidad, lujo, dinero, operando sobre conciencias torpes e inteligencias sin cultivo han producido resultados comparables con los que se vieron en el propio mar Caribe en los días de esplendor de los piratas. Por otra parte esos instrumentos interesados de las tiranías son lujosamente premiados; cada crimen, cada atropello, cada calumnia significa un ascenso o un obsequio; en cambio el ejercicio de la virtud ciudadana se castiga como el peor de los delitos. Una atmósfera de hamponismo vulgar se respira en los regímenes despóticos del Caribe; un clima de matonismo, de latrocinios, de persecuciones, de amenazas y calumnias, que va poco a poco destruyendo las reservas morales de los más débiles y a la vez creando la cólera en los corazones fuertes. A veces llegan los mejores luchadores a confundir sus sentimientos y a no saber si combaten contra la opresión política y la injusticia social o para limpiar esa atmósfera de hampa en que se ahogan los pueblos.

Ha habido movimientos revolucionarios que se han corrompido política, ideológica y administrativamente, como sucedió con el cubano. Pero la podredumbre jamás llegó a esas raíces morales en que se alimenta el respeto a la vida y a la

dignidad del ser humano. Tales movimientos no fueron capaces de insultar, de calumniar, de perseguir o de asesinar; no fueron capaces de organizar un pandillerismo estilo Al Capone para su servicio, de ejercer el crimen, de rendir tributo a la felonía, de exaltar a los matones y a los ignaros.

La manera más segura de llegar a un cargo en el Gabinete, en el Ejército o en la administración pública en la República Dominicana es siendo infame, más infame cuanto más alto se aspire a llegar, de la cuantía de los asesinatos cometidos, del número de amigos denunciados a la policía, de la cantidad de insultos que se haya prodigado públicamente a los adversarios de Trujillo, depende la importancia del cargo que se recibe.

Somoza es más cauto que Trujillo, cubre mejor las apariencias, pero un nicaragüense que practique la virtud privada y pública sabe que difícilmente, mientras gobierne Somoza podrá él alcanzar un puesto de importancia en los servicios del Estado. Los favoritos del régimen nicaragüense se reclutan entre politiqueros venales, periodistas ramplones o autores de denuncias.

En cuanto a Venezuela, ahí está el caso de Pedro Estrada, el personaje con más alta categoría en el país después de Marcos Pérez Jiménez; el hombre ante quien tiemblan los ministros y se abren todas las puertas. Venezuela tiene sabios, tiene poetas, pintores, sociólogos, músicos; abundan los ciudadanos que no se han distinguido acumulando sabiduría y bondad; pero no es ninguno de ellos el favorito del dictador: es Pedro Estrada, cuyo oficio es perseguir, torturar, matar.

Otro tanto sucede en Cuba. Pandilleros conocidos son habituales en palacio; periodistas cuyo trabajo es infamar son premiados con ministerios, políticos voraces tienen el favor gubernamental, los militares preferidos son aquellos que atropellan y escarnecen a la ciudadanía.

Decir tiranía, en el póker de espanto del Caribe, vale tanto como decir hampa. Pero está la otra faz, en la cual la revolución significa ejercicio de la dignidad.

La gran tarea de los movimientos que se enfrentan a los tiranos del Caribe no está en derrocarlos. Aunque parezca osado asegurarlo, el más fuerte de ellos es de una debilidad insospechada, y puede amanecer en tierra el día menos esperado. No está tampoco en resolver los conflictos de carácter económico y social, puesto que ya ha habido experiencias útiles y ellas enseñan que gobiernos justos pueden en poco tiempo resolver esos problemas y que siempre tendrán de su parte el entusiasmo de las masas. Los pueblos del Caribe, como los de toda la América Latina, son de natural tendencia hacia la justicia social, y, hecho el clima revolucionario, ellos facilitan ese aspecto de la obra.

La gran tarea está en disipar la atmósfera hamponesca, en remover toda la maldad acumulada, en enseñar a esas colectividades que el fraude, el crimen, la infamia no pueden ni deben rendir beneficios. Una obra de educación ciudadana, paciente y enérgica a la vez, tiene que ir dirigida a hacer de la mentira, del atropello, de la falta de respeto a la dignidad humana, actitudes bochornosas e infamantes.

La libertad es un bien que no puede ponerse en peligro por debilidades, y el aire de la libertad se contamina de sutiles venenos allí donde en su nombre se permite que florezca la villanía. La energía no tiene por qué ser arbitraria; pero si tuviera que ser excesiva en la formación de una conciencia social sensible a lo bello y a lo bueno, rebelde a la grosería y a la maldad, es preferible padecer su exceso a sufrir el despotismo hamponesco de las tiranías, que en gran medida se alimentan en esa ausencia de sensibilidad social y en la incapacidad para rebelarse ante lo feo y lo malo.

Desde antes de que los descubridores desembarcaran en sus costas, el Caribe ha sido teatro de atropellos y persecuciones. Podrían seguirse, con toda fidelidad, dos líneas históricas que se han mantenido sin cesar una frente a la otra; la línea de los piratas, encarnaciones del despojo y de la violencia, y la línea de los que han estado luchando por imponer la justicia y la verdad en todos esos países. Entre los piratas están Morgan y Barbanegra, Trujillo y Somoza, Pérez Jiménez y Batista, entre los abanderados de la justicia están Hatuey y Petión, Bolívar y Martí; Máximo Gómez y Eugenio María de Hostos.

Gran número de gente culta parece no darse cuenta de que esa lucha ha costado al Caribe centenares de millares de vidas. Es la misma que destruyó en las islas toda la población indígena y la diezmó en Tierra Firme; es la misma que llevó la muerte hasta el África, cuando se cazaba a los negros para esclavizarlos; es la misma que despobló a Venezuela en las guerras de independencia, que mató a más de trescientos mil cubanos en la lucha contra España; la misma que en las contiendas civiles, libradas a lo largo de más de cien años, sembró de cadáveres los territorios de todos esos países; es la misma que está costando nobles vidas a los pueblos de Santo Domingo, de Nicaragua, de Venezuela y de Cuba.

Esa es también la otra faz del Caribe, la faz que se ha visto y se ha echado al olvido. Se oye con frecuencia decir, sobre todo en Estados Unidos y en otros lugares que han sido afortunados en el mantenimiento de la democracia, que los pueblos que aspiran a ser libres deben luchar por su libertad. Cuando se habla así es aludiendo a esos países del Caribe tiranizados; y resulta que el Caribe tiene más cadáveres sembrados en su búsqueda de la libertad que todos los demás pueblos del Continente, incluyendo entre ellos a los Estados Unidos. Se oye con frecuencia decir, también aludiendo a esos países, que los pueblos tienen los gobiernos que merecen; y

resulta que si el sacrificio de la vida es digno de respeto, los pueblos que han sacrificado a un millón de sus hijos, si no más, por tener mejores gobiernos, son acreedores a que se respete, por lo menos, su infortunio.

Esos millones de hombres, de mujeres y de niños que se enfrentan a sus sufrimientos cantando joropos, sones y merengues, que llenan el ámbito en que se hallan con una alegría impetuosa y saludable, que sacan de su seno héroes, mártires, sabios y poetas, forman la faz vuelta al porvenir. Allí, mezcladas las razas, confundidos en una misma esperanza, labran su futuro y encaran su presente.

El Caribe tiene la forma de un toro echado. La cabeza parece mirar hacia el Pacífico, por encima de las llanuras de Yucatán; el pescuezo y el espinazo están formados por las Antillas Mayores; el anca, por las Menores. Pueden verse sus patas delanteras dobladas en las rodillas siguiendo el curso de las costas de Nicaragua, Costa Rica y Panamá; y pueden verse las traseras y el vientre descansando en las orillas de Venezuela y de Colombia. Está ahí, echado, rumiando su desventura. Cuatro puñales lo hacen sangrar. Pero en otros tiempos tuvo más, y se los sacó en coléricos remecimientos. Ese toro se pondrá en pie algún día, sin puñales y hasta sin cicatrices.

Mar del crimen y de la esperanza, en él han hecho surcos los más espantables criminales del Nuevo Mundo, pero también han florecido los más espléndidos tipos humanos que ha producido la América Latina. En sus tierras abundan los volcanes, y a la vez los valles de hermosura incomparable; en sus selvas viven el tigre y la serpiente venenosa, y pululan las orquídeas y los jilgueros; en sus ríos nadan los caimanes repugnantes y también los peces multicolores; por sus aguas pasan rugientes los ciclones, pero en ellas se refleja la deslumbrante luz del Sol.

El Caribe es como la vida misma, contradictorio y hermoso, mísero y rico, duro y generoso. Por ahora es predio de unos cuantos ignorantes audaces; y ya lo dijo Goethe: “No hay nada más espantoso que la ignorancia en acción”.

Pero tiene otra faz, la faz de los hombres que creen en la cultura y en sus expresiones más altas: la libertad, la justicia, la belleza; en suma, la verdad. Y a Goethe puede respondersele con esta frase:

No hay arma más potente que la verdad en mano de los buenos.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

ACOSTA, Tomás de 8
AGUILAR, Vicente 29
AGUIRRE, Lope de 204
ANAYA, Pedro Marfía 151
ANDREOTTI, Giulio 74
ANGELITA 193
AQUILES 310
ARBENZ, Jacobo 204, 288, 290
ARCINIEGAS, Germán 389
ARGUELLO, Leonardo 281
ARIAS, Arnulfo 280
ARIAS, Desiderio 167
ASTOR 89
AUGUSTO 273
AUSTRIA, Maximiliano de 160, 161
AYALA, Juan de Dios 9

B

BÁEZ, Buenaventura 137
BÁEZ, Mauricio 244, 364
BALAGUER, Joaquín 55, 56, 175
BAO DAI 98
BARAN, Paul A. 92
BARBANEGRA 398
BATISTA, Fulgencio 102-108, 114,
199, 203-205, 209, 241, 280,
289, 335, 336, 342, 348, 349,
351-359, 361-363, 367-370,
372-375, 379, 382-384, 398
BELLO, Andrés 294, 390
BETANCOURT, Arteaga 370

BETANCOURT, Rómulo 196, 197, 299,
301, 302, 306, 311, 312, 315,
319-321, 324, 325, 327-331,
364, 386, 387

BILLINI, Francisco Xavier 390

BLANCO, Federico D. 271

BLISS LANE, Arthur 268, 269, 273-275

BOACO 171

BOLÍVAR, Simón 17, 264, 294, 390,
398

BONAPARTE, Napoleón 22, 62, 64, 391

BORBÓN, Juan Carlos de 48

BORGE, Tomás 120

BOSCH, José 233, 234

BOSCH, Milans del 49

BOYER, Jean-Pierre 136

BOYLE, James 84

BRAVO, Nicolás 151

BURNET, David G. 145

C

CAAMAÑO, Francisco Alberto 116, 117

CABRAL, José Marfía 137

CAFFERY, Jefferson 203, 351

CALLES, Plutarco Elfías 169

CALVINO, Jean 70, 126

CAMPBELL, Alexander 84

CANALES, J. Emilio 270

CAPONE, Al 396

CARBÓ, Sergio 25, 349

CÁRDENAS, Lázaro 108, 386

CÁRDENAS, Zoila Rosa 271

- CARÍAS, Tiburcio 208, 241
 CARLOMAGNO 73
 CARLOS I 60, 61, 69
 CARLOS II 61, 62
 CARLOTA 160
 CARNEVALI, Alberto 328, 330, 331
 CARNIEGE 89
 CARRANZA, Venustiano 165
 CARRILLO, Braulio 9, 24-27, 29, 43
 CARRILLO, Justo 115
 CARROLL, James 84
 CARUJO, Coronel 316
 CASTELLÓN, Francisco 157
 CASTILLO ARMAS 290
 CASTRO, Cipriano 295, 313, 316
 CASTRO, Fidel 53, 54, 97, 102-106,
 108, 112-117, 153, 296, 297,
 325, 339
 CÉSPEDES, Carlos Manuel de 347
 CHAMORRO, Emiliano 168, 195, 281
 CHAMORRO, Fruto 157
 CHEVALIER, Diyeta 226, 227, 239
 CHI MINH, Ho 97, 98, 101, 102
 CHIBÁS, Eduardo 364-367
 CHUND, Mauch 84
 CLAVER, Mosén Pedro 390
 CLEVELAND, Grover 87
 COCCO, Miguel 47
 COFIÑO, Ángel 115
 COLLIER, Peter 92
 COLÓN, Cristóbal 153, 213
 COOLIDGE, Calvin 169, 171
 COWLEY 81
 CROMWELL, Oliverio 60-62, 64, 391
 CROSLY 168
 CUADRA, Abelardo 119, 268, 272,
 276
- D**
 DANIELS 273
 DÁVISON, Federico 269
 DELGADILLO, Lisandro 269-272
 DESSALINES 390
 DÍAZ, Adolfo 163, 168-171
 DÍAZ, Porfirio 163
 DINH DIEM, Ngo 99
 DONAHUE, John 85
 DOYLE, Michael J. 84
- DUBOIS, Jules 114
 DUFFY, Thomas 84
 DULLES, Foster 289
 DU PONT 89
- E**
 ELOY BLANCO, Andrés 294, 330
 ENGEL, George 86
 ENGELS, Federico 50, 64, 66, 69-72,
 79, 147
 ESTRADA, Francisco 269-272
 ESTRADA, Pedro 199, 327, 328, 334,
 384, 396
 ETIENNE, Oscar 166, 167
- F**
 FACIO, Rodrigo 4, 18
 FERNÁNDEZ GUARDIA, Ricardo 4, 8, 9
 FERNANDO SÉPTIMO 144
 FERRAND 63
 FERRER, Fidel 216
 FIELDEN, Samuel 86, 87
 FIGUERES, José 43, 197, 208, 245,
 284-288, 290, 307, 388
 FINLAY, Carlos 390
 FISCHER, Andolph 86
 Flor de Oro [TRUJILLO] 228
 FONSECA AMADOR, Carlos 97, 120, 121
 FORD 89
 FRANCO 48
- G**
 GALLEGOS, Rómulo 294, 318-320,
 322, 326, 329
 GARRILLO, Braulio 43
 GOETHE 400
 GÓMEZ, Juan Vicente 17, 206, 208,
 237, 295-300, 302, 304, 316, 320,
 323-325, 340, 341, 343, 382
 GÓMEZ, Máximo 339, 340, 390,
 GÓMEZ FARIAS, Valentín 151
 GONZÁLEZ FLORES, Alfredo 35-37, 43
 GONZÁLEZ VÍQUEZ, Cleto 4
 GRANT, Ulises 137
 GRAU SAN MARTÍN, Ramón 114, 115,
 349, 350, 352-356, 358-365,
 370, 387
 GREEHAN, Hugh Mc 84

GUARDIA, Tomás 31, 32, 36, 43
 GUEVARA, Che [Ernesto] 116, 117
 GUILLÉN, Nicolás 107
 GUITERAS, Antonio 352, 354
 GUTIÉRREZ, Policarpo 269, 271
 GUZMÁN, Antonio 175
 GUZMÁN BLANCO 200

H

HABSBURGO, Maximiliano de 149
 HARRISON, William Henry 149
 HATUEY 398
 HAYA, Diego de la 8
 HENRI CHRISTOPHE 200
 HENRÍQUEZ CARVAJAL, Francisco 262
 HEREDIA Y MIESES 136
 HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Maximiliano
 208, 241, 280
 HEUREAUX, Ulises 200
 HITLER 207, 316
 HOROWITZ, David 92
 HOSTOS, Eugenio María de 390, 398
 HOUSTON, Sam 145, 154
 HUERTA, Victoriano 165

I

ISCARIOTE, Judas 192
 ISKRA 56
 ITURBIDE, Agustín 144, 148

J

JEFFERSON, Thomas 72, 79-81
 JELEZNIAK 64
 JIMENES, Juan Isidro 165, 167, 168,
 215
 JOHNSON, Lyndon B. 91
 JONES, Kirby 117
 JOSEPHSON, Matthew 83
 JUÁREZ, Benito 160, 161, 165, 264

K

KEITH, Minor 33-35
 KELLY, Edward 84
 KNOX, Philander C. 163

L

LACAYO 196
 LAFAYETTE 129

LATIMER, Julián 169-171
 LAS CASAS [Bartolomé de] 390
 LEAL, Pablo 194, 287, 392, 393
 LEE, Arthur 129
 LENÍN, Nicolás 56-58, 63, 64, 67,
 138, 169, 178, 179, 183, 340
 LENS, Sidney 92
 LIEBMAN, Marcel 183
 LINCOLN, Abraham 82, 159
 LINGG, Louis 86
 LORENS TORRES, Luis 390
 LORENTE 29
 LÓPEZ, Antonio 148
 LÓPEZ BARREDA 269
 LÓPEZ CONTRERAS, Eleazar 208, 316
 LÓPEZ DE SANTA ANNA 149, 151
 LÓPEZ, (Teniente) 273, 274
 LOUVERTURE, Toussaint 63, 390
 LUPERÓN [Gregorio] 137

M

MACAULIFFE, Dennis 175
 MACEO, Antonio 339, 343, 390
 MACHADO, Gerardo 206, 345-348,
 354, 382
 MADRIZ, José 162
 MAGUIRES, Molly 85
 MAMÁ DIYETTA (Ver CHEVALIER,
 Diyetta)
 MANKEWICZ, Frank 117
 MANNINX 81
 MARINELLO, Juan 107
 MÁRQUEZ STERLING, Carlos 115
 MARTÍ, José 107, 230, 338, 339,
 343, 349, 350, 374, 390, 398
 MARTÍNEZ REYNA, Virgilio 277
 MARX, Carlos 50, 51, 62, 69, 71,
 75, 76, 79, 80, 132-137, 142,
 147, 178, 179, 181
 MATTHEWS, Herbert 112, 113
 MAYORGA, Silvio 120
 MEDINA ANGARITA, Isaías 208, 252,
 300, 301, 302, 305, 316
 MELLON 89
 MENA 163
 MENCÍA, Mario 53
 MENGISTU HAILE, Mariam 97, 122
 MIRÓ CARDONA, José 115

- MONAGAS 17
 MONCADA, José María 168, 171,
 260, 262, 263, 265, 267
 MONGE ALFARO, Carlos 4
 MORA, Juan Rafael (Juanito) 28, 29,
 33, 36, 43
 MORAZÁN 21, 25, 26
 MORGAN, William (Willie) 89, 113,
 398
 MUNLEY, Thomas 84
 MUÑOZ MARÍN, Luis 365
 MUSSOLINI 300, 316
- N**
- NAPOLEÓN TERCERO 160, 165
 NGUYEN GIAP, Vo 98
 NIXON 91
- O**
- OBREGÓN LORÍA, Rafael 4, 26
 OMAÑA, Wilfredo 331
 OSORIO 134
- P**
- PÁEZ 308
 PANCHO VILLA 163
 PARDO LLADA, José 115
 PAREDES, Mariano 151
 PARSONS, Albert 85, 86
 PEÑA, Lázaro 104, 107
 PENN Y VENABLES 61, 62
 PÉREZ JIMÉNEZ, Marcos 17, 192, 193,
 199, 204, 205, 209, 289, 293,
 315, 316, 319, 320, 323, 326,
 327, 331, 332, 334, 352, 353,
 379, 396, 398
 PERTINI, Sandro 74
 PETIÓN 398
 PIÑA CONTRERAS, Guillermo 194
 PINKERTON, Allan 89
 PINTO SALINAS, Antonio 328, 331
 PRÍO SOCARRÁS, Carlos 114, 115, 321,
 322, 361-364, 366-371, 388
- R**
- RAUDALES, Ramón 120
 RAYBACK, Joseph G. 92
 REAGAN, Ronald 127, 170
 REQUENA, Francisco 245
 RIBAS MONTES, Jorge 288
 ROARITY, James 84
 ROCA, Blas 104, 105, 107
 ROCKEFELLER 87, 89
 RODRÍGUEZ, Carlos Rafael 104, 107,
 114
 RODRÍGUEZ, Valmore 322
 ROOSEVELT, Franklyn Delano 90, 91,
 257, 289, 347, 349
 ROOSEVELT, Teodoro 257
 RUBÉN DARÍO 390
 RUIZ, Faustino 120
 RUIZ PINEDA, Leonardo 328, 329,
 331
- S**
- SACASA, José Bautista 168-171, 260,
 262, 266-268, 270, 274, 275,
 277, 278
 SACASA, Maruca 270
 SACO, José Antonio 180, 181
 SALADRIGAS, Carlos 106
 SALINAS 328
 SALVATIERRA, Sofonías 269-275, 277
 SAM, Guillaume 166
 San Luis 75
 SÁNCHEZ, Juan J. 136
 SÁNCHEZ ARANGO, Aureliano 370
 SANDINO, Augusto César 118-120,
 170-172, 203, 206, 261-278, 281,
 282, 288-290, 352, 381, 391
 SANDINO, Gregorio 270, 271, 273-
 275, 277
 SANDINO, Sócrates 270, 273
 SANDOVAL 272
 SANTOS LÓPEZ 120, 270
 SANTOS ZELAYA, José 162, 256, 260
 SCHWAB, Michael 86, 87
 SERGE, Víctor 64
 SHULTZ, George P. 127
 SIMÓN URBINA, Rafael 324, 325
 'SOFO' (Ver Salvatierra, Sofonías)
 SOLER FERNÁNDEZ, Amado 194, 196,
 393
 SOLÓRZANO, Carlos 168

- SOMOZA, Anastasio (Tacho) 118-120,
195, 196, 199, 203-209, 230,
231, 241, 255, 263, 265-269-272,
274-286, 288-292, 332, 352,
353, 379, 381, 384, 392, 396,
398
- SOMOZA DEBAYLE, Anastasio 118,
266
- SPIES, August 85, 86
- STALIN 241
- STRAFFORD, Conde de 60
- STRUVE 56
- SUCRE 294
- SUMNER, Welles 347, 349-351
- SWEEZY, Paul M. 92
- T**
- TAFT, William H. 162-164
- TAYLOR, Zachary 151
- TÉLLEZ 18
- TRUJILLO [MOLINA], Rafael Leonidas
182, 193, 197, 204-207, 209,
210, 217, 219-253, 266, 276-
278, 281, 283, 285, 289, 291,
292, 320, 321, 324, 327, 332,
352, 353, 364, 368, 372, 373,
379, 381, 382, 384, 388, 396,
398
- TRUJILLO MONAGAS, José 227
- TRUMAN, Harry S. 204, 231, 289
- U**
- UBICO, Jorge 208, 241, 280, 307
- UMANZOR, Juan Pablo 269-272
- URBINA 324, 325, 327
- URIZA, Sebastián 168
- URRUTIA, Manuel 115
- UVIETA 12
- V**
- VALDEZ, Silveria 227
- VANDERBILT, Cornelius 89, 157
- VARGAS 316
- VARONA, Antonio de 115
- VÁSQUEZ, Horacio 18, 165, 206, 219,
221-224, 236
- VENTURA 192
- VILLALBA, Jóvito 312, 332
- W**
- WALKER, William 29, 30, 154-157,
159, 161, 162, 255
- WASHINGTON, George 72, 73, 79
- WEINBERGER, Gaspar W. 127
- WEYLER, Valeriano 340
- WILSON, Woodrow 88, 164, 214
- Z**
- ZAPATA, Emiliano 163
- ZELAYA 162, 199, 256-260
- ZELEDÓN, Benjamín 163

EL TOMO XIV (HISTORIA DEL CARIBE), DE LAS *OBRAS COMPLETAS*
DE JUAN BOSCH, FUE IMPRESO EL TREINTA DE JUNIO DE
DOS MIL NUEVE EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE SERIGRAF,
S.A., EN SANTO DOMINGO, REPÚBLICA DOMINICANA.